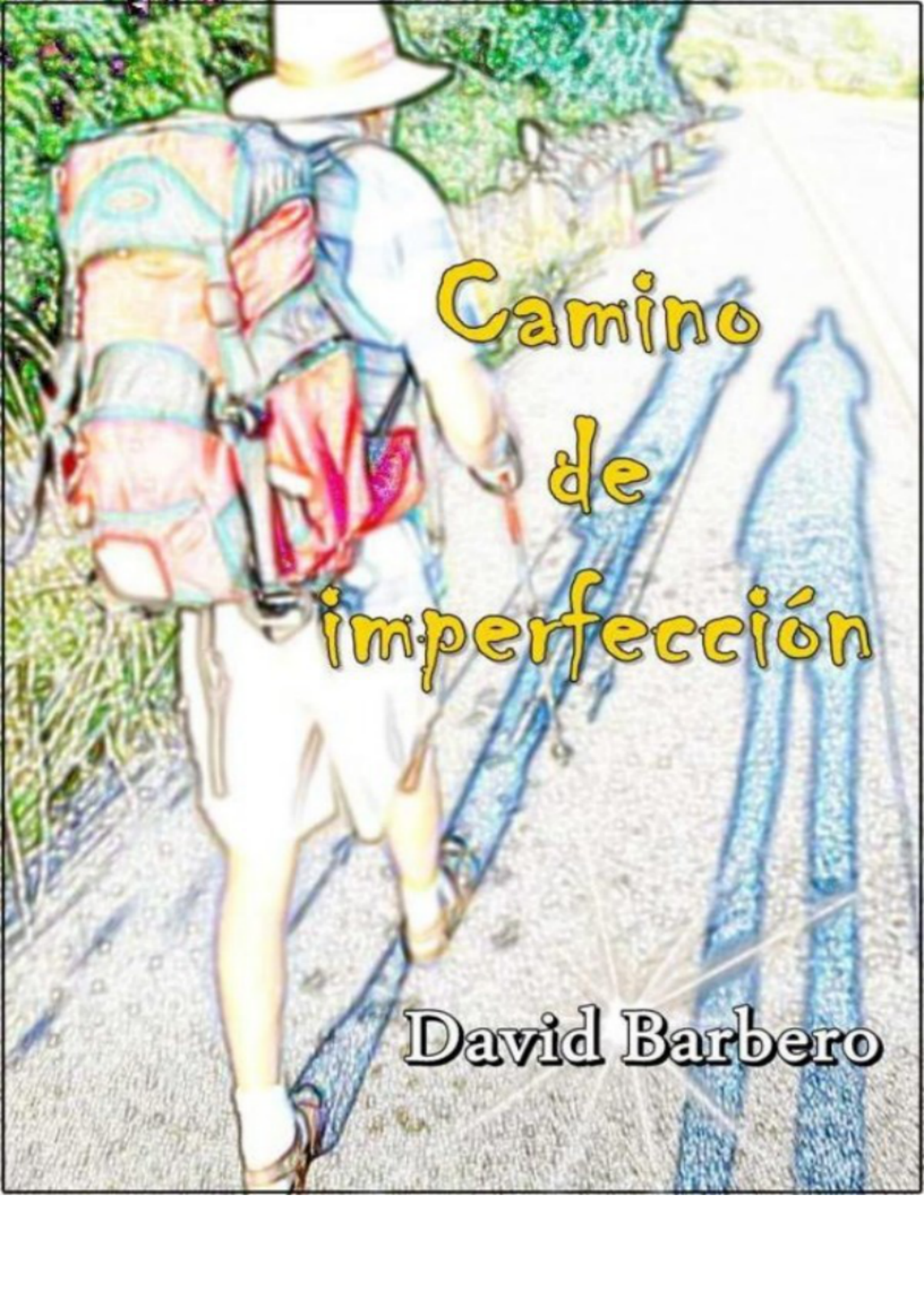

Camino
de
imperfección
David Barbero

# Camino de imperfección

**David Barbero**

# 1.- SAINT JEAN PIED DE PORT

**(Lunes 13 de septiembre de 1999)**

1.1 ‘*Respetada esposa e señora mía, Doña Urraca de Pampliega.*

*Comienzo aquesta peregrinación a Compostela, andando e con la única protección de unas viejas sandalias abiertas, por el Camino de Santiago desde la ciudad francesa de Saint Jean de Pied de Port. Tengo el firme e decidido propósito de llegar hasta la catedral compostelana donde reposa el cuerpo del Santo Apóstol, a pesar de mi grave enfermedad. Allí depositaré a sus pies e asimesmo entregaré al Arzobispo de Santiago de Compostela el Santo Grial que utilizó el susodicho Apóstol en la última cena al lado de nuestro señor Jesucristo. El Reverendísimo Señor Arzobispo Don Lope de Mendoza ya me ha prometido recibir en persona esta ofrenda.*

*Con la entrega de aquesta valiosa reliquia en la catedral de Compostela, deseo pedir a Nuestro Señor Jesucristo perdón por mis pecados e los de la mía familia con el fin de se apiade de nosotros e nos libere de la maldición que pesa sobre la nuestra vida e salud por causa de esos gravísimos pecados.*

*Dilecta esposa, junto a esta carta, te será entregado otro pergamino en el que os explico brevemente la historia de la vinculación de este santo Grial de Santiago con la nuestra familia y su poder para librarnos de la susodicha maldición.*

*Os recomiendo encarecidamente a que no leáis dicho otro pergamino hasta la noche del día en que hagáis recibido estos dos escritos.*

*Se despide de vos aqueste vuestro esposo que os recuerda e os respeta. Juan de Lerma.*

La joven norteamericana de procedencia venezolana Luisa María de Lerma leyó esta carta de su antepasado en la habitación del Hotel Le Parc D’Arradoy, en las afueras de esa misma localidad francesa de Saint Jean Pied de Port. Empezaba ese día su peregrinación del camino de Santiago. Su padre, Juan Jacobo de Lerma, le había entregado, en la casa familiar de Florida, en Estados Unidos de América, un paquete de pergaminos. Contenían las cartas que había escrito un antepasado familiar muchos años antes. Debía recorrer el camino jacobeo y leer todas esas cartas en los lugares en

que habían sido escritas. De esa manera, descubriría dónde había dejado el Santo Grial de Santiago. Era preciso que lo cogiera y lo entregara en la catedral de Santiago de Compostela. Así, la familia se libraría de la maldición que seguía pesando sobre todos sus miembros varones.

— Yo no tengo fe en esta intercesión al apóstol Santiago. A mí, incluso, me parece una superstición. ¡Pero lo voy a llevar a cabo con todas mis fuerzas! Esta maldición es la enfermedad que tiene papá. No creo en Dios ni en su apóstol. Pero por mi papá, voy hasta la muerte. Haré todo lo posible y lo imposible para que se cure.

Luisa María pronunció en voz alta la última frase de su reflexión. El breve texto de la primera carta le había aclarado de repente la incomprensible dolencia de su padre. Había comprendido, además, que ningún médico de Venezuela supiera su causa y que tampoco dieran con la naturaleza de esa enfermedad los mejores especialistas de los Estados Unidos, a los que su padre estaba consultando sin escatimar dinero.

— ¡También la padecerá mi hermano James John! Sea una superstición o no lo sea.

Luisa María no era bella, pero sí atractiva. Tenía los ojos algo pequeños y la nariz quizá un poco grande. Tampoco era especialmente elegante. Sin embargo, sabía sacar partido a sus cualidades para agradar. Tras la lectura de la carta, estaba estática, viéndose en el gran espejo que tienen las habitaciones del Hotel Parc D'Arradoy de Saint Jean Pied de Port. La joven, de 23 años, estaba ordenando los últimos detalles para comenzar el Camino jacobeo. A pesar de su falta de fe, se reafirmó en el compromiso de descubrir el lugar donde estaba enterrada la valiosa reliquia de su antepasado y entregarla en la catedral de Compostela. Así libraría a los varones de su familia de la maldición secular que heredaban en forma de enfermedad degenerativa.

— ¡Por mi papá y por mi hermano!

Antes de guardar el pergamino, Luisa María miró la fecha en que estaba datado. 'El día 13 de septiembre de 1414'. Ella y su padre habían elegido ese mismo día de 1999, el último año jubilar jacobeo del siglo XX. Exactamente quinientos ochenta y cinco años separaban las dos fechas. También se había comprometido a llegar a Compostela el significativo día 13 de octubre, en conmemoración de esa fecha desgraciadamente memorable en la historia de la Orden del Temple.

Al guardar la primera carta, se dio cuenta de que tenía cosido un pergamino añadido. Comprobó que era el correspondiente a la

historia de la familia y el Santo Grial de Santiago. Lo separó para leerlo en cuanto tuviera un momento libre, antes de abandonar la localidad francesa de Saint Jean Pied de Port.

1.2 — ¡Ésta es la misión de mi vida! –afirmó solemnemente don Manuel Fraga Iribarne - La restauración de la Orden del Temple en Europa para regenerar la cultura y la civilización occidental tiene extraordinaria importancia histórica. Para mí personalmente, es trascendental. Dará sentido a mi trayectoria. Va a significar la culminación de mi carrera. Me hará pasar a la historia con letras de molde. Va a ser una operación de mucha altura política en Europa y en Estados Unidos de América. Cuento ya con la colaboración de personalidades de talla mundial.

Así se expresó el ya anciano Presidente de Galicia en ese año 1999, durante la reunión que mantuvo en el pórtico de la colegiata de Roncesvalles con Honorio Martínez de las Torres, comisionado para esa restauración de la Orden del Temple.

— Don Manuel, Vd. ya ha pasado a la historia con las letras más grandes posibles.

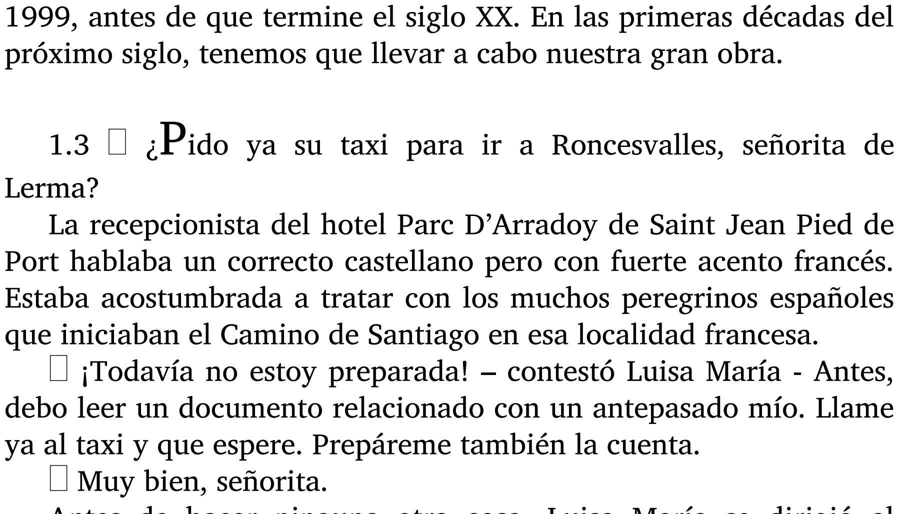
— Me queda por realizar mi gran obra. Será esta restauración templaria. – proclamó el veterano político conservador, mientras caminaba pesadamente con el característico vaivén de su cuerpo – Por eso, es necesario cuidar, en todos los detalles, esta entrega del santo Grial de Santiago en la catedral de Compostela. Aunque es un secreto, el arzobispo ya está al tanto de todo. Él también va a salir beneficiado. Además de su cargo rector en la Orden Europea del Temple, será ascendido a cardenal.

— De momento, no sabemos ni dónde está ese santo grial. –replicó Honorio Martínez de las Torres – Queda mucha tarea por hacer.

— Ésa es tu misión. Por eso, debes realizar ahora el camino de Santiago. En cuanto tú te enteres de quién lo tiene, controlaremos todo el proceso. Ese Santo Grial es la piedra sobre la que vamos a fundar la nueva Orden del Temple.

— Me voy a inscribir ahora mismo en este albergue de Roncesvalles. ¡Pero teníamos que haber empezado en Saint Jean Pied de Port!

— Este movimiento regenerador debe surgir desde aquí. –sentenció el anciano político con mucha decisión – Como representante de los franceses entre los nuevos caballeros templarios, contamos con su ex Presidente Jacques Chirac. Además, tengo prisa. Debemos restaurar la Orden del Temple en este año



1999, antes de que termine el siglo XX. En las primeras décadas del próximo siglo, tenemos que llevar a cabo nuestra gran obra.

1.3 — ¿Pido ya su taxi para ir a Roncesvalles, señorita de Lerma?

La recepcionista del hotel Parc D’Arradoy de Saint Jean Pied de Port hablaba un correcto castellano pero con fuerte acento francés. Estaba acostumbrada a tratar con los muchos peregrinos españoles que iniciaban el Camino de Santiago en esa localidad francesa.

— ¡Todavía no estoy preparada! – contestó Luisa María - Antes, debo leer un documento relacionado con un antepasado mío. Llame ya al taxi y que espere. Prepáreme también la cuenta.

— Muy bien, señorita.

Antes de hacer ninguna otra cosa, Luisa María se dirigió al espejo. Se miró fijamente y adoptó una actitud de compromiso fuerte.

— Lo haré por mi padre y por mi hermano. Descubriré el santo Grial y lo depositaré en la catedral de Compostela. ¡Comenzaré el camino en Roncesvalles mañana, andando como hizo mi antepasado!

1.4. — ¡Hay mucha sangre en el servicio de duchas!

La hospitalera encargada del albergue de los peregrinos en Roncesvalles era una mujer que superaba en poco los treinta años, no muy alta, de pelo corto, entrada en carnes pero muy dinámica. Estaba de pie junto a la mesa de recepción, en la que había un bote con bolígrafos y lápices, varios montones con hojas explicativas sobre las etapas del Camino de Santiago en Navarra y algunas credenciales para los peregrinos jacobeos.

Se puso muy nerviosa el recibir el aviso, por parte de un peregrino, de que había abundante sangre en el servicio de duchas. Corrió inmediatamente hacia ese lugar. Se asustó. Nada más abrir la puerta exterior del servicio, vio la gran cantidad de sangre en el suelo. Salía de la ducha colocada junto a la pared. Al empujar la cortina, pudo contemplar el cadáver. Correspondía a un hombre corpulento de mediana edad. Le sorprendió la manera en que estaba colocado. Los dos brazos se hallaban colocados en forma similar a la cruz de los templarios.

— Este crimen está relacionado con las tradiciones del Camino de Santiago y con los antiguos caballeros del Temple. – pensó.

Se llevó las manos a la cara para evitar gritar. Cuando se calmó,

se acercó un poco más para comprobar algunos detalles. Era evidente que había recibido numerosas puñaladas en diversas partes del cuerpo. Estaba completamente ensangrentado. Se notaba que tenía el pelo canoso, aunque, en buena parte parecía rojo, por la sangre. Le pareció que la colocación del cuerpo podía responder a un ritual muy calculado. Prefirió no tocarlo. Volvió a correr la cortina de la ducha. Salió y cerró la puerta exterior del servicio con llave. Colocó un cartel indicando que no se podía utilizar. Seguía muy nerviosa. Se encaminó a recepción decidida a comunicar la existencia de esa muerte. Pero no sabía muy bien a quién.

□ ¿Quién quiere perturbar la paz del Camino de Santiago?

1.5 En el hotel Parc D'Arradoy de Saint Jean Pied de Port, Luisa María, nada más colgar el teléfono de recepción, cogió su propio auricular móvil, muy sofisticado, regalo de su padre en el último cumpleaños. Con mucha agilidad, fue tecleando un mensaje electrónico. Su intención era poner una excusa para no tener que comunicarse, durante todo el tiempo que durara la peregrinación, con su teórico ex novio, norteamericano de origen cubano. Ella consideraba que la relación estaba terminada. Pero él no lo aceptaba. Incluso se mostraba amenazador, si tocaba ese tema. En las últimas fechas, se había mostrado especialmente agresivo.

'Michael. Sola en habitación hotel francés. Mañana comenzaré Camino de Santiago. No escribiré a nadie hasta no termine misión. Cumpliré deseo de mi padre de no comunicarme con el exterior. Cuando termine, regresaré. Entonces hablaremos. Luisa María.'

Lo releyó. Le pareció un poco frío. Quizá así se diera cuenta de su deseo de romper la relación. Con la misma destreza, pulsó la tecla en la que tenía personalizada la dirección electrónica de su ex novio, Michael López Jr, como a él le gustaba llamarse.

□ ¡A ver si, con esto, me deja en paz durante todo el camino!

1.6. La hospitalera encargada del albergue de los peregrinos en Roncesvalles regresó muy nerviosa a la recepción. Había decidido llamar al coordinador de la organización del camino de Santiago para preguntar lo que debía hacer tras el descubrimiento del cadáver. Sin embargo, fue interrumpida.

□ ¿Es Ud. la encargada de este local de acogida de peregrinos? - preguntó una atractiva mujer morena, cercana a la treintena, de corta estatura y rasgos latinoamericanos que se acercó hasta la mesa de recepción sin quitarse la mochila recién estrenada.

– Mi puesto exactamente es el de hospitalera del albergue. – respondió con muchos nervios - Soy voluntaria y mi función es la de ayudar a los peregrinos en todos los problemas que puedan tener. ¿Es Ud. peregrina?

– Sí. Voy a hacer el Camino de Santiago completo.

Teresa Miranda, la mujer latina recién llegada, manifestó muy poca experiencia en los trámites. Estaba muy maquillada y cuidaba su aspecto físico. No esperaba que nadie dudara de su carácter de peregrina, aunque los anillos y las pulseras parecían poco apropiadas para realizar el Camino de Santiago.

– ¿Desea inscribirse para pasar la noche en el albergue?

– Antes, quiero hacerle una pregunta. ¿Se ha inscrito ya una joven venezolana, procedente de Estados Unidos, llamada Luisa Pérez de Lerma?

– Señora,...

– Soy señorita.

– Señorita, - replicó la hospitalera, todavía nerviosa pensando más en el cadáver que había dejado encerrado en el servicio de duchas - esto no es un hotel. Aquí no damos información sobre los peregrinos.

– Perdóneme si la he molestado. – respondió la peregrina inexperta.

– No me ha molestado. Si desea inscribirse, rellene esta credencial.

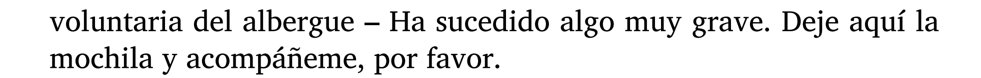
– Soy norteamericana, de Florida. Aunque mis padres nacieron en México. Es la primera vez que hago el Camino y no conozco muy bien los trámites que debo hacer. – se disculpó la nueva peregrina, mientras rellenaba la hoja.

Los nervios de la hospitalera iban aumentando. No podía separar de su mente la imagen del muerto y la disposición ritual de su cuerpo. Estuvo esperando a recibir la credencial con los datos cumplimentados. Al comprobarlos. Se llevó una nueva sorpresa. Se llamaba Teresa Miranda. En la casilla de la profesión, la nueva peregrina había escrito ‘policía’.

– ¿Es Vd. policía? – preguntó la hospitalera con más sorpresa que curiosidad.

– Sí. Soy policía norteamericana. Estoy en España con una misión especial para el Camino de Santiago. – trató de disculparse la peregrina rubia – Por esa razón, he preguntado antes ese dato sobre la señorita Luisa María de Lerma. Tengo la encomienda de vigilarla.

– ¡Es una casualidad extraordinaria! – se precipitó a decir la


voluntaria del albergue – Ha sucedido algo muy grave. Deje aquí la mochila y acompáñeme, por favor.

1.7  Apóstol Santiago, entérate bien. No te hagas el despistado. Esta vez, no puedes fallar. ¡Tienes que curar a mi hija!

Doña Mercedes había empezado el Camino de Santiago también en Sant Jean Pied de Port. Había comenzado allí a pesar de saber que esa etapa tenía un recorrido muy duro y empinado. Eso significaba una gran dificultad para ella, dada su obesidad y su edad. También tenía que soportar las protestas de su hija. Merceditas. En su muy limitada capacidad para expresarse exponía su negativa llorando y pataleando. Sin embargo, la obesa peregrina no deseaba dar ninguna excusa al santo apóstol Santiago para que no hiciera esta vez el milagro de la curación de su enfermedad.

 La curación de mi hija es el objetivo de esta peregrinación. No puedo fallar en nada ni perdonar la primera etapa, por difícil que sea. ¡Tengo que conseguir que Santiago realice este milagro! Sin ninguna excusa. Tengo que arrancarle, como sea, esta curación.

Merceditas estaba en la primera etapa de su juventud. Era bastante alta. Tenía una figura agradable. Sus ojos azules eran bonitos. Pero su boca estaba torcida y la capacidad de expresión era limitada. Ésas eran las principales manifestaciones exteriores de su discapacidad intelectual.

La madre y la hija tuvieron que hacer numerosos descansos y paradas en el laborioso ascenso desde Saint Jean Pied de Port hacia Roncesvalles. Progresivamente iban siendo superadas por el resto de los caminantes. En una de esas paradas, al lado de la Fuente de Roland, mientas Merceditas continuaba protestando contra su madre y amenazaba con no levantarse del suelo, Doña Mercedes aprovechó para echar las cartas del tarot con el fin de conocer lo que les deparaba el futuro inmediato.

Era una experta en este arte de la adivinación desde hacía mucho tiempo. Lo empleaba incluso profesionalmente. Sabía descubrir los signos de los acontecimientos inmediatos o futuros. Esta vez, se sorprendió por lo que vio que la esperaba en la colegiata de Roncesvalles.

 ¡Esto es muy grave! Hay una muerte en el próximo albergue. – dijo sorprendida, pero en voz baja para que no lo oyera su hija – A ver si esta circunstancia sangrienta no perjudica la consecución del milagro de Merceditas.

Recogió inmediatamente los arcanos mayores del tarot. Los guardó. Se dirigió a Merceditas para, sin contemplaciones, obligarla

a coger la mochila de mucho menor tamaño y comenzar de nuevo a andar hacia Roncesvalles. La joven, cuyos bellos rasgos faciales no evidenciaban su deficiencia, protestó de nuevo.

 Amá, el apóstol Santiago es un cabón.

 ¡Merceditas, ese vocabulario! – reprendió la madre.

 Es la vedad. ¡Es un cabonazo! Lo dices tú. No quiede cudadme.

 Tienes razón. El apóstol Santiago es un cabronazo. Pero no te preocupes. Le obligaremos a que te cure.

-¿Segudo? – dudó la hija.

 ¡Seguro que le obligaremos! – prometió doña Mercedes.

1.8.- La hospitalera del albergue de Roncesvalles y la policía norteamericana de procedencia mexicana Teresa Miranda llegaron con precipitación al servicio de duchas. La policía observó detenidamente el cuerpo acuchillado. Coincidió en que la forma de colocar los brazos imitando a la cruz templaria y otros detalles podían responder a una intención ritual. Sacó numerosas fotografías. Se detuvo en contemplar un pequeño papel que el muerto sujetaba entre los dedos de la mano derecha. Le costó mucho sacárselo. Lo miró. Estaba lleno de sangre. Parecía que tenía escrita una o dos palabras. Pero era imposible distinguirlas. Aprovechando un descuido de la hospitalera, se lo guardó.

 Vamos a establecer el dispositivo policial. Lo haremos como se hace en Estados Unidos. Debemos mantener clausurado este servicio. – indicó la policía latinoamericana con autoridad - Hoy no podrá ducharse aquí nadie. Yo me voy a encargar de realizar los trámites de la denuncia. Llamaré a mis jefes aquí en España. Estoy adscrita a la Comandancia de Investigación Criminal. De momento, no hay que tocar nada. Ya vendrá el juez a levantar el cadáver. Una cosa importante. Hay que mantener silencio absoluto sobre este caso. Eso nos facilitará la investigación.

 Si alguien pregunta por qué no se pueden usar las duchas, ¿qué digo? – preguntó la hospitalera.

 Di que ha sido una avería. Nadie debe conocer, de momento, la existencia de este asesinato. Otra cosa. Las investigaciones iniciales son fundamentales. A eso también se da mucha importancia en Estados Unidos. Allí se hacen las cosas bien. Tenemos que interrogar a los que están presentes en el albergue.

 ¿Cierro las puertas?

 El que lo ha hecho ha podido escapar, si ha querido. Tampoco es bueno crear alarmas innecesarias. Vamos a controlar los

movimientos de los que están ahora.

— Yo estoy muy nerviosa. – confesó la voluntaria - ¿Qué debo hacer?

— En primer lugar, tranquilízate. – ordenó la policía Teresa Miranda – Yo voy a interrogar a los presentes a ver si alguien ha visto algo. Tú, mira a ver si alguien se mueve de modo sospechoso.

— ¿Cómo se nota eso?

— Si alguno quiere salir precipitadamente, me avisas.

— ¡Qué nervios! – repitió la hospitalera – Nunca pensé que podía suceder algo así en el camino de Santiago.

1.9 Nada más guardar su sofisticado teléfono móvil, Luisa María, en el hotel de Saint Jean Pied de Port, preparó su ropa. Puso sus pertenencias encima de la cama. Había comprado cuatro camisetas, tres camisas, tres pantalones cortos, dos largos, dos jerséis, mucha ropa interior, calcetines, una prenda para el frío, otra para el agua y un paraguas. Además, estaban las botas de monte que le habían recomendado. Había elegido las mejores, porque tenía pánico a que le salieran ampollas.

— ¡Lo siento, mi querido antepasado! Yo no puedo recorrer tantos kilómetros con unas sandalias abiertas.

También había unas playeras. De marca, por supuesto. Y dos tipos de chancletas. Le asustaba la posibilidad de contagiarse de hongos. Tenía tres bañadores y un bikini. El bikini llevaba la etiqueta de la marca Calvin Klein. Además, estaba toda la ropa que había traído desde Estados Unidos. Colocó la mochila encima de la mesilla, junto al teléfono. La había comprado según las indicaciones del servicio de turismo de Pamplona. No tenía que pesar mucho. Debía tener numerosos departamentos. Tenía que adaptarse bien a la espalda. Debía ajustarse a la cintura y al pecho. Lo del pecho le preocupaba. Se la había probado y la pillaba justo a la altura de las tetas.

— A ver si me va a deformar estas tetitas que tanto he cuidado.

Comenzó a colocar las cosas más pesadas y voluminosas en el fondo de la mochila. Sacó la cantimplora, porque recordó que debía colocarla en un compartimento del exterior. Recordó el consejo que le habían dado las guías de la información turística. ‘La mochila no debe pesar más del diez por ciento del peso de la persona que la lleva’. Nunca había confesado pesar más de sesenta kilos. Pero ahora calculó que podía llevar casi siete en la mochila. No se iba a enterar nadie. Buscó el peso en el cuarto de baño.

— Ya están los siete. ¡Vamos! ¡El destino de mi familia está ahora

en mis manos! – dijo con decisión aunque también con ironía - ¡Mis pobres pies! Cómo vais a sufrir. ¡Después, os compensaré! Os llevaré a los mejores masajistas de Florida.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para colocarse la mochila. Se miró de nuevo al espejo. Tenía un aspecto horrible. Menos mal que no estaba allí ninguna de sus amigas norteamericanas. Ni tampoco los chicos que le gustaban. Prometió no hacerse ninguna foto. Así, nadie conocería su autentico aspecto como peregrina. Se acercó al teléfono de la mesilla y comenzó a marcar el número de recepción. Rectificó inmediatamente. Antes de salir de Saint Jean Pied de Port, debía leer el pergamino adjunto a la primera carta de su antepasado. Era más larga de lo previsto.

1.10.- *Breve hestoria de la relación de la familia de Lerma con el santo Grial del apóstol Santiago e de los motivos para su entrega en la catedral de Compostela:*

*Aqueste Santo Grial fue confiado a la nuestra familia face agora casi un siglo por el último gran Maestre de la Santa Orden de los Caballeros del Temple, Jacques de Moley. Debíamos protegerlo ante las amenazas del rey de Francia Felipe V, llamado el fermoso, quien, en complicidad con el papa Clemente V, deseaba destruir dicha Orden para apoderarse de los suyos bienes.*

*Numerosos motivos me han llevado a tomar la decisión de depositar aqueste Santo Grial bajo la protección del Santo Apóstol. El primero dellos es el grave peligro que corremos para su custodia a causa de los numerosos e violentos intentos que se realizan para arrebatárnoslo a pesar de las garantías de seguridad que he ordenado disponer y el peligro que corren nuestras vidas por aqueste motivo.*

*Nuestra familia adquirió el compromiso de salvaguardar aqueste gran tesoro hasta ver cumplida la misión de restaurar la Santa Orden de los Caballeros del Temple. Dicho compromiso fue asumido personalmente por mi abuelo, llamado en ese tiempo Jean Michel de Renaud, entonces asimesmo sacerdote, el día 12 de octubre del año de mal recuerdo 1307. Ese mesmo día se inició la convención de la Santa Orden de los Caballeros del Temple en París bajo el temor de que todos los reunidos fueran detenidos por orden real. Mi abuelo adquirió el compromiso de restaurar la santa orden templaria en caso de que fuera suspendida o destruida, vinculando a esa misión su destino personal e también el de toda su futura familia.*

*Todos los intentos para restaurar la orden templaria que han tenido lugar, promovidos por nuestra familia han tendido un resultado negativo. Debemos concluir, en consecuencia, que nuestra misión, a la*

*que hemos entregado, en unión de nuestros antepasados tantos trabajos e a la que hemos sacrificado nuestros destinos, non puede ser llevada cabo. Por ello, habemos decidido que el Santo Grial del Apóstol Santiago sea custodiado, a partir de agora, en la catedral donde también reposan sus restos.*

*Un motivo más para comenzar aqueste camino de los peregrinos jacobeos es implorar la protección del Santo Apóstol para eliminar la enfermedad que, como una maldición, pesa sobre los varones de nuestra familia. Esa susodicha maldición comenzó precisamente en el momento en que recibimos la misión de restaurar la Santa Orden de los Caballeros del Temple e custodiar el Santo Grial.*

*Desde esa fecha, tanto mi abuelo como, después, mi padre adquirieron una grave dolencia que degeneraba sus huesos al cumplir los cincuenta años e al poco tiempo fallecieron, tras sufrir muchos dolores. Yo mesmo, como encarnación del destino familiar, me encuentro agora en esa mesma situación. Desde que, face cuatro meses, cumplí cincuenta años, padezco de muy fuertes dolores e veo que mis huesos sostienen con dificultad al resto de mi cuerpo.*

*Personalmente, trato de suplir mi falta de fe, con más compromiso. Pongo mi voluntad y mi esperanza en que, al entregar aqueste Santo Grial a los pies del Apóstol, éste nos libere a mí e a mis descendientes de la carga de aquesta enfermedad e cambie el trágico destino familiar. A la vez, pido que nos perdone los pecados cometidos e salve las nuestras ánimas cuando sean sometidas al juicio final.*

*Firmo aqueste documento en nuestra residencia familiar de Lerma, en el reino de Castilla, el día 13 de septembre del año 1414, en la víspera de comenzar aqueste peregrinaje con el fin de llegar a Compostela, en un mes, el 13 de octubre, cuando cumpla el aniversario de la detención de aquellos mártires de la Orden del temple.*

*Varias caballerías e mi fiel criado, Teodoro, me conducirán mañana a la ciudad francesa de Saint Jean de Pied de Port e desde ese lugar iremos también juntos hasta la basílica de Roncesvalles, en las montañas del Pirineo. A partir de allí, continuaré andando en penitencia e casi descalzo, como el resto de los peregrinos, el Camino hasta Compostela e hasta el fin del mundo, que cerca della está.*

*Deseo que aqueste documento permanezca en propiedad de mi dilecta e respetada esposa, Doña Urraca de Pampliega. Ella queda en la tutela de nuestros dos fijos, todavía menores de edad. Es la mía voluntad que sólo sea abierto después de mi muerte, cuando así sea ordenado por los jueces o cuando sirva para testimoniar a favor del honor de alguno de mis antecesores o descendientes.*

*Nuestro señor redentor e su Santo Apóstol Santiago sean alabados.’*

*En lugar de la firma, aparecía un dibujo de la cruz templaria.*

La joven venezolana quedó perpleja. No había imaginado estar relacionada con una historia tan antigua. Trató de imaginarse, por un momento, cómo era su familia tantos años antes. Estaba tan abstraída en ese intento que se olvidó de que estaba en la habitación del hotel. El teléfono de recepción sonó y distrajo sus pensamientos.

— Perdone. – se disculpó Luisa María - Me he retrasado un poco. Ya estoy preparada. Bajo ahora mismo. ¿Puede avisar al taxista que me está esperando para que se acerque a la entrada?

1.11 — Señor, deje de gastar bromas con imitar al presidente de Galicia. No le puedo atender más. Tengo aquí un peregrino esperando para sellar su credencial. Lo siento. No le puedo dedicar más tiempo.

— ¡Señorita, no le estoy gastando ninguna broma! Yo soy Don Manuel Fraga Iribarne. Con el don por delante, porque efectivamente soy el presidente de Galicia. Le he preguntado por el señor Honorio Martínez de las Torres. No es un cualquiera y menos en el Camino de Santiago. Es Comisionado para la restauración de la Orden del Temple. Tiene una misión muy importante, que está realizando para mí. Una misión muy, muy, importante. ¡Con ella, vamos a dar un nuevo sentido a Europa!

— Está bien, 'auténtico señor Fraga'. –ironizó la hospitalera dando la razón a su enloquecido interlocutor – Perdóneme. No puedo seguir atendiéndole. ¡Adiós, 'don Manuel'!

La hospitalera del albergue de Roncesvalles repitió ese nombre intentando seguir la broma y haciendo un gesto cómplice alusivo a las impertinencias que debía aguantar en su trabajo. Colgó el teléfono con firmeza y se volvió para atender al peregrino que estaba esperando para inscribirse.

1.12 — ¿Puede decirme si ha llegado una joven venezolana, procedente de Estados Unidos, llamada Luisa María de Lerma?

La hospitalera tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en su trabajo, después de la discusión con el presunto imitador de Fraga Iribarne. Al mirar al peregrino que esperaba ante el mostrador de recepción, le sorprendió su nariz aguileña y sus ojos diminutos. Se extrañó de que preguntaba también por la joven venezolana. Era un señor de escasa estatura, robusto, con el pelo ya blanco. Parecía un peregrino curtido y veterano. Sus ropas no eran

nuevas y parecía ser conocedor de las costumbres que deben seguirse en el camino.

□ ¿Qué pasa con esa señorita venezolana?

□ Simplemente deseo saber si ha llegado, para saludarla. Sólo eso. Es una pariente mía.

A pesar de su brusquedad, la hospitalera se dio cuenta de que había algún otro interés en la mente del veterano peregrino. Él había apoyado en la pared su cayado, mientras se desprendía de la mochila y sacaba su credencial ya preparada.

□ Lo siento. – indicó la hospitalera - No puedo darle ninguna información sobre ningún peregrino. ¿Cómo se llama Vd.?

□ Yo me llamo ... Marcos Evangelista. – dudó el nuevo peregrino.

□ Ese apellido no coincide con el de señorita por la que me ha preguntado.

□ Soy pariente lejano – respondió con nervios - ¿Qué pasa? ¿No me cree?

□ Yo ni creo ni dejo de creer. Pero no puedo darle esa información. Si esa señorita ha llegado, asistirá a la misa de bendición de los peregrinos en la Colegiata. Allí la podrá encontrar.

□ No la conozco personalmente. Ha vivido siempre en América.

□ Yo no le pido ninguna explicación. Pero no puedo ayudarle. ¿Desea que le selle la credencial de peregrino, señor Evangelista?

1.13.- Estaba Luisa María iba medio mareándose en el taxi a causa de las muchas curvas de la carretera que la llevaba hasta la colegiata de Roncesvalles. Un pitido de su móvil le indicó la llegada de un mensaje. Lo abrió inmediatamente. Era del ex novio del que deseaba apartarse.

‘Yo te recuerdo mucho. ¡Te deseo! Debí acompañarte. No obedezcas a tu padre. ¡Infórmame de todo! Soy muy celoso. Cuando no estoy contigo, me humedezco pensando en ti. ¡Espero noticias tuyas cada día! Te deseo. M. Jr.’

Volvió a leerlo. Resultaba tan violento y autoritario como al natural. No había dado resultado su estrategia para apartarse de él. Quizá, a lo largo del camino, tuviera ocasión para romper definitivamente las relaciones con Michael. Suspiró y cerró el móvil.

1.14 □ ¿Comandancia de investigación criminal? ¿Está el jefe, Pablo Allende?

□ El señor Allende no está ahora en esta sede central. Yo me

llamo Laura Castro. Soy la responsable de información de la Comandancia. Puede exponerme a mí su caso.

— Soy Teresa Miranda, una policía norteamericana de origen mexicano. Me hallo en una misión especial en España, en el Camino de Santiago. Me han indicado a Pablo Allende como jefe y coordinador.

— ¡Hola, Teresa! Yo también estoy al tanto de tu llegada y de tu misión en el Camino de Santiago. ¿Tienes algún problema en que te pueda ayudar?

— Tengo un grave problema aquí en la colegiata de Roncesvalles. Más exactamente en el albergue. Ha aparecido un muerto. Un asesinato.

— ¿Un muerto en el camino de Santiago? Eso es una cosa seria y muy poco frecuente. – se sorprendió Laura Castro, la policía responsable de información en la Comandancia de Investigación Criminal - ¿Qué ha sucedido?

— Es un caso muy extraño. Al muerto le han hecho una especie de ritual relacionado con la Orden del Temple y el camino de Santiago. He tomado ya las primeras medidas. He acordonado la zona y he ordenado silencio total. Debe venir inmediatamente el responsable de esa Comandancia de investigación criminal. – indicó de modo imperativo Teresa Miranda – En Estados Unidos a este caso se le daría prioridad absoluta.

— Aquí decidirá el señor Allende. Le expondré el caso en cuanto le vea. – replicó tajante Laura Castro, molesta por tono de injerencia demostrado por la policía americana.

— Yo tengo la misión de vigilar a una peregrina americana aquí en España. Todavía no la he localizado. No sólo tiene que venir el jefe. Deberá encargarte de la investigación. Yo debo dedicar toda mi atención a que se entregue el Santo Grial en la catedral de Compostela sin ningún problema. Deseo hacer las cosas bien, como se hacen en Estados Unidos. No puedo atender a las dos cosas a la vez. Debe saber tu jefe que la persona norteamericana que me ha encargado la vigilancia y un señor muy importante aquí, don Manuel Fraga Iribarne, tienen mucho interés en esto de la reliquia.

— ¡Bien! De todo eso, somos conscientes en esta comandancia. ¡Atiéndeme ahora tú a mí! - ordenó Laura Castro desde la sede central la Comandancia en un tono también autoritario - ¿Has hecho fotos del cadáver? Si las has tomado, envíamelas por el correo electrónico. Tómale también las huellas y envíamelas. Así igual le podemos identificar sin necesidad de que vaya el jefe.

— Es necesario que venga el jefe. – volvió a indicar la americana

en el mismo tono imperativo - ¡Tienes que avisar también al juez!

 No es necesario que me digas lo que tengo que hacer. Aunque no estemos en Estados Unidos, lo sabemos muy bien. – la cortó Laura Castro - Tú envíame las huellas cuanto antes. ¿Has interrogado a los testigos?

 He interrogado a todos los presentes en el albergue. Nadie ha visto ni oído nada. ¡Un misterio completo! Los autores han desaparecido sin dejar rastro. En Estados Unidos, los asesinos son muy astutos. Pero terminan cayendo.

 Voy a informar al responsable de esta Comandancia de investigación criminal. Él o yo te daremos las órdenes oportunas.

Laura Castro, policía española, con estudios jurídicos, alta y rubia, con el pelo corto y figura esbelta, estaba muy molesta con lo que consideraba una actitud prepotente por parte de su colega extranjera. ‘Estos norteamericanos, tan chulitos como siempre. – pensó – Hasta los mexicanos que viven allí se contagian’. Inmediatamente, localizó a su jefe, Pablo Allende para informarle. También le expuso lo que pensaba del tono autoritario de Teresa Miranda. El responsable de la investigación criminal, tras pedir nuevos detalles, aseguró que se iba a informar más antes de decidir sobre ir o no.

1.15.  Luisa María llegó a Roncesvalles mareada. Quizá, en otra situación, podía haber prestado un poco de atención al extraordinariamente bello paisaje de los montes que había cruzado. Quizá se hubiera percatado de los casi infinitos matices del color verde en las hojas de los árboles, de los arbustos y de las hierbas. Quizá hubiera notado también que la niebla quita algo de visibilidad, pero aporta una tonalidad llena de misterio. Incluso podía haberse dado cuenta de que el ligero sirimiri también parecía parte imprescindible del paisaje. La joven americana recordaba que la carretera tenía muchas curvas y que el taxi no era tan lujoso como los ‘carros’ que tenía papá.

 La entrada al albergue está detrás de ese arco. -indicó el taxista antes de dejarla.

Una mujer anciana, toda vestida de negro, se levantó al ver llegar a Luisa maría. Estaba sentada junto a la puerta de la pequeña ermita de Santiago. Había sido edificada en la explanada, casi al lado de la colegiata, en recuerdo de los muchos peregrinos muertos en ese lugar a lo largo de tantos siglos de historia del Camino jacobeo. Su vestido negro contrastaba con su pelo completamente blanco. A su lado, apoyado sobre las patas traseras, jadeaba un

perro negro. En su cabeza, destacaban unos ojos muy brillantes.

Ambos presenciaron, con gran atención, la llegada de la joven procedente de los Estados Unidos. Ninguno de los dos se movió hasta que el taxi volvió a arrancar y desapareció. En ese momento, la mujer atusó el lomo del perro. Este se incorporó y caminó despacio hasta el lugar donde la joven trataba de colocarse la mochila con muchas dificultades a causa de su desproporcionado peso. Al llegar a su altura, la ladró tres veces con un sonido seco y ronco.

Con el mismo paso tranquilo, el perro volvió hasta la puerta de la ermita de Santiago. La anciana vestida de negro le dio, en la boca como premio, una pastilla blanca. El perro la tragó inmediatamente, Después, los dos desaparecieron.

1.16 □ Puedo trasladarme al camino de Santiago y hacerme cargo del caso.

Laura Castro, la responsable de información de la Comandancia de investigación criminal, llamó inmediatamente a su jefe Pablo Allende. Le puso al corriente del asesinato ritual que había tenido lugar en el albergue jacobeo en Roncesvalles. Aprovechó para criticar el tono empleado por su colega latina y sus continuas alusiones a la manera de trabajar en Estados Unidos. Se ofreció con entusiasmo a encargarse de esa investigación. 'Así podré acumular méritos y experiencia para llegar a subdirectora' dijo.

□ Lo tendré en cuenta. – prometió el jefe – Voy a enterarme de más detalles,

1.17 □ He recordado que anteayer vinieron al albergue dos tipos sospechosos sin mochilas ni nada. Miraron todos los sitios. – informó la hospitalera a la policía Teresa Miranda en uno de los balances improvisados que realizaron sobre sus investigaciones - Les llamé la atención y no quisieron inscribirse. Estaban enfadados. Como si algo les hubiera salido mal. Se echaban la culpa el uno al otro a gritos.

□ ¿Cuándo fue eso? – preguntó la policía americana con curiosidad.

□ Creo que fue anteayer. O quizá el día anterior.

□ ¿No serían árabes? – inquirió Teresa Miranda.

# 2.- RONCESVALLES

**(Martes 14 septiembre 1999)**

2.1 □ ¡Teresa, por favor, ven!

Ante la llamada de la hospitalera, Teresa Miranda se acercó hasta el mostrador de recepción del albergue para los peregrinos en Roncesvalles. Antes, cerró el móvil desde el que había enviado las fotos del asesinato y de las huellas pedidas.

□ ¿Has descubierto algo sobre el asesinado en las duchas? – preguntó la voluntaria.

□ ¡Los James Bond no existen más que en las películas! – contestó la policía latina - Hay que dar tiempo al tiempo. Ya les he dicho que tiene que venir el jefe de Investigación criminal. Yo tengo que dedicarme a mi misión de vigilar a la peregrina americana.

□ Te voy a comentar una anécdota. ¡Para que veas todo lo que tenemos que aguantar las hospitaleras del camino de Santiago! Ha llamado un tipo que imitaba muy bien la voz de Manuel Fraga Iribarne, Presidente de Galicia y principal promotor del Camino de Santiago. Porfiaba que era el auténtico Fraga. Se ha enfadado porque no le he creído.

□ ¿Qué quería? – preguntó la policía sin gran interés.

□ Preguntaba por un comendador de la Orden de los Templarios. La gente se cree que los del Camino de Santiago estamos en la Edad Media. Aquí tengo el nombre de ese supuesto comendador. Honorio Martínez de las Torres.

□ Si vuelve a llamar, me lo pasas. Yo, en esta misión, dependo también del presidente del gobierno gallego.

2.2 □ Señorita, me llamo Juan Jacobo de Lerma. Llamo desde Estados Unidos de América. Necesito hablar urgentemente con mi hija. Se llama Luisa María y está haciendo el camino de Santiago.

La hospitalera se sorprendió de la claridad con que se oía la conversación a pesar de la distancia. El tono y la pronunciación del interlocutor eran netamente extranjeros. Pero hablaba el castellano muy correctamente. También se notaba perfectamente su ansiedad por lograr su objetivo de comunicarse con su hija.

— ¡Lo siento, señor! Esto es un albergue del Camino de Santiago. No es un hotel. No tenemos un servicio de recepción y comunicación con los clientes. – reaccionó la voluntaria con serenidad.

— Puedo pagar lo que sea necesario. Es muy urgente y muy importante.

— ¡No se trata de dinero, señor! En el Camino de Santiago, el dinero tiene muy poco valor.

— ¡Es cuestión de vida o muerte! – insistió el padre con vehemencia – La vida de mi hija está en peligro. Tiene que ayudarme.

— Confidencialmente y fuera de mi competencia, puedo decirle que no conozco a su hija. Varias personas han preguntado ya por ella. Esa señorita todavía no se ha inscrito en este albergue. Lo único que yo puedo hacer es lo siguiente. Cuando ella llegue, si es que llega, le daré el mensaje de que ha llamado su padre.

— Dígale que me llame inmediatamente. – apremió el interlocutor desde Estados Unidos.

La hospitalera había quedado impresionada por la inquietud que embargaba a su interlocutor. También estaba intrigada por la expectación que había por la llegada de esa joven que llevaba un nombre tan latinoamericano como Luisa María. Eso, unido a la tensión creada por el cadáver que tenía encerrado en las duchas, la obligaba a un esfuerzo muy superior a lo habitual para atender a los peregrinos que llegaban al albergue.

2.3 — Por las huellas que nos has mandado, hemos podido deducir que el muerto en la ducha es Honorio Martínez de las Torres. Hay una ficha que le relaciona con organizaciones secretas y con la masonería.

Pablo Allende, el jefe de la Comandancia de Investigación Criminal con fama de ser muy competente y eficaz en su trabajo, se había trasladado a Roncesvalles. Se iba a hacer cargo personalmente de la investigación sobre el asesinato que había tenido lugar en el albergue. Así se lo comunicó a su compañera Laura Castro, que había mostrado su deseo de responsabilizarse del caso. También se lo dijo a Teresa Miranda en su encuentro y presentación. Habían hablado por teléfono en varias ocasiones. Pero no se conocían personalmente. En su decisión, había influido la orden expresa recibida directamente por Manuel Fraga Iribarne. El Presidente de Galicia estaba muy interesado en que esas investigaciones dieran pronto frutos.

-¿Has dicho que el asesinado es Honorio Martínez de las Torres? – puntualizó Teresa Miranda con sorpresa – Ese es el nombre que dio el que llamó al albergue imitando la voz de Fraga Iribarne.

– Habría que localizar a ese imitador. Puede ser una pista definitiva.

El jefe de la Comandancia de Investigación Criminal había llegado a Roncesvalles con su habitual camisa de manga corta y con corbata. A la altura de la barriga, los botones soportaban con alguna dificultad la presión de su barriga. Realizó las gestiones con la diligencia correspondiente a saber que en la alta dirección política había intereses para que la vigilancia de ese caso de la entrega de la reliquia se realizara con eficacia. Esa muerte era un motivo de grave preocupación. Podía ser un signo de más complicaciones, en el caso de estar relacionada. El juez con el que coincidió en Roncesvalles, ordenó, con mucha discreción, el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito de la capital.

– A Fraga Iribarne, habría que darle algún resultado pronto. – indicó Pablo Allende - Yo todavía tengo la esperanza de que este asesinato no tenga nada que ver con la entrega de esta reliquia.

– No seas iluso. Todo indica que está directamente relacionado. ¡Ah! Tengo aquí un papel que cogí de la mano del muerto en la primera revisión. Creo que hay alguna palabra escrita, Pero no se puede leer nada.

El jefe de la Comandancia de Investigación criminal miró el papel con detención. Él tampoco pudo leer nada a causa de la sangre que lo manchaba todo. Desistió y aseguró que tendría que llevarlo a las oficinas centrales para que lo analizaran. El juez había ultimado el proceso para colocar el cuerpo del asesinado en el furgón oficial, con lo que se inició el regreso a la capital navarra.

– ¡Date prisa en localizar a la peregrina americana! Ella tiene la reliquia, según me ha dicho el señor Fraga. – ordenó con insistencia el jefe policial.

– No me metas prisa. Yo sé lo que tengo que hacer. – replicó la policía Teresa Miranda con autosuficiencia – En Estados Unidos tenemos mucha experiencia sobre cómo afrontar estos casos.

2.4 – ¿Señorita, es Vd. la recepcionista de este hostal?

– Ni soy señorita. Ni hay recepcionistas. Ni esto es un hostal. Soy la hospitalera de este albergue del camino de Santiago en Roncesvalles.

– Me llamo Luisa María de Lerma y ...

– Por fin, ha llegado la deseada joven venezolana procedente de

Estados Unidos. – se le escapó a la hospitalera.

□ De venezolana me queda poco. – puntualizó la joven un poco molesta - Estoy ya nacionalizada como ciudadana de los Estados Unidos, igual que toda mi familia.

□ Eres nueva en el camino, ¿verdad?

□ ¿Por qué sabe que soy nueva?

□ Acabas de estrenar todo tu equipaje. Vas peinada de peluquería. Llevas mucho peso en la mochila. Tendrás que ir dejándolo por el camino. Llevas las uñas pintadas. Te has dado rímel en los ojos….

La eficaz hospitalera la ayudó a rellenar los papeles. También completó los datos que debían figurar en su credencial como peregrina jacobea. A la hora de pagar los tres euros, Luisa María sacó un billete de bastante valor.

□ El dormitorio está en el primer piso a la izquierda. Ten cuidado con las escaleras. Están mojadas y resbalan mucho.

□ Por favor, necesito una cama blanda. Tengo la espalda lesionada. También necesito una luz potente y una mesa para poder escribir. Supongo que habrá agua caliente y que la regadera de la ducha será móvil.

□ ¿Algo más? – preguntó con ironía la diligente hospitalera.

□ Me vendría muy bien una bañera con chorros de agua potentes para los pies. Los tengo lastimados.

□ Señorita norteamericana, aquí el dormitorio es corrido. Todas las camas son de litera. Las duchas son las mismas para todos. Si se termina el gas, tendrás que ducharte con agua fría.

□ ¡Eso es imposible!

□ Vas a comenzar el camino de Santiago. No estás haciendo un crucero para multimillonarios norteamericanos.

□ Puedo pagar más dinero, si es necesario. – sugirió Luisa María.

□ Lo que debes hacer es darte prisa en coger la cama. – replicó la voluntaria con ironía - Si te retrasas, ya no encontrarás literas libres y deberás dormir en el suelo.

□ ¿Has dicho la escalera de la izquierda?

□ Ten cuidado con las escaleras. Recuerda que resbalan. Sería bueno que redujeras el peso de tu mochila. En el camino, se aprende a vivir con lo imprescindible.

Luisa María no tuvo más remedio que resignarse. Por lo que iba conociendo, la misión que le había encomendado su querido papaíto era una misión difícil y penosa. La hospitalera se quedó mirándola.

□ ¡Ah! ¡Señorita norteamericana! – llamó.

□ ¿Es a mí? – preguntó Luisa María, mientras regresaba a la mesa de recepción de peregrinos.

□ Tengo que darle un recado. Su padre ha llamado. Estaba muy preocupado. Ha dicho que le devuelva la llamada. Que era cuestión de vida muerte.

□ Le agradezco que me dé el mensaje. – dijo la joven con mucha corrección – Mi padre se preocupa mucho por todo. Creo que no será urgente. Antes voy a dejar la mochila y buscar una litera.

2.5 □ Teresa, ¿ve a esa chica que entra ahora en el dormitorio? Ésa es la peregrina por la que me habías preguntado, Luisa María de Lerma. – avisó la hospitalera.

□ ¡Muchas gracias! Me has hecho un gran favor. Voy a comenzar la vigilancia.

2.6 □ Señorita hospitalera, yo tengo poderes para adelantarme a lo que va a pasar. Es mi obligación advertirle que en este albergue va a suceder un acontecimiento violento con resultado de sangre. Se lo adelanto para que se puedan tomar las medidas pertinentes.

Ésa fue la advertencia de Doña Mercedes, después de haber cumplimentado la inscripción y el sellado de su credencial y la de su hija. La Hospitalera se quedó muy sorprendida, después del asesinato que ya había tenido lugar.

□ ¿Cómo ha podido saber eso?

□ Ya te he dicho que yo tengo poderes. En otro momento, si quieres, te lo explicaré. Ahora mi hija y yo estamos muy cansadas. Vamos a lavarnos y a dormir un poco.

Sin embargo, esa explicación no fue suficiente para calmar la sorpresa causada en la hospitalera por la alusión a la sangre que ya había sido derramada.

□ Dígame algo más sobre eso que va a pasar. ¡Se lo ruego! – mostró curiosidad la voluntaria.

□ Ahora, querida, no puedo con mi alma. ¡Y mi hija menos! – se excusó la obesa echadora de cartas.

Madre e hija habían recorrido una etapa muy dura desde Saint Jean Pied de Port hasta Roncesvalles. Veintimuchos kilómetros en cuesta, a veces, muy empinada. Cuando, en la última parte del monte, llevaban ya la ropa húmeda del sudor, se mojaron además por la lluvia. En varias ocasiones, la anciana se había detenido para ayudar a su hija. Incluso, en los tramos más empinados, había llevado también su mochila.

— Como, después de esto, el apóstol no haga el milagro a mi hija, le corto los cataplines. – masculló Doña Mercedes - ¡Santiago, recuérdalo! Tienes que curar a mi hija de la deformación en la boca y de las dificultades para expresarse. Esas serán las manifestaciones de que se han curado las limitaciones que tiene en el cerebro. ¡Tienes que hacer el milagro completo!

2.7 La cafetería, situada en el extremo derecho de la explanada frente a la colegiata de Roncesvalles, tiene un restaurante en el que se puede comer a la carta. También ofrecen un menú barato para los peregrinos. En la zona para los clientes a la carta, existe un reservado todavía más íntimo, en el que se ofrece un trato aún más cuidado. La mesa tiene capacidad para que puedan comer cómodamente cuatro clientes. Pero, esa noche, estaba ocupada exclusivamente por una sola persona. Era un señor de mediana edad, bien vestido y con un punto de sofisticación.

— Voy a cenar sólo verduras. Pero exijo que sean absolutamente frescas. Deseo pequeñas cantidades. En primer lugar, espárragos. Cuatro. Gruesos y tiernos. A temperatura ambiente. Tráigame aceite de oliva y yo me serviré. Después, alcachofas. A continuación, vainas o alubias verdes, como quiera llamarlas. Con una sola patata cocida. ¿Tienen borrajas cogidas hoy?

— Nos las suben todos los días de la huerta familiar.

— Entonces, también borrajas. Dos cazos. Ya le he dicho que deseo raciones pequeñas. Todo en platos separados. Cuídeme la temperatura, por favor.

— ¿Qué desea para beber?

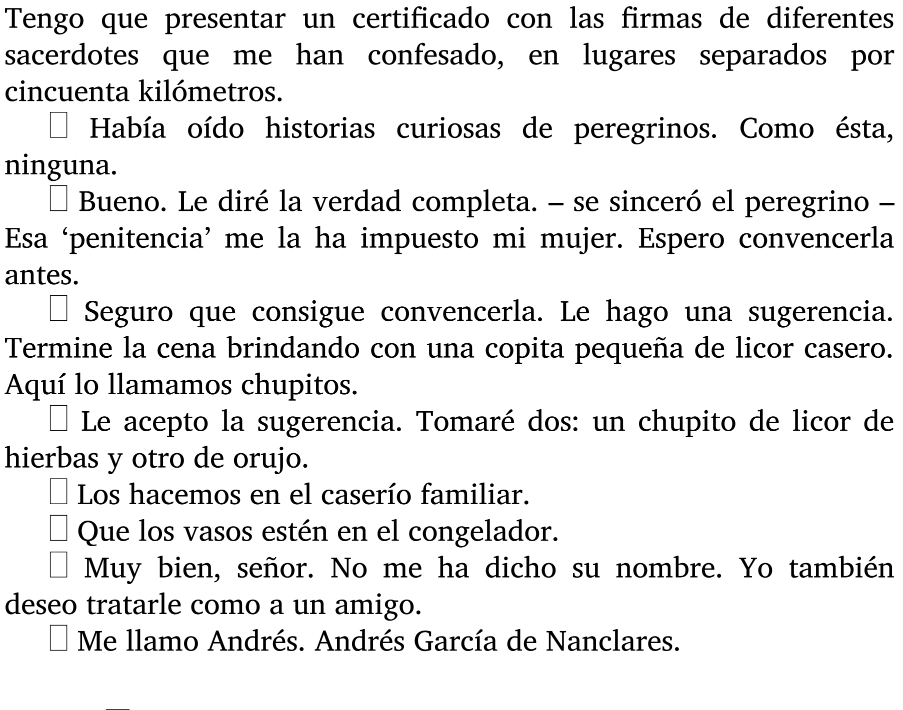
— Estamos en Navarra. Tomaré, por supuesto, vino navarro. Un rosado para empezar. Después, un vino tinto. Crianza de tres años. A ser posible, de las bodegas Chivite de Cintruénigo.

— Muy bien, señor.

— ¡Espere! Prefiero hacerle el pedido completo desde el principio. De postre tomaré queso. Desearía un plato con cuatro o cinco variedades. En pequeñas cantidades. Que haya Idiazabal ahumado y Roncal. El resto lo dejo a su elección. ¿Le puedo preguntar su nombre? En los restaurantes, me gusta tratar con amigos.

— Me llamo Francisco José. Pero puede llamarme Patxi. ¿Va a hacer Vd. el camino de Santiago? Si no es una indiscreción.

— No es una indiscreción. Soy peregrino por varios motivos. En primer lugar, tengo que hacer el camino de Santiago como penitencia. Me lo ha impuesto mi ... – cambia y disimula mal su



mentira - Me lo ha impuesto mi párroco de Lugo. Es la penitencia que tengo que cumplir por haber sido infiel en el matrimonio. Tengo que presentar un certificado con las firmas de diferentes sacerdotes que me han confesado, en lugares separados por cincuenta kilómetros.

— Había oído historias curiosas de peregrinos. Como ésta, ninguna.

— Bueno. Le diré la verdad completa. – se sinceró el peregrino – Esa 'penitencia' me la ha impuesto mi mujer. Espero convencerla antes.

— Seguro que consigue convencerla. Le hago una sugerencia. Termine la cena brindando con una copita pequeña de licor casero. Aquí lo llamamos chupitos.

— Le acepto la sugerencia. Tomaré dos: un chupito de licor de hierbas y otro de orujo.

— Los hacemos en el caserío familiar.

— Que los vasos estén en el congelador.

— Muy bien, señor. No me ha dicho su nombre. Yo también deseo tratarle como a un amigo.

— Me llamo Andrés. Andrés García de Nanclares.

2.8 El ruido se oyó desde el dormitorio común, desde recepción y desde casi todas las dependencias del albergue. A alguno de los peregrinos malévolos, se le escapó una sonrisa de socarrona satisfacción.

— ¡Otro peregrino se ha caído por las escaleras húmedas!

En este caso, había sido la joven norteamericana de origen venezolano. Todavía no dominaba bien las botas de monte que se había comprado por recomendación de las guías de turismo de Saint Jean Pie de Port. La mochila había evitado que el golpe afectara directamente la espalda. Pero las posaderas del culo habían impactado contra las maderas y habían ido rebotando de peldaño en peldaño.

Luisa María quedó en el suelo, despatarrada casi junto a la puerta. Lo primero que pensó es que, afortunadamente, no estaban allí sus amigas norteamericanas de la residencia estudiantil para verla en esa posición ridícula. La policía Teresa Miranda lo vio todo, porque la estaba vigilando. Pero no intervino para no descubrir la misión secreta de estar atenta a todos sus movimientos. Varios peregrinos la atendieron inmediatamente. Con gran solicitud, la levantaron. Recogieron su mochila y se interesaron por su estado. Ella quedó más preocupada por la suciedad que se había acumulado

en sus pantalones. Las manos también estaban llenas de barro y mojadas. Se las olió.

— ¡Qué horror! ¡Qué mal huelen!

Muy poco tiempo después, comenzó a notar el dolor en las posaderas de su culo. Pero no lo confesó a pesar de las preguntas de los peregrinos que se habían precipitado con toda amabilidad para ayudarla.

2.9 — Jefe, ya he localizado a la peregrina americana.

— No la pierdas de vista ni un momento. Con la muerte del templario frustrado se ha complicado mucho este caso.

— Señor Pablo. – puntualizó Teresa Miranda, que había reforzado su maquillaje y trataba de destacar sus pechos en su pequeña pero redondeada figura – yo estoy dispuesta a colaborar en todo. Y si quieres, te llamo jefe. Pero no recibo órdenes tuyas. Yo he sido contratada directamente por la familia Lerma en Florida, de Estados Unidos de América. Tengo mi propia misión.

— Teresa, - respondió el jefe policial, que no había quedado ajeno a los encantos exhibidos por su compañera – todos estamos en el mismo barco. A los dos, nos interesa que todo salga bien. Si no quieres utilizar la palabra ‘orden’. Llámalo coordinación. Pero la última responsabilidad es mía. Eso no lo olvides.

2.10 — La litera encima de mi cama está libre. Puedo ayudarte. Te llevaré la mochila.

Un peregrino se ofreció generosamente a ayudar a Luisa María en cuanto entró en el dormitorio. Era alto, bastante delgado, de unos treinta y cinco años. Tenía el pelo corto y bien peinado. Comenzaban a apuntarse las primeras canas, lo que le hacía todavía más atractivo. Vestía un pantalón de monte con varios bolsillos.

— ¡Qué hombre más guapo y más atento! – pensó la joven.

Luisa María había quedado impresionada por el atractivo del peregrino que tan generosamente se había ofrecido a ayudarla. Mientras se dirigían hacia la litera, se quedó un poco retrasada para ir mirándole con disimulo. También le sorprendieron sus modales educados.

— Me cambiaré yo a la cama de arriba. – propuso él mostrándose todavía más solícito - La de abajo es más cómoda.

— Muchas gracias. Está siendo muy amable conmigo.

Luisa María llegó incluso a ruborizarse cuando se cruzaron los ojos de ambos. Él también fue consciente del atractivo que había

causado. Le satisfizo. Pensó que sería un arma favorable para llevar a cabo la misión secreta que debía desarrollar sobre ella. Consideró que su estrategia inicial de acercamiento estaba resultado un éxito.

— Si necesitas algo, no tienes más que pedírmelo. – propuso el caballero atractivo - Voy a estar por aquí. Dentro de poco, tendrá lugar la misa de bendición de los peregrinos. No debes perdértela. Es muy emocionante. Allí nos reuniremos todos los que comenzaremos mañana el camino, aunque no sean católicos practicantes o no tengan fe.

Luisa María siguió con la mirada a su peregrino protector, mientras éste se distanciaba de la litera. Él era consciente de esa mirada. Caminó sin dejarlo notar y no volvió la mirada. La joven norteamericana se reiteró en la sensación de agrado. Se deleitó incluso en sus atractivos. Después, buscó en su desordenada y apretada mochila lo que consideraba imprescindible para esa noche. Encontró también el sobre con los pergaminos de su antepasado. Hizo el propósito de acordarse de que tenía que leer otra carta antes de acostarse.

La policía Teresa Miranda también había observado con detención todo el proceso. Fue consciente de la atracción que se había producido en la joven. Lo atribuyó a un premeditado proceso de seducción puesto en marcha por el conquistador experimentado sobre la jovencita inexperta.

— No sabía yo que en el Camino de Santiago también había estos juegos de galantería y seducción.

La propia policía, soltera pero experimentada, tampoco había quedado insensible a los encantos del peregrino atento y educado.

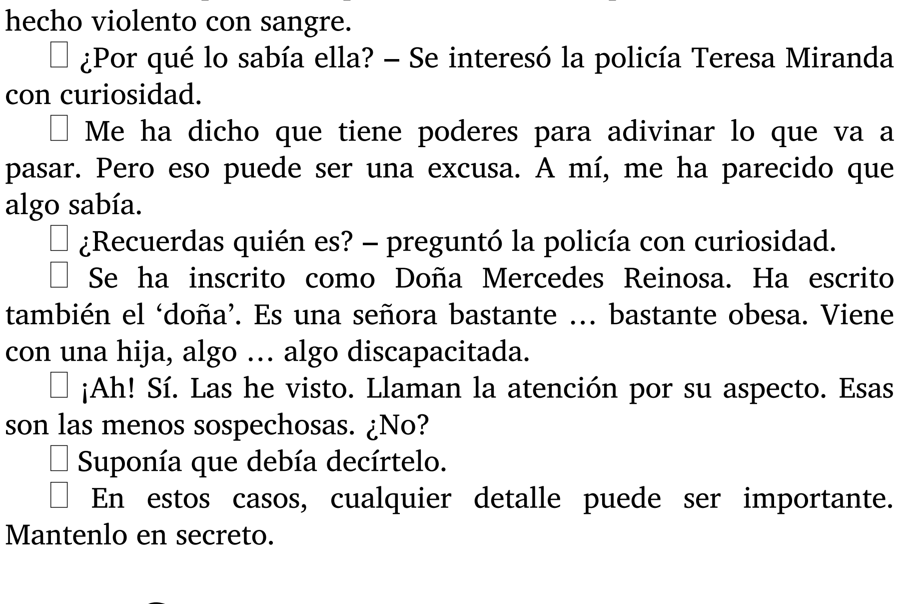
2.11 — ¡Teresa! ¿Puedes venir un momento al patio? Tengo un dato que comentarte sobre el asesinato de las duchas.

La hospitalera tomó del brazo a la policía y se alejó con ella del edificio que formaban el albergue y la colegiata. Caminaron con mucho sigilo. Entraron en un patio amplio frente a lo que parecía ser una residencia juvenil.

— Como me has pedido, yo te comento todo lo que encuentro sospechoso. – comunicó la hospitalera mientras se retorcía los dedos - Tengo la sensación de ser una detective privada en una película del cine negro. Una de las peregrinas que ha llegado sabía lo del asesinato.

— Lo habíamos mantenido en secreto. ¿No?

— Bueno. – puntualizó la voluntaria - No lo sabía con exactitud. Cuando ella ha llegado, ya había tenido lugar el asesinato. Pero ella



me ha dicho que tenía que advertirme de que iba a suceder un hecho violento con sangre.

— ¿Por qué lo sabía ella? – Se interesó la policía Teresa Miranda con curiosidad.

— Me ha dicho que tiene poderes para adivinar lo que va a pasar. Pero eso puede ser una excusa. A mí, me ha parecido que algo sabía.

— ¿Recuerdas quién es? – preguntó la policía con curiosidad.

— Se ha inscrito como Doña Mercedes Reinosa. Ha escrito también el 'doña'. Es una señora bastante … bastante obesa. Viene con una hija, algo … algo discapacitada.

— ¡Ah! Sí. Las he visto. Llaman la atención por su aspecto. Esas son las menos sospechosas. ¿No?

— Suponía que debía decírtelo.

— En estos casos, cualquier detalle puede ser importante. Mantenlo en secreto.

2.12 Cuando Luisa María entró, la iglesia colegiata de Roncesvalles, estaba ya casi llena. Sólo había algunos lugares vacíos en los últimos bancos. Le impresionó la luminosidad. Era un templo acogedor. La joven venezolana se fijó en el palio metálico colocado sobre el altar mayor. Se colocó en el primero de los huecos existentes.

A las ocho y media en punto, salieron desde el lado izquierdo del ábside cinco sacerdotes. La música del órgano sonaba solemne. Había un ambiente especial. La joven, a pesar de su falta de creencias religiosas, sintió el clima de unión. Se notó vinculada a todos los presentes.

— ¡Éste debe ser el espíritu del camino de Santiago! - se dijo Luisa María a sí misma.

Lo hizo con cierta ironía. Desde hacía unos años, coincidiendo con su entrada en la universidad norteamericana de Florida, había abandonado las creencias religiosas. El resto de los miembros de la familia, sobre todo su papá, se mantenía constante en la asistencia a las prácticas litúrgicas. Ella se consideraba atea. Pero, durante la ceremonia, se ratificó en el compromiso de cumplir la misión encomendada por su padre. Debía localizar la reliquia familiar y entregarla en la catedral de Santiago de Compostela para pedir por su salud y la de sus descendientes varones.

En el momento litúrgico de darse la paz dentro de la misa, Luisa María se volvió hacia atrás para saludar a los compañeros del banco posterior. Allí estaba el apuesto compañero de la litera. Se

sorprendió. Pensó con agrado que la seguía. Él la saludó al estrechar su mano. Ella le respondió con otra sonrisa. Incluso notó que el saludo había sido más afectuoso de lo normal. Sintió que él apretaba su mano. Le gustó.

2.13 — ¡Hola! Busca en el archivo a ver si hay algo sobre una tal Doña Mercedes Reinosa. Puede ser vidente. Dice que tiene poderes para adivinar lo que va a pasar.

La policía americana había llamado por teléfono a la Comisaría de Investigación criminal. A Laura Castro volvió a disgustarle el tono imperativo de su petición. No dijo nada. Pero contestó de modo seco.

— ¿Qué pinta esta Doña Mercedes en nuestra investigación?

— Si lo supiera, no te lo preguntaría. – contestó Teresa Miranda con su habitual desdén, consciente de su falta de sintonía con la compañera de las oficinas centrales – Es fruto de mis pesquisas. En Estados Unidos, damos mucha importancia a personas que inicialmente parece que no tienen relación.

2.14 Señorita, ¿nos puede hacer dos favores importantes a mi hija y a mí?

Delante del mostrador de la hospitalera, estaba la obesa echadora de cartas Doña Mercedes con su hija Merceditas. A pesar de sus muchos años y sus muy abundantes kilos, se mostraba decidida, después de haberse echado una pequeña siesta.

— Si está en mi mano, tienen los favores hechos.

— En primer lugar, te ruego que nos autorices para que durmamos en el suelo. A ver si, de una puñetera vez, se apiada el Apóstol Santiago de mi hija. Las cinco veces que he hecho el camino, he pedido al Santo que se apiade de ella y no me ha hecho caso. ¡Es un rácano ese Apóstol Santiago!

— Señora, por favor. No hable así.

— No digo más que la verdad. Cuando yo me muera ¿qué será de ella? ¿Eh? Cabrón de Apóstol ¿qué va a ser de ella? ¿Y tú? ¿Qué crees tú que será de ella?

— Yo no lo sé, señora.

— Esta vez la he traído al camino para ver si el señor Santiago se apiada ya de ella. Tiene que curarla de sus limitaciones. Es un milagro que puede hacer. ¡Sólo hace falta que quiera! Dormiremos en el suelo para ver si se le cae la cara de vergüenza al apóstol ese. El otro favor. Ábreme la ermita de Santiago.

— La ermita de Santiago no está abierta al público. No puede ser visitada por los peregrinos.

— Por eso, te digo me la abras como un favor especial. No se va a enterar nadie. Vuelvo antes de que termine la misa sin que me vean. Será un secreto entre tú y yo. – insistió la peregrina obesa y misteriosa - Hay una estatua de la virgen negra casi escondida en una esquina del retablo. Si las ceremonias religiosas legales no tienen ningún efecto en la curación de mi hija, habrá que recurrir a las esotéricas. Las vírgenes negras tienen mucho poder. Mucho más que los apóstoles lameculos.

— ¿Me promete salir antes de que termine la misa en la colegiata?

— Sólo tengo que poner nueve velas negras y persignarme al revés ante la imagen oscura otras nueve veces a la sombra de las velas. Ese rito es infalible.

— ¿De verdad, cree en esas cosas? – preguntó sorprendida la hospitalera voluntaria.

— ¡Yo creo en lo que sea, con tal de arreglar el futuro de mi hija!

2.15 Andrés, el peregrino gastrónomo, se retrasó más de lo previsto. Se entretuvo con los chupitos de orujo y de hierbas. En lugar de dos, Patxi le sacó cinco variedades. Además de probarlos, estuvieron hablando sobre las diferentes formas de hacerlos. Con ese retraso, cuando Andrés llegó a la colegiata para confesarse, la puerta ya estaba cerrada. Tuvo que preguntar por dónde podía llegar directamente a la sacristía.

— Lo siento. ¡Está todo cerrado! Todos los demás sacerdotes ya se han ido. Yo estoy terminando de recoger.

— Necesito confesarme.

— Tendrá que esperar hasta mañana. La primera misa se celebra a las ocho. Un cuarto de hora antes, habrá un sacerdote para confesarle,

— ¡No puedo esperar hasta mañana!

— ¿Tan graves son los pecados que tiene?

— En realidad....

— ¡Resignación! Me parece que vamos a perder menos tiempo, si comenzamos ahora. ¿Tienes inconveniente en confesarte aquí? No hay nadie en la iglesia. O sea, que no te pueden oír. Arrodíllate. Ave María Purísima.

— En realidad, lo que necesito es un certificado por escrito de que me he confesado. Si tiene prisa, lo mejor es que escriba en un papel: Certifico que se ha confesado en esta iglesia de Roncesvalles

Andrés García de Nanclares. Pone el sello y ya está.

— Le ruego que se vaya. Huele demasiado a licor.

— Es difícil de explicar. He sido infiel a mi mujer....

— ¿Se está confesando?

— Le estoy explicando por qué necesito el certificado. He sido infiel a mi mujer. Por ser reincidente, debo hacer el Camino de Santiago y presentar un certificado de haberme confesado de este pecado en doce iglesias diferentes a lo largo del trayecto.

Andrés García de Nanclares volvió a mentir. En realidad, había sido su esposa, Juana Grijalva, quien le había obligado a realizar esas confesiones y presentar los certificados. Sólo con esas condiciones, aceptaría perdonar sus infidelidades y volvería a tener relaciones matrimoniales con él.

— ¡Resignación! Voy a escribir lo que me dice porque, si no, no vamos a terminar en toda la noche. A ver. ¿Qué tengo que escribir?

— Muchas gracias. Es Vd. muy amable. – agradeció el peregrino besándoles aparatosamente la mano.

— ¡Resignación, hermano! Procure que no le imponga penitencias que molesten a los que no tenemos ninguna culpa. Y Vd. deje de ser infiel a su mujer.

2.16 Estaba ya casi acostada, cuando Luisa María recordó que debía leer la segunda carta de su antepasado. La sacó con cuidado del sobre. Volvió a guardar éste en la mochila como medida de seguridad. Se sentó a los pies de la cama para aprovechar mejor la luz del dormitorio corrido.

*‘Respetada esposa e señora mía, Doña Urraca de Pampliega.*

*Aquesta es la segunda carta que os envío en aqueste mi camino hacia Santiago de Compostela. Lo hago en el refugio de los peregrinos en lo más alto de los montes Pirineos. Me fallo en el pórtico de una pequeña ermita dedicada a la advocación del Santo Apóstol, junto al hospital de los peregrinos.*

*Os escribo después de haber recibido los Santos sacramentos de la confesión e la comunión. También he preparado mi espíritu para comenzar aqueste Camino. A través del mesmo, espero que se purifique la mía alma e sane el mío cuerpo para poder servir más dignamente a Nuestro Señor Redentor e así reconducir el destino de nuestra familia.*

*Espero que aquesta carta después de leerla vos, la guardéis en unión de la primera que os habrá entregado mi fiel servidor Teodoro. Debéis conservarlas intactas e cerradas como os indicaba también en la anterior. Os insisto especialmente en aquestas precauciones de seguridad a causa de los graves peligros por los que puedo pasar durante aqueste*

*camino e la importancia de que, en todo momento, vos tengáis garantía escrita de mis pasos.*

*Otra seguridad que debéis tener en cuenta es la …'*

En ese momento, se apagó la luz del dormitorio. Era la hora establecida para el silencio en el albergue. Todos los peregrinos debían acostarse para recuperar las fuerzas necesarias con el fin de recorrer la etapa del día siguiente. Luisa María se disgustó ante la imposibilidad de seguir leyendo. Hizo ruido al incorporarse. Inmediatamente su compañero de litera, el apuesto y atento caballero, se ofreció, de nuevo, solícito a ayudarla. La joven se lo agradeció y salió en busca de una luz que le permitiera terminar de leer la segunda carta de su antepasado. Sólo la encontró en los servicios. Así que se sentó en el wáter y buscó el punto de la carta que estaba leyendo.

*'Otra seguridad que debéis tener en cuenta es la siguiente: Os iré numerando las cartas que os envíe con el fin de que sepáis si alguna es interceptada por nuestros numerosos enemigos. Yo también sabré si ha habido algún percance, porque el fiel Teodoro con una caballería rápida os llevará cada carta e volverá al lugar donde yo termine la etapa del camino con el fin de que yo le entregue la siguiente. De esa manera, él me podrá informar sobre los incidentes que hayan tenido lugar.*

*Si pasan más de dos días e non recibís carta mía, debéis enviar un mensajero diferente a Teodoro, porque es posible que los nuestros enemigos le hayan matado con el fin de eliminar aquesta comunicación que mantenemos.*

*Dilecta esposa, deseaba en aquesta carta explicaros las características del Santo Grial de Santiago que voy a entregar en la catedral dedicada al Apóstol. Pero las indicaciones previas han ocupado ya el tiempo que podía dedicar a la escritura. Aquí termino aquesta segunda carta, que agora mesmo doy a nuestro fiel servidor Teodoro para que os la entregue.*

*Pido a Nuestro Señor e Redentor que a los dos nos dé fuerzas para superar aquesta prueba, a vos en la soledad e a mí en los avatares de aqueste Camino.*

*Se despide de vos aqueste vuestro esposo que os recuerda e os respeta. Juan de Lerma.*

# 3.- ZUBIRI

**(Miércoles 15. Septiembre. 1999)**

3.1 ‘Ningún indicio sobre el autor del asesinato’

Teresa Miranda recibió el aviso de que le había llegado un mensaje a su teléfono móvil. Lo abrió con diligencia. Era de Pablo Allende, jefe de la Comandancia de investigación criminal. ‘Ninguna pista sobre autor asesinato. Muchas huellas en cadáver. Ninguna huella fichada. Busca más indicios o sospechosos en el Camino. Si tienes datos sobre la peregrina americana, coméntamelos, por favor. Es urgente’.

-Este caradura, echando balones fuera y dando trabajo a los demás.

La policía morena y presumida protestó casi en voz alta, a pesar de hallarse sola. Había pensaba que ya se había librado de la investigación del asesinato para dedicarse exclusivamente a la vigilancia de la peregrina americana y proteger la entrega de la reliquia de gran valor en la catedral de Compostela. Ahora el jefe de investigación criminal la implicaba de nuevo en las pesquisas sobre el cadáver. No lo iba a aceptar.

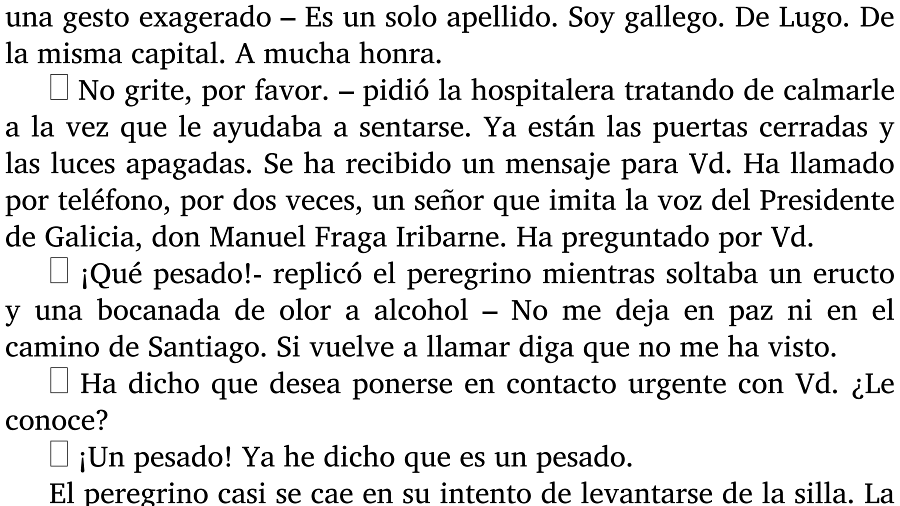
Teresa Miranda dejó un mensaje oral como contestación. ‘Ni la hospitalera ni yo hemos encontrado más indicios sobre el asesino. A partir de ahora, lo dejo en tus manos. Intenta hacerlo como se hace en Estados Unidos ¡Suficiente tarea tengo yo con vigilar a la peregrina americana y su reliquia! Me pagan para eso’.

Pablo Allende recibió también otro mensaje en su móvil. Procedía de su compañera Laura Castro. Decía: ‘La sudaca yanqui va aumentando en impertinencia. Si necesitas ayuda en el Camino de Santiago, no dejes de llamarme’. El meticuloso y concienzudo jefe sonrió. Le gustaban las peleas femeninas.

3.2 — ¿Es Vd. Andrés de Nanclares?

Preguntó la hospitalera al peregrino gastrónomo cuando llegó al albergue con el certificado de haberse confesado. Era ya tarde. Se había sobrepasado la hora de cierre. Él llegó haciendo ruido, sin mantener el equilibrio y despidiendo olor a alcohol.

— ¡Andrés ‘García’ de Nanclares! – puntualizó mientras hacía



una gesto exagerado – Es un solo apellido. Soy gallego. De Lugo. De la misma capital. A mucha honra.

□ No grite, por favor. – pidió la hospitalera tratando de calmarle a la vez que le ayudaba a sentarse. Ya están las puertas cerradas y las luces apagadas. Se ha recibido un mensaje para Vd. Ha llamado por teléfono, por dos veces, un señor que imita la voz del Presidente de Galicia, don Manuel Fraga Iribarne. Ha preguntado por Vd.

□ ¡Qué pesado!- replicó el peregrino mientras soltaba un eructo y una bocanada de olor a alcohol – No me deja en paz ni en el camino de Santiago. Si vuelve a llamar diga que no me ha visto.

□ Ha dicho que desea ponerse en contacto urgente con Vd. ¿Le conoce?

□ ¡Un pesado! Ya he dicho que es un pesado.

El peregrino casi se cae en su intento de levantarse de la silla. La hospitalera se tuvo que precipitar sobre él para que no hiciera más ruido y despertara al resto de los peregrinos. Prefirió acompañarse hasta su litera y ayudarle a acostarse, para evitar un escándalo mayor. Sin embargo, se quedó preocupada por no haber entendido si llamaba pesado al presidente gallego o a su imitador.

3.3 El primero en levantarse, a la mañana siguiente, fue el peregrino identificado en su credencial como Marcos Evangelista. Se colocó en la puerta del albergue. Estuvo atento a vigilar a todos los que salían. Tenía que conocer todos los movimientos de Luisa María. Como la hospitalera se había negado a darle información sobre su pariente lejana, no había otro remedio que apostarse ante la puerta y ver pasar a todos los peregrinos hasta reconocerla. Había logrado una fotografía reproducida en un periódico de Florida. Subconscientemente, se fijó primero en su nariz y sus ojos, como rasgos característicos de la familia. No eran tan destacados como los que él tenía. Parecía una joven bastante alta, corpulenta y morena. Llevaba el pelo largo. No eran muchos datos, pero podían ser suficientes para identificarla.

3.4 'Pablo. Envío primer informe sobre Luisa María de Lerma. Alguien ha querido ligar con ella. O quizá ella con él. No me has dicho nada del papel con sangre que tenía en la mano el asesinado. Teresa '.

La policía también había madrugado. Su primera mirada fue dirigida hacia la litera que ocupaba la joven americana. No encontró nada sospechoso. Se preparó con diligencia, Se lavó

rápidamente. Prestó un poco más de atención al peinado. Tampoco descartaba ella tener alguna aventurilla con el apuesto galán que atendía a la joven norteamericana. Aprovechó la espera en el pasillo de recepción para enviar ese mensaje al jefe de investigación criminal, cumpliendo las indicaciones de éste.

3.5. □ ¡Teresa, tengo otro dato!

La hospitalera esperó a que la policía morena y muy maquillada terminara de enviar el mensaje para poder hablar con ella. Se notaba que había dormido poco y no le había dado tiempo a arreglarse.

□ Ha vuelto a llamar el hombre que imita la voz de Fraga Iribarne. Lo más destacado es que ha dejado un mensaje para un peregrino que se llama García de Nanclares. Andrés. Es un señor de mediana edad que, fuera del camino, lleva pantalón corto y mocasines de piel.

□ ¿Qué mensaje le ha dejado? – se interesó la policía.

-Que se ponga en contacto con él. A mí me ha parecido que se conocían. Pero no sé si conoce al imitador o al propio Fraga.

□ No te preocupes. Aunque es mi 'jefe' el que se encarga de investigar esta muerte, ya le paso yo este dato. ¡Muchas gracias por tu colaboración!

□ He quedado impactada por este asesinato. ¡No había visto nunca nada igual! Esto de hacer de detective me está gustando.

3.6 □ Hola, papaíto. Soy Luisita. ¿Cómo estás?

□ Yo estoy bien, hija. ¿Y tú? – respondió precipitado Juan Jacobo de Lerma - ¿Cómo estas, Luisi querida?

□ Te oigo muy bien por teléfono. Como si estuvieras aquí. Te llamo para decirte que voy a comenzar ahora mismo el Camino. Desde Roncesvalles en Navarra. España. Aquí son las seis y media de la mañana. Estoy desayunando en una pequeña cafetería junto al albergue de los peregrinos. Esta noche no he dormido nada. Pero ya me he enterado de todo. He leído las dos primeras cartas. Con ellas, he comprendido cuál es mi misión. Sabes que yo no tengo ninguna fe religiosa. Pero lo cumpliré. No tengas ninguna preocupación. Lo voy a cumplir hasta las últimas consecuencias. Lo hago por ti y por John. Voy a estar a la altura de las circunstancias y te voy a demostrar todo lo que os quiero.

□ Luisa María, déjame hablar a mí. – pidió el padre en un momento en que logró interrumpir el parlamento de su hija – Tengo

que decirte algo importante.

— Quiero que no estés preocupado. ¡Yo voy a reconducir el destino familiar! Voy a arreglar todo lo que tú ya sabes.

— ¡Escúchame a mí!- ordenó casi con un grito Juan Jacobo de Lerma.

— Sí. Dime, papá.

— Creo que es mejor que vuelvas a casa. Estás en un grave peligro. Todos estamos en un grave peligro. Pero tú más. Aunque he contratado a alguien para que te vigile, no tienes suficiente protección. Vuelve a casa.

— Papá, ¿cómo puedes decir eso? – se extrañó la joven – Tengo que llegar a Compostela. Se va a arreglar todo y te vas a poner bueno.

— Escúchame. ¡He recibido amenazas de la Mafia Latina de Florida! Nos amenazan a toda la familia, si no les entregamos esa reliquia que tú estás buscando.

— ¡Eso es imposible, papá!

— Dicen que debemos entregarles a ellos el santo Grial. Si no, nos matan a todos. – informó el padre entre muchos nervios - La Mafia Latina de Florida es muy sangrienta. Debes volver a casa. Aquí nos podemos defender mejor. Ya he contratado unos vigilantes privados con armas automáticas.

— ¡Papá, yo voy a seguir! He prometido descubrir la reliquia y llevarla hasta Santiago de Compostela. Lo voy a hacer.

— Siempre has sido muy cabezona. – dijo Juan Jacobo de Lerma mientras se secaba las lágrimas – Si estás decidida a seguir, prométeme que te vas a cuidar mucho.

— Te lo prometo. No te preocupes. Dale un beso muy grande a mamá y también James John. Me parece muy bien que no le hayas dicho nada de lo suyo. Me refiero a lo de heredar la enfermedad de todos los varones de la familia de los Lerma.

— Me da mucho miedo lo que te puede pasar.

— Cuando llegue a Compostela y haya cumplido la misión, te llamaré. Después, iré a visitar el lugar donde vivieron nuestros antepasados. Adiós, papaíto. No estés preocupado.

Luisa María cerró el teléfono más decidida que nunca a seguir el camino hasta Santiago de Compostela y cumplir su misión. No dio demasiada importancia a las amenazas de la Mafia Latina en Florida. Era un grupo de delincuentes extorsionadores que actuaban en la zona donde vivía su familia. No era la primera vez que recibían amenazas de ellos.

— ¡La Mafia Latina de Florida está muy lejos! – pensó.

3.7 – ¡Laura, tienes que hacer otra investigación urgente! –ordenó la policía latinoamericana - Mira en el archivo para ver quién es Andrés García de Nanclares. Busca posibles contactos o amistad con Manuel Fraga Iribarne, el presidente de la Xunta de Galicia. Puede ser importante para tu investigación del asesinado en el albergue de Roncesvalles.

– ¿No deseas nada más? – respondió Laura Castro con ironía.

– De momento, nada más. ¡Pero date prisa!  En Estados Unidos, esta información la podemos utilizar con mucha rapidez.

Teresa Miranda había utilizado el mismo tono autoritario en esa petición por teléfono a la responsable de información de la Comandancia de Investigación Criminal. Ésta no protestó. Pero, una vez colgado el auricular, dijo con desprecio 'Anda. ¡Que te den!'. Inmediatamente comenzó a buscar los datos sobre la identidad de Andrés García de Nanclares.

3.8 La mujer misteriosa, de cabellos blancos y vestida de negro, estaba sentada, de nuevo, junto a la puerta de la ermita de Santiago. El perro de ojos brillantes también estaba junto a ella, jadeando con la lengua afuera, apoyado en las patas traseras. Vieron pasar inmóviles a los peregrinos, cuando iniciaban la primera etapa de su camino. Doña Mercedes acarició al perro, al pasar junto a él. Merceditas, en cambio, se apartó con temor.

– ¡No tengas miedo! Los perros de ojos brillantes no te harán a ti ningún daño.

En cuanto el perro vio a Luisa María salir de la cafetería, se levantó y corrió hacia ella. Al estar cerca, la ladró, hasta que llegó su anciana dueña a recogerlo y se lo llevó. Antes de alejarse, la mujer misteriosa miró a la joven con insistencia a los ojos y la dejó desconcertada. Inmediatamente desapareció.

3.9 Los peregrinos comenzaron la caminata en pequeños grupos. Algunos optaron por andar en solitario. Se notaba quiénes habían realizado ya, en otras ocasiones, el camino, por la rapidez en tomar las decisiones. Los primerizos, en cambio, estaban más pendientes de encontrar las flechas amarillas en cada bifurcación de caminos o en cada curva.

– No hay ninguna posibilidad de perderse. -advirtió un caminante veterano- Siempre hay flechas amarillas para indicar por

dónde va el camino. Se ven muy bien.

□ ¡Ojo! Las flechas amarillas del Camino del Santiago crean adicción. - añadió un peregrino que adelantó al grupo con un paso mucho más rápido. - Una vez que se ha hecho el Camino, no se sabe andar sin ellas por la vida. Se echan de menos.

Luisa María se había colocado a pocos metros de este grupo de peregrinos. Podía oír la conversación y tenía la seguridad de no perderse. Le seguía pesando la mochila y sintió que tenía mal ajustadas las botas. Desde el grupo antecesor, se retrasó un poco el señor apuesto que había sido su compañero en la litera y que le había tratado con tanta solicitud. Se puso a su lado y sonrió.

□ ¿Qué tal vas? – preguntó él con mucha amabilidad.

□ Voy muy bien. Muchas gracias. – respondió ella intentando mostrar confianza con él - Me llamo Luisa María.

□ A mí me puedes llamar Felipe.

□ Encantada.

Luisa María forzó, en ese momento, un beso suave en la mejilla como saludo. Para ella significó el primer contacto corporal. A él también le afectó. Quedó algo sorprendido por la iniciativa de la joven. En la improvisada iniciativa, quizá por el nerviosismo, no pudieron evitar que chocaran sus narices. Fue él quien se puso un poco colorado.

□ Creo que es mejor que nos integremos en el grupo.

A Teresa Miranda, que caminaba algo distante pero vigilante, tampoco le pasó desapercibido este nuevo acercamiento entre ambos.

3.10 Doña Mercedes y su hija Merceditas habían comenzado también la etapa con prisa. Eran conscientes de que, como andaban con más dificultad, debían caminar sin interrupción. Esperaron a desayunar en el primer descanso del camino.

□ No te voy a quitar esos mocos nunca más. ¡So guarra! Tienes que aprender a ir limpia.

A pesar de su sonora amenaza, Doña Mercedes le quitó los mocos a su hija. Lo hizo con cariño a la vez que volvía a acariciar su rostro. La cogió de la mano para caminar juntas. Pronto fueron adelantadas por otros peregrinos. Los kilos y los años de la madre así como la inconsciencia de Merceditas no les permitían mantener un ritmo rápido. Cuando pararon a desayunar, la señora aprovechó para echar las cartas. Buscó un lugar apartado y silencioso. Hizo un ejercicio de concentración. Colocó las cartas con cuidado imitando la cruz de los templarios. En el centro, aparecieron el arcano

número uno, correspondiente al loco, y el número cuatro, la emperatriz. Los dos aparecieron al revés. Reflexionó antes de dar la interpretación.

— El loco simboliza a un peregrino, en el tarot de los templarios. La emperatriz es la gran madre. Si han salido al revés, anuncian un mal para alguno de los que estamos haciendo el camino como peregrinos. La sangre que se ha derramado en Roncesvalles traerá perversas consecuencias.

3.11 En el móvil de Luisa María, sonó el pitido indicador de la llegada de un nuevo mensaje. Se quedó un poco retrasada para leerlo. Era de su ex novio.

‘Como no comuniques conmigo, soy capaz de coger el avión para vigilarte. No tolero que te eches otro novio ni para los días que vas a estar lejos. Exijo saberlo todo. Que no te toque nadie ni tú toques a nadie. ¡Soy muy celoso! M. Jr.’

— ¡Tengo que terminar con él cuanto antes!

La joven americana reaccionó con gesto de disgusto. No le gustaban esas bravuconadas que eran tan frecuentes en él. Recordó que debía tomar una decisión sobre las relaciones con Michael. Cada vez se inclinaba más por romper de modo tan definitivo que él tuviera que aceptarlo. Además, en ese momento, estaba afectada por el atractivo que ejercía sobre ella su apuesto y educado compañero de camino.

3.12 — Yo me niego a detenerla. Si quieres detenerla, hazlo tú.

La policía Teresa Miranda recibió una llamada del jefe de investigación criminal, que había regresado a una de las sedes de la Comandancia cercana a ese punto del camino de Santiago. Estaba muy nervioso. No terminaba de lograr ningún dato, pista o indicio sobre el asesinato que había tenido lugar en el albergue de peregrinos de Roncesvalles. Había llegado a la conclusión de que la única vía para conseguirlo era interrogar a la señora que se había pasar por visionaria.

— Si dice que sabía que iba a tener lugar ese asesinato, sabrá también quién ha sido el autor. – argumentó Pablo Allende – No te digo que hagas una detención formal. Retenla por un tiempo. La interrogas y la sueltas.

— Ha quedado claro que el caso es tuyo. Yo tengo suficiente trabajo con vigilar la reliquia y garantizar su entrega. Lo siento. Ya sabes que yo soy muy meticulosa en lo mío.

— ¡Teresa, por favor! No me obligues a que haga uso de mi autoridad.

— Lo siento. Te dejo. Se me va el grupo de peregrinos. ¡Ah! Por cierto. ¿Qué estaba escrito en el papel que tenía el asesinado en Roncesvalles?

— Todavía no me han dado el resultado del análisis. – reconoció el jefe.

— Diles a los del laboratorio que se den prisa. – ironizó la policía – Vamos a llegar a Compostela antes de conocer el resultado. En Estados Unidos, todo se hace con más diligencia.

3.13 Teresa Miranda se acercó de nuevo al grupo de peregrinos para continuar, con el mayor disimulo posible, la vigilancia de la joven norteamericana. Observó con mucha curiosidad las nuevas atenciones del apuesto señor del pelo muy peinado hacia la joven. Iba aumentando progresivamente su trato preferente. Varios peregrinos se detuvieron para descansar y colocarse los chubasqueros impermeables. Había comenzado una lluvia fina pero intermitente.

— Quien bajo árbol se protege, se moja dos veces. Lo dice el refrán. -sentenció el caminante veterano que se había convertido ya en el guía del grupo.

El peregrino apuesto, que ya se había identificado como Felipe, encontró en la colocación del chubasquero un nuevo motivo para intimar con la joven americana. La ayudó a realizar la complicada operación de sacar la prenda impermeable casi del fondo de la mochila. Sus manos se chocaron intencionadamente en varias ocasiones. También la ayudó a colocarse la capucha. Incluso le prestó un poncho supletorio que llevaba para cubrir la mochila y evitar así que se mojara. Teresa Miranda, con todo el disimulo de que era capaz, no se perdió detalle sobre esas nuevas atenciones. En su deformada mentalidad profesional de policía, pensó que, en ese interés, había una intención oculta que debía ser investigada.

3.14 En el albergue de Roncesvalles, la hospitalera tuvo que advertir a Andrés que iban a cerrar para proceder a la limpieza. Pocos minutos después de las nueve de la mañana, era el único peregrino que no había comenzado todavía la etapa del día. Le faltaba afeitarse, ordenar su mochila y vestirse.

— ¿No habrá olvidado el recado del imitador de Fraga Iribarne? – interrogó la hospitalera.

□ Ya te dije que es un pesado. – respondió el curioso peregrino – Yo ahora estoy haciendo tranquilamente el Camino de Santiago. No quiero tener ninguna otra obligación.

Fue a desayunar a la cafetería del restaurante donde había realizado su primera cata gastronómica del Camino. Preguntó por su ya amigo Patxi. Pero le dijeron que el maître no había llegado todavía.

□ Dale recuerdos de su amigo Andrés. Dile que la de anoche fue una velada gastronómica memorable.

3.15 □ El padre de la americana Y Fraga Iribarne quieren que la vigilemos con más cuidado y la protejamos de todos los peligros.

Teresa Miranda se mantenía en la cola de su grupo de peregrinos. Notó que, desde atrás, alguien la chistaba para llamar su atención. Pensó que, en el camino, también había hombres que se dedicaban a piropear a las mujeres atractivas como ella. Inicialmente disimuló su curiosidad. Pero, ante la insistencia, se volvió. Era el jefe de Investigación criminal. Se había trasladado hasta allí en coche.

□ Fraga Iribarne se ha puesto en contacto con el padre de la chica desde Estados Unidos. Cree que su hija está en peligro a lo largo del Camino. Dice que lleva unas cartas muy importantes, muy antiguas y de mucho valor. Teme que, si encuentra el tesoro que busca, puede estar en peligro hasta su vida. Quiere más vigilancia y protección.

□ ¡Yo controlo muy bien mi trabajo! No necesito consejos.

□ No es un consejo. Es una advertencia de tus jefes, de las personas que te han contratado y también mía. Mañana nos veremos en el albergue de Pamplona. Está al lado de la iglesia de san Saturnino.

□ Una cosa te advierto. Si te incorporas al camino, tendremos que actuar como si no nos conociéramos. – indicó Teresa Miranda mientras se separaba de él – Si tengo que obedecer, obedeceré. Pero a distancia.

3.16 Luisa María llegó al final de la etapa en el pueblo de Zubiri muy cansada y con el firme propósito de desprenderse de la mitad de lo que llevaba en la mochila. Pesaba demasiado. No tenía por qué cargar con todo. Si necesitaba algo, podía comprarlo. Al fin y al cabo, su papaíto no le había puesto ninguna limitación en los gastos.

— ¿Dónde está el albergue?

— El albergue se halla en medio del pueblo -indicó el caminante veterano que continuaba, con gran satisfacción, ejerciendo como guía del grupo-. Son unas antiguas escuelas, al lado del frontón y el polideportivo. Este pueblo tiene muy pocas obras de arte para ver. La iglesia fue románica. Tuvo valor hasta que la restauraron hace un par de siglos. La historia, o mejor la superstición, interesante es la del puente que vamos a pasar ahora. Le llaman el puente de la rabia.

Luisa María estaba tan sudada y tan molesta que no le preocupó mucho utilizar una ducha comunitaria, ni entrar en un servicio compartido por hombres y mujeres. Hizo cola con todos los otros peregrinos. El amabilísimo Felipe le cedió el turno. Ella se lo agradeció. Al entrar en la ducha, él la empujó cariñosamente en la espalda. Estaba demasiado cansada para rehusar cortésmente tal amabilidad. Le respondió con una sonrisa.

A Teresa Miranda, tampoco se le pasaron por alto estas atenciones del hombre que cada vez le parecía más interesante. Mientras esperaba a la ducha, aprovechó para buscar algún dato sobre la personalidad del apuesto señor que tan amigablemente trataba de intimar con la joven norteamericana. Tuvo que actuar con disimulo porque otros peregrinos andaban entrando y saliendo. Lo único que pudo encontrar en el bolsillo superior de la mochila, fue una tarjeta de identificación. Le dio tiempo a leer lo que ponía en letras mayúsculas. 'Felipe Manzanal. Sacerdote. Roma'. También había otras indicaciones escritas en un cuerpo de letra todavía más pequeño. No se arriesgó. Volvió a colocar la tarjeta donde estaba de la manera en que la había encontrado, para que nadie tuviera sospecha de su descubrimiento.

— ¡Es un sacerdote! – repitió con sorpresa.

Teresa Miranda, sin quitarse siquiera las botas, se tiró sobre la cama que había podido elegir en el dormitorio corrido. Desde allí, vio que todavía había varias personas haciendo cola para ducharse. Las especulaciones sobre los motivos por los que el sacerdote Felipe Manzanal estaba haciendo el Camino de Santiago y su posible relación con Luisa María de Lerma y su reliquia ocuparon su mente.

— Puede ser un cura que tiene ganas de echar una cana al aire antes de que se le pase el tiempo. ¡Yo tampoco le haría ningún asco! Hay que reconocer que tener una aventura sentimental con un cura tan apuesto tiene que ser muy interesante. ¡Tiene que tener un polvo magnífico! Además, será inexperto y se le podrá iniciar.

Miró ocasionalmente hacia la puerta de las duchas y vio que se había reducido la cola. Prefirió prepararse. Además del cansancio personal, quizá también podría lavar el deseo lascivo que estaba invadiendo su espíritu.

3.17 — ¿Eres Pablo Allende, el jefe policial que investiga el asesinato de Roncesvalles? Escúchame bien. Me han dicho que eres uno de los policías que mejor trabaja. No me interrumpas. Tengo que decirte algo importante. – dijo el interlocutor telefónico sin dejarle contestar al policía - Soy Manuel Fraga Iribarne, el presidente de Galicia. El asesinado, Honorio Martínez de las Torres, trabajaba para mí en un asunto de especial trascendencia. Estamos trabajando secretamente en la reconstrucción de la Orden del Temple. Va a tener una gran reconstrucción en Europa, ahora que se están olvidando los principios de la civilización cristiana y occidental. Tenemos un plan para establecer la sede internacional en Santiago de Compostela. ¡Eso es muy importante para Galicia, para España y para Europa!

— Don Manuel, … - intentó decir el jefe de la Comandancia de Investigación Criminal.

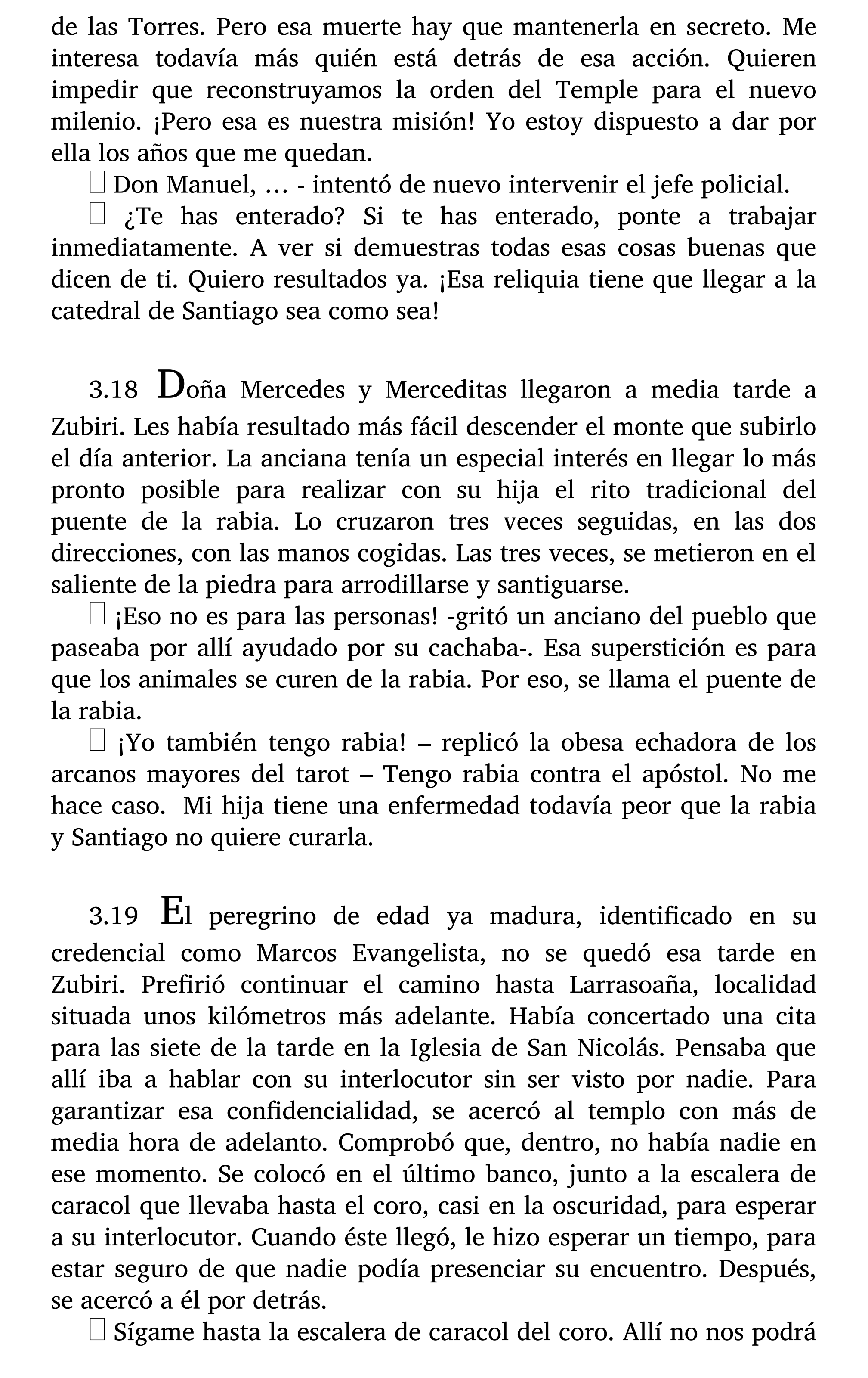
— ¡No me interrumpas! Esta es mi gran misión como hombre de estado. Ya he hecho mi contribución histórica a España y a Galicia. ¡Ahora debo reencauzar la historia de Europa! Es preciso que el viejo continente reanude el camino que nunca debió abandonar como guía cultural, ideológica y religiosa de toda la humanidad. Me voy a entregar a esta misión con todas mis fuerzas y toda mi experiencia. ¡No puedo fallar!

— Señor, Vd. …

— He dicho que no me interrumpas. ¡Carallo! – gritó el presidente gallego – Esta gran misión coronará mi labor durante las próximas décadas. Por supuesto, está relacionada con la entrega del Santo Grial en el archivo de la Catedral de Santiago. ¡Hay que garantizar esa entrega, por encima de todo y de todos! ¿No has recibido mi mensaje de que su padre está muy preocupado por la seguridad de la hija?

— Ese mensaje, señor Fraga, …

— Hay que tener contenta a la familia Lerma y ayudar en todo para garantizar que el santo Grial de Santiago se entregue en la catedral de Compostela. ¿Has entendido? Ésa es la piedra angular en la que se apoya nuestra misión. Encárgate tú personalmente de esto. Me das cuentas a mí de modo directo. Tengo un interés extraordinario en descubrir quién le ha matado a Honorio Martínez


de las Torres. Pero esa muerte hay que mantenerla en secreto. Me interesa todavía más quién está detrás de esa acción. Quieren impedir que reconstruyamos la orden del Temple para el nuevo milenio. ¡Pero esa es nuestra misión! Yo estoy dispuesto a dar por ella los años que me quedan.

— Don Manuel, … - intentó de nuevo intervenir el jefe policial.

— ¿Te has enterado? Si te has enterado, ponte a trabajar inmediatamente. A ver si demuestras todas esas cosas buenas que dicen de ti. Quiero resultados ya. ¡Esa reliquia tiene que llegar a la catedral de Santiago sea como sea!

3.18 Doña Mercedes y Merceditas llegaron a media tarde a Zubiri. Les había resultado más fácil descender el monte que subirlo el día anterior. La anciana tenía un especial interés en llegar lo más pronto posible para realizar con su hija el rito tradicional del puente de la rabia. Lo cruzaron tres veces seguidas, en las dos direcciones, con las manos cogidas. Las tres veces, se metieron en el saliente de la piedra para arrodillarse y santiguarse.

— ¡Eso no es para las personas! -gritó un anciano del pueblo que paseaba por allí ayudado por su cachaba-. Esa superstición es para que los animales se curen de la rabia. Por eso, se llama el puente de la rabia.

— ¡Yo también tengo rabia! – replicó la obesa echadora de los arcanos mayores del tarot – Tengo rabia contra el apóstol. No me hace caso. Mi hija tiene una enfermedad todavía peor que la rabia y Santiago no quiere curarla.

3.19 El peregrino de edad ya madura, identificado en su credencial como Marcos Evangelista, no se quedó esa tarde en Zubiri. Prefirió continuar el camino hasta Larrasoaña, localidad situada unos kilómetros más adelante. Había concertado una cita para las siete de la tarde en la Iglesia de San Nicolás. Pensaba que allí iba a hablar con su interlocutor sin ser visto por nadie. Para garantizar esa confidencialidad, se acercó al templo con más de media hora de adelanto. Comprobó que, dentro, no había nadie en ese momento. Se colocó en el último banco, junto a la escalera de caracol que llevaba hasta el coro, casi en la oscuridad, para esperar a su interlocutor. Cuando éste llegó, le hizo esperar un tiempo, para estar seguro de que nadie podía presenciar su encuentro. Después, se acercó a él por detrás.

— Sígame hasta la escalera de caracol del coro. Allí no nos podrá

ver nadie.

— ¿Es Vd. Mateo de Lerma?

— Por favor. ¡Nada de nombres!

El recién llegado le siguió hasta el lugar indicado. Allí volvieron a esperar para comprobar que no había nadie en la iglesia.

— ¿Es Vd. Mateo de Lerma o no?

— He dicho que nada de nombres. Yo tampoco diré su nombre. En todo caso, utilice mi pseudónimo de Marcos Evangelista. Quiero tratar con Vd. la compra de una importantísima reliquia.

— ¿La compra o la vende?

— Yo la vendo. Bueno. La venderé dentro de muy poco tiempo. Es una reliquia de muchísimo valor.

— Todos los que tienen algo, piensan que es de mucho valor.

— No he dicho mucho valor. He dicho muchísimo valor. No debe enterarse nadie.

El peregrino de edad madura se acercó al oído de su interlocutor. Con gran misterio y sigilo, le dijo que se trataba del Santo Grial de Santiago.

— ¿El auténtico Grial de Santiago? -preguntó su interlocutor con gran sorpresa.

— Chiiisss. ¡He dicho que ningún nombre! Dentro de unos días, estará en mis manos esa reliquia auténtica.

— Eso es imposible. No se sabe nada de él desde principios del siglo quince cuando desapareció la Santa Orden de los Caballeros del Temple y se ajustició a su gran maestre. ¡Han pasado casi seis siglos!

— Yo le aseguro que lo tendré dentro de unos días. Es el auténtico Grial de Santiago.

— Si eso fuera cierto, tiene un grandísimo tesoro. Lo están esperando los más grandes coleccionistas del mundo. Incluso hay organizaciones secretas muy interesadas en hacerse con su propiedad.

— En cuanto yo consiga la reliquia, quiero desprenderme de ella inmediatamente. Me entrega el dinero y desaparezco.

— ¿Cuánto dinero quiere?

— Dos millones de euros.

— Comprenderá que, en metálico, no se lo puedo entregar. Antes, tengo que venderlo yo.

— No le ha parecido mucho. Así que le voy a pedir dos millones y medio de euros.

— Señor Lerma, ¡tiene que estar loco! Le he seguido la corriente hasta aquí. ¿Vd. cree que es serio estar hablando de esas cantidades

de dinero en un lugar como este y de esta manera? O me está tomando el pelo o tiene otras intenciones que me está ocultando.

— ¡Hablo completamente en serio! Lo que le propongo es lo siguiente: Vd. debe estar dispuesto a entregarme el dinero y yo le entrego el Grial. ¡Ahí termina nuestra relación! Si nos hemos visto, no nos acordamos ninguno de los dos. No sé el día exacto en el que voy a tenerlo. Por lo tanto, tiene que estar preparado para que yo pueda avisarle. Puede hacer un gran negocio con él. Puede ganar tanto como yo o más. Para que vea que lo tengo todo bien atado, no le exijo el dinero por adelantado. Una parte al contado y otra en un banco de Brasil.

— ¿Ha terminado?

— No he terminado. Pero he dicho lo esencial.

— Está bien. No nos pongamos nerviosos. A mí, me tiene a su disposición. Considero que éste es el primer paso. ¡Nos volveremos a ver! Este será un gran negocio para los dos.

— ¡Espere! Salgo yo delante. De todos modos, le doy una pista. Mi auténtico nombre es Mateo Pérez de Lerma. Pérez de Lerma es un solo apellido. Soy miembro, aunque mi primer antepasado fuera bastardo, de la ilustre familia a quien fue confiado el San Grial de Santiago. En el camino, estoy utilizando el nombre de Marcos Evangelista. Se lo digo por si quiere localizarme. No me vuelva a llamar nunca ni Mateo, ni Pérez, ni de Lerma. Búsqueme como Marcos Evangelista.

— No creo que sea necesario. Si Vd. tiene tanto interés en mantener el anonimato yo también. A partir de ahora, yo seré Leonardo, en honor del más grande artista de todos los tiempos.

— Espere, por lo menos, diez minutos para salir. Nadie debe saber que hemos estado reunidos.

# 4.- PAMPLONA

**(Viernes. 17. Septiembre. 1999)**

4.1 Luisa María rechazó, por la noche en el albergue de Zubiri, varias proposiciones para ir a cenar en grupo. Se las hicieron los compañeros que habían realizado juntos la etapa. Por supuesto, el apuesto Felipe también se lo había propuesto. Esto la había hecho dudar. Era una oportunidad para intimidar con el hombre que tanto le gustaba. Pero hizo un esfuerzo para vencer la tentación. Recordó la promesa hecha a su padre y se reafirmó en su decisión de quedarse sola para leer otra carta de su antepasado. Como excusa, les dijo a todos que se iba a acostar pronto porque estaba muy cansada y deseaba prepararse para llegar bien a Pamplona.

En cuanto los miembros del grupo se marcharon, la joven americana buscó en su mochila la carta de su antepasado correspondiente a esa etapa. Eligió un banco apartado en el patio escolar que rodeaba al edificio reconvertido en albergue. Se tuvo que ladear un poco para recibir la luz procedente de una farola.

*`Muy respetada mía esposa, Doña Urraca de Pampliega.*

*Espero e deseo que os encontréis bien, igual que nuestros fijos. Es aquesta la tercera carta que envío a través de nuestro fiel e muy leal servidor Teodoro. Insisto en que ésta es la tercera para que podáis seguir la contabilidad e saber si alguna ha sido interceptada.*

*Pero mientras sigáis recibiendo todas las cartas, non face falta que enviéis a ningún otro mensajero además de Teodoro. El tiene orden de venir cada dos días, pase lo que pase, al hospital de los peregrinos en el que yo termine esa etapa de aqueste mío Camino de penitencia e acción de gracias. Os insisto en ello, porque aquesta tarde ha llegado a aqueste hospital de Zubiri vuestro primo Alfonso García de Pampliega, para prevenir una posible ausencia de Teodoro o un posible asalto hacia su persona. Ya le he explicado a él claramente que sólo deberá venir, si Teodoro non llega a entregar mi ininterrumpida misiva.*

*Había prometido describiros hoy detalladamente el Santo Grial de Santiago que deseo entregar en la Catedral del Santo Apóstol. Pero, antes, quiero deciros que estoy bien de salud. He podido comprobar en aquestas primeras etapas del Camino que el Apóstol me está dando fuerzas para realizarlo en su honor. Incluso pienso que se está notando*

*su intervención en mi enfermedad, ya que he podido andar con menos dolores que en otras ocasiones.*

*He cruzado el puente llamado de la rabia, donde me he arrodillado para pedirle al Santo Apóstol que me cure de mi dolencia e que también libre de ella a mis descendientes. Agora os escribo desde el hospital de los leprosos, que hay a la entrada del pueblo. Non tengáis ningún temor a que me contagie. Tienen una caseta apartada destinada a los peregrinos. Además, seguro que el Apóstol Santiago sabe corresponder a aquesta visita de solidaridad con esos enfermos de lepra.*

*El mayor peligro está en el mucho frío y las lluvias que estamos padeciendo, a pesar de non ser invierno. Por las ventanas de la caseta entra el granizo arrastrado por el fuerte viento. He comprobado que soy un peregrino privilegiado, aunque deba caminar muy despacio, ya que los demás non llevan ni una manta entera para taparse.*

*Paso agora a describiros el Santo Grial del Santiago que el último maestre de la Santa Orden de los Caballeros del Temple, Jacques de Moley, entregó a mi abuelo para su custodia hasta el restablecimiento de aquesta santa orden. Conservad bien en la mente, aquesta descripción por si alguna vez tenéis que identificarlo por desaparición o por robo.*

*Es un cáliz de pie bajo e copa larga. Más bien delgada. Está todo recubierto por dentro e por fuera de plata de ley de gran calidad. El exterior de la copa está dividido en tres partes por dos anillos de oro tallados. El de arriba representa a tres serpientes que entremezclan sus cuerpos como símbolo de la sabiduría. El anillo de abajo, también tallado, es un cuerpo de mujer alargado como símbolo del amor. Cada uno de los tres paneles de la copa tiene cuatro crismones: Dos de oro e dos de piedras preciosas alternativamente. Los de oro también están tallados. Los dos de arriba representan a dios padre con barbas largas. Los del medio muestran a María e a la suya madre, Santa Ana. Mientras que los de abaxo, representan a sendos corderos.*

*Las piezas de más valor están colocadas en la base del Grial. Las piedras preciosas colocadas e sujetas con incrustaciones de oro blanco tienen un valor incalculable.*

*Hay también un distintivo en la base del Grial. Allí están añadidas en letras de oro, con símbolos templarios, las seis letras que componen la palabra Temple.*

*Con aquesta descripción, es imposible confundir aqueste Santo Grial con ningún otro cáliz. Pero habéis de saber que en el caso de que a mí me sucediera algo durante aqueste camino e non pudiera entregarlo en la catedral del Apóstol Santiago, será vuestra responsabilidad mantener su custodia hasta que nuestro fijo Jacobo, llegue a la mayoría de edad total.*

*Recordada e respetada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega, tengo absoluta confianza en la vuestra fortaleza de ánimo e la vuestra diligencia para saber que, en el caso que sea necesario, sabréis cumplir con aquesta responsabilidad e trasmitírsela a nuestro fijo. Pero confío en la bondad del Santo Apóstol Santiago para que aquesto non sea necesario e para que además de perdonar mis pecados me conceda la vida suficiente para poder cumplir toda la misión que me he propuesto.*

*Se despide aqueste vuestro esposo, que os respeta, Juan de Lerma'*

4.2 □ ¡Me lo imaginaba! Este asesinato busca dinero.

Doña Mercedes aprovechó otro descanso en la etapa de Zubiri a Pamplona para echar las cartas del Tarot. Aprovechó que Merceditas deseaba quedarse sentada tomando el sol y quitarse las piedras de las botas. Examinó los alrededores. Vio un almendro que daba sombra. A su lado había un tronco seco pero largo y bastante grueso. Apresuró el paso con el fin de que no lo ocupara antes ningún otro peregrino. Había suficiente silencio para concentrarse. Barajó los naipes con cuidado. Concentró su pensamiento en la sangre anunciada en Roncesvalles. Intentó visualizarla. Se mantuvo en ese estado para potenciar el efecto. Tomó las cartas en las manos. Notó su energía. Colocó cinco cartas en forma de cruz. Intentó que se pareciera a la templaria. En el centro quedó 'el diablo' al revés. Al descubrir la carta situada en la parte superior, resultó ser el arcano conocido como 'el mundo'. También estaba al revés.

□ Aquí se está moviendo mucho dinero y mucho poder. – pensó la echadora de los arcanos, mientras recogía las cartas, porque su hija ya se había sacado las piedras de las botas y quería seguir andando – Va a tener muchas complicaciones.

4.3 □ Buenos días. ¡Que se ponga Pablo Allende! Soy Teresa Miranda.... – la policía latinoamericana volvió a utilizar su habitual tono autoritario, en una llamada que había cogido Laura Castro - ¿No está? Entonces, toma tú nota. Tienes que hacer una investigación urgente, al estilo norteamericano. ¡Escucha bien! Busca todos los datos que puedas sobre un tal Felipe Manzanal... Sí. Has oído bien. Es cura. Tiene alguna relación con Roma.... Treinta y tantos años.... No tengo más datos. Por eso, te los pido.... No seas imbécil. ¡Yo no busco aquí ningún ligue! Está relacionado con el Santo Grial de Santiago.... En cuanto tengas los datos, me llamas. Este dato es muy importante para garantizar la entrega de la

reliquia. Busca los datos inmediatamente.

Laura Castro, al colgar el teléfono, hizo un gesto despectivo y pronunció en voz baja su expresión favorita: ‘Que te den’.

4.4 — Muy pronto llega Vd. al albergue. ¿No habrá utilizado coche o algún otro vehículo para venir hasta Pamplona?

El hospitalero del albergue en Pamplona de Camino de Santiago se mostró muy suspicaz con el peregrino veterano. Se habían comprometido a evitar la picaresca de las personas que utilizaban esos locales para hospedarse sin realizar la peregrinación jacobea. Algunos falsos peregrinos realizaban el trayecto en diferentes medios de transporte y ocupaban con antelación las literas destinadas a quienes lo recorrían a pie.

-¡Soy auténtico peregrino y vengo a pie! He salido de Larrasoaña a las cuatro de la madrugada. Me gusta andar de noche. – se defendió el peregrino autodenominado Marcos Evangelista.

— Se lo digo porque ya sabe que, si viene en algún vehículo, tendría que esperar a que se hospeden los peregrinos que hacen el camino a pie. Esas son las normas. ¿Tiene la credencial en orden?

— Por supuesto. Así que, si me sella la credencial y me deja poner la mochila en la cama, se lo agradezco.

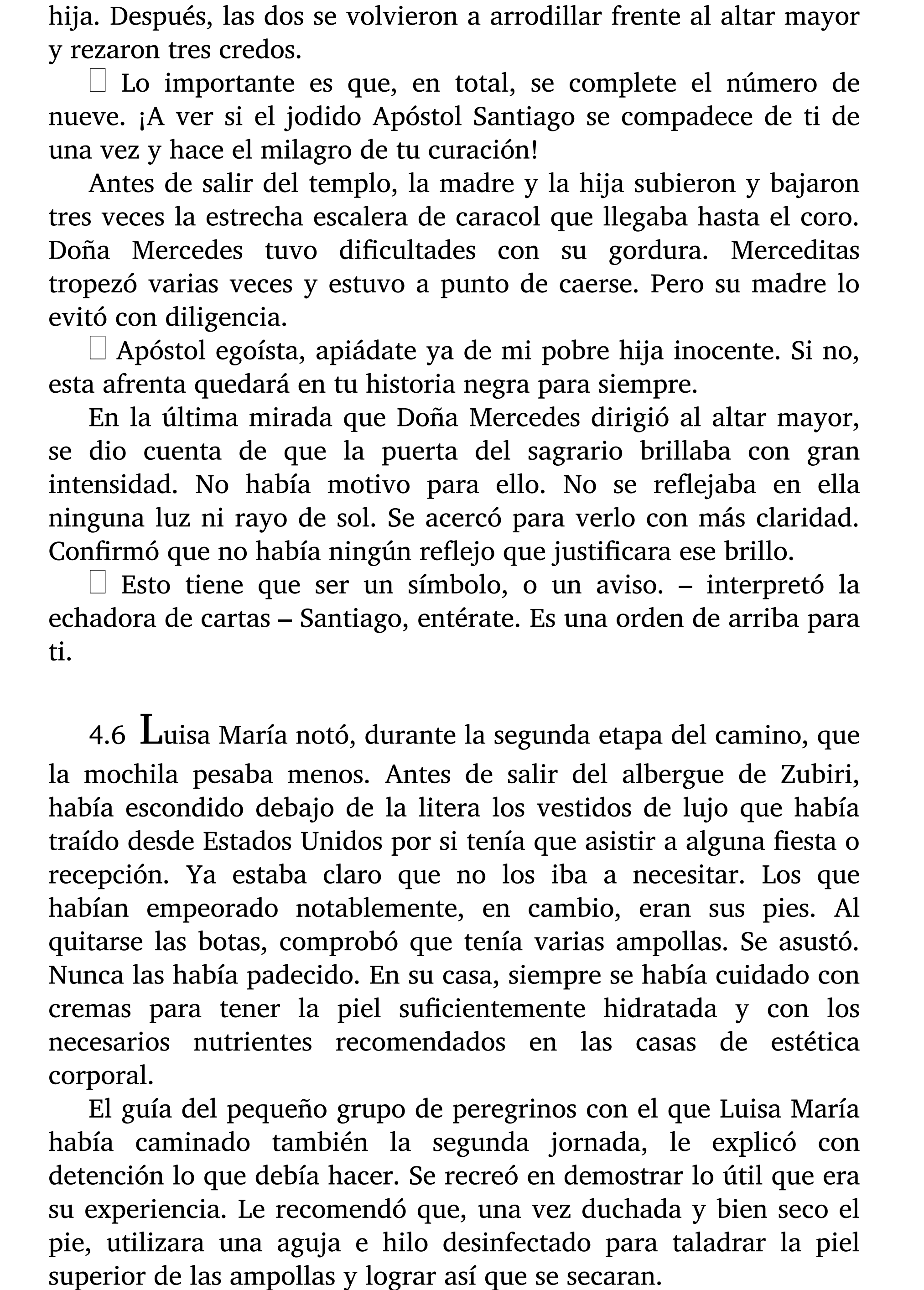
El encargado del albergue de los peregrinos en Pamplona era un hombre muy delgado y bajito. Por su manera de actuar, se podía deducir que era muy amante del orden y también meticuloso en su trabajo.

— Curioso nombre. ¡Marcos Evangelista! Nunca había visto uno así.

— Ya le he dicho que tengo prisa. ¡Por favor!

Mateo Pérez de Lerma no esperó a escuchar todas las recomendaciones del hospitalero pamplonés. Recogió de nuevo su mochila, guardó la credencial con nombre falso y se dirigió al dormitorio.

4.5 En el pórtico de la iglesia de la Trinidad de Arre, pocos kilómetros antes de llegar a Pamplona, Doña Mercedes se detuvo. Se quitó la mochila. Ayudó a hacer lo mismo a su hija Merceditas, quien a pesar de su deficiencia, seguía las indicaciones de su madre, seguramente por el afecto con que la trataba. La madre se colocó con su hija justo entre el sol y la puerta del templo. Aprovechó para atusar el pelo de Merceditas que caía desordenado sobre sus ojos. Ambas se arrodillaron tres veces a la vez que se santiguaban. Cuando entraron en la iglesia, Doña Mercedes cogió agua con la



mano izquierda por tres veces y la derramó sobre la cabeza de su hija. Después, las dos se volvieron a arrodillar frente al altar mayor y rezaron tres credos.

— Lo importante es que, en total, se complete el número de nueve. ¡A ver si el jodido Apóstol Santiago se compadece de ti de una vez y hace el milagro de tu curación!

Antes de salir del templo, la madre y la hija subieron y bajaron tres veces la estrecha escalera de caracol que llegaba hasta el coro. Doña Mercedes tuvo dificultades con su gordura. Merceditas tropezó varias veces y estuvo a punto de caerse. Pero su madre lo evitó con diligencia.

— Apóstol egoísta, apiádate ya de mi pobre hija inocente. Si no, esta afrenta quedará en tu historia negra para siempre.

En la última mirada que Doña Mercedes dirigió al altar mayor, se dio cuenta de que la puerta del sagrario brillaba con gran intensidad. No había motivo para ello. No se reflejaba en ella ninguna luz ni rayo de sol. Se acercó para verlo con más claridad. Confirmó que no había ningún reflejo que justificara ese brillo.

— Esto tiene que ser un símbolo, o un aviso. – interpretó la echadora de cartas – Santiago, entérate. Es una orden de arriba para ti.

4.6 Luisa María notó, durante la segunda etapa del camino, que la mochila pesaba menos. Antes de salir del albergue de Zubiri, había escondido debajo de la litera los vestidos de lujo que había traído desde Estados Unidos por si tenía que asistir a alguna fiesta o recepción. Ya estaba claro que no los iba a necesitar. Los que habían empeorado notablemente, en cambio, eran sus pies. Al quitarse las botas, comprobó que tenía varias ampollas. Se asustó. Nunca las había padecido. En su casa, siempre se había cuidado con cremas para tener la piel suficientemente hidratada y con los necesarios nutrientes recomendados en las casas de estética corporal.

El guía del pequeño grupo de peregrinos con el que Luisa María había caminado también la segunda jornada, le explicó con detención lo que debía hacer. Se recreó en demostrar lo útil que era su experiencia. Le recomendó que, una vez duchada y bien seco el pie, utilizara una aguja e hilo desinfectado para taladrar la piel superior de las ampollas y lograr así que se secaran.

—Según mi experiencia, es importante dejar el hilo desinfectado dentro de la ampolla y moverlo de vez en cuando para que ésta se seque bien.

Ya en el albergue, la joven americana siguió escrupulosamente esa recomendación. Al salir de la ducha, se sorprendió de que el complaciente Felipe ya tenía preparada la aguja, el hilo y el líquido desinfectante. Se sentó en la cama de enfrente. Ella colocó la pierna en su rodilla. Él comenzó a limpiar con algodón cada una de las ampollas. Después, las traspasó con la aguja y el hilo. En varias ocasiones, se detuvo en acariciar los pies. Al principio, lo hizo disimuladamente. Después, ya no disimuló. Luisa María, no lo rechazó. Al contrario. Lo agradeció con una sonrisa.

Teresa Miranda no se perdió detalle de la operación. Con curiosidad mal disimulada y evidente envidia, se fue colocando en diversos puntos del dormitorio para poder presenciar desde cerca todos los movimientos. Prestó especial atención a las caricias.

— ¡Toma con los curas de ahora! Lo que saben hacer.

4.7 Cuando Mateo Pérez de Lerma regresó al albergue de Pamplona, trató de evitar el encuentro con el desconfiado y minucioso hospitalero. Pero no lo logró.

— ¡Señor Evangelista! Tiene un mensaje. Ha venido un señor mayor, con pelo blanco y largo, preguntando por Vd.

— ¿No ha dejado ninguna nota o recado? – preguntó el peregrino tras verse obligado a acercarse hasta la recepción del albergue.

— Ha dicho que se llama Leonardo y que se pondrá de nuevo en contacto con Vd.

4.8 Al salir de la ducha, Teresa Miranda tuvo que darse mucha prisa en secarse. Luisa María y Felipe estaban ya preparados para salir juntos. Por lo que pudo escuchar disimuladamente desde su cama, iban a ir solos. Aprovecharían la tarde para visitar Pamplona. Felipe parecía un experto como guía turístico. Recomendaba a la joven americana que debían ver, por lo menos, la trayectoria que seguían los toros, durante los famosos encierros de Pamplona hasta la plaza de toros. También tenían que visitar varias iglesias, destacando la catedral, sobre todo, su claustro. Había asimismo otros monumentos que no se podían perder.

Teresa Miranda tenía que llamar a la Comandancia de investigación criminal. La información que le pudieran dar sobre la auténtica personalidad del sacerdote Felipe Manzanal era más urgente que nunca. Él estaba a punto de llevarse al huerto a la joven venezolana procedente de los Estados Unidos. O quizá fuera revés. No tuvo tiempo para hacer esa llamada. Ni siquiera pudo

secarse el pelo. Sólo se pintó los labios. También elevó sus pechos para que parecieran más voluminosos. Quizá así pudiera llamar la atención del apuesto y galante sacerdote. Tuvo que salir del albergue siguiendo los pasos de sus dos objetivos de su investigación policial.

4.9 Andrés García de Nanclares realizó en Pamplona una nueva cata gastronómica, sin hacer tampoco allí caso al mensaje recibido para ponerse en contacto con Manuel Fraga Iribarne. Tuvo dudas sobre dónde llevar a cabo la degustación. En la capital navarra, hay restaurantes de mucha categoría y contrastada calidad. Pero él buscaba un local más familiar y cercano al cliente. Anduvo dudando. Por fin, se decidió por la casa de una mujer muy cordial y dicharachera, de nombre Angelita. No se arrepintió. Allí le prepararon las mejores alubias pochas que Andrés había comido en su vida. Repitió. Preguntó cuál era el secreto para conseguir el punto exacto de sabor. La cocinera insistió en que la clave estaba en la cantidad de cebolla y de ajo. De segundo plato, pidió una trucha según la auténtica receta a la navarra. No necesitó insistir. Inmediatamente la cocinera comprendió que no se trataba de poner el tópico trozo de jamón dentro del pez, sino de la fórmula tradicional con huevos y patatas, además del adobo que incluía cebolla bien picada, hierbabuena, pimienta negra, tomillo, romero y una hoja de laurel, todo ello cocinado con vino tinto. Estuvo a punto de pedir que le hicieran otra trucha de la misma manera, aunque tuviera que esperar. Pero recordó que había quedado en que le sacarían también unos pimientos verdes rellenos de perrichicos. Inicialmente le sacaron tres. Tuvieron que duplicar la ración. El postre también fue doble. Primero una cuajada. Después, leche frita con queso y membrillo. Al terminar de comer, no pudo levantarse. En contra de su costumbre, tomó un café, pidió una copa de pacharán y jugó una partida de mus, para dar tiempo a hacer la digestión. Se prolongó tanto la partida que volvió a tener problemas para conseguir el certificado de su segunda confesión. Lo hizo en la iglesia de Santo Domingo. Allí convenció al párroco a la vez que contempló el retablo en que se representa al Apóstol Santiago consiguiendo un burro para que un peregrino enfermo pueda seguir el Camino. De lo que tampoco pudo librarse Andrés García de Nanclares fue de otro mensaje de Manuel Fraga. Al llegar al albergue, el hospitalero le llamó para entregarle un nuevo aviso de que se pusiera en contacto con él urgentemente.

— ¡Qué pesado! – volvió a sentenciar el peregrino.

4.10 Cuando Teresa Miranda regresó al albergue desde la Iglesia de San Saturnino, después de haber seguido disimuladamente las andanzas de Luisa María y el sacerdote clandestino Felipe Manzanal, la estaba esperando el corpulento y calvo jefe de investigación criminal. Pablo Allende se hallaba de muy mal humor. Se lo había provocado la espera a que había sido sometido. Había llegado a primera hora de la tarde y era ya casi de noche. Las explicaciones de Teresa, aludiendo a su obligación de vigilar, en todo momento, a la pareja no sirvieron para calmarle. Además, cuando llegó al albergue, el puntilloso hospitalero le había dicho que los que ya estaban haciendo el camino a pie tenían preferencia sobre los que se incorporaban en algún vehículo. Así que esa noche tenía que dormir en el suelo del pasillo.

 De todos modos, lo que me importa es lo que hayas descubierto sobre el cura ese. -le dijo Teresa sin prestar atención a sus quejas.

 Si querías investigar al cura ese, haberlo hecho tú. Estoy harto de tus exigencias y tu falta de obediencia. Si vas a seguir así, me veré obligado a tomar medidas. – dijo el jefe con un tono muy severo.

 ¡Pablo, no te pongas así! Cambiaré de actitud. Dijiste que los dos estamos en el mismo barco. Así que colaboraré.

 Eso espero. – aceptó el investigador - Felipe Manzanal es sacerdote desde hace doce años. Ahora tiene treinta y nueve.

 Muy bien llevados. Hay que reconocer que es muy guapo. – afirmó la policía con admiración.

 Si me interrumpes, no sigo. Está destinado en Roma, en el departamento vaticano de patrimonio artístico religioso. Está especializado en arte religioso por varias universidades. Es el responsable de la recuperación de obras de arte antiguas y medievales. Ha participado en las operaciones de recuperación de obras artísticas religiosas, perdidas o robadas en varios países europeos y americanos.

 Lo más importante. ¿Qué hace aquí en el Camino de Santiago y qué pretende obtener de la chica americana?

 Eso es lo que tienes que descubrir tú. ¿No es esa tu misión? – reaccionó el jefe policial en tono crítico.

 Está bien. Ahora tenemos que separarnos. No deben vernos juntos. Nadie puede sospechar que somos policías. En Estados Unidos, se trabaja así.

 ¡Espera! ¿Has descubierto la relación de la señora gorda

vidente con el asesinato? Necesito …

Pablo no terminó la frase. Teresa había desaparecido y no podía oírlo.

4.11  Busquemos la influencia del cuarto creciente lunar.

Doña Mercedes estaba muy pendiente del reloj. Deseaba echar las cartas del tarot justo un minuto antes de las ocho de la tarde. En ese momento, la luna entraba en cuarto creciente. Cuando todavía faltaban tres cuartos de hora, recogió precipitadamente a su hija y se acercó hasta el albergue. Buscó los arcanos mayores y fue a colocarse en un lugar recogido. Esperó hasta el momento exacto. Cuando faltaba un minuto para las ocho, comenzó a prepararse para realizar la sesión. No escatimó tiempo en la concentración. Sabía que era fundamental. Volvió a colocar las cartas en forma de cruz templaria. Volvió a concentrarse antes de levantar la que había colocado en el centro. Puso la mano para comunicar con su energía. Al abrir los ojos, vio que se trataba del arcano número 6, el papa. En la caracterización gráfica que ella tenía, aparecía con un gran cáliz.

 ¡Claro! – se dijo – El gran cáliz. El santo grial. Así todo está relacionado. La sangre de Roncesvalles está relacionada con el santo Grial. Algo grave está pasando en este camino a Santiago.

4.12 La policía Teresa Miranda ensayó varias veces la mejor manera de proponer una cita al sacerdote peregrino Felipe Manzanal. Estaba nerviosa. A esos nervios, contribuían las muchas incógnitas que rodeaban su propósito. También influía su deseo de establecer una relación personal con él. Hasta ahora, en las relaciones con los hombres, ella siempre había sido la deseada. Premeditadamente había dejado a los pretendientes el papel de seducirla o conquistarla, aunque en varias ocasiones lo estuviera deseando. Ahora, era ella quien debía tomar la iniciativa. Se había maquillado con cuidado. Empujó los pechos hacia arriba. Abrió otro botón del escote. Tras mirarse varias veces al espejo, decidió esperarle frente al albergue. Todavía se puso más colorete en las mejillas y volvió a pintarse los labios. Le vio llegar. Se elevó de nuevo los pechos.

 ¿Eres Felipe Manzanal?

La policía le abordó acercándose por detrás al apuesto peregrino. Éste se quedó sorprendido al ser llamado por el nombre que él había tratado de mantener oculto. Dudó. Pero no tuvo más

remedio que reconocer su identidad.

— Sí. Ése es mi nombre. – afirmó con nervios y suspicacia.

— Tengo que hablar contigo en privado. – propuso ella tratando de disimular su tensión – Podemos ir a alguna cafetería, si te parece.

— De acuerdo. Quisiera dejar este paquete en la litera. Voy y vuelvo en un momento.

— Vale. Te espero aquí. – propuso Teresa Miranda.

4.13 — Hola, James John. ¡Qué alegría! ¿Cómo estás?

La llamada que recibió Luisa María en su teléfono móvil procedía de su hermano desde Florida. La alegría fue tan grande como la sorpresa producida. Había quedado claro con su familia que no se comunicarían durante el tiempo que estuviera en el camino de Santiago. James John había considerado que había motivo para romper ese acuerdo. Deseaba completar la información que su padre le había proporcionado sobre las amenazas de la Mafia Latina de Florida.

— A mí, ayer me aporrearon el coche cuando volvía de la universidad. Después me llamaron para decirme que ése era el primer aviso.

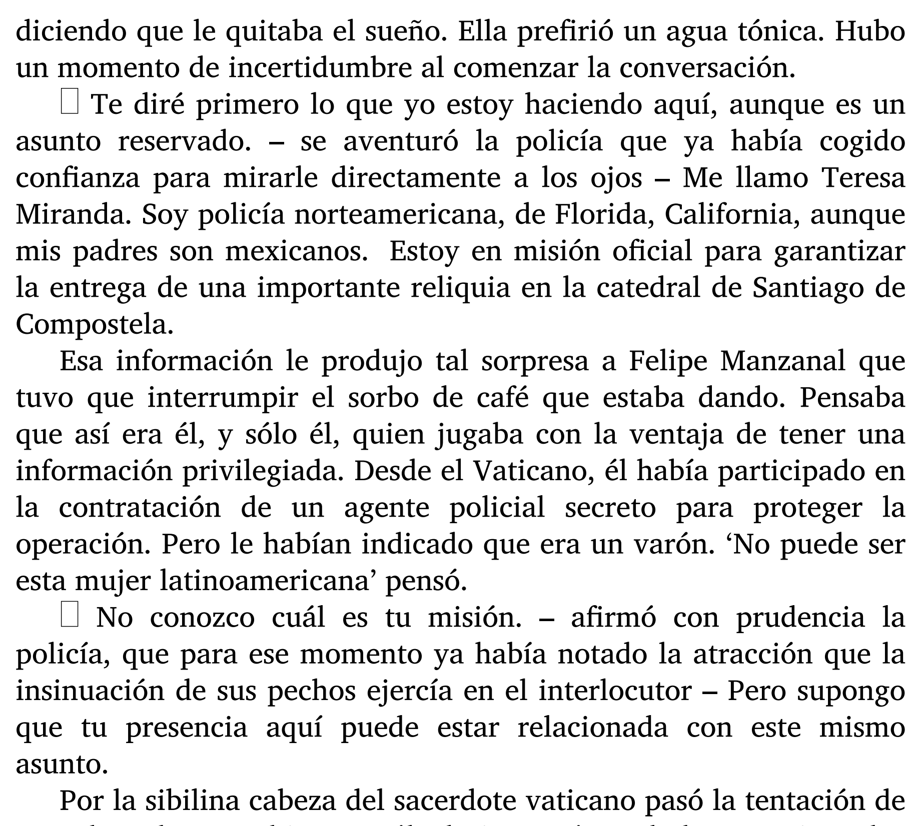
— ¿Qué es lo que quieren? – preguntó nerviosa la peregrina.

— Exigen que les entreguemos la reliquia que tú estás buscando.

— ¿Cómo saben que estoy buscando una reliquia?

— Eso es un misterio. Ya sabes que la Mafia Latina conoce todo lo que sucede en Florida hasta los secretos más ocultos. Lo que quiero decirte es que no tengas ningún miedo. Que hagas lo que tengas que hacer. No te preocupes por nosotros. Papá ha contratado un servicio de seguridad muy fuerte. No van a poder con nosotros aquí. ¡Cumple tu misión!

4.14 Teresa Miranda aprovechó el tiempo de espera para mirarse al espejo de mano y volver a pintarse lo labios. Se reafirmó en que sus encantos reforzados lograrían seducir al apuesto peregrino, aunque fuera sacerdote. Se soltó un botón más de la blusa y empujó otra vez hacia arriba sus pechos. Recibió a Felipe Manzanal con una sonrisa cómplice. Eligieron una cafetería cercana y discreta. Ambos trataron de romper el hielo de la incomunicación hablando del tiempo, de las características del albergue y de la dureza del camino. Se sentaron uno frente al otro. Teresa forzó esa posición. Él pidió un café con leche descafeinado. Se justificó



diciendo que le quitaba el sueño. Ella prefirió un agua tónica. Hubo un momento de incertidumbre al comenzar la conversación.

— Te diré primero lo que yo estoy haciendo aquí, aunque es un asunto reservado. – se aventuró la policía que ya había cogido confianza para mirarle directamente a los ojos – Me llamo Teresa Miranda. Soy policía norteamericana, de Florida, California, aunque mis padres son mexicanos. Estoy en misión oficial para garantizar la entrega de una importante reliquia en la catedral de Santiago de Compostela.

Esa información le produjo tal sorpresa a Felipe Manzanal que tuvo que interrumpir el sorbo de café que estaba dando. Pensaba que así era él, y sólo él, quien jugaba con la ventaja de tener una información privilegiada. Desde el Vaticano, él había participado en la contratación de un agente policial secreto para proteger la operación. Pero le habían indicado que era un varón. 'No puede ser esta mujer latinoamericana' pensó.

— No conozco cuál es tu misión. – afirmó con prudencia la policía, que para ese momento ya había notado la atracción que la insinuación de sus pechos ejercía en el interlocutor – Pero supongo que tu presencia aquí puede estar relacionada con este mismo asunto.

Por la sibilina cabeza del sacerdote vaticano pasó la tentación de negarlo todo. Pero hizo un cálculo instantáneo de las ventajas y los inconvenientes. Pensó que su interlocutora podía tener más información de la que exponía. De esa manera, su mentira quedaría descubierta de modo inmediato.

— Deduzco, entonces, que deberemos colaborar.

— Estamos condenados a trabajar juntos. – sugirió Teresa Miranda consciente del doble sentido de sus palabras.

4.15 Luisa María decidió leer esa noche cómodamente la carta de su antepasado, fuera de las limitaciones de las noches anteriores. Pamplona lo merecía. Salió del albergue. Eligió una cómoda cafetería de la famosa Plaza del Castillo. Buscó una mesa y una silla agradables. Se acomodó. Pidió un té con leche y pastas. No todo iba a ser sacrificio en el Camino de Santiago.

*'Dilecta e respetada esposa, Doña Urraca de Pampliega.*

*Os envío aquesta cuarta misiva con gran pesar e dolor por la muerte violenta que ha sufrido nuestro fiel servidor Teodoro. Aquesta mesma tarde he acudido de nuevo a misa en la iglesia de San Cernín que está muy cerca del hospital de los peregrinos donde me hospedo en esta ciudad de Pamplona. La he dedicado por el eterno descanso de su alma.*

*Por lo que me ha contado vuestro primo, Alfonso García de Pampliega, su comportamiento ha sido heroico defendiendo el mensaje que debía entregaros a pesar del ataque de varios asaltantes e de las graves feridas recibidas por aquestos. Según las noticias que he recibido, murió al poco tiempo de entregar en vuestras manos mi mensaje.*

*Desearía estar ahí para presidir sus funerales. Pero considero que la misión que estoy llevando a cabo en aqueste Camino es tan importante e a la vez tan peligrosa que debo continuarla. Deposito, por lo tanto, en vos la responsabilidad de tributar a aqueste fiel servidor nuestro las honras fúnebres que bien merecidas tiene. Os ruego que le tratéis como si hubiera sido un miembro de la familia e que deis tierra al suyo cuerpo en un lateral de nuestro panteón familiar. Al fin e al cabo, ha dado su vida por mí y por la toda nuestra familia'*

 ¡Cuántas ganas tengo de ir a conocer Lerma y el solar de mis antepasados! Tiene que ser un auténtico palacio. -se dijo Luisa María interrumpiendo un momento la lectura, que reanudó inmediatamente.

*'En cuanto a la identidad de los autores e mentores de aqueste ataque, debéis tenerme informado de cualquier novedad que conozcáis a través de vuestro primo Alfonso García de Pampliega. Según me ha dicho, está dispuesto agora a cumplir, a pesar de los peligros existentes, con la misión de llevar mis mensajes hasta vos.*

*Creo que debemos sospechar de dos grupos como posibles autores de aqueste ataque e aquesta muerte. O bien han sido miembros de la Orden de Hospitalarios de San Juan, que desde siempre han deseado usurpar los bienes de la Santa Orden de los Caballeros del Temple. O bien han sido espadachines a sueldo de altas jerarquías de la iglesia romana en venganza por el apoyo que nuestra familia dio al papa Benedicto XIII antes e después de su establecimiento en el castillo templario de Peñíscola.*

*De todos modos, aquestas non son más que suposiciones mías. Antes de tomar ninguna decisión, debemos investigar, para tener la seguridade de obrar con el suficiente conocimiento de la causa. Cuando tengamos ese conocimiento e con la ayuda del Nuestro Señor Redentor e del Santo Apóstol Santiago, non nos temblará la mano para castigar e vengar aquesta afrenta.*

*Aún con el riesgo de alarmaros, debo contaros que yo también he recibido el ataque de aquestos mesmos enemigos. Afortunadamente, los efectos de aqueste ataque non han caído sobre mi persona. Pero mis pertenencias han sido registradas e revueltas. De momento, non me han robado ninguna posesión personal. Estoy convencido de que su objetivo era encontrar el Santo Grial de Santiago. Al non encontrarlo, puesto que*

*ese era su único objetivo, non se han llevado otra cosa.*

*A pesar de aqueste ataque, mi ánimo sigue firme. Estoy convencido de que, por muchos que sean los ataques, non impedirán que lleve a cabo mi misión hasta depositar ese Santo Grial en la catedral del Santo Apóstol. Aqueste sagrado cáliz permanece muy bien guardado e nunca lograrán robármelo.*

*En la esperanza de que aquesta cuarta misiva llegue hasta vos, recordada e respetada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega, se despide aqueste vuestro esposo, Juan de Lerma'.*

Luisa María tenía el té con leche y las pastas encima de la mesa de la cafetería. Pero no lo había empezado. El impacto de las noticias sobre las desventuras que sufrió su antepasado durante el Camino de Santiago, hace casi seis siglos, fue tan grande que no le permitió separar los ojos del ya viejo pergamino. Al terminar la lectura, había perdido el sentido del tiempo y del lugar donde se encontraba. Se frotó los ojos y comenzó lentamente a poner azúcar en la infusión, que ya estaba fría.

# 5.- PUENTELAREINA

**(Sábado. 18. Septiembre. 1999)**

5.1 Luisa María salió del refugio de los peregrinos de Pamplona muy pronto a la mañana siguiente. Sabía que tenía que leer otra carta de su antepasado en la localidad de Cizur menor, a pocos kilómetros de la capital navarra.

No tuvo dificultades para encontrar la iglesia de san Miguel, en un pequeño altozano, a la izquierda del camino, antes de llegar a las primeras casas de ese pueblo. Le impresionó el buen estado del templo. Buscó la manera de entrar para depositar la mochila y leer la carta de su antepasado con más comodidad. Pero ninguna de las puertas estaba abierta. Dio una vuelta intentando encontrar algún establecimiento donde instalarse. Tampoco vio ninguno. Así que decidió leer la carta sentada en una piedra adosada a la pared posterior del edificio religioso.

*'Dilecta e respetada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega,*

*Entrego aquesta carta a vuestro primo e mensajero común Alfonso García de Pampliega en un lugar muy peligroso para los dos. En el camino desde Pamplona, me he detenido en la fortaleza e también templo que los miembros que la Orden de Hospitalarios de San Juan de Jerusalén tienen en las afueras de aquesta ciudad, en un lugar llamado el Cizur menor.*

*Os decía en mi anterior mensaje que aquesta orden de los hospitalarios de San Juan debe ser motivo de sospecha por la muerte de nuestro muy llorado mensajero e amigo Teodoro. Ese es el riesgo que corro al haberme quedado aquí. Pero también ese ha sido el motivo de mi parada. Como la distancia entre Pamplona e aqueste lugar es corta, me ha permitido ocultar mi identidad e pasar por un sacerdote navarro que está preparando su peregrinación hasta Jerusalén.*

*Con la excusa de pedir orientación para ese supuesto viaje hasta Tierra santa, he podido hablar con los jefes religiosos e militares de la orden hospitalaria en aquesta zona próxima a los montes Pirineos. Esa conversación me ha permitido facer algunas preguntas sobre la posible existencia de algún conflicto relacionado con quienes intentan restaurar la Orden de los Templarios, todavía motivo de enemistad para ellos.*

*Sé que he corrido un grave riesgo al facer esas interesadas preguntas,*

*por lo que os pido perdón al haber puesto en peligro mi vida. Ha merecido la pena. Non puedo tener absoluta seguridad, porque mis preguntas non han sido todo lo directas que hubiera deseado. Pero creo que debemos abandonar nuestras sospechas en aquesta dirección. Tengo el convencimiento moral de que nuestro recordado e llorado Teodoro non ha sido víctima de ningún miembro de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén.*

*Es importante aquesta conclusión, porque nos permitirá dirigir nuestras pesquisas en otra dirección con el fin de llegar hasta los verdaderos culpables de ese asesinato.*

*Os reconozco, mi dilecta e respetada esposa mía, que en aquestos momentos me invade el poco cristiano deseo de venganza por la muerte del que fue mi amigo además de mi criado. Considero de gran trascendencia descubrir e castigar al verdadero culpable de su muerte. Descubriendo a su auténtico asesino, non solo salvaremos el honor de Teodoro, sino que también sabremos quien desea atacarnos a nosotros directamente e a toda nuestra familia.*

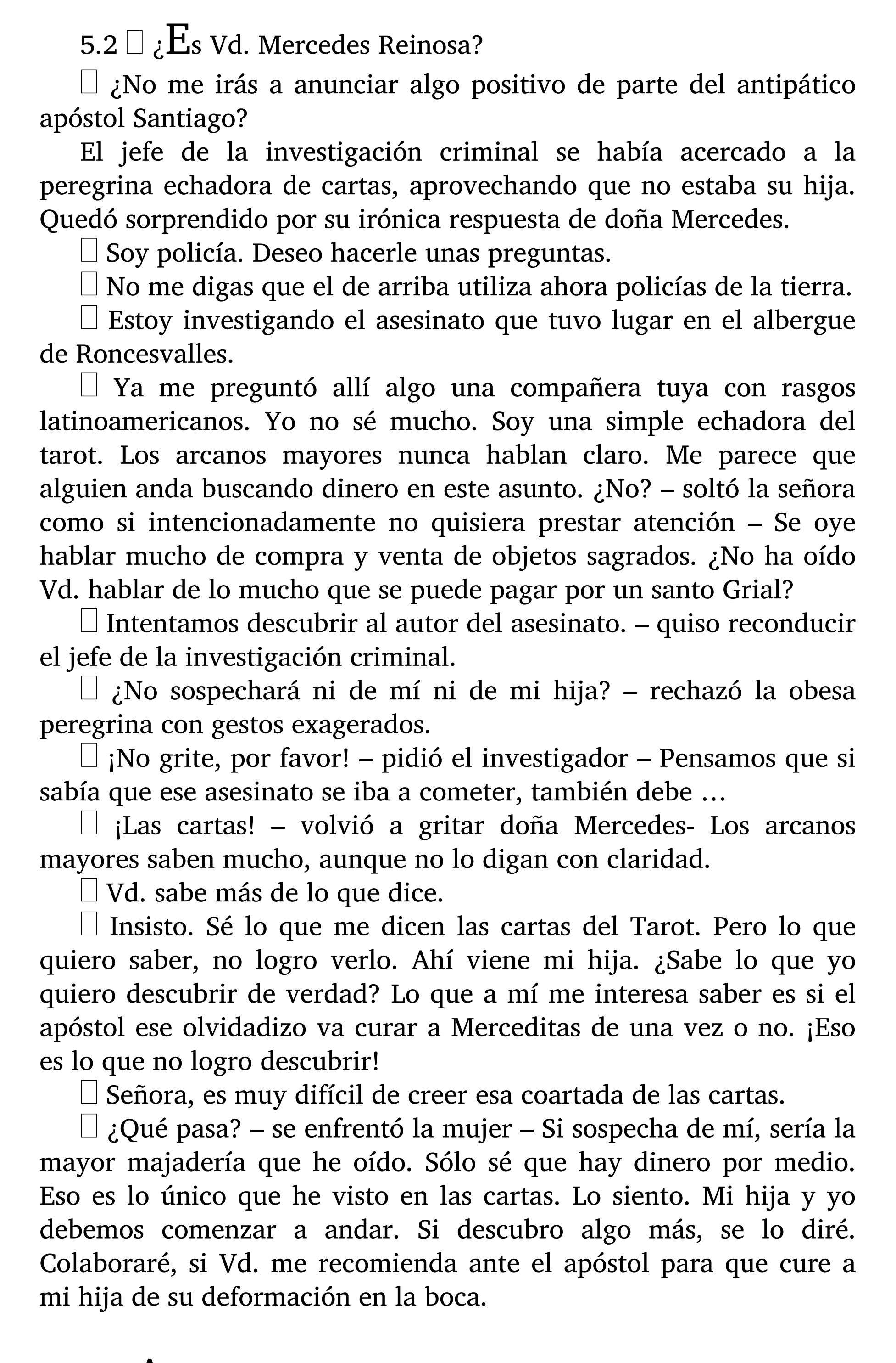
*Vuestro primo e mensajero mutuo Alfonso García de Pampliega me ha dicho que vos estáis muy afectada por aquesta muerte. Además de haber mandando oficiar un número muy elevado de misas solemnes por su alma, estáis desarrollando una gran actividad para descubrir a los culpables. Me alegra e me honra vuestra gran determinación.*

*Coincido con vos, de acuerdo con las noticias que me da vuestro primo, en que los principales sospechosos son los mercenarios que trabajan a sueldo de las altas jerarquías de la iglesia católica romana para vengar el apoyo que nuestra familia ha dado al papa Benedicto XIII para su establecimiento en el castillo templario de Peníscola.*

*Respetada e recordada esposa mía, una cosa importante os digo. Tened mucha prudencia en las posibles investigaciones. De ninguna manera, pongáis en peligro la vuestra seguridad e la vuestra vida así como la seguridad e la vida de nuestros fijos. También os pido que non os dejéis influir por la ira e deseo de venganza inmediata. Antes de llevar a cabo alguna acción, debéis comunicármela con el fin de realizarla con el suficiente conocimiento e con las garantías necesarias.*

*Agradeced, de nuevo, a vuestro pariente Alfonso García de Pampliega aqueste peligroso trabajo que realiza para mantener el contacto entre nosotros. Facedle saber que, cuando yo termine aquesta peregrinación que me llevará hasta la tumba del Apóstol, tendrá su justa recompensa.*

*Deseo deciros que el mío recuerdo e el mío respeto se mantienen cada día. Se despide vuestro esposo, Juan de Lerma.*



5.2 — ¿Es Vd. Mercedes Reinosa?

— ¿No me irás a anunciar algo positivo de parte del antipático apóstol Santiago?

El jefe de la investigación criminal se había acercado a la peregrina echadora de cartas, aprovechando que no estaba su hija. Quedó sorprendido por su irónica respuesta de doña Mercedes.

— Soy policía. Deseo hacerle unas preguntas.

— No me digas que el de arriba utiliza ahora policías de la tierra.

— Estoy investigando el asesinato que tuvo lugar en el albergue de Roncesvalles.

— Ya me preguntó allí algo una compañera tuya con rasgos latinoamericanos. Yo no sé mucho. Soy una simple echadora del tarot. Los arcanos mayores nunca hablan claro. Me parece que alguien anda buscando dinero en este asunto. ¿No? – soltó la señora como si intencionadamente no quisiera prestar atención – Se oye hablar mucho de compra y venta de objetos sagrados. ¿No ha oído Vd. hablar de lo mucho que se puede pagar por un santo Grial?

— Intentamos descubrir al autor del asesinato. – quiso reconducir el jefe de la investigación criminal.

— ¿No sospechará ni de mí ni de mi hija? – rechazó la obesa peregrina con gestos exagerados.

— ¡No grite, por favor! – pidió el investigador – Pensamos que si sabía que ese asesinato se iba a cometer, también debe …

— ¡Las cartas! – volvió a gritar doña Mercedes- Los arcanos mayores saben mucho, aunque no lo digan con claridad.

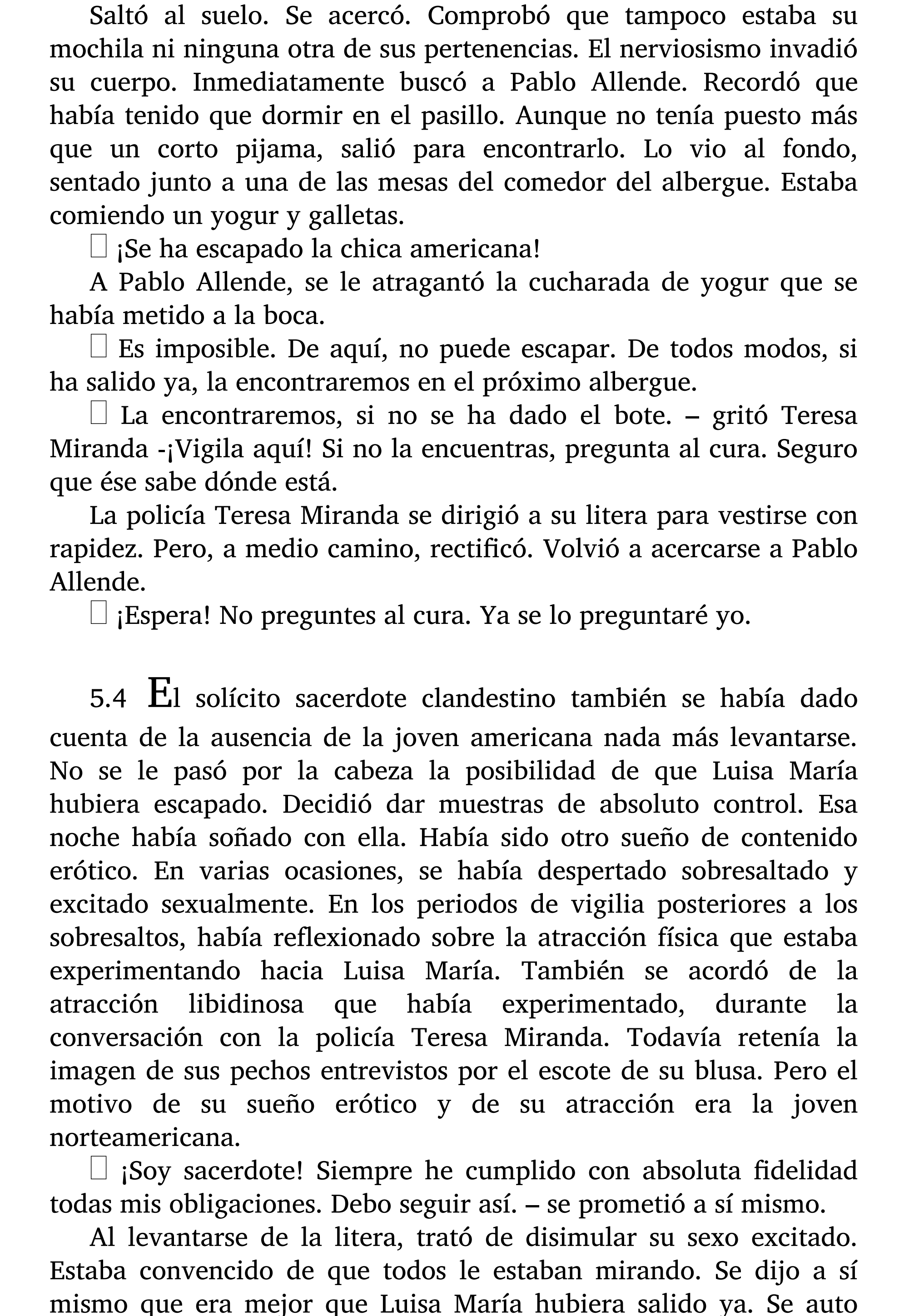
— Vd. sabe más de lo que dice.

— Insisto. Sé lo que me dicen las cartas del Tarot. Pero lo que quiero saber, no logro verlo. Ahí viene mi hija. ¿Sabe lo que yo quiero descubrir de verdad? Lo que a mí me interesa saber es si el apóstol ese olvidadizo va curar a Merceditas de una vez o no. ¡Eso es lo que no logro descubrir!

— Señora, es muy difícil de creer esa coartada de las cartas.

— ¿Qué pasa? – se enfrentó la mujer – Si sospecha de mí, sería la mayor majadería que he oído. Sólo sé que hay dinero por medio. Eso es lo único que he visto en las cartas. Lo siento. Mi hija y yo debemos comenzar a andar. Si descubro algo más, se lo diré. Colaboraré, si Vd. me recomienda ante el apóstol para que cure a mi hija de su deformación en la boca.

5.3 A pesar del sueño que tenía a esa hora de la mañana, la policía Teresa Miranda, nada más incorporarse en la litera, dirigió



su primera mirada hacia la cama de Luisa María. Se limpió los ojos sobresaltada.

— '¡No está!'.

Saltó al suelo. Se acercó. Comprobó que tampoco estaba su mochila ni ninguna otra de sus pertenencias. El nerviosismo invadió su cuerpo. Inmediatamente buscó a Pablo Allende. Recordó que había tenido que dormir en el pasillo. Aunque no tenía puesto más que un corto pijama, salió para encontrarlo. Lo vio al fondo, sentado junto a una de las mesas del comedor del albergue. Estaba comiendo un yogur y galletas.

— ¡Se ha escapado la chica americana!

A Pablo Allende, se le atragantó la cucharada de yogur que se había metido a la boca.

— Es imposible. De aquí, no puede escapar. De todos modos, si ha salido ya, la encontraremos en el próximo albergue.

— La encontraremos, si no se ha dado el bote. – gritó Teresa Miranda -¡Vigila aquí! Si no la encuentras, pregunta al cura. Seguro que ése sabe dónde está.

La policía Teresa Miranda se dirigió a su litera para vestirse con rapidez. Pero, a medio camino, rectificó. Volvió a acercarse a Pablo Allende.

— ¡Espera! No preguntes al cura. Ya se lo preguntaré yo.

5.4 El solícito sacerdote clandestino también se había dado cuenta de la ausencia de la joven americana nada más levantarse. No se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Luisa María hubiera escapado. Decidió dar muestras de absoluto control. Esa noche había soñado con ella. Había sido otro sueño de contenido erótico. En varias ocasiones, se había despertado sobresaltado y excitado sexualmente. En los periodos de vigilia posteriores a los sobresaltos, había reflexionado sobre la atracción física que estaba experimentando hacia Luisa María. También se acordó de la atracción libidinosa que había experimentado, durante la conversación con la policía Teresa Miranda. Todavía retenía la imagen de sus pechos entrevistos por el escote de su blusa. Pero el motivo de su sueño erótico y de su atracción era la joven norteamericana.

— ¡Soy sacerdote! Siempre he cumplido con absoluta fidelidad todas mis obligaciones. Debo seguir así. – se prometió a sí mismo.

Al levantarse de la litera, trató de disimular su sexo excitado. Estaba convencido de que todos le estaban mirando. Se dijo a sí mismo que era mejor que Luisa María hubiera salido ya. Se auto

recomendó un trato más distante con la joven. Mantendría la vigilancia. Estaría enterado de todos sus movimientos. Pero sin estrechar la intimidad que en los pocos días de camino ya había logrado. Rechazaría todo contacto físico, por breve que fuera. Se duchó con agua fría, pensando que así ahuyentaba los deseos pecaminosos de su carne. Después, ordenó con cuidado sus cosas. Las introdujo en la mochila y bajó al comedor para desayunar.

5.5 □ ¡Hola, Felipe! ¿Me puedo sentar aquí? -preguntó Teresa Miranda con una sonrisa cómplice.

□ ¡Por supuesto!, -respondió el apuesto sacerdote sin mirarla a la cara.

A pesar de que había preparado lo que iba a decirle, la policía no acertaba a entablar la conversación. Tenía claro que no debía comenzar con la pregunta sobre la joven venezolana. Era preciso disimular su interés. Los nervios provenían también de la proximidad con aquel hombre, a quien deliberadamente deseaba seducir.

□ Parece que hoy también va a hacer calor, -dijo la policía tratando de improvisar una conversación intrascendente.

□ No sé. Creo que hace demasiado viento.

□ Si nos da de espalda, será bueno para caminar más deprisa.

□ El viento siempre es malo, cuando se camina con una mochila. – respondió él con sequedad.

□ ¿Vas hasta Puente la reina? – se interesó Teresa Miranda acercándose un poco a él.

□ Es el fin natural de esta jornada. ¡Habrá que comenzar a caminar!, -dijo el sacerdote, mientras se levantaba para colocarse la mochila.

Teresa Miranda había comprendido ya la actitud reacia del sacerdote que ocultaba su identidad. Calculó que, si en ese momento se tomaba todo el té que le quedaba de un trago, podía coger también su mochila e iniciar el camino con él.

□ Por cierto, - argumentó para hacerle esperar - hoy no está la joven venezolana que suele ir contigo.

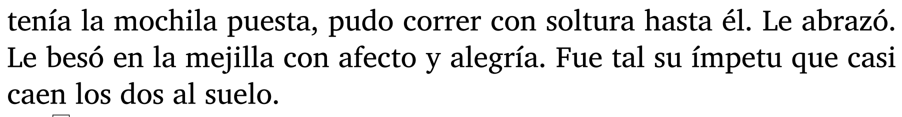
□ Habrá salido ya. Además, sólo ha ido conmigo ocasionalmente. – el peregrino, ya con la mochila colocada, se volvió con decisión hacia la policía - De todos modos, ayer quedamos en actuar como si no nos conociéramos. Así que creo que es mejor que cada uno vaya por su lado. Nos comunicaremos sólo cuando sea absolutamente necesario.

5.6 Andrés, el peregrino gastrónomo, salió sin desayunar del albergue de los peregrinos de Pamplona. Había aprovechado el tiempo para dormir un poco más. Hizo, de nuevo, esperar a las limpiadoras. Había también un motivo gastronómico en su abstinencia. En su bien documentada guía, estaba anotada a lápiz la indicación de que en la localidad de Zariquiegui, a unos diez kilómetros de Pamplona, en una de las calles altas, por la mañana, solía haber puestos ambulantes de fruta recién cogida. Merecía la pena esperar. Resistió hasta allí sin desayunar. Su paciencia fue recompensada.

Tras una inspección general, se acercó al puesto de frutas mejor preparado. Eligió dos peras, un racimo de uva temprana y casi medio melón. Se fue a comerlo a los bancos de piedra colocados en lo más alto del pueblo mirando hacia el pórtico gótico de la iglesia de san Andrés. Quedó pletórico y tuvo que hacer unos ejercicios suaves antes de reanudar el camino. Pero no logró quitarse la preocupación por las insistentes llamadas de Manuel Fraga Iribarne.

— Seguro que quiere encomendarme alguna misión desagradable. Ni en el Camino de Santiago me deja en paz.

5.7 Teresa Miranda también compró fruta en Zariquiegui. Pero no se detuvo a comerla. Estaba haciendo el recorrido muy deprisa para alcanzar a Luisa María y seguir con la tarea de vigilancia. Antes de superar las tres cuartas partes de la jornada, alcanzó a Felipe. Intentó caminar a su lado y entablar, otra vez, conversación con él. Pero fue muy difícil. El cura no manifestaba ninguna gana de hablar. Por fin, en Obanos, localidad situada a menos de cuatro kilómetros del destino final en Puente la Reina, encontró a Luisa María. Respiró hondo. Ya podía dar cuenta de su trabajo de vigilancia. La vio a distancia, sentada en las sillas de una improvisada terraza junto a una pequeña taberna. No se acercó más. Prefería cumplir su labor de vigilancia desde una distancia prudente. Tenía más libertad de movimiento y también más campo de visión. Además, era mejor que la joven americana no sospechara que la estaba vigilando. Frente a la taberna, había una plaza y, en el fondo de ella, se oía caer con fuerza un chorro de agua. La fuente estaba situada a la espalda de la joven venezolana. Desde allí, pudo contemplar con toda precisión la llegada del sacerdote. Luisa María no se dio cuenta de su presencia hasta que estaba casi junto a ella. Pero su reacción fue inmediata. Se levantó de la silla. Como no


tenía la mochila puesta, pudo correr con soltura hasta él. Le abrazó. Le besó en la mejilla con afecto y alegría. Fue tal su ímpetu que casi caen los dos al suelo.

– ¡Qué alegría! Te he echado de menos durante todo el camino. – saludó ella con entusiasmo.

El sacerdote clandestino quedó desconcertado. No supo qué contestar. Pero se dejó llevar. La joven le agarró de la mano y entre muestras de alegría le llevó hasta la terraza del bar. Allí le ayudó a quitarse la mochila y se sentaron juntos a tomar otro refresco. A pesar de la decisión tomada para no provocar más acercamiento físico con la joven, el sacerdote no pudo reprimir la tentación de presumir ante ella de su cultura e intentar sorprenderla con sus conocimientos sobre todos los detalles del Camino de Santiago. Aprovechó para contar que, a mediados del mes de agosto, en esa localidad, se celebra la representación del llamado 'Misterio de Obanos', en el que toman parte todos los habitantes del pueblo. En él, se recoge la leyenda según la cual, Doña Felicia de Aquitania a su regreso de Compostela se recluyó en un monasterio para hacer penitencia y servir a los pobres. Pero su hermano, el duque Guillermo, la secuestró para reintegrarla a la vida de la corte. Como ella se resistió, el hermano la asesinó. Arrepentido el duque fue a Roma para pedir perdón al papa. Este le impuso la penitencia realizar de nuevo como peregrino en solitario el Camino de Santiago.

El objetivo de impresionar a Luisa María fue logrado totalmente. La joven, que sí deseaba intensificar el acercamiento, aprovechó la ocasión para estirar su brazo y abrazarle de nuevo.

5.8 Doña Mercedes llegó sigilosamente hasta la fuente de la plaza, donde estaba la policía Teresa Miranda con el fin de sorprenderla. Se adelantó a su hija para hacer menos ruido. Llegó por la espalda y esperó un momento antes de hablar. Después, se agachó para hablarla casi al oído.

– Sé que eres policía y que estas buscando el santo Grial de Santiago.

Teresa reaccionó inmediatamente. Según había sido entrenada, saltó con diligencia y adoptó una posición defensiva. Pensó que estaba siendo atacada. Le vino a la mente el asesinato de Roncesvalles. Al ver a la obesa echadora de cartas, cambió de postura, aunque no se tranquilizó totalmente. Todavía no sabía cuáles eran sus objetivos en el camino.

– ¡Menudo susto me ha dado!

 En tu profesión, hay que estar siempre atenta a cualquier ataque. – replicó Doña Mercedes – Pero es verdad lo que he dicho. ¿No?
 Vd. es la que sabía con anterioridad lo del asesinato del Albergue de Roncesvalles.  – contestó la policía sin confirmar ni desmentir su identidad – ¿Qué más cosas sabe?
 En los arcanos mayores del tarot, se puede encontrar todo. Me he dado cuenta de que has eludido confirmar que eres policía.
 Te propongo un trato. – ofreció la obesa peregrina – Yo te doy la información que obtenga del tarot y tú me pasas lo que descubras en la investigación policial. Sales ganando. Yo te voy a dar más y sobre todo te la voy a dar antes.
 No sé qué garantías tengo de lo que me vaya a decir.- señaló la policía con desconfianza.
 Las mismas que tengo de lo que me digas tú. Creo que a las dos nos conviene jugar limpio. A mí me interesa participar en la entrega de ese santo Grial. Así el jodido apóstol Santiago no me podrá negar el milagro de curar a mi hija. ¿Aceptas el trato?
 ¡Lo acepto! Pero tiene que con mucha discreción. No debe notarlo nadie.
 Yo echaré esta tarde las cartas. Te diré lo que descubra. Ahora voy a seguir andando hacia Puente la Reina con mi hija. Si no, no vamos a llegar nunca. ¡Merceditas, vamos!

5.9 Antes del mediodía, se presentó en el albergue de los peregrinos de Puente la reina una señora de mediana edad elegantemente vestida y con numerosos adornos. Llevaba tacones altos y un sombrero de flores secas. Las limpiadoras y el hospitalero se sorprendieron de su presencia.
 Creo que se ha equivocado, señora. Este es el albergue de los peregrinos del Camino de Santiago. -dijo el hospitalero, acercándose a la puerta para indicarle el hotel más cercano.
 Esto es exactamente lo que estoy buscando. – replicó ella.
 Perdón. Me parecía que su ropa no era la más adecuada para caminar como peregrina.
 Yo no soy peregrina. Busco a mi marido. El sí que es un peregrino penitente.
 Hasta dentro de una hora o dos, no comienzan a llegar los peregrinos.
 Una pregunta. ¿En estos albergues, duermen juntos hombres y mujeres?
 Lo de juntos es un decir, señora. Son dormitorios corridos y

mixtos. Pero juntos, lo que se dice juntos, no se puede afirmar.

— ¿Hay vigilantes por las noches?

— ¡Por favor, señora!

— ¡Nada de por favor! De esta manera, las esposas no podemos estar seguras de que nuestros maridos no continúan cometiendo infidelidades.

— ¿Puedo dejarle un mensaje a mi marido? Dígale que ha venido su esposa. Volveré para hablar con él a las dos y media en punto.

— ¿Cómo se llama su marido?

— Andrés García de Nanclares.

— No se preocupe. Yo se lo diré en cuanto llegue.

Después de agradecérselo protocolariamente, la señora caminó hacia la calle tras girar con alguna dificultad sobre sus elevados tacones. Pero antes de salir, volvió a dirigirse al hospitalero.

— Otro favor deseo pedirle. Fíjese bien con quién llega mi marido. Sobre todo, fíjese si viene con alguna chica jovenzuela. Y me lo dice, por favor.

— Señora, yo no vigilo lo que hacen los peregrinos.

— Si es por dinero, le puedo dar una buena propina.

— No es por dinero. Es por principio.

5.10 La anciana de pelo blanco y vestida completamente negro estaba sentada en una piedra frente a los soportales de la Iglesia templaria de Santa María de Eunate, antes de llegar a Puente la reina. A su lado, el perro de los ojos brillantes jadeaba con la lengua afuera. Vigilaba a los peregrinos que se desviaban del camino llamado francés para contemplar este templo, considerado como uno de los más valiosos de todo el Camino por su significado histórico y artístico.

En el momento en que llegaron Luisa María y el sacerdote, el perro comenzó a ladrar y se dirigió a la joven con agresividad. El solícito acompañante, aunque también se asustó por los ladridos, agarró a la joven y se interpuso entre ella y el animal. La joven aprovechó el miedo para abrazarse a su acompañante. Él tampoco rechazó el contacto. La anciana de pelo blanco llamó al perro y éste volvió a sentarse sobre sus patas traseras junto a la piedra.

— ¡Atención! Los peregrinos que deseen participar en la visita guiada, que entren al templo. -anunció en voz alta la encargada de la custodia del templo.

El sacerdote empujó suavemente a su acompañante y ambos entraron en el templo de planta octogonal de muy reducidas dimensiones. No estarían presentes más de una docena de personas

y se podían desenvolver con dificultad. Luisa María se colocó muy cerca de su acompañante. Durante las explicaciones de la cuidadora de la iglesia, acercó su mano a la de Felipe y entrelazaron sus dedos. El sacerdote mantuvo el contacto. Los dos se miraron y sonrieron.

La guía comenzó diciendo que el origen más probable de la palabra Eunate, era el idioma vasco, en el que significaba cien puertas, en alusión a los muchos arcos que rodeaban exteriormente le templo. En el interior, había que destacar la bóveda de ocho nervios sin clave central. El ábside merecía todavía más atención por su estructura semicircular en dos alturas.

Mientras el resto de los peregrinos abandonaban el templo para comprar algunos recuerdos en el edificio contiguo, Luisa María y Felipe, todavía con las manos unidas, se acercaron a la imagen para contemplar, desde más cerca, su valor.

 Lo más curioso de esta imagen es que, aun siendo su cara blanca, tiene toda la estructura y disposición de las vírgenes negras. Las vírgenes negras tuvieron una gran importancia durante los últimos siglos de la edad media. – explicó el sacerdote intentando dejar, de nuevo, patentes sus conocimientos ante la joven americana.

Luisa María acarició la mano de su acompañante como agradecimiento por las explicaciones. El resto de los peregrinos ya habían salido, por la indicación de la guía. La joven aprovechó la soledad para dar un delicado beso en la mejilla de su apuesto acompañante. Después, salieron. En lugar de dirigirse a la casa de los recuerdos y souvenirs, dieron una vuelta al edificio para contemplar con más detalle el valor arquitectónico de los contrafuertes y de las columnas. El sacerdote clandestino aprovechó para devolverle el beso cariñoso en la mejilla. Ella se lo agradeció. Miró hacia los lados para comprobar la presencia de otros peregrinos. Al ver que estaban solos, se colocó frente a su acompañante, le cogió el rostro con las dos manos y le besó en la boca. Le miró a los ojos, para ver su reacción. Él sonrió. Como respuesta, Luisa María volvió a besarle más apasionadamente. Él colaboró. Pero tuvieron que recomponer la figura al oír los ruidos de otros peregrinos que se acercaban.

5.11 Cuando Doña Mercedes y su hija llegaron a la iglesia templaria de Santa María de Eunate, ya se habían terminado las visitas guiadas y apenas quedaban peregrinos. Ella lo agradeció. Lo que debía hacer allí ya lo sabía de sus viajes anteriores, sin que

nadie tuviera que decírselo. Cogió a su hija de la mano y se acercaron hasta la fila de los arcos que rodean el templo. Se paró para quitar los mocos a Merceditas y colocar con cariño los pelos que le caían sobre la frente. Juntas entraron y salieron por cada una de las puertas. Se acercaron a la imagen de la virgen y se arrodillaron tres veces cada una doblando sólo la rodilla izquierda.

□ Apóstol Santiago, a ver cuándo se ablanda tu duro corazón en favor de mi hija. Nosotras ya estamos haciendo todo lo que tenemos que hacer. Recuerda bien lo que te pedimos que cures: la deformación en la boca, la dificultad para hablar y, sobre todo, las limitaciones de su cerebro. ¡Santiago, tú puedes hacerlo!

5.12 Luisa María y Felipe caminaban sin hablarse después de la impresión que había dejado en los dos la inesperada manifestación afectiva. Tomaron directamente el camino hacia Puente la reina sin detenerse a comprar ningún souvenir. Sin embargo, desde la puerta del local de venta, le gritó la guardiana del templo y vendedora de los recuerdos.

□ ¿No se llamará Vd. Marcos Evangelista?

□ No. Yo no me llamo así.

□ Perdóneme. Es que tengo que dar un recado a un señor con ese nombre.

5.13 Eran ya casi las tres de la tarde, cuando la esposa de Andrés García de Nanclares volvió al albergue de los peregrinos en Puente la reina. Acudió con su ropa excesivamente adornada y sus tacones muy altos. Los peregrinos que estaban en la recepción se separaron y miraron con sorpresa su imagen tan diferente al resto de los allí presentes.

□ Vengo a buscar a mi marido.

□ No se ha apuntado todavía ninguna persona con el apellido García de Nanclares. -contestó el hospitalero.

□ ¡Ya son más de las dos y media! – se extrañó la señora.

□ Quizá se haya quedado en una localidad anterior o quizá ha pasado de largo para darse más prisa.

□ ¿Dónde puedo esperarle?

□ Donde Vd. quiera. Si llega, yo le daré el mensaje de que Ud. está aquí.

□ ¿Puedo sacar esta silla al otro lado de la calle y sentarme debajo de aquel árbol?

□ Por supuesto. – se prestó solícito el voluntario - Si quiere, la

ayudo.

— Puedo hacerlo yo. Muchas gracias.

5.14 — ¡Señor Evangelista, tengo un mensaje para Vd.!

El hospitalero de Puente la reina anotaba en el registro los nombres de los peregrinos que llegaban, a la vez que les indicaba que podían entrar a ocupar las últimas literas que quedaban. Esa tarde andaba pendiente de la llegada de dos peregrinos a los que tenía que dar sendos mensajes. Había apuntado sus nombres para no olvidarse, De todos modos, el nombre de Marcos Evangelista era lo suficientemente llamativo como para recordarlo en cuando lo viera escrito en la credencial.

— ¿Para mí? -preguntó Mateo Pérez de Lerma que todavía no se había acostumbrado a que le llamaran por el seudónimo.

— Es un mensaje de un señor que se llama Leonardo. Es un señor mayor pero con el pelo bastante largo. Vestía pantalón vaquero a pesar de sus años. Me ha dicho que le espera mañana a las cinco en punto de la tarde junto a la escalera del coro de la iglesia de san Pedro de la Rúa en Estella.

— ¿Sólo ha dicho eso?

— ¡Sólo eso! ¿Ha pasado Vd. por Santa María de Eunate?

— No. Estaba muy cansado. - respondió el falso señor Evangelista tratando de excusarse.

— En Santa María de Eunate, le ha dejado el mismo mensaje, por si no pasaba por aquí. Creo que tiene muchas ganas de hablar con Vd.

— ¡Muchas gracias! – agradeció con amabilidad exagerada el peregrino veterano.

5.15 Al quedarse libre el hospitalero, se le acercó de nuevo la elegante y presumida esposa de Andrés. Traía en la mano la silla en la que había estado sentada debajo del árbol.

— ¡Estoy muy disgustada con mi marido! Si le ve, dígale que no se va a librar de mí. Mañana, estaré en Estella. Allí espero verle sin falta. ¡Sin falta! Dígaselo así, por favor.

5.16 Por primera vez en su recorrido, Doña Mercedes y su hija lograron dormir en cama en el albergue de Puente la reina. Cuando llegaron, ya mediada la tarde, quedaban libres dos camas. Las dos eran de arriba, aunque en dos literas algo alejadas. Merceditas

eligió la que estaba más cerca de los servicios. La otra estaba encima de la ocupada por Marcos Evangelista. También por primera vez, tuvieron tiempo para ducharse con agua caliente.

A la mañana siguiente, fueron las primeras en levantarse, bastante antes de que amaneciera. Lo hicieron con mucho ruido, lo que provocó el reproche de otros peregrinos. La madre, a causa de sus gorduras, tuvo numerosas dificultades para bajarse de la litera. Pisó a los peregrinos que estaban en las dos camas de abajo cercanas y casi se cayó sobre Mateo Pérez de Lerma, que estaba todavía dormido. Cuando fue a despertar a Merceditas, casi tuvo que gritar porque la joven estaba en el mejor de sus sueños. La acarició para separar los pelos mal peinados y la besó en la frente con cariño.

— Tenemos que visitar la iglesia del Santo Cristo antes de comenzar la etapa. Es el Cristo doloroso más real y verdadero de todo el Camino de Santiago y de toda España. Éste es el único que puede obligar al perezoso y egoísta Apóstol para que se ocupe de ti de una vez.

5.17 Como Luisa María había quedado en cenar esa noche con su ya íntimo acompañante, adelantó la lectura de la carta de su antepasado. Tras tender la ropa lavada para que se secara, aprovechando el sol y el viento suave, sacó el pergamino correspondiente. El ruido de los muchos peregrinos que estaban hablando junto a sus literas, le impidió concentrarse. Prefirió salir, cruzar la calle y sentarse debajo de un árbol, enfrente de la señora elegante que se había quitado ya el sombrero para beneficiarse de la suave brisa.

*'Dilecta e respetada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega.*

*Os envío a través de vuestro primo Alfonso García de Pampliega aqueste sexto mensaje durante mi peregrinaje hasta la tumba del Apóstol Santiago. Lo fago desde la localidad de Puente de la reina en el hospital de los peregrinos, junto al nuevo puente, mandado construir sobre las aguas del río Arga por la esposa del rey Sancho el mayor. En aquesta ocasión, non me he arriesgado a quedarme en la casa fortaleza que tiene abierta aquí la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Non me conviene convivir con ellos, aunque non sepan mi identidad, porque ellos son nuestros enemigos.*

*Estoy muy preocupado por las noticias que me transmite vuestro primo sobre vuestro estado de salud. Sólo puedo deciros que de ninguna manera debéis sentiros culpable de la muerte de nuestro fiel servidor Teodoro. Fui yo el que le pidió que viniera a recoger las misivas que*

*deseaba enviaros.*

*Debo deciros, además, que non sólo soy culpable de aqueste nuevo infortunio. Quizá pequé por omisión cuando me casé con vos e non os dije que mi familia estaba marcada por el fatalismo e por el destino trágico.*

*En alguna otra ocasión, os he comentado cómo los males e las tragedias se han acumulado sobre los miembros de mi familia desde que mi abuelo asumió el compromiso de custodiar el Santo Grial de Santiago de las manos del último Gran Maestre de la Santa Orden de los Caballeros Templarios.*

*Debo deciros agora que ése non es el único motivo por el que la divina providencia ha determinado non amparar a los miembros de mi familia de los males que a todos nos acechan. Estoy seguro de que Dios padre todo poderoso está descargando su ira contra los descendientes de mi aludido abuelo por su desordenada vida.*

*Cuando él recibió el Santo Grial e se comprometió a restaurar la Santa Orden del Temple, era sacerdote. Hasta que se instaló en esas tierras que agora son el solar familiar, fue fiel a sus votos religiosos. Pero, al poco tiempo de llegar ahí, se dejó seducir por los pecados de la carne. Vivió amancebado con una mujer de vida perversa. También él mesmo se introdujo en las costumbres contrarias a los mandamientos de dios, opuestas a los Santos votos e compromisos que había adoptado al facerse sacerdote.*

*Además del pecado de la carne, mi abuelo realizó negocios non muy limpios que le permitieron acumular una gran cantidad de riquezas cometiendo injusticias e perjudicando a personas inocentes que quedaron en la miseria por su culpa.*

*Durante toda su vida, vivió en pecado e sólo al final cuando ya sufría la enfermedad familia como castigo divino, se preocupó de arreglar el estado de su vida para que el mío padre e sus descendientes hayamos podido vivir dignamente. Entonces, adoptó el nombre de Lerma por ser ese el lugar donde definitivamente se había instalado. Además, compró con dinero, aunque legalmente, el rango nobiliario que agora tenemos.*

*Aquestos son los pecados que agora estamos padeciendo todos los miembros de aquesta familia. Sé que es justo que yo padezca tales penas, porque soy descendiente del pecador. Pero soy consciente de la injusticia que significa que vos sufráis también esas consecuencias. Por aquesta razón, os estoy todavía más agradecido por vuestro noble e tan generoso comportamiento.*

*Os recuerda e os estima el vuestro esposo fiel, Juan de Lerma.*

# 6.- ESTELLA

**(Domingo. 19. Septiembre. 1999)**

6.1 Teresa Miranda se peinó con más cuidado ante el espejo lleno de vapor de los servicios del albergue de Puente la reina. Se acercó para comprobar que su piel había cogido un tono algo más oscuro por el sol y el viento de los días que llevaba recorriendo el Camino. No le disgustó su imagen, pero hubiera preferido tener allí todas las cremas que utilizaba en casa los días que deseaba destacar sus encantos.

Durante la noche, desconocedora de la intimidad adquirida por el sacerdote con la joven americana, había decidido establecer contacto más directo con Felipe Manzanal. El primer objetivo era ampliar el conocimiento mutuo para pasar a planes más concretos en los próximos días. Como táctica para lograr ese acercamiento, le confesaría su disgusto por la falta de nuevos datos sobre el santo Grial. Así sería más fácil proponerle el acuerdo de trabajar juntos, en lugar de realizar sus misiones por separado. En ese trabajo en común, habría muchas ocasiones para acercarse físicamente. Tampoco era conveniente dejar ver sus intenciones desde el principio. Estaba segura de que a los hombres como él no les gustaba que las mujeres se insinuasen abiertamente. Era mejor dejarle pensar que era él quien tomaba la iniciativa.

La policía salió de los servicios con la intención de poner en marcha su plan de modo inmediato. Subió a recoger la mochila. No se la colocó en la espalda. La llevó en la mano hasta el comedor comunitario. Al llevar, miró en las distintas mesas.

- ¡Maldita sea! Están los dos juntos.

En la mesa cercana a la pared, estaban Luisa María y el sacerdote. Prácticamente habían terminado de desayunar. Tenían, al lado, los recipientes vacíos de dos yogures y los envoltorios de varias pastas.

-¡Se están acariciando, los muy cabrones!

Teresa Miranda presumía de no decir palabrotas ni expresiones fuertes a pesar de ser policía. Hacía un esfuerzo para diferenciarse del resto de sus compañeros de ambos sexos. Pero esta expresión le salió espontáneamente al comprobar que sus vigilados tenían sus

manos juntas, con los dedos entrelazados. Instintivamente se ocultó para no ser vista y seguir vigilando. Sin darse cuenta, fue a colocarse en la mesa en la que estaba Pablo Allende terminando su desayuno improvisado.

— ¿Has descubierto ya algo sobre la chica americana?

— Lo que yo tengo que hacer es protegerla. Los descubrimientos son obligación tuya. ¿Has hallado algo nuevo sobre el asesinato de Roncesvalles? ¡Se van! Te dejo. Me voy tras ellos. – dijo Teresa Miranda, mientras se acercaba a su mochila - Nos vemos en el albergue de Estella.

6.2 Cuando Doña Mercedes y su hija salían de la Iglesia del Apóstol Santiago, en la calle mayor de Puente la reina, se encontraron con Mateo Pérez de Lerma, que caminaba con prisa. Él no hizo ningún ademán de detenerse, pero la anciana se dirigió a él con decisión.

— ¿Qué? ¿Tiene prisa por llegar a Estella?

— Un poco, sí.

— En el camino de Santiago, la prisa es mala. Ni la tumba del Apóstol ni el fin de la tierra se van a mover.

— Tengo un recado que hacer en Estella.

— Disculpe que me meta en sus cosas. – disimuló Doña Mercedes su curiosidad - Esta noche ha dado muchas vueltas en la litera. Se ve que las preocupaciones no le han dejado dormir.

— Si Vd. lo ha oído, tampoco ha dormido.

— Mi preocupación es mi hija. Cuando yo me muera, no va a tener quien la cuide. Y el cabrón del Apóstol Santiago se niega a hacer un milagro para que se pueda valer por sí sola.

— Si le llama cabrón, no puede hacer el milagro.

— ¿Su preocupación cual es? – preguntó la echadora de cartas.

— El cansancio del camino. -dijo el veterano peregrino, tratando de disimular.

— El que oculta las preocupaciones, nunca se libra de ellas. Es mejor compartirlas.

— En las preocupaciones que tengo, no me puede ayudar ni Vd. ni el 'cabrón' del Apóstol.

— Aunque no lo parezca, yo entiendo mucho de negocios. Le puedo aconsejar.

Mateo Pérez de Lerma, que había acelerado el paso, se detuvo en seco y volvió a dirigirse a la anciana.

— ¿Por qué sabe que estoy preocupado por un negocio?

— No lo sabía. Simplemente, lo he supuesto. A su edad ya no

tiene preocupaciones por las mujeres. Tampoco parece que tenga mala salud. Luego, está preocupado por el dinero. Pero tiene suerte. Los problemas de dinero son los que mejor se solucionan.

Marcos Evangelista se distanció de las dos mujeres. Doña Mercedes tuvo que volver para recoger a su hija, que se había quedado entretenida con unos papeles de colores encontrados en el suelo. Estaba contenta por la información obtenida. Recordaba que uno de los arcanos mayores había indicado el dinero como motivo de la sangre derramada en Roncesvalles.

6.3 — ¡Vas muy callado! -dijo Luisa María al sacerdote que ocultaba su identidad, a los pocos kilómetros de salir de Puente la reina hacia Estella siguiendo los senderos y atajos marcados por las flechas amarillas del Camino de Santiago. Felipe Manzanal iba metido en sus preocupaciones. Le hubiera gustado estar alegre y contento, disfrutando del extraordinario paisaje que se veía a ambos lados del camino. Pero sus pensamientos se imponían a esos deseos. Su principal preocupación era la relación emocional y física con la joven que caminaba a su lado. Su condición sacerdotal y su promesa de celibato le producían un fuerte remordimiento. Hacía muy poco tiempo que había decidido alejarse de ella y realizar su misión de vigilancia a distancia. Se había prometido a sí mismo sujetar sus sentimientos y, sobre todo, sus instintos para salvaguardar sus votos de castidad. Pero en las últimas horas, había llegado a tener con ella las mayores intimidades de su vida con una mujer.

— ‘Intimidades’ no es la palabra exacta. -se dijo a sí mismo el sacerdote Felipe Manzanal.

En realidad, no habían sido más que unas caricias bastante inocentes y unos besos un poco apasionados. Trataba de justificarse. Lo que le preocupaba era la trayectoria que iba tomando esa relación. Siempre había presumido ser una persona racional y previsora. Había controlado sus instintos y tendencias. Incluso algunos compañeros de trabajo le tomaban el pelo diciendo que todo lo tenía calculado y previsto. Sin embargo, en esta ocasión, se estaba dejando llevar por un sendero cuya meta era desconocida.

Por otra parte, estaba la preocupación sobre el desarrollo de la misión que le había traído al Camino de Santiago. Para el patrimonio artístico e histórico de la Iglesia católica, era muy importante recuperar, después de tantos siglos, el Santo Grial del Apóstol Santiago. La Secretaría Vaticana de Patrimonio Artístico, de la que él era subdirector en Roma, tenía un gran interés en conseguir que esa reliquia llegase a ser depositada en el museo de la

catedral de Santiago de Compostela. Su misión consistía en asegurar esa entrega. Tenía que controlarlo todo, sabiendo en cada momento cuál era el estado de su búsqueda, evitando que hubiera algún percance.

Las dos preocupaciones confluían, en ese momento, en la relación que estaba iniciando con Luisa María. Y las dos le obligaban a ir ensimismado durante esos kilómetros del camino sin mantener ningún tipo de conversación con su joven acompañante.

6.4 Doña Mercedes y su hija hicieron una nueva parada antes de salir de Puente la reina. Se detuvieron nada más pasar el puente que da nombre a la población, en recuerdo de la reina promotora de ayudar a los peregrinos a pasar el río Arga. Bajaron las dos hasta el borde del agua.

— Si quieres, puedes meter los pies en el agua para refrescarlos.- Recomendó la echadora de cartas a su hija- Tenemos que esperar a que venga un pajarito a beber en el río. Trae buena suerte. Hace tiempo, en uno de los arcos del puente, había una estatua de la virgen. Un pajarito venía todos los días, mojaba sus alas en el agua del río y quitaba el polvo que se había acumulado en la imagen.

Mientras la joven se mojaba los pies, la madre aprovechó para echar los arcanos mayores del tarot. Recordaba el pacto que había sellado con la policía latinoamericana. Debía adquirir nueva información para que, a cambio, ella le pusiera en contacto con la entrega del santo Grial de Santiago. Buscó un banco de piedra frente al río. El ligero sonido de las aguas ayudó para que se concentrara. Puso las manos para transmitir la energía. Mezcló las cartas. Las colocó en forma de la habitual cruz templaria. Volvió a concentrarse. Descubrió las cartas. En el punto central, a apreció el arcano número 17, conocido como la estrella, vinculada de modo general con los asuntos de la familia.

— ¡Es un pariente! – dijo Doña Mercedes sin poder reprimir la sorpresa.

— ¡Amá, el pajado!

Merceditas estaba indicando cómo un pájaro se bañaba en el río. Las dos lo contemplaron en silencio. Después la joven se secó los pies e intentó, con dificultades, ponerse las botas. La madre recogió las cartas. La ayudó. Cargaron las mochilas y continuaron el camino.

6.5 — ¡Tú tampoco estas hoy muy habladora! -contestó el

sacerdote al reproche que le había hecho Luisa María sobre su actitud de silencio durante el camino.

También la joven estaba ensimismada en sus preocupaciones mientras caminaba al lado de su acompañante. Sus pensamientos estaban centrados en la realización de la misión que le había encomendado su padre y en las amenazas que estaba recibiendo su familia por parte de la Mafia Latina de Florida. Otra preocupación era su ex novio americano. Se reafirmó en su decisión de romper definitivamente en cuanto regresara. Los sentimientos que, en ese momento, estaba sintiendo hacia su compañero en el camino de Santiago eran mucho más esperanzadores. Esta atracción ocupaba su pensamiento en muchas ocasiones. Deseaba profundizar en ella. Quizá el único motivo de preocupación estaba en la edad de él. No sabía con exactitud los años que podía tener Felipe. Podían ser treinta y cinco o treinta y seis. Quizá treinta y ocho. Desde luego, no llegaba a los cuarenta. Es decir doce o, como máximo, quince más que ella. Tampoco eran tantos. A la edad, se unía el desconocimiento total sobre su persona, su oficio, su familia.

— ¿Nos sentamos un momento? Creo que se me ha metido una piedra en la bota, -sugirió Luisa María agarrando del brazo a su acompañante para retenerle.

— Es mejor que terminemos esta subida. Allí tendremos una vista mucho más bonita, - propuso Felipe.

6.6 Andrés García de Nanclares no había dormido esa noche en el albergue de Puente la reina. Había buscado un hostal para estar más cómodo. Era la primera noche que lo hacía desde que había comenzado el Camino de Santiago. Desde luego, no tenía la menor idea de que coincidía con el día elegido por su esposa para visitarle. Simplemente estaba harto de tener que recluirse a horas tan tempranas como las establecidas en los albergues.

— Me he comprometido a recorrer el Camino desde Roncesvalles hasta Santiago. También me he comprometido a conseguir los certificados de haberme confesado. Las dos cosas las estoy cumpliendo. No me he comprometido a dormir en los albergues entre los ronquidos y los malos olores.

Era el argumento que Andrés se iba dando a sí mismo, ya por la mañana, mientras se duchaba cómodamente en la habitación del hostal, sin tener que esperar a que los servicios comunes quedaran libres. Incluso se afeitó y se perfumó con comodidad, como a él le gustaba.

Después, se dirigió a la iglesia de San Pedro para lograr otro

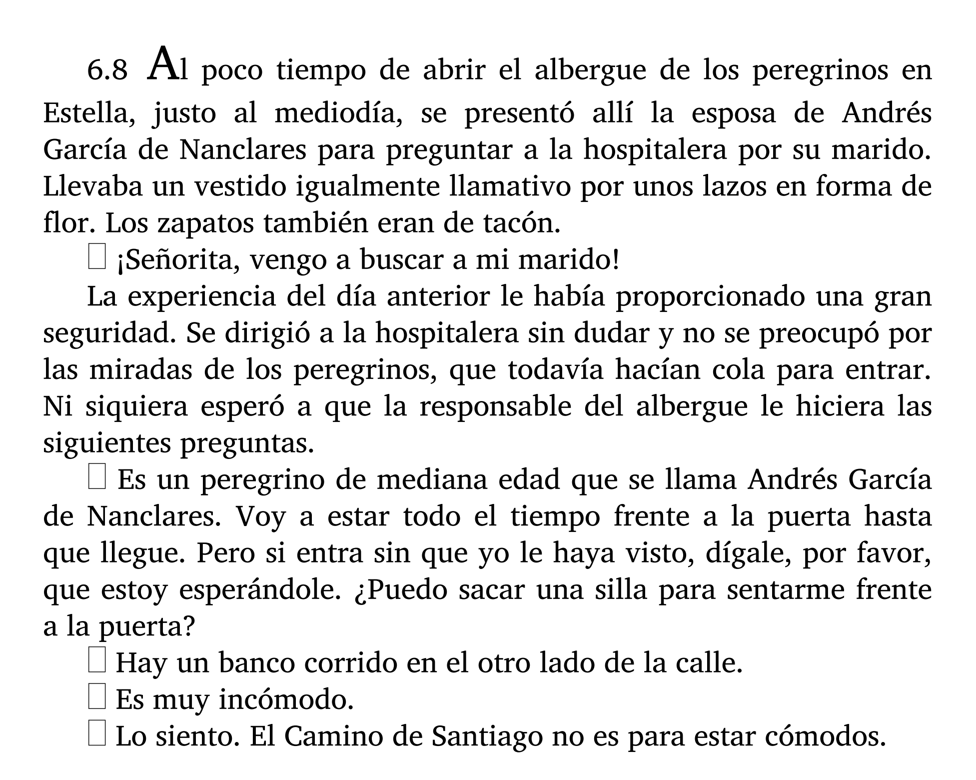
certificado de haberse confesado, antes de caminar hacia Estella. Eligió esa iglesia porque no estaba recomendada en los recorridos turísticos y era de esperar que estuviera más tranquila.

Estaba tan tranquila que no había nadie a pesar de estar abierta. Después de dar varias vueltas por el templo, intentó entrar en la sacristía. Si encontraba un sello de la parroquia, él mismo podía hacerse el certificado de confesión. Al fin y al cabo, intención de hacerlo sí que había tenido. Pero la sacristía estaba cerrada.

En una casa cercana, le indicaron dónde vivía la sacristana. Para convencerla de que se acercara a la iglesia, tuvo que darle una propina. Después, como no encontraron al párroco, le dio otra cantidad complementaria para que pusiera un sello oficial en el papel que él mismo escribió que había realizado una confesión completa de sus pecados.

6.7 Mateo Pérez de Lerma hizo el camino entre Puente la reina y Estella sin realizar ninguna parada. Ni siquiera entró en el servicio de ningún bar de los pueblos que atravesó para aliviar sus necesidades fisiológicas. Lo hizo en una ladera, al lado del camino, debajo de un árbol para perder menos tiempo. Tenía prisa por llegar al albergue y tener tiempo para prepararse antes de la entrevista que debía mantener a las cinco de la tarde con el comprador de obras de arte robadas. Si le había dejado ese recado con las señales tan precisas para reunirse en secreto, era una clara señal de que deseaba comprar el Santo Grial de Santiago. Si el problema era la cantidad a convenir, Mateo estaba dispuesto a aceptar un regateo. Estaban hablando de unas cantidades tan elevadas que perfectamente se podía arreglar con algo menos. En lo que debía ser inflexible era en las medidas de seguridad. En eso, no aceptaría ningún riesgo. Con esa operación, deseaba retirarse. Le preocupaban poco las polémicas familiares. La consideración de pertenecer a la rama bastarda de la familia de los Lerma estaba ya absolutamente superada en su pensamiento. Desaparecería en unión de su hermano, que era su único pariente vivo. Además, con ellos, terminaba la familia de los Pérez de Lerma. Los dos estaban enfermos desde que habían cumplido los cincuenta años. Deseaban vivir a gusto los años que les quedaran. Buscarían un nuevo nombre, algo menos aparatoso que el que estaba usando en el Camino de Santiago.

— Llamarse Marcos Evangelista es demasiado llamativo. Tiene la ventaja de que nadie puede sospechar que es falso por ser tan evidente.



6.8 Al poco tiempo de abrir el albergue de los peregrinos en Estella, justo al mediodía, se presentó allí la esposa de Andrés García de Nanclares para preguntar a la hospitalera por su marido. Llevaba un vestido igualmente llamativo por unos lazos en forma de flor. Los zapatos también eran de tacón.

— ¡Señorita, vengo a buscar a mi marido!

La experiencia del día anterior le había proporcionado una gran seguridad. Se dirigió a la hospitalera sin dudar y no se preocupó por las miradas de los peregrinos, que todavía hacían cola para entrar. Ni siquiera esperó a que la responsable del albergue le hiciera las siguientes preguntas.

— Es un peregrino de mediana edad que se llama Andrés García de Nanclares. Voy a estar todo el tiempo frente a la puerta hasta que llegue. Pero si entra sin que yo le haya visto, dígale, por favor, que estoy esperándole. ¿Puedo sacar una silla para sentarme frente a la puerta?

— Hay un banco corrido en el otro lado de la calle.

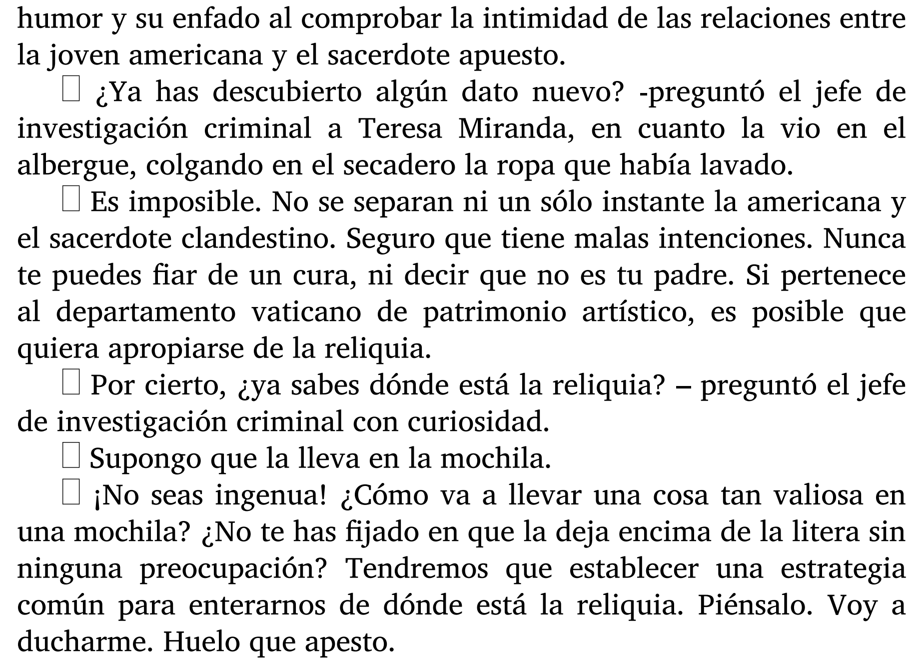
— Es muy incómodo.

— Lo siento. El Camino de Santiago no es para estar cómodos.

6.9 El investigador jefe y la policía latinoamericana volvieron a coincidir, por la tarde, en el albergue de Estella. El implacable y sistemático Pablo Allende había visitado, de nuevo, Roncesvalles para buscar algún dato que proporcionara algo de luz sobre el asesinato que había tenido lugar allí. Estaba muy preocupado por no encontrar ninguna pista. Ese vacío era más molesto, cuando don Manuel Fraga Iribarne, el presidente de Galicia, le exigía diariamente la resolución del caso. En esa nueva visita, tampoco encontró nada. Volvió a hablar con la diligente hospitalera. Recorrió todas las dependencias del albergue. Todo resultó inútil. Hizo los traslados en un coche policial camuflado para no despertar sospechas. La presumida Teresa Miranda, por su parte, había realizado todo el recorrido de la etapa a una distancia prudencial de la joven americana. Nunca se acercó a ella. Tampoco se distanció lo suficiente como para perderla de vista, salvo en los momentos en que se detuvo para, además de recomponer su maquillaje, tomar un refresco y algo de comida.

Teresa Miranda llegó muy cansada, tras realizar toda la jornada en solitario. Había rechazado, incluso en ocasiones con malos modales, la compañía de otros peregrinos que se habían brindado a

acompañarla y darle conversación. Atribuía su cansancio a que le había llegado la regla. Pero admitía que también influía su mal humor y su enfado al comprobar la intimidad de las relaciones entre la joven americana y el sacerdote apuesto.



— ¿Ya has descubierto algún dato nuevo? -preguntó el jefe de investigación criminal a Teresa Miranda, en cuanto la vio en el albergue, colgando en el secadero la ropa que había lavado.

— Es imposible. No se separan ni un sólo instante la americana y el sacerdote clandestino. Seguro que tiene malas intenciones. Nunca te puedes fiar de un cura, ni decir que no es tu padre. Si pertenece al departamento vaticano de patrimonio artístico, es posible que quiera apropiarse de la reliquia.

— Por cierto, ¿ya sabes dónde está la reliquia? – preguntó el jefe de investigación criminal con curiosidad.

— Supongo que la lleva en la mochila.

— ¡No seas ingenua! ¿Cómo va a llevar una cosa tan valiosa en una mochila? ¿No te has fijado en que la deja encima de la litera sin ninguna preocupación? Tendremos que establecer una estrategia común para enterarnos de dónde está la reliquia. Piénsalo. Voy a ducharme. Huelo que apesto.

La policía se quedó mirando a su compañero mientras se alejaba hacia las duchas. Como si intuyera su pensamiento, Pablo Allende se volvió y le hizo un gesto para indicar que empezara a pensar en la estrategia a seguir.

6.10 En el teléfono móvil de Luisa María, sonó el indicador de que llegaba un mensaje. No resistió la curiosidad. Lo sacó del bolsillo exterior de la mochila y lo leyó.

'Estoy muy enfadado. No tengo noticias tuyas. Si no me dices dónde estás, cogeré un avión e iré a vigilarte. Dime qué haces en todo momento. Todo. ¡No quiero que te toque nadie! Estoy dispuesto a matar. M. Jr.'

La joven americana sonrió levemente porque su ex novio sintiera unos celos tan fuertes de ella. Pero no respondió al mensaje. Desconectó el teléfono. Sus sentimientos estaban, en ese momento, demasiado alejados de él. Su apuesto compañero de camino estaba a su lado.

6.11 Mateo Pérez de Lerma llegó a la Iglesia de San Pedro de la Rúa con mucho tiempo de antelación. Subió con fatiga las muchas escaleras que conducen a su puerta. Miró, antes de entrar,

el panorama. Se detuvo contemplando la fachada y su aspecto de fortaleza militar más que de templo religioso. Una vez dentro, buscó inmediatamente la escalera del coro.

— ¡No es una escalera de caracol! Esto traerá mala suerte.

Se colocó en un lugar casi oscuro, para pasar desapercibido y poder ver sin ser visto. En aquella hora de la tarde, no entraba a la iglesia más que algún turista despistado o algún peregrino con curiosidades artísticas. Tuvo que esperar poco tiempo.

— Mateo, ....

— Chisss. Hemos quedado en que nada de nombres. Soy Marcos Evangelista.

— Dejémonos de protocolos. He venido a decirte que acepto el trato.

— ¿Lo aceptas con todas mis condiciones?

— ¡Casi todas! – puntualizó el comprador de obras de arte robadas.

— ¿Cuales no aceptas? ¿Cuánto dinero estás dispuesto a dar?

— Un millón y medio de euros como máximo.

— Tienen que ser dos millones, por lo menos.

— Hay otra condición.

— ¿Cuál? – preguntó con inquietud el pariente lejano de la joven americana.

— ¡Tienes que entregarme la reliquia ya!

— Eso no puede ser. No la tengo todavía.

— Me exigen que entreguemos la reliquia ya. Si no, no hay trato.

— ¿Quién te lo exige?

— Eso no te lo puedo decir. Los compradores de estas obras siempre son secretos. Quieren la reliquia ya. ¡Inmediatamente!

— Ya te he dicho que no puedo entregarla ahora.

— Entonces, nos vemos mañana en la iglesia de San María de los Arcos. A la misma hora y también junto a la escalera del coro.

— Mañana tampoco puedo entregártela.

— ¡Bueno! – propuso inquieto el falso comprador - Pasado mañana a las cuatro de la tarde junto a la escalera del coro de la iglesia de Santa María de Viana. Si no puedes entregar el Santo Grial, lleva al menos una señal. Los compradores no quieren bromas. ¡Nos jugamos el cuello!

Sin dar opción a más conversación, el comprador de obras de arte robadas se levantó y se dirigió con decisión hacia la puerta de salida de la iglesia.

6.12 Teresa Miranda decidió no salir a pasear esa tarde en

Estella. El período hormonal le provocaba siempre muchas molestias. Prefería echarse una siesta. Aunque no durmiera, descansaría. Justo antes de subir al dormitorio del albergue, después de haberse tomado un vaso de leche caliente con miel, recibió una llamada en su teléfono móvil. Era el jefe de investigación criminal.

— Teresa, me voy a Roncesvalles... Me ha llamado la hospitalera. Me ha dicho que tengo allí una cita importante a las nueve de la mañana de mañana. .... No me ha dicho con quién. Me voy ahora. A ver si logramos desbloquear este caso de una puñetera vez. Esta noche me quedaré en el albergue de Roncesvalles para asistir puntual a la cita. Cuando termine, vuelvo. Supongo. Nos vemos ya en Los Arcos.

6.13 Mateo Pérez de Lerma, tras la entrevista, permaneció bastante tiempo en la iglesia de San Pedro de la Rúa. Estaba desconcertado. No sabía cómo interpretar la prisa que demostraban las últimas palabras de su interesado socio. De ninguna manera, podía tener la reliquia en esas fechas tan inmediatas. Sabía únicamente que la otra rama de la familia había decidido entregar el Santo Grial en la catedral de Santiago de Compostela. Aunque su hermano mayor estaba en una silla de ruedas aquejado de una enfermedad que habían padecido también sus antecesores, no tenían ninguna otra intención que la crematística. Intentaban apoderarse de la reliquia antes de que sus 'primos' la entregaran. Tendría que vigilar a la joven y adelantarse a ella en el momento preciso.

— ¿A qué vienen ahora esas prisas tan exageradas?- se quejó - ¿Cómo me puedo hacer yo con la reliquia antes de pasado mañana?

6.14 Cuando Andrés García de Nanclares llegó a Estella, cansado y con ganas de ducharse, no pudo entrar en el albergue. Antes de alcanzar la puerta, fue asaltado por su esposa. Ella estuvo a punto de caerse, al tropezar con uno de sus tacones en su precipitada carrera hacia él. Juana Grijalva había estado esperando varias horas sentada en el incómodo banco corrido frente a la puerta del albergue. En varias ocasiones, tuvo que entrar en el edificio con el fin de conseguir bebidas refrescantes y algo de comida. La hospitalera aprovechó una de esas entradas para advertirle que, aunque llegara su esposo, ya no tenía plaza. Por fin,

más que mediada la tarde, vio acercarse por el camino un hombre de las características físicas de su marido. Se levantó para verle mejor. El caminante que llegaba tenía un aspecto tan deteriorado y sucio como nunca había visto en Andrés. Sin embargo, era él. Le reconoció cuando ya estaba entrando en el albergue.

□ ¡Por fin, te encuentro!, -dijo la esposa en un tono de censura sin inclinarse a besar o saludar a su marido con alguna muestra de afecto.

El marido propuso que le dejara instalarse en el alberque y ducharse. Después, hablarían sobre todo lo que tuvieran que hablar. Lo esposa no lo aceptó. Le arrastró hasta el lugar donde ella había estado esperando. Como continuaba gritando, Andrés accedió para evitar que se produjera un escándalo público.

□ ¡No tienes vergüenza! – continuó Juana Grijalva – Tienes a don Manuel Fraga indignado. No le atiendes. Huyes de él.

□ Ya sabes que es un pesado. No me deja en paz ni en el camino de Santiago.

□ ¡Han asesinado a Honorio Martínez de las Torres!

□ ¡No! – exclamó sorprendido el marido - ¿Quién lo ha asesinado?

□ Todavía no se sabe. Por eso, te llama don Manuel. ¡Te habías comprometido a ayudarle!

□ Si han asesinado a Horacio, habrá que tener cuidado con acercarse a Fraga. ¡A ver si me va a pasar a mí lo mismo!

□ ¡Venga! No seas miedica.

□ La vida está por encima de todo.

□ Tú le debes muchos favores a Fraga Iribarne.

Andrés García de Nanclares, preocupado y temeroso, propuso de nuevo a su esposa que le dejara entrar en el albergue, dejar la mochila y ducharse, para, después, ponerse en contacto con Manuel Fraga y arreglar todos los asuntos que tuvieran que arreglar.

□ ¡En el albergue, ya no hay plazas! Te vienes ahora mismo conmigo a un hotel.

□ ¡Estupendo! – se alegró Andrés, quien hizo un gesto significativo – Allí podremos …

□ ¡De eso nada! – interrumpió la esposa – No habrá nada de sexo hasta que no completes la penitencia. Allí, en el hotel, te podré cantar mejor las cuarenta.

□ Juana, por favor. Debes reconsiderar el castigo. Te prometo que no se repetirá.

□ No voy a reconsiderar nada. Eres reincidente. ¡Cumplirás el castigo hasta el final!

6.15 En Estella, Luisa María también adelantó la lectura de la carta de su antepasado. El motivo fue el mismo que en Puente la reina. Había quedado en cenar con su apuesto acompañante. Incluso tenía intención de prolongar la velada todo lo posible. También influía el gran interés que tenía por conocer las aventuras y desgracias que le habían sucedido.

*'Estimada e respetada esposa, Doña Urraca de Pampliega.*

*Os envío con vuestro primo Alfonso García de Pampliega aquesta séptima misiva desde que estoy realizando el Camino de Santiago.*

*Os ruego que prestéis un especial cuidado a la numeración de estas misivas, con el fin de que non falte ninguna e así tengáis constancia de que nuestra comunicación non ha sido interrumpida. Esa constancia es especialmente importante en aquestos momentos en los que se están multiplicando los ataques contra nosotros.*

*Como os relatará también vuestro primo Alfonso, hoy he sido gravemente atacado en el camino antes de llegar a Estella. Estoy agora en el hospital de la iglesia fortaleza de san Pedro de la Rúa donde los monjes han curado mis heridas, me han socorrido e me han alimentado.*

*Non debéis tener preocupación por mi estado de salud. Afortunadamente e gracias a la intercesión milagrosa del Santo Apóstol, las heridas que me han causado los asaltantes non son muy graves e, por lo tanto, mi vida non corre peligro. Sólo tendrán consecuencias para la continuación de mi peregrinación ya que me veré obligado a detenerme algún día en aqueste hospital e me encuentre con más fuerzas para continuar.*

*El asalto ha sido de improviso, cuando caminaba por una zona angosta e muy arbolada en las proximidades del río Arga. Me había detenido a descansar e tomar un bocado de pan con queso, cuando tres homes armados me han asaltado por la espalda. Después de apalearme e ferirme con sus espadas, me han tirado al suelo e rebuscado entre mis pertenencias rompiendo las bolsas en que guardo mis ropas e otros utensilios.*

*Cuando estaban muy enfurecidos por non encontrar lo que buscaban e se iban a dirigir de nuevo a mí para terminar con mi vida, el Apóstol ha realizado un portentoso milagro. Los asaltantes han huido repentinamente e ha llegado vuestro primo Alfonso García de Pampliega, quién me ha socorrido e al que, sin duda, debo la vida, además de a la intercesión divina.*

*Vuestro primo se ha mantenido junto a mí intentando que non perdiera más sangre, a pesar de que yo le insistía en que persiguiera a los asaltantes. Sin duda, movido por el deseo de garantizar mi vida, él*

*ha argumentado que a los culpables ya les podremos alcanzar, mientras que la vida, si se pierde, nunca se puede recuperar.*

*La rapidez con que se ha desarrollado el ataque e la fuerza de sus golpes me han impedido a mí fijarme en los detalles necesarios para su identificación. Sin embargo, en su indumentaria he podido distinguir signos muy evidentes de que pertenecen a la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Siempre han sido enemigos de los templarios e, por lo tanto, de nuestra familia comprometida en la restauración de la Santa Orden del Temple.*

*Si aquesto es así, mis investigaciones face unos días en su sede a las afueras de Pamplona fueron erróneas. Allí me pudieron tender una trampa. Sin embargo, debemos ser muy prudentes. Los signos que identificaban a mis asaltantes como miembros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén eran tan evidentes, que también podían haber sido puestos intencionadamente para llevarnos al error e atribuir aqueste asalto a otras personas distintas de quienes la han realizado.*

*En consecuencia, non debemos precipitarnos. Mantengamos la confianza en Dios e también en el Santo Apóstol bajo cuya protección agora nos encontramos.*

*Una cosa non sólo os pido sino que os ordeno. Doblad la protección hacia vos e hacia nuestros fijos. Es muy posible que, si los asaltantes non han conseguido en mí lo que buscaban, lo intenten agora con vosotros.*

*En cuanto se cicatricen un poco las mías heridas e recupere las mías fuerzas, continuaré aquesta peregrinación en la que tantas esperanzas tenemos depositadas.*

*Os recuerda vuestro esposo, Juan de Lerma.*

# 7.- SANTA MARÍA DE LOS ARCOS

**(Lunes. 20. Septiembre. 1999)**

7.1 El jefe de investigación criminal estaba en la posada del peregrino de Roncesvalles antes de las nueve menos cuarto. Se colocó dando la espalda a la pared y mirando a la puerta. De esa manera, podía observar a todos los que entraban. Pidió un café solo. No tuvo que esperar mucho. A través del cristal de la puerta, vio cómo se acercaba la desequilibrada figura de don Manuel Fraga Iribarne, el anciano presidente de Galicia. Caminaba con su ya característico vaivén de hombros. Pablo Allende comprendió inmediatamente que ése iba ser el interlocutor que la hospitalera no había querido desvelar. Se levantó para recibirlo.

– ¿Tú eres el señor Allende, de investigación criminal? – preguntó el veterano político – Tenía muchas ganas de conocerte personalmente.

– Encantado, don Manuel.

– Pídeme un café solo y vamos directamente al asunto.

El anciano presidente tuvo que hacer diversas maniobras para sentarse. Estaba realmente torpe de movimientos. Pero mantenía la misma energía interior, cercana a la cabezonería, de la que siempre había presumido. Para cuando logró aposentarse, ya le habían traído el café. Se lo tomó, sin azúcar, de un trago y separó la taza.

– Vamos al grano. – dijo juntado apresuradamente las palabras como era su costumbre – Me temo que no habrás descubierto nada sobre el asesinato de mi colaborador y amigo Martínez de las Torres. Yo sé quién está detrás. Pero no puedo demostrarlo. Quieren impedir mi operación templaria en Europa. Tratan de evitar que yo reinstituya la Orden del Temple ahora para regenerar la vieja cuna de la civilización occidental. Algunos de los implicados se hacen pasar por mis amigos. Son de mi propio partido político. Están en el gobierno. No quieren que les haga sombra. Desean pararme los pies. Pero no lo van a conseguir. No me van a apartar. ¡Lo voy a lograr! Tengo setenta y siete años. Me queda por hacer la obra más importante de mi carrera y de mi vida. Nadie me lo va a impedir. Ni

con asesinatos ni con nada. ¡Recrearé la Orden del Temple y regeneraré Europa para salvar la cultura y la religión occidental que está siendo profanada! Ésa es mi gran misión histórica.

Pablo Allende intentó en varias ocasiones intervenir en la conversación. No lo logró. Fraga unía una frase con otra sin respirar.

— Siga investigando, joven. Pero no se desanime si no encuentra a ningún culpable. Será difícil descubrirlos. Pero no van a lograr vencerme. Ni van a conseguir que abandone esta misión sagrada que va a dar sentido a toda mi labor y todo mi esfuerzo. Una cosa es importante. Mantén el secreto absoluto. Infórmeme a mí sólo de los resultados de su investigación. Señor … ¿Cómo era su nombre?

— ¡Allende! Me llamo Pablo Allende.

— Allende, tienes una misión fundamental en este importante asunto. Debes garantizar que ese santo Grial sea entregado en la catedral de Santiago. Mientras tanto, silencio absoluto y diligencia en el trabajo para descubrir a los que quieren impedir mi misión. Ellos son los que han ordenado asesinar a Honorio Martínez de las Torres, a quien Dios tiene ya en su seno como recompensa de sus muchos y muy honrosos trabajos. ¡La nueva Orden del Temple será una gran contribución para regenerar la Europa actual!

7.2 En el albergue de los peregrinos en Estella, Luisa María, en contra de su costumbre, prefirió ese día la cama de arriba de la litera. Inicialmente, ya mostró gran interés en elegir un lugar del dormitorio que estaba algo apartado del resto. El sacerdote clandestino apuntó algún reparo, pero ella impuso su deseo. A la hora de acostarse, la joven americana regresó del servicio después de lavarse y perfumarse, cuando ya estaba la luz apagada. Esta vez había cuidado especialmente su perfume. Nada más acercarse a la litera, se inclinó sobre su amigo y le besó varias veces en la boca aumentando progresivamente su apasionamiento. El sacerdote se mostró, al principio, un poco remiso. Pero, después, fue cediendo al deseo, hasta ser el más activo. Luisa María interrumpió bruscamente los besos y procedió a colocar en su mochila el cepillo de dientes, el jabón y el frasco que colonia que había usado para el aseo. Recompuso su camisón y ordenó su litera. Sin embargo, en lugar de subir a la cama de arriba, se metió bajo el saco de dormir en la cama de su compañero. El sacerdote se quedó, inicialmente, sorprendido. Pronto, se apartó a un lado para hacer sitio a su compañera en una cama tan estrecha. Intentando no hacer ruido para no ser descubiertos, continuaron con los besos. Más tarde,

iniciaron las caricias cada vez más comprometedoras. De vez en cuando, debían interrumpir sus movimientos para que los muelles no sonaran. Juntaron sus cuerpos. El sacerdote fue tomando la iniciativa. No pudieron desnudarse como ambos hubieran deseado. La excitación ya apenas les permitía notar si hacían ruido. Los besos y los tocamientos eran más compulsivos, hasta consumar su relación sexual con una penetración un poco forzada. La culminación fue un apasionado aunque cauteloso y controlado orgasmo. Él tuvo que poner su mano en la boca de ella para ocultar sus gritos de satisfacción. Tras el descanso y mientras mantenían todavía la respiración entrecortada, permanecieron con sus cuerpos unidos. Volvieron a besarse. En ese momento, eran de nuevo conscientes de los ruidos. Intentaron recomponer sus posiciones. Luisa María se incorporó intentando no despertar ninguna sospecha. Salió del dormitorio y se encaminó hacia los servicios para realizar la consiguiente ablución de sus partes íntimas. El sacerdote no se atrevió a moverse. Tampoco sabía, en su ignorancia sobre estas aventuras amorosas, lo que debía hacer. Se limpió con un pañuelo. La joven, cuando volvió del aseo, antes de subir a la litera de arriba, se agachó para dar un último beso a su amado. Después, logró dormirse con prontitud, sin darse cuenta de que su vecino en la cama de abajo daba vueltas durante toda la noche.

7.3 La esposa de Andrés García de Nanclares había elegido ya el hotel de Estella para pasar la noche con su marido. Había exigido que tuviera camas separadas. Deseaba mantener el castigo de abstinencia sexual. Él tuvo que llegar cargando con la mochila, sudado y sin descansar. Ella, además, se apoyaba en él, porque tenía dificultad para andar con los tacones tan altos. Nada más entrar en la habitación, Andrés propuso ducharse. Juana se lo impidió.

— Antes, tienes que contestarme a unas cuantas preguntas. ¿Qué hiciste ayer? – preguntó la esposa en un tono casi inquisitorial.

— Ayer llegué a Puente la reina.

— ¡Eso es mentira!, -dijo Juana Grijalva con la satisfacción de haberle pillado según sus propias pruebas.

— ¡Es la pura verdad! Ayer estuve en Puente la reina. Además, allí me confesé. Mira el certificado.

— Es imposible que estuvieras ayer en Puente la reina. Estuve yo esperándote en el albergue de ese pueblo hasta altas horas de la noche.

— Es que no fui al albergue.

— ¿Dónde estuviste, entonces? – se recreó ella en la sospecha -

¿Fuiste a una casa de putas?

□ ¡Domina tus celos y cálmate! – insistió el esposo.

La esposa siguió protestando y recriminando a Andrés su conducta y la suciedad de su ropa. Pero terminó aceptando la versión del marido de que había pasado la noche en un hostal porque estaba muy cansado. Éste volvió a pedir que le dejara ducharse.

□ Antes, tienes que darme una explicación a tu actitud con don Manuel Fraga Iribarne. ¿Por qué le rehúyes?

□ No quiero que me asesinen como han asesinado a Honorio Martínez de las Torres. No quiero ninguna misión relacionada con esa obsesión suya por convertirse en el Gran Maestre de la nuevo Orden Europea del Temple.

□ No es ninguna obsesión. – replicó la esposa – Es una gran misión. Va a ser su gran contribución a la historia. Don Manuel Fraga es un gran hombre. Tú le debes muchos favores. Los dos le debemos muchos favores.

□ Andrés García de Nanclares tuvo que prometer a su esposa que se iba a poner en contacto con Manuel Fraga para ayudar en lo posible a restaurar la Orden del Temple en Europa. Prometió que prestaría todo su apoyo para que el todavía Presidente de Galicia alcanzara su sueño de ser el regenerador de la cultura y la civilización europea. Sólo con esas promesas, logró la autorización para ducharse y cambiarse de ropa. En esa operación de limpieza, puso gran entusiasmo. Utilizó los jabones y ungüentos que había para estar limpio y oler bien. En el fondo, tenía la esperanza de poder hacer el amor esa noche con su esposa.

7.4 Quienes llegaron muy tarde al albergue de los peregrinos en Estella fueron Doña Mercedes y su hija. La hospitalera les indicó, desde el principio, que ya no había plazas y que no se aceptaban peregrinos para dormir en los pasillos. De todos modos, fue tal la insistencia de la anciana y los requerimientos en favor de su hija, que la responsable del albergue se compadeció y les dejó dormir en las camas reservadas para enfermería. Cuando iban a entrar en esta dependencia, fueron interrumpidas por Mateo Pérez de Lerma que todavía continuaba pálido por el encargo que le había dado el comprador de obras de arte robadas.

□ Señora, por favor, -dijo Mateo pretendiendo llamar la atención de la anciana que ya caminaba renqueante deseando dejar la mochila y descansar.

□ ¿Qué quiere Vd. ahora?

— Tengo que consultarle un asunto privado.

— ¿Tiene que ser ahora?

—Es muy urgente. – suplicó el veterano peregrino.

— ¡Tendrá que esperar! ¿No ve cómo llegamos mi hija y yo?

— ¡De verdad, es muy urgente!

— Si es tan urgente, habérmelo expuesto esta mañana, cuando nos ha dejado con la palabra en la boca.

La anciana cogió de la mano a su hija y entró en la habitación de la enfermería. Ella ya sabía que podrían lavarse y descansar con más comodidad que los días anteriores. Lo primero que hicieron fue tirarse en las camas. Eran mucho más cómodas que las habituales literas de los dormitorios corridos. Merceditas estuvo a punto de quedarse dormida. La madre la obligó a ducharse y a lavar la ropa que había utilizado en el camino de esta etapa. Ella dio ejemplo haciendo también esas faenas cotidianas.

Cuando salieron de las dependencias de la enfermería para ir a cenar, se encontraron con la policía Teresa Miranda. La conversación se dirigió pronto al compromiso mutuo que habían adquirido para intercambiarse información. Merceditas comenzó a protestar, diciendo que tenía mucha hambre. Así que las tres mujeres determinaron ir juntas a un restaurante barato para tomar como cena el menú del peregrino.

— Lo que yo he descubierto a través de los arcanos mayores del Tarot es determinante.

Doña Mercedes, a los postres, hizo una nueva demostración de su costumbre de sobrevalorar las conclusiones que sacaba al echar las cartas. La policía, en cambio, calificaba esos datos de demasiado abstractos para apoyar una investigación sobre hechos y personas concretas.

— ¿Cómo puedes calificar a mis conclusiones de abstractas? – se enfadó la echadora de cartas – Escúchame bien. Yo te he dicho las siguientes cosas. Primero, dije que había sangre. Y ha habido sangre. ¿Eso es algo abstracto? Después, descubrí que había dinero por medio. Tampoco es nada abstracto. El motivo de ese crimen es dinero. Tercera cosa. He visto un cáliz muy lujoso. Tú me dijiste que se trataba del santo Grial de Santiago.

— Yo no he dicho eso. No lo he podido decir porque no lo sé. Yo sólo sé que se va a entregar una reliquia muy valiosa en la catedral de Santiago de Compostela.

— Es casi lo mismo. Eso tampoco es nada abstracto sino una cosa muy concreta. Ahora debo darte una pista todavía más valiosa. Escúchalo bien. Hay una cuestión de parentesco.

 ¿Una cuestión de parentesco? – se sorprendió la policía Teresa Miranda - ¿Qué significa eso?

 ¿Cómo que qué significa eso? – volvió a enfadarse la echadora de cartas - ¡Está clarísimo! En toda esta operación del asesinato y la entrega de la reliquia están mezcladas personas que son parientes.

Para ese momento, Merceditas se estaba ya durmiendo sobre la mesa del restaurante. Eran inútiles las advertencias de su madre. También Teresa Miranda se compadeció de ella. Tomaron la decisión de ir a acostarse. Las tres estaban cansadas de la caminata que había recorrido en esa etapa.

 Lo dejamos ahora. – aceptó doña Mercedes – Pero mañana mismo me informas tú de todo lo que sabes.

7.5 Desde primeras horas de la mañana del día siguiente, antes de que amaneciera y también antes de que se abrieran las puertas del albergue de Estella, Mateo Pérez de Lerma ya estaba esperando con su mochila totalmente preparada. Se mostraba muy inquieto. Paseaba de un lado a otro sin destino concreto. En varias ocasiones, se acercó hasta el grifo de la cocina para beber agua. No hizo ningún caso a los primeros peregrinos que se levantaron para lavarse y aprovechar el desayuno gratuito que daban en ese albergue. Esperaba a Doña Mercedes. Todos los días, era la primera en abandonar el albergue con el fin de ganar algo de tiempo, ya que, después, sus gorduras la obligaban a caminar despacio. Sin embargo, en esta ocasión se retrasó. Estaba muy cómodamente instalada con su hija en la habitación destinada a la enfermería y deseaba aprovecharla. Merceditas se quedó pereceando un poco más y volvió a ducharse para recrearse con tranquilidad en el agua templada.

 Señora, deseo hablar con Vd., -dijo Mateo Pérez de Lerma dirigiéndose a Doña Mercedes en el mismo momento en que apareció por la puerta.

 ¡Otra vez, Vd.! Ahora tenemos que desayunar. -contestó la señora intentando librarse de él – El desayuno de este albergue es muy bueno.

 Puedo acompañarlas en el desayuno, si me lo permiten.

 Mi hija toma leche con chocolate y yo, té con leche. Prepárenoslo, por favor.

Doña Mercedes pensó que podían redondear la estancia en ese albergue siendo servidas en el desayuno. Mateo se quedó inicialmente desconcertado ante la propuesta. Pero la echadora de cartas le dio las indicaciones oportunas.

— No eche azúcar en ninguno de los dos vasos. A Merceditas, le gustan las galletas de coco. A mí, las de chocolate.

Doña Mercedes aprovechó el momento en que Mateo depositó las tazas humeantes con las bebidas pedidas para solicitar el desayuno completo. Mateo se quedó, de nuevo, desconcertado ante las reiteradas peticiones. Pero la señora con un gesto significativo le indicó que se diera prisa. La hija estaba tan contenta con el servicio que recibió todo el proceso con una abierta sonrisa.

— Ahora ya puede contarme eso tan urgente que deseaba decirme ayer.

— Señora, estoy en un grave problema.

— No creo que sea tan gordo como el mío.

— ¿Ha notado algo raro en esa chica americana que está haciendo el camino con nosotros? ¿Ha notado dónde esconde un objeto?

— No haga tantas preguntas a la vez. – interrumpió la echadora de cartas - ¿Dice que hay una chica americana haciendo el camino con nosotros?

— ¡No me diga que no conoce a la chica americana!

— ¡Ah! ¿Esa chica alta, morena y un poco rellenita?

— Esa misma.

— ¡No me diga que es americana! ¿Y qué le pasa a esa chica?

— Lleva una reliquia de gran valor.

— ¿Para qué lleva esa reliquia? ¿Qué reliquia es? ¿Dónde la …

— Era yo el que quería hacer las preguntas. – reclamó el enigmático peregrino.

— Dígame algo sobre esa reliquia. Es muy importante para mí. Yo estoy buscando un milagro para mi hija. Quizá esa reliquia nos pueda servir.

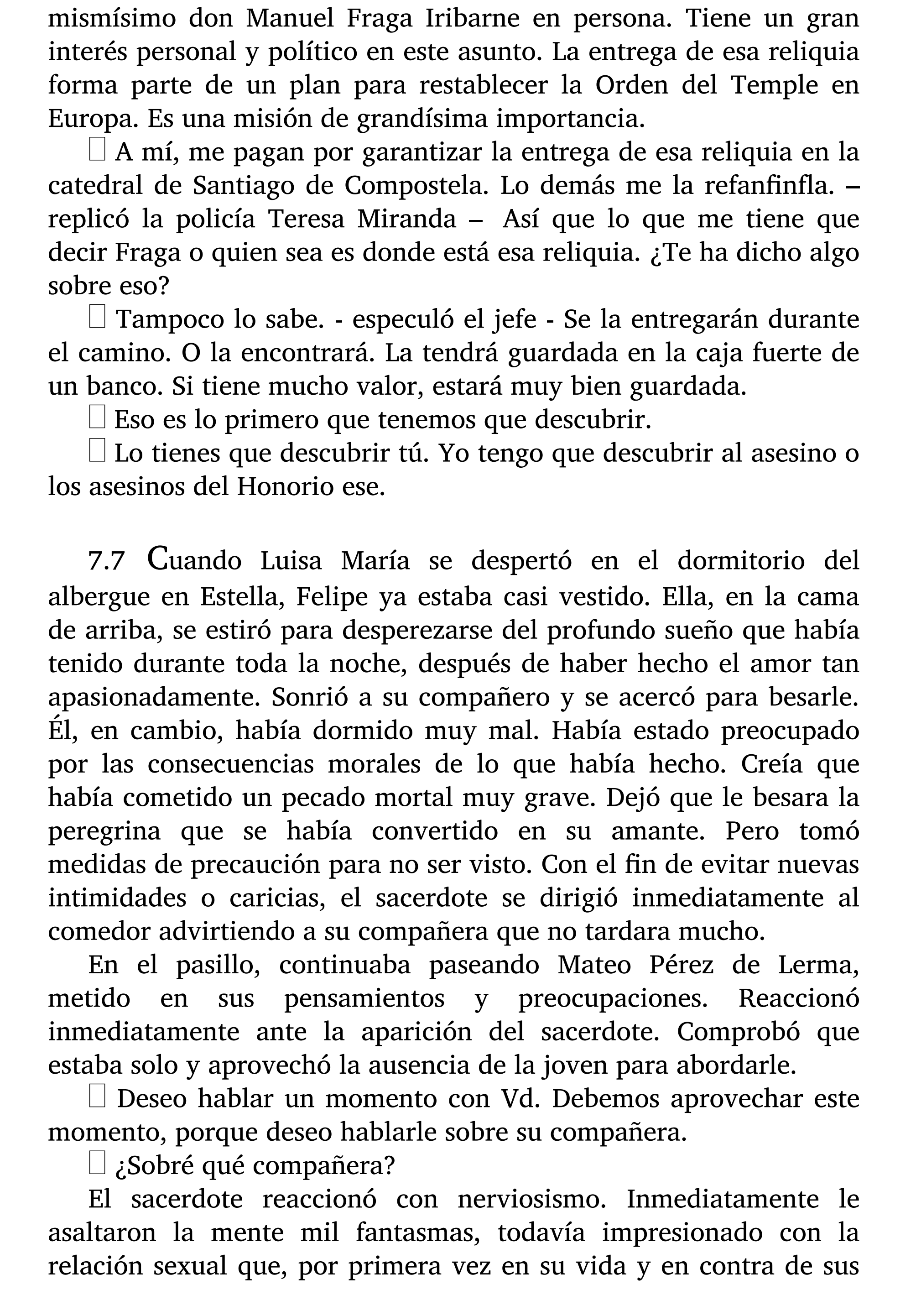
— Ya veo que no me puede ayudar. Perdóneme que la haya molestado.

— A Merceditas le gustaría comer más galletas de coco. ¿Nos las puede acercar, por favor?

Mateo, que ya se había levantado, se acercó a regañadientes a la fuente donde estaban esas galletas y cogió otro paquete. Cuando volvió a la mesa para entregárselo, Doña Mercedes intentó reanudar la conversación. Pero él se separó con amabilidad y volvió a pedir disculpas por haberse entrometido en su intimidad.

— Muchas gracias por el desayuno, señor .....

## 7.6 — ¡Fraga exige una solución de modo inmediato!



Pablo Allende se acercó a Teresa Miranda, cuando ésta se hallaba terminando de cerrar la mochila en el dormitorio del albergue de Estella.

– El que me esperaba ayer en el albergue de Roncesvalles era el mismísimo don Manuel Fraga Iribarne en persona. Tiene un gran interés personal y político en este asunto. La entrega de esa reliquia forma parte de un plan para restablecer la Orden del Temple en Europa. Es una misión de grandísima importancia.

– A mí, me pagan por garantizar la entrega de esa reliquia en la catedral de Santiago de Compostela. Lo demás me la refanfinfla. – replicó la policía Teresa Miranda – Así que lo que me tiene que decir Fraga o quien sea es donde está esa reliquia. ¿Te ha dicho algo sobre eso?

– Tampoco lo sabe. - especuló el jefe - Se la entregarán durante el camino. O la encontrará. La tendrá guardada en la caja fuerte de un banco. Si tiene mucho valor, estará muy bien guardada.

– Eso es lo primero que tenemos que descubrir.

– Lo tienes que descubrir tú. Yo tengo que descubrir al asesino o los asesinos del Honorio ese.

7.7 Cuando Luisa María se despertó en el dormitorio del albergue en Estella, Felipe ya estaba casi vestido. Ella, en la cama de arriba, se estiró para desperezarse del profundo sueño que había tenido durante toda la noche, después de haber hecho el amor tan apasionadamente. Sonrió a su compañero y se acercó para besarle. Él, en cambio, había dormido muy mal. Había estado preocupado por las consecuencias morales de lo que había hecho. Creía que había cometido un pecado mortal muy grave. Dejó que le besara la peregrina que se había convertido en su amante. Pero tomó medidas de precaución para no ser visto. Con el fin de evitar nuevas intimidades o caricias, el sacerdote se dirigió inmediatamente al comedor advirtiendo a su compañera que no tardara mucho.

En el pasillo, continuaba paseando Mateo Pérez de Lerma, metido en sus pensamientos y preocupaciones. Reaccionó inmediatamente ante la aparición del sacerdote. Comprobó que estaba solo y aprovechó la ausencia de la joven para abordarle.

– Deseo hablar un momento con Vd. Debemos aprovechar este momento, porque deseo hablarle sobre su compañera.

– ¿Sobré qué compañera?

El sacerdote reaccionó con nerviosismo. Inmediatamente le asaltaron la mente mil fantasmas, todavía impresionado con la relación sexual que, por primera vez en su vida y en contra de sus

compromisos sagrados, había mantenido esa noche.

□ Me refiero a la joven que le acompaña. Debemos hablar antes de que aparezca. No puede vernos juntos. – sugirió el misterioso peregrino con exagerados para esconderse - ¿Qué sabe de la reliquia que ella lleva?

□ ¡No sé de qué me está hablando!

□ Cualquier psicólogo hubiera sabido interpretar el nerviosismo con que volvió a reaccionar Felipe. Quedó absolutamente sorprendido de que alguien sacara el tema de la reliquia, que debía ser un absoluto secreto para todos.

□ Vd. está mucho tiempo con ella, tiene que saber que lleva una valiosa reliquia para entregarla en la catedral de Santiago.

□ Le aseguro que no sé absolutamente nada de ese tema. – mintió el sacerdote clandestino - Además, esa señorita está a punto de venir a desayunar. Si no quiere que le vea hablando conmigo, debemos dejar esta conversación.

□ Está bien. Sólo una cosa deseo decirle. Puedo pagar muy bien cualquier dato sobre esa reliquia. Necesito esa información con mucha urgencia.

□ No insista. Ya le he dicho que no sé nada sobre esa reliquia.

□ Si no lo sabe, lo puede descubrir. ¿En qué albergue van a parar esta tarde? Le aseguro que puedo pagar muy bien.

□ Nos quedaremos en Los Arcos. – informó el sacerdote que también ocultaba su identidad.

□ Procure enterarse de todo lo que pueda. Hay mucho dinero por medio. Nos veremos en el albergue de Los Arcos.

□ Mateo Pérez de Lerma se separó tratando de disimular. Felipe completó la preparación del desayuno y se sentó para esperar a Luisa María. Esta nueva preocupación aumentó su nerviosismo. Cuando la peregrina americana llegó, dejó la mochila junto a la mesa. Antes de sentarse, volvió a besar en la boca a su compañero. Este reaccionó de nuevo intentando que no lo viera nadie.

□ No podemos seguir comportándonos así. Estamos en el camino de Santiago. Nadie hace esas cosas. Por lo menos en público, no podemos comportarnos así.

□ ¿Qué pasa? – se enfrentó la joven - ¿No te ha gustado lo de esta noche?

□ El camino de Santiago es....

□ Contéstame. ¿Te ha gustado o no lo que hemos hecho esta noche?

□ Por supuesto. - tuvo que reconocer el oculto sacerdote - Me ha gustado, pero...

— Eso es lo que importa. Nos amamos. Mírame a los ojos.

— El sacerdote que ocultaba su identidad casi no había levantado la cabeza durante toda la conversación. Ella le cogió la mano y se la acarició, obligándole a mirarla.

— Si nos amamos, ¿por qué no nos vamos a besar? Seguro que al Apóstol Santiago no le parece mal.

— Es que vamos demasiado deprisa.

— En el amor, no hay prisas. – sentenció ella, a la vez que le besaba de nuevo en la boca.

7.8 — Estoy muy enfadada, pero que muy enfadada contigo.

Doña Mercedes había retrasado su salida para hablar con Teresa Miranda. Mientras la esperaba, su enfado fue aumentando. Se había indignado al saber por el peregrino que se hacía llamar Marcos Evangelista lo de la reliquia que llevaba la joven americana. Cuando vio que se acercaba la policía, se abalanzó sobre ella.

— ¡Me has mentido! – gritó la echadora de cartas - Me lo has ocultado. Yo, en cambio, te he dicho todo lo que sé por las cartas del tarot. No quiero saber ya nada de ti.

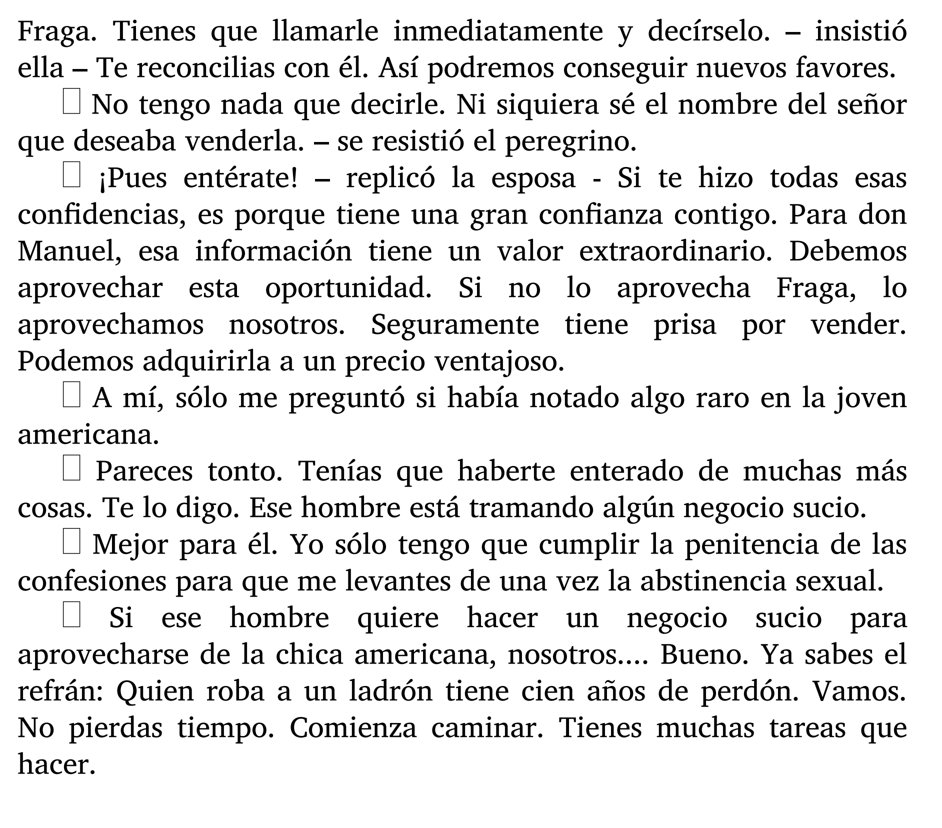
— Doña Mercedes, no sé a qué se refiere. – se defendió la policía.

— ¡No vuelvas a mentir! – gritó de nuevo – Me has ocultado lo que esa chica americana que tiene el Santo Grial de Santiago. Me he enterado yo por mi cuenta. ¡No vuelvas a dirigirme la palabra! Retiro el pacto que había hecho contigo para compartir la información. A partir de ahora, ni te conozco.

La echadora de cartas, con mucho más enfado, dio la espalda a la policía. Cogió de la mano a su hija y reinició el camino.

7.9 Andrés García de Nanclares, además de dormir solo, tuvo que madrugar. Su esposa se empeñó en poner el despertador a las seis de la mañana. Había leído en una guía de los peregrinos que ésa era la mejor hora para iniciar cada mañana la caminata. Tomaron un desayuno muy convencional en el mismo hostal y le ordenó iniciar el camino. La esposa no se separó de la puerta hasta que Andrés tomó el destino señalado por las flechas amarillas. Antes de despedirse, el esposo comentó una conversación que había mantenido en el camino sobre la valiosa reliquia que llevaba la joven peregrina americana. Sacó ese tema de conversación como recurso. Pero, por sorpresa, provocó una gran curiosidad en la esposa.

— Esa reliquia puede ser muy importante para don Manuel


Fraga. Tienes que llamarle inmediatamente y decírselo. – insistió ella – Te reconcilias con él. Así podremos conseguir nuevos favores.

— No tengo nada que decirle. Ni siquiera sé el nombre del señor que deseaba venderla. – se resistió el peregrino.

— ¡Pues entérate! – replicó la esposa - Si te hizo todas esas confidencias, es porque tiene una gran confianza contigo. Para don Manuel, esa información tiene un valor extraordinario. Debemos aprovechar esta oportunidad. Si no lo aprovecha Fraga, lo aprovechamos nosotros. Seguramente tiene prisa por vender. Podemos adquirirla a un precio ventajoso.

— A mí, sólo me preguntó si había notado algo raro en la joven americana.

— Pareces tonto. Tenías que haberte enterado de muchas más cosas. Te lo digo. Ese hombre está tramando algún negocio sucio.

— Mejor para él. Yo sólo tengo que cumplir la penitencia de las confesiones para que me levantes de una vez la abstinencia sexual.

— Si ese hombre quiere hacer un negocio sucio para aprovecharse de la chica americana, nosotros.... Bueno. Ya sabes el refrán: Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Vamos. No pierdas tiempo. Comienza caminar. Tienes muchas tareas que hacer.

7.10 Luisa María había tomado ya por costumbre leer las misivas de su antepasado a primera hora de la tarde. Era un momento de descanso muy propicio. Buscaba un lugar placentero y silencioso para que su imaginación viajara más fácilmente en el tiempo. Además, le dejaba libre para cenar sin ninguna prisa con su apuesto y deseado acompañante. De esa manera, podía preparar con más libertad la relación erótica y amorosa. Para leer la correspondiente a Los Arcos, salió del albergue y se sentó en la explanada de césped junto a la nueva casa de cultura regalada al pueblo por una aristócrata advenediza.

*'Recordada e respetada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega.*

*'Os envío aqueste nuevo mensaje, que face el número ocho, con el fin de que vuestro espíritu non se llene de inquietud por la falta de noticias mías. Pero necesariamente debo ser breve.*

*A pesar de estar todavía convaleciente de las heridas sufridas en Estella, he caminado hoy hasta la localidad de Los Arcos. Para cumplir la promesa hecha, he andado el trayecto por mi propio pie. He tenido que caminar despacio e haciendo paradas, pero agora me encuentro en la ermita de San Blas. Aquí he sido acogido por los monjes, quienes además de proporcionarme cama e comida han curado mis heridas con*

*ungüentos preparados por ellos mesmos que, desde el primer momento, me han proporcionado un gran alivio.*

*Nada puedo deciros acerca de las investigaciones sobre nuestros enemigos porque nada he podido todavía descubrir. El tiempo que he pasado en el hospital de Estella ha estado lleno de dolores e sufrimientos. La única ventaja que de ellos podemos esperar es que, habiéndoselos ofrecido a Nuestro Redentor, sean tenidos en cuenta a la hora de liberarnos del trágico destino que pende hasta agora sobre los miembros de nuestra familia.*

*Los monjes de aquesta ermita de san Blas llaman, en aqueste momento, a los rezos de la hora de vísperas. Considero mi obligación acompañarlos como agradecimiento a su generosa acogida.*

*Recibe, mi respetada esposa, el recuerdo de aqueste tu esposo, Juan de Lerma.*

7.11 Mateo Pérez de Lerma había aprovechado un momento en que Felipe estaba solo para hacerle llegar un papel en que le citaba a primera hora de la tarde en el claustro de Iglesia de Santa María en la localidad de Los Arcos. Había elegido ese sitio porque los visitantes no llegaban hasta él y habitualmente estaba en silencio. Además, tenía para él un gran valor al contar en sus relieves todas las imágenes y símbolos recogidos en el libro 'La divina comedia' de Dante Aligieri. Como era su costumbre, llegó con mucho tiempo de adelanto. Todavía estaba muy preocupado por el emplazamiento urgente que le había hecho su socio para la posible venta de la reliquia. Mientras esperaba, Mateo pudo contemplar con detalle la iglesia de Santa María de los Arcos, uno de los edificios más majestuosos del Camino de Santiago. Dentro del templo, se fijó especialmente en los grandes retablos, sobre todo en el central, donde está la extraordinaria imagen gótica de la Virgen de Los Arcos. En cuanto vio entrar al acompañante de la joven americana, ambos se dirigieron hacia el claustro. No les costó mucho encontrar un lugar apartado. Sólo había un visitante y éste prestaba toda su atención al análisis de las figuras de las arcadas.

— ¿Ha podido descubrir algo? -preguntó inmediatamente Mateo sin poder remediar su curiosidad.

— Ya le he dicho esta mañana que no sé absolutamente nada de ese tema de la reliquia.

— Tiene que preguntarlo. Escúcheme bien. Le gratificaré muy generosamente.

— Mire, señor Marcos Evangelista,...

— ¿Cómo sabe mi nombre?

Mateo se asustó al comprobar que su interlocutor tenía datos sobre él. Le agarró del brazo y le obligó a separarse todavía más del ensimismado investigador de cada uno de los detalles de las estatuas del claustro.

— Sé su nombre porque lo he preguntado en el registro del albergue. He accedido a verle aquí para decirle que estoy muy preocupado con Vd. y que tengo muchas dudas.

— ¿Dudas sobre mí?

— En primer lugar, estoy seguro de que ese nombre tan estrambótico de Marcos Evangelista es falso. Pero allá Vd. Una cosa le digo. No sé lo que busca. Pero no haga ningún daño a Luisa María.

— Yo no voy a hacer daño a nadie y menos a esa joven.

— No sabe ni mentir. Una cosa quiero saber. ¿Quién le manda?

— Mateo se distanció un poco de su interlocutor que le estaba avasallando con sus preguntas. Recuperó un poco el margen de actuación y tomó de nuevo la iniciativa.

— Vamos a ser francos. Los dos estamos mintiendo. ¿Es así? Yo no le digo lo que sé y Vd. también lo está ocultando. ¿Es así?

— Yo lo único que deseo es tener garantías de que a Luisa María no le va a pasar nada.

— Eso ya se lo he prometido.

— Entonces, no tengo más que hablar con Vd.

7.12 ‘Don Manuel Fraga, de modo confidencial y sin recurrir a los conductos reglamentarios, deseo decirle que en el partido político estamos preocupados por su descabellada aventura de restaurar en estos tiempos la medieval Orden del Temple. Creemos debe abandonarla porque puede redundar en un desprestigio para toda nuestra organización’.

La nota escrita a mano, se completaba con una firma ilegible, que podía corresponder al presidente. Fraga Iribarne la leyó con detención, mientras sus ojos se agradaban por el asombro. Al terminar, la rompió en muchos pedazos y los tiró a la papelera.

— ¡Paparruchadas! Esto demuestra la envidia que me tienen.

7.13 La anciana de pelo blanco vestida completamente de negro estuvo vigilando a Luisa María mientras leyó la carta de su antepasado en el jardín cercano al albergue de Los Arcos. Se mantuvo en silencio apoyada en una de las paredes de la moderna casa de cultura, desde donde no podía ser vista por la joven

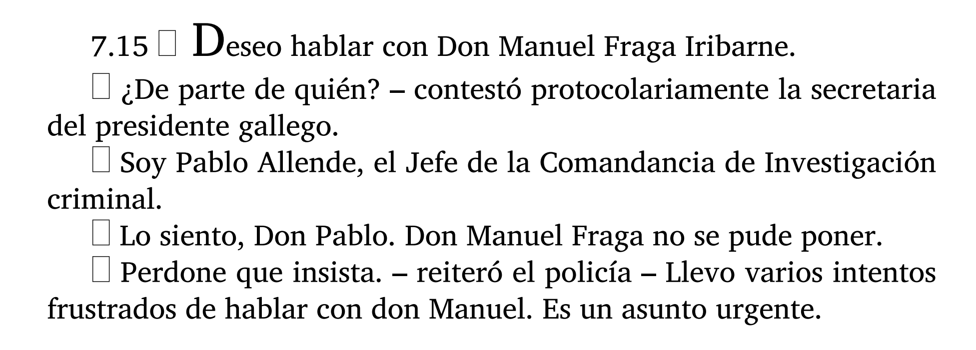
americana. En cuanto ésta terminó de leer el pergamino y comenzó a recogerlo, la anciana hizo un gesto al perro de ojos brillantes que estaba jadeando a su lado.

El perro salió corriendo hacia el lugar donde estaba Luisa María y comenzó a ladrarla con fuerza. Cada vez se acercaba más a ella, intentando llevarla hasta el fondo del césped. Sin embargo, la joven realizó un giro y se encaminó hacia el albergue para defenderse. En ese momento, se oyó un potente silbido. El animal levantó la cabeza hacia el lugar donde se encontraba la anciana, que le hizo otro gesto. Dejó de ladrar y se dirigió hacia el fondo del césped. Desapareció un momento. Inmediatamente, regresó trayendo en la boca un paquete envuelto en papel antiguo y mal conservado. Lo llevó hasta donde estaba la joven, que ya se había acercado a las mesas corridas próximas a la puerta del albergue. El perro de ojos brillantes dejó caer el paquete justo a los pies de la joven, quién de nuevo se asustó. Al volverse, el animal rozó intencionadamente con su cola la pierna de Luisa María y corrió hacia la casa de cultura, donde desapareció.

7.14 El sacerdote, nada más terminar su entrevista con Mateo Pérez de Lerma en el claustro de la iglesia de Santa María, envió un mensaje por el correo electrónico a través de su sofisticado teléfono móvil. Para abreviar el texto, utilizó una redacción propia de un telegrama.

‘Subdirector Secretaría Vaticana Patrimonio Artístico. Necesito identificación y rasgos físicos para localizar policía secreto contratado acompañante Camino Santiago caso entrega Santo Grial. Especialmente urgente. Felipe Manzanal.’

Deseaba conocer a ese policía, en cuya contratación había participado. También quería despejar las dudas sobre la relación con la agente latinoamericana, que había sido contratada por la familia.



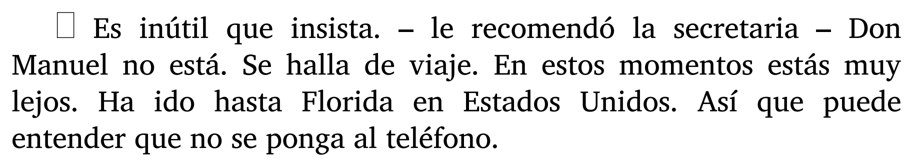
7.15 — Deseo hablar con Don Manuel Fraga Iribarne.

— ¿De parte de quién? – contestó protocolariamente la secretaria del presidente gallego.

— Soy Pablo Allende, el Jefe de la Comandancia de Investigación criminal.

— Lo siento, Don Pablo. Don Manuel Fraga no se pude poner.

— Perdone que insista. – reiteró el policía – Llevo varios intentos frustrados de hablar con don Manuel. Es un asunto urgente.



— Es inútil que insista. – le recomendó la secretaria – Don Manuel no está. Se halla de viaje. En estos momentos estás muy lejos. Ha ido hasta Florida en Estados Unidos. Así que puede entender que no se ponga al teléfono.

Pablo Allende comprendió al instante que se trataba de un viaje relacionado con su mimado proyecto de restaurar la Orden del Temple. Era una muestra más de la importancia que el veterano político daba a ese intento de coronar su actividad pública con un acontecimiento muy destacado. Quiso saber más datos con discreción.

— ¿Cuándo tiene previsto regresar?

— No lo sé con exactitud. Éste es un viaje privado. Por lo tanto, las fechas son flexibles. – informó confidencialmente al policía a quien ya conocía por otras conversaciones con el presidente – Regresará cuando realice las gestiones que desea hacer.

— Muchas gracias, señorita. Volveré a llamar dentro de unos días.

El jefe de la investigación criminal trató de ser amable con la secretaria. Podía resultar, como en esa ocasión, una importante fuente de información. El dato de que Fraga había viajado a Florida, en Estados Unidos, era importante para vislumbrar la envergadura de sus planes.

7.16 Luisa María se quedó paralizada tras la desaparición del perro de los ojos brillantes. Ni siquiera se atrevió a tocar el paquete dejado a sus pies. Miró hacia la casa de cultura por donde había desaparecido el animal. No vio a nadie. Miró también hacia la puerta del albergue. Tampoco había nadie. Todas las mesas estaban vacías.

Se decidió a tocar el paquete con el pie. No hubo ningún ruido o movimiento. Comprobó que el papel que lo envolvía, además de ser viejo, tenía mucho polvo. Estaba atado con una cuerda también vieja. Por fin, se agachó y lo cogió. Lo colocó encima de la mesa más cercana. Lo observó durante un rato sin atreverse a hacer nada. Salieron tres peregrinos del albergue. La joven se vio obligada a simular que estaba en una situación normal y comenzó a abrir el paquete. Los nudos estaban muy prietos y le costó deshacerlos. Separó los papeles exteriores. Encontró otro envoltorio algo más limpio. Había algo escrito. Luisa María lo miró con atención. “Cartas de Juan de Lerma a su ‘otra’ familia”. Se fijó en la palabra ‘otra’ que estaba claramente entrecomillada. La primera de las cartas estaba fechada en la próxima localidad de Torres del Río,

también en el camino de Santiago. Casi temblando, recogió el paquete, también las cuerdas, y corrió hasta el dormitorio del albergue para esconderlo en la mochila. Su compañero estaba leyendo acostado en la litera. La recibió con una sonrisa y se levantó para recibirla. Ella continuaba impresionada por el hallazgo de las nuevas cartas. Dominada por los nervios, se abrazó a su compañero. Él buscó la boca de la joven para besarla. Pero Luisa María la retiró.

—Lo que ahora necesito es apoyo y protección.

# 8.- TORRES DEL RÍO

**(Martes. 21. Septiembre. 1999)**

8.1 Luisa María madrugó esa mañana de martes más de lo habitual. Se preparó con rapidez. No se despidió de su compañero. Cogió la mochila. Palpó el lugar donde había escondido el nuevo paquete de cartas de su antepasado, La indicación de que habían sido dirigidas a la 'otra' familia le llenaba todavía más de curiosidad. No tuvo la paciencia de ir andando hasta la localidad de Torres del Río. Fue a la carretera a hizo autostop. La distancia era corta. Llegó en poco tiempo. Buscó un banco de piedra al lado de la espectacular iglesia octogonal existente en la localidad. Era también templaria y estaba dedicada al Santo Sepulcro. Dio una vuelta para ver todos sus contornos y se quedó contemplándola desde la fachada.

— Me recuerda a la de Santa María de Eunate. Estos templarios hacían todo al revés de los demás.

Se acomodó en el banco de piedra. Se quitó la mochila. Sacó el nuevo paquete de cartas. Lo desenvolvió. Tras el papel donde estaba escrita la nota, aparecían ya los distintos pergaminos. Eran muy similares a los que ella tenía y leía. También tenían las indicaciones de dónde habían sido escritos. Separó el primero de los pergaminos. Lo comprobó.

— Efectivamente ¡Está fechado aquí, en Torres del río!

Inmediatamente, se dispuso a leerlo como hacía con los que le había entregado su padre. Antes guardó los otros en la mochila por precaución. Cambió de postura. Se colocó mirando a la puerta de la iglesia octogonal.

*' Mi muy querida María.*

*Te escribo, mientras veo por la ventana de mi aposento la bella estampa de la iglesia templaria del Santo Sepulcro en esta pequeña pero acogedora localidad de Torres del Río. Antes, ya me he postrado frente a su altar mayor, ya que estoy seguro de que Nuestro Redentor nos escuchará mejor aquí, en aqueste templo que debemos considerar nuestro por la vinculación con el compromiso que nuestra familia tiene en la renovación de la Santa Orden del Temple.*

*Lo primero que deseo decirte es que ver a nuestro fijo ha sido una de*

*las alegrías más grandes de toda mi vida. ¡Cuánto tiempo sin veros e sin saber nada de vosotros!*

*Tanta alegría como ver a nuestro fijo Juan, hecho ya un home, me ha producido saber que tú estás bien e que, después de muchos trabajos para salir adelante, has logrado obtener el respeto de los que conviven contigo e de la población general de Castro de Urdiales, donde vives.*

*¡Cuántas emociones a la vez se han removido en mi corazón! Me considero indigno de decirte que sigues siendo el gran amor de mi vida, aunque no esté bendecido por la Iglesia. Sigo pensando que fui un cobarde al dejarte por las presiones de mi padre para casarme con la 'muy ilustre dama' Urraca de Pampliega con el fin de consolidar el rango e también el dinero de la nuestra familia. Puedo asegurarte, aunque sólo sea para descargo de mi conciencia, que nunca he querido a nadie como te he querido a ti.*

*Tú, en cambio, me diste e me sigues dando un ejemplo de valentía e de dignidad. Ya me la diste cuando non quisiste recibir ninguna ayuda mía ni de mi familia. Me la volviste a dar cuando cogiste a nuestro fijo en tus brazos e fuiste a casa de tus padres. También ellos tuvieron un gran valor al recibirte con los brazos abiertos e con todo el corazón, a pesar de las injurias que te hacían otros muchos por tener un fijo sin estar casada.*

*Agora sé que tu valentía e tu nobleza de ánimo han continuado, ya que, una vez muertos tus padres, tú sola has sabido mantener la hidalguía de tu casa paterna, has educado a nuestro fijo e le has convertido en un señor digno de todo amor e respeto, que ha heredado todas tus cualidades e non tiene ningún rasgo de mi ya lejana cobardía.*

*Sabes que, cuando nació nuestro fijo, yo deseaba darle mis apellidos a pesar de non ser un vástago legítimo e que sólo la expresa prohibición de mi padre lo impidió. Soy consciente de que agora puede ser hasta afrentoso proponértelo. Sé, además, que él lleva con mucha satisfacción el nombre de Juan Pérez de Castrogeriz. Juan, como yo. Lope porque es el apellido de tu familia, e Castrogeriz por ser el lugar donde nos amamos e donde él nació. Pero, si tú lo deseas, para mí sería un honor que aqueste fijo nuestro lleve también e solo mi apellido en primer lugar, como signo de legitimidad. En tus manos e también en tu recto juicio, lo dejo.*

*Paso agora a tratar sobre el gravísimo suceso que motivó la llegada de nuestro fijo hasta el lugar donde me encuentro en aquesta peregrinación hacia la tumba del Apóstol Santiago. ¡Nunca hubiera podido pensar que mi esposa Urraca de Pampliega e su primo Alfonso García pudieran cometer un crimen tan horrendo! Sabía que su ambición era muy grande. Pero non sospechaba que lo fuera hasta unos*

*límites semejantes.*

*Nunca podría haber pensado que ellos mesmos hubieran matado a mi fiel servidor Teodoro. Me imagino su heroica muerte al negarse a traicionarme. Me imagino también la mano traidora del primo de mi esposa haciendo de verdugo asesino.*

*Te prometo, por el gran amor que te profeso, que esa muerte non quedará impune. Será castigada con rigor e con justicia, como también será castigada la doblez e la mentira con la que me tratan, haciéndome ver que son ellos los que me defienden de mis enemigos.*

*Tengo mi propia reflexión sobre los auténticos motivos que persiguen con aqueste crimen e aquestos engaños. Pero habrá tiempo de descubrirlos e confirmarlos con toda seguridad antes de obrar en consecuencia.*

*De momento, lo más importante es asegurar tu vida e tu convivencia. Aunque yo nunca he hablado con ellos sobre tu existencia e la de nuestro fijo, es preciso suponer que pueden estar al corriente e hayan hecho malintencionadas indagaciones.*

*Aunque nuestro fijo Juan se ha mostrado decidido a llevar a cabo la venganza con su propia espada, yo le he convencido para que calme el ánimo e también espere a que yo termine aqueste Camino de Santiago que tan importante es para mi propio destino e para el destino de mi auténtica familia, que agora sois exclusivamente vosotros dos.*

*Yo continuaré enviando cartas a mi todavía esposa doña Urraca a través de su primo Alfonso, simulando que non sé nada. Aquesto hará que estén confiados en su engaño e nos permitirá ir investigando la verdad, así como elaborar los planes de futuro. También te enviaré a ti, a través de nuestro fijo, los mensajes auténticos. He tratado de convencer a Juan para que non sea él quien haga de mensajero, con la intención de evitarle el peligro que corre, pero ha sido imposible apartarle de su intención.*

*Mi querida María, el gran amor de mi vida, te pido perdón por todos los sufrimientos que te he causado e te agradezco mucho que, en aquestos momentos tan duros, estés junto a mí. Yo te prometo que, en cuanto termine aqueste Camino de Santiago, non nos separaremos nunca.*

*Se despide de ti, tu indigno servidor y tu amante esposo de corazón, aunque nuestra unión non esté aún bendecida. Juan Lerma.*

Luisa María estuvo tan ensimismada al leer la nueva misiva de su antepasado que no se enteró de nada de lo que sucedió a su alrededor. La sorpresa por descubrir nuevos antepasados fue tan grande que la leyó de nuevo. Tras la segunda lectura, se quedó meditando. Sintió un gran afecto por esa nueva familia suya del

pasado que acababa de descubrir.

Se dio cuenta de que un pequeño grupo de de peregrinos se han reunido junto a la puerta de la iglesia. Vio cómo una señora de mediana edad, habitante del pequeño pueblo como indicaba su aspecto, se acercaba con una llave grande. Comprendió que era una oportunidad para visitar por dentro esa joya arquitectónica. Recogió con rapidez la mochila y se unió al grupo.

8.2 Cuando Andrés llegó a la explanada empedrada frente a la fachada principal de la Iglesia de Santa María, todavía en Los Arcos, se encontró con Mateo Pérez de Lerma que salía del templo. Como no conocía ni su auténtico nombre ni el pseudónimo que utilizaba en el camino, tuvo que acercarse para hablar con él.

□ ¡Oiga! He estado pensando en lo que me dijo ayer.

□ ¿Ha descubierto algo? – indagó non interés el peregrino misterioso.

□ No he descubierto nada todavía. Pero me gustaría ayudarle. Eso de las reliquias históricas es algo muy atractivo. Pero...– dudó Andrés.

□ ¡Es mejor que lo olvide!

□ El tono de Mateo Pérez de Lerma fue especialmente brusco. Andrés quedó desconcertado y prefirió no insistir, sobre todo cuando su interlocutor aceleró el paso para alejarse. Se quedó con un ambiguo sabor de boca. Le disgustó no haber avanzado en un asunto que podía ayudar a su amigo y correligionario Manuel Fraga. Pero también sentía satisfacción por librarse de un asunto que no veía claro.

8.3 **E**l sacerdote oculto, cuando llegó caminando a Torres del río, estaba nervioso. Los miembros de su Secretaría Vaticana estaban tardando mucho en proporcionarle los datos solicitados sobre el policía secreto que se encargaba de garantizar el proceso de entrega del San Grial de Santiago en la catedral compostelana.

□ Tampoco hace falta ser tan listo ni disponer de ninguna documentación secreta., - se dijo el sacerdote a sí mismo para justificar su nerviosismo.- A ese policía le hemos contratado nosotros y tenemos que tener sus datos. A ver si despejo, de una vez, las dudas sobre esta mujer latina.

Durante todo el trayecto, cada poco tiempo miraba su teléfono móvil para comprobar que efectivamente lo tenía encendido y había la suficiente cobertura. Así, en cuanto sonó el pitido de recepción de mensajes, lo abrió sin pérdida de tiempo. Estaba él también frente a

la iglesia templaria del Santo sepulcro.

‘Secretaría Vaticana Patrimonio Artístico. Para subdirector Sr. Don Felipe Manzanal. El policía secreto contratado para misión entrega Santo Grial de Santiago es una mujer. Nombre Teresa Miranda. Nacionalidad norteamericana, pero de origen mexicano. El contrato está hecho en unión del propietario de la reliquia, señor Juan Jacobo de Lerma. Ruego conformación haber recibido este mensaje.’

‘¡Es ella!’ pensó con inquietud y satisfacción a la vez. Cuando quiso visitar la iglesia templaria dedicada al santo Sepulcro, ya no pudo. Estaba cerrada.

8.4 La policía Teresa Miranda tuvo un especial interés en encontrar a Doña Mercedes en el trayecto desde Los Arcos hasta Torres del río. Había quedado impresionada por su enfado y la amenaza de romper el acuerdo para compartir información. Caminó con rapidez pensando que había salido antes. No la encontró. Se quedó esperando frente a la puerta de la Iglesia del Santo Sepulcro. Tuvo que tener bastante paciencia. Pero al final lo consiguió. Vio acercarse a la madre y a la hija. En su aspecto, se manifestaba el cansancio y la sed. Ella preparó una amable sonrisa para lograr la reconciliación.

□ ¡Hola, doña Mercedes! – dijo sonriente – Me alegro de verlas.

□ ¡Venimos derrengadas!

Teresa Miranda consideró un buen signo que la echadora de cartas no hiciera alusión a su enfado en las primeras palabras. Eso la animó para acercarse todavía más y ayudarlas a descargar las mochilas. Las acompañó hasta la fuente cercana.

□ ¡Pido disculpas por haberla hecho enfadar! – reclamó con humildad manifiesta.

□ Es imperdonable lo que has hecho conmigo. – recriminó la señora.

□ Lo siento de verdad. En realidad, no tengo ninguna información. No tengo ni idea sobre dónde está la reliquia, ni cómo es, ni quién la tiene, ni cómo la va a entregar en la catedral.

□ Tenías que haberme dicho eso. También tenías que haberme dicho quién es la chica. Me he tenido que enterar por mí misma. Hasta que tú no me des alguna información, yo no te diré nada. Ése es el nuevo trato. He vuelto a echar las cartas. Pero yo no puedo ir dándote mis resultados sin que tú me aportes algo tuyo.

Doña Mercedes contempló la cara de súplica de la policía. La pareció que era sincera. No se pudo resistir.

□ ¡He vuelto a ver sangre! Voy a ser sincera contigo. No sé si es una sangre nueva o si es la misma de antes. Si es la de antes, significaría que no se ha resuelto todavía el caso.

□ Eso es cierto. Todavía no sabemos nada sobre el asesinato del albergue de Roncesvalles. – se apresuró a decir Teresa Miranda.

□ Puede ser esa la interpretación. Pero tampoco hay que descartar que sea una sangre nueva.

8.5 Casi a la misma hora y también frente a la puerta del centro de ayuda al peregrino ‘Pata de Oca’, aparcó con precipitación un taxi. De él, salió Juana Grijalva, la esposa de Andrés García de Nanclares. Se había cambiado el modelo de vestido y zapatos, pero iba igualmente elegante. A pesar de la dificultad provocada por sus también elevados tacones, se precipitó corriendo hacia el local.

□ ¿Ha estado aquí mi marido? Se llama Andrés García de Nanclares.

□ No sé. Mire en las mesas. – propuso una de las voluntarias.

La esposa entró corriendo como si tuviera una especialísima urgencia en encontrar lo que buscaba. Recorrió el establecimiento. No vio a su marido. Volvió a dirigirse a la voluntaria. Preguntó si tenían albergue y dormitorio.

□ Señora, el albergue está ya cerrado. Hasta las doce no volvemos a abrir.

Justo en ese momento, entró por la puerta del local el peregrino buscado. Llegaba quitándose la mochila y con signo de cansancio.

□ ¡Juana! ¿Qué haces aquí otra vez?

□ ¡Menos mal que te encuentro!

□ ¿Ha pasado algo grave? – se interesó Andrés sin demostrar mucha alarma.

□ Vamos a una mesa tranquila. Podemos aprovechar para desayunar aquí con tranquilidad.

□ La esposa arrastró a Andrés unos pasos. En seguida, se dio cuenta de que podían hablar sin dificultad. Ya no quedaba nadie a su alrededor.

□ ¡Andrés, escúchame bien! ¿Te has enterado de algo más de esa reliquia?

□ ¿Juana, has montado todo este lío para saber si tengo más detalles sobre esa reliquia?

□ ¡Es muy importante, Andrés! ¿Has hablado con el peregrino que te ofreció el trato? He vuelto a hablar con Don Manuel Fraga. Él me ha dicho que está muy interesado.

□ Estáis los dos obsesionados. A ver. ¿Por qué está tan

interesado?

— No tengo por qué darte más explicaciones. Simplemente te añado que tú y yo podemos hacer un buen negocio, a parte de los intereses más elevados de don Manuel. ¿Te has enterado de más detalles sobre la reliquia o no?

— He vuelto a hablar con el peregrino misterioso. Pero ha retirado su trato.

— ¿Lo ves? – se enfadó la esposa – ¡Tú has tenido la culpa! Nos has hecho perder un buen negocio. ¡A ver cómo se lo explicas a Don Manuel!

— ¿Yo? – se extrañó Andrés García de Nanclares – ¿Por qué no se lo preguntas tu misma al peregrino misterioso? Yo te lo presento y tú se lo preguntas.

— Para que salga el plan, a mí no tiene que conocerme ese hombre. – propuso la esposa – Yo ya tengo el plan preparado. Te lo explicaré en su momento. Tú, ahora, entérate de todo sobre la oferta de ese señor. ¿Me has oído bien? ¡De todo! Mañana a esta misma hora, iré al albergue de Navarrete.

— Me voy a quedar en Logroño. – afirmó el peregrino.

— Te confiesas en Navarrete. ¡Y no se habla más! Te voy a dar más tiempo. No iré al mediodía, sino por la tarde. Para entonces, te has tenido que enterar de todo. Me voy. Me está esperando el taxi y me va a costar un dineral.

Retorciéndose de nuevo el tobillo a causa de los tacones altos, Juana Grijalva corrió hacia el taxi. Desde dentro, sin bajar la ventanilla, hizo un gesto de despedida a su marido, mientras el coche salía con la misma velocidad con la que llegó. Viéndola partir, a Andrés le entró de nuevo el deseo. Pero no se atrevió a solicitar de nuevo el perdón.

8.6 — Eres Teresa Miranda. ¿Verdad? – preguntó Felipe Manzanal, el sacerdote que ocultaba su identidad.

La policía se encontraba en la localidad de Viana, sentada en la plaza, de espaldas a la puerta de la iglesia de Santa María. Estaba leyendo un folleto turístico. Se refería a César Borgia, hijo de papa Alejandro VI, conocido como príncipe de Viana y cuyos restos reposan en dicha iglesia. Teresa Miranda se sorprendió al oír su nombre y se volvió. Al ver que era el atractivo sacerdote motivo de sus fantasías eróticas, improvisó una sonrisa a la vez que se puso algo nerviosa por su proximidad. Después de haber intentado ella acortar las distancias sin ningún éxito, era él quien la abordaba.

— ¡Ah! ¡Eres tú! Dime. ¿No quieres sentarte a mi lado para

compartir estas frutas?

— Muchas gracias. Sólo deseo hablar contigo. reservadamente. Espero a que termines de comer. Estaré detrás de la iglesia para más discreción.

— ¡Voy contigo! – se apresuró la policía.

La seriedad con la que se conducía el sacerdote la desconcertó. Tuvo el presentimiento de que algo grave pasaba. Se levantó inmediatamente y le siguió. Fueron los dos sin hablar hasta que se alejaron del resto de los peregrinos. Teresa Miranda vio de reojo a su compañero Pablo Allende que estaba observándolos, pero no le hizo ningún gesto.

— He comprobado que eres la policía encargada de garantizar la entrega de una obra de arte en la catedral de Santiago de Compostela.

— Te dije hace días que me ha contratado en Florida la familia de Lerma.

— Me he enterado ahora de que estás contratada también por el Vaticano. Yo pertenezco a la Secretaría Vaticana de Patrimonio Artístico que te ha contratado.

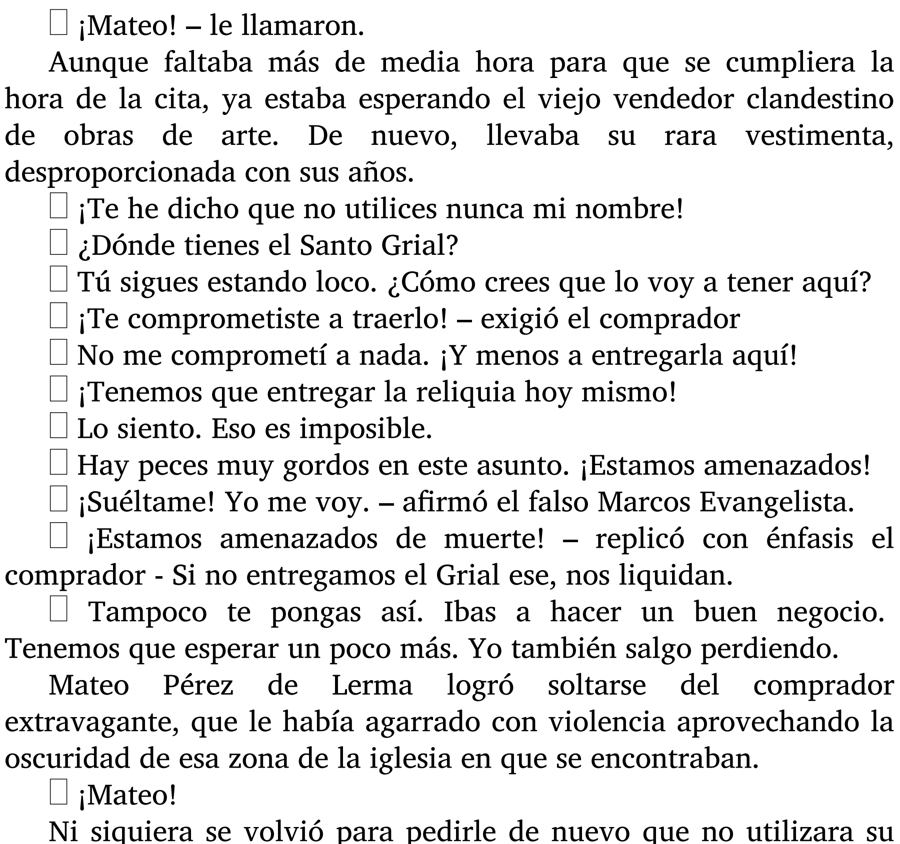
Teresa Miranda le miró con detención. No le gustó el tono de autosuficiencia empleado por el funcionario vaticano. Hizo un esfuerzo para que no se notaran sus dudas y sus nervios. Decidió mantener la misma actitud que él. Tosió un poco para aclarar su voz con el fin de que lo que iba a decir le saliera con un tono de firmeza.

— Yo no tengo la culpa de que no lo supiera. Las gestiones las realicé en Florida directamente con el señor Juan Jacobo de Lerma. Ahora debo continuar mi trabajo de vigilancia. Para eso me pagan. También su departamento vaticano.

La policía siguió manteniendo un momento su mirada en los ojos marrones del apuesto sacerdote. Después, se volvió y caminó con seguridad. Estiró la espalda, pensando que la estaban mirando.

8.7 Mateo Pérez de Lerma llegó precipitadamente a Viana. Caminó sin parar hasta la iglesia de Santa María. No tuvo dificultad en encontrarla. Las flechas amarillas del Camino de Santiago llegaban hasta ella. Miró al reloj. Como llegaba antes de tiempo, se entretuvo en beber agua en la fuente de la cercana Plaza de los Fueros. Ya había algunos jubilados sentados en los bancos tomando el sol. Cuando entró en el templo, el peregrino misterioso se dirigió directamente a la escalera del coro. No se fijó ni en la gigantesca fachada renacentista, ni en la tumba de César Borgia, ni en la torre

herreriana, ni en el barroco retablo mayor, ni en la girola. Sus preocupaciones no le dejaban prestar atención a los elementos artísticos.



¡Mateo! – le llamaron.

Aunque faltaba más de media hora para que se cumpliera la hora de la cita, ya estaba esperando el viejo vendedor clandestino de obras de arte. De nuevo, llevaba su rara vestimenta, desproporcionada con sus años.

¡Te he dicho que no utilices nunca mi nombre!

¿Dónde tienes el Santo Grial?

Tú sigues estando loco. ¿Cómo crees que lo voy a tener aquí?

¡Te comprometiste a traerlo! – exigió el comprador

No me comprometí a nada. ¡Y menos a entregarla aquí!

¡Tenemos que entregar la reliquia hoy mismo!

Lo siento. Eso es imposible.

Hay peces muy gordos en este asunto. ¡Estamos amenazados!

¡Suéltame! Yo me voy. – afirmó el falso Marcos Evangelista.

¡Estamos amenazados de muerte! – replicó con énfasis el comprador - Si no entregamos el Grial ese, nos liquidan.

Tampoco te pongas así. Ibas a hacer un buen negocio. Tenemos que esperar un poco más. Yo también salgo perdiendo.

Mateo Pérez de Lerma logró soltarse del comprador extravagante, que le había agarrado con violencia aprovechando la oscuridad de esa zona de la iglesia en que se encontraban.

¡Mateo!

Ni siquiera se volvió para pedirle de nuevo que no utilizara su verdadero nombre. Se dirigió directamente hacia la puerta. Tampoco esta vez se fijó en ninguno de los elementos artísticos de la iglesia con dimensiones de catedral. Una vez en la plaza, volvió a beber otro trago de agua en la fuente y caminó sin detenerse siguiendo las flechas amarillas.

8.8 ‘Pablo, te envío este mensaje para que lo tengas en cuenta por si acaso. He hablado otra vez con la echadora de cartas que había previsto con anterioridad el asesinato del albergue de Roncesvalles. Me ha dicho que ha visto de nuevo sangre en la predicción de las cartas. Ella piensa que puede haber dos explicaciones. Quizá se refiera a que el caso de la muerte de Roncesvalles no está aclarado. También puede ser el anuncio de un nuevo crimen. Yo soy escéptica en esto de las cartas. Te lo comento para que lo sepas y, en caso de que suceda algo, no me digas que te oculto datos’.

Ese fue el mensaje que envió Teresa Miranda al jefe de la investigación criminal Pablo Allende.

8.9 — Don Juan Jacobo de Lerma, - anunció Manuel Fraga Iribarne pretendiendo dar a sus palabras un tono solemne – yo le garantizo que esta restauración de la Orden del Temple va a significar una renovación total en el mundo. Primero, dedicaré mi atención a Europa. Allí la cultura y la civilización occidental tienen más tradición. Después, nos trasladaremos al nuevo mundo. Tiene que recuperar la salud, amigo. Debe ser uno de los pilares más firmes para llevar a cabo esta labor trascendental. Por algo, su familia ha sido la depositaria del Santo Grial de Santiago que ahora va a ser depositado en la catedral de Santiago de Compostela.

El anciano presidente de Galicia, en España, se había trasladado a Estados Unidos, sobre todo, para entrevistarse con Juan Jacobo de Lerma, el padre de la peregrina Luisa María. Deseaba tratar con él varios asuntos importantes. El que más le interesaba era consolidar los primeros pasos dados con anterioridad para extender la Orden del Temple a personalidades decisivas de la sociedad y la política norteamericana. Ya en anteriores encuentros, había tratado este tema con el señor De Lerma. Se habían conocido porque el adinerado empresario de origen venezolano se había puesto en contacto con él, hacía más o menos un año, cuando estaba preparando la actual peregrinación de su hija. Deseaba pedirle ayuda y protección Luisa María en esta misión de entregar el Santo Grial en la catedral. El presente encuentro se estaba celebrando en las habitaciones privadas de la mansión de los De Lerma en las afueras de la ciudad de Florida, donde Juan Jacobo estaba recluido a causa de su progresiva enfermedad.

— Don Manuel, - dijo el enfermo – yo estoy preocupado por las amenazas que recibimos de la Mafia Latina de Florida. No tienen ningún tipo de escrúpulos para conseguir sus bastardos objetivos.

— Si es necesario, - ofreció el anciano político - puedo enviar refuerzos policiales desde Galicia. ¡Hay que conseguir, por todos los medios, que el santo Grial llegue hasta la catedral de Santiago de Compostela! Este proyecto es de tal trascendencia que justifica el empleo del dinero necesario para garantizar que llegue a su fin.

— No se trata de dinero. Mi temor se ciñe, sobre todo, a la seguridad de mi hija Luisa María.

— Eso no debe preocuparle. Yo he ordenado que se desplieguen las medidas necesarias de protección y vigilancia sobre su hija. Me voy a encargar personalmente de que esas medidas sean todavía

mayores.

□ ¡Se lo agradezco infinitamente! – aseguró el enfermo mientras hacía un esfuerzo para incorporarse en la cama.

□ No tiene que agradecerme nada, don Juan Jacobo. Su nombre y el mío figurarán entre los impulsores de la renovación de la cultura y la tradición occidental. Lo que debe ir haciendo ya es reunir a un grupo de personas importantes y poderosas de Estados Unidos para que se integren en la nueva Orden del Temple. Personas con ideas como las nuestras. Estoy pensando por ejemplo en la familia Bush.

□ En la medida de mis fuerzas, ya estoy influyendo en los miembros más destacados de esa familia para que se integren es su proyecto.

□ Para 'nuestro' proyecto. – puntualizó Fraga – Es un proyecto internacional, mundial.

Antes de despedirse, Manuel Fraga Iribarne quiso dar un abrazo a su colaborador. Su torpeza de movimientos hizo que casi se cayera sobre él. Gracias a la intervención del joven James John de Lerma, que había asistido a la reunión, se pudo evitar el percance.

8.10 Luisa María llegó con cierto retraso a la localidad de Viana, en el límite entre Navarra y la Rioja. Había caminado con rapidez. Estaba sorprendida de que sus pies se hubieran acomodado tan pronto a andar tantos kilómetros y que no le volvieran a salir ampollas. Había notado que la mochila pesaba algo más por el bloque de cartas que tan misteriosamente había recibido en Los Arcos. Se dirigió directamente al albergue. Allí la estaba esperando su compañero. En el saludo no hubo ningún punto de censura por la tardanza. Le indicó la litera que había reservado. Estaba un poco retirada para poder realizar sus juegos eróticos por la noche. A ella le gustó ese detalle. No dijo nada pero lo agradeció con una sonrisa y un beso.

Tras ducharse y hacer la colada de la ropa usada en la caminata, decidió leer la carta de su antepasado fechada en esa localidad. Se lo comentó a su compañero para que planificara el resto de la jornada. Cogió el pergamino de la mochila y buscó un lugar tranquilo para la lectura.

*'Mi respetada e muy bien recordada esposa, Doña Urraca de Pampliega.*

*Os escribo desde una dependencia eclesiástica que me ha prestado, en su sacristía, el párroco de la iglesia de Santa María en la noble ciudad de Viana. Antes de comenzar la escritura, me he detenido para*

*poder orar en aquesta iglesia. Además, en cuanto os envíe aquesta carta con vuestro siempre atento e fiel primo Alfonso García de Pampliega, voy a tomar un refrigerio en unión del susodicho párroco y de los monjes que aquí quedan e que se mantienen fieles en el espíritu de penitencia y santidad.*

*Alfonso me ha dicho que, a pesar de las muchas diligencias que habéis puesto, non hay ningún progreso en el descubrimiento de los salvajes agresores que me asaltaron en mi llegada a Estella. Yo tampoco he descubierto datos definitivos sobre su identificación, aunque tengo un gran interés en conocer quiénes han deseado quitarme la vida de esa manera tan villana e cobarde.*

*Sé también que andáis preocupada por la seguridad del Santo Grial de Santiago que debo entregar en la tumba del Apóstol. Non debéis tener ningún temor. Yo, e sólo yo, sé donde está. Tal secreto es la garantía de mi supervivencia ante mis enemigos. Nadie podrá terminar con mi vida por que, sin mí, non podrán conocer dónde se halla.*

*Con el fin de non facer esperar más a vuestro primo Alfonso, termino aquí aquesta nueva misiva que es la novena desde que comencé el camino hacia la tumba del Apóstol.*

*Vos, recibid el saludo de vuestro esposo. Juan de Lerma.*

— Es buena táctica para engañar a su esposa y a su primo, -se dijo a sí misma Luisa María, como si necesitara rectificar lo que tanto le había impactado en la lectura de la primera carta dirigida a la ‘otra’ familia – Las cartas que ahora dirige a su familia legítima son más cortas. Se nota que los ama menos.

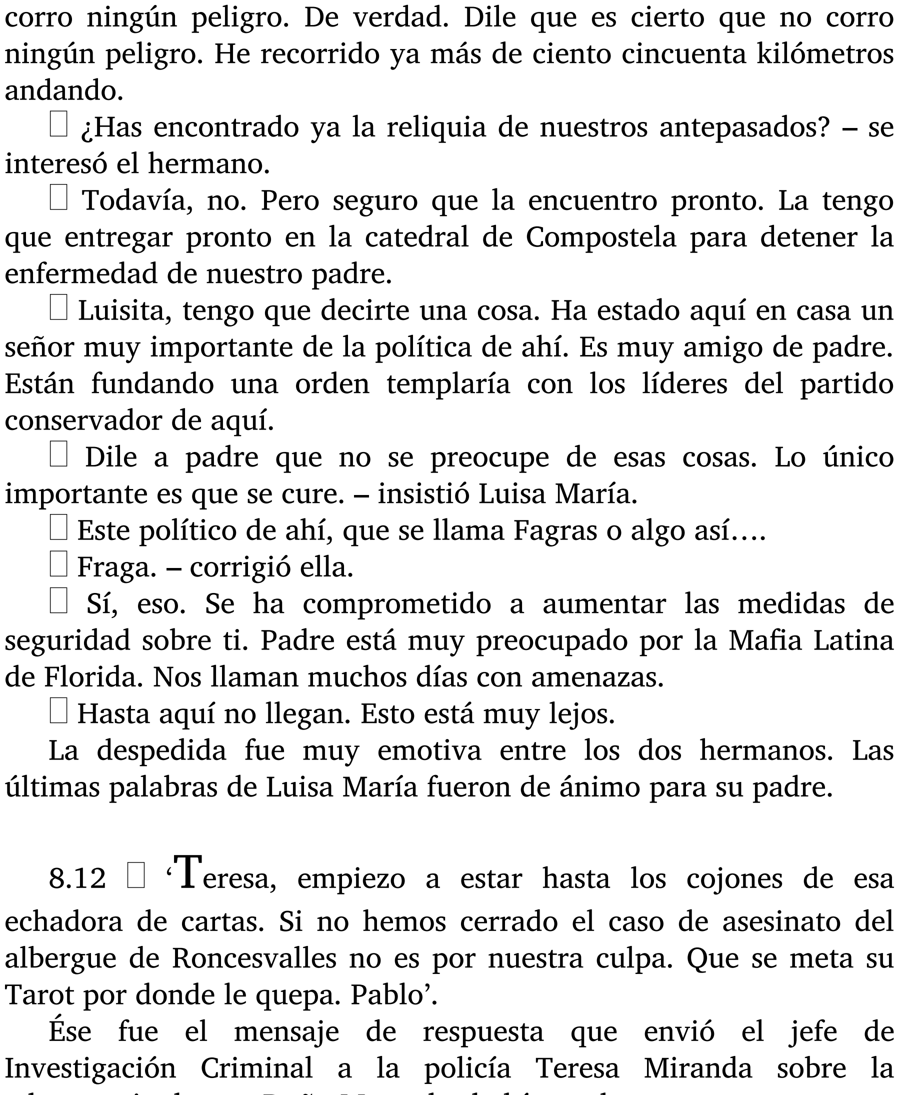
8.11 — Luisita, soy James John, tu hermano. Te llamo desde aquí, desde casa, en Florida.

La peregrina americana sintió una gran alegría al oír la voz de su hermano a través de su teléfono móvil. Se acordaba mucho de su familia, a pesar de las muchas aventuras que estaba viviendo en España a lo largo del camino de Santiago. El efecto fue todavía mayor porque acabada de cerrar el pergamino que contenía la carta de su antepasado.

— ¡Hola, qué alegría! – gritó de satisfacción - ¿Cómo estás tú? ¿Cómo está nuestro padre? ¿Cómo estáis todos?

— Padre es el que no está bien. La enfermedad le castiga cada día. Está perdiendo mucha fuerza. Casi no se puede levantar. Pero aquí estamos preocupados por ti. Padre me ha encargado que te hiciera esta llamada en su nombre. Cree que estás en grave peligro.

— Yo estoy bien. – afirmó Luisa María mientras se limpiaba una lágrima de emoción – Dile a padre que no esté preocupado. No



corro ningún peligro. De verdad. Dile que es cierto que no corro ningún peligro. He recorrido ya más de ciento cincuenta kilómetros andando.

— ¿Has encontrado ya la reliquia de nuestros antepasados? – se interesó el hermano.

— Todavía, no. Pero seguro que la encuentro pronto. La tengo que entregar pronto en la catedral de Compostela para detener la enfermedad de nuestro padre.

— Luisita, tengo que decirte una cosa. Ha estado aquí en casa un señor muy importante de la política de ahí. Es muy amigo de padre. Están fundando una orden templaría con los líderes del partido conservador de aquí.

— Dile a padre que no se preocupe de esas cosas. Lo único importante es que se cure. – insistió Luisa María.

— Este político de ahí, que se llama Fagras o algo así….

— Fraga. – corrigió ella.

— Sí, eso. Se ha comprometido a aumentar las medidas de seguridad sobre ti. Padre está muy preocupado por la Mafia Latina de Florida. Nos llaman muchos días con amenazas.

— Hasta aquí no llegan. Esto está muy lejos.

La despedida fue muy emotiva entre los dos hermanos. Las últimas palabras de Luisa María fueron de ánimo para su padre.

8.12 — ‘Teresa, empiezo a estar hasta los cojones de esa echadora de cartas. Si no hemos cerrado el caso de asesinato del albergue de Roncesvalles no es por nuestra culpa. Que se meta su Tarot por donde le quepa. Pablo’.

Ése fue el mensaje de respuesta que envió el jefe de Investigación Criminal a la policía Teresa Miranda sobre la advertencia de que Doña Mercedes había vuelto a ver sangre en sus predicciones de los arcanos mayores. La había pillado a Pablo Allende, en uno de sus momentos de enfado, dentro de su habitual actitud reposada y reflexiva.

8.13 La aventura erótica del sacerdote clandestino y la joven americana esa noche en el albergue de Viana fue la más apasionada y desaforada de las mantenidas hasta ese momento. La cena previa había constituido ya un adelanto. Por debajo de la mesa, Luisa María había alargado la pierna y con el pie descalzo había presionado las partes sexuales de su compañero. Había notado, con satisfacción, cómo se producía progresivamente su erección a pesar

de estar frenada por el pantalón. Ella aprovechó esa ocasión para juguetear más. A él, la sangre le llegó hasta la cabeza. Tenía la cara roja. Apenas podía hablar.

Al llegar al dormitorio del albergue, acababan de apagar la luz. Tuvieron algunos tropezones para llegar a su litera apartada. Directamente se acostaron los dos desnudos en la misma cama. Se taparon sólo con un saco de dormir extendido. Él buscó la penetración inmediata a causa de su elevado grado de excitación. Ella lo impidió para prolongar el tiempo de placer. Disfrutó reiteradamente introduciendo en su boca el miembro casi convulso. Le indujo también a él para que besara sus partes íntimas. Sólo después, permitió la penetración y el orgasmo culminante.

# 9.- LOGROÑO

**(Miércoles. 22. Septiembre. 1999)**

9.1 Luisa María ya había constatado que la siguiente carta de su antepasado estaba fechada en Logroño. También había decidido leerla pronto, con el fin de poder dedicar el tiempo libre en la capital riojana a visitar los monumentos. Salió pronto. Caminó rápido. Así fue uno de los primeros peregrinos en llegar al albergue. Estaba todavía cerrado. Aprovechó para buscar un lugar tranquilo. En un bar cercano y solitario, pidió un zumo natural de naranja. Buscó una mesa alejada y sacó el pergamino de la mochila. Correspondía al bloque de cartas dirigidas a su otra familia, desconocida hasta ahora y que comenzaba a conquistar sus sentimientos.

*'Mi muy querida e cada vez más amada María,*

*Debo decirte que non merezco las alegrías que me proporciona la visita de nuestro fijo Juan e las noticias que me trae de ti.*

*Considero que tu generosidad non tiene límites al permitir que nuestro fijo lleve a partir de agora también mi apellido detrás del tuyo. Tu propuesta de que se llame Juan Pérez de Lerma e que ése sea un único apellido que transmita unido a sus futuros descendientes para crear una dinastía que non se identifique con la familia que se considera legítima me parece muy oportuna. Es digna a la vez de tu prudencia e de tu sabiduría.*

*También estoy muy contento de saber que ambos vivís bien en la casona que tú has heredado de tu familia en Castro de Urdiales. Pero hay algo en lo que non estoy de acuerdo contigo e asimesmo en lo que non voy a respetar tu criterio. Cuando regrese, después de depositar en la tumba del Apóstol el Santo Grial de Santiago que yo recibí de mi padre e aqueste de mi abuelo, te visitaré e te entregaré una importante compensación por los trabajos realizados e también por la educación dada a nuestro fijo.*

*Debo decirte algo importante que non sabes. La entrega del Santo Grial que voy a facer en la tumba del Santo Apóstol Santiago es muy favorable para tu destino e sobre todo para el de nuestro fijo. Todos los Lerma tenemos un destino trágico a causa de los pecados cometidos en la familia. Los varones heredamos una enfermedad que nos lleva en*

*pocos años a la muerte. Pero la entrega de aqueste Santo Grial con el que el Santo Apóstol Santiago participó en la última cena con Nuestro Señor Jesucristo, va a cambiar ese destino para todos mis descendientes, incluido principalmente nuestro fijo.*

*Por aquesta razón, agradezco mucho que Juan Pérez de Lerma, permíteme que escriba aquí otra vez su nuevo nombre completo, me ayude en aquesta importante misión, porque a partir de agora él es mi más querido descendiente.*

*Te ruego, sin embargo, que calmes su ánimo e su generoso deseo de venganza contra mi todavía legítima esposa e contra sus parientes porque también han querido desfacerse de mí. Logra que nuestro fijo tan querido por los dos, aplace esa venganza, que en forma de justicia verdadera haremos los dos, cuando yo haya terminado aqueste camino cuyo profundo significado te he desvelado más arriba.*

*Me han convencido las pruebas e testimonios que me ha presentado nuestro fijo para demostrar que mi esposa Doña Urraca e su primo Alfonso non sólo mataron a mi fiel servidor Teodoro, sino que también prepararon el cobarde ataque que yo sufrí al llegar a Estella. De aquesta manera comprendo que la oportuna llegada de Alfonso nada más terminar el asalto non era casual e debida a la divina providencia, sino que estaba allí dirigiendo a mis asaltantes e, después, quiso aparecer como mi salvador.*

*Con el fin de que conozcas todos los detalles de mis actuaciones, te diré que en las cartas que dirijo a mi todavía esposa le digo que non he descubierto a esos asaltantes para que non tenga ninguna sospecha. También les digo, con el fin de confundirles, que quien quiera descubrir el lugar donde se halla el Santo Grial non deberá atentar contra mi vida porque sólo yo lo conozco.*

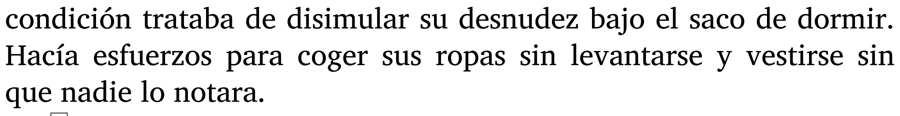
*Mi muy querida e amada María, nada deseo en aquesta vida más que volver a verte. Pero nuestro encuentro debe esperar. Si cuanto haya entregado aquesta reliquia en la tumba del Santo Apóstol, tú todavía me lo permites, entonces cumpliremos los dos la dicha de volver a reunirnos.*

*Mientras tanto, sigo amándote como el primer día. Juan de Lerma*

9.2 En el albergue de Viana, la policía Teresa Miranda había sido testigo de la salida temprana y precipitada de Luisa María. Como no estaba preparada, no la pudo seguir. Se dedicó, a cambio, a vigilar las circunstancias en que había dejado la cama y cómo quedaba su compañero.

□ ¡Estos han dormido juntos! – concluyó.

Vio que la litera de arriba no había sido utilizada. Prestó entonces más atención. Notó cómo el sacerdote que ocultaba su


condición trataba de disimular su desnudez bajo el saco de dormir. Hacía esfuerzos para coger sus ropas sin levantarse y vestirse sin que nadie lo notara.

— ¡Han estado chingando! – pensó con enfado y envidia - ¡Cabrones!

Felipe Manzanal, en su torpe inexperiencia, tuvo muchos problemas para lograr su objetivo de vestirse con disimulo. Estaba muy preocupado por saber si alguien lo había notado. Miró alrededor para comprobarlo. Estuvo a punto de ver a la policía mientras le observaba. Pero ésta se dio cuenta y se ocultó a tiempo. El sacerdote clandestino se quedó más tranquilo al creer que nadie se había dado cuenta.

— ¡El muy cabrón es un cura! – casi dijo en alto la policía Teresa Miranda - ¡Se está follando a la jovencita que tiene que dirigir hasta Santiago! ¿Ahora qué hago yo? Mi responsabilidad es protegerla de todos los peligros. Ese cura, que también me ha contratado para defenderla, es su mayor peligro.

9.3 Andrés García de Nanclares, saltándose las normas que debe cumplir todo peregrino, alquiló un taxi para trasladarse hasta Logroño. Deseaba, de esa manera, encontrar pronto a Mateo Pérez de Lerma a quien él conocía como Marcos Evangelista. Quería preguntarle más detalles sobre la reliquia con el fin de satisfacer la desproporcionada curiosidad de su esposa y don Manuel Fraga Iribarne.

Le dijo al taxista que le acercara hasta la calle Rúa vieja, en la que se halla el albergue de los peregrinos del camino de Santiago. Pero se bajó a una cierta distancia. No quería que le vieran llegar en coche. Deseaba seguir manteniendo la apariencia de que realizaba todo el camino andando.

Quiso enterarse, a través del hospitalero, si había llegado Marcos Evangelista. Pero no logró esa información. Así que se inscribió para investigar, por su cuenta, hasta encontrarle. La espera la realizó en el acogedor patio que el albergue logroñés tiene como entrada. Le dieron envidia tres peregrinos jóvenes que se habían descalzado y estaban refrescando los pies en el estanque situado en el centro. Junto a una de las mesas blancas, estaba ya Teresa Miranda. El se remangó los pantalones y metió también las piernas en el estanque. No tuvo que esperar mucho.

— ¡Marcos!

El peregrino veterano no se mostró muy entusiasta con la llamada. Más que el cansancio, influía en su ánimo la preocupación

que le había dejado su reunión con el vendedor fraudulento de obras de arte. Andrés se secó precipitadamente los pies y se acercó a él con cuidado para no resbalarse.

□ Marcos, me gustaría saber más detalles sobre esa reliquia de la que me hablaste el otro día.

□ ¡Lo siento! Te dije que no ....

□ Me interesa conocer algunos datos. Es posible, incluso, que mi mujer y yo estemos interesados en su compra.

□ ¡Déjame en paz! – estalló el autollamado Marcos Evangelista - ¿Cómo te lo tengo que decir? No quiero hablar más de ese tema.

Estas últimas frases fueron gritadas con gran enfado. Demostraban la fuerte tensión que estaba soportando el veterano peregrino. Todas las personas que estaban en el patio quedaron sorprendidas por el grito y volvieron la cabeza para ver lo que sucedía. Andrés se quedó confundido, sobre todo al ver que era el objeto de todas las miradas. Mientras Mateo se encaminaba con más nervios que decisión hacia el interior del edificio, el peregrino gastrónomo intentó buscar una mesa en la que pudiera pasar desapercibido.

□ ¿Algún problema?, -le preguntó en tono de rutina Teresa Miranda, que en ese momento salía del albergue.

□ Debe estar muy enfadado. Sólo le he hecho una pregunta. – se excusó Andrés García de Nanclares.

9.4 Felipe tardó más tiempo del previsto en llegar al refugio de los peregrinos de Logroño. Luisa María, después de leer la carta, tuvo tiempo para ducharse, hacer la colada, salir y darse otro paseo, todavía impresionada por las noticias sobre su otra familia de la que hasta ese momento no tenía ningún conocimiento. Se ratificó en su decisión de contárselo todo a su compañero. En cuanto le vio entrar en el patio del albergue, se precipitó sobre él y le besó.

□ ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

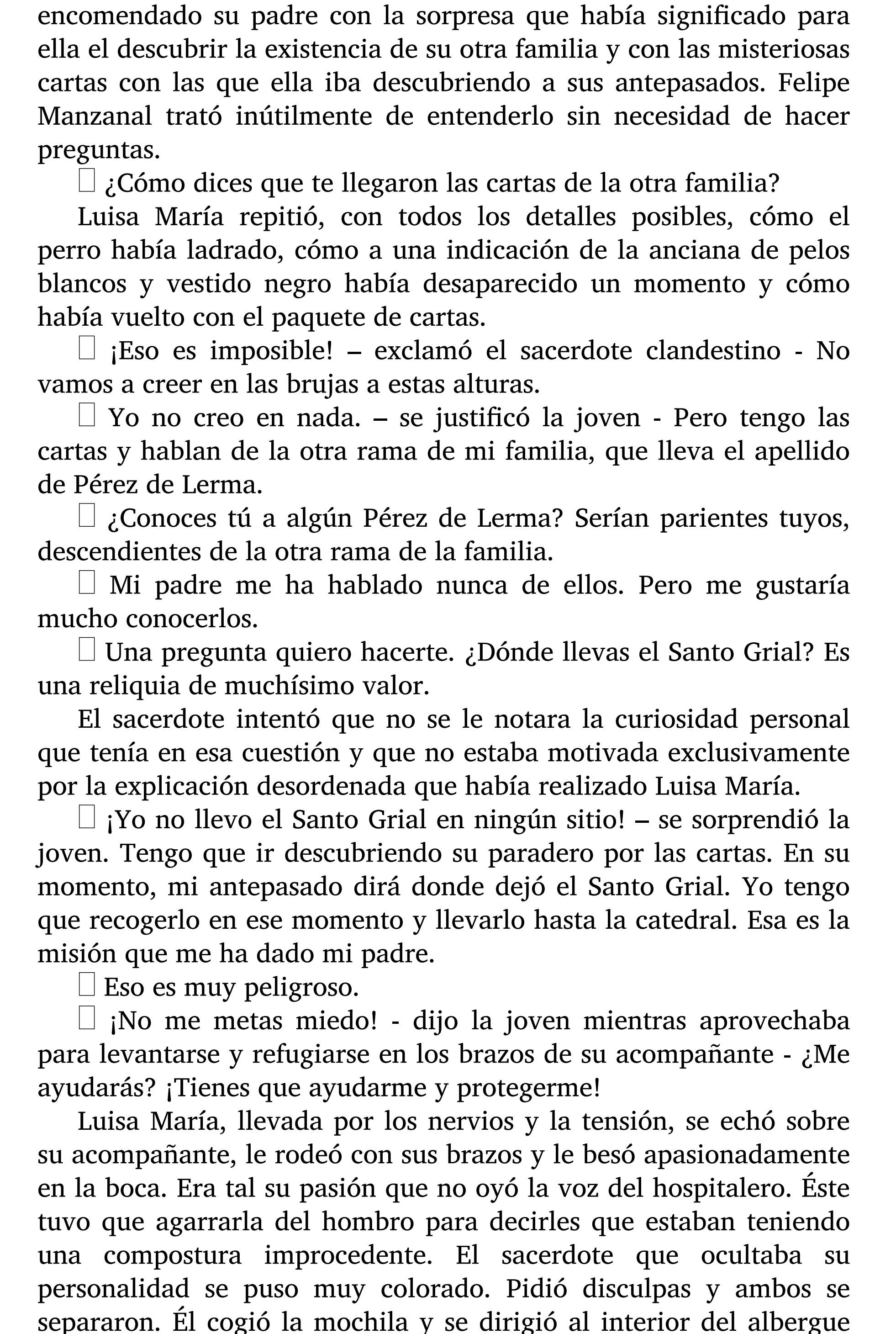
□ Lo siento. – se excusó el sacerdote clandestino - He tenido que hacer unos recados.

□ Tengo que contarte algo muy importante sobre mis antepasados.

Casi le arrastró hasta uno de los bancos del patio. Mientras él dejaba la mochila apoyada en la pared, ella ya se había acomodado.

□ Siéntate. Tengo urgencia en contarte el secreto de mi familia.

La exposición de Luisa María fue muy precipitada y desordenada. Tenía tantas ganas y hasta necesidad de compartir su pasado recién descubierto que iba mezclando la misión que le había



encomendado su padre con la sorpresa que había significado para ella el descubrir la existencia de su otra familia y con las misteriosas cartas con las que ella iba descubriendo a sus antepasados. Felipe Manzanal trató inútilmente de entenderlo sin necesidad de hacer preguntas.

— ¿Cómo dices que te llegaron las cartas de la otra familia?

Luisa María repitió, con todos los detalles posibles, cómo el perro había ladrado, cómo a una indicación de la anciana de pelos blancos y vestido negro había desaparecido un momento y cómo había vuelto con el paquete de cartas.

— ¡Eso es imposible! – exclamó el sacerdote clandestino - No vamos a creer en las brujas a estas alturas.

— Yo no creo en nada. – se justificó la joven - Pero tengo las cartas y hablan de la otra rama de mi familia, que lleva el apellido de Pérez de Lerma.

— ¿Conoces tú a algún Pérez de Lerma? Serían parientes tuyos, descendientes de la otra rama de la familia.

— Mi padre me ha hablado nunca de ellos. Pero me gustaría mucho conocerlos.

— Una pregunta quiero hacerte. ¿Dónde llevas el Santo Grial? Es una reliquia de muchísimo valor.

El sacerdote intentó que no se le notara la curiosidad personal que tenía en esa cuestión y que no estaba motivada exclusivamente por la explicación desordenada que había realizado Luisa María.

— ¡Yo no llevo el Santo Grial en ningún sitio! – se sorprendió la joven. Tengo que ir descubriendo su paradero por las cartas. En su momento, mi antepasado dirá donde dejó el Santo Grial. Yo tengo que recogerlo en ese momento y llevarlo hasta la catedral. Esa es la misión que me ha dado mi padre.

— Eso es muy peligroso.

— ¡No me metas miedo! - dijo la joven mientras aprovechaba para levantarse y refugiarse en los brazos de su acompañante - ¿Me ayudarás? ¡Tienes que ayudarme y protegerme!

Luisa María, llevada por los nervios y la tensión, se echó sobre su acompañante, le rodeó con sus brazos y le besó apasionadamente en la boca. Era tal su pasión que no oyó la voz del hospitalero. Éste tuvo que agarrarla del hombro para decirles que estaban teniendo una compostura improcedente. El sacerdote que ocultaba su personalidad se puso muy colorado. Pidió disculpas y ambos se separaron. Él cogió la mochila y se dirigió al interior del albergue para inscribirse.

Alguien que había seguido con mucha atención todo ese

percance fue la policía Teresa Miranda. Estaba colocada en un lugar retirado, detrás de ellos. Desde allí, podía observar sin ser vista. De esa manera, vio confirmada la relación erótica y sentimental que unía a esa, para ella, extraña e interesada pareja. Tuvo una primera intención de denunciar el caso inmediatamente. Después, pensó que era más útil mantener el secreto de esos datos que, a su juicio, sólo ella podía Interpretar.

9.5 — Tenemos que hacer una reunión urgente para acelerar los preparativos de la refundación de la Orden del temple. Para ello, hay que darse prisa en la entrega del santo Grial.

Don Manuel Fraga Iribarne, nada más llegar a Galicia desde Estados Unidos, desplegó una gran actividad relacionada con el propósito de relanzar su carrera política en el ámbito europeo. Había venido entusiasmado de su encuentro con Juan Jacobo de Lerma. No le había impresionado su enfermedad. Sólo había prestado atención a su disponibilidad para contactar con los miembros de la familia Bush y otras relevantes personalidades del Partido Conservador Norteamericano con fin de que se incorporaran al plan de restaurar la Orden del Temple en Europa y Norteamérica.

— Debes reunir a todos los peregrinos que están relacionados con la entrega del santo Grial. Yo los invito a comer a todos. Supongo que tendrán hambre. Convócalos pronto. No podemos perder tiempo. Sobre todo, cuídame a la hija de Juan Jacobo de Lerma. Me está ayudando mucho.

— De acuerdo, don Manuel. – aceptó el jefe de la investigación criminal - Comienzo inmediatamente a preparar esa reunión.

Pablo Allende, que se dirigía en coche oficial hacia el albergue de Logroño, era muy consciente de la peligrosa deriva que estaba adquiriendo la obsesión del presidente gallego. Pero no podía hacer otra cosa que seguirle la corriente y obedecer. Intentó terminar cuando antes la conversación para evitar así que se le ocurrieran nuevas órdenes sobre la marcha.

— ¡No olvides tu compromiso! Tienes que lograr que el Santo Grial se entregue en la catedral de Santiago. Demuestra esas cualidades que tanto te alaban como policía. Sin esa entrega, no podemos hacer nada.

9.6 Don Manuel Fraga Iribarne demostró, de nuevo, una actividad desproporcionada para sus años. Nada más dar las órdenes al investigador criminal, se dirigió a su secretaria en la

presidencia del gobierno gallego.

 Ponme en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores inmediatamente. Tenemos que buscar la manera de contactar con los líderes europeos más importantes. Hay que convencerlos para que se unan al plan de reinstaurar la Orden del Temple. Ellos nos ayudarán a revitalizar la cultura y la civilización occidental. Apunta los nombres. Helmut Kohl, en Alemania. Jacques Chirac, en Francia. Y Giulio Andreoti, en Italia. Vamos a comenzar por ellos. Si convencemos a estos tres, se unirán mucho más. También influirá mucho la presencia de los miembros de la familia Bush en Estados Unidos. ¿Has apuntado los nombres? Ponme ya en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Date prisa. Tenemos que conseguirlo pronto.

9.7 Luisa María se había quedado sorprendida con la llamada telefónica que acababa de recibir citándola a tomar una copa en un bar cercano al albergue en Logroño. El interlocutor no se había identificado. Su tono era extranjero. Ni español ni norteamericano. Italiano podría ser. Eso la llenó de intriga. Sin embargo, acudió presurosa al lugar de la cita.

Entró en el bar con gran curiosidad, incluso con un poco de preocupación por no reconocer, entre todos los clientes, al que le había llamado. Pronto se despejó la incógnita. En la barra, solo había cuatro personas. Un joven y moreno estaba mirando hacia la puerta y, nada más verla, sonrió. Luisa María no supo si debía devolverle la sonrisa. No le había visto nunca.

 Hola piba. ¿Cómo está?

 El se acercó con desparpajo. Le dio un par de besos y la abrazó. Ella respondió sin entusiasmo. Se presentó como Giovanni, un amigo de su ex novio. Era italiano y vivía en Madrid. Dijo que se había acercado hasta Logroño por indicación de Michael Junior para saludarla.

 ¿Te ha dado algún mensaje para mí? – preguntó Luisa María todavía con desconfianza.

 ¡Sí! Me ha dicho que te echa mucho de menos. Y que desea estar pronto contigo. Está celoso. Tú ya lo entiendes. Yo también lo entiendo nada más verte. ¡Estás muy buena! – aseguró el italiano mientras lanzaba una nueva mirada lasciva por el cuerpo de la joven.

 ¿Cómo sabías que yo estaba en Logroño?

 Tu novio me dijo que estabas haciendo el Camino de Santiago. Y he tenido suerte al encontrarte tan pronto.

— Podías haberme llamado por teléfono antes de venir para asegurarte. Podías haber hecho el recorrido en balde.

— Bueno. En realidad, ha salido todo bien. Te he visto. Te he dicho lo que me ha encargado Michael Junior y ahora yo le puedo decir a él que he visto que estás bien. Me corrijo. ¡Estás muy bien!

— ¿Cuándo le verás?

— Eso no lo sé. - dudó - Él está en América. Le tendré que llamar por teléfono.

Estuvieron casi una hora hablando. Pasaron por tres bares. Al italiano que decía residir en Madrid desde hacía tres años, le gustaba mucho la Coca Cola. Luisa María recordó su país de adopción y también tomó otras tres latas frescas de esa bebida. Al despedirse, insistió en que le dijera a su ex novio que no se preocupara, que ella estaba bien y que se pondría en contacto con él al terminar su misión.

9.8 La policía Teresa Miranda observó cómo Felipe caminaba en solitario en el albergue de los peregrinos de Logroño. Interpretó que estaba tenso. Lo atribuyó al percance erótico que había protagonizado. Pensó que debía aprovechar para romper el distanciamiento establecido el día anterior.

— ¡Hola! Supongo que ayer fui demasiado brusca.

— No lo supongas. Ésa fue la realidad. Estuviste brusca, e incluso grosera, sin ningún motivo. – afirmó con sequedad el sacerdote clandestino.

— Si fue así, pido disculpas – concedió ella, sin dar todo el brazo a torcer - De todos modos, ¿tenías algo que decirme sobre la seguridad de la reliquia?

— Deseaba preguntarte si estás segura de que se están poniendo todas las medidas necesarias y si lo tienes todo controlado.

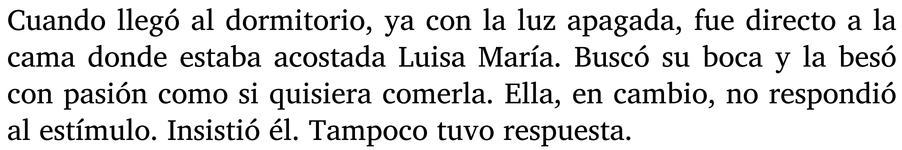
— ¿Hay alguna duda o alguna preocupación, o alguna sospecha?

— El que debe hacer las preguntas soy yo. Has sido contratada a instancias del Vaticano al que es yo represento ahora.

— Si me preguntas sobre las medidas de seguridad, debo suponer que me quieres advertir de que ha sucedido algo o puede suceder algo o, por lo menos, que existe alguna sospecha.

— Quiero tener la seguridad de que no existe ningún peligro sobre esa operación. Es mi obligación constatarlo.

9.9 Esa noche, en el albergue de Logroño, fue el sacerdote Felipe Manzanal quien tomó la iniciativa en el juego erótico.


Cuando llegó al dormitorio, ya con la luz apagada, fue directo a la cama donde estaba acostada Luisa María. Buscó su boca y la besó con pasión como si quisiera comerla. Ella, en cambio, no respondió al estímulo. Insistió él. Tampoco tuvo respuesta.

 ¿Pasa algo? – preguntó Felipe, sorprendido por la pasividad de su compañera, habitualmente tan fogosa.

 ¡Hoy no estoy bien! – se disculpó ella.

Estaba algo nerviosa por el inesperado encuentro que había tenido con el italiano amigo de su ex novio americano. Sin embargo, no quiso comentarlo con su amigo íntimo en la peregrinación. Éste comprendió que debía retirarse de la iniciativa erótica. Lo lamentó. Su miembro viril estaba ya excitado en la esperanza de que esa noche también iban a consumar la relación.

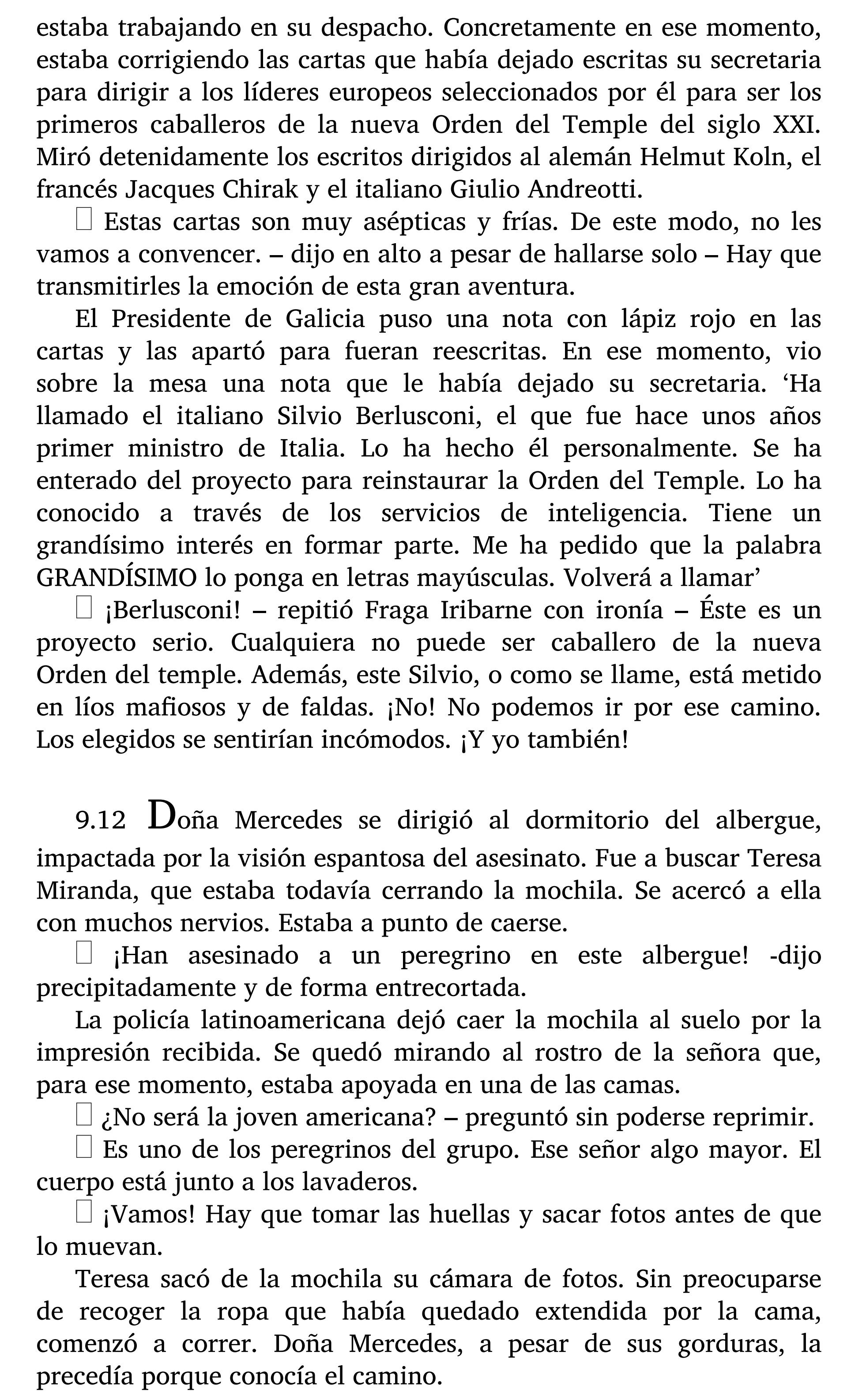
9.10 La primera en levantarse en la madrigada de ese martes, como casi siempre, fue Doña Mercedes. Se preparó con diligencia y ayudó a su hija a ordenar sus pertenencias para comenzar pronto el recorrido de la etapa. La noche anterior había dejado parte de la colada en el tendedero, al fondo del patio, para que terminara de secarse. Fue a recogerla, mientras Merceditas devoraba su desayuno.

La echadora de cartas regordeta se sintió bien al salir del edificio. El cielo estaba abierto. La luna seguía creciendo y parecía dominar el panorama. La temperatura era fresca pero agradable. Caminó hacia el secadero cruzando el patio. Las mesas y las sillas estaban todavía desordenadas. De repente, se sobresaltó. Quedó paralizada. Se llevó las manos a la cabeza y contuvo con dificultad la respiración.

 ¡Dios mío! ¡Qué muerte más horrorosa!

Junto a la pared de los lavaderos, había tirado en el suelo el cuerpo semidesnudo y ensangrentado de un hombre. Le sorprendió que los dos brazos estuvieran colocados en forma de cruz templaria. En su voluminoso vientre, tenía varias cuchilladas. Aunque tenía la boca muy abierta y el pelo revuelto, Doña Mercedes pudo reconocer las facciones del peregrino que se hacía pasar por Marcos Evangelista, con el que había hablado en días anteriores. Dio otro grito de espanto y corrió hacia el edificio del albergue. En varias ocasiones, estuvo a punto de caerse al tropezar con las sillas del patio.

9.11 A esa hora de la madrugada, Manuel Fraga Iribarne ya



estaba trabajando en su despacho. Concretamente en ese momento, estaba corrigiendo las cartas que había dejado escritas su secretaria para dirigir a los líderes europeos seleccionados por él para ser los primeros caballeros de la nueva Orden del Temple del siglo XXI. Miró detenidamente los escritos dirigidos al alemán Helmut Koln, el francés Jacques Chirak y el italiano Giulio Andreotti.

— Estas cartas son muy asépticas y frías. De este modo, no les vamos a convencer. – dijo en alto a pesar de hallarse solo – Hay que transmitirles la emoción de esta gran aventura.

El Presidente de Galicia puso una nota con lápiz rojo en las cartas y las apartó para fueran reescritas. En ese momento, vio sobre la mesa una nota que le había dejado su secretaria. ‘Ha llamado el italiano Silvio Berlusconi, el que fue hace unos años primer ministro de Italia. Lo ha hecho él personalmente. Se ha enterado del proyecto para reinstaurar la Orden del Temple. Lo ha conocido a través de los servicios de inteligencia. Tiene un grandísimo interés en formar parte. Me ha pedido que la palabra GRANDÍSIMO lo ponga en letras mayúsculas. Volverá a llamar’

— ¡Berlusconi! – repitió Fraga Iribarne con ironía – Éste es un proyecto serio. Cualquiera no puede ser caballero de la nueva Orden del temple. Además, este Silvio, o como se llame, está metido en líos mafiosos y de faldas. ¡No! No podemos ir por ese camino. Los elegidos se sentirían incómodos. ¡Y yo también!

9.12 Doña Mercedes se dirigió al dormitorio del albergue, impactada por la visión espantosa del asesinato. Fue a buscar Teresa Miranda, que estaba todavía cerrando la mochila. Se acercó a ella con muchos nervios. Estaba a punto de caerse.

— ¡Han asesinado a un peregrino en este albergue! -dijo precipitadamente y de forma entrecortada.

La policía latinoamericana dejó caer la mochila al suelo por la impresión recibida. Se quedó mirando al rostro de la señora que, para ese momento, estaba apoyada en una de las camas.

— ¿No será la joven americana? – preguntó sin poderse reprimir.

— Es uno de los peregrinos del grupo. Ese señor algo mayor. El cuerpo está junto a los lavaderos.

— ¡Vamos! Hay que tomar las huellas y sacar fotos antes de que lo muevan.

Teresa sacó de la mochila su cámara de fotos. Sin preocuparse de recoger la ropa que había quedado extendida por la cama, comenzó a correr. Doña Mercedes, a pesar de sus gorduras, la precedía porque conocía el camino.

 ¡Espere! No hay que tocarlo.

La policía se paró antes de salir al patio y obligó a la señora a detenerse. Observó el movimiento y nerviosismo que había en la recepción del albergue. El hospitalero gritó que ya estaba avisada la policía local y que vendría inmediatamente. Doña Mercedes se sentó en una silla. Hacía gestos muy aparatosos, mientras varios peregrinos trataban de reanimarla. Merceditas lloraba junto a su madre.

 ¡Debemos tener calma! - dijo Teresa Miranda intentando poner orden en la situación -Tenemos que sacar fotos. En Estados Unidos, es lo primero que se hace.

 ¡Vamos a estar tranquilos! – ordenó el hospitalero – Que nadie salga del edificio, por favor.

Cuando Teresa Miranda llegó al lugar donde estaba el cadáver, había varios curiosos alrededor. Sin embargo, nadie se atrevía a tocarlo. La policía disparó varios flases de su cámara sin colocarse en un lugar destacado.

 Yo le había visto en varios albergues. ¿Sabes cómo se llamaba? -preguntó uno de los curiosos a su compañero.

 No sé su nombre, pero hemos coincidido con él varias veces.

Inmediatamente se acercó el hospitalero rogando a los peregrinos concentrados frente al cadáver que se separaran y entraran en el edificio. Tuvo incluso que empujar a algunos para que le hicieran caso.

 Debería decir que nadie salga del albergue.

 Ya lo he ordenado. La Policía nacional está llegando. Quizá deseen interrogar a alguien.

El hospitalero se dirigió corriendo a la puerta exterior del patio y la cerró, a la vez que impedía la salida a los primeros peregrinos.

 Lo siento. No puede salir nadie.

Los que tenían la costumbre de iniciar el camino antes del amanecer, protestaron por la decisión del hospitalero indicando que ellos no tenían nada que ver con lo sucedido. Pero el responsable del albergue mantuvo, con firmeza, su decisión.

9.13 Las sirenas del coche policial comenzaron a oírse inmediatamente. Su sonido llegaba limpio en medio de la madrugada. Cada vez, se percibía más cercano. Al poco tiempo, se notó cómo el vehículo de la policía se detuvo con brusquedad junto a la puerta del albergue. El hospitalero volvió a pedir a todos los peregrinos que entraran en el edificio para favorecer la acción policial. Se oyeron, de nuevo, algunas protestas. El encargado del

albergue corrió a abrir la puerta del patio antes de contestar a los díscolos. Mientras entraban los policías nacionales, volvió a recomendar a los peregrinos que permanecieran en el edificio y en silencio. La curiosidad pudo más. Casi todos habían aparcado las mochilas junto a la pared y seguían con atención los movimientos de los agentes del orden público. Como éstos llegaban desorientados, algunos peregrinos más decididos les orientaron hacia el lugar donde se encontraba el cadáver.

Para ese momento, ya había comenzado a sonar la sirena de una ambulancia. Muy pronto, se oyó el frenazo en seco. Al poco tiempo, irrumpieron en el patio del albergue dos enfermeros de la Cruz Roja arrastrando una camilla. La policía Teresa Miranda estaba al lado observándolo todo. Pero no se identificó.

□ No se le puede mover. Está muerto y hay que esperar al juez. -les advirtió uno de los policías que se había acercado ya al lugar donde se encontraba el cuerpo de Marcos Evangelista.

□ ¿Seguro que no se puede hacer nada? - preguntó el primero de los camilleros.

□ Míralo, si quieres. ¡Está completamente tieso! Además, con un ritual raro. Ni lo toques. Hay que recoger las huellas.

El policía local que parecía ser el jefe del grupo preguntó quién era el responsable del albergue. Se presentó el hospitalero, y recibió la orden de que no saliera nadie del recinto hasta que no llegara el comisario. El agente también insistió en que no debían acercarse al cadáver, aunque de eso ya se iba a encargar él.

□ Agente, nosotros nos vamos. Como no podemos trasladar el cuerpo, aquí no hacemos nada. -afirmó el camillero- Si nos necesitáis, llamáis y en un momento estamos aquí. Buen servicio.

9.14 Laura Castro se enteró muy pronto de lo sucedido en el albergue de peregrinos de Logroño, a través de los servicios internos de información policial. Marcó el teléfono de su jefe en la Comandancia de Investigación criminal. Pablo Allende se puso inmediatamente. Le dijo que era preciso trasladarse a la capital riojana porque había habido otro asesinato en el camino de Santiago.

□ ¿Quieres que vaya yo? – sugirió intencionadamente la responsable de información.

□ Ya voy yo. – la desilusionó su jefe – tengo aquí el coche oficial.

□ Tiene la misma pinta que el de Roncesvalles. – informó Laura disimulando su frustración - Vete a toda velocidad. Los de la

policía nacional se están haciendo cargo del cadáver. La sudaca yanqui estará allí. Pero no ha llamado.

El jefe de investigación criminal fue directamente hacia su coche para no perder más tiempo. La responsable de información marcó en su teléfono móvil otro número. Lo hizo con decisión, casi con rabia.

— ¿Eres Teresa Miranda?  Soy Laura Castro, de investigación criminal.... ¿Por qué no nos has llamado?  ... Además de proteger a la chica, debías habernos informado. Es un fallo muy grave. ... Ya sabemos que ha sido otro asesinato ritual... Repíteme el nombre... ¿Marcos Evangelista? ¡Menudo nombre! Voy a investigar a ver si encuentro algo de él. Si tienes algún dato, me llamas al móvil. No te lo guardes para ti.  Es muy, muy grave

En cuanto colgó el teléfono, Laura Castro se explayó. '¡Petarda más que petarda!' – dijo en voz alta, aunque estaba sola.

9.15 La joven americana estuvo, en todo momento, entre el grupo de peregrinos más curiosos. Antes de que llegaran los policías locales, se acercó para ver el cadáver. Tuvo que taparse los ojos por la fuerte impresión recibida. Después, siguió con gran curiosidad todos los movimientos que se producían en el patio y en el edificio del albergue. No protestó por tener que esperar hasta la llegada del comisario local. Le estaba pareciendo un espectáculo intrigante. Su única inquietud estaba motivada porque no había encontrado a su compañero para comentar con él los detalles del trágico suceso.

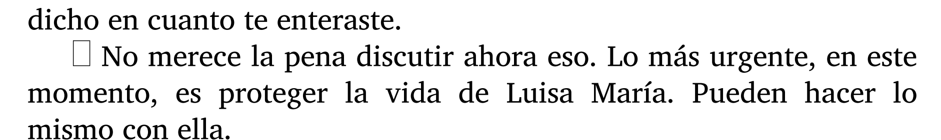
En realidad, Felipe se movía muy cerca de ella y la tenía bajo control. Con gran habilidad, fue uno de los primeros que se acercó al cadáver. Quedó sorprendido e impresionado al darse cuenta de que era el peregrino que le había propuesto colaborar en el hallazgo de la reliquia e incluso le había ofrecido una participación en los beneficios de la venta. Estaba intentando encontrar a la policía encargada de la vigilancia de la reliquia, contratada especialmente por su departamento vaticano. A pesar de ser reducido el recinto, tardó en dar con ella. El sacerdote se acercó y la abordó con brusquedad.

— ¡Esta muerte tiene relación con la reliquia! – indicó Felipe Manzanal con nerviosismo.

— No hay pruebas todavía para pensar eso. -volvió a replicar la policía – ya se verá lo que dice la investigación.

— El asesinado me había preguntado a mí por la reliquia y me había propuesto una comisión de lo que obtuviera en su venta.

— ¿Por qué me has ocultado ese dato? -preguntó Teresa con


enfado – Es una información importantísima. Tenías que habérmelo dicho en cuanto te enteraste.

— No merece la pena discutir ahora eso. Lo más urgente, en este momento, es proteger la vida de Luisa María. Pueden hacer lo mismo con ella.

Aunque tampoco quedó convencida, la policía buscó con la vista a Luisa María. Se colocó a su lado con discreción pero en actitud vigilante sobre todos los que se movían cerca de ella. Para más seguridad, comprobó que su pistola estaba junto a su brazo para ser utilizada en el momento oportuno. En ese momento, sonó su teléfono móvil.

— Dime, Laura... ¿No aparece el nombre de Marcos Evangelista?... Tiene que aparecer. Haz una llamada a los archivos generales. ¡Es muy urgente! Parece que este crimen tiene relación con la reliquia que estamos vigilando en el camino de Santiago... Date prisa. Investígalo en los archivos generales.

9.16 El comisario de Policía Nacional de Logroño, tras inspeccionar el lugar donde se hallaba el cadáver y recibir la información de sus agentes, fue preguntando a cada uno de los peregrinos sobre los detalles que cada uno conocía. Era un tipo autoritario en el desarrollo de su trabajo. Sólo autorizó la salida de los caminantes tras conocer que, en el libro de registros del albergue, figuraba la identidad de todos ellos. Antes de que salieran, les advirtió que en los próximos albergues podrían ser interrogados.

Los peregrinos más ansiosos de andar salieron inmediatamente del albergue para iniciar su camino. Entre ellos, estaban Doña Mercedes y su hija. La echadora de cartas se hubiera quedado más tiempo para enterarse de nuevos detalles sobre el asesinato. Pero Merceditas se había puesto muy nerviosa y deseaba marcharse. Otros caminantes, movidos por la curiosidad, se quedaron más tiempo en el patio observando la llegada del juez y la autorización del levantamiento del cadáver. Cuando el coche funerario se llevó el cuerpo, ya apenas quedaban peregrinos en el albergue.

9.17 Uno de los últimos en salir del albergue fue Andrés García de Nanclares. En esta ocasión, su retraso no estaba motivado por la pereza en levantarse. Le había causado un gran nerviosismo el asesinato tan brutal del peregrino con el que había estado tratando sobre el negocio de la venta de la reliquia. Otro motivo de duda era lo que le hubiera podido pasar a su esposa, que se había mostrado

en los días anteriores tan interesada en participar en esa operación de compraventa. Sabía que era muy dada a meterse donde no la llamaban y podía haber cometido alguna imprudencia fatal.

El nerviosismo le impedía tomar una decisión. No sabía si debía esperar para obtener más información. También pensó en la posibilidad de llamar a Fraga Iribarne. No se decidió. El hospitalero, sin embargo, le indicó que debía cerrar el albergue y le conminó a que iniciara el camino. No había andado ni medio kilómetro, cuando un taxi se paró a su lado. Desde dentro del coche, le llamó su esposa ordenándole que acercara.

— ¡Haz vida normal y disimula! Intenta pasar desapercibido. Pero ten lo oídos abiertos. Entérate de todo lo que puedas.

# 10.- NÁJERA – SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

**(Jueves. 23 y viernes 24. Septiembre. 1999)**

10.1 — Si es necesario, envío a toda la policía de Galicia a custodiar el Santo Grial de Santiago.

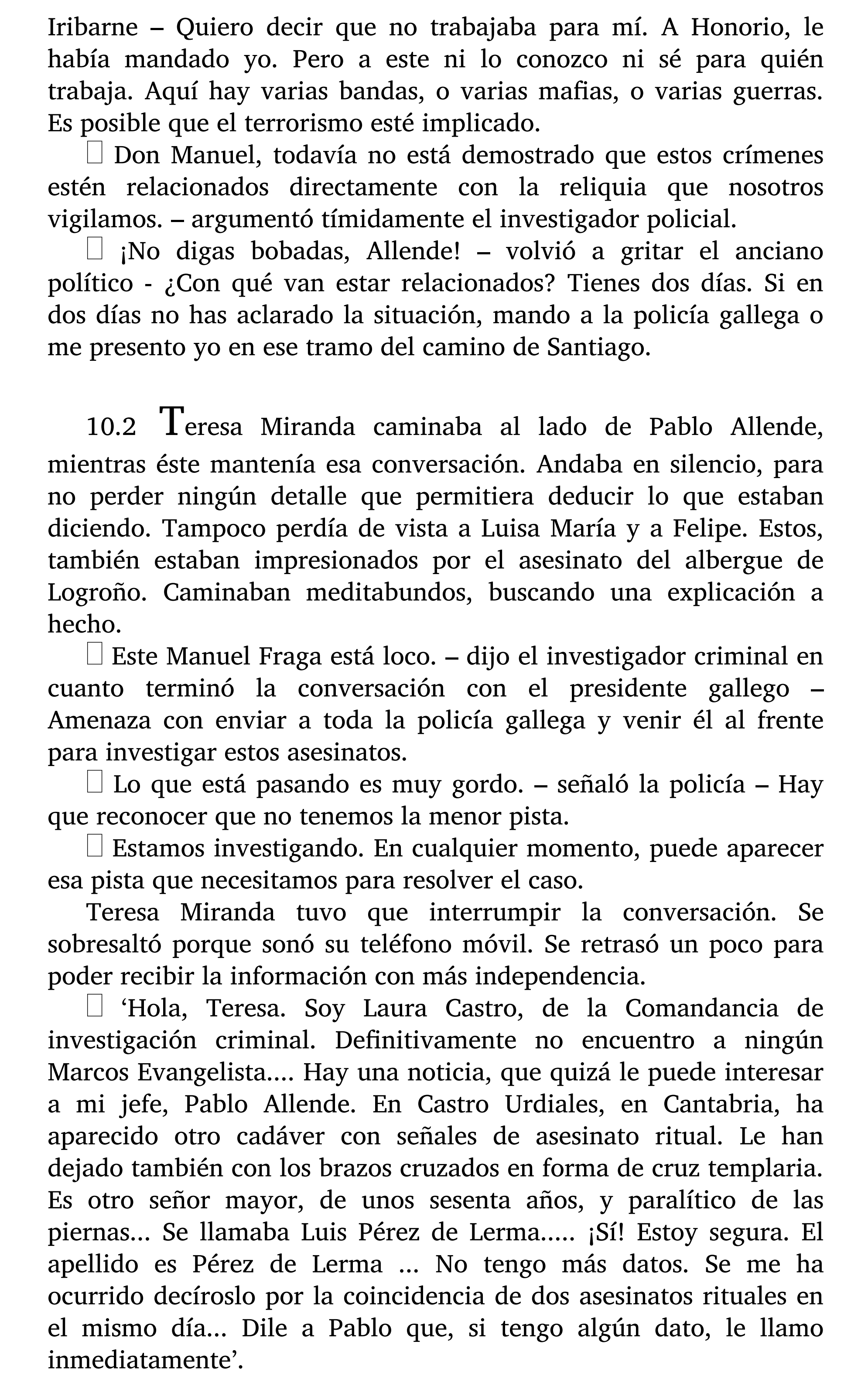
El anciano Presidente de Galicia, don Manuel Fraga Iribarne, se enfadó muchísimo cuando se enteró de que había tenido lugar un segundo asesinato en el Camino de Santiago. El principal motivo de esa ira era que lo consideraba un inconveniente para sus planes de convertirse en máximo dirigente de la nueva Orden del Temple en Europa. Eso significaría romper su ambición de convertirse en el máximo salvador de la cultura y civilización occidental.

Cuando el responsable de la investigación criminal le llamó para darle la noticia, Fraga ya lo sabía. Ese retraso sirvió aumentar los calificativos de ineficacia e indolencia en el cumplimiento de las labores de seguridad que se les habían encomendado. Pablo Allende argumentó que lo sucedido estaba fuera de su responsabilidad. Explicó que no podían custodiar a todas las personas que estaban realizando el Camino de Santiago.

— Los asesinos podían haber atentado contra la señorita del Santo Grial. – gritó el anciano político cada vez más enfadado - Hay que tener controlados los lugares por los que pasa esa señorita.

Fue muy difícil convencerle de que no enviara a toda una sección de la policía gallega. Su propuesta era que un grupo policial recorriera previamente la parte del camino por la que iba pasar ese día la joven americana. También pretendía que otro bloque de fuerzas de seguridad la acompañara a corta distancia. Lo único que consiguió el jefe de investigación criminal fue que esa medida se aplazara hasta ver si en unos días se aclaraba la autoría de los dos crímenes.

— ¡Además, el segundo muerto no es de los míos! – gritó Fraga



Iribarne – Quiero decir que no trabajaba para mí. A Honorio, le había mandado yo. Pero a este ni lo conozco ni sé para quién trabaja. Aquí hay varias bandas, o varias mafias, o varias guerras. Es posible que el terrorismo esté implicado.

– Don Manuel, todavía no está demostrado que estos crímenes estén relacionados directamente con la reliquia que nosotros vigilamos. – argumentó tímidamente el investigador policial.

– ¡No digas bobadas, Allende! – volvió a gritar el anciano político - ¿Con qué van estar relacionados? Tienes dos días. Si en dos días no has aclarado la situación, mando a la policía gallega o me presento yo en ese tramo del camino de Santiago.

10.2 Teresa Miranda caminaba al lado de Pablo Allende, mientras éste mantenía esa conversación. Andaba en silencio, para no perder ningún detalle que permitiera deducir lo que estaban diciendo. Tampoco perdía de vista a Luisa María y a Felipe. Estos, también estaban impresionados por el asesinato del albergue de Logroño. Caminaban meditabundos, buscando una explicación a hecho.

– Este Manuel Fraga está loco. – dijo el investigador criminal en cuanto terminó la conversación con el presidente gallego – Amenaza con enviar a toda la policía gallega y venir él al frente para investigar estos asesinatos.

– Lo que está pasando es muy gordo. – señaló la policía – Hay que reconocer que no tenemos la menor pista.

– Estamos investigando. En cualquier momento, puede aparecer esa pista que necesitamos para resolver el caso.

Teresa Miranda tuvo que interrumpir la conversación. Se sobresaltó porque sonó su teléfono móvil. Se retrasó un poco para poder recibir la información con más independencia.

– ‘Hola, Teresa. Soy Laura Castro, de la Comandancia de investigación criminal. Definitivamente no encuentro a ningún Marcos Evangelista.... Hay una noticia, que quizá le puede interesar a mi jefe, Pablo Allende. En Castro Urdiales, en Cantabria, ha aparecido otro cadáver con señales de asesinato ritual. Le han dejado también con los brazos cruzados en forma de cruz templaria. Es otro señor mayor, de unos sesenta años, y paralítico de las piernas... Se llamaba Luis Pérez de Lerma..... ¡Sí! Estoy segura. El apellido es Pérez de Lerma ... No tengo más datos. Se me ha ocurrido decíroslo por la coincidencia de dos asesinatos rituales en el mismo día... Dile a Pablo que, si tengo algún dato, le llamo inmediatamente’.

Teresa Miranda quedó muy impresionada con la noticia del asesinato también ritual de Luis Pérez de Lerma. La coincidencia con el apellido de Luisa María la llenó de inquietud. Pablo Allende, que se había quedado un poco apartado durante la conversación telefónica, comprendió inmediatamente que algo importante había sucedido. Como su compañera no se acercaba con la suficiente diligencia, fue él quien se aproximó. Casi al mismo tiempo llegó el sacerdote, que no se perdía ningún movimiento de los policías.

□ ¿Qué ha pasado? - preguntó el sacerdote con gran inquietud.

□ Han matado, de la misma manera ritual, a un tal Luis Pérez de Lerma en Castro Urdiales.

□ ¿Pérez de Lerma?

□ ¡Casi el mismo apellido! - insistió la policía para reforzar la sorpresa de sus dos interlocutores - Ya no hay duda de que todo está relacionado.

□ Yo tengo que avisar a su padre. – indicó Teresa Miranda - En el contrato, está mi obligación de poner en su conocimiento inmediatamente cualquier acontecimiento que pueda estar relacionado con su hija. Para eso, me paga.

□ ¡Espera a que tengamos más datos! - indicó Pablo Allende.

□ Esto es lo suficientemente importante como para que deba saberlo su padre.

□ Si ponemos en marcha esta información, se nos puede escapar de las manos.

□ Coincido con Pablo. Debemos esperar a tener más datos. - afirmó el sacerdote dirigiéndose al policía.

□ Tú tampoco debes decirle nada a la chica americana. - indicó el investigador criminal al sacerdote - Intenta también que no lea ningún periódico ni reciba información por otras fuentes.

□ Me voy, para que no sospeche nada. ¿En qué albergue os vais a quedar?

□ En Nájera. En el albergue municipal.

□ Junto al albergue, hay una iglesia monumental que se llama Santa María la real. Nos vemos a las siete frente al altar mayor.

□ Si no coincidimos a las siete, lo intentamos cada media hora. – puntualizó Pablo Allende – Hay que obtener más datos sobre ese Luis Pérez de Lerma.

## 10.3 ¡Estabais equivocados en el nombre del asesinado en Logroño!

Pocos kilómetros antes de llegar a Nájera, el responsable de la comandancia de investigación criminal recibió otra llamada en su

teléfono móvil.

— Pablo, soy Laura Castro de nuevo. Prefiero informarte a ti antes que a la sudaca yanqui... Tengo datos más fiables sobre el muerto en Logroño... La policía nacional de esa ciudad ha pasado una información diciendo que ha sido identificado como Mateo Pérez de Lerma... Es hermano del asesinado en Castro Urdiales. El hermano menor. Eran solteros y vivían solos. Tenían fama de ser raros. Apenas se comunicaban con la gente. En cuanto han cumplido cincuenta años, han desarrollado una enfermedad en los huesos.... Lo siento. No tengo más datos todavía. ... Si sé algo más, te lo comunico inmediatamente. Si consideras que debo incorporarme a la investigación sobre el terreno, no tienes más decirlo.

10.4 Felipe, una vez en Nájera y después de haberse inscrito en el albergue, no tuvo dificultades para que Luisa María le aceptara una excusa falsa con el fin de ir solo a la Iglesia de Santa María la Real. Tampoco tuvo que descubrir que se iba a reunir con los dos policías. Dijo que deseaba realizar un análisis histórico de uno de los retablos. La joven prefirió quedarse sola. Sólo pidió que volviera al albergue con tiempo para ir a cenar juntos. En la despedida, ella se mostró especialmente cariñosa con él. Enseguida buscó su boca. Se la besó como si quisiera comérsela. Felipe, tras las primeras dudas por encontrarse en lugar público, se dejó llevar y participó activamente.

10.5 — ¡Luisita, regresa inmediatamente a Florida! Ahí no estás segura. Te pueden matar.

La joven americana estaba todavía ensimismada, saboreando el regusto que le había dejado el apasionado beso de su amante peregrino, cuando el sonido de su teléfono móvil la sacó de su ensueño. Era su padre desde Estados Unidos. Se acababa de enterar del segundo asesinato ocurrido en España, en el camino de Santiago. Estaba muy alarmado. Su expresión no era muy fuerte, por la fatiga que le producía la enfermedad. Pero sus palabras demostraban una profunda preocupación.

— ¡Toma el primer avión! No te preocupes por el equipaje ni por la ropa, ni por nada. La vida es lo más importante.

— ¡Papi, no corro ningún peligro! – respondió sorprendida la joven por la llamada inesperada – Te lo digo de verdad. Estoy bien.

— ¡Es una orden! – insistió Juan Jacobo de Lerma – Regresa

inmediatamente a casa.

Luisa María hizo todos los esfuerzos posibles para contrarrestar la preocupación de su querido padre. Le dio todas las garantías posibles sobre su estado y sobre la seguridad que rodeaba a su persona. Fue inútil. Él insistió en que iniciara el regreso sin ninguna dilación. La táctica que utilizó la joven fue derivar la conversación hacia otros temas. Preguntó por la situación de los miembros de la familia. Se interesó muy especialmente por su salud. Incluso se interesó por los amigos y los vecinos. Al final, llegó a un acuerdo con su padre.

— Papi, te hago una promesa. – afirmó Luisa María adoptando un tono serio – Confía en mí. Si yo veo que existe un peligro, inicio el regreso a casa. Te lo prometo. Mientras tanto, voy a intentar culminar esta misión de encontrar el santo Grial de Santiago y entregarlo en la Catedral de Compostela.

— ¿Me prometes que regresarás al primer signo de que estás en peligro? – exigió Juan Jacobo de Lerma a su hija.

— Te lo prometo. ¡De verdad! Confía en mí. – prometió Luisa María.

10.6 — ¡Perdone mi indiscreción! – dijo el hospitalero del albergue de Nájera al nuevo peregrino que llegó a inscribirse – Me suena su cara. Pero no logro identificarle.

— Seguro que se equivoca. – replicó el peregrino recién llegado – Yo nunca he estado por aquí.

Manuel Fraga Iribarne había realizado casi una obra de ingeniería del camuflaje para no ser identificado. Se había colocado una peluca. Unas gafas oscuras disimulaban su rostro. Su ropa era muy diferente a la que habitualmente utilizaba. Hacía esfuerzos para hablar más lentamente pronunciando todas las silabas. Incluso tenía cuidado de andar sin sus característicos vaivenes.

Su propósito era conocer personalmente las circunstancias en que transcurría el camino de Santiago. Así podría evaluar con más exactitud los riesgos que corría el Santo Grial de Santiago y las dificultades para entregarlo en la catedral de Compostela. Siguiendo las indicaciones del hospitalero, el anciano político disfrazado entró en el dormitorio comunitario. Buscó alguna litera que estuviera libre. Sólo encontró desocupadas algunas camas de arriba. Se acercó. Las palpó. Calculó la distancia desde el suelo. Hizo una apreciación del salto que tendría que dar para subir.

— Este salto no lo voy a poder dar yo. – pensó – ¡Voy a tener que cambiar de plan!

10.7 Luisa María andaba buscando la soledad. Aunque todavía estaba impresionada por el sangriento suceso del albergue de Logroño, deseaba leer otra carta de su antepasado. Tenía interés en progresar en el conocimiento de lo que le sucedió a él hace tanto tiempo y de lo que ella debía hacer ahora con esas indicaciones. Cuando todavía el sol proporcionaba luz suficiente para leer, Luisa María se instaló en uno de los bancos de la plaza abierta justo delante del albergue. Inicialmente había tenido idea de llevar juntas todas las cartas de su antepasado Pensó que era una imprudencia. También sintió rechazo a juntar los pergaminos que, durante tanto tiempo, habían permanecido separados intencionadamente por su autor. Al final, cogió sólo la carta, correspondiente al paquete que le había entregado su padre, fechada en esa localidad riojana. Eligió un banco discreto. Se sentó mirando a la pared y comenzó a leer.

*'Muy bien recordada e añorada esposa mía, Doña Urraca de Pampliega.*

*Me hallo en la hospedería del monasterio de Santa María la Real de Nájera, donde los monjes han tenido a bien recibirme. Acabo de visitar los panteones reales que aquí se guardan como señal de la grandeza que aqueste lugar ha tenido en tiempos pasados, pero todavía recientes. También he aprovechado mi estancia en aquesta iglesia recomendada por el Codex Calistinus que me guía en aquesta peregrinación, para pedir a Dios e a su Santo Apóstol Santiago por el bien espiritual e material de las personas que quiero e que me quieren.*

*Antes de pasar a relataros los últimos acontecimientos relacionados con aquesta peregrinación que me llevará hasta los pies del santo apóstol, deseo faceros una difícil encomienda.*

*He dudado en ponerlo en vuestro conocimiento ante el peligro de contagiaros mi inquietud. Pero creo que su trascendencia me obliga a correr ese riesgo.*

*Algunos de los documentos e comprobantes de la propiedad de nuestros bienes, tierras e inmuebles non están adecuadamente firmados. Aquesta circunstancia non tendría importancia, si yo me fallara con vosotros. Pero dada mi mala salud e los percances que estoy pasando a lo largo de aquesta peregrinación por el Camino de Santiago, existe el peligro de que si a mi persona le pasara algo fatal, que ni dios ni el Santo Apóstol lo permitan, tanto vos como nuestros fijos tan queridos, podríais tener dificultades para ejercer los legítimos derechos de reclamar tales bienes.*

*Por aquestas razones e para proceder a la firma oficial de tales documentos que eviten esos riesgos para vuestros derechos, os ruego que*

*a través de vuestro primo Alfonso García de Pampliega, e procurando rodear aqueste tránsito de todas garantías, me traigáis temporalmente los documentos de propiedad. Como sabéis están guardados en el gran arcón de la fortaleza elevada e del que vos, como yo, tenéis una llave.*

*Dado el gran valor de esos documentos, debo insistir en la necesidad de emplear todas las medidas de seguridad en aqueste traslado. Sólo os propongo facerlo por considerarlo absolutamente beneficioso para vos e para nuestros fijos.*

*En cuanto a mi estado de salud, vuestro primo Alfonso García de Pampliega podrá confirmar que mantengo muy elevado mi ánimo, sin dejarme influir por los dolores que mi envejecido cuerpo me proporciona.*

*Estad segura de que vuestro esposo cumplirá con su misión de llegar hasta el sepulcro del Santo Apóstol con el fin de lograr la terminación del destino fatal que pesa sobre los miembros varones de nuestra familia.*

*Sabed, mi recordada esposa, que estáis constantemente presente en mi pensamiento, de modo especial, en el momento de dirigir mis peticiones al altísimo. Recibid, pues, mi recuerdo, igual que yo me siento reconfortado estando seguro de vuestro amor e fidelidad.*

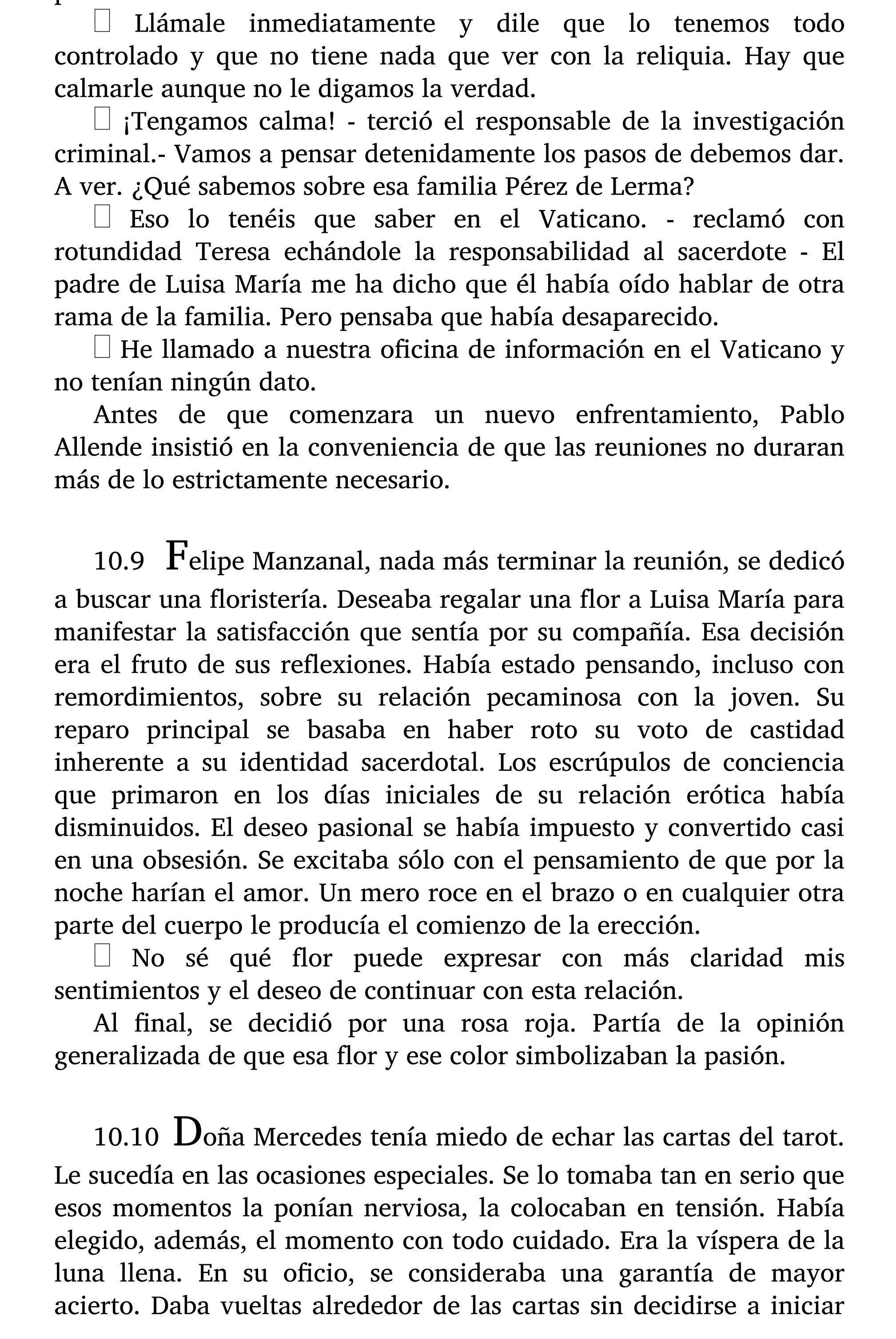
*Vuestro esposo e fiel servidor, Juan de Lerma.*

10.8 La reunión concertada por los dos policías y el sacerdote frente al altar mayor de la iglesia de San María la real, no se pudo llevar a cabo. Estaban realizando trabajos de reparación en el templo. Las visitas guiadas se limitaban a explicar el panteón real y la sillería del coro. Las otras zonas estaban cerradas o valladas. Los tres comenzaron la visita con una veintena más de personas. Muy pronto se separaron para intercambiar la información que cada uno tenía. La policía latinoamericana confesó que había desobedecido las indicaciones de sus compañeros y había llamado al padre de Luisa María para informarle de lo sucedido. Justificó tal actitud asegurando que no deseaba verse afectada por una posible denuncia de incumplimiento de contrato. Sus dos compañeros mostraron inicialmente su disgusto, pero se preocuparon mucho más por saber cuál había sido la reacción del padre de la joven.

— Su única preocupación es la seguridad de Luisa María. Está dispuesto a hacerla volver inmediatamente a Estados Unidos para evitar cualquier peligro. No le importa que la operación de entrega de la reliquia quede abortada.

— ¡Lo ves! - insistió Felipe Manzanal en su reproche - Te dijimos que no le informaras todavía.

— He intentado convencerle de que no corre ningún peligro. Me



ha exigido que todos los días me ponga dos veces en contacto con él para informarle sobre la situación.

— Llámale inmediatamente y dile que lo tenemos todo controlado y que no tiene nada que ver con la reliquia. Hay que calmarle aunque no le digamos la verdad.

— ¡Tengamos calma! - terció el responsable de la investigación criminal.- Vamos a pensar detenidamente los pasos de debemos dar. A ver. ¿Qué sabemos sobre esa familia Pérez de Lerma?

— Eso lo tenéis que saber en el Vaticano. - reclamó con rotundidad Teresa echándole la responsabilidad al sacerdote - El padre de Luisa María me ha dicho que él había oído hablar de otra rama de la familia. Pero pensaba que había desaparecido.

— He llamado a nuestra oficina de información en el Vaticano y no tenían ningún dato.

Antes de que comenzara un nuevo enfrentamiento, Pablo Allende insistió en la conveniencia de que las reuniones no duraran más de lo estrictamente necesario.

10.9 Felipe Manzanal, nada más terminar la reunión, se dedicó a buscar una floristería. Deseaba regalar una flor a Luisa María para manifestar la satisfacción que sentía por su compañía. Esa decisión era el fruto de sus reflexiones. Había estado pensando, incluso con remordimientos, sobre su relación pecaminosa con la joven. Su reparo principal se basaba en haber roto su voto de castidad inherente a su identidad sacerdotal. Los escrúpulos de conciencia que primaron en los días iniciales de su relación erótica había disminuidos. El deseo pasional se había impuesto y convertido casi en una obsesión. Se excitaba sólo con el pensamiento de que por la noche harían el amor. Un mero roce en el brazo o en cualquier otra parte del cuerpo le producía el comienzo de la erección.

— No sé qué flor puede expresar con más claridad mis sentimientos y el deseo de continuar con esta relación.

Al final, se decidió por una rosa roja. Partía de la opinión generalizada de que esa flor y ese color simbolizaban la pasión.

10.10 Doña Mercedes tenía miedo de echar las cartas del tarot. Le sucedía en las ocasiones especiales. Se lo tomaba tan en serio que esos momentos la ponían nerviosa, la colocaban en tensión. Había elegido, además, el momento con todo cuidado. Era la víspera de la luna llena. En su oficio, se consideraba una garantía de mayor acierto. Daba vueltas alrededor de las cartas sin decidirse a iniciar

la sesión. A la vez, lo deseaba. Era una lucha interior que la producía desasosiego. Quería conocer el dictamen de los arcanos mayores y simultáneamente lo temía. Por fin, se decidió. Hizo una preparación más larga para superar los nervios. Se concentró para lograr relajarse. Procuró centrarse en el objetivo principal de su petición. Deseaba conocer algo sobre los dos asesinatos, también sobre su relación con el santo Grial de Santiago. Barajó varias veces las cartas. Las palpó para transmitir su energía y recibir la que ellas emitían. Colocó las cartas con una exactitud matemática atendiendo a todos los detalles. Estableció una cruz templaria prefecta. Volvió a concentrarse. Cerró los ojos para levantar la carta central. Esperó. Al abrir los ojos, vio que había salido el arcano mayor número cinco, el Emperador. Se quedó sorprendida.

¡El emperador! – dijo en alto a pesar de esta sola - ¿Qué pinta aquí el emperador? ¿Qué significa el símbolo del poder y del triunfo en estas circunstancias? ¿Quién es el emperador? ¿A quién se le aplica?

Doña Mercedes tardó en levantarse. Estaba dominada por las dudas. No lograba entender el significado de aquel arcano.

10.11 El responsable de investigación criminal, al entrar en el albergue, se quedó desconcertado por la figura de un peregrino extraño que salía en ese momento. Le llamó mucho la atención su aparatosidad. Además, tuvo la sensación de que le recordaba a alguien. Pablo Allende continuó el camino hasta su litera donde deseaba cambiar una prenda de ropa que le daba calor. Pero no llegó hasta su destino. Giró y corrió hasta encontrar al peregrino que le había sorprendido por su indumentaria.

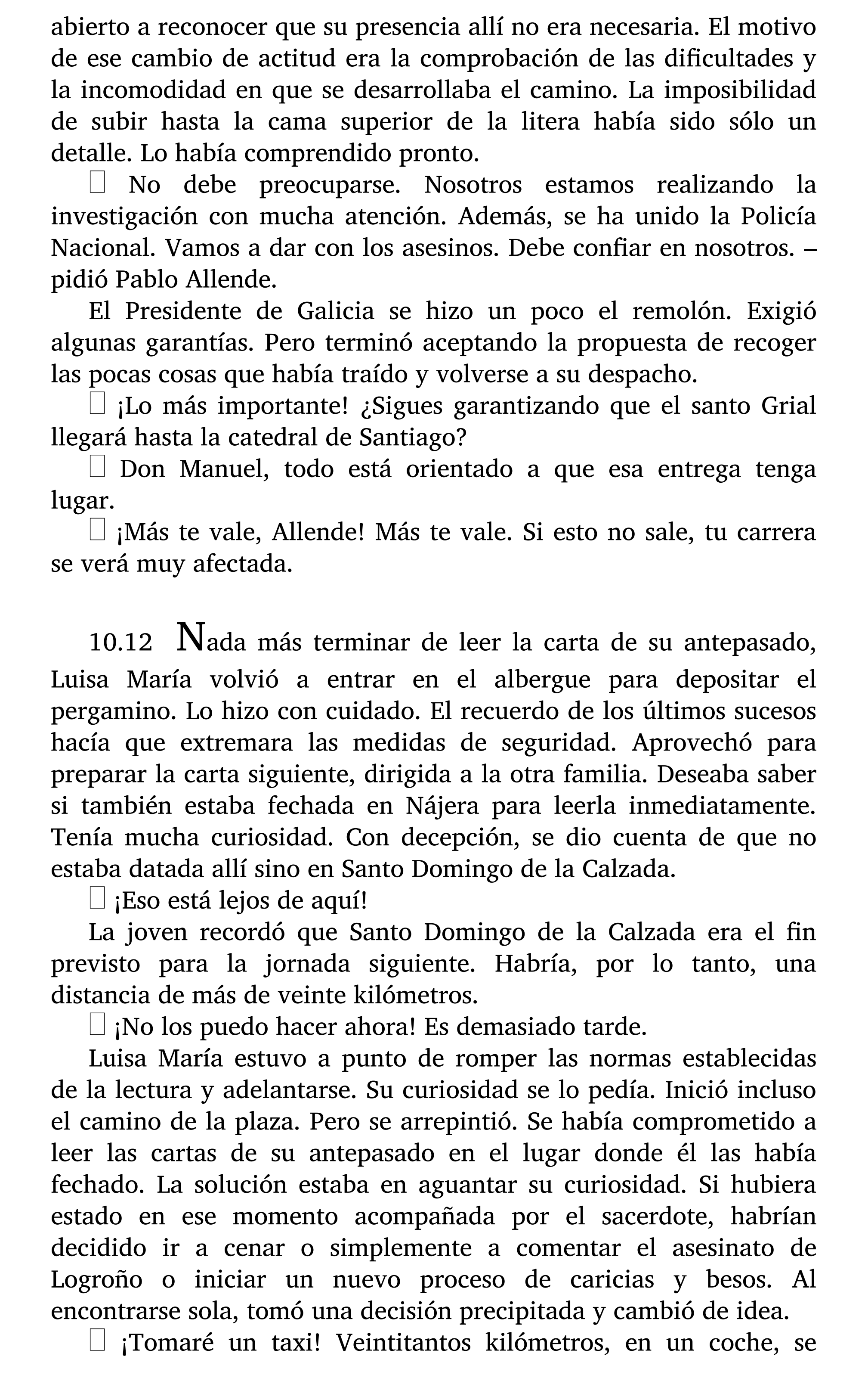
¡Don Manuel! – llamó.

¡Silencio, por favor!

Manuel Fraga Iribarne se volvió enfadado. Se llevó el dedo a la boca para reforzar la orden de que se callara. En cuanto reconoció al responsable de la investigación criminal le echó una bronca airada por haber dicho su nombre en público. A su juicio, había destruido todo el efecto de su cuidada labor de camuflaje. Con rapidez, se encaminaron los dos hacia un lugar solitario. El anciano político explicó su propósito de conocer personalmente las circunstancias en que se realizaba el camino de Santiago y la entrega del Santo Grial.

Don Manuel, eso debemos y podemos hacerlo nosotros. – argumentó el investigador policial.

Para su sorpresa, Fraga ofreció poca resistencia. Se mostró



abierto a reconocer que su presencia allí no era necesaria. El motivo de ese cambio de actitud era la comprobación de las dificultades y la incomodidad en que se desarrollaba el camino. La imposibilidad de subir hasta la cama superior de la litera había sido sólo un detalle. Lo había comprendido pronto.

— No debe preocuparse. Nosotros estamos realizando la investigación con mucha atención. Además, se ha unido la Policía Nacional. Vamos a dar con los asesinos. Debe confiar en nosotros. – pidió Pablo Allende.

El Presidente de Galicia se hizo un poco el remolón. Exigió algunas garantías. Pero terminó aceptando la propuesta de recoger las pocas cosas que había traído y volverse a su despacho.

— ¡Lo más importante! ¿Sigues garantizando que el santo Grial llegará hasta la catedral de Santiago?

— Don Manuel, todo está orientado a que esa entrega tenga lugar.

— ¡Más te vale, Allende! Más te vale. Si esto no sale, tu carrera se verá muy afectada.

10.12 Nada más terminar de leer la carta de su antepasado, Luisa María volvió a entrar en el albergue para depositar el pergamino. Lo hizo con cuidado. El recuerdo de los últimos sucesos hacía que extremara las medidas de seguridad. Aprovechó para preparar la carta siguiente, dirigida a la otra familia. Deseaba saber si también estaba fechada en Nájera para leerla inmediatamente. Tenía mucha curiosidad. Con decepción, se dio cuenta de que no estaba datada allí sino en Santo Domingo de la Calzada.

— ¡Eso está lejos de aquí!

La joven recordó que Santo Domingo de la Calzada era el fin previsto para la jornada siguiente. Habría, por lo tanto, una distancia de más de veinte kilómetros.

— ¡No los puedo hacer ahora! Es demasiado tarde.

Luisa María estuvo a punto de romper las normas establecidas de la lectura y adelantarse. Su curiosidad se lo pedía. Inició incluso el camino de la plaza. Pero se arrepintió. Se había comprometido a leer las cartas de su antepasado en el lugar donde él las había fechado. La solución estaba en aguantar su curiosidad. Si hubiera estado en ese momento acompañada por el sacerdote, habrían decidido ir a cenar o simplemente a comentar el asesinato de Logroño o iniciar un nuevo proceso de caricias y besos. Al encontrarse sola, tomó una decisión precipitada y cambió de idea.

— ¡Tomaré un taxi! Veintitantos kilómetros, en un coche, se

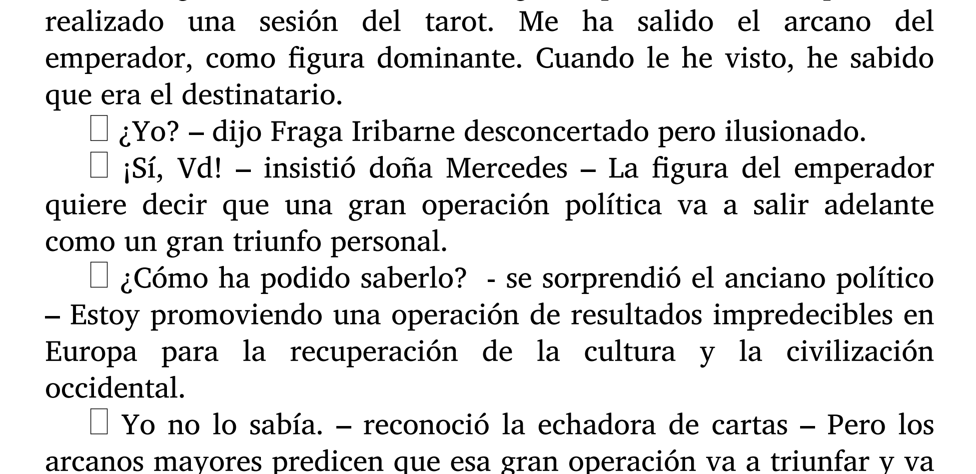
hacen en un momento.

La joven ni siquiera se preocupó de recoger la ropa que había dejado desperdigada por su litera. Su intención era trasladarse hasta Santo Domingo de la Calzada, leer la carta de su antepasado a la otra familia y regresar al albergue de Nájera.

10.13 ¡Don Manuel! Vd. es Fraga Iribarne, el Presidente de Galicia. Debo asegurarle que me cae muy bien. – dijo doña Mercedes.

Fraga y el responsable de investigación criminal habían planificado su salida del camino de Santiago para que nadie lo reconociera. No se había desprendido de ningún elemento de su disfraz. Antes, habían tenido tiempo para hablar detenidamente sobre cómo intensificar la presión policial con el fin de descubrir al asesino o los asesinos. El anciano político exigía resultados inmediatos y proponía que se emplearan los medios que fueran necesarios. El responsable policial le garantizó que habría pronto resultados.

La echadora de cartas se cruzó con ellos en la puerta del albergue. Ellos salían. Ella entraba para recoger a su hija. Desde el primer momento, le pareció un personaje conocido. Se quedó mirando. El político lo notó. Se ocultó más para disimular su identidad. No sirvió para nada. Doña Mercedes ya sabía quién era. Además, en ese mismo momento, recordó el arcano mayor del emperador que había salido en la última sesión. Comprendió que el anciano político era el destinatario. Fue decidida hacia él.



– Tengo un extraordinario augurio para Vd. Hace poco he realizado una sesión del tarot. Me ha salido el arcano del emperador, como figura dominante. Cuando le he visto, he sabido que era el destinatario.

– ¿Yo? – dijo Fraga Iribarne desconcertado pero ilusionado.

– ¡Sí, Vd! – insistió doña Mercedes – La figura del emperador quiere decir que una gran operación política va a salir adelante como un gran triunfo personal.

– ¿Cómo ha podido saberlo? - se sorprendió el anciano político – Estoy promoviendo una operación de resultados impredecibles en Europa para la recuperación de la cultura y la civilización occidental.

– Yo no lo sabía. – reconoció la echadora de cartas – Pero los arcanos mayores predicen que esa gran operación va a triunfar y va a tener frutos positivos. Sobre todo anuncian un gran éxito personal por su parte.

— Señora, es una gran satisfacción personal y política para mí. Ahora tengo que irme. Pero le aseguro que no será la última vez que hablemos. Muy pronto me pondré de nuevo en contacto con Vd. – aseguró el presidente de Galicia.

10.14 El teléfono móvil de Luisa María volvió a sonar indicando que había llegado un mensaje escrito. Ella ni se inmutó. ‘Ya está otra vez el pelma de Michael’, pensó. Como sólo recibía mensajes de su ex novio, estaba segura de que procedía de él. De todos modos, lo comprobó.

— ‘Estoy preparando prueba definitiva de mi amor hacia ti. Con ella, no podrás resistirte más. Temo que me estés siendo infiel. No lo perdonaría. M. jr.’

— La joven americana, sin hacer ningún comentario, volvió a cerrar el auricular y siguió el camino. Pensó que iba a ser difícil librarse de él, dada la insistencia y la crudeza con la que exponía sus celos.

10.15 Cuando Pablo Allende regresó al albergue, fue abordado por un hombre cuyo rostro le era difusamente conocido. No alcanzaba a recordar cuándo ni dónde le había visto.

— No sé si me recuerda. Soy el hospitalero del albergue de los peregrinos de Pamplona.

— ¿Cómo está? – saludó con afecto el policía - ¿Se ha decidido a recorrer el Camino?

— ¡No! - enfatizó el interpelante - He visto, en el periódico, la fotografía del asesinado en el albergue de Logroño. He venido en coche hasta aquí para contactar con los que hacían el Camino con él. En el albergue de Pamplona, hubo un señor de tipo muy raro que me dejó un mensaje para el asesinado. Era un señor mayor. Casi un anciano. Pero llevaba el pelo muy largo. Blanco, pero muy largo. A pesar de sus años, vestía con pantalones vaqueros, de una forma muy juvenil.

— ¿Tenía relación con el asesinado?

— Eso no lo sé. Lo que puedo asegurar es que me dio un recado para decirle que se pusiera de nuevo en contacto con él. Como única identificación, me dijo que se dedicaba a la compra y venta de obras de arte. ¿Cree que debo presentar una denuncia formal?

— No se preocupe. –prometió el investigador - Ya me encargo yo de todo. Muchas gracias por haberse tomado esta molestia.

10.16 — ¿Se llama Vd. Felipe?

El responsable del albergue de Nájera, a pesar de ser un señor mayor y con todas las características de los que se toman las cosas con calma, se precipitó sobre el sacerdote nada más que éste apareció por la puerta. Éste entraba portando con cuidado la rosa roja que había comprado para agasajar a su amada compañera americana.

— ¡Sí! Mi nombre es Felipe.

— Ha tenido tres llamadas telefónicas y le van a volver a llamar dentro de cinco minutos. – informó el hospitalero.

— ¿Sabe quién me ha llamado?

— Una señora o señorita con acento extranjero que me ha dicho que se llama... Luisa María.

El hospitalero tuvo que ponerse las gafas y mirar en un papel colocado encima de la mesa en el que había apuntado el nombre.

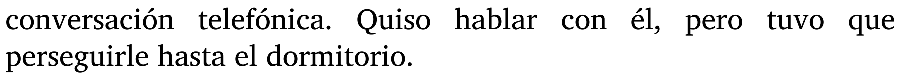
— ¿Ha sucedido algo? ¿Ha tenido algún problema?

— Me ha dicho que le va a volver a llamar y que la espere.

El sacerdote recibió el recado con gran nerviosismo. En la precipitación, casi se le cae la flor. Lo primero que imaginó es que algo grave le había pasado para tener que llamar desde fuera del albergue. Debía estar esperando para cenar juntos como habían quedado. Se quedó al lado de recepción para atender la nueva llamada nada más que se produjera. No tardó en sonar el teléfono público del albergue. El sacerdote, que había mantenido una espera muy nerviosa con la rosa en mano, se lanzó, empujando y haciendo casi caer al hospitalero.

— ¿Luisa María?... ¿Estás bien?... ¿Dónde estás?... Pero ¿qué haces en Santo Domingo de la Calzada? ... ¡Menudo susto me has dado! Has cometido una imprudencia. Puede pasarte cualquier cosa por ir sola. Después de lo sucedido en Logroño, hay que tener mucho cuidado... ¿Quieres que vaya yo a Santo Domingo?... ¡Estás loca!... No me esperes en el parador. Cojo un taxi y voy al albergue. Mira a ver si queda algún sitio libre.... Si no quedan camas, dormiremos en el suelo. Somos peregrinos.... Ya sé que es tarde. Pide al hospitalero que no cierre el albergue, por favor... De acuerdo. Te llevo la mochila. Seguro que lo tienes todo revuelto y tengo que organizártela... Espérame en el albergue. Y no salgas. Ten mucho cuidado.

Felipe colgó el teléfono con precipitación. Miró la rosa. La besó por la satisfacción de haber localizado a su amante. Corrió hacia el dormitorio sin dar explicaciones a nadie. El hospitalero, después de recuperarse del empujón, había seguido con curiosidad la


conversación telefónica. Quiso hablar con él, pero tuvo que perseguirle hasta el dormitorio.

— Si van a dejar dos camas libres, avisaré a dos señoras mayores que han llegado tarde y tienen que dormir en el suelo.

10.17 Luisa María, tras hablar con Felipe desde Santo Domingo de la Calzada, se dirigió hacia la catedral, conocida por la leyenda de la gallina que cantó después de haber sido asada. Llevaba ya el pergamino en la mano. Tenía tanta curiosidad por saber lo que decía la carta de su antepasado, que se sentó en una de las sillas de la terraza del cercano parador frente al templo. Pidió un refresco y comenzó a leer.

*'Muy querida e muy amada María,*

*Voy a entrar de modo directo a explicarte mis planes. Eso non debe darte la sensación de que mi amor hacia ti ha disminuido por non reiterártelo. Tampoco significa que se haya reducido la alegría que me proporciona recibir la visita de nuestro fijo tan querido e comprobar el gran parecido en su rostro e contextura que tiene conmigo e con mi difunto padre, que es su abuelo.*

*Deseo poner en tú conocimiento, para que estés al tanto de todos mis planes, que estoy poniendo en marcha una trampa. He pedido a mi esposa que en el próximo viaje me traiga, por mediación de su primo Alfonso García de Pampliega, los documentos de propiedad de las tierras e los inmuebles de la familia. Le he dado como razón para ese traslado, la sospecha de que non los he dejado firmados e deseo facerlo para que tanto ella como mis fijos legítimos non tengan dificultad al heredarlos, en caso de que algo me sucediera en aquesta peregrinación.*

*En realidad, mi propósito es quedarme con esos documentos de propiedad e dárselos a nuestro fijo Juan, después de haber corregido los nombres de los destinatarios de mi herencia en vuestro favor. Espero e deseo que su avaricia les haga caer en aquesta trampa.*

*También deseo reconocer tu trabajo de convencimiento e felicitarte por haber hecho cambiar de idea a nuestro fijo Juan para aplazar la venganza hacia mi esposa e su primo Alfonso por su tentativa de darme muerte.*

*He hablado con él, tras su llegada, e hemos acordado que tras cumplir mi misión en la tumba del Santo Apóstol, ambos nos dedicaremos, como objetivo prioritario, a darles el escarmiento que se merecen.*

*Mi muy querida María, te reitero el profundo deseo que tengo de verte e también estar a tu lado. Con esa esperanza, estoy incrementando el ritmo de mi paso en aqueste Camino de peregrinaje con el fin de*

*acortar el número de días que me separan del cumplimiento de mi misión para estar contigo.*

*Mientras esa dicha llega, sigo amándote cada día más. Juan de Lerma'.*

— Tengo que ir también a conocer la casa de María. Me cae muy bien. Es mi auténtica antepasada. La prefiero a la Urraca esa. Cuando termine el Camino, haré turismo visitando Lerma y Castro Urdiales. -se prometió a sí misma la joven americana.

10.18 En contra de su costumbre, Doña Mercedes dejó a su hija acostada en el albergue desde media tarde. Fue a cumplir otro de sus exotéricos ritos relacionados con esa localidad. La anciana se dirigió primero a comprar una sencilla jarra de tierra cocida. Después, fue al campo a recoger azucenas. A continuación, se encaminó al altar mayor de la Iglesia de Santa María la real. Tuvo dificultades por las obras que se estaban realizando. Pero logró eludir a los vigilantes y se acercó todo lo que pudo. Partió las flores en trozos pequeños y los depositó en la jarra.

— Señora Santa María, - rezó - tú que fuiste aquí encontrada junto a una sencilla jarra y unas flores como estas, ten a bien acordarte de mi desgraciada hija a la que desde el cielo le han negado las luces necesarias para conducirse sola en la vida. Convence al terco del Apóstol Santiago para que haga un milagro y la libere de sus limitaciones. Dile que estoy muy enfadada con él. Se está portando muy mal conmigo. Espero que tú te portes mejor. Amén.

10.19 Luisa María, tras la lectura de la carta de su antepasado, fue a sentarse en un banco público frente a la puerta del albergue de Santo Domingo de la calzada, como había quedado con su amante. Se alegró de que llegara la hora del cierre del establecimiento de peregrinos, sin ninguna señal de su compañero. Así sería más fácil convencerle para pasar la noche cómodamente en el parador. La aventura erótica podía resultar más excitante y libre. No tendrían que preocuparse de no hacer ruido como en los dormitorios corridos de los albergues.

Cuando el taxi llegó, Felipe salió precipitadamente con las dos mochilas en las manos, dispuesto a no perder un minuto, consciente de que ya se había superado la hora del cierre del albergue. Tenía dificultades para sostener también la rosa roja que traía como regalo. No aceptó inicialmente las falsas explicaciones de la joven

sobre su resistencia para que mantuvieran la puerta abierta. Incluso estuvo a punto de llamar él para solicitar que les admitieran a pesar de haber sobrepasado la hora. Ante la insistencia de la joven, decidió ceder. Aprovechó para entregarle la rosa roja que había comprado como símbolo de que estaba decidido a continuar con la relación amorosa. Luisa María, que había tenido dudas sobre el momento de comenzar a ponerse cariñosa para convencer a su compañero, recibió la rosa con entusiasmo. Aprovechó para besarle directamente en la boca. Mantuvo el contacto. Pronto introdujo la lengua. Felipe no sólo dejó hacer sino que participó activamente, a pesar de hallase en plena calle y no haber pagado al taxista. Éste carraspeó para hacerse notar. El sacerdote que ocultaba su identidad se puso colorado. Pidió disculpas y pagó. Inmediatamente cogió las mochilas. Entraron en el parador y subieron hasta la habitación.

Nada más entrar, los dos pensaron en las ventajas de comodidad que iban a tener para su juego amoroso. Dejaron caer las mochilas junto a la puerta. Se fundieron en otro abrazo. Repitieron los besos ardientes. Buscaron las aperturas de las ropas para tocarse y acariciarse. Se fueron desnudando desordenadamente el uno al otro, sin separar las bocas ni sacar sus lenguas. Ella retrocedió hasta tirarse sobre la cama. Al mantener el abrazo y el beso, Felipe cayó encima. Continuaron separando la ropa. Los dos estaban muy excitados. Las caricias y tocamientos cada vez eran más apasionados. Incluso, violentos. Sin llegar a estar desnudos, él la penetró. Ella sintió un pequeño dolor inicial. Pero en seguida disfrutó de una penetración más profunda. Después, llegaron los jadeos. Hubo nuevos besos y alguna caricia más.

Se ducharon juntos. Antes, ella olió y besó la rosa roja. Volvieron los juegos eróticos. Pero se interrumpieron. De mutuo acuerdo, decidieron vestirse para bajar al comedor a cenar. La joven pidió ser ella la que invitaba por haber tomado la iniciativa en la elección del lugar sin contar con la voluntad de Felipe.

— Un caballero no puede permitirlo, ni en el Camino de Santiago, donde esas normas sociales no tienen valor.

La joven americana interpretó la argumentación como un síntoma de machismo. Pero le dejó hacer y aceptó la invitación. Ninguno de los dos se excedió en la comida. Pidieron un vino blanco especial. Los dos coincidieron, para el postre, en tomar tarta de chocolate. Ella se puso ya cariñosa en el comedor. La reacción inicial del sacerdote fue de rechazo. Argumentó que debían esperar a estar en privado. No tardaron mucho en subir. En el ascensor, la

joven fue provocando los deseos de su compañero. El sacerdote se resistió hasta cerrar la puerta de la habitación. Allí comenzó a responder a las caricias. Al poco tiempo, era él quién tomaba la iniciativa, a pesar de su teórica falta de experiencia en el juego erótico. Ella notó una cierta precipitación. Incluso consideró un poco cortos los juegos iniciales. Hizo algún intento por facilitar la práctica del sexo oral. Pero la eyaculación del sacerdote llegó antes de que la joven hubiera logrado su clímax. Felipe se quedó sorprendido y avergonzado. Pidió disculpas. Ella quitó importancia al hecho. Realizó otro intento para repetir el proceso amoroso. No hubo éxito. El órgano varonil no respondió.

□ Mañana debemos madrugar. Nos espera un día tenso y complicado. - respondió el sacerdote, con la intención de arreglar la situación.

# 11.- SAN JUAN DE ORTEGA

**(Lunes, 27 de septiembre de 1999)**

11.1 La carta siguiente del antepasado que debía leer Luisa María estaba fechada en la localidad burgalesa de San Juan de Ortega. La joven decidió esperar hasta llegar a ese final de etapa sin adelantar el trayecto utilizando taxis u otros vehículos motorizados. Sin forzar el ritmo de la marcha, tardarían tres días en llegar, cubriendo las etapas establecidas en las guías del camino. Para lo que sí reservaría fuerzas era para su relación amorosa, cada vez más apasionada.

Nada más llegar a San Juan de Ortega, Luisa María satisfizo el deseo de leer la carta esperada. Aprovechó la sombra en un banco de piedra junto a la fachada del Monasterio de los Jerónimos. No esperó a inscribirse. Ni siquiera entró en el albergue.

*'Muy respetada e recordada esposa, Doña Urraca de Pampliega.*

*Con gran dolor, he recibido la noticia sobre vuestro enfado, que me ha transmitido vuestro primo Alfonso.*

*Con todo, lo que más tristeza ha causado a mi corazón es la consideración que me ha transmitido vuestro pariente de modo textual de que 'os sentís traicionada en vuestros derechos como esposa a la vez que creéis haber sido engañada'. He pedido a Alfonso García de Pampliega que me explicara el significado de esa queja. Únicamente me ha dicho que se trataba de unas palabras salidas expresamente de vuestra boca.*

*Os pido que, en la próxima visita, vuestro primo me traiga una explicación para comprender con exactitud el alcance de vuestro reproche. Pero ruego a Dios padre todopoderoso e también al Santo Apóstol cuyo Camino estoy recorriendo, que ese reproche haya nacido de un enfado momentáneo.*

*Asimesmo, ha llenado mi corazón de tristeza la comunicación que me ha transmitido vuestro primo sobre la intención que tenéis de recurrir a los altos tribunales de la justicia eclesiástica 'a causa de las traiciones que vuestro marido (es decir yo)...'*

Luisa María había llegado hasta ese punto conteniendo la respiración con el fin de percibir con más exactitud el grave conflicto que había sufrido su antepasado por culpa de su esposa.

 ¡Es una mujer mala y soberbia! Desde el principio, he sabido que nunca ha querido a mi antepasado. Estoy segura de que se casó sólo por el dinero.

La joven americana aprovechó el descanso para respirar y para dar salida a sus sentimientos. El principal motivo de la interrupción era el deseo de repasar algunas de las expresiones incluidas en el mensaje. Revisó los últimos párrafos del texto y reanudó la lectura.

*‘... ‘a causa de las traiciones que vuestro marido, (es decir yo) está cometiendo con la excusa de estar recorriendo el Camino de Santiago’. He marcado las últimas palabras porque, de esa manera textual, han sido pronunciadas por Alfonso García de Pampliega.*

*Non puedo dar crédito a que ese pensamiento haya podido nacer en vuestro corazón e llegar hasta vuestros labios. Vos sabéis que durante todos los años de nuestro ya largo matrimonio os he dado continuas muestras de respeto e de fidelidad. Tenéis también constancia de que en aqueste Camino de Santiago, además de los muchos sacrificios e padecimientos que soporto para lograr la intercesión del Santo Apóstol con el fin de remediar la maldición caída sobre los miembros varones de nuestra familia, constantemente os doy muestras del respeto que tengo hacia vos.’*

 ¡Bruja, más que bruja! -dijo en voz alta Luisa María a pesar de estar sola, en una nueva y breve interrupción de la lectura. - Tú sigue adelante. ¡Tienes que enderezar el destino de toda la familia!

*’Nada más lejos de mi intención el deseo de retirar de vuestra vigilancia los documentos de propiedad de las posesiones e inmuebles de la familia. Mi propósito es exactamente el contrario. Como os decía en mi anterior misiva, es conveniente tener esos documentos bien firmados para que vos e nuestros fijos non tengáis ningún problema en el caso de que a mí me suceda algo en aqueste peregrinaje hasta Compostela.*

*La única razón para pediros que vuestro primo trajera momentáneamente esos documentos era proceder a la firma que universalizara vuestros derechos e ratificara la transmisión de tales bienes.*

*Sólo me queda pediros que reflexionéis con calma sobre aqueste asunto e que meditéis en vuestras oraciones así como solicitéis del Altísimo prudencia para tomar una decisión definitiva.*

*Yo, por mi parte, nada más entregar aqueste mensaje a vuestro primo, voy a rezar en la capilla privada que los monjes agustinos de aqueste monasterio construido por San Juan de Ortega me han permitido utilizar.*

*Sabed que vuestro esposo os recuerda, os es fiel e que sólo se ha alejado de vos e de nuestros muy queridos fijos para, mediante el*

*sacrificio, conseguir el bien más deseado para nuestros descendientes. Vuestro esposo os tiene presente en sus oraciones. Juan de Lerma.*

En lugar de guardar el pergamino de su antepasado, la joven americana se quedó un momento pensando con la mirada perdida. Estaba afectada por el dolor que intuía en la carta de su antepasado, a la vez que se admiraba de la inteligencia con la que pretendía reconducir la situación. Se llevó el pergamino hasta los labios.

— ¡Adelante, Juan de Lerma! ¡Yo te apoyo!

Besó el pergamino. Lo dobló. Lo guardó junto con los otros. Se colocó, de nuevo, la mochila en la espalda y se dirigió al albergue.

11.2 El sacerdote funcionario del Vaticano había concertado una reunión con los policías Teresa Miranda y Pablo Allende en el único bar existente en esa pequeña localidad. Todos estaban muy interesados en incrementar las investigaciones policiales para resolver la autoría de los dos asesinatos que habían tenido lugar en el camino con relación a la entrega del Santo Grial de Santiago.

— ¿Cómo van las pistas sobre ese señor mayor que se dedica a la compraventa de objetos antiguos de valor? Si estaba haciendo negocios con el segundo asesinado, es un sospechoso importante. – consideró Felipe Manzanal.

— ¿Cómo sabes tú que estaban haciendo negocios? - preguntó muy sorprendida la policía.

-El asesinado también habló conmigo. Me dijo que deseaba vender la reliquia. – aseguró el sacerdote.

— ¡Tenías que habérnoslo dicho! – gritó Teresa Miranda – Eso es una falta de lealtad.

— Bueno, Teresa. No te pongas así. – intervino el responsable investigación criminal – Debemos centrarnos en los datos que tenemos para avanzar. Me acaban de comunicar una información importante. Se ha presentado a la policía de Logroño un señor con las características del interesado en comprar la reliquia. Ha asegurado que había tenido algunas reuniones con el muerto. Pero ha jurado que no tenía nada que ver con los hechos. Han comprobado sus coartadas y le han puesto en libertad bajo vigilancia.

— ¿Lo ves? Mis informaciones eran buenas. - dijo el sacerdote como disculpa -¿Ha dejado alguna pista más?

— Parece que ese viejo extravagante había ofrecido a… ¿Cómo se llamaba? – preguntó Pablo Allende.

— Mateo Pérez de Lerma - le apuntó la policía Teresa Miranda, que se mantenía atenta a la conversación.

 Parece que el viejo extravagante había ofrecido a Mateo una cantidad de dinero inferior a la que él deseaba. El Pérez de Lerma este decía que iba a conseguir una reliquia de mucho valor.

 ¡La nuestra! – preguntó el sacerdote - Lo que quiere decir es que esto complica nuestra misión.

 Los datos de este sospechoso están en la comisaría de Logroño. Ha declarado que, en su opinión, el asesinado tenía mucha prisa en vender y ha podido cometer una imprudencia con los miembros de alguna mafia.

 ¿Qué mafia? - preguntó el sacerdote, que iba mostrando cada vez más preocupación.

 ¡Ni idea! Nos convendría interrogar nosotros directamente a este vendedor de obras de arte. He pedido a los policías de Logroño que me avisen el día en que tendrá que presentarse en comisaría. Me trasladaré hasta allí y lo interrogaré. – dijo Pablo Allende – os tendré informados.

El sacerdote, antes de despedirse, insistió en la conveniencia de tener varias reuniones al día, en lugar de una sola, dada la rapidez de los acontecimientos. Sin embargo, los policías impusieron la tesis de que con una reunión diaria era suficiente.

11.3 Cuando la joven americana estaba ya a punto de entrar en el albergue de San Juan de Ortega, el perro negro de ojos brillantes apareció de nuevo por sorpresa y comenzó a ladrarla con agresividad. Luisa María sintió miedo y corrió hasta entrar en el edificio. Desde dentro, pudo oír el silbido y ver, a través de la ventana, a la anciana vestida de negro situada detrás de un árbol en la explanada cercana. El perro obedeció a su dueña y dejó de ladrar. Ambos desaparecieron también por sorpresa.

Al poco tiempo, Felipe Manzanal también entró en el albergue. Ella se refugió en sus brazos como si necesitara protección.

11.4.- ¡Debemos hacer una reunión secreta con los futuros caballeros de la nueva Orden del Temple europea más insignes!

El presidente de Galicia llevaba varios días con el ánimo muy subido como consecuencia del augurio que había recibido a través de los arcanos mayores del tarot consultados por Doña Mercedes. Con esa renovada esperanza, indicó a su secretaria cómo debía realizar los contactos con los líderes políticos conservadores de los principales países europeos.

 ¡Es el momento de darles todos los detalles sobre la

trascendental misión que vamos a llevar a cabo!

Manuel Fraga Iribarne detalló a su secretaria cómo debía establecer un contacto directo con cada uno de ellos. Era preciso proponerles una reunión privada individualizada. Si ellos no podían trasladarse hasta España para esos contactos, él se trasladaría hasta sus lugares de origen. Insistió en que tenía tanto empeño en sacar adelante esta misión que estaba dispuesto a soportar todas las molestias y sufrimientos que fueran necesarios.

— Haz gestiones con todos los que hemos incluido en la lista. Debes comenzar por los tres grandes, el alemán Helmut Kohl, el italiano Giulio Andreotti y el francés Jacques Chirac. Debemos darnos prisa. Tenemos que estar preparados para el momento en que se entregue el santo Grial de Santiago en la catedral.

Apremiada por las prisas del presidente, la secretaria dio muestras de su habitual diligencia y se encaminó hacia su despacho para poner en marcha las gestiones que le había encomendado. De repente, tuvo una duda y se volvió hacia su jefe.

— Don Manuel, ¿ya ha despejado la incógnita sobre Margaret Thatcher?

— Estoy todavía en duda. – confesó inquieto el presidente gallego – Me debato entre la tradición y la modernidad. Por una parte, los caballeros de la Orden del Temple, como el mismo nombre indica, siempre han sido varones. Por otro lado, estamos a punto de terminar el siglo XX. La presencia de una mujer como Margaret Thatcher puede sernos de gran utilidad. Además, es una personalidad muy adecuada para muestra misión. Debo pensarlo más. De momento, comience por Helmut, Jacques y Giulio.

— Le tengo que hacer otra pregunta, don Manuel. ¿Ya ha decidido lo que va a hacer con Silvio Berlusconi? Llama muchas veces. Ya no sé qué mentiras inventarme como excusa. Ha dicho que quiere ser caballero de la nueva Orden del Temple por encima de todo.

— ¡Imposible! No podemos bajar hasta ese nivel. Debemos exigir más honorabilidad.

— En ese caso, debería decírselo, para que deje de llamar.

Mientras la secretaria salía, Manuel Fraga Iribarne pensó que las dudas sobre la presencia de Margaret Thatcher y la negativa a Silvio Berlusconi debía consultárselas a la echadora de cartas que había obtenido el augurio anterior tan prometedor.

11.5 Doña Mercedes seguía intrigada por descubrir, a través de los arcanos mayores, algún dato o indicio sobre los asesinatos

que habían tenido lugar en el camino. Influía la propia curiosidad que sentía sobre esos casos. También estaba motivada por el deseo de demostrar que sus visiones y discernimientos podían tener una aplicación práctica concreta. Tuvo dificultades para llevar a cabo una nueva sesión a causa del estado de irritación que estaba padeciendo esos días su hija. Sin un motivo aparente, Merceditas se enfadaba por las cosas más insignificantes. Se enfrentaba muy frecuentemente con su madre y exigía una atención continuada.

Por fin, pudo encontrar un momento para llevar a cabo la sesión. Merceditas se había empeñado en realizar ella sola la colada de la ropa sucia. Aprovechó para concentrarse. Deseaba que las cartas se refirieran a los asesinatos del camino. Puso todo su pensamiento en ese tema. Se deshizo de los otros recuerdos y sentimientos. Siguió el ritual con detenimiento y rigor. Dio todos los pasos al ritmo debido. A la hora de levantar las cartas, lo hizo con parsimonia y convencimiento. En el centro de la cruz templaria, estaba colocado el arcano número XVI, el diablo. Quedó del revés. A su derecha, apareció el Sol. A la izquierda, la luna.

□ ¿Qué quiere decir esta combinación? El diablo al revés, entre el sol y la luna. Esto es un misterio.

Le echadora de cartas se quedó sorprendida. Pensó durante un tiempo en el posible significado del augurio. No lo encontró. Confió en que, con el tiempo, se hiciera evidente.

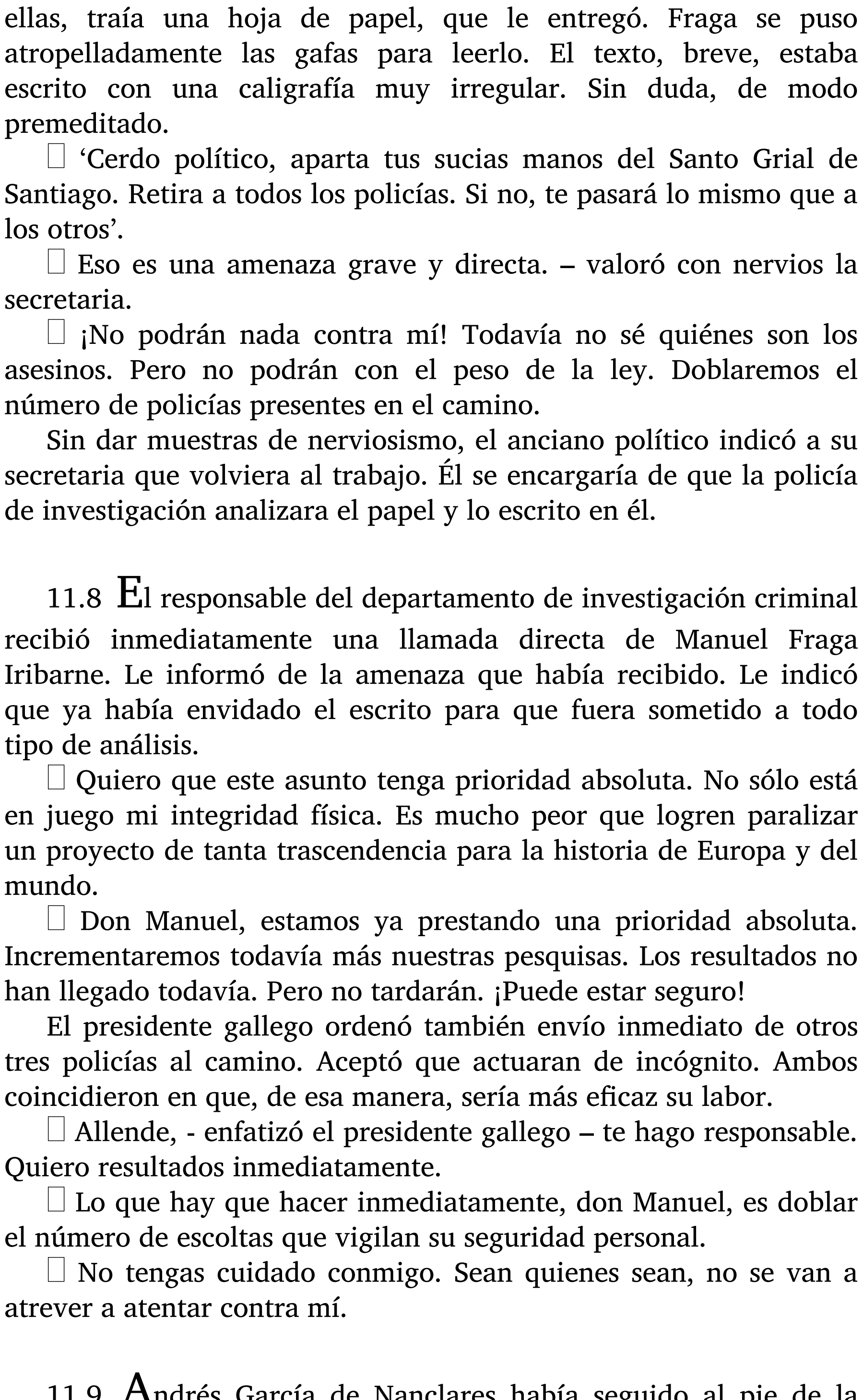
11.6.- Cuando Teresa Miranda se dirigía al albergue después de la reunión, no dejaba de pensar en las sospechas que le había provocado el sacerdote. Era consciente de que sentía una animadversión hacia él. La atribuía a la intuición que había ido desarrollando en el ejercicio de su profesión, para no admitir la influencia de los celos.

□ Ese cura sabe demasiado. – pensó – Conoce cosas que no tenía por qué conocer.

Al entrar en el dormitorio, dirigió la mirada, casi por rutina, hacia la litera que habían reservado a primera hora de la tarde el sacerdote y la joven americana. No estaban. Sus mochilas servían como señal de la reserva. Teresa Miranda pensó que deberían establecer controles más estrictos.

11.7 □ ¡Don Manuel, mire esto!

□ La secretaria del Presidente de Galicia entró, precipitada y nerviosa, en el despacho de su jefe. Le temblaban las manos. En



ellas, traía una hoja de papel, que le entregó. Fraga se puso atropelladamente las gafas para leerlo. El texto, breve, estaba escrito con una caligrafía muy irregular. Sin duda, de modo premeditado.

— ‘Cerdo político, aparta tus sucias manos del Santo Grial de Santiago. Retira a todos los policías. Si no, te pasará lo mismo que a los otros’.

— Eso es una amenaza grave y directa. – valoró con nervios la secretaria.

— ¡No podrán nada contra mí! Todavía no sé quiénes son los asesinos. Pero no podrán con el peso de la ley. Doblaremos el número de policías presentes en el camino.

Sin dar muestras de nerviosismo, el anciano político indicó a su secretaria que volviera al trabajo. Él se encargaría de que la policía de investigación analizara el papel y lo escrito en él.

11.8 El responsable del departamento de investigación criminal recibió inmediatamente una llamada directa de Manuel Fraga Iribarne. Le informó de la amenaza que había recibido. Le indicó que ya había envidado el escrito para que fuera sometido a todo tipo de análisis.

— Quiero que este asunto tenga prioridad absoluta. No sólo está en juego mi integridad física. Es mucho peor que logren paralizar un proyecto de tanta trascendencia para la historia de Europa y del mundo.

— Don Manuel, estamos ya prestando una prioridad absoluta. Incrementaremos todavía más nuestras pesquisas. Los resultados no han llegado todavía. Pero no tardarán. ¡Puede estar seguro!

El presidente gallego ordenó también envío inmediato de otros tres policías al camino. Aceptó que actuaran de incógnito. Ambos coincidieron en que, de esa manera, sería más eficaz su labor.

— Allende, - enfatizó el presidente gallego – te hago responsable. Quiero resultados inmediatamente.

— Lo que hay que hacer inmediatamente, don Manuel, es doblar el número de escoltas que vigilan su seguridad personal.

— No tengas cuidado conmigo. Sean quienes sean, no se van a atrever a atentar contra mí.

11.9 Andrés García de Nanclares había seguido al pie de la letra las indicaciones de su esposa. Intentaba pasar lo más desapercibido posible. Decidió confesarse en el Monasterio de los

Jerónimos de San Juan de Ortega. Incrementaría así su lista de firmas parroquiales para cumplir su peculiar penitencia. En la elección de este monasterio, no había influido su extraordinario valor arquitectónico, debido al propio San Juan de Ortega. Había hecho parada en esa pequeña localidad burgalesa por el deseo de saborear las famosas sopas de ajo preparadas por el hospitalero del albergue, de las que hablaban todas las guías. Fue una comida bastante frugal. Además de la sopa, tomó carne guisada y un poco de fruta. Sin embargo, remató el refrigerio con un licor de hierbas, preparado también en el propio albergue aunque no estaba a disposición de todos los peregrinos. Para Andrés fue ésa otra jornada agradable. No tuvo que soportar la presencia de su mujer ni recibió ninguna orden de Manuel Fraga Iribarne.

11.10 Cuando Luisa María se despertó, buscó el cuerpo de su compañero de cama para provocar un juego amoroso matutino. Sin embargo, Felipe ya se había levantado. Estaba duchado y se hallaba preparando su mochila.

— Tenemos que darnos prisa. Es muy tarde.

La joven intentó convencerle de que tenían tiempo suficiente, porque, en realidad, habían adelantado una jornada del camino. Ningún argumento sirvió para convencerle. Su terquedad llegó a enfadar a la joven, predispuesta ya al mal humor por el rechazo de una nueva aventura amorosa. La señal de llegada de un nuevo mensaje telefónico rompió la tensión. No necesitó comprobar que era de su ex novio. La soledad y la paz interior la llevaron a ser más benévola. 'Vamos a ver lo que dice hoy', dijo casi en voz alta.

— '¡Debes contestarme! No aguanto más sin hacer el amor contigo. Estoy cachondo imaginando tu chocho. En próximos días, puedo estar cerca de ti. ¿Dónde quieres que nos veamos? M. Jr.'

— Hasta que no deposite la reliquia de mi antepasado en la catedral de Santiago, no veré a nadie de fuera del camino. ¡A nadie!

Se dijo mentalmente para recordarse a sí misma la firmeza de su decisión. Pero no se la comunicó a su ex novio. No le envió ningún mensaje de respuesta. Cerró el teléfono y lo guardó.

— Cuando quieras, podemos reiniciar el camino.- indicó a su amante peregrino.

11.11 Casi al mismo tiempo, sonó el teléfono móvil de Pablo Allende. El responsable de la investigación criminal se apresuró a

contestar con nerviosismo como muestra de que estaba preocupado para la falta de noticias. Por el número de origen, supo que la llamada procedía del Servicio de Información Policial.

— Dime, Laura.

— Han detenido a una mujer en Castro Urdiales.

— ¿Eso qué significa?

— La policía de esa zona dice que tiene relación con las muertes rituales de los hermanos Pérez de Lerma.

— ¿También del asesinado en el camino?

— Eso dice la policía local. Yo no he podido comprobar nada. Acabo de recibir ese dato y me he apresurado a comunicártelo.

— ¿Tendrá relación también con el asesinado en el albergue de Roncesvalles?

— Ya te he dicho que, en este momento, no tengo ningún otro dato. – volvió a excusarse Laura Castro.

— En cuanto sepas cualquier detalle, me llamas inmediatamente. ¡Pero inmediatamente!

— Nada más cortar la comunicación, tuvo que repetirle los pocos detalles obtenidos a Teresa Miranda. Estaba escuchando, deseosa de tener alguna información. Ambos comentaron su extrañeza de que una mujer de Castro Urdiales pudiera tener relación con el asesinato ritual de Logroño. Pero se felicitaron de que hubiera alguna noticia.

11.12 — ¡Hoy todo son malas noticias, don Manuel!

La secretaria del Presidente de Galicia le informó de que había llegado con urgencia la respuesta del político conservador alemán Helmut Kohl. Llegaba escrita en castellano. Indicaba que se la había dictado a un funcionario de origen español. Era especialmente dura. No sólo rechazaba la propuesta de reunirse con él para tratar sobre la reinstauración de la Orden del Temple en Europa. Criticaba con severidad esa idea y la calificaba con términos peyorativos.

— ¿Cómo puede responder en esos términos?

Manuel Fraga Iribarne se quedó muy afectado por esa respuesta. Fue un golpe duro. Estaba convencido de que las personalidades elegidas considerarían un honor participar en ese proyecto. Le dolieron especialmente los calificativos que desautorizaban esa misión.

— El que sigue ofreciéndose es Berlusconi.

— ¡Conseguiremos que vengan los que queremos! – Se ratificó Fraga Iribarne.

La secretaria comprendió que debía dejarle solo. Lo hizo con discreción. El anciano político volvió a leer el escrito. Meditó sobre

cada una de las descalificaciones. Seguía sin entenderlas. Intentó que su ánimo no quedara muy tocado.

11.13 El sacerdote Felipe Manzanal forzó una nueva reunión con los dos policías esa misma tarde en San Juan de Ortega. Preguntó si había algún resultado nuevo. Al recibir una respuesta negativa, criticó esa falta de datos en la investigación.

— ¿Tú tienes algún dato que darnos a nosotros? – contestó con agresividad Teresa Miranda.

— Los investigadores sois vosotros.

— ¡Lo sentimos, reverendo! - gritó la policía con enfado- Si no hay datos, no nos los podemos inventar. Si quieres, te decimos que ya está todo resuelto.

— La mujer detenida en Castro sigue en comisaría. – intervino Pablo Allende para compensar el enfrentamiento entre sus dos acompañantes – Pero la tendrán que poner en libertad. Ella no ha podido estar en dos lugares a la vez.

— ¡Tendréis que intervenir vosotros! -afirmó el sacerdote con solemnidad.

— ¿Qué quieres decir con eso de intervenir? - le increpó Teresa Miranda.

— Tomar la iniciativa, ir por delante de los acontecimientos. No sé. Poner alguna trampa.

— Mi obligación es vigilar. No tomar iniciativas que no se sabe dónde van a terminar. Ni jugar a poner trampas.

Teresa Miranda se levantó con cierta parsimonia y se fue de la reunión.

11.14 — ¡He visto al señor ese que vende obras de arte falsas!

— El hospitalero del albergue de Pamplona se tomó la molestia de buscar el teléfono particular de Pablo Allende, el responsable del departamento de investigación criminal. Le costó. Hubo muchas resistencias para dárselo. Los interlocutores insistían en que estaba prohibido proporcionar esos contactos de los miembros de la policía. Para lograrlo, tuvo que mentir. Aseguró que era un familiar cercano y debía comunicarle una desgracia que había tenido lugar. Lo que deseaba era informarle de que había visto al señor mayor con ropa juvenil al que buscaban por su relación con el asesinado en el albergue de Logroño.

— Le he visto dos días seguidos, ayer y hoy, a la misma hora y en mismo sitio.

— ¿Dónde y cuándo?

— En el café Iruña, en la Plaza del Castillo de Pamplona, a la hora del aperitivo. Yo voy todos los días. Es el único capricho que me doy. – aseguró el voluntario del camino.

— ¿Cree que irá también mañana?

— ¿Cómo quiere que lo sepa? ¡No estoy metido en su cabeza!

— Me parece muy buena su información. – agradeció el investigador - Puede ser una pista definitiva. Iré mañana a Pamplona.

— Le puedo invitar al vermouth. Yo me pongo en la barra, cerca de la escultura de Hemingway.

— El que le invita soy yo. Nos ha prestado un gran favor.

### 11.15 ¡Silence, si’l vous plait!

Luisa María y su compañero sentimental habían cogido dos camas juntas en el dormitorio del albergue de San Juan de Ortega. Pudieron hacerlo porque las literas estaban unidas de dos en dos. Además, eligieron las dos de arriba. Pensaron que así iban a poder desarrollar su juego erótico con más libertad. Aunque estaban acostados con anterioridad, esperaron a que se apagaran las luces. En cuanto se hizo la oscuridad, los dos se desplazaron hacia el centro, en la unión de las dos camas. Pronto comenzaron con los besos, las caricias y los tocamientos eróticos.

En seguida, se comenzaron a oír toses significativas desde la cama de abajo. Ellos no se dieron por aludidos y siguieron. El juego amoroso fue adquiriendo pasión. No se daban cuanta del ruido que hacían. Felipe se giró totalmente y se colocó encima de Luisa María. En ese momento, quedaron los dos paralizados por la airada advertencia del vecino. Se había levantado muy enfadado. Estaba mirándolos. Incluso encendió una linterna. Los dos se avergonzaron repentinamente. Se separaron.

El vecino de cama, un señor francés de mediana edad, con un pequeño bigote, les censuró en voz alta su actitud. Aunque no comprendían el idioma galo, oyeron palabras que sonaban de modo muy similar a escándalo, vergüenza o inmoralidad. Desde algunas camas algo más lejanas, se oyeron peticiones de silencio. Luisa María y Felipe Manzanal habían quedado tan asustados que no se movieron en toda la noche, a pesar de que tardaron mucho en dormirse.

### 11.16 — ¿Juan Jacobo, cómo estás? Soy Fraga. Manuel Fraga

Iribarne.

□ ¡Hola, don Manuel! – respondió por teléfono desde Florida el padre de la peregrina americana – Me alegro mucho de que me haya llamado. Estoy muy preocupado por la seguridad de mi hija. Creo que corre un grave peligro mientras recorre el camino de Santiago.

□ Amigo, - reaccionó el veterano político – no tengas ninguna preocupación. Yo he dado órdenes para que tu hija esté protegida en todo momento.

□ Los miembros de la Mafia latina de Florida son implacables. No respetan nada. Para conseguir sus objetivos, matan a todos los que sean necesarios. Nosotros aquí en casa recibimos todos los días varias amenazas de muerte. Han intentado asaltarnos en cinco ocasiones. Hemos tenido que contratar una agencia de seguridad privada.

□ Te llamaba, Juan Jacobo, para decirte que yo también he recibido amenazas. No se han identificado como miembros de esa mafia. Pero creo que son ellos.

□ Si ya están actuando ahí en España, la situación es muy grave. Voy a decirle a mi hija Luisa María que regrese inmediatamente.

□ ¡Confía en mi palabra! Te he dicho que la protejo y la protejo.

□ ¡Tú también estás en peligro!

□ Amigo Juan Jacobo, vamos a serenarnos. Si nos ponemos nerviosos, es cuando ellos nos van a ganar. Tenemos que terminar la operación de entregar el santo Grial en la catedral. Eso es importante y urgente. Otra misión urgente quiero pedirte. Debemos adelantar el contacto con la familia Bush. Debes hacer de introductor mío ante ellos. Les voy a proponer ya formalmente su integración como caballeros distinguidos de la Nueva Orden del Temple. Es muy importante que ellos pertenezcan a nuestro grupo. Tú también serás un miembro distinguido. A través de tus derechos históricos, darás legitimidad a la institución. Es algo urgente.

□ Don Manuel, tenga en cuenta que yo estoy enfermo.

□ Esta misión, Juan Jacobo, tiene una trascendencia universal. Hay que sacar fuerzas de flaqueza.

□ Lo voy a intentar. Lo haré por toda mi familia y por mi hija, que está en peligro.

# 12.- BURGOS

**(Martes, 28 de septiembre de 1999)**

1.1 En cuanto Luisa María llegó a Burgos, se dirigió precipitadamente al albergue. No atendió a las muchas atracciones artísticas y monumentales que aparecían a su paso. Tenía mucha curiosidad por conocer el contenido de la carta, fechada allí, que su antepasado había enviado a la otra familia, después del enfrentamiento con su esposa legítima.

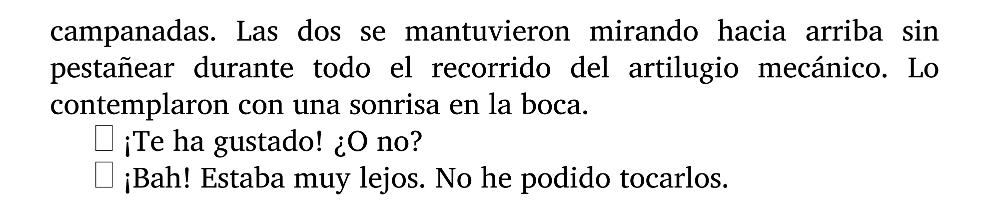
Se inscribió en recepción y casi corrió hasta el dormitorio para ocupar una litera. Todavía había muchas desocupadas. Pudo reservar una alejada, pensando en la posibilidad de hacer de nuevo el amor con Felipe. Aunque tuvieran que tener cuidado con los ruidos, no quería que volviera a suceder el incidente ocurrido en San Juan de Ortega con el peregrino francés.

Sin quitarse las botas, ni lavarse, ni tomar ningún descanso, sacó el pergamino correspondiente del paquete encontrado en Los Arcos. Lo volvió a cerrar y lo colocó de nuevo con cuidado en la mochila, antes de salir al patio para leer la carta.

En la misma puerta del albergue, estaba el perro negro de ojos brillantes. Esta vez, sorprendentemente, no la ladró. Luisa María no se detuvo, ensimismada como iba en la intención de leer, cuanto antes, la misiva de su antepasado. El perro, con andar cansino y silencioso, la siguió sin llamar su atención. Cuando ella se sentó en un banco de piedra junto a la pared del patio, él hizo lo mismo, en la sombra, sin dejar de vigilarla.

12.2 Doña Mercedes, al entrar en Burgos, antes de dirigirse al albergue, cogió a su hija de la mano y aceleraron el paso. Deseaba llegar pronto a la catedral. Quería ver cómo el papamoscas de ese templo hacía su recorrido musical para ingenuo deleite de los niños y algunos adultos. Tuvo buen cuidado en explicar a Merceditas que no iban a rezar, sino a presenciar un espectáculo. Acostumbrada a entrar en las iglesias sólo para cosas aburridas, la hija puso en duda tal promesa.

Llegaron justo en el momento en que comenzaban a sonar las


campanadas. Las dos se mantuvieron mirando hacia arriba sin pestañear durante todo el recorrido del artilugio mecánico. Lo contemplaron con una sonrisa en la boca.

— ¡Te ha gustado! ¿O no?

— ¡Bah! Estaba muy lejos. No he podido tocarlos.

12.3 *‘Muy querida e amada María, más querida en aqueste momento de dificultades.*

*Ya le he explicado a nuestro fijo Juan la grave situación que ha aparecido por la reacción de mi todavía legítima esposa a la petición de que me remitiera los títulos de propiedad de fincas e inmuebles.*

*He enviado ya un nuevo mensaje intentando aplacar su ira e la de su ambiciosa familia. Pero me temo que mis palabras servirán para poco.*

*Espero, deseo e también se lo pido al Altísimo que ellos non conozcan el lugar de tu residencia. Su ambición les puede arrastrar a cometer cualquier tropelía como ya hicieron con nuestro fiel servidor Teodoro.*

*Os pido a los dos que estéis preparados para cualquier ataque o eventualidad. Os aconsejo que durante algún tiempo cambiéis de residencia. A Juan ya le he dicho que varíe el camino que recorre para encontrarse conmigo.*

*Dado su decidido carácter e su juvenil empuje, es partidario de enfrentarse en armas contra el primo de mi todavía legítima esposa, Alfonso García de Pampliega. Yo he tratado de quitarle esa idea de la cabeza. Pienso que, como madre, debes facer lo mesmo. Non es conveniente provocar agora tal enfrentamiento directo. Por nada del mundo, deseo poner en peligro la vida de mi más querido fijo.*

*Cuando termine aqueste peregrinaje e haya cumplido con la entrega de la reliquia en la tumba del Santo Apóstol para cambiar el destino de los descendientes varones de nuestra familia, yo mesmo tomaré las riendas de aqueste asunto con firmeza. Daré una solución definitiva que será muy favorable para ti e para nuestro fijo.*

*Mientras tanto, un consejo te doy, que sería una orden si alguna autoridad tuviera sobre ti: procura por encima de todo tu seguridad propia e la de nuestro fijo.*

*Non seré hoy más prolijo, para que Juan pueda cabalgar de día e consiga evitar de aquesta manera la oscuridad que aumenta los peligros.*

*Sabes que mis deseos de verte e tenerte de nuevo entre mis brazos son, cada día, mayores. Esa esperanza es la que me da fuerzas para seguir caminando hasta encontrarme con los restos del Santo Apóstol e colocar allí mi ofrenda.*

*Te quiere más cada día. Juan de Lerma.*

A Luisa María, le pareció corta esta carta de su antepasado leída en Burgos, porque allí estaba fechada. Le hubiera gustado conocer más detalles de sus antepasados ilegítimos.

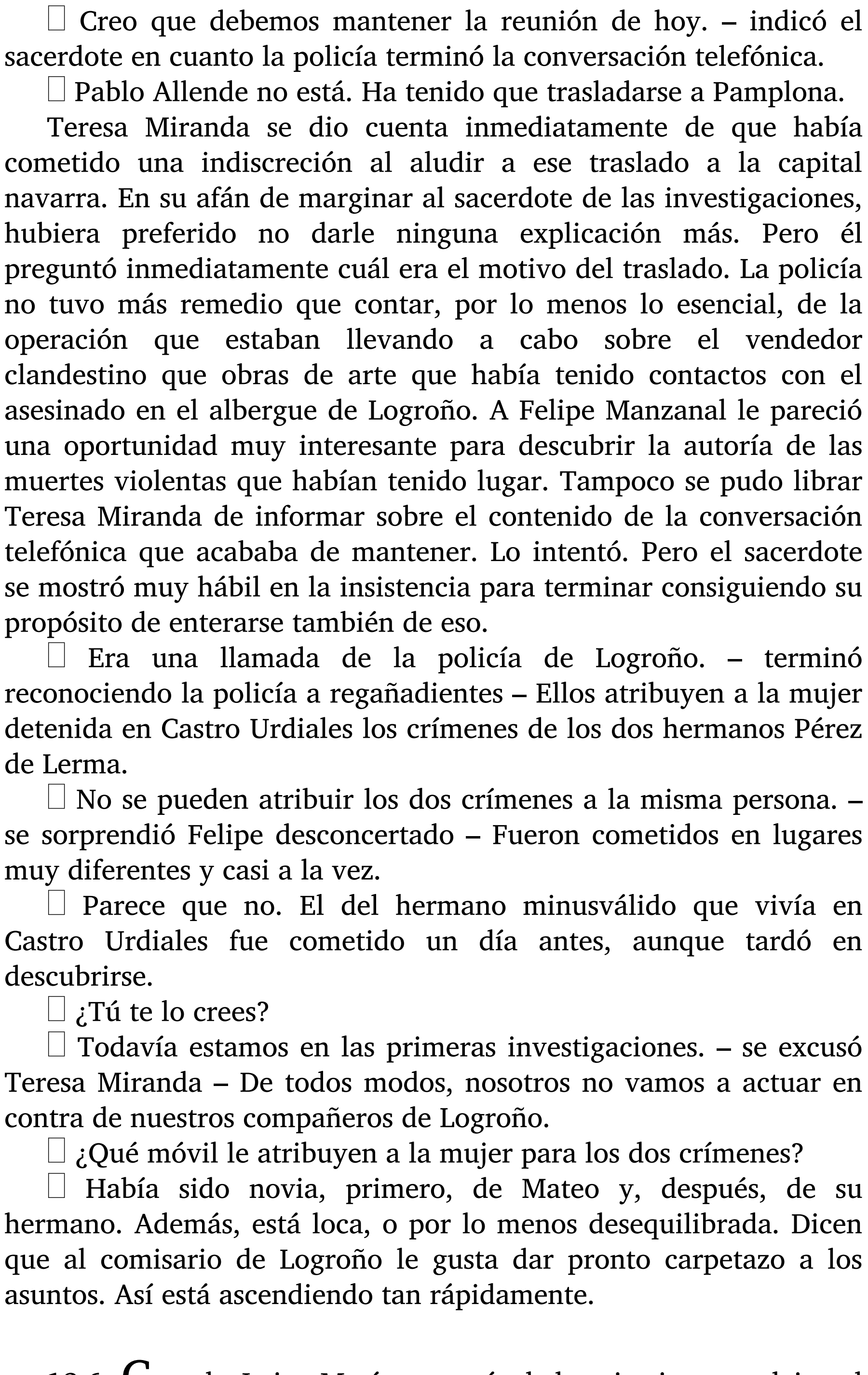
12.4 — ¡Escúchame bien! – ordenó Fraga Iribarne a Pablo Allende - Redobla la vigilancia sobre la peregrina americana.

El responsable de la investigación criminal, en lugar de trasladarse andando hasta Burgos, había decidido tomar el coche policial para ir hasta Pamplona con el fin de localizar al vendedor clandestino de obras de arte. Pero, antes de iniciar el viaje, recibió una llamada urgente del presidente gallego. Con la prisa y los nervios, hablaba de modo todavía más precipitado al habitual.

— Tengo informaciones confirmadas de que una parte de la Mafia Latina de Florida se ha trasladado aquí y va actuar en el camino de Santiago. Pero no podrán con nosotros. Lo más importante es proteger la vida de la joven Luisa María o como se llame. Ella tiene la clave de nuestra misión.

Cuando el investigador policial pudo intervenir en la conversación, pidió pruebas de que efectivamente parte de la Mafia Latina de Florida se había trasladado al Camino de Santiago. Fraga se negó a revelar sus fuentes. Aseguró que sus informaciones eran ciertas. También expuso su decisión de enviar más policías gallegos para garantizar la seguridad de Luisa María. Pablo Allende le convenció, sin embargo, de que, con el último refuerzo, existía protección suficiente. Aprovechó también para informarle de la operación que iba a realizar en Pamplona con el vendedor clandestino de obras de arte. Expresó su convencimiento de que estaban a punto de dar un paso decisivo para el esclarecimiento de los asesinatos cometidos. Esa información calmó provisionalmente los nervios del anciano político gallego.

12.5 Felipe Manzanal se acercó a Teresa Miranda cuando ésta se hallaba hablando por el teléfono móvil. Su intención era forzar una nueva reunión para chequear cuál era la situación. La policía hizo gestos para indicar que se trataba de una conversación privada. Incluso se apartó. Pero no consiguió que el sacerdote se fuera. Estaba decidido a forzar la situación y reunirse. Se quedó allí, esperando y mirando a Teresa mientras hablaba. Ésta se había vuelto de espaldas. Felipe no podía ver su cara. Si no, por las expresiones, podía haber comprendido que le estaban dando una noticia importante y a la vez sorprendente.



— Creo que debemos mantener la reunión de hoy. – indicó el sacerdote en cuanto la policía terminó la conversación telefónica.

— Pablo Allende no está. Ha tenido que trasladarse a Pamplona.

Teresa Miranda se dio cuenta inmediatamente de que había cometido una indiscreción al aludir a ese traslado a la capital navarra. En su afán de marginar al sacerdote de las investigaciones, hubiera preferido no darle ninguna explicación más. Pero él preguntó inmediatamente cuál era el motivo del traslado. La policía no tuvo más remedio que contar, por lo menos lo esencial, de la operación que estaban llevando a cabo sobre el vendedor clandestino que obras de arte que había tenido contactos con el asesinado en el albergue de Logroño. A Felipe Manzanal le pareció una oportunidad muy interesante para descubrir la autoría de las muertes violentas que habían tenido lugar. Tampoco se pudo librar Teresa Miranda de informar sobre el contenido de la conversación telefónica que acababa de mantener. Lo intentó. Pero el sacerdote se mostró muy hábil en la insistencia para terminar consiguiendo su propósito de enterarse también de eso.

— Era una llamada de la policía de Logroño. – terminó reconociendo la policía a regañadientes – Ellos atribuyen a la mujer detenida en Castro Urdiales los crímenes de los dos hermanos Pérez de Lerma.

— No se pueden atribuir los dos crímenes a la misma persona. – se sorprendió Felipe desconcertado – Fueron cometidos en lugares muy diferentes y casi a la vez.

— Parece que no. El del hermano minusválido que vivía en Castro Urdiales fue cometido un día antes, aunque tardó en descubrirse.

— ¿Tú te lo crees?

— Todavía estamos en las primeras investigaciones. – se excusó Teresa Miranda – De todos modos, nosotros no vamos a actuar en contra de nuestros compañeros de Logroño.

— ¿Qué móvil le atribuyen a la mujer para los dos crímenes?

— Había sido novia, primero, de Mateo y, después, de su hermano. Además, está loca, o por lo menos desequilibrada. Dicen que al comisario de Logroño le gusta dar pronto carpetazo a los asuntos. Así está ascendiendo tan rápidamente.

12.6 Cuando Luisa María regresó al dormitorio para dejar el pergamino de su antepasado junto a los otros, se encontró con una muy desagradable sorpresa. Abrió la mochila. No estaba como ella la había dejado antes de ir a leer la carta. Estaba todo fuera y

colocado encima de la ropa. Lo miró con ojos asustados. No había nada en el interior. Comprobó en toda la mochila. Buscó el otro paquete, el que ella había traído de Florida. También estaba vacío. Volvió a mirar. Fue inútil. Le temblaban las manos. Buscó más veces con más nerviosismo.

— ¡Me han robado todas las cartas de mi antepasado!

La joven americana se quedó pálida. Sintió con fuerza los latidos del corazón. Comprobó todas las pertenencias que llevaba. Miró debajo de la cama. También investigó en las camas de las literas cercanas. Estaba claro. Evidentemente faltaban todos los pergaminos de los dos paquetes de cartas.

— ¡Es la mayor tragedia! Ya no podré llevar a cabo mi misión.

— Volvió a guardar la ropa y las otras pertenencias en la mochila. Miró, otra vez, debajo de la litera. Buscó en los alrededores. Recorrió el dormitorio y los pasillos. No había ninguna señal. Las lágrimas se asomaron a sus ojos. Se quedó estática intentando pensar. Era inútil. Estaba bloqueada. Salió corriendo con la intención de encontrar a Felipe para pedirle ayuda.

### 12.7 — ¿Por qué huye de nosotros?

El responsable de investigación criminal Pablo Allende y el hospitalero del albergue de peregrinos de Pamplona entraron con tiempo de antelación en el Café Iruña de esta capital. Su intención era estar preparados ante la posible llegada del vendedor clandestino de obras de arte a tomar su habitual aperitivo de mediodía. Se colocaron en la parte posterior de la barra, junto a la escultura de Ernest Hemingway. El policía pidió un vermouth. El trabajador voluntario prefirió un buen vino blanco.

No tuvieron que esperar mucho. Sólo habían tomado dos sorbos de sus respectivos vasos. El hospitalero, que estaba frente a la puerta, se incorporó. Sin decir nada, hizo una seña a su compañero de vigilancia. Había visto entrar al vendedor clandestino de obras de arte. Observó cómo, antes de avanzar, realizó una inspección ocular sobre los presentes en el local. El recién llegado se giró repentinamente y salió del local con mucha rapidez. Los dos vigilantes hicieron lo mismo en su persecución. En cuanto salieron a la plaza, ya le habían perdido de vista. Desconcertados, volvieron a entrar al café Iruña para recapacitar sobre la situación creada. Además de pesimistas, estaban sorprendidos por la reacción del sospechoso huido.

— No me explico por qué ha tenido esa reacción.- dudó le policía.

 ¡Nos ha reconocido! – respondió el hospitalero.

 A mí no me ha podido reconocer. No sabe que soy un policía ni me conoce de nada.

 Me conoce a mí. Me vio cuando fue a dejar el mensaje a Mateo Pérez de Lerma en el albergue.

Mientras terminaron sus bebidas con la decepción producida, ambos especularon sobre la situación y las intenciones del vendedor clandestino de obras de arte.

 Si huye, es que algo tiene que ocultar. – dedujo el investigador criminal.

 Quizá lo que tiene es miedo. – especuló el hospitalero.

12.8 Cuando Andrés García de Nanclares llegó a la puerta del albergue en Burgos, le estaba esperando su mujer. Como era habitual en ella, Juana Grijalva estaba vestida con ropa elegante. También llevaba zapatos de tacón alto. Estaba paseando con pasos cortos y la cabeza levantada. El peregrino gastronómico, desde que la vio a distancia, comprendió que alguna sorpresa, no agradable, le esperaba.

 ¡Dúchate deprisa para quitarte ese olor y nos vamos! Tenemos que resolver un asunto urgente.

 ¿Qué asunto? -preguntó Andrés con temor por la nueva ocurrencia que podía haber tenido su mujer.

 Vamos. ¡Dúchate! Después, te lo diré.

 ¿Es un nuevo mensaje de don Manuel?

 ¡He dicho que te duches! No pierdas tiempo.

12.9 Doña Mercedes seguía preocupada por no saber interpretar las cartas que habían aparecido en la última sesión del tarot. Tenía muy claras en la mente los tres arcanos de los lugares claves. El diablo estaba al revés, a su derecha el sol, y a la izquierda la luna. Había dado muchas vueltas en la búsqueda de su significado. No lo encontraba. Madre e hija se inscribieron en el albergue, después de la visita a la preciosa catedral de Burgos. Se ducharon. La hija se ofreció de nuevo para hacer la colada de la ropa. Se divertía jugando con el agua fría.

La echadora de cartas aprovechó para realizar una nueva sesión del tarot. Fue haciendo todos los pasos del ritual con mucho cuidado. Deseaba un resultado que explicara lo anterior. Se detuvo en la mezcla de Las cartas. Hizo las concentraciones con todo rigor. Mantuvo el taco de arcanos entre las manos más tiempo del

habitual para que fluyera mejor la energía. Estuvo con los ojos cerrados. Al fin, se decidió a colocar las cartas. Volvió a concentrarse. Hizo interiormente una petición para que el resultado fuera esclarecedor.

— Pero ¿esto qué significa? – gritó.

En la parte central de la cruz templaria, habían aparecido los mismos arcanos mayores colocados de la misma manera. El diablo estaba de nuevo al revés. El sol se hallaba a la derecha. La luna se había colocado a la izquierda. Doña Mercedes se quedó mirando con los ojos muy abiertos y sin pestañear. Tampoco comprendió el significado.

12.10 El sacerdote tuvo dificultades para calmar a Luisa María, mientras caminaban de nuevo hacia el albergue. Estaba tan nerviosa que apenas se aclaraba sobre lo que le había sucedido con las desaparición de las cartas de su antepasado. Además, el llanto impedía que se expresara correctamente. Decidieron ambos ir directamente al dormitorio del albergue y comprobar, en la mochila, la desaparición de las cartas de tanto valor para la joven americana. Pero, al llegar, se encontraron con otra sorpresa.

— No puede ser. ¡Están aquí! – gritó la joven llevándose las manos a la cabeza.

Los dos bloques de pergaminos estaban de nuevo sobre la mochila. Se hallaban colocados encima de la ropa y de las otras pertenencias. Más que colocados, estaban tirados, como si los hubieran dejado precipitadamente. Luisa María se quedó pálida de nuevo.

— Debes creerme. ¡Antes no estaban! Los han colocado de nuevo mientras he ido a buscarte.

— Lo importante es que ahora están. - contestó el sacerdote con una sonrisa escéptica.

— ¡No me crees! – protestó la joven.

— Por supuesto, que te creo. Pero lo importante es que has recuperado las cartas de tu antepasado.

— Te juro que alguien me las ha quitado y las ha devuelto.

— Pensemos. ¿Para qué te las han podido quitar?

— No lo sé. Sólo me son útiles a mí. Quizá me las han quitado y al ver que no les servían para nada, me las han devuelto. ¡Hubiera sido una tragedia, si llegan a desaparecer!

— ¡Debes tener más cuidado!

— A partir de ahora, no me separaré de las cartas en ningún momento.

El sacerdote alegó que debía realizar un recado con cierta prisa y dejó a Luisa María ordenando y guardando las cartas en los respetivos paquetes. Ella le preguntó si cenarían juntos. Él contestó que sí. Comentó que debían celebrar el hallazgo de los pergaminos perdidos.

12.11 — ¡No me tengas en esta tensión! Dime de una vez cuál es el nuevo mensaje de don Manuel.

Andrés García de Nanclares, el peregrino gastronómico, tras ducharse volvió a pedir más información sobre el motivo de la nueva visita de su esposa. Ésta no le contestó. Retrasó la respuesta a la cena. Juana Grijalva había decidido ir a cenar con su esposo a los restaurantes típicos cercanos a la catedral burgalesa. Impuso la condición de que sería ella quien eligiera los platos. Cenarían algo ligero. Era preciso que Andrés descansara bien con el fin de seguir el Camino con suficientes garantías.

— Si cenamos poco, - sugirió Andrés con una sonrisa maliciosa- después, podremos...

— No vuelvas a decir eso más veces.  No te voy a perdonar.

— Yo no he dicho nada – rectificó el marido.

— ¡No lo has dicho, pero lo has sugerido! - le cortó su esposa - Hasta que no te confieses en la catedral de Santiago y cumplas toda la penitencia, no hay nada que hacer con el sexo. Yo tengo las mismas ganas que tú o más. Pero me aguanto. ¡Y todo por culpa de tus infidelidades!

— Adelántame, por lo menos, de qué va el nuevo mensaje de don Manuel.

— He dicho que te lo comentaré en la cena. ¡No seas pesado!

12.12 — ¡Hay un plan para destruirme y eliminarme políticamente! – gritó Fraga Iribarne - Pero no podrán conmigo.

La secretaria del Presidente de Galicia había entrado con temor en el despacho de su jefe, después de llamar como de costumbre. Le tenía que comentar algo negativo para él, algo que le iba a molestar mucho. Temía incluso que se enfadara. Era una información contraria a su propósito más querido por él en estos momentos.

— Don Manuel, tengo que darle una mala noticia. Mejor dicho tengo que darle dos malas noticias.

— ¡Dímelas cuanto antes! Las malas noticias hay que saberlas pronto para poder oponerse a ellas. – respondió el anciano político prestando gran atención.

— Tanto el italiano Giulio Andreotti como el francés Jacques Chirac han contestado negativamente a su propuesta de participar en su proyecto de reconstruir la Orden del Temple en Europa para salvar la civilización occidental y cristiana.

— ¿Los dos? – preguntó Fraga con sorpresa.

— Los dos, don Manuel.

— ¿Qué razón da cada uno de ellos?

— Los dos contestan casi con las mismas palabras. Sus mensajes dicen lo mismo que dijo Helmut Kohl. Aseguran que su proyecto es ilusorio. También añaden que … - se interrumpió la secretaria sin atreverse a decir el resto.

— ¿Qué es lo que añade? No tenga miedo en decirlo – animó el presidente gallego.

— Le descalifican a Vd. don Manuel. Aseguran que está ya muy mayor, que pertenece al pasado y ya no tiene capacidad para liderar ningún proyecto.

— ¿Eso dicen?- preguntó Manuel Fraga a la vez que se levantaba enfadado con la escasa rapidez que le permitían sus disminuidas fuerzas.

— Lamento haber sido mensajera de malas noticias. Pero eso es lo que dicen.

— Me alegro de que digan lo mismo los tres. Eso significa que hay una campaña contra mí. ¡Un complot! Pero ellos no son los culpables. Tengo el enemigo en casa. Está en mi propio partido. Mis compañeros me quieren eliminar. Quieren pasar por encima de mi cadáver. ¡No lo lograrán! Seré yo quien los destruya a ellos. De momento, no conteste a estos tres políticos europeos. Voy a hacer limpieza, antes, en mi propio partido. ¡No podrán conmigo! Levante el ánimo. ¡No podrán con nosotros!

12.13 — ¡Por favor, Teresa Miranda! Debes mejorar, en estos momentos, de la seguridad de Luisa María.

El sacerdote había acudido a la plaza del ayuntamiento de Burgos, céntrica pero lejana del albergue de peregrinos. Deseaba hablar con la policía Teresa Miranda sin que les viera Luisa María. Era consciente de que esta agente le había indicado, en la última reunión, que no deseaba tratar ningún asunto policial con él. Pero consideraba que era urgente plantearle varias cuestiones.

— Hemos quedado en que no te metías más en mi trabajo. – le rechazó la policía Teresa Miranda.

— Tengo que decirte varias cosas importantes. Sobre todo una es muy importante.

– ¡Venga! Dime lo que tengas que decir. Es la última vez.

– Luisa María lleva unas cartas muy importantes en su mochila. A través de ellas, va a descubrir dónde está la reliquia que tiene que entregar en la catedral de Santiago.

– ¿Cómo lo sabes? -se sorprendió el sacerdote.

– Soy policía. Debo saberlo todo. ¿Qué más tienes que decirme?

– ¿No habrás sido tú? -dijo el sacerdote con gran sorpresa, como si de repente hubiera descubierto algo importante.

– ¿De qué me estás acusando tú, ahora?

– ¿No le habrás robado tú las cartas durante unas horas para enterarte de su contenido? – lanzó el sacerdote.

Teresa Miranda arrugó su frente como reacción a la retorcida sospecha del sacerdote, mientras éste la miraba inquisitivo en espera de una respuesta.

– ¿Le han robado las cartas durante unas horas? - la policía prefirió contestar con otra pregunta para manifestar su sorpresa - ¡Esa chica es tonta! Habrá que quitarle esas cartas para protegerlas. Tienen demasiado valor para que las lleve ella.

– ¡Es muy grave lo que ha pasado! Es tu …

– ¡Chist! – señaló con enfado la policía - Ni se te ocurra decir que es mía la culpa ni que, a partir de ahora, tenga más cuidado en la vigilancia para que no se repita ese robo. Yo sé lo que tengo que hacer y lo hago muy bien. La descuidada es ella.

– Sea culpa tuya o no, esto no se puede repetir.

El sacerdote no deseaba tener más enfrentamientos, aunque estaba muy nervioso. Tenía una gran preocupación porque la entrega de tan importante reliquia en la catedral de Santiago estaba en peligro. La policía Teresa Miranda, a pesar de su acritud, también se había quedado preocupada. En ese momento, recordó que Pablo Allende tenía que haber llamado para informar sobre su gestión en Pamplona en búsqueda de ese falso traficante de obras de arte robadas. Prefirió no decir nada a Felipe Manzanal.

## 12.14 – ¡He dado orden de busca y captura!

En cuanto el sacerdote despareció, Teresa Miranda llamó por teléfono al responsable de investigación criminal para saber cómo había terminado la operación de localizar al traficante clandestino de obras de arte. Pablo Allende le explicó con pesimismo lo que había pasado. Añadió que había decidido poner ya en marcha la orden de busca y captura con el fin de interrogarlo y comprobar su relación con las muertes de los hermanos Pérez de Lerma.

12.15 Esa noche, en el albergue de peregrinos de Burgos, le salió bien la estrategia a Luisa María para repetir el encuentro amoroso. Anduvo pensando en la conveniencia de trasladarse a la habitación de un hotel para evitar el conflicto con los peregrinos que dormían cerca. Sin embargo, comprobó que la litera reservada estaba apartada del resto. Tenía el inconveniente de hallarse próxima a los servicios. Pero esa situación se convertía en una ventaja porque contribuía a disimular la procedencia de los ruidos. El juego amoroso resultó especialmente gratificante para los dos amantes. Hubo más caricias. Fueron más prolongadas. Iban ganando en compenetración y conocimiento mutuo. Una de las novedades principales fue la repetición del proceso. Después de la eyaculación y explosión erótica, casi sin descansar, comenzaron de nuevo. La iniciativa fue de Luisa María. Pero Felipe Manzanal cogió el testigo con entusiasmo. Hubo en él una pequeña duda para calcular si podría afrontar el reto sin dificultades. Se sintió potente. Con esa confianza, continuó el proceso y lo culminó con éxito. Eso aumentó su autoestima.

— ¡Esta noche te has comportado como un macho excelente!

— Esa valoración de la joven norteamericana de procedencia venezolana fue recibida por su amante como un gran halago, a pesar de ser un hombre cultivado, de sólida formación y con estudios superiores.

12.16 — ¡Yo no estoy dispuesto a jugarme la vida así!

La cena que mantuvieron Andrés y su elegante esposa transcurrió con la habitual tensión entre ambos. El primer motivo fue la curiosidad y el temor que tenía el peregrino por conocer la nueva misión que le había encomendado Manuel Fraga Iribarne. La esposa mantuvo el suspense hasta los postres. Deseaba tener elevada la inquietud de su marido. Lo que su protector quería era que intentara de nuevo adquirir el santo Grial de Santiago. O al menos, tendría que descubrir dónde estaba y tenerlo controlado. Esa encomienda puso nervioso al esposo.

— ¡Me niego! Ese intento ha costado la vida a dos personas. Es algo muy arriesgado. Yo no estoy dispuesto a que me pase a mí lo mismo.

— Sabes que se lo debes todo a don Manuel. Gracias a él eres lo que eres. Sin su apoyo, no habrías llegado a ser el delegado del gobierno gallego en Lugo. – insistió la esposa.

— Yo reconozco los favores profesionales que me ha hecho. Pero

no voy a estar arrastrado siempre ante él por eso.

– No es estar de arrastrado. Sólo te pide que controles la reliquia esa.

– Le tenías que haber dicho tú que no. Él tiene la ambición de pasar a la historia como el gran defensor de Europa. Pero el riesgo de otra muerte ritual la debo pasar yo.

– No sé para qué protestas. Sabes que lo tienes que hacer. – concluyó la esposa.

Andrés García de Nanclares volvió a protestar. Pero a regañadientes reconoció que lo volvería a intentar el control del santo Grial de Santiago, a pesar del riesgo existente. A cambio, trató de conseguir que se su esposa de ablandara en la negativa sexual que mantenía hasta que cumpliera el castigo de confesar sus infidelidades en distintas localidades del camino. Juana Grijalva no cedió. Había elegido en el hotel una habitación con camas separadas y no permitió que su marido se acercara a la suya en toda la noche.

12.17 Luisa María se levantó contenta con el recuerdo del placer que había disfrutado esa noche. Se reafirmó en su propósito de consolidar esas relaciones. Antes de abandonar el albergue de Burgos, comprobó, otra vez y con cuidado, que los pergaminos estaban en su sitio. Después de su desaparición temporal, tenía mucho más cuidado con ellos. También buscó el lugar donde estaba fechada la carta siguiente de su antepasado. Por el orden habitual hasta ese momento, tocaba un nuevo mensaje a su esposa legítima.

– ¿Palacios de Benaver? ¡No me suena este nombre! No lo he visto en mi guía del Camino.

La joven hospitalera le indicó que era una población muy cercana al Camino, donde había un monasterio de monjas benedictinas. En otros tiempos, fue próspero e importante. Le recomendó que, si tenía interés en visitarlo, tomara un taxi y se incorporara, después, al Camino en Castrogeriz para no perder ninguna jornada. Aceptó el consejo. Pero antes de tomar el taxi, se lo comunicó a su amado Felipe. Lo hizo para tener ocasión de darle otro beso y también por seguridad. Era conveniente que estuviera al tanto de esta desviación en el camino por si sucedía algo.

-Cuando estemos en Castrogeriz, tengo que decirte algo. – prometió Felipe Manzanal a su amante, en el momento de despedirse.

– ¡Dímelo ahora! – exigió la joven.

– Debemos esperar un poquito. Ten esa poca paciencia.

– ¡Vale! Pero me lo dices nada más llegar.
– ¡De acuerdo! – prometió repitiendo el beso.

12.18 Doña Mercedes seguía preocupada por descifrar el significado de la presencia del diablo, acompañado del sol y de la luna en las últimas sesiones del tarot. Intentaba recordar en qué ocasiones anteriores había sucedido lo mismo. No le venía nada a la cabeza. Hasta su hija lo notó.
– Amá. Te veo preocupada y tiste. Meceditas está aquí paa defendete.
La madre mintió. Dio un beso en la frente a su hija y la ayudó ponerse la mochila para iniciar la nueva etapa del camino de Santiago.
– En Castrogeriz, en el convento de Santa Clara, las monjas hacen todo tipo de dulces y tartas. Nos detendremos para comer las mejores, las que más te gusten.
– Gacias, amá. – dijo Merceditas cogiendo de la mano a su madre.

12.19 Se sorprendió Luisa María de que sonara su teléfono móvil cuando iba en el taxi camino del Monasterio benedictino de Palacios de Benaver para leer la carta allí fechada por su antepasado. En los últimos días, estaba acostumbrada a recibir sólo mensajes de su ex novio. Tuvo un momento de duda. Pero se decidió a responder.
– Aquí Luisa María.
– Hola, hija.
– ¡Papá! -gritó la joven con alegría y sorpresa.
– Te llamo para pedirte que vuelvas a casa. Cada vez estoy más nervioso por tu seguridad. Te insisto en que estás en un peligro muy grande.
– No te preocupes, papá. Estoy muy contenta de oírte. ¿Cómo estás? ¿Cómo va tu enfermedad?
– He querido decírtelo yo personalmente. Estoy hospitalizado.
– ¿Papá, es grave?
– No te asustes y déjame terminar. Es un paso más de mi enfermedad. ¡De la enfermedad familiar! Los doctores me han recomendado que ingrese en el hospital con el fin de ver si pueden hacer algo para curarme. Anteayer, me caí desplomado. Los huesos ya no resisten el peso de mi cuerpo. Pero no llores. ¡Por favor!
– Papá, estoy muy triste. - dijo Luisa María sin poder remediar

que las lágrimas le cayeran sobre la cara y que los gemidos fueran oídos por su padre.

— ¡Cálmate! Lo que tú debes hacer es regresar. Prefiero que estés aquí. Además, ya no va a servir para nada.

— ¡No digas eso, por favor, papá! Desearía estar ya en Santiago de Compostela y entregar el Santo Grial para curar tu enfermedad. No puedo ir más deprisa. Te lo juro.

— Lo sé, hija. He dudado mucho en llamarte. Pero creo que debes saberlo.

— Por supuesto que debo saberlo. Voy a hacer todo lo posible por realizar el Camino más deprisa.

— Te lo prohíbo. Tienes que llevar el ritmo de las cartas. Los dos estamos en manos del destino. Tengo mucho miedo por tu seguridad. Tú y tu hermano sois lo más importante para mí en este mundo.

La joven americana hacía esfuerzos para no llorar. Sobre todo, hacía esfuerzos para que su padre no lo oyera. Pero era imposible. El también había comenzado a llorar.

— Tengo que dejarte. Los doctores están aquí de nuevo. Me han dicho que no debo hacer ningún esfuerzo ni con los brazos ni con los pies.

— ¡Adiós, papá! Lo vamos a conseguir.

— No te preocupes. Pero creo que debías saberlo.

Después de cortar la comunicación, la joven americana siguió llorando ya sin hacer esfuerzo por evitarlo. Tuvo que sacar el pañuelo para secarse las lágrimas y quitarse los mocos.

12.20 — ¿Eres Teresa Miranda? Tenemos que darte una información muy importante sobre el caso que estás investigando. Te recogeremos en un coche en la carretera que sale de Burgos hacia León, a la altura de Villasandino. Lo único que te pedimos es absoluto silencio. Si se lo dices a alguien, suspendemos la operación.

La policía latinoamericana tuvo muchas suspicacias sobre esa llamada telefónica. Estuvo a punto de aceptar la cita. Después, tuvo la tentación de no acudir. Pero se impuso su curiosidad hacia la información que le había ofrecido.

# 13.- CASTROGERIZ - CARRIÓN DE LOS CONDES

**(Jueves, 30 de septiembre de 1999)**

13.1 Luisa María se limpió los ojos antes de salir del coche, en cuanto llegaron a Palacios de Benaver. Mantenía la preocupación por la enfermedad de su padre. Pero deseaba eliminar los restos de las lágrimas derramadas. El taxi había parado justo en la puerta del monasterio benedictino. Prefería que no supieran que había llorado, aunque nadie la conocía allí. Pidió al conductor que la esperara. Quedaron en que necesitaría algo menos de una hora para leer la carta, visitar lo que pudiera del monasterio y caminar por los alrededores.

La joven americana, a pesar de la tristeza de su ánimo, se sorprendió de la fortaleza del edificio de las madres benedictinas, de la austeridad que irradiaban sus muros. Pero sobre todo quedó impresionada por el silencio y la paz que allí se vivía. Su prioridad era conocer el contenido de la carta que su antepasado envió desde allí a su todavía legítima esposa. Deseaba encontrar ya alguna pista sobre la reliquia que debía entregar en la catedral de Santiago para remediar el destino de su familia y, en concreto, de su querido padre. Se sentó en una pilastra al lado de la puerta de la iglesia para resguardarse del sol.

*'Respetada esposa Doña Urraca de Pampliega,*

*Os envío aquesta comprometida misiva desde el monasterio de las madres que se rigen por la severa regla de san Benito, en el Monasterio de Palacios de Benaver, donde he sido acogido para intentar reconciliarme con la paz de Nuestro Señor Jesús.*

*Expresamente me he separado del Camino que siguen los peregrinos hacia la tumba del Apóstol Santiago con el fin de mi cuerpo dolorido e cansado, pero sobre todo mi espíritu, logren una calma que sólo puede*

*venir desde arriba, porque en aquesta tierra las preocupaciones llegan a ahogar las mejores intenciones.*

*Antes de comenzar a escribir, he permanecido durante más de dos horas delante de la imagen del Santo Cristo tan venerado en aqueste lugar para pedirle que non me dejara llevar por la ira que me invade.*

*He estado a punto de interrumpir mi peregrinaje hacia la tumba del Apóstol Santiago, con el fin de regresar hasta nuestra residencia para poner orden en los graves acontecimientos, decisiones e rebeldía que ahí están teniendo lugar. Pero tras la reflexión realizada ante Nuestro Señor Crucificado, he decidido continuar porque la misión de liberar a nuestra familia e a sus descendientes varones de su cruel destino debe estar por encima de todas las otras contingencias por muy graves que sean.*

*Después de aquesta meditación ante la imagen sacrificada de Nuestro Redentor, os escribo para exigiros que, desde el mesmo momento en que recibáis aquesta misiva, expulséis de nuestra residencia e de todo trato a vuestro primo Alfonso García de Pampliega. Las graves faltas de respeto e agresiones físicas que ha tenido hacia mi persona en aqueste monasterio, constituyen un agravio imperdonable que merece ser excluido inmediatamente de nuestras relaciones familiares.*

*He de reconocer que para vos aquesta decisión puede ser dolorosa de llevar a cabo. Pero es necesario que así lo cumpláis por el bien de nuestra familia, en especial por el de nuestros fijos todavía menores de edad.*

*Como muchas veces hemos comentado e como os recordó el oficiante en nuestro desposorio, vuestra familia agora es la familia de los Lerma e non la de los Pampliega. Por esa razón, es vuestra obligación defender los intereses de nuestra familia. En aquestos momentos, esos intereses se concretan en la expulsión de vuestro primo e mantener en suspenso cualquier trámite que pueda cambiar la situación de los bienes e inmuebles de nuestra familia.*

*Dada la urgencia de aquesta decisión e la prontitud con que debe ser puesta en práctica, non me extiendo en ninguna otra consideración.*

*Os aseguro que, a pesar de las circunstancias por las que estamos pasando, debéis saber que vuestro esposo permanece fiel a sus compromisos e mantiene hacia vos la mesma unión e compromiso de siempre.*

*Vuestro esposo. Juan de Lerma.*

13.2 Teresa Miranda tuvo que esperar más tiempo del debido en la carretera de Burgos a León a la altura de Villasandino. Criticó interiormente la falta de puntualidad de quienes la habían convocado con tanto misterio. Tuvo de nuevo la tentación de

marcharse sin esperar la llegada del coche y de las personas desconocidas que le había ofrecido esa importante información sobre el caso que estaba investigando. Al fin, un vehículo viejo y bastante destartalado se detuvo delante de ella. Abrieron desde dentro una de las puertas traseras para que ella entrara. Tuvo otra duda. Pero entró.

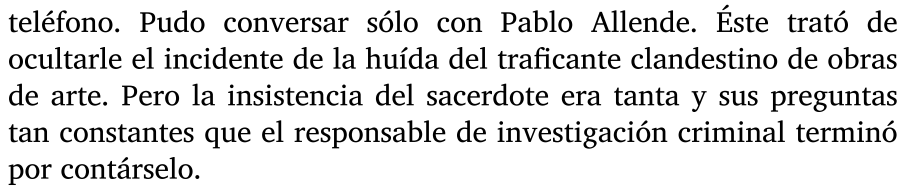
13.3 Doña Mercedes y su hija Merceditas anduvieron casi sin detenerse hasta las enormes ruinas del monasterio de San Antón en las proximidades de Castrogeriz. Tenía el lugar un especial atractivo para la echadora de cartas por el halo de esoterismo que rodeaba a ese histórico edificio. También la misteriosa historia de la herejía de los antonianos despertaba su interés. Aunque su fin previsto de etapa quedaba a unos kilómetros, hicieron allí una larga parada. La hija protestó en varias ocasiones porque deseaba llegar hasta el convento de las monjas que cocinaban las pastas y las rosquillas dulces.

La echadora de cartas, tras despojarse de la mochila, paseó entre las ruinas. Tocó las piedras caídas. Se sentó en ellas. También se arrodilló. De repente, recibió el mensaje que esclarecía la interpretación de las últimas sesiones del tarot. Le llegó esa señal al mismo tiempo que un rayo de sol le deslumbró a través de uno de los ventanales abiertos en el muro mayor del ábside ya sin techo.

— ¡Efectivamente! Tiene que tener una explicación astrológica a través de los astros. No puede ser de otra manera. El diablo va a actuar negativamente, por eso ha salido al revés, cuando esté entre el sol y la luna.

El propósito de doña Mercedes era completar en ese mismo momento y lugar el significado completo. Faltaba estudiar las fases solares y lunares para calcular cuando la tierra iba a estar situada entre el sol y la luna. Sin embargo, las protestas de su hija, cada vez más perentorias, la hicieron desistir. Realizaría ese análisis en Castrogeriz, después de que Merceditas saboreara las pastas del convento de monjas clarisas.

13.4 Felipe Manzanal aprovechó el desvío de su amante a Palacios de Benaver, para acudir a otra reunión concertada con los policías. Le seguía preocupando la seguridad de Luisa María y los avances policiales en el esclarecimiento de la autoría de los crímenes que habían tenido lugar. La primera sorpresa fue que no acudió Teresa Miranda. Tampoco dio ninguna explicación por



teléfono. Pudo conversar sólo con Pablo Allende. Éste trató de ocultarle el incidente de la huída del traficante clandestino de obras de arte. Pero la insistencia del sacerdote era tanta y sus preguntas tan constantes que el responsable de investigación criminal terminó por contárselo.

— Esa puede ser una buena pista. – valoró el funcionario del vaticano.

Pablo Allende se mostró más escéptico. Como ninguno de los dos tenía otros asuntos que tratar, se comprometieron a reunirse de nuevo tras localizar a Teresa Miranda y saber por qué no había acudido.

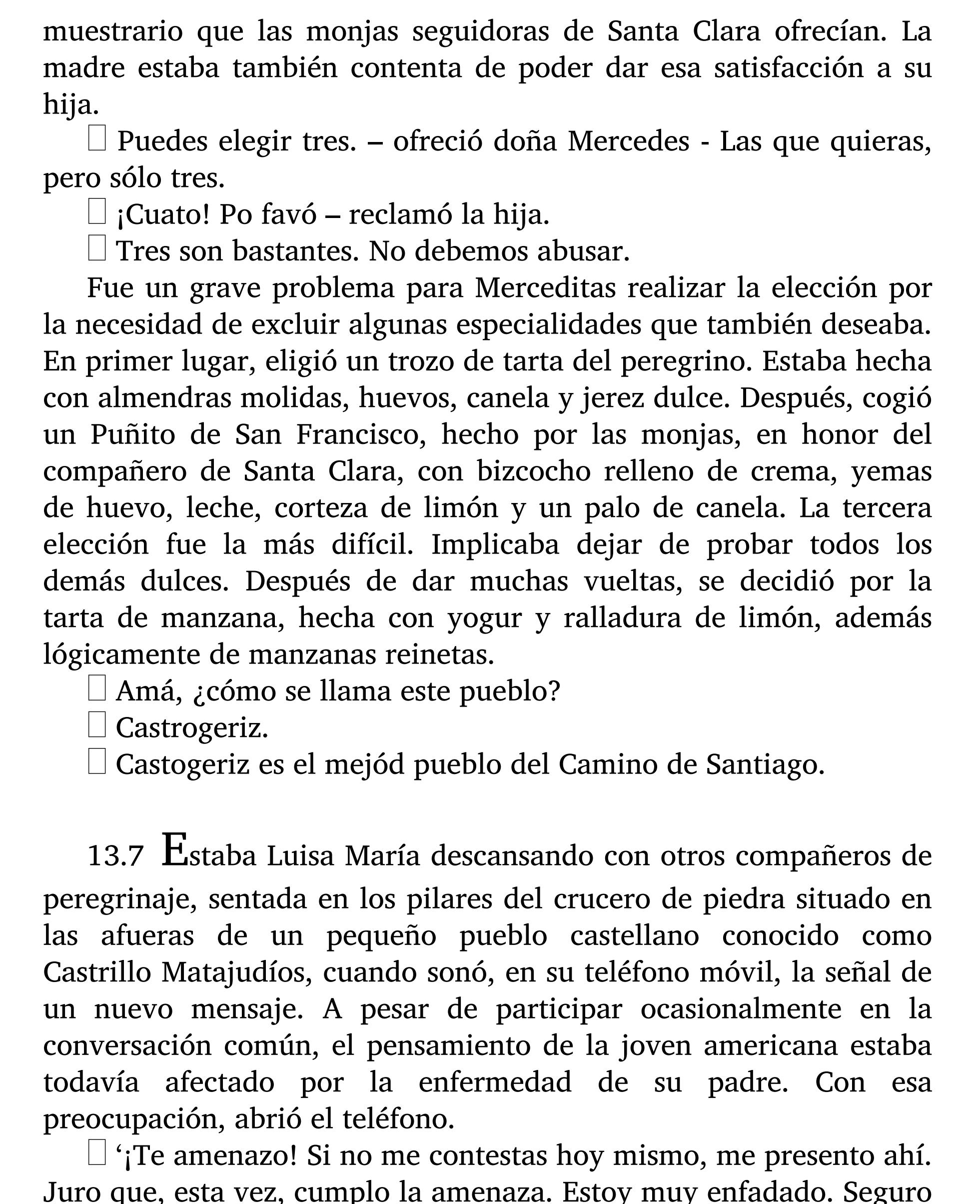
13.5 — Ponme por teléfono con el arzobispo de Santiago. – dijo Fraga Iribarne - ¡Es muy urgente!

Más que una petición fue una orden, la que dio el Presidente de Galicia a su secretaria. Ella ya estaba acostumbrada. No le molestaba ese tono autoritario. Todo lo contrario. Sentía una gran admiración por su jefe, cercana a la veneración. Hizo las gestiones para localizar al clérigo con toda diligencia. Pasó la llamada con rapidez. Pero no recibió la más mínima muestra de agradecimiento por su eficiencia.

— ¡Monseñor! Tengo que pedirle que me haga un contacto con el Vaticano. Necesito tener una audiencia privada urgente con el papa. Con Juan Pablo II. … Ya sé que eso de las audiencias hay que seguir un protocolo. También sé que ese protocolo es lento. Por eso, recurro a Vd. ¡Es muy urgente! … ¿Seguro que ese funcionario del Vaticano es una vía más rápida para conseguir una audiencia urgente? … ¡Es una sorpresa positiva! ¿Está haciendo el camino de Santiago ese funcionario vaticano? ¿No tendrá nada que ver con el santo Grial que tienen que entregar en la catedral? … Si es así, muy bien. ¿Cuál es su nombre? …. ¿Cómo ha dicho? ¿Felipe Manzanal? Ése no es un nombre adecuado para un alto funcionario del Vaticano. Voy a localizarlo inmediatamente.

13.6 — ¿Cuándo llegamos al convento ese de las pastas, amá?

Cada menos de cien metros, Merceditas recordaba a su madre la promesa de ir a comer dulces y pastas al convento de las monjas clarisas de Castrogeriz. A pesar de que Doña Mercedes insistía en que ya estaba próximo, la niña, en varias ocasiones, amenazó con sentarse en señal de protesta. Cuando llegaron, Merceditas no podía contener el deseo de coger todo tipo de galletas entre el tentador



muestrario que las monjas seguidoras de Santa Clara ofrecían. La madre estaba también contenta de poder dar esa satisfacción a su hija.

— Puedes elegir tres. – ofreció doña Mercedes - Las que quieras, pero sólo tres.

— ¡Cuato! Po favó – reclamó la hija.

— Tres son bastantes. No debemos abusar.

Fue un grave problema para Merceditas realizar la elección por la necesidad de excluir algunas especialidades que también deseaba. En primer lugar, eligió un trozo de tarta del peregrino. Estaba hecha con almendras molidas, huevos, canela y jerez dulce. Después, cogió un Puñito de San Francisco, hecho por las monjas, en honor del compañero de Santa Clara, con bizcocho relleno de crema, yemas de huevo, leche, corteza de limón y un palo de canela. La tercera elección fue la más difícil. Implicaba dejar de probar todos los demás dulces. Después de dar muchas vueltas, se decidió por la tarta de manzana, hecha con yogur y ralladura de limón, además lógicamente de manzanas reinetas.

— Amá, ¿cómo se llama este pueblo?

— Castrogeriz.

— Castogeriz es el mejód pueblo del Camino de Santiago.

13.7 Estaba Luisa María descansando con otros compañeros de peregrinaje, sentada en los pilares del crucero de piedra situado en las afueras de un pequeño pueblo castellano conocido como Castrillo Matajudíos, cuando sonó, en su teléfono móvil, la señal de un nuevo mensaje. A pesar de participar ocasionalmente en la conversación común, el pensamiento de la joven americana estaba todavía afectado por la enfermedad de su padre. Con esa preocupación, abrió el teléfono.

— '¡Te amenazo! Si no me contestas hoy mismo, me presento ahí. Juro que, esta vez, cumplo la amenaza. Estoy muy enfadado. Seguro que me estás poniendo unos cuernos muy grandes. M. Jr.'

Luisa María pensó que su ex novio era capaz de cumplir la amenaza, presentarse en el Camino de Santiago y armar un escándalo. Temió incluso algún ataque violento. Estuvo a punto de escribir inmediatamente un mensaje de respuesta. Pero rectificó. Mantendría la promesa de no comunicarse con nadie hasta no llegar a Santiago, aunque eso enfadara más a su violento y celoso ex novio.

— ¡Todavía no se ha enterado de que papá está en el hospital!

Al incorporarse para leer el mensaje, la joven americana había

dejado un poco apartada la mochila. Fue el momento aprovechado por el policía Pablo Allende para acercarse. La intención era sólo curiosear y observar de cerca la mochila donde se guardaban los pergaminos. Ni eso pudo hacer. La joven americana, tras la desaparición temporal de las cartas, se preocupaba mucho de no dejarla en ningún momento descuidada.

13.8 — 'La noche de luna negra va ser la clave'

Doña Mercedes se entusiasmó tanto al llegar a esa conclusión que lo dijo en alto. ¡Había encontrado la explicación a los últimos arcanos! Su hija, que estaba a su lado, preguntó qué iba a pasar esa noche. La echadora de cartas tuvo que explicárselo. Era la concreción del augurio que había aparecido en las recientes sesiones del tarot. Esa especial colocación de la luna y en sol se iba a dar en la próxima luna nueva. Entre los astrólogos, era más conocida como luna negra o luna vacía. Para los entendidos en signos esotéricos, tenía más valor que la luna llena, aunque el pueblo prestara a ésta más atención.

— Amá, yo no quiedo explicaciones. Quiedo que me digas lo que va a pasá.

— Merceditas, - continuó su madre en tono pedagógico – ese detalle tan concreto no se puede saber. Los arcanos mayores del tarot dan pistas, indicios, augurios sobre lo que va a suceder. Tendremos que estar ese día muy atentas, con los ojos muy abiertos.

— ¿Cuándo? – insistió la hija.

— La próxima noche negra tendrá lugar entre el viernes ocho y el sábado nueve de este mes de octubre que acaba de comenzar. Algo importante va a suceder esa noche, el día anterior o el día posterior.

— Amá, si estoy domida en ese momento, me despietas. ¡Quiedo vedlo!– pidió Merceditas.

13.9 Andrés García de Nanclares andaba preocupado y solitario desde que recibió el nuevo encargo de Manuel Fraga Iribarne a través de su esposa. No sabía cómo dar el paso para obtener nueva información sobre la reliquia ni cómo plantear el tema a la joven americana o a su acompañante. Tenía miedo incluso a que le relacionaran con el último crimen. También temía que ese interés pudiera ser motivo de que los asesinos le tomaran como enemigo y le convirtieran en su próxima víctima.

Esa preocupación, sin embargo, no le quitaba el deseo de ir degustando la gastronomía de los lugares por los que pasaba el

Camino de Santiago. Se detuvo en un pequeño mesón, casi una casa particular, en la localidad de Villasandino. Allí saboreó con gran deleite un típico cocido castellano. Empezó con una sabrosa sopa de fideos. Siguió con un plato colmado de garbanzos y berza. La dueña del local, y a la vez camarera, le preguntó si deseaba mezclarlo con los acompañantes de carne. Andrés prefirió comerlo por separado para disfrutar de todos y cada uno de los sabores. El cocido de carne fue muy abundante. Había morcilla castellana, carne de costilla de cerdo en adobo, chorizo, tocino blanco, carne de morcillo, además de una cabeza de ajos, cebolla, puerros y tomate. Incluso, añadieron un relleno hecho con huevos, miga de pan, perejil y pimentón dulce.

— Que me dejen a mí de nuevas cocinas y de experimentos culinarios. Este es el mejor combinado gastronómico que existe en el mundo.

Con el fin de mantener su costumbre, de postre, pidió un orujo de hierbas. Para acompañarlo, aceptó la recomendación de probar unas pastas famosas, procedentes de la localidad cercana de Grijalva. Con todo, quedó tan lleno que tuvo que esperar más de una hora para poder reanudar el Camino. En esa espera, volvió a su cabeza la encomienda del presidente gallego para que estrechara el control sobre el Santo grial de Santiago que llevaba la joven americana. Ese recuerdo le amargó la digestión.

13.10 — Sé que tengo a mis enemigos políticos en casa. ¡En mi propio partido, el que yo he fundado! – gritó Fraga Iribarne ante sus correligionarios - Sé que esos enemigos están sentados en esta misma mesa. Me llaman don Manuel con voz hueca. Me dan palmadas en la espalda. Me sonríen. Incluso me adulan por delante. Pero en cuanto me vuelvo, me clavan puñales. Me traicionan. Tratan de hundirme. Desde aquí, quiero decirles que son culebras que se arrastran por el suelo. Tienen todo mi desprecio. Deseo que sepan que no van a conseguir nada contra mí. Escuchadlo bien. Voy a seguir con mis planes. Voy a conseguir mis nuevos objetivos. ¡Crearé la Nueva Orden del Temple y vosotros no estaréis en ella!

Ninguno de los presentes en la reunión de la junta ejecutiva de su partido político había oído, hasta ese momento, una diatriba tan furibunda por parte del fundador y presidente honorario. Todos escucharon en silencio. Asustados. Sin atreverse a respirar. Para completar su golpe de efecto, Manuel Fraga Iribarne se levando de su silla, y caminó con su característico vaivén hasta la puerta del salón. La abrió sin volverse y salió.

13.11 Luisa María se encontró con Felipe justo en el momento en que ella salía de visitar de iglesia románica de San Martín de Frómista. Estaba muy impresionada por los sentimientos que había experimentado. Le había impactado la escultura del crucificado de tamaño natural en madera de cerezo, en la soledad impresionante de las paredes vacías del templo. Tardó en reaccionar. Pero pronto recordó que había caminado hasta esa localidad con el premeditado propósito de encontrarse con su amante para que éste le comentara lo que le había prometido. Ella propuso que podían buscar un lugar tranquilo para refrescarse y exponer ese asunto.

— ¡Ahora no es el momento oportuno! – se excusó Felipe.

Fue la primera disculpa que le vino a la boca en ese momento de desconcierto. Luisa María se quedó desilusionada. Deseaba conocer lo que él había prometido decir. Este rechazo produjo en ella todavía más curiosidad. Además, se había hecho ilusiones de que podía ser algo positivo para profundizar en su relación personal. Volvió a insistir. Él se vio obligado a improvisar otra excusa.

— Prefiero decírtelo cuando lleguemos a una ciudad grande. En León, por ejemplo. ¿Te parece bien?

— No me parece bien. Pero tengo que resignarme. No sé a qué viene ese retraso. – replico ella.

— No debes estar enfadada. Estoy seguro de que mis razones te parecerán justificadas.

— ¿Te estás arrepintiendo de lo que deseabas decirme o proponerme? – inquirió intencionadamente Luisa María mirándole directamente a los ojos.

— No me estoy arrepintiendo. ¡Todo lo contrario! Creo que estarás muy contenta de lo que te voy a proponer.

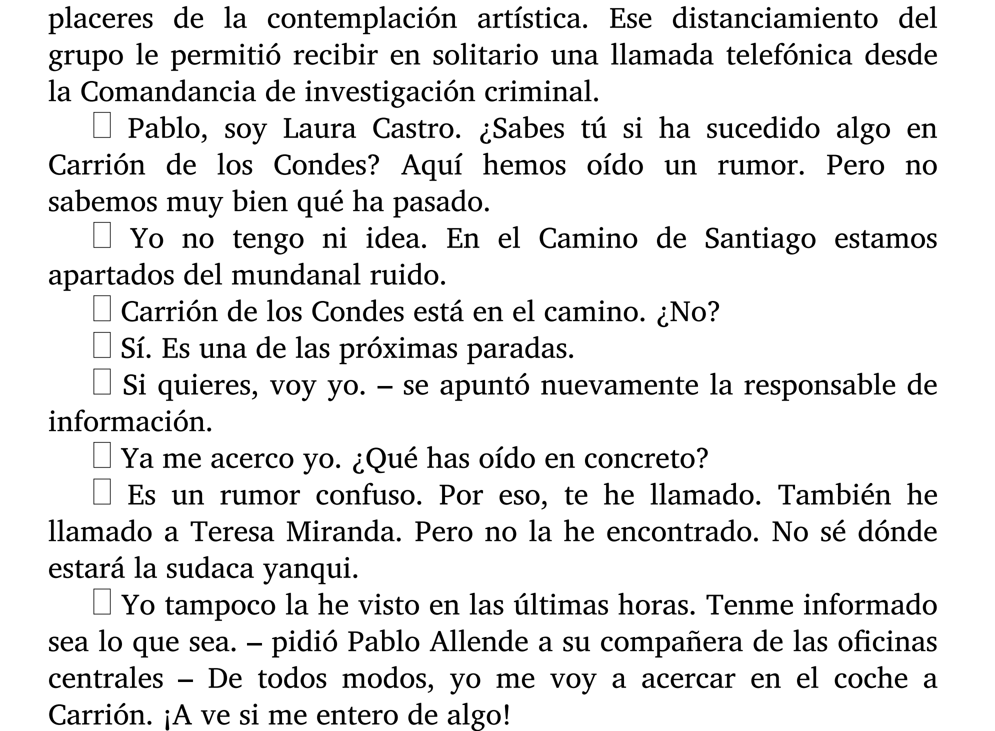
— ¡Aguantaré mi impaciencia! Me tienes muy inquieta y muy esperanzada. Nos veremos a la hora de cenar. Ahora tengo que leer la carta de mi antepasado que está fechada aquí en Frómista.

— Yo voy a aprovechar para ver esta iglesia maravillosa de san Martín.

— ¡A mí, me ha impresionado!

Felipe dio un beso cariñoso a su amante y se encaminó hacia el interior de la joya del arte románico, a través de sus naves abovedadas y de su ábside.

13.12 Se hallaba Pablo Allende descansando en un pequeño bar frente a la plaza del ayuntamiento de Frómista esperando a que el



grupo de peregrinos terminara de visitar las iglesias. Su espíritu práctico y su deformación profesional le impedían disfrutar de los placeres de la contemplación artística. Ese distanciamiento del grupo le permitió recibir en solitario una llamada telefónica desde la Comandancia de investigación criminal.

— Pablo, soy Laura Castro. ¿Sabes tú si ha sucedido algo en Carrión de los Condes? Aquí hemos oído un rumor. Pero no sabemos muy bien qué ha pasado.

— Yo no tengo ni idea. En el Camino de Santiago estamos apartados del mundanal ruido.

— Carrión de los Condes está en el camino. ¿No?

— Sí. Es una de las próximas paradas.

— Si quieres, voy yo. – se apuntó nuevamente la responsable de información.

— Ya me acerco yo. ¿Qué has oído en concreto?

— Es un rumor confuso. Por eso, te he llamado. También he llamado a Teresa Miranda. Pero no la he encontrado. No sé dónde estará la sudaca yanqui.

— Yo tampoco la he visto en las últimas horas. Tenme informado sea lo que sea. – pidió Pablo Allende a su compañera de las oficinas centrales – De todos modos, yo me voy a acercar en el coche a Carrión. ¡A ve si me entero de algo!

13.13 — Pide a Jeb Bush, el gobernador del estado de Florida, que ponga vigilancia especial en este hospital.

Juan Jacobo de Lerma fue visitado en su habitación hospitalaria por su hijo James John a última hora de la tarde, cuando ya estaba cerrado para el público. Tuvo que pedir un permiso especial para entrar. El motivo de ese encuentro no era interesarse por la evolución de la enfermedad. Se había producido una nueva amenaza por parte de la Mafia Latina de Florida. Se había recibido por teléfono en la residencia familiar. Esta vez los términos utilizados por los mafiosos habían sido más radicales. Amenazaban con matar a un miembro de la familia, si no se hacía entrega de la reliquia que iba a donar a la Iglesia católica en España. Además, se señalaba el plazo de una semana para llevarlo a cabo.

El hijo, que había cogido directamente la llamada, estaba muy nervioso. El padre se hallaba en un estado de gran debilidad por la evolución de la enfermedad degenerativa que afectaba a los varones de la familia. Juan Jacobo era partidario de resistir en las circunstancias en que se hallaba. James John creía que era preciso y urgente tomar alguna medida extraordinaria, porque la amenaza

también había sobrepasado los límites anteriores.

□ La familia Bush nos debe favores. Les hemos apoyado económicamente en todas las campañas electorales en las que se han presentado. Seguro que ahora ellos nos ayudarán a nosotros. Si no puedes contactar con Jeb, habla con George padre. Es muy amigo mío.

□ Además, los Bush están implicados en la restauración esa de la Orden del Temple. ¿No?

□ No sólo están implicados. Están muy interesados en ese proyecto. – insistió el padre - Estoy seguro de que nos ayudarán. Los miembros de la Mafia latina de Florida son unos asesinos sin conciencia.

□ De la amenaza que he recibido, - explicó el hijo – se puede deducir que ya están actuando en España. Habría que avisar a Luisa María. Seguro que van a por ella.

□ Yo le he dado la orden de que vuelva a casa. Pero no me hace caso. Llámala tú.

□ En cuanto solicite al Gobernador Bush la vigilancia en el hospital, me pongo en contacto con mi hermana.

13.14 Luisa María se sentó en el patio empedrado del albergue de Frómista, para leer la carta de su antepasado fechada en ese lugar. Desde allí, podía contemplar de nuevo la iglesia de San Martín, una joya del arte románico.

□ Seguro que las pistas sobre la reliquia del Santo Grial van a estar en esta carta. No está dirigida a la esposa legítima.

*‘Querida, recordada, anhelada e deseada María,*

*Debo decirte en primer lugar que respeto, aunque non estoy de acuerdo, tu decisión de permanecer en tu residencia a pesar del peligro que puedes correr como centro de venganza por parte de la belicosa e ambiciosa familia de mi esposa, repudiada ya definitivamente de mi corazón.*

*Nuestro fijo Juan me ha explicado que te has negado a abandonar tu casa porque, creo que son palabras textuales, ‘estas acostumbrada a afrontar los peligros de frente e non vas a cambiar de actitud’. Sólo puedo alabar tu valentía, pero te manifiesto mi temor por el riesgo que esa actitud representa para ti, que eres la persona que más amo en aquesta vida en unión de nuestro fijo.*

*Junto a ese temor, paso también a transmitirte mi esperanza por las gestiones que he realizado en el convento de Santa María de la Blanca, en Sirga, próximo a Frómista, durante mucho tiempo propiedad de los caballeros del Temple. En la actualidad, tras los ataques que aquesta*

*Santa Orden ha sufrido por sus interesados enemigos, ha pasado a estar regida por los Caballeros de la Orden de Santiago. Entre ellos, he encontrado amigos que tenían fresco el recuerdo de los trabajos e ayudas hechos por mi padre e por mí mesmo para restaurar la Santa Orden del temple.*

*Cuando estés leyendo aquesta carta, ya habrás sabido que tres Caballeros de Santiago han acompañado a nuestro fijo. Dos dellos permanecerán constantemente contigo para garantizar tu seguridad. El otro acompañará a Juan en sus recorridos para facer de mensajero entre nosotros.*

*Asimesmo, otros tres caballeros de aquesta mesma orden e de aqueste convento, entre los que estará su maestre superior, se van a trasladar hasta mi residencia familiar con el fin de impedir la venganza que desea llevar a cabo la familia de mi esposa.*

*Mi esposa ha comenzado las gestiones legales e judiciales para declararme prófugo. Además, ha presentado una cláusula en que se solicita que sea yo considerado falto de las luces de conocimiento e voluntad necesarias para regir los bienes e destinos familiares.*

*De esa manera, non sólo pretende usurparme todos mis bienes sino, además, impedir que pueda regresar a mi propia residencia.*

*Estoy seguro de que la acción de aquestos caballeros e su Maestre Superior impedirán, porque ellos me lo han prometido, que se consume tal atropello. Volverán a colocar las cosas en el orden justo donde yo las dejé cuando inicié aquesta peregrinación hasta la tumba del Santo Apóstol.*

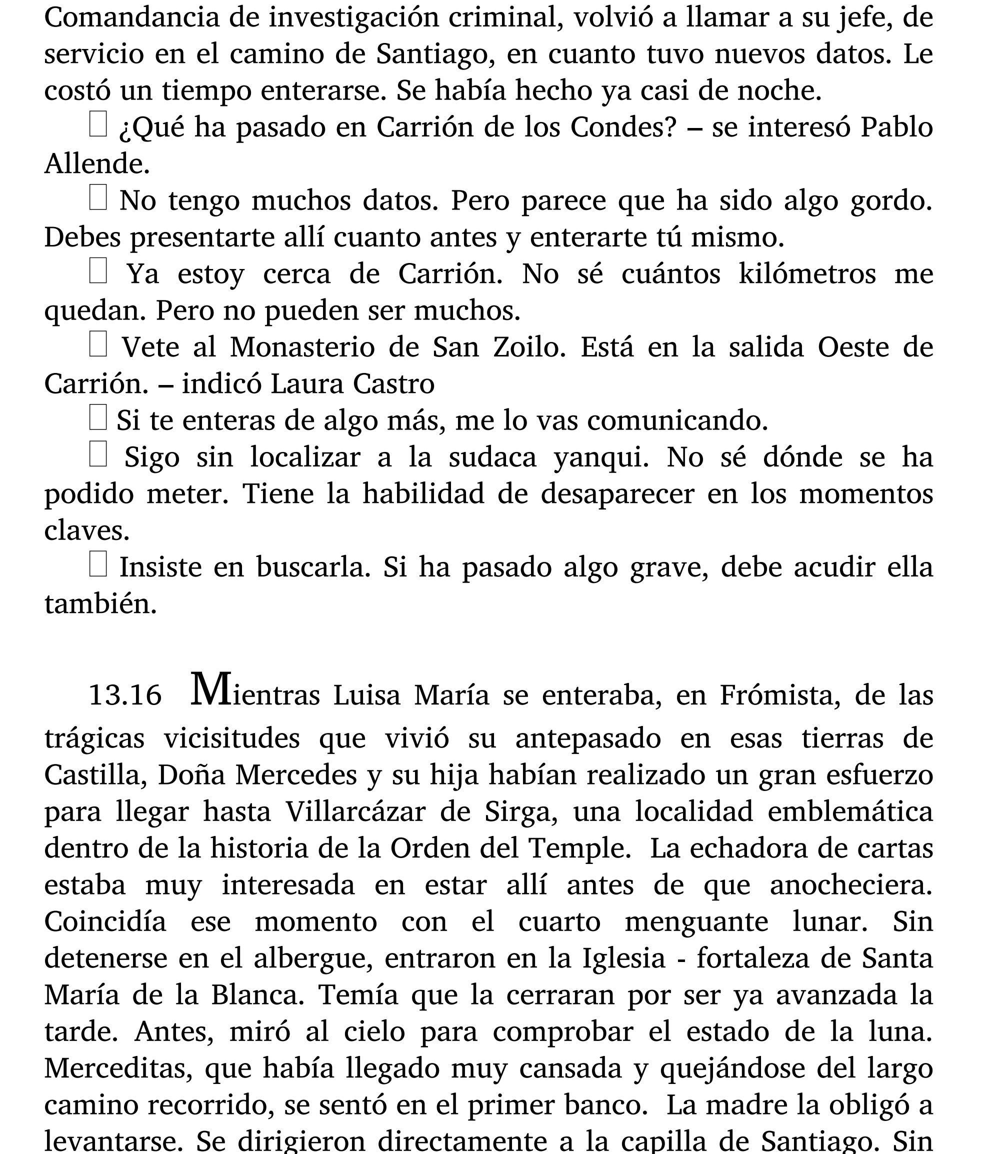
*Aquesta ayuda que he recibido por parte de los Caballeros de la Orden de Santiago nunca podrá ser bien agradecida ni bien remunerada. Pero he comprometido mi honor en que, cuando haya terminado mi peregrinación hasta Compostela e una vez que haya recuperado el control de mis propiedades, ordenaré la reconstrucción de aqueste monasterio de Sirga, cercano a Frómista, que tan ilustre ha sido en la historia de la Santa Orden del Temple.*

*Non deseo retrasar más la salida de nuestro fijo Juan e de los tres caballeros que le van a acompañar. Sólo me queda pedirte que te dejes defender por ellos. Tú eres lo más precioso e sagrado que para mí queda en aqueste mundo, a la vez que representas el motivo de mi lucha después de que cumpla mi misión a los pies del Santo Apóstol.*

*Con renovado afecto e amor, te recuerda e también es tuyo para siempre, Juan de Lerma'.*

## 13.15  Pablo, ¿vas hacia Carrión de los Condes?

Laura Castro, la policía responsable de información de la



Comandancia de investigación criminal, volvió a llamar a su jefe, de servicio en el camino de Santiago, en cuanto tuvo nuevos datos. Le costó un tiempo enterarse. Se había hecho ya casi de noche.

— ¿Qué ha pasado en Carrión de los Condes? – se interesó Pablo Allende.

— No tengo muchos datos. Pero parece que ha sido algo gordo. Debes presentarte allí cuanto antes y enterarte tú mismo.

— Ya estoy cerca de Carrión. No sé cuántos kilómetros me quedan. Pero no pueden ser muchos.

— Vete al Monasterio de San Zoilo. Está en la salida Oeste de Carrión. – indicó Laura Castro

— Si te enteras de algo más, me lo vas comunicando.

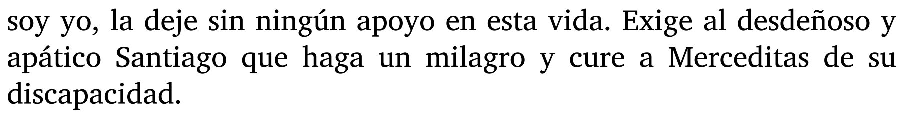
— Sigo sin localizar a la sudaca yanqui. No sé dónde se ha podido meter. Tiene la habilidad de desaparecer en los momentos claves.

— Insiste en buscarla. Si ha pasado algo grave, debe acudir ella también.

13.16 Mientras Luisa María se enteraba, en Frómista, de las trágicas vicisitudes que vivió su antepasado en esas tierras de Castilla, Doña Mercedes y su hija habían realizado un gran esfuerzo para llegar hasta Villarcázar de Sirga, una localidad emblemática dentro de la historia de la Orden del Temple. La echadora de cartas estaba muy interesada en estar allí antes de que anocheciera. Coincidía ese momento con el cuarto menguante lunar. Sin detenerse en el albergue, entraron en la Iglesia - fortaleza de Santa María de la Blanca. Temía que la cerraran por ser ya avanzada la tarde. Antes, miró al cielo para comprobar el estado de la luna. Merceditas, que había llegado muy cansada y quejándose del largo camino recorrido, se sentó en el primer banco. La madre la obligó a levantarse. Se dirigieron directamente a la capilla de Santiago. Sin ninguna dilación, se arrodillaron ante la estatua de piedra policromada de la Virgen.

Merceditas había sido aleccionada, antes de entrar, de que ésa era una de las visitas más importantes de todo el Camino en el propósito de conseguir un milagro del Apóstol Santiago. Por esa razón, aunque puso algún reparo por su cansancio, se arrodilló junto a su madre e imitó todos sus movimientos.

— Santa María de la Blanca, señora nuestra y de todos los desfavorecidos, estamos arrodilladas a tus pies con el fin de pedir que, una vez más, corrijas las negligencias del Apóstol Santiago. Apiádate tú de esta niña antes de que la muerte de su madre, que


soy yo, la deje sin ningún apoyo en esta vida. Exige al desdeñoso y apático Santiago que haga un milagro y cure a Merceditas de su discapacidad.

— Amén.

Merceditas se precipitó dando un grito que se oyó en toda la capilla. Inmediatamente se levantó como si hubiera terminado la ceremonia. Su madre la retuvo.

— ¡Espera! Todavía no hemos terminado. Santa María de la Blanca, tú que has curado a enfermos y tullidos que regresaban de la tumba del Apóstol sin haber sido atendidos por él, acuérdate de esta niña a quien Santiago tampoco desea librar de sus limitaciones.

Doña Mercedes miró a su hija y le hizo un gesto para que asintiera a la oración. La niña volvió a repetir el grito de la palabra 'amén' con la entonación de una canción popular.

13.17 Felipe Manzanal y Luisa María habían cogido para esa noche en el albergue de Frómista dos camas bajas contiguas. La experiencia acumulada les había enseñado que las camas de abajo producían menos ruido al moverse. Estaban colocados junto a la pared del fondo del dormitorio comunitario. Esa distancia les permitía una mayor libertad de movimiento. Sin embargo, el juego amoroso resultó más breve en esa ocasión. La joven comenzó con mucho apasionamiento en los besos, las caricias y los tocamientos. Estimuló directamente el órgano sexual de su compañero. Eso provocó que éste tuviera una eyaculación rápida antes de la penetración. Luisa María, excitada y decepcionada, intentó una repetición del proceso. Pero ya no logró los resultados apetecidos.

13.18 Cuando Pablo Allende llegó al Monasterio de San Zoilo en Carrión de los Condes, ya era de noche. Estaba toda la zona acordonada por la policía local. Tuvo que presentar su credencial para que la autorizaran a acercarse al cadáver. Al levantar la sábana que lo cubría, pudo comprobar que tenía las mismas heridas e idéntica disposición ritual que el cuerpo de Mateo Pérez de Lerma cuando fue hallado en el albergue de Logroño. También era similar a la del cadáver encontrado en los servicios del albergue de Roncesvalles.

En esta ocasión, se trataba de un hombre anciano, delgado, con melena larga y el pelo blanco. Aunque toda su ropa estaba manchada de sangre, podía percibirse que sus pantalones eran vaqueros y que llevaba zapatos modernos con hebilla. Respondía

con exactitud a la descripción que se había dado días antes sobre el negociante clandestino de obras de artes, el que había dejado el recado para Mateo Pérez de Lerma en el albergue de Pamplona. El responsable de la investigación criminal hubiera deseado sacar algunas fotografías del cadáver. Pero pensó que podía llamar demasiado la atención y quizá tener problemas con los policías locales. Prefirió mantener las imágenes en la retina. Estaba todavía observando el cuerpo y el escenario cercano, buscando nuevos detalles, cuando notó que le llamaban desde el límite de la zona acordonada. Allí se hallaba Teresa Miranda. Era la primera vez que aparecía, después de su misteriosa ausencia.

— ¿Por qué no me has avisado de que había pasado esto? – le increpó Teresa Miranda.

— Te hemos estados buscando Laura Castro y yo. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

La policía, que había utilizado esa acusación para ocultar su ausencia, no supo cómo contestar sin decir la verdad. Buscó una excusa precipitada. Aludió a que había tenido un accidente en la pierna. Aseguró que se había caído, y había tenido que pararse en medio de un descampado. Consciente de que su falsa coartada era muy difícil de sostener, para desviar la atención, se precipitó en preguntas sobre lo que había ocurrido con esa nueva muerte.

— Es el vendedor clandestino de obras de arte. ¿No?

— No hay duda. Aquí hay una mano negra que sabe muy bien los golpes que va dando. Está todo muy preparado.

— Por lo tanto, la teoría de que la mujer de Castro Urdiales ha matado a los dos hermanos Pérez de Lerma no sirve para nada. – concluyó Teresa Miranda, simulando estar muy metida en la investigación.

— ¡Vámonos! – ordenó el responsable de la investigación criminal - No es éste el sitio apropiado para hablar de estas cosas. Hay que mantenerlo en secreto como los asesinatos anteriores.

— ¡No seas ingenuo! Esto ya lo sabe todo el mundo. Yo lo he escuchado por la radio.

—De todos modos, vámonos. Deja los trámites a la policía local.

Mientras se alejaban, Pablo Allende volvió a recriminar su desaparición a Teresa Miranda. Ésta no contestó. Derivó la conversación asegurando que este caso se les había escapado de las manos y había tomado unas dimensiones inesperadas.

— Vamos a tener que replantear todo el caso desde el principio. No tenemos ni idea de lo que está pasando.

— Yo tengo que regresar al albergue de Frómista. – aseguró la

policía - Allí estará, supongo, la joven americana a la que tengo que proteger. Espero que no la haya pasado nada, mientras he estado aquí contigo.

13.19 — ¡Estoy segura de que la sudaca yanqui miente! No sé dónde habrá estado ni con quién. Eso de que se ha caído no se lo cree nadie.

Laura Castro se había puesto de nuevo en contacto con el responsable de la investigación criminal para informarse sobre los detalles de lo sucedido en Carrión de los Condes. Estuvieron de acuerdo en que esta serie de muertes estaba complicando mucho la entrega del Santo Grial en la catedral de Santiago de Compostela. Debatieron sobre las medidas que se podían tomar para descubrir a los asesinos. Ambos se mostraron muy pesimistas. Después, se refirieron a la ausencia de Teresa Miranda. Pablo se inclinaba por creer su versión de la caída en camino. Laura pensaba estaba ocultando algo grave.

— Tú, Laura, no eres imparcial. Teresa te cae mal.

-Me caiga mal o no me caiga mal, estoy segura de que ahora nos está mintiendo. ¡Nos oculta algo! Me gustaría poder ir a comprobarlo personalmente.

# 14.- LEÓN - HOSPITAL DE ÓRBIGO

**(Domingo, 3 de octubre de 1999)**

14.1 — ¡Sois unos inútiles! ¿En qué estabais pensando? Os las dan todas en el mismo carrillo. Estos asesinos de mierda hacen lo que quieren con vosotros.

Manuel Fraga Iribarne estaba extraordinariamente enfadado. No hacía nada por disimularlo. Todo lo contrario. Había llamado a Pablo Allende para exigir cuentas de lo que estaba pasando en el camino de Santiago. Teóricamente deseaba obtener información. En la práctica, le echó una bronca descomunal. No se ahorró ningún calificativo. Tampoco obvió los insultos. Le amenazó con destituirle y expulsarle de la policía. Al final, le dio un breve plazo para que solucionara los problemas existentes y aclarara la situación provocada por los sucesivos crímenes.

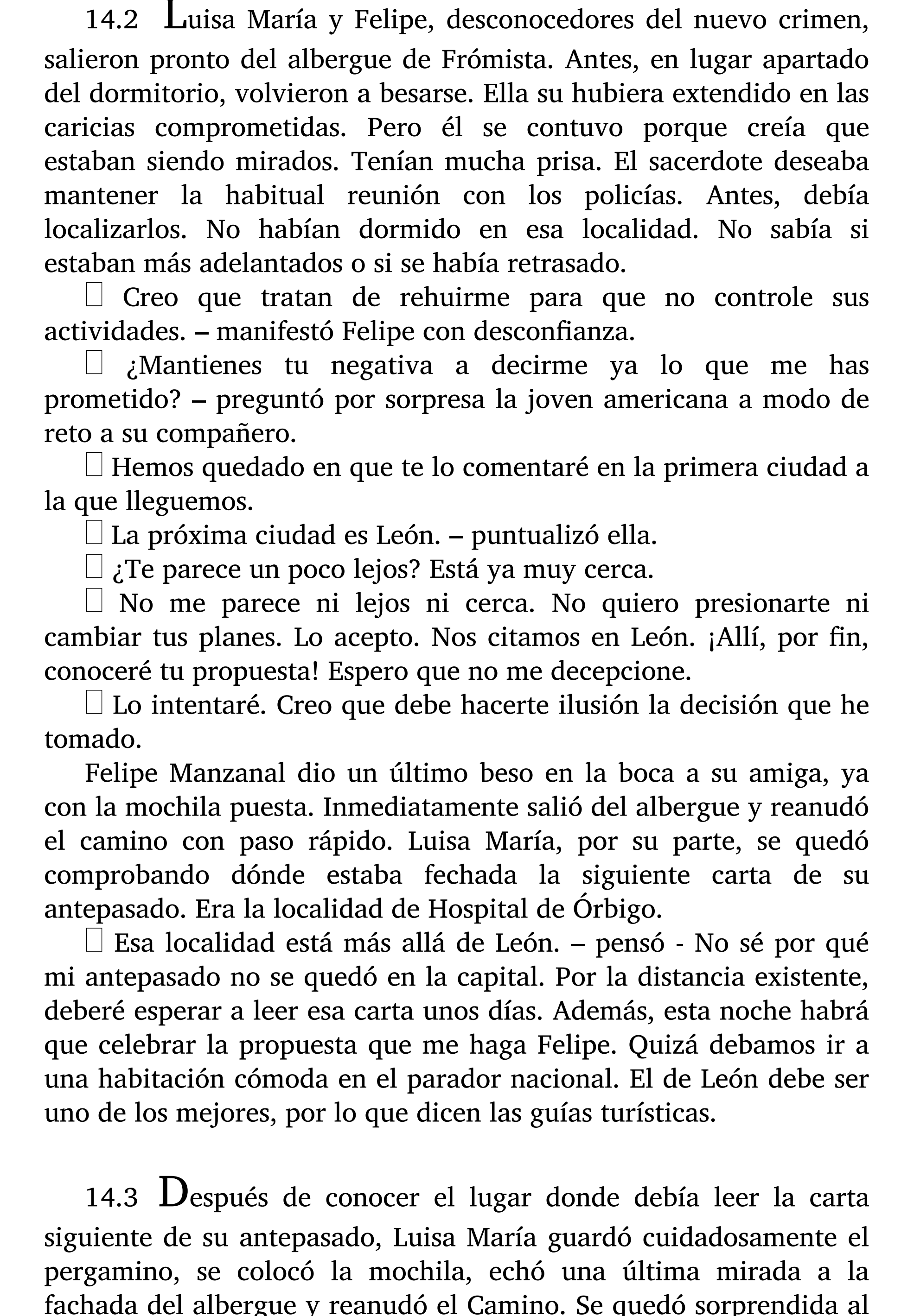
— Lo primero que vamos a hacer es una reunión extraordinaria y urgente esta misma tarde, a primera hora en León. – ordenó el veterano político – Quiero que asistan todos los responsables y todos los implicados. Que no falte nadie. Las cosas no pueden seguir como están.

— Don Manuel, - se rehízo Pablo Allende con temor – no sé a qué se refiere cuando dice todos los responsables y todos los implicados.

— ¿Cómo que no entiendes a qué me refiero? Cuando digo todos, son todos. ¿No entiendes lo que significa la palabra todos?

— ¿Debe asistir la policía que protege a Luisa María? ¿Ella, la joven americana, es también implicada y debe asistir?

— ¡Esa pregunta es de tontos! – estalló de nuevo la ira del Presidente de Galicia – No podemos dejar desprotegida a esa chica para que la maten a ella también. Es la clave de toda la operación. A esa reunión de esta tarde en León, deben asistir todos los policías responsables e implicados en esta operación, menos la agente que vigila a la chica. ¿Lo tienes claro ahora o te lo tengo que repetir? Ya sabes que estás amenazado de destitución.



14.2 Luisa María y Felipe, desconocedores del nuevo crimen, salieron pronto del albergue de Frómista. Antes, en lugar apartado del dormitorio, volvieron a besarse. Ella su hubiera extendido en las caricias comprometidas. Pero él se contuvo porque creía que estaban siendo mirados. Tenían mucha prisa. El sacerdote deseaba mantener la habitual reunión con los policías. Antes, debía localizarlos. No habían dormido en esa localidad. No sabía si estaban más adelantados o si se había retrasado.

— Creo que tratan de rehuirme para que no controle sus actividades. – manifestó Felipe con desconfianza.

— ¿Mantienes tu negativa a decirme ya lo que me has prometido? – preguntó por sorpresa la joven americana a modo de reto a su compañero.

— Hemos quedado en que te lo comentaré en la primera ciudad a la que lleguemos.

— La próxima ciudad es León. – puntualizó ella.

— ¿Te parece un poco lejos? Está ya muy cerca.

— No me parece ni lejos ni cerca. No quiero presionarte ni cambiar tus planes. Lo acepto. Nos citamos en León. ¡Allí, por fin, conoceré tu propuesta! Espero que no me decepcione.

— Lo intentaré. Creo que debe hacerte ilusión la decisión que he tomado.

Felipe Manzanal dio un último beso en la boca a su amiga, ya con la mochila puesta. Inmediatamente salió del albergue y reanudó el camino con paso rápido. Luisa María, por su parte, se quedó comprobando dónde estaba fechada la siguiente carta de su antepasado. Era la localidad de Hospital de Órbigo.

— Esa localidad está más allá de León. – pensó - No sé por qué mi antepasado no se quedó en la capital. Por la distancia existente, deberé esperar a leer esa carta unos días. Además, esta noche habrá que celebrar la propuesta que me haga Felipe. Quizá debamos ir a una habitación cómoda en el parador nacional. El de León debe ser uno de los mejores, por lo que dicen las guías turísticas.

14.3 Después de conocer el lugar donde debía leer la carta siguiente de su antepasado, Luisa María guardó cuidadosamente el pergamino, se colocó la mochila, echó una última mirada a la fachada del albergue y reanudó el Camino. Se quedó sorprendida al ver a dos jóvenes que se dirigieron hacia ella. Se fijó en el más moreno. Su cara le resultaba conocida, aunque, en ese momento, no recordaba su identidad. El otro, rubio, no le sonaba de nada.

— Hola, piba. ¿Ya no te acuerdas de mí? Soy Giovanni.

Inmediatamente recordó que era Giovanni, el italiano, amigo de su ex novio, que la había visitado en Logroño justo en la víspera del asesinato de Mateo Pérez de Lerma. Como en aquella ocasión, el joven se acercó con desparpajo, le dio un par de besos sonoros y la abrazó.

— Este es Boris, un amigo mío y de tu novio. Es ruso. Pero vive en Madrid como yo.

Luisa María se acercó al desconocido para saludarle. Aunque más tímido que su compañero, también le dio un par de besos.

— ¿Cómo así por aquí? -inquirió la joven americana.

— Venimos con un poco de prisa. Michael nos ha encargado que te digamos que está muy enfadado porque no contestas a sus mensajes. Está muy, muy celoso contigo.

— Ya le dije que, durante el camino, no iba a mantener comunicación con nadie.

— Esperaba que tuvieras una consideración especial hacia él ya que es tu novio.

— Él no lo quiere reconocer. Pero ya no somos novios. Somos libres los dos. No tenemos ningún compromiso.

— Eso no se lo puedo decir a Michael. Se enfadaría todavía más. Él mantiene su compromiso hacia ti. Nos ha encargado que le trasmitamos tu respuesta. ¿Qué mensaje quieres que le demos?

— ¿Le vais a ver? -preguntó Luisa María con sorpresa.

— Bueno. Hablamos frecuentemente con él por teléfono. –puntualizó el italiano, tras una pequeña duda.

— Decidle que tenga un poco de paciencia. Cuando yo vuelva a Estados Unidos, me reuniré con él y lo aclararemos todo.

— Ya sabes que Michael no tiene paciencia. Cualquier día se presenta aquí. Ya te he dicho que está muy celoso y muy enfadado.

— Debe esperar a que termine el Camino.

— No te extrañes si, dentro de poco, tienes una sorpresa.

Giovanni tomó la iniciativa de despedirse con otro par de besos y otro abrazo. Boris, que había permanecido callado durante toda la conversación sin apartar los ojos del rostro de Luisa María, también le dio los besos y el abrazo. Después, los dos continuaron su camino en dirección contraria a la que seguía la joven americana.

## 14.4 ¡Me han ocultado este nuevo asesinato!

Al pasar por la localidad de Sahagún, Felipe Manzanal se quedó mirando la portada de un periódico, colgado en el escaparate de una librería. Le llamó la atención el tamaño de las letras del

principal titular. Destacaba el asesinato cometido en el camino de Santiago. Entró a comprar el diario para enterarse de los detalles de esa noticia. La información era amplia. Se exponían las circunstancias en las que se había realizado el crimen. Se insistía en el carácter ritual de las heridas causadas. También se aludía, aunque de modo indefinido, a la supuesta existencia de otras muertes en el camino de Santiago, que habían sido ocultadas. Felipe se sorprendió de que esos datos aparecieran en la prensa con ese alarde tipográfico. Era conocedor del deseo que tenía la policía para que estos hechos no trascendieran al conocimiento público para poder investigar con más tranquilidad.

□ ¡Es ridículo que me lo hayan querido ocultar a mí, cuando lo sabe todo el mundo!

El sacerdote estableció la estrategia para localizar a los policías con los que deseaba reunirse cuanto antes. Tras esa noticia, era todavía más urgente la reunión. Tuvo alguna duda sobre si debía informar inmediatamente a Luisa María. Pero consideró que era más urgente el encuentro con los policías.

14.5 □ ¿Cómo está papá? ¡Eso es lo primero que deseo conocer!

Luisa María respondió tajante con esa pregunta en cuanto recibió la llamada de su hermano James John. La intención de éste, en cambio, era informarla de las nuevas y contundentes amenazas que había recibido de la Mafia Latina de Florida. Ante la insistencia de su hermana, tuvo que cambiar.

□ Papá sigue igual. Está sedado. Es la única manera de que soporte los dolores.

□ John, estoy muy afectada por la enfermedad de papá. No sé si me va a dar tiempo a entregar el Santo Grial de Santiago con el suficiente tiempo para que se pueda beneficiar.

□ Todos estamos muy afectados. Además, tenemos estas amenazas de la mafia que inciden en la situación.

□ John, lo más importante es lo de papá. Quiero que me informes de cualquier novedad en su estado. – suplicó la joven – En cuanto pase algo, cualquier cosa, me llamas inmediatamente. ¿Lo prometes?

□ Lo prometo. No te preocupes. – dijo - Pero ahora tienes que prestarme atención a otra cosa. Tienes que decirle a la policía que te vigila que debe tener los ojos más despiertos para protegerte mejor.

□ Sé que papá contrató una policía para que me vigilara durante el Camino de Santiago. Pero no sé quién es. – aseguró Luisa María.

□ Yo tampoco la conozco. Creo que es una mujer. Me parece que procede de aquí, de Estados Unidos. Pero es latina. Habla español. Me puedo enterar de su nombre. Se lo preguntaré a papá en la próxima visita al hospital.

□ Busca pronto su nombre. Deseo conocerla.

-Te llamo dentro de un rato para decírtelo.

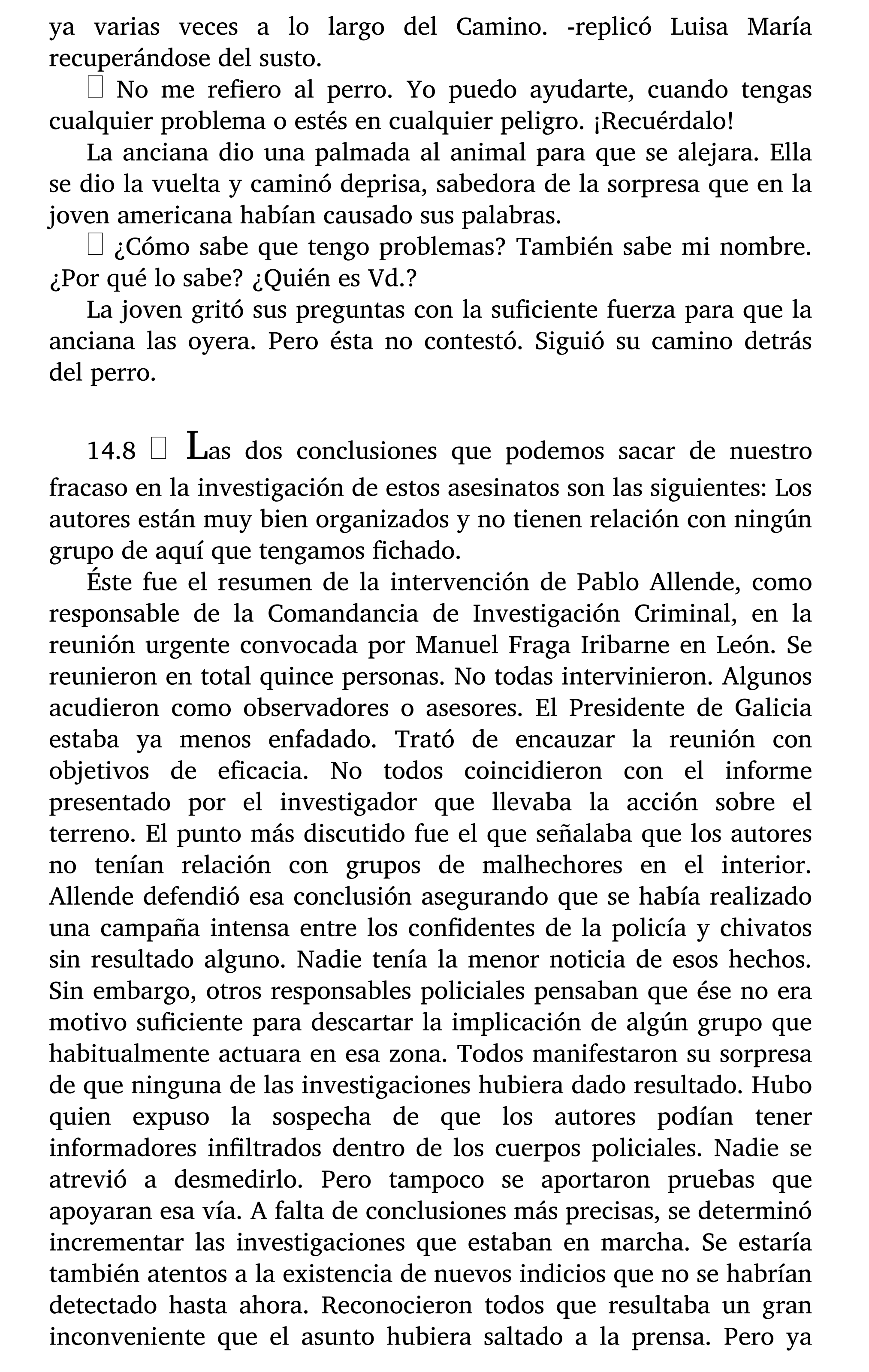
14.6 □ ¡Estoy muy enfadado por haberme ocultado esta información más importante!

Felipe Manzanal, el funcionario del vaticano, no tardó mucho en localizar a Pablo Allende, el investigador criminal. En cuanto lo vio, se precipitó sobre él. No le dejó expresar las explicaciones de lo que había pasado. La lista de reproches y censuras resultó muy larga. Cuando el policía pudo dar su versión de los hechos, tampoco le fue aceptada. A juicio del sacerdote, debía haberle avisado inmediatamente, nada más tener el primer conocimiento de lo sucedido. No admitió como disculpa la confusión con que se habían desarrollado las informaciones ni la necesidad de obtener de forma urgente la mayor cantidad de datos en el lugar de los hechos. Lo que calmó a Felipe Manzanal fue la invitación a participar en la reunión que se iba a celebrar a primera hora de la tarde bajo la presidencia del Presidente de Galicia Manuel Fraga Iribarne. Consideró que allí podría enterarse de todos los detalles y, además, establecer contactos útiles.

14.7 Luisa María había recibido la llamada telefónica de su hermano en la explanada, enfrente de las ruinas del monasterio cluniacense de Sahagún. Por fortuna, era un lugar espacioso. No tenía obstáculos ni naturales ni arquitectónicas que provocaran problemas de interferencias. En otras conversaciones con América del Norte las había padecido. Nada más guardar el teléfono, vio cómo se acercaba corriendo hacia ella y ladrando con fuerza el perro negro de ojos brillantes. Se asustó. El animal se detuvo, pero continuó ladrando hasta que llegó a su altura la anciana de pelo completamente blanco y vestida de negro.

□ Luisa María, he venido a decirte que, cuando tengas algún problema o estés en peligro, debes pedirme ayuda. -dijo la anciana con un tono muy misterioso, mientras dominaba al perro y le hacía callar – Sé que estás pasando por momentos de duda y de incertidumbre.

□ Lo que tiene que hacer Vd. es dominar al perro. Me ha ladrado



ya varias veces a lo largo del Camino. -replicó Luisa María recuperándose del susto.

— No me refiero al perro. Yo puedo ayudarte, cuando tengas cualquier problema o estés en cualquier peligro. ¡Recuérdalo!

La anciana dio una palmada al animal para que se alejara. Ella se dio la vuelta y caminó deprisa, sabedora de la sorpresa que en la joven americana habían causado sus palabras.

— ¿Cómo sabe que tengo problemas? También sabe mi nombre. ¿Por qué lo sabe? ¿Quién es Vd.?

La joven gritó sus preguntas con la suficiente fuerza para que la anciana las oyera. Pero ésta no contestó. Siguió su camino detrás del perro.

14.8 — Las dos conclusiones que podemos sacar de nuestro fracaso en la investigación de estos asesinatos son las siguientes: Los autores están muy bien organizados y no tienen relación con ningún grupo de aquí que tengamos fichado.

Éste fue el resumen de la intervención de Pablo Allende, como responsable de la Comandancia de Investigación Criminal, en la reunión urgente convocada por Manuel Fraga Iribarne en León. Se reunieron en total quince personas. No todas intervinieron. Algunos acudieron como observadores o asesores. El Presidente de Galicia estaba ya menos enfadado. Trató de encauzar la reunión con objetivos de eficacia. No todos coincidieron con el informe presentado por el investigador que llevaba la acción sobre el terreno. El punto más discutido fue el que señalaba que los autores no tenían relación con grupos de malhechores en el interior. Allende defendió esa conclusión asegurando que se había realizado una campaña intensa entre los confidentes de la policía y chivatos sin resultado alguno. Nadie tenía la menor noticia de esos hechos. Sin embargo, otros responsables policiales pensaban que ése no era motivo suficiente para descartar la implicación de algún grupo que habitualmente actuara en esa zona. Todos manifestaron su sorpresa de que ninguna de las investigaciones hubiera dado resultado. Hubo quien expuso la sospecha de que los autores podían tener informadores infiltrados dentro de los cuerpos policiales. Nadie se atrevió a desmedirlo. Pero tampoco se aportaron pruebas que apoyaran esa vía. A falta de conclusiones más precisas, se determinó incrementar las investigaciones que estaban en marcha. Se estaría también atentos a la existencia de nuevos indicios que no se habrían detectado hasta ahora. Reconocieron todos que resultaba un gran inconveniente que el asunto hubiera saltado a la prensa. Pero ya

nada se podía hacer contra eso. En lo que insistió mucho Fraga Iribarne fue en incrementar la protección sobre Luisa María. Se mantendría el dispositivo existente y se incorporarían otros dos guardaespaldas. Éstos tendrían la apariencia de peregrinos normales. Nadie conocería su identidad, salvo Pablo Allende.

14.9 La esposa de Andrés García de Nanclares estuvo esperando en la puerta del albergue municipal de León desde primera hora de la tarde. Su marido se hizo esperar. Se había detenido en Mansilla de las Mulas para comer. El primer plato, unos puerros, le gustó tanto que pidió la receta. Además de los puerros, llevaba pimientos de piquillo, tomates maduros, almendras peladas, ajos abundantes y aceite de oliva. La ternera que tomó de segundo plato, no le pareció tan novedosa, aunque también le dejó satisfecho. El ingrediente principal del postre fue la manzana, pero puesta de diversas formas. Se trataba de láminas de manzana carameleada, relleno de mouse de manzana y sorbete también de manzana reineta.

Al llegar al albergue municipal de León, estuvo a punto de cortársele la digestión. Su esposa estaba ya muy enfadada por la espera. Se irritó todavía más cuando se enteró de que Andrés no había realizado ninguna gestión para retomar los contactos sobre la reliquia de tanto valor. El peregrino expuso varias razones o excusas para justificar su actitud. Ninguna sirvió para convencer a Juana Grijalva. Tampoco él las detalló con entusiasmo y convicción. Terminó reconociendo que tenía miedo a que le pasara lo mismo que a los que habían sido asesinados hasta ese momento. Solicitó alejarse de esas gestiones. Pero su esposa no se lo aceptó.

— Don Manuel se ha mostrado intransigente. Dice que eres un vago. ¡En eso, tiene razón! Tienes dos días de plazo. Es lo único que le he podido sacar al presidente. Ha dicho que, si no has conseguido nada, te destituye y te deja en la calle. En Ponferrada, te espero con todo resuelto.

— Tardo más de dos días en llegar a Ponferrada.

— ¡No me lleves la contraria! -gritó la esposa. -Te espero en Ponferrada, con todos los contactos hechos.

— Juana, eso...

— ¡Ni rechistar! Ya lo sabes. Don Manuel no va a cambiar de opinión. Otra cosa. ¡No me hagas esperar nunca más! Tendrás que llegar con más puntualidad a los albergues por si te estoy yo esperando.

14.10 — Deseo reservar una suite para esta noche. Que sea cómoda y silenciosa.

Luisa María, al llegar a León, no se detuvo en ninguno de los albergues de peregrinos existentes. Estaba convencida de que esa noche deberían celebrar la propuesta que iba a hacer Felipe. No debían reparar en gastos. Todavía tenía parte del dinero que le había dado su padre. En la vida, había momentos que era preciso festejar. El parador de san Marcos era el lugar más adecuado.

14.11 — Debes conseguirme una audiencia personal con el papa Juan Pablo II. Yo sé que tú tienes muchas relaciones en la curia pontificia.

Felipe Manzanal asistió a la reunión de los responsables policiales con el presidente gallego Iribarne, como le había invitado Pablo Allende. No intervino. Se limitó a escuchar. Una vez terminado el encuentro, el investigador criminal le presentó a Manuel Fraga Iribarne, quien desea conocerle desde que el arzobispo de Santiago de Compostela le había comentado que era la persona adecuada para conseguirle una audiencia privada con el papa. También el sacerdote estaba interesado en conocer al veterano político. Fraga tuvo interés en exponerle su proyecto para reinstaurar la Orden del Temple en Europa con el fin de salvaguardar la civilización cristiana y occidental. Felipe Manzanal quedó entusiasmado con ese proyecto. Se ofreció a colaborar con él en lo que fuera necesario. La oferta fue aceptada inmediatamente.

— Le nombro en este mismo momento colaborar directo. Buscaré muy pronto el cargo concreto que le voy a dar. Lo primero que debe conseguir es esa audiencia con el papa polaco en el menor tiempo posible.

— Voy a comenzar a moverlo inmediatamente.

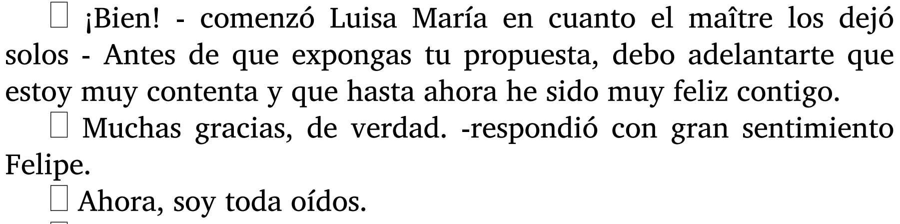
14.12 Cuando doña Mercedes se concentró para realizar una nueva sesión de Tarot, ya conocía lo que había sucedido en Carrión de los Condes. Tuvo dudas sobre si las anteriores apariciones del diablo al revés podían referirse a este asesinato. Tras meditar sobre esa posibilidad, concluyó que no. Mantenía la interpretación de que tenía relación con otro acontecimiento que iba a tener lugar en las fechas de la luna negra.

La echadora de cartas trató de quitarse esa preocupación antes de iniciar la nueva sesión. Comenzó preparando el taco de los

arcanos. Lo acarició en agradecimiento por la luz que derramaba en su vida. Lo puso a su derecha. Mientras estuvo concentrada, lo apretó entre las dos manos. Realizó todas las operaciones sin prisa. No abrió los ojos hasta el momento de colocar los arcanos mayores en forma de cruz templaria. Volvió a esperar antes de levantar la que había quedado en el centro. Era el número seis. Los enamorados. Estaba colocada también al revés. Quedó desilusionada. No encontraba relación alguna de esa carta con el motivo de los asesinatos, que era el objetivo que ella buscaba. Era ridículo pensar que se debieran a un desengaño amoroso o a una traición del ser presuntamente amado. Estaba segura de que tampoco tenía relación con su hija. Tendría que tratarse, en todo caso, de otro asunto. Pero doña Mercedes, en ese momento, no estaba interesada en él.

14.13 Luisa María y Felipe se pusieron de acuerdo en ir a un buen restaurante en León con el fin de que él hiciera la propuesta que estaba demorando en los últimos días. Ella se inclinó por un restaurante moderno cercano al Parador de San Marcos. Así no tardarían mucho en ir, después, hasta la habitación alquilada ya para la celebración.

Nada más sentarse en el luminoso comedor, llegaron a otro acuerdo. Antes de exponer la propuesta, elegirían los platos de la cena. La joven americana se dejó llevar por los consejos del maître. Pidió Mousse de cecina de León con vinagreta de pimientos del lugar, crujiente de puerros de Sahagún al ajo arriero sobre crema de queso valdeón, y, para postre, Milhojas de chocolate rellenas de crema de castañas con salsa de higos agridulces. Felipe coincidió en Mousse de cecina como primer plato. Después, pidió congrio al ajo arriero, y completó su pedido con arroz con leche acompañado de helado de canela y crujiente de pasas.



¡Bien! - comenzó Luisa María en cuanto el maître los dejó solos - Antes de que expongas tu propuesta, debo adelantarte que estoy muy contenta y que hasta ahora he sido muy feliz contigo.

Muchas gracias, de verdad. -respondió con gran sentimiento Felipe.

Ahora, soy toda oídos.

Lo que deseo decirte - dijo Felipe con firmeza mirando a los ojos a su amada – es que estoy dispuesto a renunciar a todo por ti. Estoy dispuesto a cambiarlo todo para poder vivir contigo a partir de este momento para siempre. Estoy decidido a cambiar de vida por ti, por el amor que siento hacia ti. ¡Por ti, renunciaré a mi

estado!

— ¿Me vas a decir que estas casado?

Ella estaba sorprendida y también esperanzada por la emotiva introducción que Felipe había realizado. Estaba ansiosa de conocer el motivo de esa renuncia. Él también participaba de esos sentimientos.

— ¡Soy sacerdote! Y tengo que ….

La joven americana se quedó inmóvil, mirándole fijamente, sin reaccionar. Cambió el color de su cara. Comenzó a palidecer.

— ¡Repítelo, por favor!

— He dicho que soy sacerdote y que ...

— ¡¡¡No!!!

Fue un grito muy fuerte. A la vez, se levantó precipitadamente. A causa del movimiento brusco, tiró las dos copas al suelo. Una de ellas se rompió haciendo mucho ruido y llamando la atención de todos los presentes en el comedor. Felipe, por la sorpresa, tardó en reaccionar.

— Luisa María,...

— Déjame en paz. ¡Ni me hables! ¡¡No!!

— Escucha.

— ¡Otro cura, no!

La joven corrió hacia la puerta del comedor, casi desencajada, como si hubiera perdido el control. El sacerdote la siguió desconcertado y sin saber cómo reaccionar.

— Pero ¿qué pasa?

— ¡Aléjate de mí! ¡Vete!

— Dame una explicación, por favor. – suplicó Felipe Manzanal.

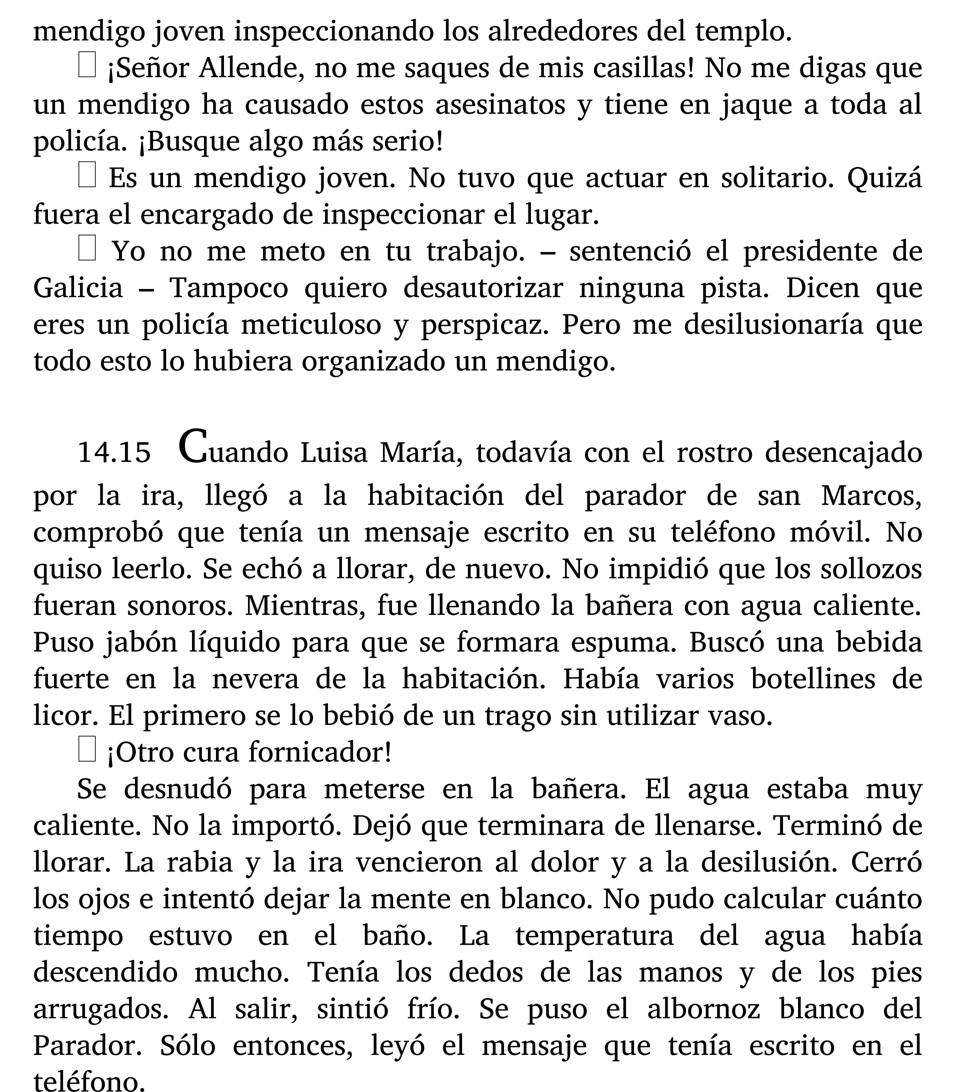
— El pecado carnal de un cura ha traído la maldición sobre los descendientes varones de mi familia. ¡Márchate de aquí! No quiero verte más. No quiero que otro cura me impida cumplir mi misión.

— Yo no tengo la culpa de nada.

— ¡No vuelvas a acercarte a mí! ¡No quiero ni verte!

La joven americana siguió corriendo hasta llegar a la calle sin prestar ninguna atención al sacerdote. Éste se detuvo al llegar a la puerta. Desde allí, observó cómo ella se alejaba. Después, Felipe retrocedió. Volvió a entrar en el comedor y arregló con el maître el pago de la cena no consumida. Sintió gran vergüenza porque notó cómo le miraban todos los presentes en el comedor.

14.14 — Don Manuel, tenemos una pista. Hemos interrogado a los monjes del Monasterio de san Zoilo se Carrión de los Condes. Uno de ellos ha visto, en los días anteriores al asesinato, a un



mendigo joven inspeccionando los alrededores del templo.

— ¡Señor Allende, no me saques de mis casillas! No me digas que un mendigo ha causado estos asesinatos y tiene en jaque a toda al policía. ¡Busque algo más serio!

— Es un mendigo joven. No tuvo que actuar en solitario. Quizá fuera el encargado de inspeccionar el lugar.

— Yo no me meto en tu trabajo. – sentenció el presidente de Galicia – Tampoco quiero desautorizar ninguna pista. Dicen que eres un policía meticuloso y perspicaz. Pero me desilusionaría que todo esto lo hubiera organizado un mendigo.

14.15 Cuando Luisa María, todavía con el rostro desencajado por la ira, llegó a la habitación del parador de san Marcos, comprobó que tenía un mensaje escrito en su teléfono móvil. No quiso leerlo. Se echó a llorar, de nuevo. No impidió que los sollozos fueran sonoros. Mientras, fue llenando la bañera con agua caliente. Puso jabón líquido para que se formara espuma. Buscó una bebida fuerte en la nevera de la habitación. Había varios botellines de licor. El primero se lo bebió de un trago sin utilizar vaso.

— ¡Otro cura fornicador!

Se desnudó para meterse en la bañera. El agua estaba muy caliente. No la importó. Dejó que terminara de llenarse. Terminó de llorar. La rabia y la ira vencieron al dolor y a la desilusión. Cerró los ojos e intentó dejar la mente en blanco. No pudo calcular cuánto tiempo estuvo en el baño. La temperatura del agua había descendido mucho. Tenía los dedos de las manos y de los pies arrugados. Al salir, sintió frío. Se puso el albornoz blanco del Parador. Sólo entonces, leyó el mensaje que tenía escrito en el teléfono.

— 'La poli q contrató papá se llama Teresa Miranda. No sé + de ella. Tendrás q encontrarla pronto. Ha dejado de enviarnos mensajes. JJ'

En cualquier otra circunstancia, la joven americana se habría puesto inmediatamente a buscar a esa policía. Recordaba quién era la mujer que utilizaba ese nombre entre los peregrinos. Pero no conocía que era policía y menos que la estaba vigilando. Decidió posponer ese asunto para el día siguiente. Estaba tan afectada que ni siquiera lograba reflexionar con serenidad. Le seguía obsesionando el descubrimiento de que su amante era un sacerdote. Consideraba una gran tragedia haber reproducido la situación del abuelo de su antepasado, que siendo sacerdote se dejó arrastrar por la carne. Ese pecado era el origen de la maldición familiar.

— ¡Otro cura lascivo, como el culpable de la enfermedad de mi papá! No caeré yo en ese pecado o maldición o lo que sea.

14.16 — ¡Merceditas, he dicho que te vistas!

Era la cuarta vez que Doña Mercedes ordenaba a su hija que se preparara para salir del albergue de León. Pero Merceditas no se movía de la cama. Tenía agarrada la almohada con los dos brazos y apretaba la cara contra el colchón para evitar hablar con su madre.

— ¡Vamos! Hoy haremos muy pocos kilómetros.

Tampoco esa promesa sirvió para animar a la niña discapacitada. No se movió ni contestó. Doña Mercedes se acercó y empleó toda su fuerza para separarla de la almohada.

— ¡Déjame! Me duele mucho el pie y no puedo andá. Mídalo. Lo tengo muy hinchado.

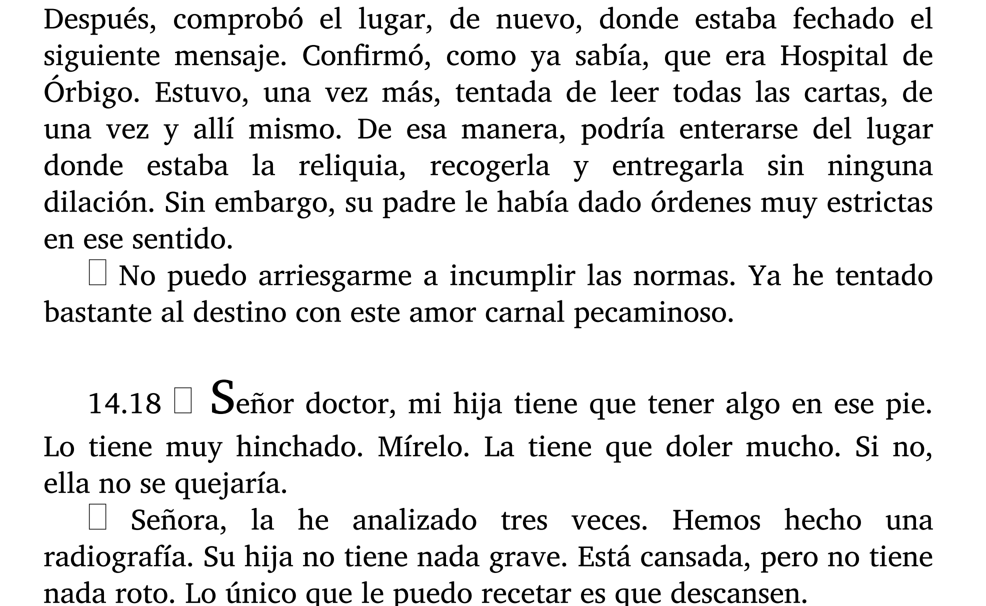
La madre lo pudo comprobar. Merceditas tenía el pie derecho muy hinchado. También lo tenía muy rojo y caliente. Llegó a asustarse. No se atrevió tocárselo. Estaba segura de que tenía que producir un dolor intenso como aseguraba la hija.

— Vamos a ir al médico inmediatamente.

— 14.17 Luisa María no durmió en toda la noche. Estaba demasiado irritada por el descubrimiento de que su amante era sacerdote. Maldijo muchas veces a todos los clérigos. Los culpaba de haber creado los más graves problemas de su familia a lo largo de los siglos. Para soportar mejor ese nefasto recuerdo, decidió salir pronto a andar. Recordaba perfectamente que el nombre de la policía que la vigilaba era Teresa Miranda y debía localizarla. También consideró urgente leer otra carta de su antepasado. Era otra manera de alejarse de la realidad inmediata que le recordaba su perversa relación desgraciada con el sacerdote. En su aturdimiento, dio prioridad a su propósito de encontrar cuanto antes la reliquia. En cuanto la encontrara, caminaría día y noche sin descansar hasta la catedral de Santiago. No hablaría con nadie. Deseaba ganar tiempo para evitar, en lo posible, el fatal desenlace de la enfermedad de su padre.

— Espero que Santiago se apiade inmediatamente y levante, al instante, la maldición en mi papá. Espero que no tenga en cuenta mi relación con este cura. Yo no tenía conocimiento de su condición.

— La joven americana se santiguó para que las palabras que le habían salido espontáneamente se convirtieran en una oración.



Después, comprobó el lugar, de nuevo, donde estaba fechado el siguiente mensaje. Confirmó, como ya sabía, que era Hospital de Órbigo. Estuvo, una vez más, tentada de leer todas las cartas, de una vez y allí mismo. De esa manera, podría enterarse del lugar donde estaba la reliquia, recogerla y entregarla sin ninguna dilación. Sin embargo, su padre le había dado órdenes muy estrictas en ese sentido.

— No puedo arriesgarme a incumplir las normas. Ya he tentado bastante al destino con este amor carnal pecaminoso.

14.18 — Señor doctor, mi hija tiene que tener algo en ese pie. Lo tiene muy hinchado. Mírelo. La tiene que doler mucho. Si no, ella no se quejaría.

— Señora, la he analizado tres veces. Hemos hecho una radiografía. Su hija no tiene nada grave. Está cansada, pero no tiene nada roto. Lo único que le puedo recetar es que descansen.

— No podemos descansar. Tenemos que llegar a Santiago.

— A Santiago, pueden llegar dentro de una semana o dentro de un mes. Le aseguro, señora, que ni la catedral ni la estatua del apóstol se van a mover de su sitio.

14.19 Luisa María se dio mucha prisa. Llegó a Hospital de Órbigo, para leer la carta de su antepasado antes de lo que tenía previsto. Ese sacrificio se incluía en la terapia para librarse del remordimiento por la relación pecaminosa con el sacerdote. Con el fin de ir olvidando ese recuerdo, fue conociendo, con la ayuda de la guía del Camino, la curiosa historia que se cuenta de un famoso y quizá enloquecido noble llamado Suero de Quiñones. Se peleaba con los que deseaban cruzar el puente cercano a su castillo con la intención de que todos reconocieran que su dama era la más noble, más digna y más hermosa.

Cuando llegó, pudo comprobar que dicho puente, llamado desde entonces ‘Paso honroso’, estaba perfectamente conservado en sus diecinueve arcos. Tras contemplarlo detenidamente, buscó un lugar apartado junto al río, sacó de la mochila el pergamino y comenzó a leer.

*‘Señora Urraca de Pampliega,*

*Prescindo en aquesta carta de todo tratamiento afectuoso e incluso de cualquier manifestación de respeto que serían falsas por mi parte, después del deshonroso e interesado comportamiento que habéis tenido.*

*Entrego a vuestro primo Alfonso García de Pampliega, en presencia*

*de los tres caballeros de la Santa Orden de Santiago, que actúan como testigos, aqueste documento escrito e firmado de mi puño con el fin de retiraros toda autoridad. Aunque continuéis todavía figurando como mi esposa, non podréis administrar, transferir o cambiar la propiedad de ningún bien mueble o inmueble mío o de mi familia, bajo ningún pretexto, razón o motivo.'*

 ¡Esta bruja me la va a armar! Podía haber elegido otro momento para provocar estos problemas. - dijo Luisa María interrumpiendo momentáneamente la lectura.

*'Los tres Caballeros de la Santa Orden de Santiago que han aceptado mediar en aquesta disputa familiar, son además testigos de que vuestro primo se ha comportado una vez más de forma violenta en mi presencia e ha pretendido conseguir una renuncia de mi potestad para administrar mi hacienda en todas sus partes e determinaciones.*

*Determino, por la presente, que tanto vos como cualquiera de vuestros parientes deberán abstenerse de realizar cualquier gestión relacionada con los bienes de la familia de Lerma e que en caso de realizarla será considerada nula a todos los efectos.*

*Asimesmo, por mi letra os hago saber que los Caballeros de la Santa Orden de Santiago han sido encargados por mí e tienen firmados los correspondientes derechos para custodiar mis bienes, para impedir vuestras maniobras torticeras e también para manteneros vigilada en vuestras habitaciones de nuestra residencia familiar hasta que yo regrese, después de terminar mi misión en aqueste Camino de Santiago.*

*También aquestos caballeros tienen ni encomienda, debidamente firmada, para custodiar la integridad de nuestros fijos, a quienes vos non podréis visitar por lo menos hasta que yo haya regresado. Ellos, por delegación directa de mi autoridad, son los responsables de tomar las decisiones que correspondan.*

*Firmo aquestas disposiciones en el castillo de don Suero de Quiñones...'*

 ¡Suero de Quiñones, el del puente! -comentó Luisa María sorprendida deteniendo momentáneamente la lectura.

*'Firmo aquestas disposiciones en el castillo de don Suero de Quiñones, joven e valiente señor de Órbigo, que también participa como testigo. Asimesmo, se compromete a intervenir en el caso de que non sean llevadas a cabo con rigurosidad e prontitud.*

*Ante testigos e para todos los efectos. Juan de Lerma.*

Luisa María respiró hondo. Estaba afligida por las desventuras que tuvo que pasar su antepasado. Pero, en ese momento, le afectaban más las dificultades para el pronto hallazgo de la reliquia.

# 15.- PONFERRADA

**(Martes, 5 de octubre de 1999)**

15.1 — ¡Estoy muy descontenta porque no se me citó a la reunión que ha habido con el presidente de Galicia! – protestó Teresa en el nuevo encuentro que mantuvieron los dos policías y el sacerdote.

El responsable de la investigación criminal expuso que no había sido convocada para que mantuviera la vigilancia sobre Luisa María. Insistió en que las circunstancias eran y son muy peligrosas para dejarla sola. La policía latinoamericana argumentó que, precisamente por eso, debía haber estado en la reunión para enterarse de todos los detalles existentes en la investigación. Felipe Manzanal apoyó a Pablo Allende en la necesidad de no descuidar, en ningún momento, la vigilancia sobre la joven americana. Aprovechó también para quejarse de que a él no le tenían al tanto de lo que se estaba haciendo para descubrir a los asesinos. Teresa Miranda se enfrentó a él asegurando que era el sacerdote quien no compartía lo que sabía. El tono empleado por Teresa Miranda fue también provocador. Sin duda, influía la antipatía mutua que se profesaban. A los nervios del sacerdote, también contribuía el recuerdo del fuerte incidente que había tenido con hasta ese momento su amante. No se podía quitar de la cabeza lo que había pasado. No encontraba una explicación que respondiera a todas sus preguntas. La discusión entre el sacerdote y la policía fue subiendo de tono, hasta que intervino, una vez más, Pablo Allende para poner un poco de orden.

— Os informaré a los dos de los pocos datos que tengo sobre este asunto.

La primera noticia era que el mendigo detenido como sospechoso había sido puesto en libertad. Se había demostrado que no tenía ninguna relación con los hechos. Aunque estaba por los alrededores, no podía servir ni como testigo. En esos momentos, como en casi todas las horas del día estaba completamente borracho. Así que se había interrogado a los monjes del monasterio.

— Del conjunto de las declaraciones, se puede deducir que le

habían tendido una trampa al traficante clandestino de obras de arte. Pero existen muy pocos datos la o las personas que se habían citado con él en los alrededores del monasterio.

El dato más concreto se hallaba en las declaraciones del hermano portero del monasterio. Unos días antes del asesinato, una persona había llamado para hablar con alguien que deseaba comprar o vender una reliquia religiosa de gran valor. El monje le rechazó diciendo que en el monasterio nadie se dedicaba a esos negocios. El visitante insistió reiteradamente en su propósito. No se tenía ninguna referencia a la apariencia de esa persona, porque el portero no abrió la puerta. Mantuvo la conversación casi a gritos con el exterior. El único dato aportado era que se le entendía mal porque se trataba de ‘una persona extranjera’. Ésa era la expresión utilizada por el monje que no supo añadir ninguna otra precisión.

— Tampoco se le puede pedir mucho más, porque es una persona mayor y está casi sordo.

— Así que nos encontramos como al principio. ¿No? ¡Nada de nada! – concluyó el sacerdote.

— Lo único que va bien es la labor de protección sobre la joven americana. – se auto felicitó Teresa Miranda.

— Sobre ese punto, debo informaros que se han incorporado dos guardaespaldas para protegerla todavía más. Es una decisión directa del Presidente de Galicia.

— ¿Quiénes son? – preguntó Felipe Manzanal.

— Tengo orden de que permanezcan en secreto.

Pablo Allende estuvo tentado de hacer un aparte con Teresa Miranda con el fin de preguntar las dudas sobre la versión acerca de su ausencia en la vigilancia. Había pensado que la explicación de la caída no era verosímil, porque no mostraba ningún indicio en su manera de andar. Sin embargo, prefirió no sacar ese tema. Ya había suficientes tensiones en el grupo.

## 15.2 — ¿Te has enterado bien de lo que te he dicho?

Doña Mercedes, a pesar de sus muchos kilos, subió con su hija al departamento del tren en la estación de León. La buscó el asiento. La atusó el pelo y la besó con ternura. Se dio la vuelta para que Merceditas no se diera cuenta de que las lágrimas se escapaban sin poderlas contener. Era la primera vez que la dejaba hacer un viaje sola.

— Por favor, señora, cuando lleguen a Ponferrada, ¿puede ayudar a mi hija a bajar a la estación?

— No se preocupe. Yo continúo hasta Santiago, pero la ayudaré a

bajar.

Doña Mercedes agradeció con generosidad la buena disposición de la señora, también mayor, que estaba sentada junto a Merceditas. Quiso darle dinero como compensación. Pero la señora no se lo aceptó.

15.3 Antes de abandonar el puente de Hospital de Órbigo, Luisa María había notado que un peregrino la seguía. También se dio cuenta de que no la había adelantado a pesar del tiempo que empleó para leer la carta de su antepasado, como habían hecho otros con naturalidad. Tuvo la corazonada de que era la policía encargada de vigilarla. Pero tenía dudas. Su hermano le había dado el nombre de una mujer. Éste era un peregrino joven, especialmente musculoso. No había coincidido antes con él en otros albergues u otros lugares del Camino. No le dio más importancia y siguió caminando.

15.4 Andrés García de Nanclares se había adelantado hasta Astorga. Aprovechó para confesarse una vez más. Eligió la catedral. Su estado de ánimo estaba tan afectado por los desproporcionados encargos de su esposa, que no se fijó ni en la talla románica de la Virgen de la Majestad, ni en el retablo del altar mayor, ni en el púlpito ni en la sillería del coro. El sacerdote que le confesó se negó a estampar su firma en el documento que acreditaba estar cumpliendo la penitencia impuesta, teóricamente, por el párroco de su pueblo. Tuvo que negociarlo en la sacristía, con uno de los encargados de la administración del templo.

Cuando salió de la catedral, vio a Felipe en las proximidades. Le sorprendió que caminara solo, sin acompañar a la joven americana. Tuvo la tentación de acercarse a él para preguntarle sobre la reliquia. Así daría una satisfacción a su esposa y también a su protector Manuel Fraga Iribarne. No se atrevió. Seguía influenciado por el miedo de ser fichado por los autores que habían realizado los anteriores crímenes. Prefería perder el cargo administrativo que le había dado el presidente gallego, antes que poner en riesgo su vida.

15.5 — ¡Juana, estoy muy enfadado con tu marido y también contigo!

Manuel Fraga Iribarne había llamado a la esposa del peregrino gastronómico para que fuera a su despacho de modo urgente. Había

insistido en que tenía muy poco tiempo para hablar con ella. Debía ser absolutamente puntual. Cuando Juana Grijalva llegó al edificio de la presidencia del Gobierno de Galicia, la secretaria hizo que pasara inmediatamente. Fraga no se levantó para hacer el saludo, como en otras ocasiones. Continuó leyendo el documento que tenía entre manos. Ni siquiera la miró. Manifestó su enfado directamente.

— Lo que no puedo aceptar, de ninguna manera, es la falta de agradecimiento. Yo me he portado muy bien con vosotros. He dado a tu marido puestos en la administración que no merece. ¿Cómo me lo paga ahora? Sólo le he pedido un pequeño esfuerzo para que controle dónde está ese santo Grial de Santiago. Los dos sabéis que es muy importante para mí. ¿Qué habéis hecho? Nada. ¡Absolutamente nada! Así que se ha terminado mi paciencia.

— ¡Por favor, don Manuel! – pidió la esposa.

-No me vengas ahora con súplicas. Ya es demasiado tarde.

— Se lo voy a confesar. Andrés ha cogido miedo por lo que les ha sucedido a los que se han metido en lo de la reliquia esa.

— No hay justificación para ese miedo. Es lo único que os he pedido, después de tantos favores políticos como os he hecho.

— Don Manuel, yo le prometo que todo esto va a cambiar.

— Me lo has dicho muchas veces. Tu marido también me ha hecho muchas promesas. Yo quiero hechos. ¡Hechos!

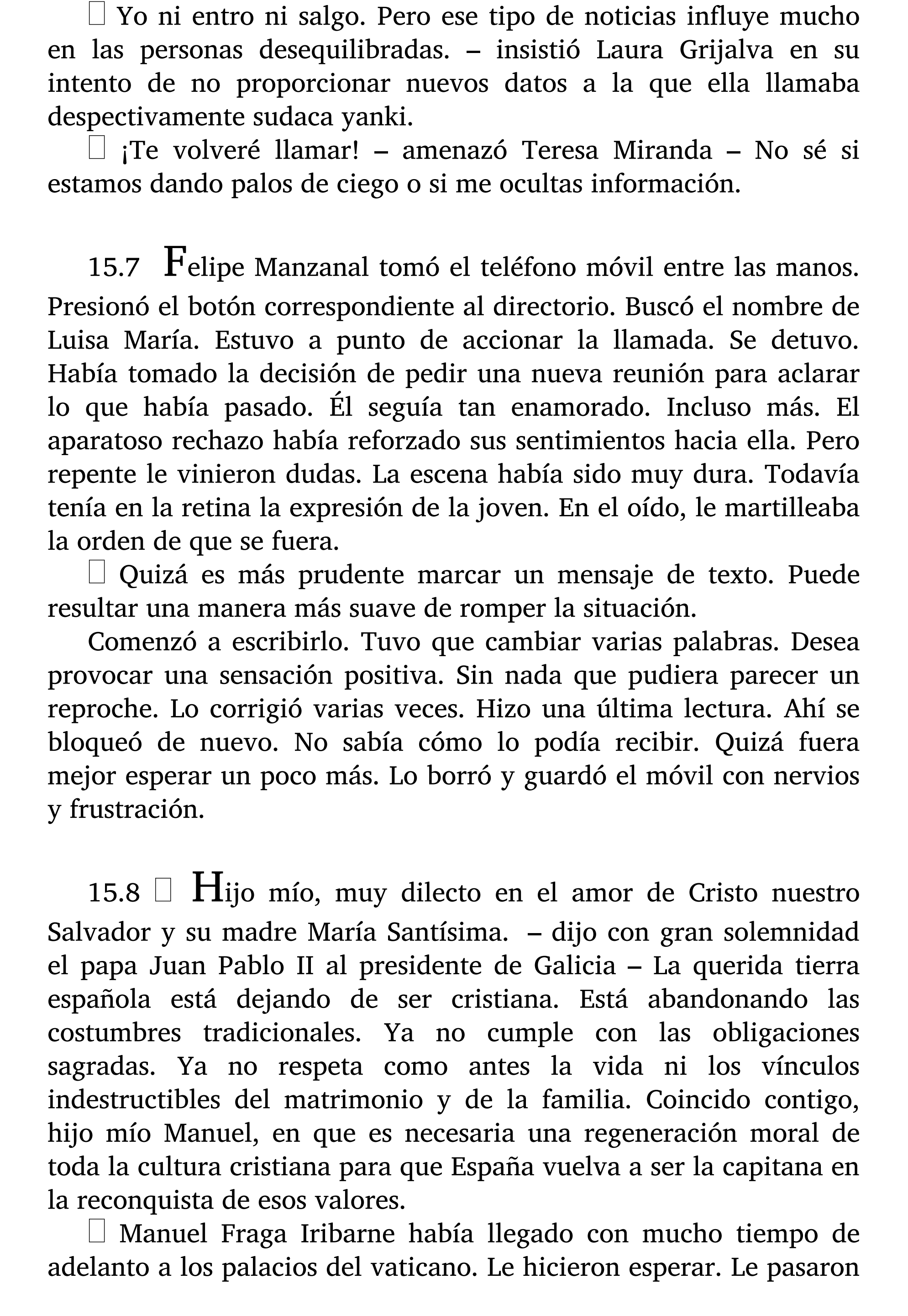
— Tendrá hechos. ¡Se lo prometo, don Manuel! – afirmó Juana Grijalva con mucha firmeza.

— Te doy el último plazo. ¡Hasta que vuelva de Roma! – dijo el presidente gallego mostrando gran satisfacción por haberlo conseguido – El papa Juan Pablo II me recibe en audiencia particular.

15.6 Teresa Miranda tuvo mucho interés en conocer los últimos resultados de las investigaciones policiales sobre el asesinato del viejo implicado en la compra de obras de arte robadas. Se los exigían sus nuevos contactos. Llamó con precipitación a Laura Castro, la responsable de información de la Comandancia de investigación criminal. A ésta, le pareció desproporcionada la curiosidad de la policía latinoamericana. Contestó con mucha reserva.

— No digas que no se sabes nada nuevo. - insistió Teresa - Por lo menos, se sabe que las tres muertes están relacionadas y han sido cometidas por la misma o las mismas personas.

— En el informe, pone que ha podido ser cometido por alguien,



con problemas psíquicos, que ha leído las informaciones sobre los asesinatos de los hermanos Pérez de Lerma.

— ¡Eso es absurdo!- apostilló con enfado la policía latina que seguía el Camino de Santiago.

— Yo ni entro ni salgo. Pero ese tipo de noticias influye mucho en las personas desequilibradas. – insistió Laura Grijalva en su intento de no proporcionar nuevos datos a la que ella llamaba despectivamente sudaca yanki.

— ¡Te volveré llamar! – amenazó Teresa Miranda – No sé si estamos dando palos de ciego o si me ocultas información.

15.7 Felipe Manzanal tomó el teléfono móvil entre las manos. Presionó el botón correspondiente al directorio. Buscó el nombre de Luisa María. Estuvo a punto de accionar la llamada. Se detuvo. Había tomado la decisión de pedir una nueva reunión para aclarar lo que había pasado. Él seguía tan enamorado. Incluso más. El aparatoso rechazo había reforzado sus sentimientos hacia ella. Pero repente le vinieron dudas. La escena había sido muy dura. Todavía tenía en la retina la expresión de la joven. En el oído, le martilleaba la orden de que se fuera.

— Quizá es más prudente marcar un mensaje de texto. Puede resultar una manera más suave de romper la situación.

Comenzó a escribirlo. Tuvo que cambiar varias palabras. Desea provocar una sensación positiva. Sin nada que pudiera parecer un reproche. Lo corrigió varias veces. Hizo una última lectura. Ahí se bloqueó de nuevo. No sabía cómo lo podía recibir. Quizá fuera mejor esperar un poco más. Lo borró y guardó el móvil con nervios y frustración.

15.8 — Hijo mío, muy dilecto en el amor de Cristo nuestro Salvador y su madre María Santísima. – dijo con gran solemnidad el papa Juan Pablo II al presidente de Galicia – La querida tierra española está dejando de ser cristiana. Está abandonando las costumbres tradicionales. Ya no cumple con las obligaciones sagradas. Ya no respeta como antes la vida ni los vínculos indestructibles del matrimonio y de la familia. Coincido contigo, hijo mío Manuel, en que es necesaria una regeneración moral de toda la cultura cristiana para que España vuelva a ser la capitana en la reconquista de esos valores.

— Manuel Fraga Iribarne había llegado con mucho tiempo de adelanto a los palacios del vaticano. Le hicieron esperar. Le pasaron

por numerosas salas. Le recibieron sucesivos secretarios y subsecretarios. Le saludaron cardenales, administradores pontificios y otros burócratas vestidos con faldamentos largos, unos negros y otros rojos. Tuvo que estampar diversas firmas y protocolos. Hubo de recorrer largos pasillos. Lo hizo con su habitual vaivén. Estuvo siempre pendiente de su compostura y vestimenta. Se había colocado para la ocasión las medallas y distinciones más selectas entre las que poseía. Cuando fue recibido por el Santo Padre, estaba muy cansado. Pero hizo un gran esfuerzo para aparentar una firme decisión en el propósito y misión para la que solicitaba el apoyo papal.

— Santo padre, - se atrevió a interrumpir el anciano político – no se refiere sólo a España. Nuestra misión va dirigida a toda Europa. Se trata de reconstruir la cultura y la tradición europea basada en los valores cristianos y occidentales. Perseguimos la reinstauración de la Orden del Temple que tantos beneficios trajo a la cristiandad en siglos pasados.

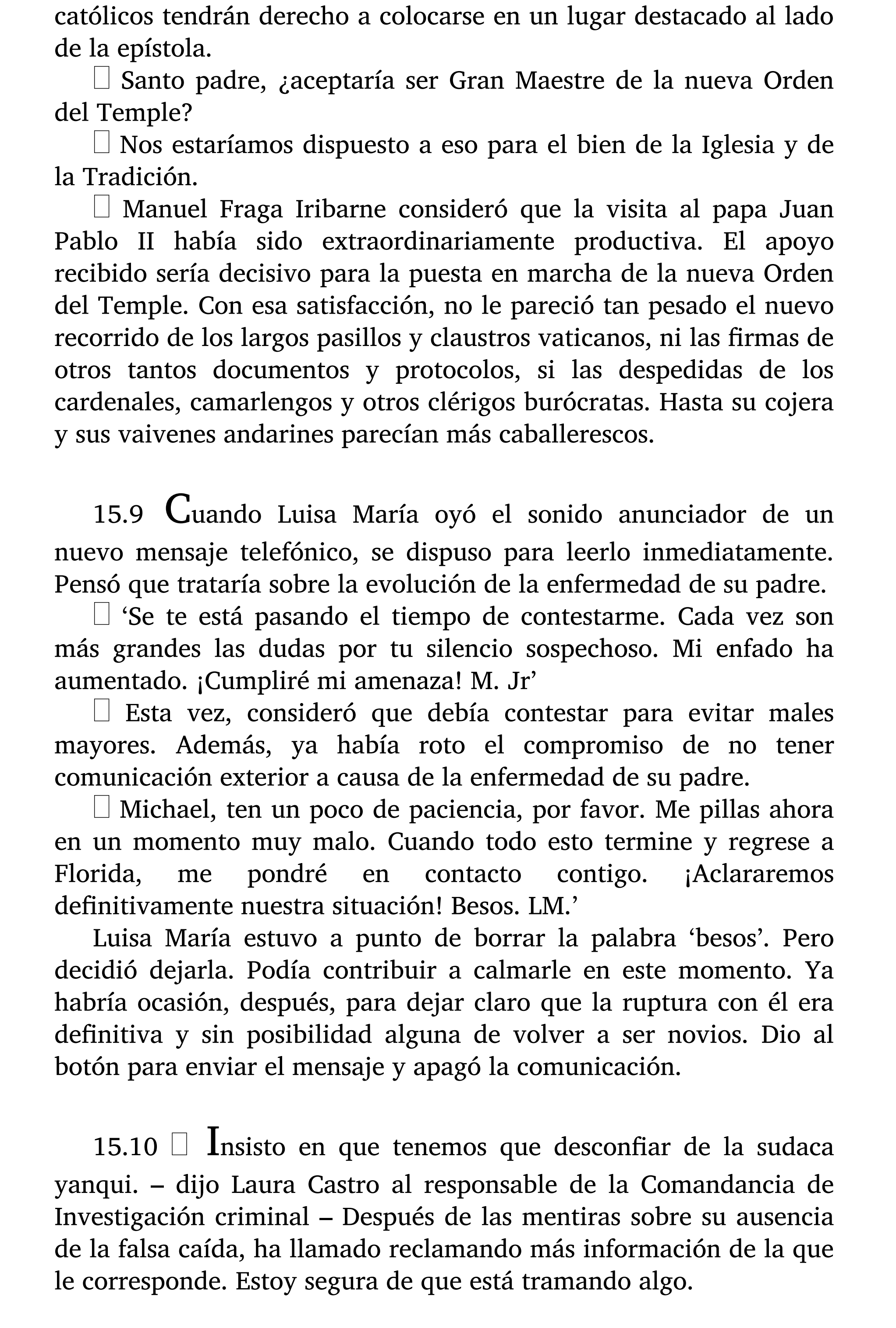
— Manuel Fraga, hijo dilecto, - señaló el papa con solemnidad - eres para mí un ejemplo del caballero templario. Significas la reencarnación de aquellos guerreros valientes, dispuestos a dar sus vidas y sus haciendas por la fe y por la Iglesia. Nos, como vicario de Cristo en la tierra, apoyamos esa extraordinaria idea. Estamos contigo y con todos los que se unan a esa iniciativa. Así que os doy mi bendición.

— Su Santidad, - volvió a intervenir Fraga Iribarne – sería preciso que ese apoyo se concrete en algunas medidas que sirvan de apoyo y estímulo.

— ¿No habrás venido, hijo mío, a pedir dinero al Vaticano? – se sorprendió dignamente el Sumo Pontífice – La Iglesia siempre ha sido receptora de donaciones y herencias.

— No es ese apoyo, santidad, el que os pido. Me refiero a compensaciones espirituales para los que participen en esta desinteresada acción, de la que la Iglesia católica saldrá beneficiada.

— ¡Por supuesto! Esas compensaciones están ya concedidas. Ofreceré indulgencias y el perdón de los pecados a todos los que se integren en esa renovada Orden del Temple en Europa. Y daré más. Será una muestra de mi apoyo incondicional hacia esta acción a favor de los valores tradicionales y cristianos. Todos los caballeros de la nueva orden serán también beneficiados de la basílica de san Pedro. Tendrán el privilegio de recibir la santa comunión directamente de manos del Santo Padre. Los caballeros dirigentes y



promotores de la nueva Orden del Temple tendrán un título similar al de camarlengo papal. En las ceremonias religiosas en los templos católicos tendrán derecho a colocarse en un lugar destacado al lado de la epístola.

— Santo padre, ¿aceptaría ser Gran Maestre de la nueva Orden del Temple?

— Nos estaríamos dispuesto a eso para el bien de la Iglesia y de la Tradición.

— Manuel Fraga Iribarne consideró que la visita al papa Juan Pablo II había sido extraordinariamente productiva. El apoyo recibido sería decisivo para la puesta en marcha de la nueva Orden del Temple. Con esa satisfacción, no le pareció tan pesado el nuevo recorrido de los largos pasillos y claustros vaticanos, ni las firmas de otros tantos documentos y protocolos, si las despedidas de los cardenales, camarlengos y otros clérigos burócratas. Hasta su cojera y sus vaivenes andarines parecían más caballerescos.

15.9 Cuando Luisa María oyó el sonido anunciador de un nuevo mensaje telefónico, se dispuso para leerlo inmediatamente. Pensó que trataría sobre la evolución de la enfermedad de su padre.

— ‘Se te está pasando el tiempo de contestarme. Cada vez son más grandes las dudas por tu silencio sospechoso. Mi enfado ha aumentado. ¡Cumpliré mi amenaza! M. Jr’

— Esta vez, consideró que debía contestar para evitar males mayores. Además, ya había roto el compromiso de no tener comunicación exterior a causa de la enfermedad de su padre.

— Michael, ten un poco de paciencia, por favor. Me pillas ahora en un momento muy malo. Cuando todo esto termine y regrese a Florida, me pondré en contacto contigo. ¡Aclararemos definitivamente nuestra situación! Besos. LM.’

Luisa María estuvo a punto de borrar la palabra ‘besos’. Pero decidió dejarla. Podía contribuir a calmarle en este momento. Ya habría ocasión, después, para dejar claro que la ruptura con él era definitiva y sin posibilidad alguna de volver a ser novios. Dio al botón para enviar el mensaje y apagó la comunicación.

15.10 — Insisto en que tenemos que desconfiar de la sudaca yanqui. – dijo Laura Castro al responsable de la Comandancia de Investigación criminal – Después de las mentiras sobre su ausencia de la falsa caída, ha llamado reclamando más información de la que le corresponde. Estoy segura de que está tramando algo.

□ La responsable de información de la comandancia había llamado a su jefe exclusivamente para exponerle las sospechas que tenía sobre la policía latinoamericana. Pablo Allende trató de quitar importancia a esas suspicacias. Seguía considerando que no era el momento de fomentar las divisiones dentro del equipo investigador.

□ Lo que pasa es que Teresa Miranda te cae mal. Por eso, ves sospechas en todos los sitios.

□ Yo te lo he advertido. ¡Ojalá no tengas que arrepentirte de no haberme hecho caso!

15.11 □ Estoy de acuerdo contigo, co-padrino Fraga, en que una organización europea como esta nueva Orden del Temple puede favorecer a los intereses comunes de las diferentes familias que nos movemos en esta cultura cristiana y occidental como tú la llamas.

□ El presiente de Galicia aprovechó su viaje a Roma para entrevistarse con el líder de la Democracia Cristiana Italiana Giulio Andreotti. Deseaba afrontar con él su apoyo y su integración en la reinstaurada Orden del Temple. Tenía especial interés en discutir el rechazo que había recibido en su anterior respuesta. La reunión se celebró en un ambiente muy distinto, casi opuesto al del Vaticano. Tuvo un ambiente de clandestinidad y oscuridad. El político italiano no le recibió en su despacho oficial. Los dos se comprometieron a guardar unos compromisos de silencio para que la reunión no trascendiera. Desde el primer momento, pero en voz baja como si temiera grabaciones ocultas, aseguró que la negativa anterior no tenía valor. Había estado presionado por el gobierno español, que se oponía al proyecto de Fraga, aunque perteneciera al mismo partido político.

□ Yo, don Manuele, - dijo Andreotti italianizando su nombre como si perteneciera a la misma agrupación familiar – estoy acostumbrado a estas guerras intestinas. Hay que tener la suficiente astucia para manejarlas. En eso, Italia y España son muy parecidas. Yo apoyo esta Organización Europea del Temple. Desde este momento, me considero caballero laureado. Comprenderás que públicamente, en alguna ocasión, tenga que negarlo o disimularlo. Pero aquí contigo, adquiero el compromiso de hermanos y co – padrinos.

□ Los dos políticos, veteranos y astutos, sellaron el acuerdo con un abrazo y unas protocolarias palmadas en la espalda. Ambos sabían que esa hermandad tendría valor mientras a ambos les fuera beneficiosa. En el estudio de las cláusulas, hubo acuerdos bastante

unánimes. A Andreotti, le pareció bien el apoyo del papa. Las distinciones vaticanas las recibió sin gran entusiasmo, porque tenía ya otras muchas. Estuvo de acuerdo en aceptar a Helmut Kohl y Jacques Chirac, como los otros caballeros más distinguidos. Desconfiaba de ambos, pero los consideraba necesarios para convencer a otros líderes europeos conservadores. No mostró ningún entusiasmo sobre la integración de Margaret Thatcher. El hecho de ser mujer no encajaba, a su juicio, en una organización de caballeros. Además, era preciso evitar que el peso de líderes protestantes no fuera mayor que el de católicos.

— Don Giulio, otra pregunta deseo hacerle – indicó el presidente gallego con cierto temor – Su colega Silvio Berlusconi está haciendo una gran presión para entrar como caballero de esta Orden Temple.

— Signore Fraga, eso no. ¡Niente de niente! – gritó el político democristiano italiano – Yo no puedo estar en el mismo grupo que ese individuo al que no quiero ni nombrar.

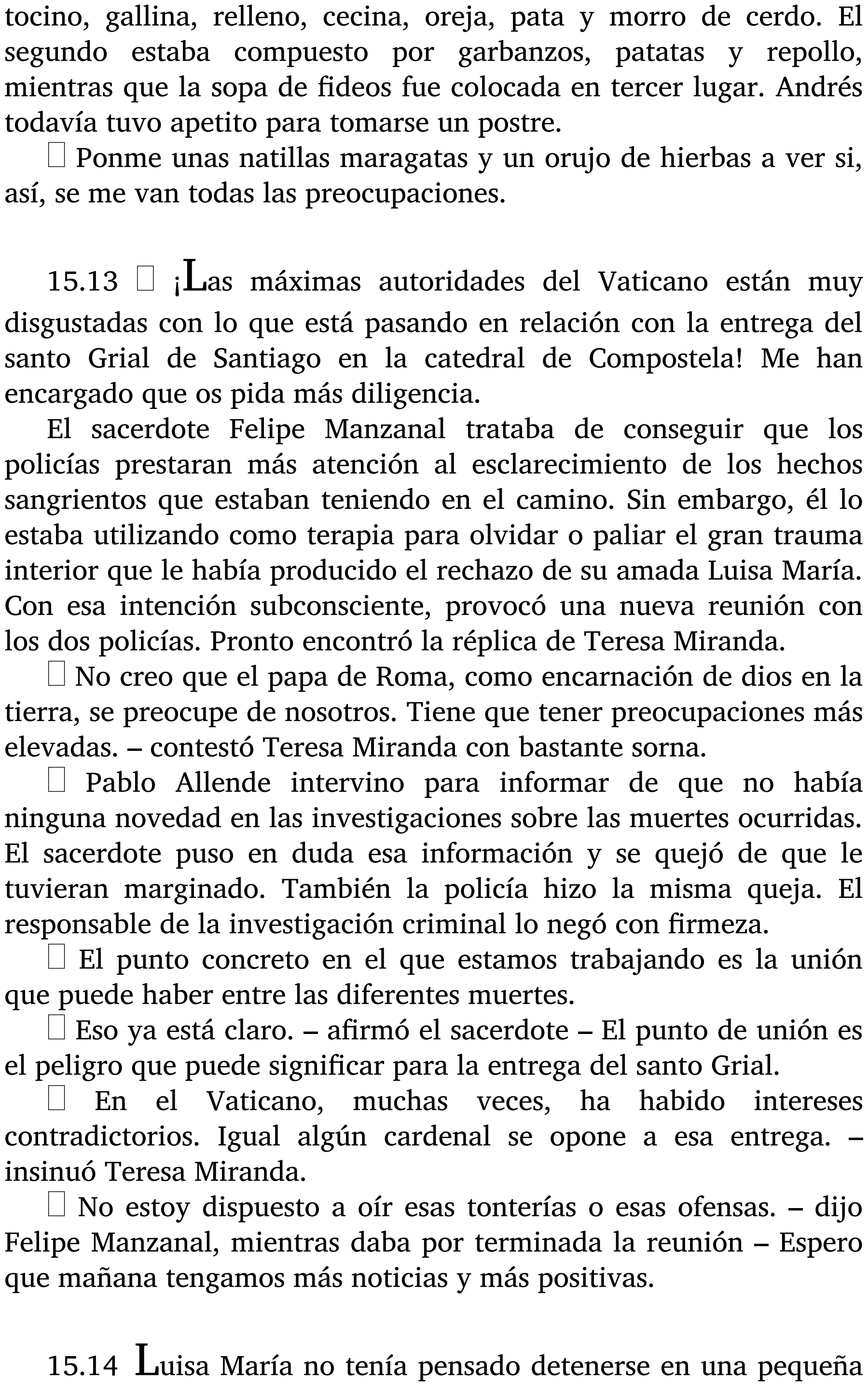
El presidente de Galicia tuvo que prometer que Silvio Berlusconi no sería invitado. Con esa promesa, Fraga consideró que esta segunda gestión llevada a cabo en Roma había sido igualmente satisfactoria. Estaba convencido de que había conseguido los apoyos internacionales necesarios para su gran proyecto. En la despedida final, Fraga y Andreotti volvieron a darse un abrazo y añadieron un doble beso en sendas mejillas, como rito de ratificación de acuerdos entre padrinos de sus respectivas organizaciones.

— Ahora ya sólo me queda eliminar la oposición dentro de mi partido político en España y sobre todo lograr que el santo Grial de Santiago llegue hasta la catedral de Compostela.

15.12 Andrés García de Nanclares, ajeno como estaba a la solemne promesa que su esposa había hecho al presidente gallego, seguía pensando en comer. Al llegar a Castrillo de los Polvazares, una de las localidades más típicas de la región de la Maragatería, recordó que algo digno de ser degustado era el cocido maragato. Tuvo alguna duda. Pero la tentación fue insuperable.

— La búsqueda del Santo Grial puede esperar. – pensó mientras elegía el lugar, popular y cercano, más idóneo – Un buen cocido maragato es un placer inaplazable.

En cuanto a los componentes, no es muy diferente al cocido castellano que había paladeado con gusto unas etapas antes. La diferencia está en el orden de los platos. Se comienza por la carne y se deja la sopa para el final, por si no se puede terminar la comida. Así el primer plato incluía pizpierno, morcillo de vaca, chorizo,



tocino, gallina, relleno, cecina, oreja, pata y morro de cerdo. El segundo estaba compuesto por garbanzos, patatas y repollo, mientras que la sopa de fideos fue colocada en tercer lugar. Andrés todavía tuvo apetito para tomarse un postre.

— Ponme unas natillas maragatas y un orujo de hierbas a ver si, así, se me van todas las preocupaciones.

15.13 — ¡Las máximas autoridades del Vaticano están muy disgustadas con lo que está pasando en relación con la entrega del santo Grial de Santiago en la catedral de Compostela! Me han encargado que os pida más diligencia.

El sacerdote Felipe Manzanal trataba de conseguir que los policías prestaran más atención al esclarecimiento de los hechos sangrientos que estaban teniendo en el camino. Sin embargo, él lo estaba utilizando como terapia para olvidar o paliar el gran trauma interior que le había producido el rechazo de su amada Luisa María. Con esa intención subconsciente, provocó una nueva reunión con los dos policías. Pronto encontró la réplica de Teresa Miranda.

— No creo que el papa de Roma, como encarnación de dios en la tierra, se preocupe de nosotros. Tiene que tener preocupaciones más elevadas. – contestó Teresa Miranda con bastante sorna.

— Pablo Allende intervino para informar de que no había ninguna novedad en las investigaciones sobre las muertes ocurridas. El sacerdote puso en duda esa información y se quejó de que le tuvieran marginado. También la policía hizo la misma queja. El responsable de la investigación criminal lo negó con firmeza.

— El punto concreto en el que estamos trabajando es la unión que puede haber entre las diferentes muertes.

— Eso ya está claro. – afirmó el sacerdote – El punto de unión es el peligro que puede significar para la entrega del santo Grial.

— En el Vaticano, muchas veces, ha habido intereses contradictorios. Igual algún cardenal se opone a esa entrega. – insinuó Teresa Miranda.

— No estoy dispuesto a oír esas tonterías o esas ofensas. – dijo Felipe Manzanal, mientras daba por terminada la reunión – Espero que mañana tengamos más noticias y más positivas.

15.14 Luisa María no tenía pensado detenerse en una pequeña localidad llamada Rabanal del Camino. Deseaba aprovechar al máximo las etapas y andar el mayor número de kilómetros con el fin de llegar cuanto antes a Ponferrada, donde estaba fechada la

siguiente carta de su antepasado. Sin embargo, antes de llegar a esa localidad volvió a notar la presencia de alguien que la seguía a corta distancia. Con la nueva sospecha de que podría tratarse de algún espía interesado en descubrir su misión, decidió hacerse la encontradiza y salir de dudas. Aprovechó la casa llamada de las cuatro esquinas, donde según la tradición pernoctó el rey Felipe II, para llevar a cabo su estratagema. Giró por detrás del edificio. Se escondió. Esperó un tiempo prudencial hasta oír pasos. Cuando salió, se encontró de frente con Teresa Miranda. La policía se mostró sorprendida por la inesperada aparición, ya que deseaba que la joven siguiera son conocerla.

— ¡Hola! -saludó Luisa María parándose frente a ella con el premeditado propósito de entablar conversación - Creo que tengo abierto el bolso exterior de la mochila. ¿Me lo puedes cerrar?

— Hola -se vio obligada a contestar la policía.

— Supongo que te llamas Teresa. -dijo la joven americana con seguridad, porque era la frase que había preparado durante su escondite.

— Me llamo Teresa Miranda. – reconoció la policía con disgusto - ¿Cómo lo sabes?

— Supongo también que eres policía y que tienes la misión de vigilarme.

— ¿Te lo ha dicho tu padre? – preguntó Teresa con curiosidad y nerviosismo al haber sido descubierta en contra de su voluntad y su estrategia.

— Simplemente quiero decirte que lo sé. Pero seguiré actuando como si no te conociera. ¿Te parece bien?

— Me parece bien que las dos sigamos actuando como hasta ahora.

Luisa María reanudó el camino por delante. La policía esperó un poco para poder seguirla a corta distancia.

15.15 Doña Mercedes aprovechó también el paso por Rabanal del Camino para hacer una llamada a la encargada de la fonda de la estación de Ponferrada con el fin de preguntar por su hija.

— No se preocupe. Ha llegado muy bien. Yo voy a cuidar a Merceditas como si fuera mi hija. Debo confesarle que, a los cuatro años de casarme, tuve una hija que se murió a los dos meses. Después no he tenido más. La cuidaré como si fuera aquella hija que perdí. Ahora está viendo la televisión... Sí. Ha comido mucho y muy bien... Sí. Se ha lavado. Me ha tirado mucha agua al suelo, pero ya lo he limpiado... No se preocupe. Yo me encargo de todo... No se

preocupe. Yo me encargo de que su hija esté aquí en la fonda sin salir hasta que Vd. venga... No se preocupe. No se preocupe por nada.

15.16 — Ahora es mucho más urgente controlar la entrega del santo Grial de Santiago. Adviértele a tu marido que no puede fallar por nada del mundo.

Manuel Fraga Iribarne estaba repleto de felicidad y optimismo desde su regreso de Roma. Estaba convencido de que tenía perfectamente encauzado su proyecto en el campo internacional. Le quedaban ahora las otras dos vertientes: eliminar la oposición en su propio partido y asegurar la entrega de la valiosa reliquia en la catedral Compostela. Nada más regresar de sus entrevistas con el papa y con Giulio Andreotti, preparó con todo detalle en encuentro sobre los planes a llevar a cabo en el camino de Santiago. Debía mostrarse muy duro, rayano en la intransigencia, con la esposa de su, hasta ahora, protegido Andrés García de Nanclares. No aceptaría ninguna excusa, debilidad, ni miedo en el encargo de controlar la entrega del Santo Grial.

Juana Grijalva llegó a la reunión también decidida a ofrecer todo tipo de garantías. Venía a exponerle un plan. Lo había preparado meticulosamente. No se lo había expuesto a nadie. Ni siquiera a su esposo, aunque él era quien debía llevarlo a cabo. Prefería tener previamente el asentimiento del Presidente de Galicia. Al fin y al cabo, el objetivo principal era tenerle contento a él.

— El plan consiste en lo siguiente. El objetivo es conocer con anterioridad el sitio secreto donde se encuentra el santo Grial, para entregarlo nosotros en la catedral.

— El objetivo me parece bien. Así nos aseguramos la entrega. – ratificó el anciano político – El problema es saber cómo lo vamos a conseguir.

— Necesitamos tener una fotografía de las cartas que tiene la joven americana esa para enterarnos del lugar secreto. Esas fotografías las tiene que sacar Andrés.

— ¿No has dicho que tiene miedo?

— ¡Superará el miedo! – prometió la esposa con firmeza – Lo que nosotros tenemos que propiciarle es una oportunidad segura para que pueda hacer esas fotografías. Debemos invitar a cenar a la joven. Si la invita Vd., don Manuel, no puede fallar.

— Perdona, Juana. – se excusó el presidente gallego – Yo prefiero no intervenir.

□ Presidente, es necesario. Si en la cena va a estar Vd. no fallará. Ella se preparará. Los policías y otras personas que están atentas a sus movimientos la van a seguir. Al dejar completamente sola la mochila, Andrés podrá hacer las fotografías con toda comodidad. Es un plan perfecto. Debe reconocerlo.

□ Lo reconozco. Reconozco que el plan está bien pensado. Pero hay una dificultad. Sigo insistiendo en que todo queda en manos de tu marido. Aunque tú estés segura, yo no lo estoy. Andrés es un 'cagao', con perdón. En el momento preciso, se va a ir por la pata abajo y nos va a dejar en la estacada.

□ ¡He dicho que de eso me encargo yo!

□ ¿Estás segura de que le vas a convencer?

□ ¡Estoy completamente segura!

□ ¡Entonces, adelante! – ordenó Fraga Iribarne como si diera esa orden a todo un ejército.

15.17 Teresa Miranda, tras su encuentro con Luisa María y sabiendo que los nuevos guardaespaldas vigilaban de cerca a la joven, fue a buscar al responsable de la investigación criminal Pablo Allende. No tardó mucho en encontrarlo. Le soltó inmediatamente su propósito.

□ ¡No me gusta nada ese cura!

□ No hace falta que jures. Tampoco haces nada para disimularlo. Estáis todo el día discutiendo.

□ Me refiero a que debemos desconfiar de él. Se mete demasiado en nuestro trabajo. Quiere saber inmediatamente los resultados. Yo creo que desea utilizarlos para otros fines.

□ A mí, me parece natural que desee saber cómo van las investigaciones – puntualizó Pablo Allende con intención – Tú también deseas conocer las pistas cuanto antes. ¿No?

□ ¡Eso es diferente! Yo soy policía. Esa información la utilizo para ...– dudó Teresa Miranda – La utilizo para la investigación. Deberíamos suspender esas reuniones con el cura. Además, tiene la arrogancia de convocarlas él.

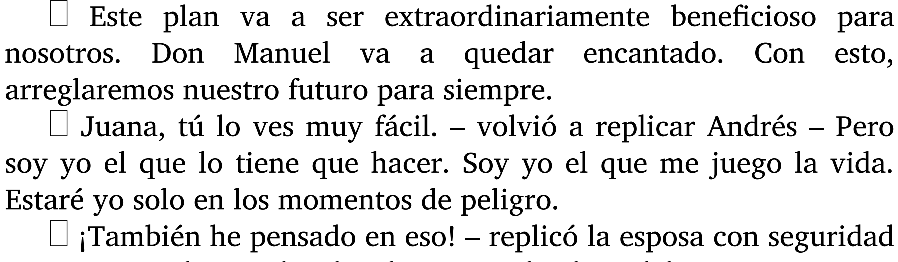
□ Pensemos que falta poco. – animó el investigador – Estamos ya en el Bierzo. El camino de Santiago entra pronto en Galicia. En diez días, hemos llegado a Compostela. Para bien o para mal, este caso tiene que terminar pronto.

15.18 □ ¡Andrés, esto hay que hacerlo por encima de todo, sin ninguna excusa, sin ningún miedo! – insistió la esposa - Si lo

conseguimos y Fraga se queda contento, tendremos nuestra vida asegurada. Seguro que te da un puesto indefinido para no trabajar nada y ganar mucho. Puede darte el puesto de Consejero en el gobierno.

Juana Grijalva había preparado muy detenidamente el encuentro con su marido. Tenía que convencerle de que debía fotografiar las cartas que la joven americana guardaba en su mochila. Tuvo buen cuidado en que Andrés García de Nanclares fuera contento a esa reunión. Así estaría en mejor disposición para aceptar la propuesta. Alquiló una habitación en uno de los mejores hoteles de Ponferrada. Pidió que llevaran allí la cena. Dejó a su marido que eligiera el menú sin reparo por el precio de los platos o el vino. Ella se vistió y se maquilló para gustarle. Fue generosa en el escote, conocedora de que la visión del arranque de sus pechos era un atractivo para él irresistible.

Juana llegó antes a la habitación. Le recibió con una sonrisa cariñosa. Un beso en los labios, ligero y momentáneo pero prometedor. Le dijo algunas frases halagadoras. Aseguró que el camino de Santiago le estaba sentando muy bien. Había perdido algunos kilos y tenía una figura muy atractiva. La cena se desarrolló a su gusto. Ella propició que saboreara generosamente los vinos elegidos. Tanto el blanco como el tinto. Alabó el buen gusto que había tenido al seleccionarlo todo. Cuando llegaron al café, ella misma le encendió el puro cubano que la había comprado para esa ocasión. Entonces, le explicó el plan. Lo hizo con calma. Exponiendo todos los detalles. Insistiendo en que todo estaba estudiado, en que no había ningún peligro. Contestó satisfactoriamente a sus preguntas. Eliminó sus reparos. No dejó que surgiera ningún miedo.



— Este plan va a ser extraordinariamente beneficioso para nosotros. Don Manuel va a quedar encantado. Con esto, arreglaremos nuestro futuro para siempre.

— Juana, tú lo ves muy fácil. – volvió a replicar Andrés – Pero soy yo el que lo tiene que hacer. Soy yo el que me juego la vida. Estaré yo solo en los momentos de peligro.

— ¡También he pensado en eso! – replicó la esposa con seguridad – He comprado este localizador con todos los adelantos. En cuanto tú estés en peligro, lo enciendes. Inmediatamente se recibe la señal en la sede de la policía. Me han garantizado que habrá, en todo momento, policías dispuestos a acudir a donde tú estés.

— Eso se dice fácilmente. Pero …

Para ese momento, Juana ya se había soltado un botón más de

su escote. Había vuelto a llenar la copa de licor. Se levantó seductora mirándole a los ojos. Se sentó en sus rodillas. Esperó a que él expulsara el humo. Sin dejar que inspirara, le comió la boca con un beso apasionado, largo y profundo. Le introdujo la lengua. La movió dentro. El placer para él fue de impacto irresistible. Sobre todo, después de tanto de abstinencia de contacto corporal entre ambos. Fue entonces, cuando la esposa le separó y se levantó.

— ¡Hasta aquí, hemos llegado! Ése será tu premio, cuando consumas el plan y cumplas el castigo. – prometió desafiante.

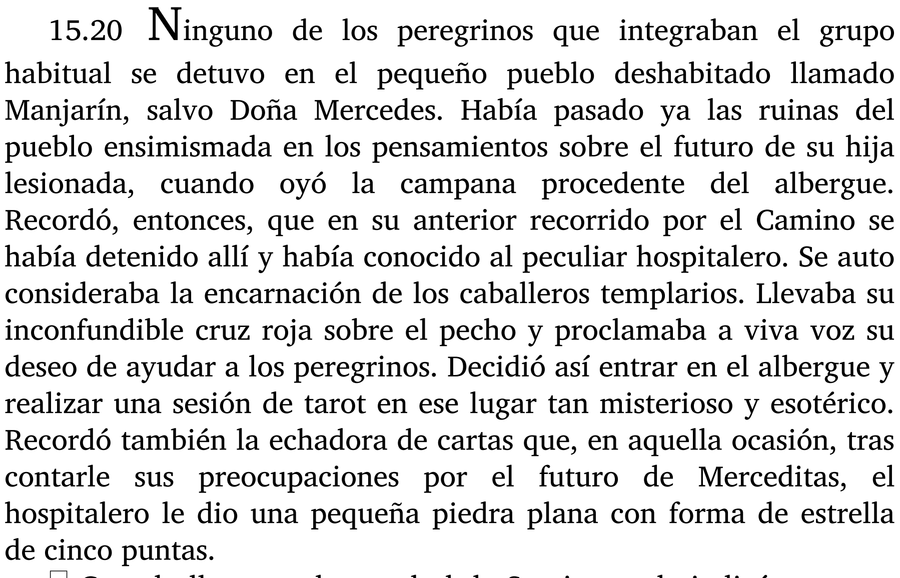
— ¡Juana, no puedes dejarme así!

Ella no cedió. Sabía que era el momento de arrancar la promesa de su esposo, hombre timorato pero dependiente del contacto físico con su esposa.

15.19 Felipe Manzanal seguía obsesionado con las imágenes de la reacción de Luisa María al enterarse de que era sacerdote. Hacía esfuerzos para analizar la situación con frialdad. No lo podía conseguir. Había reflexionado sobre su conducta. Tenía conciencia de que había cometido un pecado muy grave. Le remordía la conciencia no sólo por haber cedido a los deseos de la carne, sino también por haber puesto en peligro su misión. Pero todo lo explicaba por su enamoramiento. No lo justificaba. Pero consideraba que la atracción, física y también moral a su juicio, le impelía irresistiblemente a esos hechos.

Desde la conversación que mantuvo en León con la joven americana, caminaba en solitario, salvo en las reuniones con los policías. Visitaba todas las iglesias. Él mismo se imponía nuevas penitencias de ayuno para lograr el perdón divino. Pero no podía hacer propósito de la enmienda. Deseaba ardientemente volver con ella. Ya llevaba tres días alimentándose con agua y pan. Por las noches, se imponía la penitencia añadida de dormir en el suelo sin utilizar ningún tipo de colchoneta ni almohada.

En Ponferrada, nada más dejar la mochila en el dormitorio del albergue, se encaminó a la pequeña ermita cercana donde todas las tardes el párroco oficiaba la ceremonia de recepción a los peregrinos que allí se incorporaban al Camino. Cuando él llegó, estaba desierta. Aprovechó para tumbarse en el suelo con los brazos en cruz, con el fin de rezar al Santo Apóstol por la salvación de su alma. Allí mismo, sin embargo, decidió buscar a Luisa María y explicarle, de nuevo, su firme determinación.



15.20 Ninguno de los peregrinos que integraban el grupo habitual se detuvo en el pequeño pueblo deshabitado llamado Manjarín, salvo Doña Mercedes. Había pasado ya las ruinas del pueblo ensimismada en los pensamientos sobre el futuro de su hija lesionada, cuando oyó la campana procedente del albergue. Recordó, entonces, que en su anterior recorrido por el Camino se había detenido allí y había conocido al peculiar hospitalero. Se auto consideraba la encarnación de los caballeros templarios. Llevaba su inconfundible cruz roja sobre el pecho y proclamaba a viva voz su deseo de ayudar a los peregrinos. Decidió así entrar en el albergue y realizar una sesión de tarot en ese lugar tan misterioso y esotérico. Recordó también la echadora de cartas que, en aquella ocasión, tras contarle sus preocupaciones por el futuro de Merceditas, el hospitalero le dio una pequeña piedra plana con forma de estrella de cinco puntas.

— Cuando llegues a la catedral de Santiago, - le indicó entonces el abnegado hospitalero - debes depositarla en la primera grada del altar mayor.

— Entonces, Doña Mercedes no pudo realizar ese rito ya que perdió la piedra antes de llegar a la catedral. Pensó que ésta era la ocasión para intentarlo de nuevo y procurar no perderla. Encontró al mismo hospitalero, vestido también con el hábito de los caballeros templarios. Le pidió otra piedra de las mismas características. Él se la dio. Doña Mercedes prometió de nuevo poner todo el cuidado para no perderla y llevarla hasta la primera grada del altar mayor de la catedral compostelana.

— Estoy seguro de que, esta vez, tu hija va a conseguir lo que desea.

Reconfortada por este anuncio del hospitalero visionario sobre el futuro de su hija, doña Mercedes ya no realizó ninguna sesión del tarot.

15.21 Felipe Manzanal no tardó mucho en encontrar a su todavía amada Luisa María. Estaba en la explanada próxima al puente de Ponferrada, observando desde lo alto el cauce del río. La iba buscando con la firme de decisión de atreverse a hablar con ella para aclarar sus auténticos sentimientos. Sin embargo, al verla, le entraron dudas y miedos. Estuvo a punto de renunciar. Tuvo que realizar un gran esfuerzo. Retomó su decisión y caminó hacia ella.

La joven americana se dio cuenta de que se le acercaba su ex amante. De modo instintivo, abandonó el puente. Precipitadamente

le dio la espalda y se encaminó hacia el albergue, en una clara manifestación de que no deseaba encorarse con él. El sacerdote lo comprendió al instante. Se detuvo y abandonó el intento de aclarar sus auténticos sentimientos hacia ella.

15.22 El investigador criminal Pablo Allende oyó la señal de un mensaje en su móvil. Se lo enviaba Teresa Miranda.

‘Tenemos sospechosa en el grupo. La mujer gorda, echadora de cartas, camina sola. Ha enviado a su hija a casa. Puede tener información privilegiada que ahora no quiere compartir con nosotros. TM’

□ Eso es imposible. -comentó Pablo para sí mismo – Esa mujer no puede ser sospechosa de nada.

15.23 Luisa María aprovechó su entrada en el albergue de Ponferrada para sacar de la mochila el pergamino que debía leer allí. Se aseguró de que no había seguida por su ex amante. Con anterioridad, ya había preparado la ruta para dirigirse directamente al impresionante Castillo de los Templarios situado a la orilla del río. En cuanto lo vio, quedó impresionada por su grandeza, su fuerza y su belleza. Decidió leer frente a él la carta de su antepasado.

□ ¡Cómo me hubiera gustado vivir en los tiempos de mi antepasado Juan de Lerma!

Llegó incluso a imaginarse vestida con las galas de las jóvenes nobles de comienzos del siglo XV, mientras desde las orillas de los ríos Sil y Boeza, miraba la magnífica silueta del castillo en uno de los altozanos. Se encaminó con ilusión hacia ese histórico monumento. Buscó la puerta principal del castillo, señalada con un llamativo cartel turístico. Como estaba cerrada, se sentó a un lado, en la hierba. Extendió el pergamino y comenzó la lectura.

*`Mi muy querida María,*

*Aquesta vez sí que utilizo la autoridad que pueda tener sobre ti para ordenarte que obedezcas a los Caballeros de la Santa Orden de Santiago. En unión de nuestro fijo, debes refugiarte en las dependencias auxiliares de la iglesia fortaleza que ellos tienen en Villasirga. Desdella te trasladarán a otra residencia más pequeña e solitaria, propiedad de uno de los caballeros que se han prestado a ayudaros situada en las proximidades de Los Arcos, localidad situada también en el Camino hacia Santiago e lugar donde por primera vez volví a ver a nuestro fijo.*

*Te ruego que, sin la obligación de obedecerme, cumplas aquestas*

*medidas de seguridad a causa del grave peligro que corre tu vida por los deseos de venganza que albergan los corazones de los parientes de Urraca de Pampliega, mi ya repudiada esposa. Ante la imposibilidad de atacarme a mí directamente, intentarán facer daño a las personas que quiero e que me quieren.*

*Los caballeros que han acudido a mi residencia familiar para impedir que mi esposa e sus parientes me despojen de todos mis bienes, me han informado de que han visto en su poder documentos con vuestro nombre e mapas que indicaban las rutas para llegar hasta vuestra casona.*

*Cuando aquestas turbulencias familiares terminen e cuando yo regrese una vez cumplida mi misión de entregar el Santo Grial a los pies del Santo Apóstol, volveremos a realizar una vida normal, tras castigar como se merecen a mi esposa ya repudiada e a sus parientes rebeldes.*

*Os aseguro también que aquestas insidias e tropelías non podrán permitir que normalicemos e regulemos, antes los ojos de la iglesia e de los homes, nuestra relación.*

*Mi queridísima María, esposa ante mi amor e ante Dios, te suplico de nuevo que pongas inmediatamente en práctica las medidas de seguridad aquí dictadas e todas aquellas que te indiquen los Caballeros de la Santa Orden de Santiago que nos ayudan.*

*Te envío aquesta carta desde el monumental castillo que la Santa Orden de los Caballeros del Temple mandó construir en Ponferrada.*

*Todo mi amor e todo mi recuerdo están contigo. Juan de Lerma.*

Luisa María leyó la carta sin ninguna interrupción, preocupada por las asechanzas que perseguían a la mujer que su antepasado amaba. Al terminar, suspiró. Se quedó un momento, en silencio. Se levantó. Se dirigió a la puerta del castillo, la tocó con veneración y apoyó la frente sobre ella. Después, dio una vuelta alrededor del impresionante edificio. Su mente estaba dedicada a imaginar los rasgos de la amada de su antepasado. Sentía una irresistible atracción por ella.

# 16.- VILLAFRANCA DEL BIERZO

**(Miércoles, 6 de octubre de 1999)**

16.1 — ¡Luisa María me ha descubierto! Nuestra … Nuestro contacto o como deba llamarse puede correr peligro.

— En el momento de abandonar el albergue de Ponferrada, la policía Teresa Miranda buscó un lugar muy reservado para realizar una llamada telefónica a su contacto clandestino. Deseaba que nadie la oyera ni existiera constancia de tal comunicación. Había dudado mucho en hacerla. La preocupación le había impedido dormir. Estuvo realizando un cálculo sobre las ventajas de realizar esa comunicación y los perjuicios de no hacerla. Terminó considerando que debía comunicárselo a las personas para las que ahora ‘trabajaba’, tras la reunión mantenida durante su ausencia de la vigilancia. Significaba el comienzo de su colaboración clandestina.

— ¿Qué ha descubierto ella de ti? – preguntó el destinatario secreto.

— Sabe que soy yo la agente que contrató su padre para vigilarla. Bueno. Me ha dicho que conoce mi identidad. Pero quizá sabe más de lo que me ha dicho. Lo ha insinuado. – confesó Teresa entre muchos nervios – Te aseguro que no ha sido culpa mía. No he cometido ninguna equivocación.

— ¿Conoce tu relación conmigo?

— ¡No! Bueno. Supongo que no tiene ni idea de esta ‘relación’. Por lo menos, hasta este momento. Al menos, no ha hecho ninguna mención expresa a ello. Quizá …

— Si es así, no te preocupes. Tú sigue haciendo tu trabajo como hasta ahora. No cambies en nada. No demuestres tener nervios. Ni un solo indicio de anormalidad. Cuando tengas alguna información, no dejes de pasármela.

—Te insisto en que no he cometido ninguna equivocación. Se lo han comentado desde su familia en Florida. – volvió a disculparse Teresa Miranda.

— ¿Te ha dicho algo de mí? ¿Ha citado mi nombre?

— Explícitamente, no ha dicho nada. ¡Tienes que creer que no he cometido ningún error! – suplicó.

— ¡He dicho que no te preocupes! – gritó el desconocido con enfado. – Una cosa importante. No me vuelvas a llamar, si no es para darme información útil Te llamaré yo, cuando lo crea necesario.

16.2 Doña Mercedes había llegado a Ponferrada, por la tarde, casi al anochecer. Estuvo tentada de ir a recoger en ese momento a su hija, por el deseo que tenía de estar a su lado. Pero pensó que Merceditas descansaría mejor en la fonda de la estación que en los duros y sucios colchones del albergue. Esperó hasta la mañana siguiente.

Cuando se presentó a recogerla, después de sacar dinero de su cartilla de ahorros, Merceditas estaba todavía durmiendo. De acuerdo con la señora encargada de la pensión, prefirió esperar y dejar que descansara un poco más. Tampoco sirvió de mucho esa condescendencia.

— ¡No quiedo, no quiedo y no quiedo! -gritaba Merceditas mientras se agarraba fuertemente a la almohada cuando la despertaron para reanudar el camino. -Yo me quedo aquí. No quiedo andá más.

— Merceditas, tenemos que ir hasta Santiago. Desde aquí, faltan sólo doscientos kilómetros. Tenemos que ganar el jubileo. -insistió doña Mercedes.

— Vete tú sola. Yo me quedo aquí.

Ante la rabieta de la joven discapacitada, la señora encargada de la fonda se ofreció a mantenerla, por un precio reducido, hasta que su madre volviera a recogerla después de llegar a Santiago. A Merceditas, le pareció muy bien el plan. Pero su madre no lo aceptó.

— ¡Tienes que ganar tú el jubileo! El Apóstol se tiene que compadecer de ti, no de mí. Tiene que verte en la catedral. Si no te ve allí, el muy rácano y egoísta, utilizará esa excusa para no hacer el milagro de tu curación.

16.3 Luisa María había abierto su teléfono nada más oír la señal anunciadora de un nuevo mensaje. Pensaba que llegaría alguna noticia sobre el estado de salud de su padre. Se desilusionó al comprobar que procedía, otra vez, de su ex novio. Ella misma se

sorprendió de la mayor animadversión que iba experimentando en el transcurso del Camino hacía Michael. No era ésa la única transformación que había experimentado. Estaba cambiando mucho durante esas semanas en todos los sentidos. Pero no era el momento de hacer balance.

□ ‘Te recuerdo y te deseo. Estoy preparando sorpresa. Nos veremos en Santiago o quizá antes. ¡Pero más allá de Triacastella! Estate preparada. M. Jr.’

‘Está loco’, -pensó sorprendida la joven americana – ‘¿Está aquí? Esto va más allá de los celos. Por lo menos que me deje terminar el camino y cumplir mi misión.’

Luisa María sintió, de nuevo, rechazo hacia la propuesta de su ex novio. No deseaba verle. En Santiago de Compostela, estaría muy atareada con la entrega de la reliquia del Santo Grial en la catedral. Después, vio alguna ventaja en la presencia de Michael al final del Camino. Podría dejar clara su ruptura total antes del regreso a los Estados Unidos. Así podrían llegar a una aclaración definitiva antes de comenzar una nueva vida, como ella proyectaba. Ante la ambigüedad de sus sentimientos, prefirió no contestar al mensaje.

### 16.4 □ ¡Juana, paraliza todo el proyecto!

Andrés García de Nanclares hubiera preferido tener un encuentro personal con su esposa para explicar los motivos que le movían a echarse atrás de su participación en el plan para fotografiar los pergaminos de la joven americana. Se tuvo que conformar con una llamada telefónica.

□ ¡Compréndeme! Estoy paralizado por el miedo. Esa operación puede traer unas consecuencias incalculables. No lo hemos sopesado con suficiente serenidad.

□ ¡Andrés, ya no te puedes echar atrás! Está todo en marcha.

La esposa utilizó un tono de absoluta contundencia, aunque no era cierto que la operación hubiera comenzado. Conocía la psicología de su marido. El miedo le impelía a renunciar a cualquier acción arriesgada. La táctica más eficaz era mostrarse inflexible y actuar con hechos consumados.

□ ¡Por lo menos, debemos retrasarlo! – suplicó él.

□ Es imposible, querido. ¡Cálmate! Ya te he dicho que no correrás ningún peligro. Con el localizador que te he comprado, la policía estará a tu lado inmediatamente. Además, ….

□ Además ¿qué?

□ ¿Estás dispuesto a renunciar a mí y a lo que te he prometido? – preguntó ella en un tono sugestivo y seductor.

— Sabes que eso es lo que más deseo en la vida. Pero …

— Cuando hayamos conseguido la reliquia y hayas cumplido el castigo, nos espera el placer todos los días y a todas las horas. Yo también lo deseo. Levanta el ánimo. Es sólo un paso. Lo tenemos al alcance de la mano. Sacas las fotos y al día siguiente me las entregas en el albergue de O Cebreiro. Hay que aparentar normalidad. Nada de nervios. Nada de cosas extrañas.

Para cerrar la conversación, Juana le envió el sonido de un beso. Se quedó convencida de que había logrado superar el bajón de su marido.

16.5 El sacerdote funcionario del Vaticano se había levantado muy temprano, tras pasar la noche en vela por sus remordimientos morales y sus dudas sentimentales. Mantenía su decisión de no alimentarse más que con agua y pan hasta no restablecer o aclarar su relación con Luisa María. Tuvo tiempo para acudir a rezar a la ermita cercana, antes de que el resto de los peregrinos estuvieran preparados para iniciar la jornada. En cuanto vio a la policía Teresa Miranda salir del dormitorio, se acercó a ella.

— Perdona que te moleste.

La policía se sorprendió por ese encuentro inesperado. Estaba muy susceptible, después de que la joven americana hubiera descubierto su identidad. Le preocupaba la reacción que pudiera tomar la persona para la que trabajaba.

— Deseaba comunicarte que hoy no podremos mantener la reunión con Pablo Allende hasta la tarde o la noche.

— La podemos suspender. No creo que vaya pasar nada.

— Yo creo que se están acumulando las tensiones. Por favor, si hay algo urgente o grave, te pones en contacto conmigo por teléfono.

16.6 El sacerdote del Vaticano había comenzado a andar con decisión nada más dar ese recado a Teresa Miranda. Tenía la firme decisión de no mantener ningún contacto con el resto de los peregrinos que, hasta ese momento, habían sido sus compañeros. Se iba a concentrar en forzar un encuentro con Luisa María. No aceptaría su negativa a escucharle. Mantenía su determinación de renunciar a todo para iniciar una convivencia incondicional con ella. Estaba decidido a dejar claro este propósito. Para él, era muy importante. Constituía la decisión más importante de su vida, por encima de la que tomó cuando se hizo sacerdote. Después de

caminar durante horas, la encontró en el camino. Se alegró de ver que iba sola. Esa circunstancia favorecía su propósito. Se acercaría en silencio y la abordaría sin que ella pudiera evitar la conversación.

— Luisa María, he vuelto sólo para...

Luisa María se volvió con sorpresa. Más bien, con estupor. En su cara, expresó el disgusto por ese encuentro no deseado.

— ¡Te dije que no quería saber nada contigo! Así que déjame en paz.

— El sacerdote aguantó el rechazo y se mantuvo firme. Pidió de nuevo disculpas. Pero insistió en su deseo de hablar con ella. Quería explicar todo lo que no pudo hacer en el anterior y polémico encuentro. Ella estaba muy tensa pero aceptó escuchar, con la condición que de, después, no la molestaría más. Reanudaron la marcha. Luisa María se mantuvo a la altura, aunque se colocó al otro lado de la senda. Felipe comenzó diciendo que podía haber habido un malentendido en sus palabras. Después, explicó con detención su propósito.

— Estoy dispuesto a renunciar a todo por ti. Dejaré lo votos sacerdotales para comenzar una convivencia contigo. No puedo dejar de ser sacerdote, porque ése es un sacramento que imprime carácter. Tampoco nos podremos casar por la iglesia. Pero tendremos una unión basada en el compromiso personal de nuestro amor incondicional.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? – preguntó Luisa María con sequedad.

— Quiero que sepas que tú lo eres todo para mí. Estoy completamente enamorado. Me someto a las condiciones que desees poner. Lo acepto todo. Sin ti, ya no podré vivir. Te has convertido en ….

— ¿Puedo hablar yo ya?

— Sí. Perdona. – se excusó el sacerdote con humildad.

— Lo peor que podía ocurrirme en la vida… - enfatizó la joven - Te lo repito. Lo peor que me podía suceder es tener relaciones con un cura. Las relaciones pecaminosas de un sacerdote de mi familia en el pasado han sido la causa de todos los males que ahora padece mi padre y va a padecer mi hermano.

— Eso no es …. – interrumpió Felipe Manzanal.

— ¡Déjame terminar! – reclamó Luisa María con decisión – El vicio carnal de ese sacerdote antepasado mío es el culpable de todo. ¡De todo! ¿Lo entiendes? No quiero caer yo en lo mismo. Estoy arrepentida de haberte conocido. No quiero saber nada más de ti.

¡Vete! Te odio. ¡Me das asco!

— Para ese momento, la joven americana ya había acelerado el paso adelantándose a su ex compañero. Continuó sin mirar atrás. El sacerdote se detuvo. Pensó que no debía insistir en ese momento. Debía aceptar que había perdido también esta segunda batalla. Pero no se daba por vencido. Lo seguiría intentando. Buscaría una nueva oportunidad.

16.7 — ¿Señorita Luisa María de Lerma? Deseo hacerte una propuesta de parte del excelentísimo Señor don Manuel Fraga Iribarne, Presidente de Galicia. Es amigo de su papá.

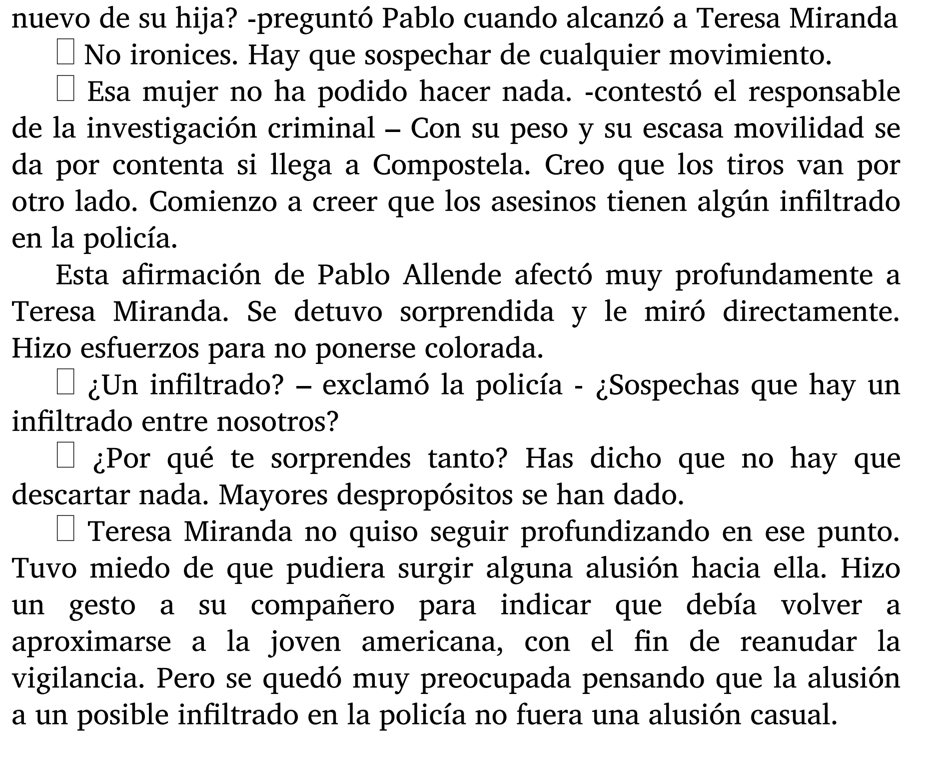
La joven americana acababa de mantener la reunión inesperada y no deseada con su ex amante, cuando entró en otra igual de inesperada aunque menos desagradable. Al paso por la pequeña localidad leonesa de Camponaraya fue abordada por una mujer de mediana edad, elegantemente vestida. Salió de un coche de alquiler. Se dirigió a ella con la poca rapidez que le permitían los elevados tacones de sus zapatos. Dijo que su nombre era Juana Grijalva.

— El señor Fraga Iribarne desea invitarte a cenar esta noche en el parador nacional de Villafranca del Bierzo. De esa manera, quiere corresponder a las muchas atenciones que ha recibido de su papá en Florida y las importantes gestiones que ha hecho para favorecer el proyecto de reinstaurar la Orden del Temple.

Luisa María quedó sorprendida y entusiasmada. La alusión a su queridísimo padre fue decisiva para esa buena aceptación. Había sido un consejo directo del astuto y veterano político gallego. La joven no sólo aceptó sino que se mostró preocupada por no tener una ropa adecuada para asistir a esa reunión con la requerida prestancia.

— No te preocupes por eso, querida. El señor Presidente se hace cargo de que estás haciendo el camino de Santiago. Sabe que no dispones de la indumentaria adecuada. Pero te hago una propuesta. Este mediodía te invito yo a comer en un modesto restaurante de Villafranca del Bierzo que es el más antiguo de todo el camino. Después de comer, podemos ir las dos juntas para que te puedas comprar lo imprescindible.

La joven quedó encantada con la propuesta y con el trato recibido. Quedaron en que la señora pasaría a recogerla en el albergue de la familia Jato en Villafranca del Bierzo, otra de las referencias históricas del camino de Santiago.



16.8 □ ¿Ya has visto a la mujer ‘sospechosa’ acompañada de nuevo de su hija? -preguntó Pablo cuando alcanzó a Teresa Miranda

□ No ironices. Hay que sospechar de cualquier movimiento.

□ Esa mujer no ha podido hacer nada. -contestó el responsable de la investigación criminal – Con su peso y su escasa movilidad se da por contenta si llega a Compostela. Creo que los tiros van por otro lado. Comienzo a creer que los asesinos tienen algún infiltrado en la policía.

Esta afirmación de Pablo Allende afectó muy profundamente a Teresa Miranda. Se detuvo sorprendida y le miró directamente. Hizo esfuerzos para no ponerse colorada.

□ ¿Un infiltrado? – exclamó la policía - ¿Sospechas que hay un infiltrado entre nosotros?

□ ¿Por qué te sorprendes tanto? Has dicho que no hay que descartar nada. Mayores despropósitos se han dado.

□ Teresa Miranda no quiso seguir profundizando en ese punto. Tuvo miedo de que pudiera surgir alguna alusión hacia ella. Hizo un gesto a su compañero para indicar que debía volver a aproximarse a la joven americana, con el fin de reanudar la vigilancia. Pero se quedó muy preocupada pensando que la alusión a un posible infiltrado en la policía no fuera una alusión casual.

16.9 Luisa María, para leer la siguiente carta de su antepasado, tuvo que desviarse un poco del camino oficial hacia Santiago de Compostela. Estaba fechada en el Monasterio de Santa María la real, en las proximidades de la localidad de Cacabelos, otra referencia histórica de la región del Bierzo. Se sentó sobre una piedra cercana a la puerta de la iglesia y comenzó la lectura.

*‘Muy queridos fijos míos Jacobo e María Urraca,*

*Os dirijo directamente a vosotros aquesta carta con el fin de explicaros las razones de las medidas que me he visto obligado a tomar con vuestra madre, así como los auténticos motivos que me retienen en la realización de aqueste Camino de Santiago a pesar de los graves acontecimientos que están sucediendo en nuestra casa familiar.*

*Me fallo en la zona territorial del Bierzo, cerca ya de mi meta de llegar a la tumba del Apóstol Santiago. Para daros más detalles, hoy he sido recibido en el Monasterio de Santa María la Real dependiente del ilustre pueblo de Cacabelos. Es uno de los monasterios más antiguos y más respetados de toda la ruta jacobea.*

*‘Aquesta tarde he estado rezando en la capilla del Monasterio. Allí me he acordado de vosotros una vez más. Sois las personas más*

*importantes e más queridas de mi vida, por lo que nunca os apartáis de mi pensamiento e menos en las graves circunstancias que estamos pasando.*

*Como os he prometido, paso a explicaros por qué permanezco realizando el Camino hasta Compostela, en lugar de haber ido inmediatamente hasta nuestra casa familiar.*

*Aquesta decisión la he tomado porque estoy realizando una importante misión para nuestra familia. Estoy llevando hasta la tumba del Santo Apóstol el Santo Grial que Santiago utilizó durante la última cena con Nuestro Señor Jesucristo. Aquesta sagrada e muy valiosa reliquia estaba en poder de nuestra familia desde que vuestro bisabuelo recibió en París el encargo de restaurar la Santa Orden de la Caballeros del temple.*

*La misión de entregar aqueste Santo Grial en la tumba del Apóstol es muy importante, ya que sobre los miembros varones de nuestra familia pesa una maldición a causa de los pecados que cometió ese antepasado nuestro. La mesma la padecerás también tú, Jacobo, e todos tus descendientes varones.*

*Pienso que aquesta breve explicación, que yo ampliaré cuando regrese, puede justificar ante vosotros que haya permanecido en el Camino hacia la tumba del Santo Apóstol. Sobre la custodia de vuestra madre e la prohibición de que salga de sus habitaciones por ninguna excusa o razón, debo deciros con gran dolor de mi corazón que la que es vuestra madre natural non merece el amor que la profesáis. Ha querido, en unión de sus parientes especialmente de vuestro tío segundo Alfonso García de Pampliega, robar los bienes que pertenecen a nuestra familia, además de los intentos que han realizado non sólo para desautorizarme sino para terminar con mi vida.*

*Cuando, una vez cumplida mi misión, regrese a nuestro hogar, personalmente yo me encargaré de vosotros e de solucionar todos los asuntos e conflictos existentes. Mientras tanto, confiad e obedeced a los caballeros de la Santa Orden de Santiago que se han comprometido a velar por vuestra integridad, vuestra salud e vuestra educación.*

*Sabed que vuestro padre non tiene otro pensamiento ni otras preocupaciones que las referidas a vosotros.*

*Vuestro padre que os ama e también os recuerda. Juan de Lerma.*

Luisa María levantó la mirada del manuscrito y la dirigió al conjunto del monasterio que tenía enfrente. Se imaginó que una torre similar podría ser el lugar donde estaba encerrada bajo vigilancia la perversa esposa de su antepasado. Las otras ventanas podrían corresponder a las habitaciones de sus temerosos hijos.

— Tengo ganas de que termine el Camino para ir a visitar las

residencias de mi antepasado. Deseo conocerlo todo.

16.10 — Don Manuel, ya está concertada la cena con la joven Luisa María de Lerma para esta noche en el parador nacional de Villafranca del Bierzo. – informó Juana Grijalva.

— ¡Estupendo! Llamaré para que nos inviten a un menú extraordinario de platos típicos de la región. Los paradores nacionales tienen una deuda conmigo. Los promoví yo cuando era ministro de Información y Turismo. Pero sigo preocupado por tu marido. ¿Seguro que va a sacar las fotografías de las cartas? ¿No se cagará por la pata abajo y saldrá corriendo?

— ¡Le aseguré que convencía a mi marido y convencido está!

— Juana, yo no me fiaría. No se puede poner la confianza en un miedoso.

16.11 Doña Mercedes tuvo que pararse varias veces en el Camino, ya en las proximidades de Villafranca del Bierzo. Su hija buscaba cualquier excusa con el fin de hacer una parada y descansar. El último capricho fue coger endrinas. El mal humor de la madre era más que evidente. Justo al entrar en la villa, la madre se detuvo en la Iglesia de Santiago. Se arrodilló frente a la puerta norte del templo, conocida como 'la puerta de perdón'. Obligó a arrodillarse a su hija, que estaba jugando con las endrinas en lugar de comérselas.

— Vamos a ganar aquí el primer jubileo.

— Eso no sive pada nada. El apóstol está enfadado contigo y no me va a curá. -contestó la niña con descaro – Así que me macho a cogé más endinas.

Doña Mercedes estuvo a punto de cogerla airadamente por los pelos y obligarla a quedarse arrodillada. Pero se contuvo. Tuvo los reflejos de que era mejor dejarla salir. Estaban solas en la iglesia de Santiago. Podía aprovechar para hacer una sesión de tarot en un lugar tan emblemático. Realizó todo el proceso un poco precipitadamente, temiendo que pudiera entrar alguien. También podía presentarse el párroco o el sacristán e interrumpir el proceso. Con esa prisa, pudo concluir la colocación de los arcanos mayores sin ninguna intromisión. Al levantar los que se habían colocado en los lugares centrales, comprobó que el sol y la luna volvían a acompañar a la carta central. Espero que saliera también el diablo al revés. Así quedaría reforzada su interpretación de que había que esperar algo grave en la noche de la luna negra o nueva. Pero no

fue así. Apareció el arcano número XVI. La torre.

— Habrá que buscar una torre o un castillo. – interpretó con rapidez– Lo que vaya a suceder esa noche tendrá lugar allí. ¡También puede ser una iglesia!

16.12 Luisa María sonrió al ver que Juana Grijalva, la esposa de Andrés, la estaba ya esperando en la puerta del albergue de Villafranca, cuando ella llegó.

— Tendrá que esperar a que me duche. He sudado mucho en esta etapa.

— Esperaré. – dijo la elegante señora, sonriendo también.

— Quizá tarde. -insistió la joven americana.

— No importa. Esperaré lo que sea necesario.

La joven americana realizó el aseo en el menor tiempo posible, Cuando regresó a la puerta, Juana la volvió a recibir con otra protocolaria sonrisa.

— El restaurante al que vamos a ir está regido desde el siglo XVI por los miembros de las sucesivas generaciones de una misma familia.

La joven americana, que iba vestida con ropa deportiva y todavía tenía el pelo mojado por la ducha, asintió mostrando curiosidad por un establecimiento tan antiguo. Caminaron hacia él siguiendo las indicaciones de la guía turística.

— Hostal 'El comercio'. Aquel es.

— Juana la empujó para que subiera las ya gastadas escaleras de madera hasta el primer piso donde está situado el comedor.

— ¡Oh! Creía que sería más señorial. -dijo la esposa mostrando aparatosamente su decepción - ¿Quieres que vayamos a otro sitio?

— Éste está bien. Le diré a mi padre que he comido en un restaurante tan antiguo. Le dará envidia

— No sé si eres de mucho apetito. Pero te recomendaría que probaras el potaje del Bierzo. Es un plato típico y muy sabroso. También te recomiendo pimientos rellenos.

Luisa María aceptó las recomendaciones. Las dos pidieron lo mismo. Juana inició la conversación con algunas preguntas protocolarias sobre el Camino de Santiago. Se interesó por las rozaduras y los dolores que la joven podía estar padeciendo. Pero pronto entró en el objetivo de su invitación.

— Te preguntarás por qué te ha invitado el Presidente de Galicia. Está muy agradecido por las gestiones que ha hecho tu padre con la familia Bush allí en Estados Unidos.

— No sabía nada de esas gestiones. - dijo la joven americana con

gran sorpresa - ¿Cuál es el objetivo de estas gestiones?

En ese momento, Luisa María se distrajo. Vio entrar por la puerta a Teresa Miranda, la policía encargada de su vigilancia. Se disgustó. Hubiera preferido que no se enterara de esta reunión. Su expresión de contrariedad fue tan evidente que no pasó desapercibida a la esposa de Andrés.

— Don Manuel Fraga Iribarne tiene un gran interés por restaurar la Orden del Temple y se está rodeando de personalidades importantes de todo el mundo. Pero esa historia te la contará él en la cena del Parador de Turismo. Nosotras vamos a darnos prisa para ir a comprar la ropa que deseas.

La joven americana estaba muy interesada en ese proyecto de reinstaurar la Orden del Temple. Pero ante la insistencia de Juana por terminar pronto, prefirió abandonar la conversación. Ya tenía en la mesa el postre de higos en almíbar que le había recomendado su interesada anfitriona. Lo comió sin levantar la cabeza. Miró de reojo al lugar retirado donde se había colocado Teresa Miranda. Ya se había ido.

Tampoco había una oferta extraordinaria de ropa en Villafranca del Bierzo. Juana Grijalva aconsejó a Luisa María que comprara un vestido ligero de colores llamativos. Era elegante y le sentaba muy bien. También compraron un par de zapatos del mismo estilo. Para terminar, la esposa regaló a la joven un collar de imitación de perlas, que completaba su aspecto con un toque de distinción.

16.13 Doña Mercedes, en Villafranca del Bierzo, nada más dejar la Puerta del perdón de la iglesia de Santiago, se dirigió al albergue. No fue al moderno edificio construido por el ayuntamiento. Eligió la vieja y poco cuidada casa de la familia Jato, que desde hacía siglos, venía acogiendo a los peregrinos y que era recomendada a los amigos de misterios y ritos tradicionales.

— Jato, esta noche tienes que preparar una queimada de los espíritus como tú sabes hacerla. Debemos pedir a las meigas por mi hija. Ya que el apóstol no hace caso, que hagan ellas la labor.

Tenía también la intención de hacer allí una nueva sesión de tarot, mientras Merceditas realizaba la colada de la ropa sucia, como venía siendo habitual. Pero en esa ocasión la hija se negó a colaborar. Aseguró que se había cansado mucho en el camino y se acostó. Así que la echadora de cartas tuvo que posponer el pronóstico de los arcanos mayores para otra ocasión.

16.14 Al llegar al albergue municipal tras realizar las compras, Luisa María estaba ya nerviosa imaginando cómo se desarrollaría el encuentro con el presidente de Galicia. Decidió tener preparada la siguiente carta de su antepasado. Calculó que, por la alternancia, debía estar dirigida su familia no oficial pero más querida. Quería confirmarlo y también certificar el lugar donde estaba fechada. La buscó en su mochila. El encabezamiento estaba datado en Villafranca del Bierzo. También ratificó que la destinataria era María, su antepasada favorita.

— Habrá que aguantar la paciencia y esperar. La leeré en cuanto vuelva de la cena con ese señor tan importante que es amigo de papá.

Aprovechó para enviar un nuevo mensaje a su hermano. Pedía información urgente sobre la evolución de la enfermedad de su padre. Insistió en reclamar una respuesta inmediata. También informaba sobre la cena que iba a tener con el Presidente de Galicia. Indicaba que se lo dijera a papá ya que era su amigo.

16.15 — ¡Andrés, en esta ocasión, no puedes fallar!

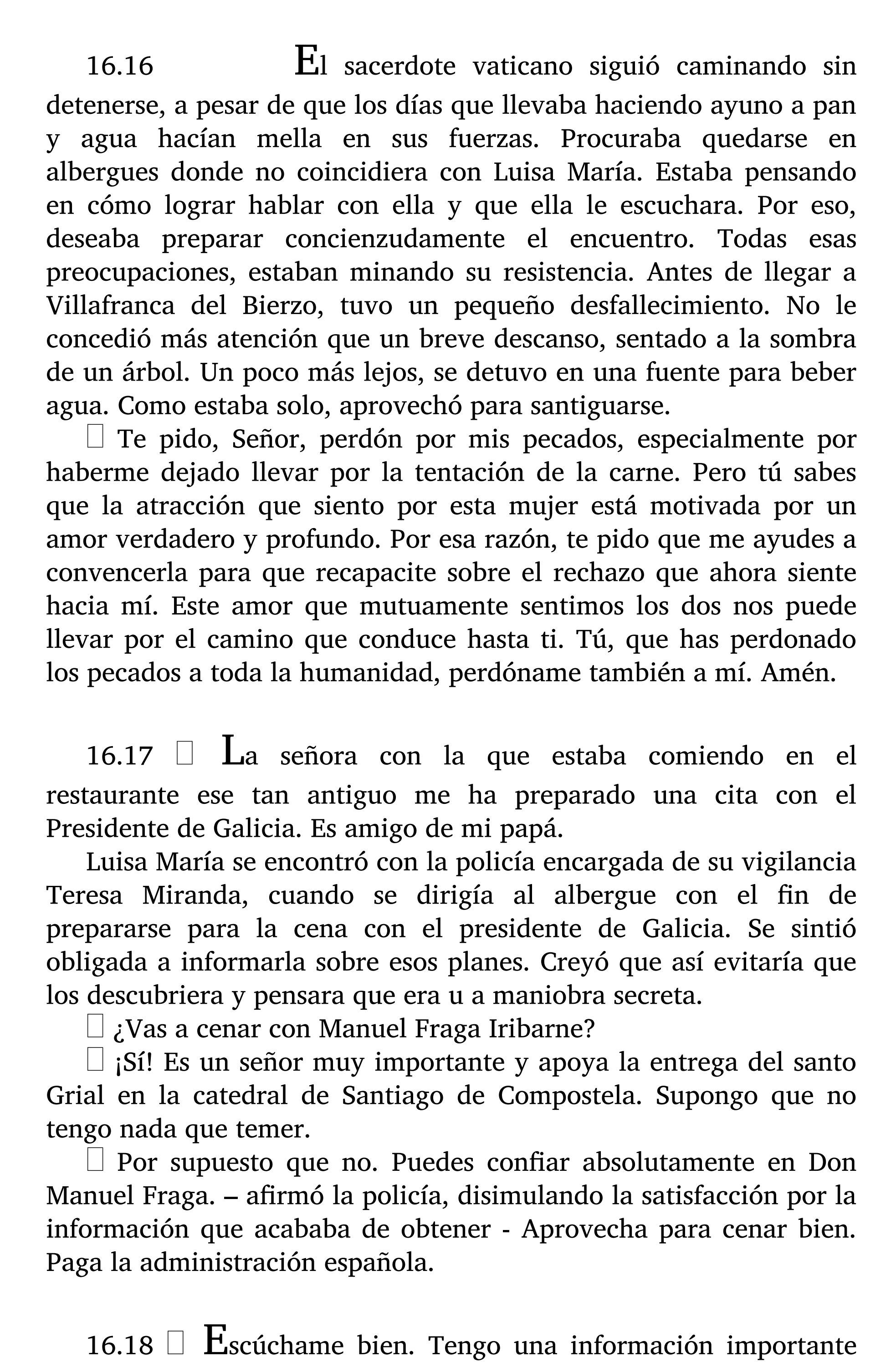
Juana Grijalva hizo un repaso con su marido de lo que tenía que realizar con los pergaminos de la familia Lerma. La esposa insistió en dos aspectos. Debía sacar fotografías de todos los pergaminos por el sistema de diapositiva, para poder leerlas con más facilidad. El segundo cuidado era que no tenía que enterarse nadie. Era preciso que las sacara de la mochila de la joven, las escondiera y las llevara a un lugar reservado donde nadie le viera. Después de haberlas fotografiado, debía colocarlas de nuevo en la mochila de la forma en que estaban. Luisa María no tenía que tener la más mínima sospecha de que habían tocado sus pertenencias.

— ¿Qué pasa? ¿Crees que soy tonto o inútil?

Andrés García de Nanclares estaba molesto por la meticulosidad del examen a que estaba siendo sometido por su esposa. Ésta argumentó que era preciso no cometer el más mínimo error.

— Hemos elegido las ocho como hora para comenzar la cena con el fin de darte facilidades. Es un poco pronto. Pero así tú tienes más tiempo. Puedes sacar las fotografías con comodidad y sin prisas. Volveremos al albergue con la joven a las diez menos cuarto. Para ese momento, ya has tenido que dejar la mochila en perfecto estado de revisión. Igual que la habías encontrado.

— ¡Vete ya! Mucho darme consejos a mí. A ver si, después, vas a ser tú quien meta la pata. – criticó el marido - ¡O Fraga! Porque don



Manuel, como tú le llamas, es patoso de narices.

16.16 El sacerdote vaticano siguió caminando sin detenerse, a pesar de que los días que llevaba haciendo ayuno a pan y agua hacían mella en sus fuerzas. Procuraba quedarse en albergues donde no coincidiera con Luisa María. Estaba pensando en cómo lograr hablar con ella y que ella le escuchara. Por eso, deseaba preparar concienzudamente el encuentro. Todas esas preocupaciones, estaban minando su resistencia. Antes de llegar a Villafranca del Bierzo, tuvo un pequeño desfallecimiento. No le concedió más atención que un breve descanso, sentado a la sombra de un árbol. Un poco más lejos, se detuvo en una fuente para beber agua. Como estaba solo, aprovechó para santiguarse.

□ Te pido, Señor, perdón por mis pecados, especialmente por haberme dejado llevar por la tentación de la carne. Pero tú sabes que la atracción que siento por esta mujer está motivada por un amor verdadero y profundo. Por esa razón, te pido que me ayudes a convencerla para que recapacite sobre el rechazo que ahora siente hacia mí. Este amor que mutuamente sentimos los dos nos puede llevar por el camino que conduce hasta ti. Tú, que has perdonado los pecados a toda la humanidad, perdóname también a mí. Amén.

16.17 □ La señora con la que estaba comiendo en el restaurante ese tan antiguo me ha preparado una cita con el Presidente de Galicia. Es amigo de mi papá.

Luisa María se encontró con la policía encargada de su vigilancia Teresa Miranda, cuando se dirigía al albergue con el fin de prepararse para la cena con el presidente de Galicia. Se sintió obligada a informarla sobre esos planes. Creyó que así evitaría que los descubriera y pensara que era u a maniobra secreta.

□ ¿Vas a cenar con Manuel Fraga Iribarne?

□ ¡Sí! Es un señor muy importante y apoya la entrega del santo Grial en la catedral de Santiago de Compostela. Supongo que no tengo nada que temer.

□ Por supuesto que no. Puedes confiar absolutamente en Don Manuel Fraga. – afirmó la policía, disimulando la satisfacción por la información que acababa de obtener - Aprovecha para cenar bien. Paga la administración española.

16.18 □ Escúchame bien. Tengo una información importante

para vosotros.

Teresa Miranda, en cuanto se separó de la joven americana, sin perder ni un minuto, llamó a su contacto clandestino.

□ Luisa María va a cenar dentro de un momento con el Presiente de Galicia, Manuel Fraga Iribarne en el Parador nacional de Villafranca del Bierzo. Van a hablar del apoyo que Fraga da a la entrega del Grial en la catedral de Compostela.

□ Esta información es muy importante, Tere… Perdón. No hay que citar nombres. – se corrigió el interlocutor secreto – Sigue el tema y tenme informado.

16.19 □ Joven, debo decirte que tu padre, don Juan Jacobo, es un gran hombre. Yo le estoy muy agradecido.

Manuel Fraga Iribarne, como era su costumbre, fue el primero en llegar al Parador Nacional de Villafranca del Bierzo. También se había encargado de que el director del centro hostelero supiera que iba a ir. Ese aviso motivó un recibimiento solemne. No sólo estaban presentes los responsables de ese parador. Se juntaron los directores de toda la región. Le saludaron efusivamente y le hicieron regalos. Cuando llegaron Juana Grijalva y Luisa María, fueron recibidas también con toda solemnidad por ser las invitadas del presidente gallego. Fueron obsequiadas con regalos y agasajadas.

La cena fue también exquisita. Los tres prefirieron ser sorprendidos por el maître en lugar de ser quienes seleccionaran los platos. La joven americana fue quien más se sorprendió. En varias ocasiones, aseguró que nunca había saboreado una comida tan extraordinaria. Una de las cosas que más agradeció fue que el mismo cocinero le explicara el contenido y la manera de cocinar los diferentes condimentos. Siguió al pie de la letra todas las indicaciones para percibir los diferentes sabores. Fue una aventura inolvidable para ella.

El presidente gallego se encargo de mantener la conversación. Llegó prácticamente a monopolizarla. Explicó con gran detenimiento las visitas que había realizado a Estados Unidos y los encuentros con Juan Jacobo de Lerma el padre de Luisa María. A ella le satisfizo mucho. Se emocionó, cuando expuso la enfermedad que, en ese momento, estaba padeciendo. La esposa del peregrino gastronómico se limitó a escuchar. Miraba de vez en cuando al reloj por la preocupación que tenía por dar tiempo a su marido para que hiciera las fotografías de los pergaminos que contenían las cartas del antepasado.

La cena duró un poco más de lo previsto. Fraga mostró su

enfado porque no hubiera un taxi esperando para llevar a la joven hasta el albergue. Ese fallo se solucionó inmediatamente. El chofer del coche presidencial la trasladó hasta allí. Fue acompañada por Juana Grijalva. La joven manifestó su agradecimiento en varias ocasiones. Había sido, para ella, una jornada extraordinaria.

16.20 La queimada de los espíritus en el albergue de Jato no respondió a las expectativas de Doña Mercedes. El anfitrión se esmeró en concentrarse a la hora de hacer las plegarias. Pero nadie respondió a sus llamadas.

 Los espíritus tienen sus propias normas. Sólo atienden cuando quieren. – se justificó el veterano hospitalero.

También contribuyó al ambiente negativo la actitud de Merceditas. Hubo que despertarla, ya que estaba acostumbrada a acostarse pronto. Estuvo constantemente pidiendo a su madre que la dejara ir a la cama de nuevo. No hacía más que bostezar e interrumpir el ambiente de concentración.

 Tomemos el café. Aquí no van a venir ni los espíritus ni nadie. -ordenó el propietario del albergue.

La echadora de cartas quedó muy decepcionada. Llegó a decirle a Jato que era un ignorante desconocedor de los rituales que era preciso seguir. Él se enfadó también. La discusión fue subiendo de tono. Tuvieron que llamarles la atención a pesar de ser las dos personas de más edad.

16.21 Andrés García de Nanclares se puso muy nervioso, cuando llegó el momento de hacer las fotos de las cartas del antepasado de la familia Lerma. Incluso se le pasó por la cabeza renunciar a llevar a cabo la operación. Se había acercado al dormitorio. Caminó hacia la litera donde tenía Luisa María la mochila. Estaba a escasos dos metros y sintió la tentación de volverse y salir corriendo. Pero recapacitó.

Le costó encontrar los pergaminos. Para evitar que le miraran los peregrinos que estaban en el dormitorio, se llevó la mochila de la joven americana a la sala de lectura que estaba vacía. Se colocó en una mesa aislada. Fue colocando cada carta por separado. Mantuvo la cámara de fotos a la misma distancia. Comprobó que podían leerse. Al final, tuvo que darse prisa. Eran muchos los pergaminos. El tiempo iba pasando. Tuvo cuidado de colocarlo todo como lo había encontrado. Cerró la mochila. Volvió a colocarla junto a la litera. Tuvo la sensación de que no le había visto nadie.

Salió del dormitorio simulando que iba a la calle. Cuando se encontró fuera del albergue, respiró hondo.

 ¡Misión cumplida! Ya no podrán decirme nada ni mi mujer ni el dichoso don Manuel de las narices. ¡Nadie me ha visto! Debo tranquilizarme.

16.22 El peregrino se había equivocado al pensar que todo había salido bien. Alguien había observado cómo realizaba la operación de fotografiar los papiros del antepasado que Luisa María guardaba en la mochila. Teresa Miranda, que era la persona que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, tuvo la tentación de llamarle la atención. Pero rectificó. Comprendió que era más útil dejarle hacer y sacar fruto, después, de esa información secreta.

16.23 Luisa María se sobresaltó cuando estaba reviviendo, camino del albergue, todo lo que había pasado durante la cena con Manuel Fraga Iribarne. Recordó que tenía que leer la carta de su antepasado fechada en Villafranca del Bierzo. Tenía el tiempo justo para hacerlo antes de que cerraran el dormitorio. Buscó el pergamino en la mochila. No notó nada anormal. Todo estaba colocado como ella lo había dejado. Cogió la carta correspondiente. Volvió a salir del edificio. Se situó en la famosa Calle del agua, frente al Castillo de los Marqueses de Villafranca. Pensaba que Juan de Lerma podía haberse hospedado allí durante su camino hacia Santiago para entregar el Santo Grial.

*Muy querido fijo mío Juan,*

*Llevo horas derramando lágrimas por la muerte de tu madre. Te vuelvo a asegurar, porque tú e también ella ya lo sabíais, que ha sido la mujer de mi vida, la más querida, la más respetada e la mejor considerada.*

*Los caballeros de la Orden de Santiago que han venido en tu nombre a poner en mi conocimiento tan fatal noticia, me han dicho que el ataque fue muy rápido, aprovechando que tú e algunos de los caballeros habíais venido a visitarme. También me han dicho que non sólo dieron muerte a tu madre, sino que también mataron a los dos caballeros que cuidaban por su seguridad e a vuestros tres trabajadores domésticos.*

*Aunque non han dejado ninguna huella para identificar a los asesinos, estoy seguro, como supongo que tú también lo estás, de que ha sido un ejército de forajidos pagados por la familia de mi repudiada esposa.*

*Mis ojos continúan derramando lágrimas como si estuvieran unidos*

*a un pozo. En verdad, están unidos al pozo sin fondo de mi amor hacia tu madre.*

*Los dos, tú e yo, adquirimos el firme compromiso ante Dios Padre e ante el Santo Apóstol de rendir un gran homenaje a tu madre e construir para ella un panteón, bello e solemne, como merece su memoria.*

*En cuanto a ti, atiende bien a aquesta indicación, los caballeros que te entreguen aquesta carta tienen una orden expresa de mi parte para recogerte e llevarte de modo inmediato a la casa campestre de las afueras de la localidad de Los Arcos. Aquesta casa es desconocida para mi esposa e mi familia por lo que será una garantía para tu seguridad.*

*Sabes que aquesta mesma diligencia se la había mandado a tu recordada e amada madre, pero a ella non le dio tiempo a ponerla en práctica.*

*Perdóname que te dé una orden tan tajante. Pero debes saber que, en aqueste momento, eres mi único descendiente querido. Non puedo arriesgar en nada tu vida. En cuanto termine aqueste Camino, realizaré todos los trámites para convertirte en mi heredero único, completo e legítimo. En las actuales circunstancias e después de todo lo sucedido, non puedo fiarme de tus hermanos, los fijos tenidos con mi agora repudiada esposa. Su madre e sus parientes habrán envenenado su corazón contra mí e contra ti.*

*Deseo poner finalmente en tu conocimiento que es mi firme decisión mantener encerrada en sus habitaciones a mi repudiada esposa hasta mi regreso, para juzgarla e facer caer sobre ella el peso de la ley.*

*Non dilato más aquesta carta para que los Caballeros de la Orden de Santiago lleguen a buena hora hasta tu casa e podáis iniciar hoy mesmo el camino hasta Los Arcos. Mis ojos, como expresión de mi corazón, siguen derramando lágrimas, a la vez que depositan mi amor e mi esperanza en ti.*

*Tu padre. Juan de Lerma.*

Cuando Luisa María terminó de leer la carta, se dio cuenta de que las lágrimas le habían bajado ya por toda la cara y goteaban desde la barbilla. Suspiró y tardó en levantarse. Prefirió esperar hasta tener el rostro sereno.

16.24 □ Tengo otra información importante que darte. Estate muy atento. Tengo poco tiempo. Van a cerrar el albergue.

La policía Teresa Miranda se aseguró de tener todas las garantías de seguridad para transmitir esa otra confidencia. Los dos sabían que no debía utilizar ningún nombre propio que les pudieran identificar. Cualquier indiscreción podía llevar a que descubrieran la operación clandestina que estaban llevando a cabo.

El peregrino que trabaja para Fraga Iribarne… ¡Sí! El que recibe visitas de su mujer, la que lleva los zapatos de tacón alto. Ése ha hecho fotografías de las cartas que lleva Luisa María en la mochila. … ¡Estoy completamente segura! … Yo no sé por qué lo ha hecho. Pero es fácil deducir que ellos quieren conseguir el Santo Grial antes que todos los demás. … Eso depende de vosotros. Haced lo que tengáis que hacer. Yo ya os he informado de lo que ha pasado. Corto.

# 17.- O CEBREIRO

**(Jueves, 7 de octubre de 1999)**

17.1 — Esta confluencia del sol y la luna nos traerán noticias de lo que estamos esperando. La luna nueva y negra es momento de incertidumbre. Toda esperanza siempre llega preñada de incertidumbre.

En la víspera de que se produjera el momento más visible de la luna negra, conocida vulgarmente como nueva, doña Mercedes se aisló para conocer los designios de los arcanos mayores. Estaba excitada por realizar la sesión de tarot en una confluencia tan especial de los astros. Hizo un esfuerzo mayor para concentrarse. Siguió todos los pasos con gran atención.

— ¡No hay ninguna duda! Estamos en el momento preciso y en el lugar exacto. Ahora nos falta descubrirlo.

La echadora de cartas no recordaba ninguna otra ocasión en que los resultados de tarot hubieran sido tan pertinaces. Una vez más, los arcanos del sol y de la luna aparecían rodeando al diablo.

Habrá que estar muy atento con todos los sentidos abiertos.

17.2 Andrés estaba nervioso. No durmió a pensar del cansancio. Estuvo toda la noche pendiente de la cámara de fotos. De vez en cuando, también tocaba el localizador. Le daba seguridad. Pero no paraba de dar vueltas en su cabeza a los temores. Pensaba que le podía pasar lo mismo que a los asesinados en el camino con anterioridad. No podía apartar la imagen de la posición ritual con que aparecían los cuerpos. Hubiera preferido quedar con su esposa en la puerta del mismo alberque de Villafranca del Bierzo. Así habría entregado la cámara de fotos y recobrado la tranquilidad. Podía incluso haber aprovechado para confesarse de nuevo y acumular una firma más.

Decidió aprovechar el tiempo para caminar. Se levantó pronto, en contra de su costumbre. Preparó la mochila. Casi no desayunó. Comenzó a andar hacia O Cebreiro cuando todavía no había amanecido. Sabía que esa etapa era dura y debía superar una gran cuesta. Lo afrontaría todo con diligencia. Iba a intentar llegar

cuanto antes. Confiaba en que, al entregar a su esposa la cámara de fotos, se sentiría más a salvo. También decidió confesarse al terminar esta etapa. Para dar más solemnidad, lo haría en la Iglesia de Santa María la Real, muy conocida por las leyendas de los milagros allí realizados y por las visitas de reyes ilustres. Lo había leído en la guía.

17.3 □ ¡Cambiaré de estrategia! – pensó el sacerdote - Diré a Luisa María que debemos preocuparnos sólo de entregar el santo grial en la catedral de Santiago. De momento, aparcaré nuestro problema sentimental. Así ganaré tiempo. Cuando todo esté más tranquilo, cuando ella esté menos tensa, se lo podré replantear con más calma.

□ Felipe Manzanal no podía quitarse de la cabeza a la joven americana. Seguía atormentado por el recuerdo de las relaciones que habían mantenido. Creía que, sin ella, no podría reconstruir su vida. Se consideraba total e irremediablemente enamorado. Determinó forzar un nuevo encuentro con Luisa María en O Cebreiro. No debía ser nada violento ni precipitado. Tendría que mostrarse relajado y sonriente. Ya habían demostrado los dos tener suficientes nervios. Tendría que ir haciendo ejercicios de relajación durante todo el trayecto.

□ Tengo que hacer un gran esfuerzo para dominarme. Es muy importante para mí.

17.4 □ ¡Juana, soy Andrés. Escúchame bien! Estoy en Pereje. Es un pueblo pequeño a cinco kilómetros de Villafranca del Bierzo. Quiero que vengas en un taxi. Te voy a esperar en el bar. No hay pérdida. Sólo hay ese bar. Deseo entregarte la cámara de fotos. No la quiero llevar yo más. … No. No es que pese. Me da miedo llevarla conmigo. … Ya sé que soy un timorato. No lo voy a disimular. Ya te he reconocido que tengo miedo. No deseo llevar yo esas fotos. No tardes. Voy a entrar en el bar. Tomaré un café.

□ El peregrino estaba nervioso. Le temblaban las manos, mientras cerraba el teléfono móvil. Para dirigirse al bar de Pereje, debía retroceder un poco en el camino. Se encontraba ya a la salida del pueblo. Lamentablemente para él, no pudo hacerlo. Cuando giró, vio a tres individuos jóvenes y corpulentos que se dirigían hacia él. Ya estaban cerca. Traían las caras cubiertas. Era imposible identificarlos. Miró en todas las direcciones. No había nadie.

□ ¡Auxilio! – se le escapó.

Aunque hubiera sido un grito, tampoco le habrían oído. Comprendió que tenía que huir en dirección contraria a la del bar. Echó a correr. Los tres jóvenes también lo hicieron. La mochila le impedía distanciarse. Le alcanzaron muy pronto. Le obligaron a salir del camino. Estaban en una zona de muchos árboles. Andrés García de Nanclares tropezó y se cayó. La mochila le golpeó sobre la cabeza. Cuando la levantó, tenía una navaja amenazándole junto a la cara.

— ¿Dónde tienes las fotos?

Con los nervios, Andrés sólo percibió que el violento interlocutor tenía una pronunciación extraña. Al tener la boca tapada, tampoco emitía un sonido limpio. Tardó un poco en contestar. Notó que la punta de la navaja entraba en la carne. En el ojo, también estaba notando la presencia de un líquido viscoso que le impedía ver. Era sangre. Al caer, se había hecho una herida.

— Las fotos están en la mochila. – confesó.

— ¡Dámelas tú!

— ¡No toques tú la mochila! – intervino otro de los asaltantes contradiciendo la primera orden – Ya las cojo yo.

Andrés notó un gran dolor en el brazo derecho. El primer asaltante se lo había torcido con fuerza hasta romperlo. El tercero le dio una patada. Cayó al suelo. No vio cómo abrían la mochila y cogían la cámara de fotos a la vez que tiraban la ropa y el resto de sus pertenencias. En ese momento, Andrés se dio cuenta de que, en el bolsillo, tenía el localizador. Lo accionó disimuladamente desde fuera. Se oyó un pitido y hubo una breve luz intermitente.

— ¡Cabronazo! Nos ha denunciado.

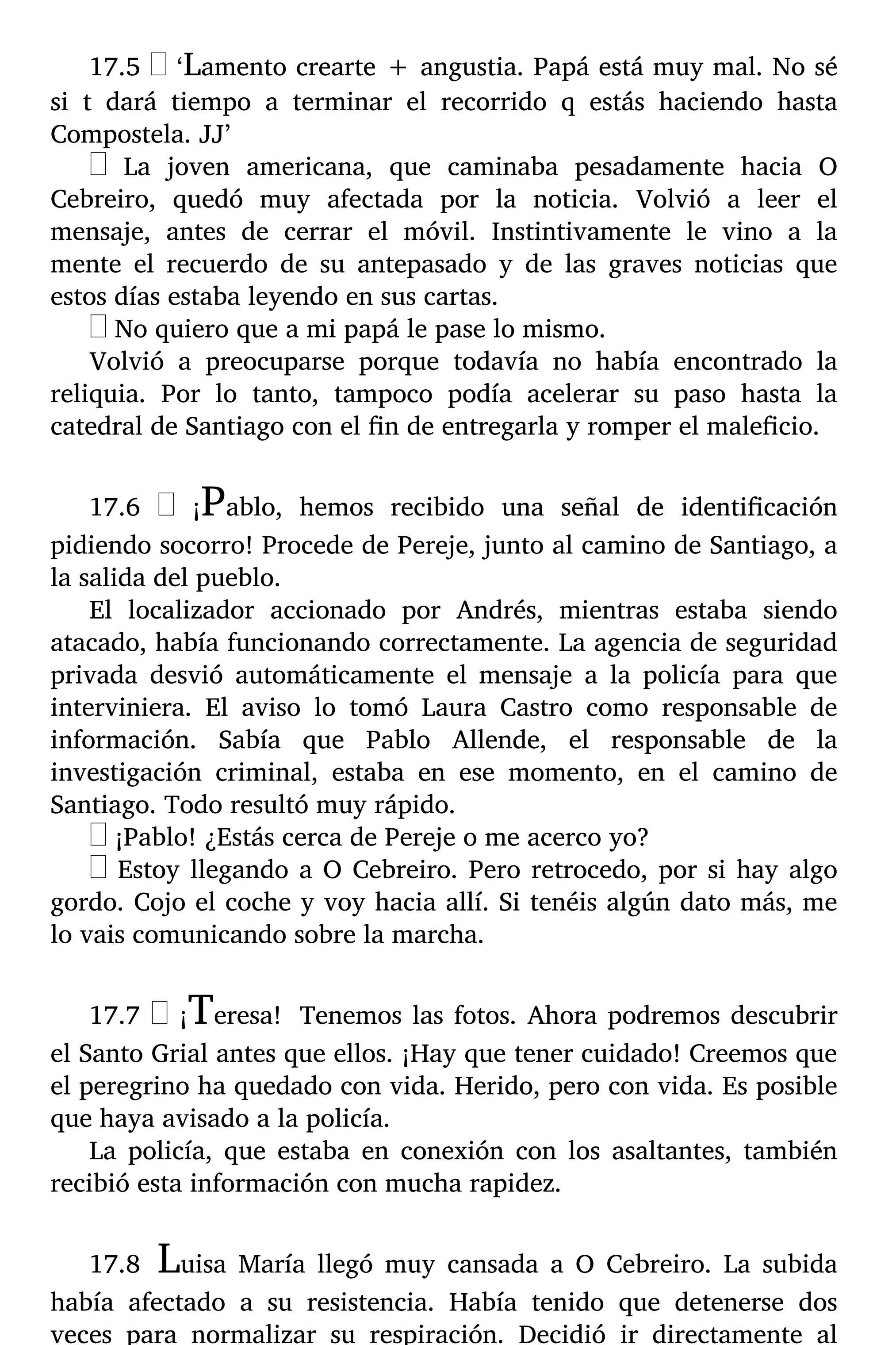
El grito fue del tercer asaltante. A la vez, volvió a darle patadas, esta vez en la cara. Andrés comenzó a sangrar de la boca. El que había cogido la cámara de fotos se incorporó. Continuaban las patadas.

— ¡Rájale! Clávale en el corazón. Márcale con la cruz de los templarios. Que sepan quienes somos.

El asaltante que había cogido la cámara de fotos ya se estaba alejando. Gritaba a sus compañeros que lo dejaran y huyeran. Éstos continuaban maltratando al herido. Se tuvo que poner serio.

— ¡He dicho que nos vamos! Si ha enviado un aviso a la policía, tenemos que huir cuanto antes. Ya tenemos las fotos. No nos podemos arriesgar.

— A empujones, logró que sus violentos compañeros soltaran al herido. Los tres salieron corriendo y se perdieron entre los árboles. Cerca, un coche se puso en marcha. Subieron y salió disparado.



17.5 — ‘Lamento crearte + angustia. Papá está muy mal. No sé si t dará tiempo a terminar el recorrido q estás haciendo hasta Compostela. JJ’

— La joven americana, que caminaba pesadamente hacia O Cebreiro, quedó muy afectada por la noticia. Volvió a leer el mensaje, antes de cerrar el móvil. Instintivamente le vino a la mente el recuerdo de su antepasado y de las graves noticias que estos días estaba leyendo en sus cartas.

— No quiero que a mi papá le pase lo mismo.

Volvió a preocuparse porque todavía no había encontrado la reliquia. Por lo tanto, tampoco podía acelerar su paso hasta la catedral de Santiago con el fin de entregarla y romper el maleficio.

17.6 — ¡Pablo, hemos recibido una señal de identificación pidiendo socorro! Procede de Pereje, junto al camino de Santiago, a la salida del pueblo.

El localizador accionado por Andrés, mientras estaba siendo atacado, había funcionando correctamente. La agencia de seguridad privada desvió automáticamente el mensaje a la policía para que interviniera. El aviso lo tomó Laura Castro como responsable de información. Sabía que Pablo Allende, el responsable de la investigación criminal, estaba en ese momento, en el camino de Santiago. Todo resultó muy rápido.

— ¡Pablo! ¿Estás cerca de Pereje o me acerco yo?

— Estoy llegando a O Cebreiro. Pero retrocedo, por si hay algo gordo. Cojo el coche y voy hacia allí. Si tenéis algún dato más, me lo vais comunicando sobre la marcha.

17.7 — ¡Teresa! Tenemos las fotos. Ahora podremos descubrir el Santo Grial antes que ellos. ¡Hay que tener cuidado! Creemos que el peregrino ha quedado con vida. Herido, pero con vida. Es posible que haya avisado a la policía.

La policía, que estaba en conexión con los asaltantes, también recibió esta información con mucha rapidez.

17.8 Luisa María llegó muy cansada a O Cebreiro. La subida había afectado a su resistencia. Había tenido que detenerse dos veces para normalizar su respiración. Decidió ir directamente al albergue para descansar. Nada más entrar en la recepción de

albergue de O Cebreiro, reconoció a los dos jóvenes que la estaban esperando con evidentes signos de impaciencia. Eran Giovanni y Boris, el italiano moreno y el ruso rubio, los amigos europeos de su ex novio. Se notaba que estaban recién duchados y se habían cambiado de ropa hacía poco tiempo. Olían bien. Sus besos y su abrazo fueron más rápidos.

□ Piba, esta vez, nos has hecho esperar mucho. – dijeron en actitud cómplice entre ellos.

□ No sabía que me estabais esperando. - se justificó la joven americana.

□ Estábamos a punto de marcharnos. Tu novio nos manda hacer muchas cosas. Escucha, piba. Nos ha dicho Michael que te digamos que está harto de tus cuernos.

□ ¿Cuernos? – preguntó ella con sorpresa.

□ Esa expresión ha utilizado él. Ha dicho que, como sigas sin contestarle, un día de estos se presenta aquí en el camino para ajustar cuentas contigo.

□ ¿Está aquí? – preguntó Luisa María con mucha inquietud - ¿Ha venido desde Florida?

□ Nosotros no podemos decirte más. – indicó Giovanni.

□ ¿No le dijisteis que esperara a que termine el Camino y llegue a Santiago? Ya queda muy poco.

□ Tú sabes que a Michael no le gusta esperar.

□ Decidle, de nuevo, que hasta que no termine el Camino y cumpla la misión que me encomendó mi papá, no voy a atender a nadie. Para mí, es muy importante culminar esta misión.

□ Nosotros hemos cumplido al decirte lo que él nos ha ordenado.

□ Me sorprende cómo podéis localizarme, si yo no dejo ninguna pista.

□ ¡Michael lo sabe todo sobre ti! Ahora nos vamos. No podemos perder más tiempo.

De nuevo fue el italiano moreno el primero en despedirse con el par de besos sonoros y el abrazo. El ruso tampoco esta vez intervino en la conversación. Su capacidad de hablar castellano era muy reducida. Se mantuvo mirando el rostro de la joven. Al despedirse, forzó una sonrisa para resultar simpático.

□ Decidle, por favor, que me deje llegar hasta Santiago. – solicitó la joven a los amigos de su ex novio - En cuanto termine esta misión, aclararé todo lo que tenga que aclarar con él.

17.9 □ ¡He salvado la vida gracias al localizador! Lo que

querían era robarme unas fotos que había.

Pablo Allende llegó pronto al lugar donde estaba herido el peregrino gastronómico. Andrés se hallaba tiritando de dolor. Le temblaban todas las partes del cuerpo. Había perdido bastante sangre. Tenía el rostro muy pálido. Trataba de gritar para pedir auxilio. Pero no le salía la voz. Nada más verle, el responsable de la investigación criminal comprendió que su situación era grave. Le habló para tranquilizarle. Pidió que no hiciera ningún esfuerzo. Le cubrió con una manta que tenía en el coche para que le diera calor. Al poco tiempo, llegó una ambulancia. Le colocaron en una camilla. Le dieron medicamentos estabilizadores y le reanimaron. Le hicieron una transfusión de sangre, mientras le llevaban ya hacia el hospital. Pablo Allende se interesó por conocer el primer informe. Estaba grave. Pero su vida no corría un peligro inminente. Le llevaban al hospital regional más próximo. Tenían un acuerdo especial para tratar a los peregrinos del camino de Santiago.

— Yo me encargaré de avisar a su familia. – prometió el policía – Que se normalice pronto. Le tenemos que interrogar con urgencia.

17.10 Felipe Manzanal llegó al albergue de O Cebreiro con el firme propósito de lograr la reconciliación con Luisa María. Mientras se acercaba, se repetía la necesidad de realizar el contacto con tranquilidad, sin ningún nervio. Pediría disculpas para comenzar. Era preciso entrar con buen pie.

— Si es preciso, utilizaré la palabra perdón.

La obsesión que tenía por solucionar la relación con la joven le había hecho olvidar todo lo demás. Ya no se preocupaba de las reuniones con los policías. Tenía olvidado el objetivo de encontrar y entregar el Santo Grial. Tras inscribirse en el albergue, fue a ducharse. Estar limpio y oler bien era también una condición imprescindible para causar buena impresión. Se afeitó. Incluso ensayó ante el espejo la manera en que diría a Luisa María las primeras palabras. Sin embargo, cuando iba desde los servicios hasta el dormitorio, se encontró con ella. Le pilló de sorpresa. Se puso nervioso. Notó que ella no le había visto. Le dio miedo. Rectificó. Se escondió. Prefirió esperar a una mejor ocasión.

17.11 — Que no se entere nadie. ¡Absolutamente nadie!

Manuel Fraga Iribarne fue muy tajante en su orden al responsable de la investigación criminal. Le recordó que, en el anterior crimen cometido en el Camino de Santiago, había fallado la

discreción. Ahora no podía suceder lo mismo. Estaba todo controlado. El nuevo ataque sólo era conocido por personas del entorno.

— ¡Como alguien abra la boca, le corto la lengua! – amenazó el veterano político.

Pablo Allende argumentó que faltaba el control sobre lo que pudiera pasar en el hospital. Quizá los médicos o las enfermeras informaran a los medios de comunicación sobre las víctimas de casos violentos que eran atendidos en el centro médico.

— Vete ahora mismo al hospital. ¡Impide, por todos los medios, que esa noticia se filtre! Del silencio, depende el éxito de nuestra misión. ¡Vamos! ¿Qué haces? ¡Vete ya!

17.12 — No creas que no me doy cuenta. No me informas de lo que está pasando. Me estás boicoteando la información.

Teresa Miranda se acercó a su compañero el investigador Pablo Allende con una sonrisa burlona, en cuanto le vio en el albergue de O Cebreiro. Él terminó poniéndole nervioso.

— ¿A qué información te refieres? -preguntó Pablo incomodado por la actitud de la policía y tratando de disimular.

— Mis fuentes en la Comandancia de investigación criminal me han dicho que algo nuevo y violento ha sucedido en el camino.

— ¿Quién es esa fuente tan habladora?

— Es mi amiga Laura Castro. Pero tampoco ha querido darme más datos.

Pablo Allende se sorprendió mucho de que en la Jefatura Central tuvieran información - ¡Y menos, Laura Castro! - le hubiera hablado de lo que le había pasado al peregrino atacado. Se vio obligado a improvisar una nueva estrategia para disimular también él.

— En realidad, yo tampoco sé mucho más. Me han dicho que ha pasado algo. Pero no sé muy bien qué. Voy a tratar de informarme. Si te enteras tú antes, me lo dices.

Los dos policías se mostraban desconfiados en sus manifestaciones. No tenían seguridad sobre la postura que mantenía el compañero. Pablo Allende, que dominaba peor sus nervios, intentó desviar la conversación.

— En la comandancia, me han dicho también que han tenido que soltar a la loca que detuvieron en Castro Urdiales por las muertes de los hermanos Pérez de Lerma.

— ¿A quién se las atribuyen ahora?- disimuló Teresa -¡No tienen ni idea! Por cierto. ¿Has vuelto a ver al cura? -preguntó Teresa Miranda con interés.

¡No! Hace días que parece haber desaparecido.

17.13 Luisa María se dejó caer en la cama antes de ducharse. Estaba más cansada que en otras ocasiones. Se alegró de que, al llegar a la localidad de O Cebreiro, entraba ya en Galicia, la última parte del camino de Santiago. Tenía ganas de llegar a Compostela. Se dio ánimos para levantarse. Había comprobado que la siguiente carta, dirigida por su antepasado a sus hijos legítimos, estaba fechada en ese lugar. Salió del albergue. Se sentó en una piedra frente a una de las típicas pallozas. Sacó el pergamino de su mochila y comenzó a leer.

*Mis queridos fijos Jacobo e María,*

*Entrego esta misiva a los caballeros que tienen orden de buscaros y rescataros de la violencia de quienes no son dignos de ser vuestros parientes. Lo Hago en el momento en que he llegado ya a tierras galegas en mi camino hacia Compostela. Ellos os la darán en cuanto os puedan recuperar.*

*Me dirijo primero a ti, filia mía. Ves que en el encabezamiento de aquesta carta te nombro sólo como María, eliminando tu segundo nombre, que te fue puesto con el fin de que prorrogaras el recuerdo de tu madre. Aunque sea duro para ti, a partir de aqueste momento, utilizarás únicamente tu primer nombre con el premeditado fin de borrar en nuestra familia el recuerdo de una persona que aunque haya sido vuestra madre e también mi esposa, se ha deshonrado a sí mesma e non es digna de que nos acordemos más de ella.*

*He sabido por los caballeros que velan por vuestra seguridad que estáis pasando los dos muy malos días de incertidumbre, por los acontecimientos violentos sucedidos en vuestra propia casa. Uno de aquestos acontecimientos ha sido el sangriento asalto llevado a cabo por numerosos homes armados a cuyo frente estaba vuestro tío segundo Alfonso García de Pampliega, con el fin de sacar a vuestra madre de las habitaciones donde está confinada por expresa orden mía e también secuestraros a vosotros contra la vuestra voluntad.*

*Este, sin duda, es un momento de gran incertidumbre para vuestros jóvenes pensamientos e corazones. Pero los Caballeros de la Orden de Santiago tienen orden mía para recuperaros e llevaros a la casa familiar así como volver a detener a vuestra madre indigna de tal nombre.*

*Podéis tener la seguridad de que esos caballeros velarán en todo momento para rescataros e protegeros de nuevo en la casa de la nuestra familia. Allí defenderán vuestra vida hasta que yo, una vez cumplida la misión que me retiene en el Camino de Santiago, regrese para estar con vosotros e facer justicia sobre vuestra madre.*

*En la esperanza de que estos caballeros fieles os liberen y os entreguen aquesta carta, os recuerdo que mi misión está ya a punto de cumplirse pues me fallo a pocas jornadas de llegar a la tumba del Apóstol Santiago.*

*Vuestro padre que os quiere e os tiene constantemente en sus oraciones. Juan de Lerma.*

17.14 □ ¡Te lo dije! Estaba seguro de que iba a pasar. Puedo estar contento de haber conservado la vida.

Andrés García de Nanclares estaba muy enfadado a pesar de su débil salud por las cuchilladas recibidas. Aprovechó la visita de su esposa al hospital para recriminarle por su empeño en que llevara a cabo la toma de fotografías a pesar de sus advertencias. Juana Grijalva había aparecido llorando. Manifestaba muchos nervios. Nada más entrar en la habitación, se inclinó sobre la cama y le besó en la frente. Él intentó apartar la cabeza. No lo logró por la presión de los tubos que tenía conectados.

□ Era evidente que me iban a atacar.

-Don Manuel Fraga te está muy agradecido. – aseguró la esposa después de limpiarse las lágrimas – Me ha dicho que sabrá recompensarte. Lo que ahora debes hacer es calmarte para que la recuperación sea rápida y total.

El peregrino volvió a protestar. Echó otra vez la culpa a su esposa y al viejo político. Insistió en que la operación fotográfica con tanto riesgo no había tenido ningún resultado. La esposa le volvió a recomendar que no se moviera tanto y recuperara la calma para no poner en riesgo su recuperación.

□ En una cosa tiene mucho interés Don Manuel. –Informó Juana – Hay que mantener este suceso en silencio. No se debe enterar la prensa.

□ ¿Este 'suceso'? – protestó Andrés - ¿Así lo ha calificado?

□ ¡Andrés, no saques punta a las palabras, por favor! Ha venido un jefe de la policía al hospital para evitar que la noticia trascienda.

□ ¿Sabes lo que te digo? ¡Me importa un pimiento lo que diga 'Don Manuel'!

□ Yo también estoy dispuesta a reconsiderar mi actitud. – expuso Juana con humildad.

□ ¿Qué quieres decir?

□ Puedo repensar lo de castigo.

□ ¿Ahora? ¡Después de lo que ha pasado! Ahora no quiero yo ni halar de eso – gritó el marido dejándose llevar del enfado.

La esposa tomó la decisión que quedarse en la habitación

cuidando a su marido en silencio. Se sentó en la silla al lado de la cama. Tomó la mano de Andrés. Pero éste la separó.

17.15 Felipe Manzanal tuvo que ser atendido médicamente en O Cebreiro. La responsable del albergue le recomendó acudir al ambulatorio. Estaba empeñado en continuar el Camino manteniendo su ayuno a pan y agua. Sin embargo, el deterioro de su cuerpo y la reducción de sus fuerzas eran tan grandes que se hallaba casi desfallecido. La hospitalera del albergue era una señora de mediana edad que llevaba varios años realizando ese trabajo sin cobrar absolutamente nada a causa de una promesa. Se empeñó en acompañarle hasta el centro sanitario para que le viera el doctor. Felipe se opuso. Pero la firmeza de la mujer le obligó a rectificar. El doctor informó al sacerdote sobre el grave estado de debilidad en que estaba cayendo. Le obligó a tomar un reconstituyente y recomendó que permaneciera unos días de descanso antes de reanudar el Camino. El sacerdote escuchó las recomendaciones médicas. Pero decidió ponerlas en práctica sólo a medias. Comió y tomó las vitaminas recetadas. Pero descartó permanecer los días de descanso prescritos. Se puso de nuevo la mochila y comenzó a andar. Deseaba llegar hasta el Monasterio de Samos. La solícita hospitalera se lo reprochó. Lo único que consiguió fue que aceptara una bolsa de frutos secos para el camino.

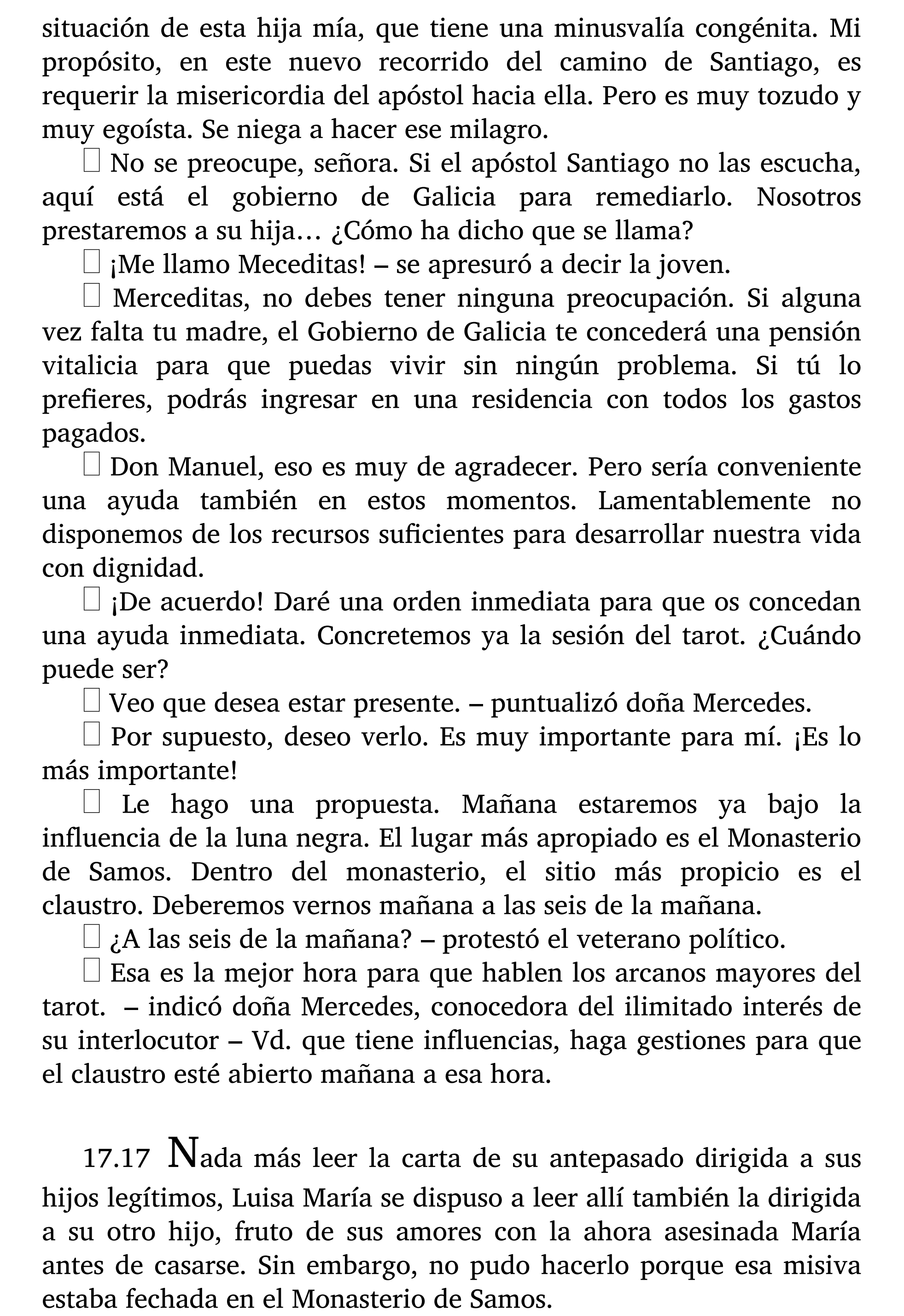
17.16 — Doña Mercedes, para mí es muy importante conocer el destino que me deparan los arcanos de su tarot.

Manuel Fraga Iribarne había hecho llamar a su residencia oficial a Doña Mercedes. Ella, para hacerse valer, puso la excusa de que no podía abandonar el recorrido del Camino de Santiago. El veterano político tenía mucho interés en saber si el destino seguía manteniendo su buen pronóstico simbolizado en la carta de El emperador. Así que fue él quien se acercó hasta la ruta jacobea en su entrada en Galicia. La echadora de cartas le recibió en compañía de su hija. Tuvo un especial interés en que el presidente gallego conociera y saludara a Merceditas.

— Don Manuel, estoy segura de que la próxima vez que le eche las cartas del tarot le van a ser muy favorables. Pero ...

— ¿No puede ser ahora mismo? – interrumpió el veterano político con gran impaciencia.

— Ahora no puede ser. No llevo los arcanos conmigo. – mintió la astuta echadora de cartas – Además, deseo informarle de la



situación de esta hija mía, que tiene una minusvalía congénita. Mi propósito, en este nuevo recorrido del camino de Santiago, es requerir la misericordia del apóstol hacia ella. Pero es muy tozudo y muy egoísta. Se niega a hacer ese milagro.

— No se preocupe, señora. Si el apóstol Santiago no las escucha, aquí está el gobierno de Galicia para remediarlo. Nosotros prestaremos a su hija… ¿Cómo ha dicho que se llama?

— ¡Me llamo Meceditas! – se apresuró a decir la joven.

— Merceditas, no debes tener ninguna preocupación. Si alguna vez falta tu madre, el Gobierno de Galicia te concederá una pensión vitalicia para que puedas vivir sin ningún problema. Si tú lo prefieres, podrás ingresar en una residencia con todos los gastos pagados.

— Don Manuel, eso es muy de agradecer. Pero sería conveniente una ayuda también en estos momentos. Lamentablemente no disponemos de los recursos suficientes para desarrollar nuestra vida con dignidad.

— ¡De acuerdo! Daré una orden inmediata para que os concedan una ayuda inmediata. Concretemos ya la sesión del tarot. ¿Cuándo puede ser?

— Veo que desea estar presente. – puntualizó doña Mercedes.

— Por supuesto, deseo verlo. Es muy importante para mí. ¡Es lo más importante!

— Le hago una propuesta. Mañana estaremos ya bajo la influencia de la luna negra. El lugar más apropiado es el Monasterio de Samos. Dentro del monasterio, el sitio más propicio es el claustro. Deberemos vernos mañana a las seis de la mañana.

— ¿A las seis de la mañana? – protestó el veterano político.

— Esa es la mejor hora para que hablen los arcanos mayores del tarot. – indicó doña Mercedes, conocedora del ilimitado interés de su interlocutor – Vd. que tiene influencias, haga gestiones para que el claustro esté abierto mañana a esa hora.

17.17 Nada más leer la carta de su antepasado dirigida a sus hijos legítimos, Luisa María se dispuso a leer allí también la dirigida a su otro hijo, fruto de sus amores con la ahora asesinada María antes de casarse. Sin embargo, no pudo hacerlo porque esa misiva estaba fechada en el Monasterio de Samos.

17.18 — Tengo una buena noticia que darles.

El médico responsable de la planta del Hospital donde había

sido ingresado Andrés García de Nanclares acudió a su habitación en cuanto tuvo los resultados de las intervenciones a que había sido sometido. Estaba también allí su esposa, que había tomado la decisión de no separarse del herido hasta que no abandonara el centro sanitario. Se había comprobado que las heridas recibidas no eran tan profundas como parecía en un principio. Ningún órgano vital había sido afectado. La pérdida de sangre ya se había recuperado con las correspondientes transfusiones.

□ Entonces, ¿ya puedo volver al camino para terminar lo que me falta?

□ ¡Andrés, por favor! No digas tonterías. – replicó la esposa.

□ El doctor ha dicho que estoy bien.

□ No he dicho que esté bien. – puntualizó el doctor – He asegurado que las heridas no son tan graves como parecía. Tendrá que estar unos días en el hospital. Pero podrá abandonarlo pronto.

### 17.19 □ ¡Investiga al peregrino que hemos herido!

La falsa policía Teresa Miranda se asustó al recibir una llamada inesperada en su móvil. En los últimos días, estaba preocupada porque creía que, en cualquier momento, podían descubrir su doble juego. Se relajó al comprobar que la llamada procedía de sus colegas clandestinos. Sin embargo, no coincidía con ellos en la conveniencia de investigar a Andrés García de Nanclares. Creía que era un riesgo innecesario.

□ Ya hemos conseguido lo esencial. Tenemos las fotografías de las cartas. Podéis descubrir el lugar donde está el santo Grial. Saber lo que ha pasado con el herido es secundario. Si mostramos mucho interés, nos pueden descubrir. Bueno. ¡Me pueden descubrir a mí!

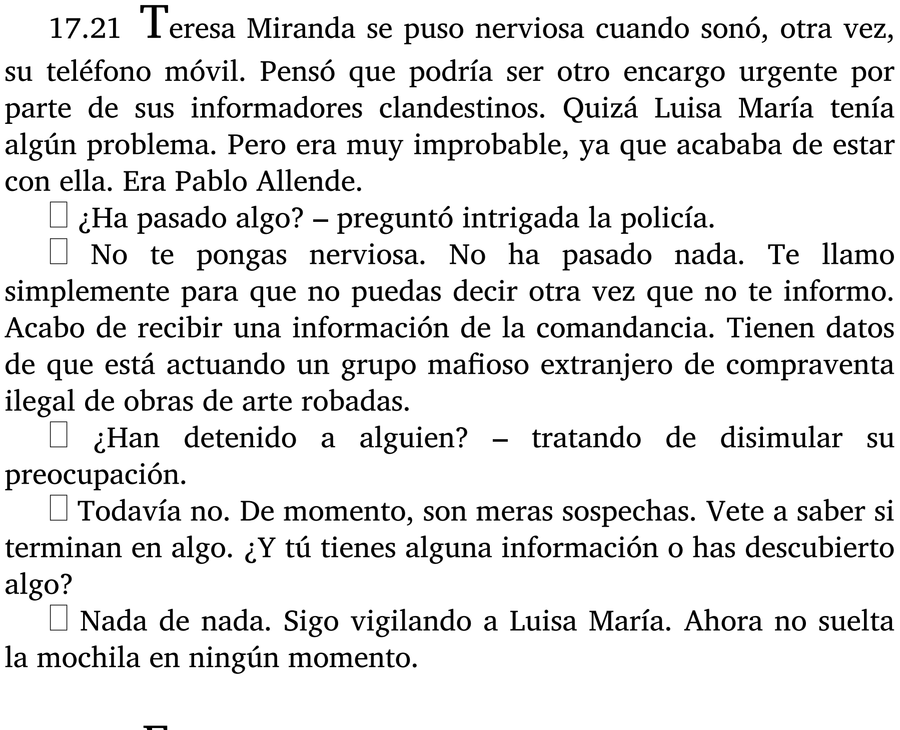
Logró convencerlos. Aceptaron que era más prudente no correr el riesgo de que pudieran sospechar de ella.

### 17.20 □ ‘Se terminó el tiempo de amenazas. Ya estoy cerca de ti. Sigo harto de tus cuernos y tu desamor. Te daré una gran sorpresa. Me presentaré con mis 2 amigos. Ya los conoces. M. Jr.’

Luisa María se quedó pensativa. Estaba claro el significado del mensaje de su ex novio. Lo de los amigos, no le gustó. No tenía nada contra ellos. Pero no le caían bien. Le intrigaban las primeras palabras referidas a que ya estaba cerca de ella.

□ ¡Llega en el peor momento! Cuando tengo más trabajo para culminar mi misión. Lo único que pido es que me deje entregar el Santo Grial en la catedral. No perderé el tiempo con él. En cuanto

termine, cojo un avión de vuelta para ver a papá.



17.21 Teresa Miranda se puso nerviosa cuando sonó, otra vez, su teléfono móvil. Pensó que podría ser otro encargo urgente por parte de sus informadores clandestinos. Quizá Luisa María tenía algún problema. Pero era muy improbable, ya que acababa de estar con ella. Era Pablo Allende.

— ¿Ha pasado algo? – preguntó intrigada la policía.

— No te pongas nerviosa. No ha pasado nada. Te llamo simplemente para que no puedas decir otra vez que no te informo. Acabo de recibir una información de la comandancia. Tienen datos de que está actuando un grupo mafioso extranjero de compraventa ilegal de obras de arte robadas.

— ¿Han detenido a alguien? – tratando de disimular su preocupación.

— Todavía no. De momento, son meras sospechas. Vete a saber si terminan en algo. ¿Y tú tienes alguna información o has descubierto algo?

— Nada de nada. Sigo vigilando a Luisa María. Ahora no suelta la mochila en ningún momento.

17.22 El peregrino gastronómico aprovechó su estancia en el hospital para conseguir el certificado y la firma de una nueva confesión. A pesar del grave percance que había sufrido, seguía empeñado en cumplir la penitencia que le exigía su esposa para normalizar sus relaciones matrimoniales. Como el médico no le autorizó a trasladarse a la capilla del hospital, pidió que el capellán fuera a su habitación. El sacerdote no puso ninguna pega. Extendió el certificado como Andrés le había pedido.

Lo que llevaba peor era la comida. No le gustaban los platos que le ponían en el hospital. Pidió a su esposa que le trajera de fuera lo que más le gustaba. Así pudo saborear detenidamente el jamón y la panceta. Después, consideró obligado tomarse un buen trozo de queso de Cebreiro, joven y tierno. Para rematar la cena, tuvo incluso un orujo de hierbas. Juana Grijalva tenía mala conciencia como culpable del ataque que había sufrido su esposo. Trataba de compensarlo dándole esos mimos culinarios.

17.23 — Quiero que sepas que estoy completamente enamorado de ti. Voy a luchar por conseguir que tú también me

quieras. Deseo que vivamos juntos. Estoy dispuesto a renunciar a todo por ti. – se atrevió a decir el sacerdote cuando se encontró con Luisa María en el vestíbulo del monasterio de Samos.

Luisa María no se había entretenido en ningún pueblo hasta llegar a ese emblemático monasterio gallego. En O Cebreiro había comprobado que la siguiente carta, dirigida de su antepasado estaba fechada en ese centro religioso. Caminó sin detenerse en ningún pueblo a descansar o comer. Al cruzar las calles de Triacastella y pasar junto al cementerio construido alrededor de la iglesia parroquial, tuvo que detenerse porque le salió corriendo el perro negro de ojos brillantes. Estuvo ladrando muy agresivo sin dejarla pasar durante un bien rato, hasta que la anciana de pelo completamente blanco y vestida de negro lo llamó.

Felipe Manzanal también caminó sin detenerse. La comida y las vitaminas tomadas le habían dado fuerzas. No sabía si iba a encontrar a su ex amante. Pero a lo largo del trayecto fue tomando cuerpo la decisión de afrontar decididamente ese propósito. Consideró un error haberse encerrado en sí mismo y haber hecho ayuno. Cambiaría de actitud. Afrontaría con valentía la solución de los problemas que tenía.

Se encontraron en la recepción del alberque que ocupa una parte lateral del monasterio de Samos. Llegaron casi a la vez. Luisa María hubiera preferido evitarlo. Incluso hizo un intento de salir. Pero no pudo. Felipe Manzanal decidió desde el principio aprovechar la situación. Con la comida, las vitaminas y los frutos secos, se encontraba mucho más fuerte. Frente a ella, declaró su amor y expuso su decisión de luchar por ella.

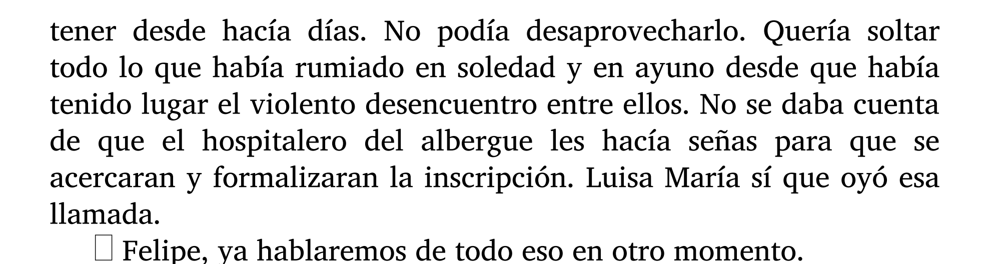
— Estoy dispuesto a abandonarlo todo. Dejaré el sacerdocio para vivir contigo. Los momentos íntimos que he vivido contigo han sido los más felices de mi vida. Lucharé para convencerte.

La joven americana estaba incómoda en esa situación. Era un lugar público. Había otras personas cerca. Podían oírlo. No era el sitio ni el momento adecuado para tratar un asunto tan personal y delicado. También le estaba impresionando la firmeza y la sinceridad con la que hablaba su ex amante. No sabía qué actitud tomar.

— ¡Felipe, no debemos hablar aquí sobre eso!

— No te estoy pidiendo una respuesta inmediata. Sólo quiero que lo sepas. Para mí, sigues siendo lo más importante de mi vida. No lo voy a dejar pasar. Es lo más grande que me ha pasado.

El sacerdote estaba tan apasionado en su declaración que no atendía a ningún otro estímulo. Era el encuentro que había deseado


tener desde hacía días. No podía desaprovecharlo. Quería soltar todo lo que había rumiado en soledad y en ayuno desde que había tenido lugar el violento desencuentro entre ellos. No se daba cuenta de que el hospitalero del albergue les hacía señas para que se acercaran y formalizaran la inscripción. Luisa María sí que oyó esa llamada.

— Felipe, ya hablaremos de todo eso en otro momento.

— Te tomo la palabra. ¡Hablaremos y lo aclararemos todo!

La joven americana tuvo que hacer otro esfuerzo para separarse de él. Cogió la mochila y se acercó a la mesa donde el hospitalero estaba anotando los datos de los peregrinos que llegaban ese día al albergue.

17.24 — ¡Han detectado vuestra presencia en el Camino de Santiago! Tened cuidado.

La falsa policía Teresa Miranda se precipitó a transmitírselo a sus colegas clandestinos, en cuanto conoció, por su inocente compañero, que la policía sospechaba de la presencia de los mafiosos. Éstos se mostraron escépticos. Ella aseguró que sus fuentes eran seguras. Les recomendó que tuvieran cuidado y se movieran con prudencia.

— No podemos poner en peligro la operación, ahora que estamos a punto de concluirla con éxito. – habló ya en primera persona del plural.

17.25 Luisa María intentó no encontrarse de nuevo en el albergue de Samos con el sacerdote que había sido su amante. Se instaló en una cama del dormitorio corrido. Allí no había literas. Con prisa, porque ya era tarde avanzada, se dedicó a su aseo personal y al lavado de la ropa que había utilizado en la marcha. Cuando hubo terminado, decidió leer la carta de su antepasado. Incluso antes de tomar ningún refrigerio, sacó el pergamino de su mochila y fue al parque enfrente de la monumental iglesia del monasterio. Allí comenzó la lectura, en medio del silencio.

*‘Mi querido fijo Juan Pérez de Lerma,*

*Pongo tu nombre completo en el encabezamiento e destacando el primer apellido procedente de tu madre con el fin de rendir así homenaje a la mujer a la que los dos debemos tanto.*

*He recibido con alegría la noticia que me han traído los caballeros de la Orden de Santiago de que ya estás instalado con seguridad en la casa de Los Arcos. Me tranquiliza que hayas accedido a mantenerte en*

*ella hasta que yo regrese de cumplir la misión de depositar a los pies del Apóstol el Santo Grial que utilizó en la sagrada cena con Nuestro Señor Jesucristo.*

*Ya non puede faltar mucho para nuestro reencuentro, porque me hallo en el monasterio dedicado a los santos Julián e Basilisa en Samos, perteneciente a la esperanzadora tierra de Galicia.*

*Me hallo justamente en la gran biblioteca de aqueste centro de santidad e también de sabiduría. Rodeado de aquestos manuscritos, admirables por su profundo contenido e su artística forma, he pensado en las palabras que tu madre me dijo cuando tú ibas a nacer. Ella, queriendo lo mejor para ti, non deseaba que fueras un señor de la guerra, sino un sabio lleno de profundos conocimientos.*

*En aqueste momento en que nos estamos comprometiendo a honrar su memoria, debemos facer los dos promesa firme de llevar a cabo aqueste deseo suyo. Cuando yo regrese de Compostela, buscaremos la manera para que asistas a las clases de una universidad. Entre los dos, elegiremos la más apropiada, que quizá pueda ser, por la fama de sus profesores, la de Salamanca.*

*Querido...'*

-¡Qué mala letra tiene aquí! Casi no se entiende nada. -dijo la joven americana, mientras se esforzaba por descifrar lo escrito en el pergamino.

*'Querido fijo, me veo obligado a interrumpir en aqueste punto mi comunicación, ya que un fuerte dolor en el pecho me impide respirar. El galeno del monasterio ha acudido a reconocerme en la mesma biblioteca e non debo facerle esperar.*

*Continúo esta carta, a pesar del dolor, para decirte que, ante la incertidumbre que provoca esta mía enfermedad, doy una orden a los caballeros que te llevan esta misiva. Con un número elevado de soldados, te acompañarán hasta la casa e residencia familiar e oficial de Lerma, con el fin de que como fijo mío e como legítimo heredero tomes posesión de todos los inmuebles e de todas mis posesiones, ya que he sabido que mis otros fijos se han unido a los parientes de su indigna madre en contra de nuestros intereses.*

*Cuando yo supere esta enfermedad e pueda entregar el santo Grial del apóstol en la catedral de Compostela, regresaré para ordenar todo como proceda en derecho y justicia. Mientras tanto, decide tú con prudencia, lo que convenga y proceda.*

*Se despide tu padre, que te quiere e te pide que veles por tu propia seguridad e la de nuestro patrimonio familiar. Juan de Lerma.'*

-Muy fuerte debía ser el dolor. Casi no podía hacer las letras. –pensó.

Al guardar el pergamino leído en la mochila, Luisa María comprobó que ya sólo quedaba una carta por leer. Sintió a la vez, esperanza e intranquilidad. Podría ser que en ella estuviera ya la indicación del lugar donde se halla la reliquia. Podría ser también que las cartas terminaran sin indicar ese lugar y hubiera que comenzar de nuevo a investigar. Comprobó el encabezamiento de ese último pergamino. La misiva iba destinada a Juan Pérez de Lerma, el hijo más querido, el de la mujer más amada. Miró el lugar donde estaba fechada.

¡Triacastella! Pero Triacastella lo hemos pasado ya.

La joven americana sintió la más fuerte tentación de leer allí mismo el último mensaje de su antepasado. Pensó que había motivo para cambiar la norma seguida hasta ese momento, dado que era la última carta y además había que retroceder en el Camino. Pero cambió de idea.

-¡Retrocederé hasta Triacastella! No lo voy a fastidiar todo en la última.

# 18.- TRIACASTELLA

**(Viernes, 8 de octubre de 1999)**

18.1  ¡Teresa, tengo que volver a Triacastella! La última carta de mi antepasado está fechada allí. – Luisa María, con la ingenuidad de no saber que su vigilante trabajaba para el enemigo, le comentó sus planes – Tengo miedo. Ya es de noche.

 ¿Ahora mismo quieres regresar? -preguntó la falsa policía simulando un tono amable y acogedor.

 Aunque sea de noche, tengo que volver cuanto antes y despejar esa última incógnita.

 ¡No te preocupes! Te acompañaré. – volvió a disimular Teresa Miranda - Ahora mismo me preparo. Te seguiré a cierta distancia como siempre.

Regresar hasta Triacastella era lo que menos deseaba Luisa María en ese momento. La jornada había sido larga e intensa. Estaba cansada. Su mayor deseo era dejarse caer en la cama y descansar. Pero forzó el recuerdo de su padre. Metió la ropa sin ordenar en la mochila. En muy pocos minutos, estaba en la puerta dispuesta a deshacer el camino ya andado.

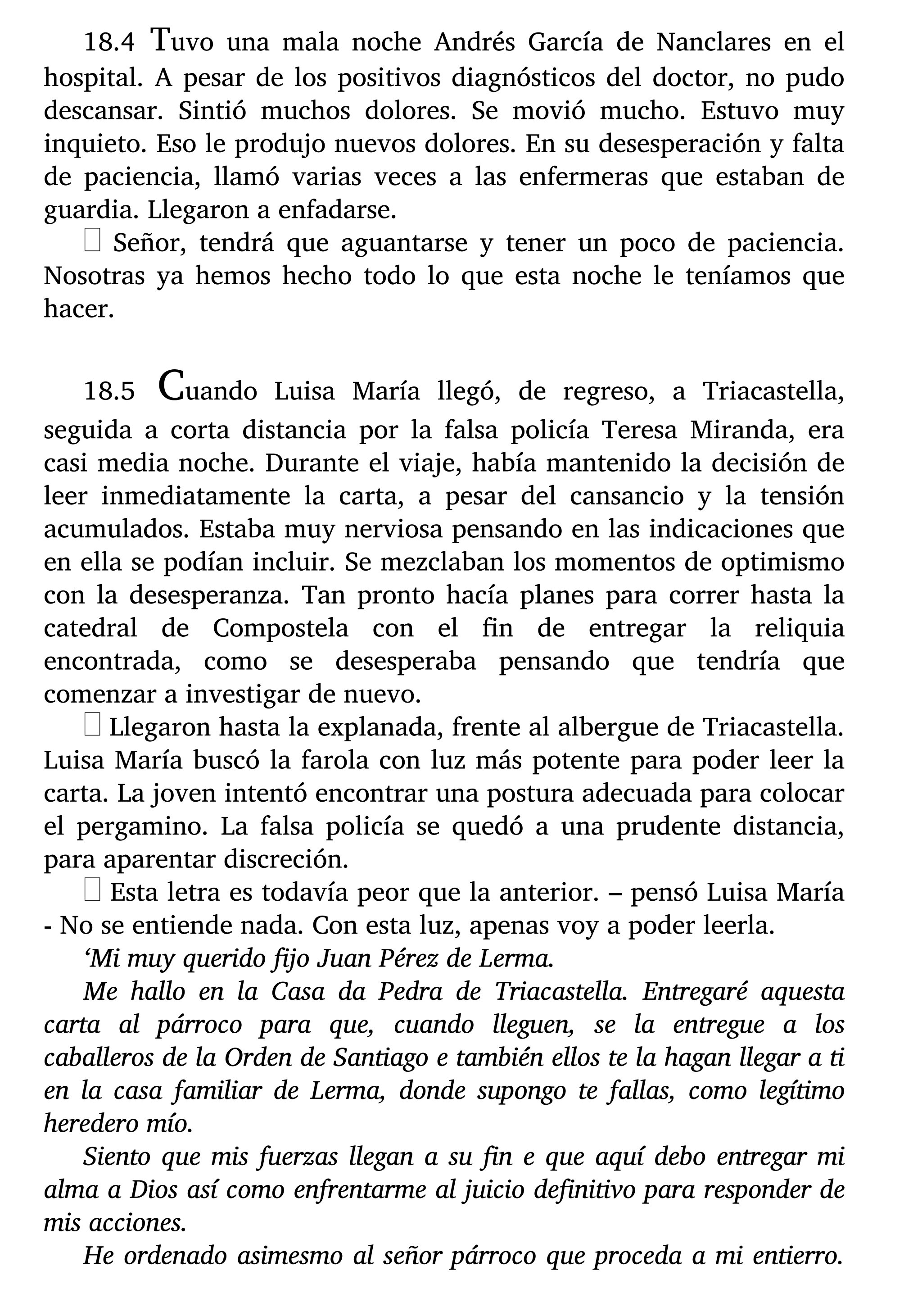
18.2 Doña Mercedes era partidaria de seguir caminando hasta el Monasterio de Samos para pernoctar allí y acudir, de madrugada a la cita con Fraga Iribarne. Pero fue imposible convencer a su hija. En cuanto vio la explanada de hierba enfrente del albergue de Triacastella, no hubo quien la moviera.

 ¡Merceditas, si nos quedamos aquí, mañana tendremos que madrugar muchísimo!

 Amá, no impota. Ahoga estoy muy cansada. Estoy degotada. Mañana sedá oto día.

18.3  ¡Tened cuidado! Luisa María vuelve esta misma noche a Triacastella. Me ha dicho que allí está fechada la última carta de su antepasado.

Teresa Miranda advirtió a sus colegas clandestinos nada más enterarse de los propósitos de la joven americana. Deseaba ponerles



en alerta para realizaran con antelación lo que tuvieran que hacer en Triacastella. Su respuesta fue tranquilizadora para ella.

— No te preocupes. Lo que teníamos que hacer ya está hecho.

18.4 Tuvo una mala noche Andrés García de Nanclares en el hospital. A pesar de los positivos diagnósticos del doctor, no pudo descansar. Sintió muchos dolores. Se movió mucho. Estuvo muy inquieto. Eso le produjo nuevos dolores. En su desesperación y falta de paciencia, llamó varias veces a las enfermeras que estaban de guardia. Llegaron a enfadarse.

— Señor, tendrá que aguantarse y tener un poco de paciencia. Nosotras ya hemos hecho todo lo que esta noche le teníamos que hacer.

18.5 Cuando Luisa María llegó, de regreso, a Triacastella, seguida a corta distancia por la falsa policía Teresa Miranda, era casi media noche. Durante el viaje, había mantenido la decisión de leer inmediatamente la carta, a pesar del cansancio y la tensión acumulados. Estaba muy nerviosa pensando en las indicaciones que en ella se podían incluir. Se mezclaban los momentos de optimismo con la desesperanza. Tan pronto hacía planes para correr hasta la catedral de Compostela con el fin de entregar la reliquia encontrada, como se desesperaba pensando que tendría que comenzar a investigar de nuevo.

— Llegaron hasta la explanada, frente al albergue de Triacastella. Luisa María buscó la farola con luz más potente para poder leer la carta. La joven intentó encontrar una postura adecuada para colocar el pergamino. La falsa policía se quedó a una prudente distancia, para aparentar discreción.

— Esta letra es todavía peor que la anterior. – pensó Luisa María - No se entiende nada. Con esta luz, apenas voy a poder leerla.

*'Mi muy querido fijo Juan Pérez de Lerma.*

*Me hallo en la Casa da Pedra de Triacastella. Entregaré aquesta carta al párroco para que, cuando lleguen, se la entregue a los caballeros de la Orden de Santiago e también ellos te la hagan llegar a ti en la casa familiar de Lerma, donde supongo te fallas, como legítimo heredero mío.*

*Siento que mis fuerzas llegan a su fin e que aquí debo entregar mi alma a Dios así como enfrentarme al juicio definitivo para responder de mis acciones.*

*He ordenado asimesmo al señor párroco que proceda a mi entierro.*

*Le he entregado también el dinero necesario. Le he recomendado que non construya ningún panteón solemne. Sólo he pedido una cruz de piedra en cuyo pie debe inscribir: Juan de Lerma, caballero cristiano, renovador de la Santa Orden del Temple e peregrino de Santiago. Non deseo más honores. Él me ha dicho que me reserva el quinto panteón a la derecha enfrente de la puerta principal de la iglesia mirando hacia el altar.*

*Mi mayor dolor es non haber podido cumplir la misión de entregar en la tumba del Santo Apóstol Santiago el Santo Grial.*

*He pedido también al párroco que me entierre con las pocas pertenencias que me acompañan, entre ellas el Santo Grial. Non le he hablado de la suya existencia, para evitar las malas tentaciones de quedarse con él. Me queda una ligera esperanza de que el Santo Apóstol se compadezca de vosotros, mis descendientes, al comprobar que entrego mi vida en aquesta tierra de Triacastella, junto a la reliquia que deseaba depositar a sus pies en Compostela e non me ha sido posible.*

*Al despedirme definitivamente de ti, además de recomendarte fortaleza en la lucha contra tus enemigos, te dejo como principal herencia, muy por encima de mis tierras casas e de todos mis bienes materiales que los Caballeros de Santiago te ayudarán a conseguir e conservar, el respeto a la verdad e al honor que siempre ha sido el lema e guía de mis actos.*

*Recibe la última bendición de tu padre. Juan de Lerma.*

Cuando Luisa María terminó de leer la carta de su antepasado, su llanto y sus suspiros se dejaron oír en el silencio de la noche. Teresa Miranda, que la espiaba a corta distancia, se acercó simulando que deseaba consolarla. La joven confió en esa aparente buena voluntad.

— ¡Mi antepasado ha muerto!

Casi no pudo pronunciar esta corta frase. Se llevó las manos a la cara para secarse las lágrimas y se abrazó a la que creía que era su fiel policía vigilante para recibir consuelo.

— Tenemos que ir al cementerio parroquial. –indicó Luisa María - Está alrededor de la iglesia. Allí debemos buscar… ¡Espera!

La joven americana se limpió de nuevo los ojos y cogió otra vez el pergamino. Buscó el párrafo en que se indicaba la situación exacta del panteón donde se hallaba enterrado su antepasado.

— Tenemos que buscar ‘*el quinto panteón de la derecha enfrente de la puerta principal de la iglesia, mirando hacia el altar*’.

— ¿Quieres que vayamos ahora? – dudó la policía.

— Tenemos que ir cuanto antes. Allí está enterrado mi antepasado con el Santo Grial de Santiago. Debemos cogerlo y

entregarlo cuanto antes en la catedral de Compostela.

-Si esperamos a que amanezca, veremos mejor. -sugirió la policía intentando ganar tiempo para poder avisar a sus compinches.

— ¡Mejor, ahora mismo! -insistió la joven con decisión - Yo prefiero recogerla cuanto antes.

— ¿Estás segura?

La falsa policía se hizo la remolona. Tardó en colocarse la mochila. La joven fue mucho más diligente en doblar el pergamino. No lo metió en la mochila, que ya la tenía puesta en la espalda. Ella comenzó a andar. Teresa Miranda la siguió retrasada.

— Tenemos que buscar el panteón número cinco a la derecha mirando al altar. – recordó la joven.

En el silencio de la noche, sonaron con fuerza los ladridos del perro negro. En la oscuridad, se vieron sus ojos brillantes. Detrás, la anciana vestida de negro le hizo un gesto para que ayudara a la joven. El animal, mientras seguía ladrando, tiró de la ropa de Luisa María para que le siguiera. Él se dirigió hacia los panteones y se detuvo en el quinto de la derecha. La señora del pelo blanco hizo otro gesto para que esperara allí. A pesar de que había una bombilla encendida en una de las esquinas exteriores del templo, la joven tropezó varias veces hasta colocarse enfrente de la puerta de la iglesia mirando hacia el altar. Se santiguó. Después, siguió al perro para buscar el panteón.

— Uno, dos, tres, cuatro.... Está abierto. ¡Profanado!

Luisa María se echó las manos a la cabeza. El perro dejó de ladrar y comenzó a mover la cola nervioso. El policía se acercó a la tumba. La tierra estaba removida. La lápida se hallaba retirada a un lado. Los huesos estaban revueltos y esparcidos.

— ¡Alguien se nos ha adelantado! ¡Se han llevado la reliquia!

Teresa Miranda espiaba todas las acciones con la correspondiente distancia. Se alegró con el pensamiento de que sus compinches se habían adelantado. Disimuló. Llegó tarde a socorrer a Luisa María, que había caído al suelo desmayada. La anciana vestida de negro estuvo más diligente y la pudo atender con tiempo.

— Aunque otros te traicionen, yo te ayudaré.

18.6 — Don Manuel, los arcanos mayores dicen que hay algún problema todavía sin resolver en su operación para reinstaurar la Orden de Temple.

Doña Mercedes llegó tarde a la matutina cita con Fraga Iribarne. La culpa la tuvo su hija. No se quiso levantar con la suficiente antelación para llegar a la hora. Decía que tenía mucho sueño y

estaba muy cansada. El presidente gallego, en cambio, llegó con antelación. Estaba molesto con la tardanza de la echadora de cartas. Pero no hizo ningún reproche. Estaba nervioso por el resultado del tarot. Se hallaba ya en claustro del monasterio de Samos. Sus indicaciones de que estuviera abierto de madrugada fueron atendrías con escrupulosidad. También había sido colocada una mesa con un mantel oscuro. Ella no escatimó tiempo al ritual. Se concentró con parsimonia. Mezcló las cartas. Las tuvo en sus manos para transmitir la energía. Pidió al veterano político que también se concentrara. Colocó los arcanos en forma de cruz del temple sin que pudieran verse. Los fue descubriendo con cuidado. En el lugar principal, volvió a salir el emperador. Pero esta vez apareció al revés. Según la explicación que ella misma dio, esa circunstancia significaba que todavía había alguna amenaza para el futuro del proyecto.

□ Es posible que algunas de las personas que se han comprometido a colaborar no se hallen del todo convencidas o estén a punto de echarse atrás. – señaló doña Mercedes.

La echadora de cartas realizó también una sutil referencia a que quizá él mismo no había cumplido con todas las promesas que había hecho en las últimas fechas. Con esa expresión, quiso aludir a la oferta realizada por el propio Presidente para asegurar el futuro de su hija Merceditas. No quiso ser más explícita. Pensó que lo entendería.

18.7 Desde que Luisa María, vigilada por Teresa Miranda, comenzó a buscar el Santo Grial en el cementerio parroquial con la ayuda de la anciana de negro y de su perro, eran vigilados a poca distancia. Pablo Allende, tras seguirlos, se había escondido en la oscuridad, en la otra zona del muro de la iglesia.

□ ¡Pueden estar confabulados para ocultarme sus maquinaciones! -se dijo para sí mismo.

Desde ese punto, podía seguir perfectamente los movimientos de las dos mujeres, que estaban iluminadas por la bombilla de la fachada. Vio cómo Luisa María leía la carta de su antepasado. Observó cómo se acercaban hasta una de las tumbas. También vio la ayuda prestada por la anciana y el perro. Llegó a asustarse cuando cayó desmayada la joven americana. Se separó un poco de la pared del templo para ver cómo Teresa ya ayudaba con retraso. Siguió la intervención de la señora. Pero Pedro Allende no pudo seguir su labor de espionaje. El perro negro de ojos brillantes se movió con prisa en el cementerio. No se separó de Luisa María y

continuó hasta el lugar donde se hallaba la falsa policía. Al llegar, volvió a ladrar. Fue tal el susto que se llevó ésta, al oír los ladridos, que echó a correr en medio de la oscuridad buscando la salida del cementerio. Tropezó varias veces. Estuvo a punto de caer. Pero logró alejarse y cerrar la puerta para impedir que el perro la persiguiera.

 18.8 Pablo Allende se decidió entonces a intervenir para atender a la joven americana. Tuvo que trasladarla hasta la entrada de la iglesia y apoyarla en la puerta. Con sus nervios y su falta de conocimientos asistenciales, no supo más que darle aire para que se reanimara. Para ese momento, el perro negro ya había desaparecido acudiendo a la llamada de su dueña, la misteriosa señora vestida de negro. Cuando abrió los ojos, Luisa María se mostró desorientada. Recordó inmediatamente todo lo ocurrido. Se incorporó y se acercó de nuevo hasta la tumba abierta. Miró con detención. Los dos policías la siguieron.

 ¡Han robado sólo el Santo Grial! Han dejado los otros restos. Lo tenía muy preparado.

 ¿Quién podía conocer que estaba aquí? – preguntó Teresa Miranda exagerando su fingida sorpresa.

 ¡Es un misterio! Se han adelantado justo en el momento preciso. Disponían de una información muy exacta.

Luisa María seguía muy afectada. Volvió a sentarse junto a la puerta de la iglesia. Escondió la cabeza entre los brazos. Pablo Allende echó otra mirada a la tumba. Quizá a la luz del día podría observarse alguna huella. En esos momentos, sólo podía deducirse que la operación se había realizado con mucha rapidez y muy poco cuidado.

 Han tenido que ser los mismos que asaltaron el otro día al peregrino en Hospital da condesa. ¿Tenemos alguna pista sobre él o sobre ella?

El investigador criminal dirigió esa pregunta a la policía, de la que todavía no tenía sospecha alguna.

 Yo no tengo ninguna información sobre eso. – disimuló Teresa Miranda – Recuerda que te presenté una protesta por no haber sido informada.

La joven se incorporó con decisión y volvió a acercarse a la tumba. Miró en los alrededores e hizo un gesto a los dos policías para que se acercaran.

 Lo mejor es aparentar que no lo sabemos. -dijo Luisa María. -Quizá convenga tapar la tumba de nuevo para que nadie sospeche

nada.

□ Si tapamos la tumba, destruimos las pruebas que podamos encontrar. – argumentó Pablo Allende - Aquí tiene que haber pisadas y otras muchas huellas. Así podremos descubrir a los autores.

□ ¿Qué hacemos? – preguntó Luisa María a policía que creía su vigilante.

□ Yo no tengo opinión. Estoy sorprendida por todo lo que ha pasado. – mintió Teresa.

□ Bueno. – concluyó el inspector criminal - De momento, debemos irnos de aquí hasta que amanezca. Entonces, lo podremos observar con más luz. Si viene alguien, no es conveniente que nos vea aquí.

Luisa María sintió un escalofrío. Dirigió una última mirada a la tumba. Se puso al lado de los policías. Los tres caminaron con cuidado para no tropezar ni hacer ruido.

18.9 Andrés estaba harto de dar vueltas en la cama del hospital. En varias ocasiones, había estado tentado de levantarse. No pudo por los tubos que tenía conectado al brazo. Esos ruidos despertaron a su esposa, que se había quedado para cuidarle por la noche.

□ Mañana mismo, pediré que me quiten ya estos aparatos. Me puedo valer por mí mismo.

□ ¡Tú tendrás que hacer lo que te manden los médicos! – ordenó la esposa – El ataque que has recibido ha sido muy grave.

□ Tengo que hacer mi vida normal para cumplir la penitencia en el camino de Santiago.

□ Ya te he dicho que podemos reconsiderar eso de la penitencia.

□ ¡No vamos a reconsiderar nada! Quiero completarla en el tiempo en que me había propuesto. –se empeñó Andrés retando a su esposa – Si ahora tienes mala conciencia, es cosa tuya.

□ ¡Anda! Intenta dormirte y deja que yo también me duerma – se resignó Juana.

18.10 Cuando Luisa María y los dos policías salieron del recinto parroquial de Triacastella, Pablo Allende se dirigió con severidad a su Teresa Miranda. Criticó que no le hubiera avisado en un momento tan clave y de tanto peligro. Ella se defendió con un nuevo ataque. Le recriminó que las hubiera seguido como si las estuviera espiando.

□ Lo mejor es hablar claro. - se decidió a confesar el investigador criminal – He desconfiado de vosotras desde que os he visto salir del Monasterio de Samos. Os he estado vigilando todo el tiempo. He visto todo lo que habéis hecho. Aquí he observado cómo habéis mirado una tumba y cómo te has desmayado tú.

□ ¿Se puede saber por qué has desconfiado de nosotras?

□ Un policía debe desconfiar de todo. Era evidente, en los últimos días, que estabais preparando algo en secreto.

□ Entonces, alguno de los dos... - Luisa María comenzó la frase con decisión, pero se interrumpió inmediatamente.

□ Entonces, alguno de los dos ¿qué? -preguntó Teresa Miranda para obligarla a terminar su frase.

□ No. Nada.- la joven americana se protegió detrás del redondo cuerpo de Pablo Allende.

□ ¡Tienes que terminar la frase que has empezado!

□ ¡Déjate de preguntas y contestadme! -insistió la joven- ¿Lo sabíais o no?

□ ¡No digas bobadas! – respondió Teresa Miranda simulando estar ofendida por la sospecha – Ya al menos no sé absolutamente nada.

Luisa María se dirigió al responsable de la investigación criminal en la misma actitud de severo reproche.

□ ¡Yo también estoy enfadado! ¿Por qué no me habéis dicho nada a mí? ¿Querías llevarte tú sola la medalla o pretendías impresionar a esta jovenzuela?

□ ¿Veis los resultados de vuestras disputas? - reprochó la joven a los dos policías - Por esa división, se han llevado la reliquia. ¡Sois unos imbéciles!

□ Si me hubierais avisado, no habría pasado esto. – insistió Pablo Allende – Ahora no ganamos nada con discutir. Ya no hay remedio. Tenemos que decidir qué hacemos ahora.

□ Deberíamos buscar una cafetería o algo que esté abierto para reflexionar. -propuso Luisa María como medida para reducir las tensiones.

□ ¿Dónde te crees que estás? ¡Todavía no ha salido el sol y esto es un pueblo!

18.11 Doña Mercedes, tras terminar la sesión del tarot con Fraga Iribarne, se dio cuenta de que, antes de llegar al Monasterio de Samos, según la tradición, los peregrinos debían coger una piedra caliza y llevarla hasta la localidad de Castañeda, donde

estaban antiguamente los hornos que preparaban la construcción de la catedral en honor del Apóstol Santiago. En este momento, ya no tenía ningún sentido práctico transportar piedras. Pero se mantenía la creencia de que quien transportaba alguna, por pequeña que fuera, recibía como recompensa un favor del Santo Apóstol.

□ No puedo darle a Santiago ninguna excusa para que se niegue a hacer el milagro en favor de Merceditas.

Doña Mercedes retrocedió en el camino hasta encontrar las piedras buscadas. Las había de distintos tamaños. Cogió dos bastante pasadas y volvió con ellas hasta el monasterio. Todavía estaban todos acostados. Merceditas se había quedado dormida en la butaca del vestíbulo cuando llegaron de madrugada. Antes de despertar a su hija, metió una piedra en cada mochila.

18.12 Mientras Luisa María caminaba con los dos policías para buscar alguna bebida caliente que les permitiera entonar el cuerpo, sonó el aviso de un nuevo mensaje en su teléfono móvil. Se retrasó un momento para leerlo.

□ ‘Papá ha ingresado de nuevo en la unidad de cuidados intensivos. Ha tenido un ataque muy fuerte. Los médicos están muy pesimistas.’

□ ¡Malditos ladrones!

□ Fue un grito que la joven americana no pudo contener. Le disgustaba profundamente no poder ir a toda velocidad a entregar el Santo Grial en la catedral de Santiago para remediar la enfermedad de su padre.

□ Malditos ladrones. ¡Lo pagarán!

18.13 □ ¿Tienes alguna sospecha? – preguntó Pablo Allende a Teresa Miranda mientras esperaban a que Luisa María descifrara el mensaje de su móvil.

□ No tengo ni la más remota sospecha.

□ Para mí, la clave debe estar en los que asaltaron a ese peregrino en Hospital da Condesa.

□ ¿Sabes quiénes son? – preguntó Teresa Miranda tratando de obtener más información sin evidenciar su gran interés.

□ No tengo ni una pista. Pero estoy seguro de que son ellos los causantes de todas las muertes. ¿De quién más se puede sospechar?

□ ¿Dónde está el cura del Vaticano? – insinuó la falsa policía – Tú mismo dijiste el otro día que había desaparecido.

□ ¿De ése sospechas? – se sorprendió Pablo Allende.

— ¿Por qué ha desaparecido si no? Quizá provocó él la ruptura, cuando tenía datos suficientes para realizar la operación. Los curas son muy retorcidos. No hacen nada gratis. Ni el amor. Es el único que ha podido tener conocimiento de las cartas.

Los dos policías tuvieron que interrumpir la conversación. Luisa María se acercaba, después de haber leído el mensaje sobre la enfermedad de su padre. A propuesta de Pablo Allende, decidieron separarse. Era mejor no dar más pistas a los culpables.

— Tenemos que obrar con naturalidad. Como antes. Como si no hubiera pasado nada o nosotros no lo supiéramos.

18.14 Merceditas notó que su mochila pesaba más de lo normal, nada más ponérsela antes de abandonar el monasterio de Samos. Protestó inmediatamente. Sacó todo lo que había dentro y puso la piedra encima de la cama de su madre.

— ¿Quién ha puesto esta pieda en mi mochila?

— Tienes que llevarla para que el Apóstol Santiago haga el milagro.

— Yo no llevo esta pieda. Pesa mucho. ¡Que se vaya el apóstol a tomad 'pol' culo!

— ¡No digas palabrotas!

Doña Mercedes estuvo a punto de dar un cachete a su hija, pero se contuvo. En el fondo, estaba de acuerdo con ella. Incluso estaba muy contenta por lo mucho que su hija había resistido y la sumisión que estaba demostrando.

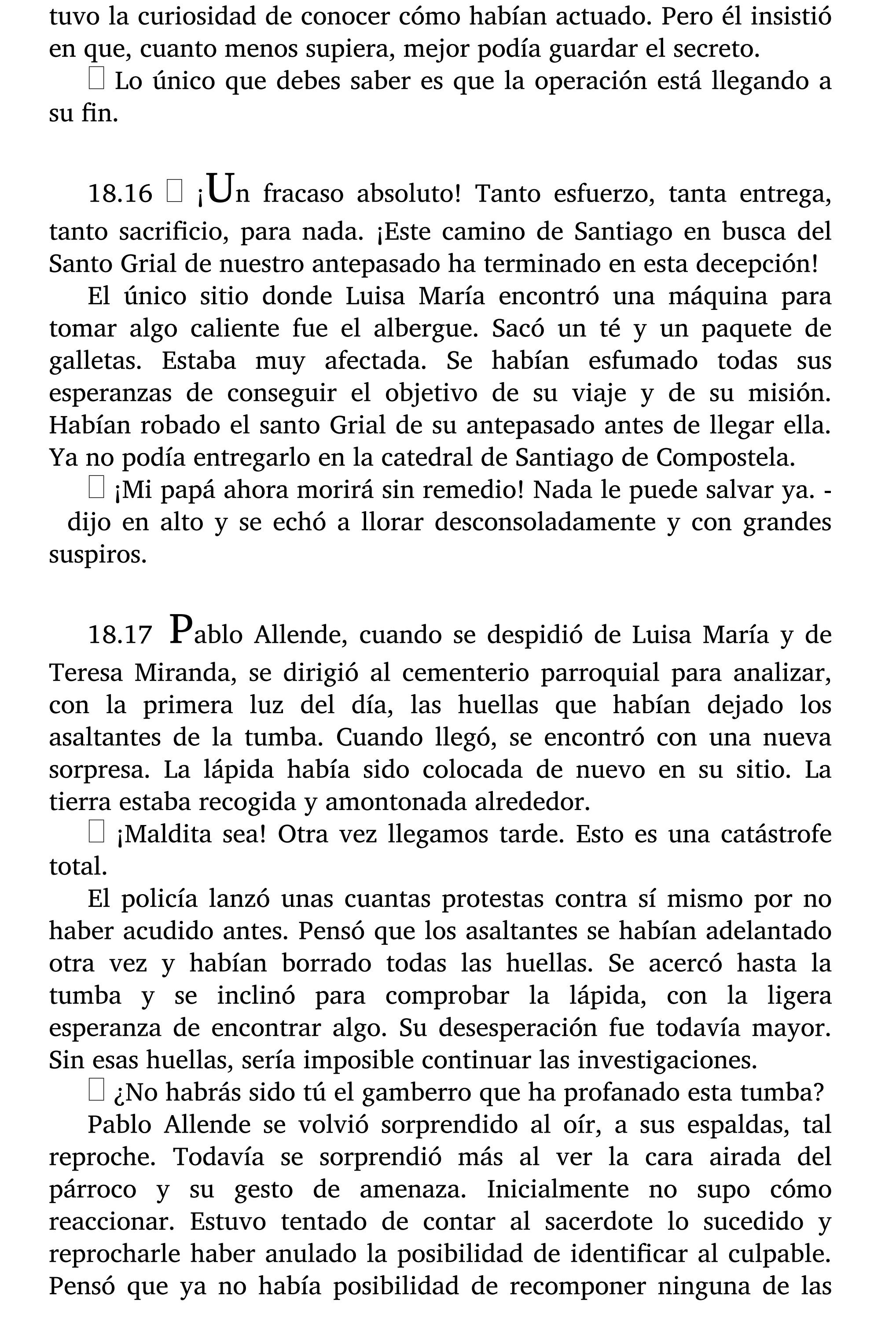
— La llevaré yo.

— Es mejod que la tides. El apóstol ese no nos va a haced caso de ninguna maneda. – insistió la hija – Santiago no quiede cudadme esto de mi cada.

18.15 — No hay ningún motivo de preocupación. – aseguró el contacto clandestino – Tenemos todo bajo un control absoluto. ¡El objetivo está ya casi cumplido! El Grial ese carísimo ya es nuestro.

Cuando Teresa Miranda se quedó sola, esperó hasta estar completamente segura de que no podía ser vista ni oída por Pablo Allende o por la joven Luisa María. En cuanto tuvo esa certeza, sacó disimuladamente el teléfono móvil y accionó el contacto preestablecido con sus colegas clandestinos.

— Han descubierto la tumba del antepasado y han decidido ir a buscar allí las huellas de los autores de la profanación. Supongo que habéis sido vosotros. Pueden descubrir vuestros datos.



El interlocutor implicado en los hechos le quitó los motivos de preocupación. Habían tomado todas las medidas de cautela. Ella tuvo la curiosidad de conocer cómo habían actuado. Pero él insistió en que, cuanto menos supiera, mejor podía guardar el secreto.

— Lo único que debes saber es que la operación está llegando a su fin.

18.16 — ¡Un fracaso absoluto! Tanto esfuerzo, tanta entrega, tanto sacrificio, para nada. ¡Este camino de Santiago en busca del Santo Grial de nuestro antepasado ha terminado en esta decepción!

El único sitio donde Luisa María encontró una máquina para tomar algo caliente fue el albergue. Sacó un té y un paquete de galletas. Estaba muy afectada. Se habían esfumado todas sus esperanzas de conseguir el objetivo de su viaje y de su misión. Habían robado el santo Grial de su antepasado antes de llegar ella. Ya no podía entregarlo en la catedral de Santiago de Compostela.

— ¡Mi papá ahora morirá sin remedio! Nada le puede salvar ya. - dijo en alto y se echó a llorar desconsoladamente y con grandes suspiros.

18.17 Pablo Allende, cuando se despidió de Luisa María y de Teresa Miranda, se dirigió al cementerio parroquial para analizar, con la primera luz del día, las huellas que habían dejado los asaltantes de la tumba. Cuando llegó, se encontró con una nueva sorpresa. La lápida había sido colocada de nuevo en su sitio. La tierra estaba recogida y amontonada alrededor.

— ¡Maldita sea! Otra vez llegamos tarde. Esto es una catástrofe total.

El policía lanzó unas cuantas protestas contra sí mismo por no haber acudido antes. Pensó que los asaltantes se habían adelantado otra vez y habían borrado todas las huellas. Se acercó hasta la tumba y se inclinó para comprobar la lápida, con la ligera esperanza de encontrar algo. Su desesperación fue todavía mayor. Sin esas huellas, sería imposible continuar las investigaciones.

— ¿No habrás sido tú el gamberro que ha profanado esta tumba?

Pablo Allende se volvió sorprendido al oír, a sus espaldas, tal reproche. Todavía se sorprendió más al ver la cara airada del párroco y su gesto de amenaza. Inicialmente no supo cómo reaccionar. Estuvo tentado de contar al sacerdote lo sucedido y reprocharle haber anulado la posibilidad de identificar al culpable. Pensó que ya no había posibilidad de recomponer ninguna de las

posibles huellas existentes. El cura había reconstruido la tumba con la mejor de las intenciones y lo más prudente era no remover más el asunto. Se disculpó como pudo ante el párroco, que no llegó a convencerse de la inocencia que proclamaba el policía.

# 19.- PALAS DE REI

**(Domingo, 10 de octubre de 1999)**

19.1 — ¡Aquí no se ha terminado nada! – gritó Manuel Fraga - Todo lo contrario. Hay que reanudar las investigaciones y los trabajos con más ánimo y más esfuerzo para entregar el santo Grial en la Catedral de Santiago. ¡Yo no estoy dispuesto a fracasar! Ésta es la operación política más importante de mi vida. Unos salteadores de cementerios no van a impedir que yo reconstruya la Orden del Temple en Europa.

El Presidente de Galicia estaba más exaltado que nunca. El responsable de la investigación criminal le había solicitado una reunión urgente. Le había expuesto su fatalismo. Había argumentado las razones por las que consideraba que había fracasado definitivamente la operación de entregar el Santo Grial de Santiago en la catedral de Compostela. Incluso le había aconsejado desmantelar todo el dispositivo. No había capacidad para encontrar en un tiempo prudencial la reliquia sagrada. La banda de ladrones y extorsionadores había actuado con más diligencia y más astucia. A partir de ahora, habría que iniciar una labor lenta para lograr algún resultado.

— Pueden pasar años sin que obtengamos resultados. – concluyó Pablo Allende.

Manuel Fraga Iribarne le dejó hablar, aunque ya tenía tomada su decisión. Esperó a que terminara la exposición. Guardó incluso un momento de silencio antes de contestar. Se levantó. Comenzó a andar de un lado a otro del despacho. Desde las primeras palabras, le rebatió todo lo que había dicho el policía. No aceptaba ninguna de sus conclusiones. Sobre todo, rechazaba la actitud de pesimismo y derrota que había adoptado.

— ¡Nada se ha terminado! Todo comienza en este momento. Necesitamos resultados inmediatamente. ¡Hay que recuperar el Santo Grial! Restableceremos en Europa la Orden del Temple como habíamos previsto y en el tiempo que habíamos establecido. ¡A trabajar! ¡A trabajar todos! Si es necesario, enviaré a todos los gaiteiros de Galicia al camino de Santiago para que recuperen la sagrada reliquia del apóstol.

19.2 El sacerdote vaticano Felipe Manzanal tardó en localizar a Teresa Miranda. Utilizó todos los medios. Recorrió la etapa del camino andando a toda velocidad, mientras preguntaba a otros peregrinos y recibía testimonios contradictorios. Por fin, la encontró frente a la iglesia - fortaleza de Portomarín.

 ¿Podemos hablar? Hace tiempo que no mantenemos ninguna reunión. – apremió el sacerdote.

 Bueno. Pensábamos que habías desaparecido intencionadamente.

La policía estaba sorprendida de la presencia del funcionario vaticano después de no haberle visto en varias jornadas. Felipe consideró desproporcionados los gestos con los que demostró la sorpresa.

 ¿Ha sucedido algo grave en estos días que no nos hemos reunido? -se precipitó a preguntar Felipe Manzanal.

 ¡Tú sabrás! Siempre has tenido información de primera mano.- contestó la policía desconfiada, mientras estaba muy atenta a todas sus reacciones.

 Ahora no sé nada. No he tenido contacto con nadie en estos días pasados. Pero todo vuelve a la normalidad. Avisa a tu compañero policía. Nos reunimos después de comer en el albergue de Palas de Rei.

El sacerdote vaticano se sintió molesto por la actitud desconfiada de la policía, que no dejaba de observarle con una expresión claramente de sorpresa.

 Últimamente no he mantenido contacto con Pablo Allende. Cada uno está en su propia investigación. Quizá sea difícil encontrarlo.

 Soy cura, pero no soy tonto. ¡Vamos! Dime lo que ha pasado. Ponme al día. Ya te he reconocido que he estado ausente varios días. Desde la etapa de León.

Teresa Miranda terminó relatando lo sucedido en los últimos días. No dio muchos detalles. Pero tuvo que exponer lo esencial de cada acontecimiento. Tampoco podía arriesgarse a mentir. El sacerdote contrastaría la información recibida con la del otro policía. No convenía dar ningún motivo de sospecha sobre ella. El sacerdote se enteró así de los ataques que había sufrido el peregrino y también de la desaparición del santo Grial de la tumba donde fue enterrado el antepasado de Luisa María.

 ¡Esto es muy grave! Yo sigo pensando que los asesinos han recibido información desde dentro. Teníais que haberme buscado

para avisarme.

— No estabas por ningún sitio.

— Eso no es excusa. Teníais que haber llamado por teléfono. Tienes que darme más datos sobre lo ocurrido. Debemos reaccionar.

El sacerdote había recuperado todas sus ganas de controlar la situación. Con sus preguntas, demostró ser un investigador muy experto, quizá por la costumbre vaticana de buscar herejes o por el mucho ejercicio dialéctico que suelen hacer los miembros de la jerarquía católica. Demostraba un gran afán por descubrir a los asaltantes de la tumba del antepasado. Evidenciaba un extraordinario pesar por ver en grave peligro la misión de entregar en la catedral compostelana el Santo Grial de Santiago,

— Este robo es muy grave para el Vaticano. Esta era la recuperación artística más importante de toda la iglesia católica en muchas décadas.

— ¿No debemos sospechar de nadie de tu oficina en Roma? -insistió Teresa Miranda con cierta sorna.

— Esa acusación es descabellada. En mi oficina, nadie sabía nada.

— Los funcionarios del vaticano también pueden caer en la tentación del dinero. -ironizó la policía.

— ¡Te digo que es imposible!

— Por si acaso, habría que investigar.

19.3 Luisa María y Pablo Allende tardaron también mucho en encontrarse. Fue el investigador criminal el que demostró más interés en localizarla. Deseaba transmitirle en nuevo impulso que Fraga Iribarne deseaba dar a la desaparición del Santo Grial con el fin de recuperarlo en el mínimo tiempo posible. La joven americana, en cambio, estaba muy desmoralizada. La desaparición de la reliquia de su antepasado había hundido sus esperanzas. Seguía pensando que ya no podría localizarla de nuevo. Daba por supuesto que su misión había fracasado ya definitivamente. Se encontraron en el camino, kilómetros antes de llegar a la localidad de Palas de Rei. Según la estrategia establecida previamente, el policía debía convencer a la joven americana para ponerse todos a trabajar con las fuerzas renovadas con el fin de localizar el santo Grial de su antepasado y detener a los ladrones.

— ¡Eso es imposible! – reaccionó Luisa María – La reliquia de mi antepasado ha desaparecido para siempre. Ya no podré cumplir mi misión de entregarla en la catedral de Santiago de Compostela.

— ¡Nada es imposible! Vamos a contar con la ayuda

incondicional de la policía gallega. Fraga Iribarne pondrá todos los medios a nuestra disposición.

□ ¿Hay alguna pista sobre el Santo Grial o sobre sus ladrones? – se interesó la joven americana fijándose con detención en la reacción de su interlocutor.

□ En este momento, no tenemos nada. Pero no podemos darlo por perdido. A ti, te interesa mucho cumplir esa misión. ¡Debes luchar!

□ Luisa María iba mostrando cada vez más comprensión hacia los argumentos y propuestas de Pablo Allende. Se iba convenciendo de que su postura negativa no era correcta. Se iba animando a adoptar una actitud más combativa.

□ ¿Crees que es posible recuperarla?

□ Todo es posible. -trató de convencerla el policía – Merece la pena luchar. Tu padre se lo merece. ¿No?

Luisa María comprendió que debía cambiar de actitud. Manifestó a Pablo Allende su decisión de luchar por recuperar la reliquia. Estarían en contacto. También se comprometían a implicar a todos los conocidos en esa búsqueda. Terminaron estrechando los dos sus manos como manifestación exterior de su compromiso.

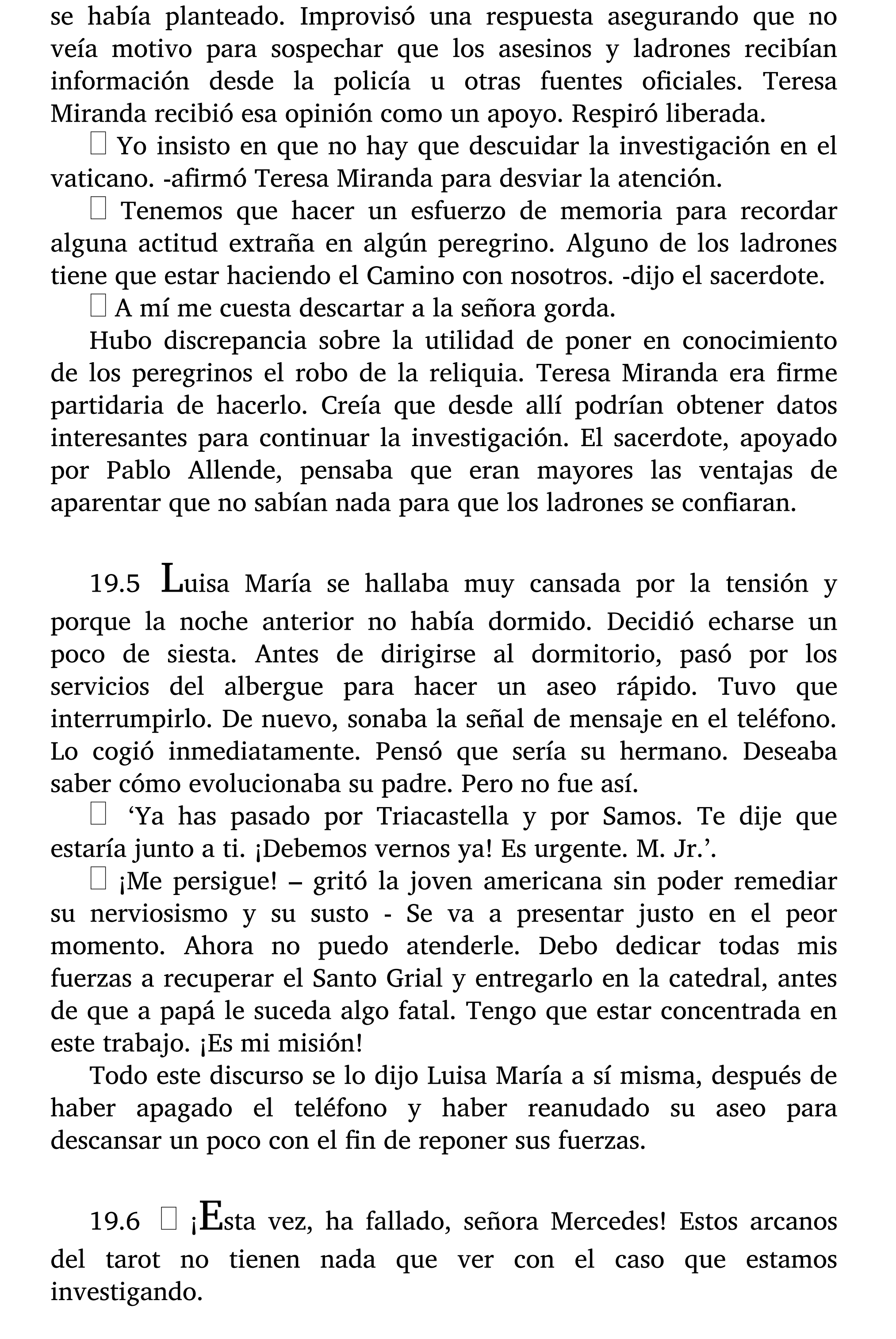
19.4 En la reunión que mantuvieron, esa tarde en Palas do Rei, el sacerdote y los dos policías, todos manifestaron su firme decisión de trabajar para recuperar el santo Grial y detener a los ladrones. Teresa Miranda también lo hizo, aunque estuviera mintiendo. En todo momento, mantuvo una postura falsa y engañosa, pero firme. No podía dar ninguna muestra de sospecha a sus compañeros. Incluso exageró sus propuestas y sus valoraciones para ganarse más la confianza.

□ Tenemos que volcarnos todos en esta búsqueda y pedir ayuda en todos los sitios que podamos. – dijo intentando aparentar entusiasmo y decisión.

□ Podemos pedir ayuda a la policía gallega, si la necesitamos. Fraga Iribarne ha prometido todos los recursos de los que dispone el gobierno gallego.

□ A mí, me sigue pareciendo que los asesinos y ladrones tienen que recibir información desde dentro. Dan los golpes en los momentos precisos. – volvió enfatizar el sacerdote.

□ ¡Tienes obsesión! – se apresuró a decir Teresa Miranda, que deseaba excluir a toda costa una investigación interna que la pudiera descubrir – Es de suponer que esa banda tendrá sus propias fuentes de información. ¿Qué opinas tú Pablo?



El responsable de la investigación criminal se vio sorprendido por la Interpelación que le obligada a opinar en una cuestión que no se había planteado. Improvisó una respuesta asegurando que no veía motivo para sospechar que los asesinos y ladrones recibían información desde la policía u otras fuentes oficiales. Teresa Miranda recibió esa opinión como un apoyo. Respiró liberada.

□ Yo insisto en que no hay que descuidar la investigación en el vaticano. -afirmó Teresa Miranda para desviar la atención.

□ Tenemos que hacer un esfuerzo de memoria para recordar alguna actitud extraña en algún peregrino. Alguno de los ladrones tiene que estar haciendo el Camino con nosotros. -dijo el sacerdote.

□ A mí me cuesta descartar a la señora gorda.

Hubo discrepancia sobre la utilidad de poner en conocimiento de los peregrinos el robo de la reliquia. Teresa Miranda era firme partidaria de hacerlo. Creía que desde allí podrían obtener datos interesantes para continuar la investigación. El sacerdote, apoyado por Pablo Allende, pensaba que eran mayores las ventajas de aparentar que no sabían nada para que los ladrones se confiaran.

19.5 Luisa María se hallaba muy cansada por la tensión y porque la noche anterior no había dormido. Decidió echarse un poco de siesta. Antes de dirigirse al dormitorio, pasó por los servicios del albergue para hacer un aseo rápido. Tuvo que interrumpirlo. De nuevo, sonaba la señal de mensaje en el teléfono. Lo cogió inmediatamente. Pensó que sería su hermano. Deseaba saber cómo evolucionaba su padre. Pero no fue así.

□ ‘Ya has pasado por Triacastella y por Samos. Te dije que estaría junto a ti. ¡Debemos vernos ya! Es urgente. M. Jr.’.

□ ¡Me persigue! – gritó la joven americana sin poder remediar su nerviosismo y su susto - Se va a presentar justo en el peor momento. Ahora no puedo atenderle. Debo dedicar todas mis fuerzas a recuperar el Santo Grial y entregarlo en la catedral, antes de que a papá le suceda algo fatal. Tengo que estar concentrada en este trabajo. ¡Es mi misión!

Todo este discurso se lo dijo Luisa María a sí misma, después de haber apagado el teléfono y haber reanudado su aseo para descansar un poco con el fin de reponer sus fuerzas.

19.6 □ ¡Esta vez, ha fallado, señora Mercedes! Estos arcanos del tarot no tienen nada que ver con el caso que estamos investigando.

El responsable de la investigación criminal había buscado a doña Mercedes para pedirle que echara las cartas. Quería utilizar todas las armas posibles en la búsqueda del santo Grial robado. Recordaba que, en otras ocasiones, su tarot había aportado pistas positivas. Ella exigió que explicara todo lo que sabía. Hizo numerosas preguntas. Después, puso dificultades para intervenir en un caso tan complicado. Pablo Allende insistió. Argumentó que era urgente localizar esa reliquia.

— Intervendré porque yo también estoy interesada en que el Santo Grial sea entregado en la catedral. Quizá así mi hija salga favorecida.

Doña Mercedes se tomó su tiempo de preparación. Antes, se relajó. Se concentró. Pidió al policía que también se concentrara. Mezcló las cartas con cuidado. Mantuvo sus manos sobre ellas para trasmitir su energía. Respiró hondo varias veces antes de colocarlas en forma de cruz. Las fue descubriendo con lentitud. Pablo Allende observaba todos los detalles del proceso con curiosidad.

— La carta clave es ésta. – señaló la echadora – Es el arcano mayor número XII. El Ahorcado. También es importante que haya salido al revés.

Fue en ese momento cuando el responsable de la investigación criminal se atrevió a decir que esa carta no tenía nada que ver con el caso que estaban investigando.

— Ni siquiera se trata ahora de ninguna muerte.

La echadora de cartas estuvo a punto de llamarle ignorante y pedir que se callara. También tuvo la tentación de interrumpir la sesión. La estaba realizando a petición de una persona que no mostraba ninguna confianza. Pero rectificó. Intentó que no se le notaran esos pensamientos negativos. No se le movió ni el músculo más pequeño de su cara. Se mantuvo concentrada como si no hubiera escuchado nada.

— Este arcano no tiene un significado claro. - dijo sin mirar a su interlocutor – Cuando el ahorcado sale al revés, normalmente quiere decir que ha tenido lugar o va a tener lugar un fracaso por demasiada ambición o demasiado egoísmo. No sé si eso se puede aplicar o no al caso que está investigando. Pero es lo que dice el tarot.

— Le ruego que me disculpe, señora. Pero veo que el tarot no siempre acierta. – se disculpó el policía.

— Tenga en cuenta, señor, que ha sido Vd. quien se ha empeñado en que echara las cartas.

Doña Mercedes, enfadada, recogió las cartas y se alejó sin

despedirse.

19.7 — ¡Debéis tener cuidado! Hay orden de investigar por todos los medios hasta encontrar el santo Grial. Se va a hacer una barrida extraordinaria. Quizá os convenga alejaros durante un tiempo.

Teresa Miranda, en cuanto estuvo sola, se apresuró a advertir a sus colegas clandestinos de las operaciones policiales que podían afectarles. Estaba interesada en que su operación extorsionadora tuviera éxito. De ello, dependía que cobrara la elevada recompensa por su traición.

— Gracias por el aviso. Lo tendremos en cuenta. Hasta ahora, todo está saliendo bien. Vamos a actuar con normalidad para no despertar ninguna sospecha.

19.8 En el comedor del albergue, Doña Mercedes, todavía disgustada por el incidente con el investigador policial, se encontró con su hija. Volvieron a discutir. Se pelearon, en esta ocasión, porque Merceditas quería tomar sólo yogur y pastas para cenar.

— Date prisa. Tenemos que acostarnos pronto. Yo estoy muy cansada.

— Tú tienes la culpa. - afirmó casi gritando Merceditas - Te empeñas en llevad dos piedas godas en la mochila.

— Lo hago por ti. Es una promesa. – replicó la obesa echadora de cartas con las sensación de estar siendo incomprendida.

19.9 Luisa María terminó rápidamente su aseo precipitado. Comenzó el camino hacia el dormitorio, mientras bostezaba. De repente, se detuvo. Le llamó mucho la atención el pensamiento que acababa de surgir en su cabeza.

— ‘Ya has pasado Triacastella’. Lo decía en su mensaje. Allí está la tumba de mi antepasado. ¡Michael! –pensó - ¿No habrá robado Michael el santo Grial? ¿No estará el muy cabronazo detrás de todo esto? Igual me ha estado engañando haciéndome creer que sólo sentía celos. ¡Hijo de puta! ¡Si has sido tú, lo pagarás muy caro! Le pondré una trampa. ¡Te descubriré! Y si te descubro, lo pagarás.

Inmediatamente sacó el teléfono y dio a los botones para enviar un mensaje. Escribió con rapidez. ‘Michael, no creía q fueras capaz de cumplir tu promesa de estar aquí junto a mí. Estoy deseando verte.’ Borró la última palabra. ‘Estoy deseando abrazarte. Llámame

inmediatamente. LM.'.

— Te juro que si me has traicionado y te has unido a la Mafia Latina de Florida, me lo pagarás.

19.10 — ¿Es Vd. Doña Mercedes? Le entrego esto de parte de don Manuel Fraga Iribarne.

Un motorista oficial se dirigió a la echadora de cartas en las proximidades del albergue de peregrinos en la localidad de Palas de Rei. Llevaba un sobre en la mano. Nada más entregarlo, volvió a subirse en la moto. Aceleró ocasionando una fuerte contaminación de humo y deshizo su camino hacia la capital gallega. Doña Mercedes se apresuró a conocer el contenido del sobre. Era un certificado que garantizaba la ayuda asistencial del gobierno de Galicia a Merceditas, desde el momento en que desapareciera su madre. La peregrina obesa sintetizó en su sonrisa los sentimientos de satisfacción y de ironía. Después, guardó la carta oficial en la mochila.

— ¡Qué poder tiene echar el tarot! Hasta los políticos más astutos creen que pueden influir en los pronósticos sobornándote con regalos.

19.11 Teresa Miranda tuvo gran interés en reunirse de nuevo con el sacerdote y con Pablo Allende para estar al tanto de las novedades que pudieran suceder. Ella fue quien les apremió para realizar un balance. Ninguno de los dos sospechó nada. Les pareció lógico que, en esos momentos, se pretendiera coordinar las informaciones de cada uno. No había motivo para pensar que ella tenía intenciones bastardas. El único que conocía algo nuevo era el investigador criminal. Les comunicó que, desde la comisaría central, había recibido noticias de que en el mercado clandestino de obras de arte y antigüedades se ofrecía una reliquia de un valor incalculable.

— ¿Quién la ofrece? -preguntó el sacerdote.

— Eso no se sabe todavía. -respondió el investigador con suficiencia. - Los ladrones son muy expertos en lanzar globo sondas manteniendo el anonimato.

— Podemos preparar una trampa. -sugirió Felipe Manzanal.

— En la comandancia, ya están mirando esa posibilidad. Hay que hacerlo con mucha prudencia. Si se dan cuenta de que la policía está detrás, perdemos todas las posibilidades.

— ¿Qué hay que hacer, entonces? – especuló Teresa Miranda

para disimular – Es urgente recuperar esa reliquia.

Debemos buscar pruebas, indicios, sospechas y cualquier cosa que pueda servir. – recomendó Pablo.

Una cosa debes reconocer, Teresa. Esto demuestra que estabas equivocada. No han sido los del Vaticano.

No descartemos tan pronto ninguna posibilidad. Tienes demasiada prisa.

Más que prisa, tenemos necesidad de encontrar la reliquia. – insistió el sacerdote vaticano.

No debemos ponernos nerviosos. -intervino Pablo Allende - Estamos haciendo todo lo posible por recuperarlo cuanto antes.

Luisa María lo está pasando muy mal. – recordó el sacerdote con ternura – La salud de su padre depende de esa entrega.

Mira. -apostilló Teresa Miranda casi con agresividad- No creo que la enfermedad de su padre dependa de que se entregue o no la reliquia.

Se iban ya a marchar cada uno por su lado, cuando Pablo Allende pidió a sus compañeros que le prestaran de nuevo atención. Anunció que había cambiado de opinión. Había ordenado una investigación interna en la policía para comprobar si había o no alguna filtración interna hacia los malhechores.

Me parece una medida acertada. – se felicitó el sacerdote vaticano.

Yo creo que es una pérdida de tiempo. – apuntó Teresa Miranda tratando de disimular que esa decisión le afectaba personalmente – Hay otros aspectos más urgentes que investigar.

El responsable de investigación criminal respondió que ella opinaba siempre que no debía dejarse ningún cabo suelto. No entendía por qué se oponía a esa investigación.

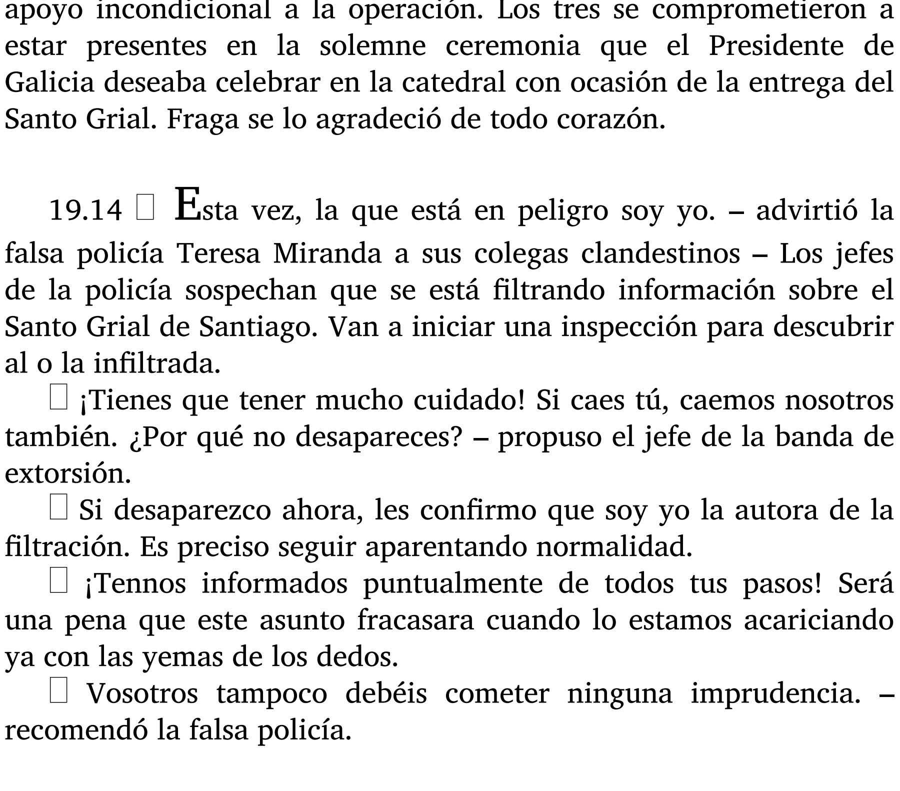
19.12 ‘James John, ¿sabes algo de mi ex novio Michael? ¿Le has visto por ahí? Estoy muy preocupada. Amenaza con venir al Camino de Santiago. Le temo. Sabes que está loco. Dime también algo sobre cómo está papá’.

Luisa María volvió a leer el mensaje que deseaba enviar a su hermano. Además de largo, le pareció alarmista, a pesar de su intención. Se había esmerado en no exponer sus sospechas de que estaba interviniendo como asesino y ladrón. Lo envió sin hacer ninguna otra corrección.

19.13 -Es para mí un honor y también una necesidad que una

familia como los Bush, integrada por tan ilustres personalidades, forme parte de esta Orden del Temple reconstruida con el fin de salvar la civilización occidental y cristiana.

Manuel Fraga Iribarne preparó un gran montaje para contactar con los políticos norteamericanos. Ordenó el establecimiento de una video – conferencia con los adelantos técnicos más modernos. Se hizo acompañar por una intérprete que fuera traduciendo sus palabras y sus saludos. La familia Bush correspondió generosamente a su llamada. Estuvieron presentes los dos políticos más destacados, padre e hijo, además del Gobernador de Florida. El intercambio de felicitaciones y halagos fue largo. Hubo unanimidad de propósitos. Fraga reiteró la importancia de la operación de reinstaurar la Orden del Temple y la trascendencia de sus objetivos. Los políticos del Partido Conservador de Estados Unidos volvieron a prometer su apoyo incondicional a la operación. Los tres se comprometieron a estar presentes en la solemne ceremonia que el Presidente de Galicia deseaba celebrar en la catedral con ocasión de la entrega del Santo Grial. Fraga se lo agradeció de todo corazón.



19.14 — Esta vez, la que está en peligro soy yo. – advirtió la falsa policía Teresa Miranda a sus colegas clandestinos – Los jefes de la policía sospechan que se está filtrando información sobre el Santo Grial de Santiago. Van a iniciar una inspección para descubrir al o la infiltrada.

— ¡Tienes que tener mucho cuidado! Si caes tú, caemos nosotros también. ¿Por qué no desapareces? – propuso el jefe de la banda de extorsión.

— Si desaparezco ahora, les confirmo que soy yo la autora de la filtración. Es preciso seguir aparentando normalidad.

— ¡Tennos informados puntualmente de todos tus pasos! Será una pena que este asunto fracasara cuando lo estamos acariciando ya con las yemas de los dedos.

— Vosotros tampoco debéis cometer ninguna imprudencia. – recomendó la falsa policía.

19.15 Andrés García de Nanclares, en el hospital, continuaba recuperándose de sus heridas con más rapidez de lo pronosticado inicialmente. Constantemente preguntaba a los médicos cuándo podría abandonar el centro médico. Su esposa le cuidaba con mucho esmero. Pasaba la mayor parte del tiempo a su lado. Tenía que aguantar sus enfados y tensiones.

— Tenía que estar ya en el camino para poder cumplir con la ‘penitencia’ de las confesiones y las firmas.
— Lo más importante ahora es que te cures definitivamente.
— ¡Yo quiero cumplir ese trámite cuanto antes! Estoy harto ya de la abstinencia sexual que me has impuesto. – protestó el marido – Ahora no quiero tu perdón. ¡Lo conseguiré por mis propios méritos!

19.16 Se encontraba Luisa María ultimando los preparativos para salir del albergue de Palas do Rei, cuando recibió el aviso de un nuevo mensaje. Estaba sola y no tuvo que buscar ninguna intimidad mayor. Le entró miedo. Era de su ex novio.
— ‘Por fin, das señales de vida. Estoy muy cerca de ti. Ya he pasado por Triacastella. Te sigo los pasos. Nos podemos ver en pueblo que se llama Melide. Han dicho que hay un plato muy bueno que se llama pulpo. M. Jr.’
La joven americana se quedó pensativa mirando el mensaje después de haberlo leído. De nuevo, hacía una alusión intencionada a Triacastella.
— ¡Sigue tan fanfarrón como siempre! Pendenciero y fanfarrón.
A Luisa María se le agolparon en la cabeza miles de preguntas sobre la presencia de su novio. Todas las sospechas la llevaban a relacionarle con el robo de la reliquia y con las muertes que habían tenido lugar en el Camino de Santiago. Tuvo que darse ánimos para superar el miedo que sentía.
— Este asunto debo resolverlo yo sola.
Mientras volvía a contemplar el mensaje, tomó la decisión de no comentárselo a ninguno de los policías, ni siquiera a Pablo Allende, para que no hubiera interferencias. Dio a la tecla para enviar un mensaje nuevo y lo escribió.
— ‘Estoy deseando verte. Dime dónde y cuándo tomaremos ese plato de pulpo. Que sea cuanto antes. LM.’
Lo leyó antes de enviarlo para corregirlo. Le pareció un mensaje frío. Al término de la primera frase, añadió ‘mi amor’. Al final, antes de sus iniciales, puso ‘Tuya. Besos’, para que resultara más cariñoso.
— ¡Así se animará más! A ver quién se sale al final con la suya.

19.17 — Estate preparado para el gran día de la reinstauración de la Orden del Temple en Europa. La fecha se acerca.
Manuel Fraga Iribarne preparó un montaje técnico extraordinario para comunicarse con sus colegas políticos conservadores europeos. En esta ocasión, la comunicación tuvo que

ser individual. Hubo de repetirlo con cada uno. Necesitó otras tantas intérpretes. Helmut Kohl, Jacques Chirac y Giulio Andreotti se mostraron también encantados de participar en esa operación. Era para ellos reverdecer sus años de gloria política. Los tres prometieron estar dispuestos a presentarse en Santiago de Compostela para asistir al acto solemne.

– Don Manuel, - advirtió la secretaria del Presidente de Galicia – No sé si tiene arreglado definitivamente lo del señor Berlusconi.

– ¡Está completamente claro! Ese Berlusconi no será caballero de esta Orden del Temple. No tiene altura moral.

– ¿Se lo ha dicho a él?

-¡No hace falta ni decírselo!

19.18 El sacerdote vaticano llamó con urgencia a Pablo Allende y a Teresa Miranda por teléfono. Era preciso concertar una nueva cita sin ninguna tardanza. Tenía que comunicarles una información importante. No se la adelantó. Deseaba hacerlo personalmente. Para no levantar ninguna sospecha y poder hablar con tranquilidad, quedaron en verse dentro de una pequeña iglesia románica de un pequeño pueblo llamado Leboreiro.

Llegó antes el sacerdote. Dada la urgencia expresada, la policía tomó un taxi para trasladarse. El responsable de la investigación criminal utilizó su coche oficial. Se sentaron en un lugar retirado debajo del coro. Teresa Miranda fue la primera en preguntar, casi exigir, la prometida información tan importante. Temía que la pudiera afectar personalmente.

– Me han llamado de mi oficina en el Vaticano. Se ha recibido una llamada telefónica ofreciendo el Santo Grial de Santiago por tres millones de euros.

– ¿Sólo han dicho eso? -requirió Pablo Allende con curiosidad profesional.

– Eso es lo esencial. Han dicho que volverán a llamar esta noche para recibir la respuesta.

– ¡Tenían que haber preguntado más detalles!

– Esos son los detalles que me han dado a mí. Me han dicho que el que ha llamado, hablaba un italiano perfecto.

– ¿Seguro? – insistió el investigador - ¿No hay ningún género de duda?

– Eso me ha dicho el secretario adjunto de la comisión de arte sacro. Él es italiano. Lo ha podido distinguir bien.

– Eso contradice mis datos. La comisaría central tenía información de una mafia sudamericana.

– De todos modos, es una pista importante. ¿O no? -insistió el sacerdote.

La policía Teresa Miranda pensó que podía ser sospechoso mantenerse en silencio. Había estado muy atenta para ser si algo podía repercutir en ser descubierta. Pensó qué detalle aséptico podía ser motivo de pregunta.

– ¿Van a aceptar esa oferta? – inquirió poniendo cara de estar muy interesada - Dile a ese secretario adjunto de arte sacro que regatee un poco el precio, pero que no ponga en riesgo la operación. Debe mostrar alguna duda sobre la autenticidad y pedir garantías sobre la entrega inmediata.

– Quizá tenga que trasladarme yo a Roma para hacer las gestiones.

– Es más fiable que siempre hable el mismo. – puntualizó con autoridad Pablo Allende.

– ¿Entonces, es mejor que vaya o que me quede? – se cuestionó Felipe Manzanal.

– Es mejor no introducir ningún cambio. Es posible que nos tengan controlados. Pero debes estar preparado para viajar en cualquier momento. Ahora debemos separarnos, por si nos están vigilando.

– ¡Tendré el teléfono abierto en todo momento! -dijo el sacerdote mostrando su absoluta disposición a colaborar.

– Otra cosa importante. Hay que mantener absoluto secreto. No digas nada a nadie. Ni a Luisa María ni a ninguna otra persona. Lo llevaremos personalmente entre nosotros tres.

La policía recomendó al sacerdote que abandonara primero el templo. Ellos se quedarían un rato dentro. También saldrían por separado. Si alguien les estaba siguiendo, no podría sospechar que habían estado juntos.

– ¡Espera! -gritó Teresa Miranda - ¿No te estarán tendiendo una trampa tus propios compañeros del vaticano?

19.19 Doña Mercedes estaba deseando llegar a la localidad de Castañeda. Aunque ya no queda ningún horno para la construcción de catedrales, los peregrinos dejan allí las piedras para lograr la intercesión del Santo Apóstol con el fin de conseguir sus deseos o la satisfacción de sus necesidades.

– Ya que no has traído tu piedra, por lo menos te arrodillarás para pedir a Santiago su intercesión.

La madre hizo esa sugerencia a su hija, mientras sacaba las dos piedras que había traído hasta ese momento en su mochila.

Merceditas no contestó. Tampoco obedeció. Doña Mercedes se acordó, en ese momento, de que tenía que llevar otra piedra en el bolsillo de su falda. Se sobresaltó ante la posibilidad de haberla perdido otra vez. Se palpó encima de la ropa. ¡Estaba allí! Con los dedos repasó sus cinco puntas. Así reiteró el compromiso de colocarla en la primera grada del altar mayor de la catedral, cuando llegara a Santiago de Compostela.

19.20 — ¿Habéis sido vosotros los que habéis ofrecido la reliquia al vaticano? – preguntó Teresa Miranda a su contacto clandestino.

— ¿Cómo te has enterado?

— Una policía tiene obligación de enterarse de todo. ¡Puestos a pedir, podáis haber pedido cuatro millones en lugar de tres!

— Hay que mantener una mínima prudencia.

— ¡Corto! No quiero que sospechen de mí por llamar mucho por teléfono.

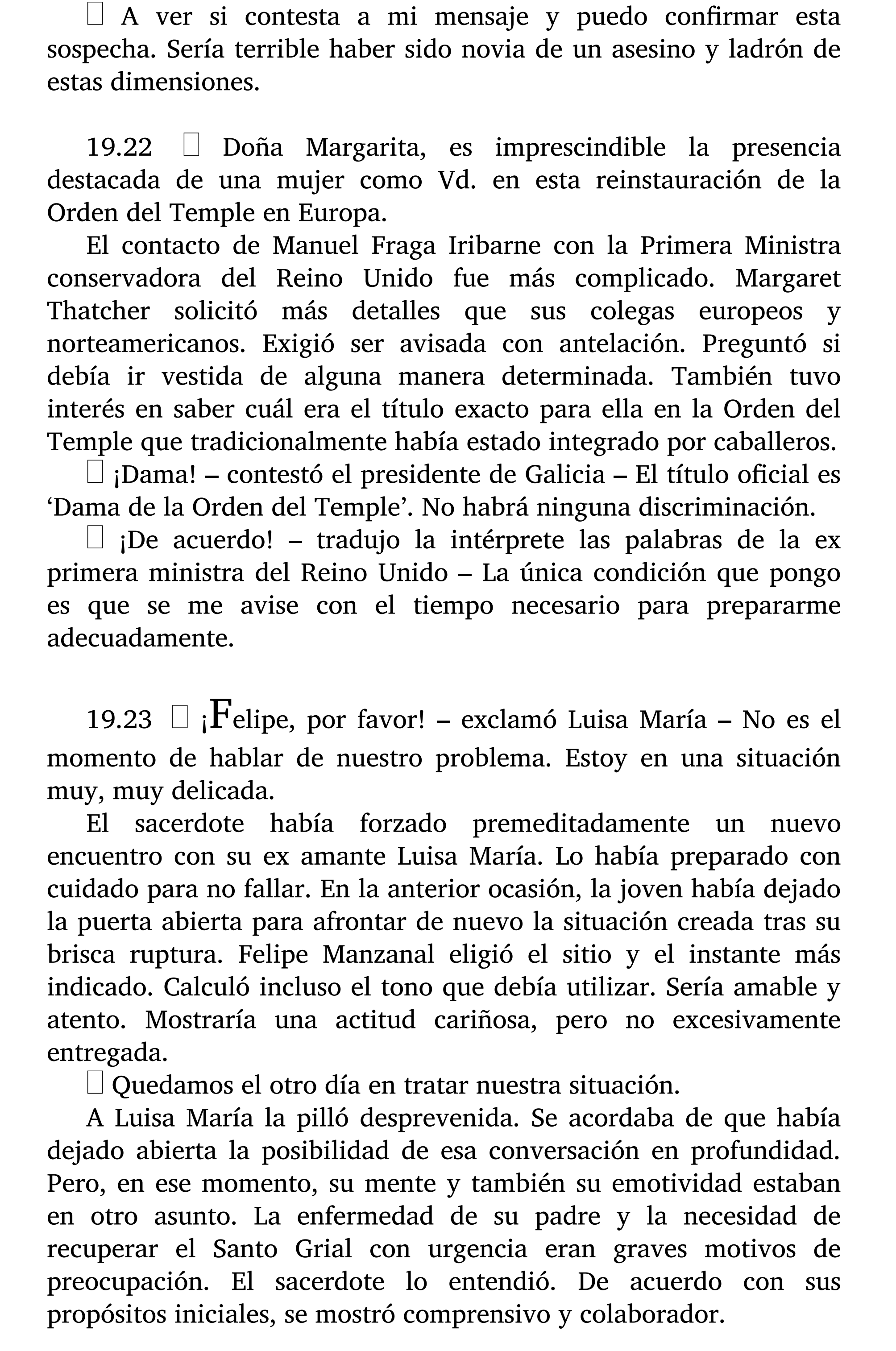
19.21 Luisa María llevaba el teléfono abierto y en la mano para no tardar nada en leer la contestación de su novio al mensaje que le había enviado. En cuanto, comenzó a sonar el primer pitido, dio a la tecla con el fin de leerlo inmediatamente. No era de su novio.

— ‘De tu ex novio no sé nada desde hace dos semanas. Nadie le ha visto últimamente por aquí. Es curioso que en esas semanas tampoco hayamos recibido ninguna amenaza de la Mafia Latina de Florida. Papá está cada momento peor. Debes volver muy pronto, si quieres verle antes de q muera. JJ.’

La joven americana quedó conmocionada con la tremenda noticia del empeoramiento de la salud de su padre. Volvió a leer el mensaje. Era muy contundente. No requería ninguna pregunta para conseguir más aclaraciones.

— ¡Espera un poco, papá! -suplicó la joven mirando al cielo - Dame tiempo a que recupere la reliquia. No lo sabes. Pero la situación del Santo Grial se ha complicado mucho en las últimas fechas. Nada más recuperarla, la depositaré en la catedral e iré a verte. No me quedaré a visitar las residencias de nuestro antepasado. Ya las veré en otra ocasión.

Cuando terminó el recuerdo de su padre, releyó la parte del mensaje referida a su ex novio. Cada vez lo veía más claro. Esa coincidencia señalada por su hermano sin saberlo, confirmaba sus sospechas. Las amenazas de la Mafia Latina de Florida habían


desaparecido porque las hacía su ex novio. Ahora estaba en el Camino de Santiago dirigiendo la parte ejecutiva de la operación.

— A ver si contesta a mi mensaje y puedo confirmar esta sospecha. Sería terrible haber sido novia de un asesino y ladrón de estas dimensiones.

19.22 — Doña Margarita, es imprescindible la presencia destacada de una mujer como Vd. en esta reinstauración de la Orden del Temple en Europa.

El contacto de Manuel Fraga Iribarne con la Primera Ministra conservadora del Reino Unido fue más complicado. Margaret Thatcher solicitó más detalles que sus colegas europeos y norteamericanos. Exigió ser avisada con antelación. Preguntó si debía ir vestida de alguna manera determinada. También tuvo interés en saber cuál era el título exacto para ella en la Orden del Temple que tradicionalmente había estado integrado por caballeros.

— ¡Dama! – contestó el presidente de Galicia – El título oficial es ‘Dama de la Orden del Temple’. No habrá ninguna discriminación.

— ¡De acuerdo! – tradujo la intérprete las palabras de la ex primera ministra del Reino Unido – La única condición que pongo es que se me avise con el tiempo necesario para prepararme adecuadamente.

19.23 — ¡Felipe, por favor! – exclamó Luisa María – No es el momento de hablar de nuestro problema. Estoy en una situación muy, muy delicada.

El sacerdote había forzado premeditadamente un nuevo encuentro con su ex amante Luisa María. Lo había preparado con cuidado para no fallar. En la anterior ocasión, la joven había dejado la puerta abierta para afrontar de nuevo la situación creada tras su brisca ruptura. Felipe Manzanal eligió el sitio y el instante más indicado. Calculó incluso el tono que debía utilizar. Sería amable y atento. Mostraría una actitud cariñosa, pero no excesivamente entregada.

— Quedamos el otro día en tratar nuestra situación.

A Luisa María la pilló desprevenida. Se acordaba de que había dejado abierta la posibilidad de esa conversación en profundidad. Pero, en ese momento, su mente y también su emotividad estaban en otro asunto. La enfermedad de su padre y la necesidad de recuperar el Santo Grial con urgencia eran graves motivos de preocupación. El sacerdote lo entendió. De acuerdo con sus propósitos iniciales, se mostró comprensivo y colaborador.

— Estoy de acuerdo contigo – dijo con afecto – Estos temas son más urgentes. Te hago una propuesta. Vamos a trabajar juntos para solucionarlos. Cuando los hayamos solucionado, juntos también decidiremos sobre nuestro problema.

La joven americana era consciente de que estaba adquiriendo un compromiso que no era el que deseaba. Pero el sacerdote había sido muy hábil en su planteamiento. Era muy difícil rechazarlo. Así que se vio conducida a aceptarlo.

— Para ratificar este acuerdo, dame tu mano.

La solicitud del sacerdote fue acompañada de un tono cómplice. Inmediatamente tomó la mano derecha de su compañera. La acarició con mimo. La besó suavemente. Se la llevó al corazón. Suspiró y la volvió a besar. Luisa María le dejó hacer. Todavía estuvieron bastante tiempo planificando las acciones que debían llevar a cabo para recuperar el Santo Grial. Los dos eran conscientes de la dificultad del propósito. Pero ratificaron su decisión y su confianza en lograrlo. Antes de separarse, Felipe volvió a besar la mano de su amada. Lo hizo todavía con más cariño. Ella volvió a dejarle hacer.

— Tenderemos una trampa a los ladrones y asesinos. – prometió el sacerdote vaticano con decisión.

# 20.- MONTE DO GOZO

**(Lunes, 11 de octubre de 1999)**

20.1 — ¡Acepta la propuesta de comprar el Santo Grial por tres millones de euros! Cuando llamen los ladrones, diles que el Vaticano ha hecho viajar a Compostela a un representante especial para llevar a cabo la transacción. Le das mi número de teléfono. A raíz de ahí, yo me encargo de todo.

El sacerdote Felipe Manzanal se había tomado muy a pecho la gestión para recuperar el Santo Grial. Motivos tenía para ello. Así cumplía la misión que le habían encomendado en el Vaticano. También era la mejor manera de recuperar el amor de la mujer de la que estaba enamorado. No sabía si era una condición suficiente. Pero sí que era necesario.

— ¿Vas a pagar la cantidad que han pedido los chantajistas? –preguntó compañero de oficina en el Vaticano.

— Es mejor que no conozcas mis planes. Así no puedes cometer ninguna indiscreción. Limítate a decirles que tendrán que negociar conmigo.

20.2 — La clave está en el arcano número XII, el ahorcado, que ha salido al revés.

Doña Mercedes había quedado intrigada con el resultado de la sesión del tarot realizada en presencia del responsable de la investigación criminal. Seguía dando vueltas al posible significado de que la figura del ahorcado que había salido al revés. Era también consciente de que el policía Pablo Allende había quedado decepcionado. Por esas razones, aprovechó la primera ocasión para repetir la sesión, ahora en solitario. El objetivo concreto era conseguir alguna conclusión más concreta sobre el destino del Santo Grial que había sido robado. Puso todavía más cuidado en la realización de cada una de las fases. Se concentró más. Trató visualizar un cáliz muy hermoso y cubierto de piedras preciosas. Volvió a salir el arcano numero XII, el ahorcado, y al revés.

— ¡Bueno! – se resignó la echadora de cartas – El significado hay que sacarlo de aquí.

20.3 Luisa María seguía caminando con el teléfono abierto para no perder ningún segundo en contestar a la propuesta que le hiciera su ex novio. Andaba deprisa para acercarse hasta Melide, ya que la reunión debía tener lugar en esa localidad. No tardó en llegar el mensaje deseado.

— 'Me han recomendado la Pulpería Ezequiel. Estate allí a las 2 y media. Vete sola. No quiero malas compañías. M. Jr.'

Estuvo a punto de contestar aceptando la propuesta. Pero consideró que no era necesario. Con estar allí a las dos y media era suficiente respuesta. Luisa María cerró el teléfono y comenzó a pensar cómo tendría que actuar para descubrir si su ex novio tenía algo que ver con el robo del Santo Grial. No podía esperar que se lo dijera espontáneamente.

— Tendré que descubrirlo superando la resistencia que él ponga.

20.4 — Doctor, si no me da ahora la autorización para marcharme, me iré por mi cuenta y si la autorización.

Andrés García de Nanclares estaba firmemente decidido a salir del hospital. De nada servían las recomendaciones de su esposa. Las enfermeras también le aconsejaban que esperara a que el médico de la especialidad le hiciera el último reconocimiento.

— No voy a esperar nada más.

Se levantó de la cama. Se desconectó de todos los tubos y gomas que tenía enchufadas. Se fue solo al despacho del doctor. No lo encontró allí. Continuó la búsqueda por los pasillos y otras dependencias. Cuando dio con él, le planteó directamente su decisión de irse. Inicialmente el médico le indicó que volviera a su habitación hasta que él pasara la visita. El peregrino insistió.

— No le puedo dar el alta sin un análisis previo. Si Vd. se va, será bajo su exclusiva responsabilidad. No podrá reclamar por nada de lo que le pase.

— No se preocupe. No reclamaré. ¡Adiós!

Se dirigió a la habitación. Se lo comunicó a su esposa. Ella no estuvo de acuerdo. Tampoco la hizo caso. Juana Grijalva intentó hacerle cambiar de opinión. No lo logró. Tuvo que ceder. Recogieron las pertenencias y salieron.

20.5 — Una cosa quiero comentarte. -dijo Luisa María a Pablo Allende en cuanto éste la alcanzó en el camino - Tengo interés en visitar una iglesia románica donde hay una estatua del apóstol

Santiago de gran valor en un pueblo llamado Boente de Baixo. Te lo digo porque tú debes adelantarte y asistir a la reunión con Teresa Miranda. Seguramente yo llegaré un poco tarde. En el caso de que se enfade, me excusas.

La explicación fue tan complicada que a Pablo Allende le sonó a excusa. Pero tampoco puso ningún inconveniente. Pensó que la joven americana desearía caminar sola y no lo dio más importancia. Luisa María se alegró de que su compañero policía no le pidiera más explicaciones sobre esa mentira improvisada. De ninguna manera, deseaba que se enterara de la reunión que iba a mantener con su ex novio.

20.6 — ¿Pablo Allende? ... Soy Felipe, el sacerdote. Necesito verte cuanto antes... Prefiero no darte muchos detalles por teléfono... El secretario adjunto de mi oficina en el Vaticano ha concertado una entrevista que debo preparar. … Ya te digo que prefiero no hablarlo por teléfono. … Eres un cabezota. Voy a tener que decírtelo. Se trata de una reunión clandestina con el vendedor de la reliquia robada... ¡No! Tiene que ser aquí en Galicia... Ya te he dicho que no me gusta hablar sobre esto por teléfono... Proponen reunirnos mañana en un restaurante de Monte do Gozo, a cinco kilómetros de Santiago... Tenemos que prepararlo. Siguen pidiendo tres millones de euros... Vale. Nos vemos a las seis en el albergue de Arzua. Estoy muy nervioso. Hasta luego. … Bueno. Si tienes que hacer otro recado antes, te esperaré. Pero no tardes. Por favor.

20.7 Luisa María tuvo que esperar más de media hora en la pulpería hasta que apareció su ex novio. Se había dado mucha prisa para llegar con tiempo. Tuvo dificultades para encontrar el local indicado. Estuvo incluso preocupada por no hacerle esperar. Pero, después, temió que Michael Junior no cumpliera el compromiso de acudir. Pensó que podía haberse arrepentido al sospechar que se trataba de una trampa para descubrir su posible participación en el robo.

Cuando le vio entrar por la puerta, sintió a la vez alivio y preocupación. Alivio, porque se presentaba la oportunidad de despejar la incógnita. Preocupación, por no saber cómo afrontarlo. A lo largo del camino, mientras se acercaba, había tenido muchas ideas pero ninguna la veía practicable. Tuvo un momento de duda. Pero inmediatamente corrió hacia él. Tenía claro que debía mostrarse cariñosa para ganar su confianza desde el principio. Le

dio un abrazo apasionado y tomó la iniciativa en besarle en la boca. Los dos mantuvieron el beso, hasta que notaron que todos les miraban. Entonces, se cogieron de la mano y caminaron hacia el comedor. Luisa María, en su espera, había podido conocer perfectamente la distribución del local.

□ Bueno. ¿Cómo estás? - dijo la joven para romper el hielo de la conversación- Te veo bien. ¿Cómo has hecho el viaje? ¿Llevas muchos días por aquí?

□ ¡Hablemos de ti! – indicó el ex novio en tono autoritario - ¿Cómo estás tú, que has andado tanto? Has adelgazado. Estás muy morena. Te veo muy buena. Me gustas más así.

□ Gracias. También te veo bien a ti.

A pesar de los diversos intentos que hizo Luisa María por encaminar la conversación hacia un terreno del que pudiera sacar alguna conclusión, el laconismo de su ex novio los conducía al fracaso. Tuvieron que interrumpir para pedir la comida y la bebida. Pronto la reanudó la joven.

□ No me has dicho cuántos días llevas aquí.

□ Ya te lo anuncié en los mensajes. Pero no me hacías caso.

□ Me decías que me tenías que anunciar una sorpresa importante. Pero no esperaba que vinieras hasta aquí. – disimuló Luisa María - ¿Te ha gustado Triacastella?

□ ¿Triacastella? ¿Qué es eso? – replicó el ex novio sorprendido.

□ En tus mensajes, me decías que habías pasado por Triacastella.

□ ¡Ah! Sí. Era el nombre que aparecía en las cartas, pero yo no fui. -dijo Michael mientras acomodaba su silla.

Luisa María, mientras comía, se dio cuenta de que había conseguido un indicio importante, aunque su ex novio no parecía haber querido destacar nada especial. Intentó conseguir alguna precisión más.

□ ¿En qué cartas aparecía el nombre de Triacastella?

□ ¿He dicho yo algo de cartas? – rectificó con bastante enfado Michael.

□ Lo acabas de decir.

□ No me acuerdo yo de ninguna carta. Siempre te he mandado mensajes.

La joven disimuló untando un poco de pan en la salsa. Se había dado cuenta de que su ex novio trataba de rectificar. Pretendía desdecir algo que se le había escapado. Recordó que, en los preparativos de esta comida durante el camino, había decidido no manifestar mucho interés en las preguntas para no despertar sospechas.

— No tiene importancia. Pensaba que habías dicho algo de unas cartas, pero es igual.

— Ya me acuerdo. – mintió el ex novio - Me refería a las cartas de unos amigos a los que pregunté dónde podía encontrarte.

— ¡Pero has dicho que tú no fuiste a Triacastella! – inquirió ella intentando forzar una provocación.

— ¡No! - dijo el ex novio ya con firmeza, dando la sensación de haber superado las dudas anteriores.

— Es que yo tenía unas cartas de un antepasado mío en las que también se habla de Triacastella. Por eso, me había parecido curioso.

— Antes de que empezaras el camino de Santiago, ya me hablaste de tu antepasado allá en América y me contaste la complicada vida que llevó, con varias mujeres, muertes y muchos líos.

Luisa María estaba segura de que eso no se lo había dicho en América antes de comenzar el camino, por la sencilla razón de que, entonces, ella tampoco lo sabía. Se había enterado de la vida de su antepasado que iba leyendo por el camino. Por lo tanto, su ex novio estaba mintiendo. Michael había leído esas cartas.

— Eso quiere decir que las ha robado o que alguien las ha robado para él. -pensó la joven - ¡Por lo tanto, ha participado en el robo de la reliquia!

Se recordó a sí misma que no debía exteriorizar ninguna señal que moviera a sospecha. Decidió desviar la conversación hacia otros asuntos para evitar ese peligro. En realidad, ya había conseguido el objetivo de esa reunión.

— ¡Ah! Se me olvidaba. -reaccionó inmediatamente Luisa María para desviar la atención de su ex novio - Estoy muy preocupada con la salud de mi papá. Está muy grave.

— ¿Cómo lo sabes? Habías prohibido que te enviaran ninguna noticia de fuera de camino.

— La enfermedad de papá es importante para romper esa norma. Mi hermano me informa algunas veces. Tú también la has roto en muchas ocasiones.

A la hora de despedirse, el ex novio insistió en que pasaran la noche juntos. La joven tuvo dificultades para superar tanta insistencia. Tuvo que aludir a la obligación de presentarse en el próximo albergue del Camino. Para convencerle, además hubo de prometer volver a verle al día siguiente.

— A las ocho y media en la hamburguesería de Monte do Gozo. -propuso el ex novio, Dando muestras de que conocía muy bien la

zona.

□ Allí estaré.- prometió la joven.

□ Estate puntual. Ya sabes que no me gusta esperar. ¡Ah! Mañana, no podrás decirme otra vez que no. Tengo muchas ganas de hacerlo contigo de nuevo.

20.8 □ Lo más importante para engañarles con este plan es la tranquilidad.

Ése fue el consejo que dio Pablo Allende al sacerdote vaticano, después de haber escuchado la trampa que deseaba tender a los ladrones del Santo Grial.

□ Es muy fácil decir que hay que estar tranquilo. Pero es muy difícil de conseguir. ¿De dónde saco yo tres millones de euros para los ladrones?

□ No hay que sacar tres millones de euros de ningún lado. – aconsejó el responsable de la investigación criminal - Tu misión es ganar su confianza. Queda en que tú entregarás el dinero en el momento en que él te dé la reliquia. Cuando ese intercambio vaya a tener lugar, intervenimos nosotros y los detenemos. Otra cosa. De preparar el maletín con el dinero, me encargo yo. Tú despreocúpate de eso. Mi gente lo preparará y te lo entregará en su momento.

□ Vamos a hablar en serio. – se plantó el sacerdote - No es tan fácil como dices.

□ Ya sé que no es tan fácil. Pero no podemos desperdiciar esta oportunidad de capturar a los ladrones. Yo estaré cerca de ti.

□ Eso sí que no. Ha dicho que no vaya ningún policía y esa condición la vamos a cumplir. Entre otras cosas, no quiero jugarme la vida.

□ ¡De acuerdo! En la primera reunión, tienes que conseguir otra cita para intercambiar el dinero por la reliquia. Lo que no puedes hacer es llegar tarde.

□ Si me ha citado justo a las ocho, nada más abrir el restaurante, es porque quiere que llegue antes que él.

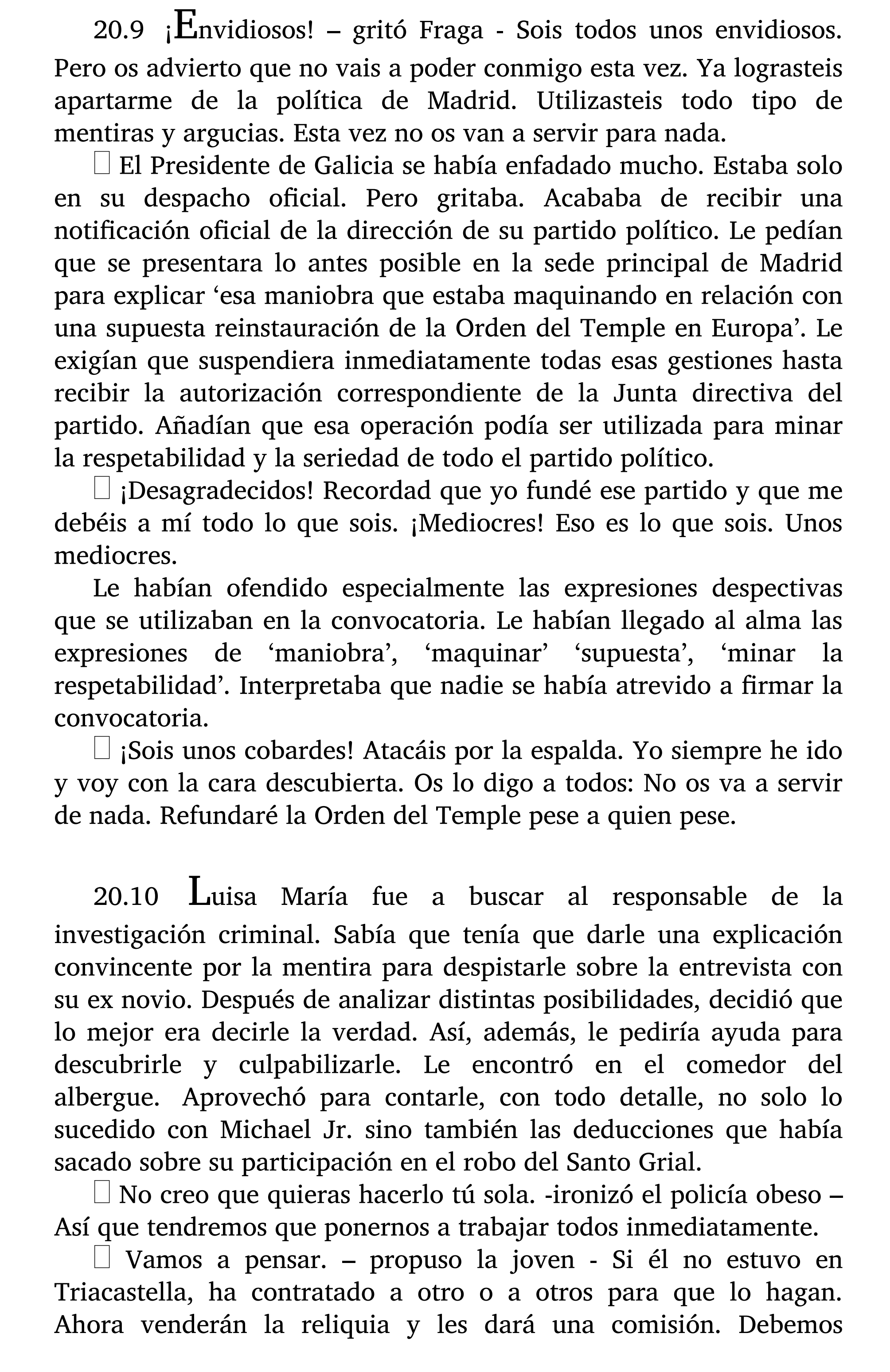
□ ¡Quiere observarte! Por eso, lo más importante es la tranquilidad. – insistió Allende.

□ ¡Deséame suerte!

□ Bueno. Pues suerte. No te confundas. El restaurante de puertas verdes. Yo te esperaré en el albergue. Otra cosa. ¿Se lo vamos a decir esto a Teresa Miranda o lo mantenemos en secreto?

□ De momento, creo que debemos mantenerlo en secreto. Cuanto menos lo sepamos, mejor. ¿No? – propuso el sacerdote.

□ Pienso lo mismo.



20.9 ¡Envidiosos! – gritó Fraga - Sois todos unos envidiosos. Pero os advierto que no vais a poder conmigo esta vez. Ya lograsteis apartarme de la política de Madrid. Utilizasteis todo tipo de mentiras y argucias. Esta vez no os van a servir para nada.

 El Presidente de Galicia se había enfadado mucho. Estaba solo en su despacho oficial. Pero gritaba. Acababa de recibir una notificación oficial de la dirección de su partido político. Le pedían que se presentara lo antes posible en la sede principal de Madrid para explicar ‘esa maniobra que estaba maquinando en relación con una supuesta reinstauración de la Orden del Temple en Europa’. Le exigían que suspendiera inmediatamente todas esas gestiones hasta recibir la autorización correspondiente de la Junta directiva del partido. Añadían que esa operación podía ser utilizada para minar la respetabilidad y la seriedad de todo el partido político.

 ¡Desagradecidos! Recordad que yo fundé ese partido y que me debéis a mí todo lo que sois. ¡Mediocres! Eso es lo que sois. Unos mediocres.

Le habían ofendido especialmente las expresiones despectivas que se utilizaban en la convocatoria. Le habían llegado al alma las expresiones de ‘maniobra’, ‘maquinar’ ‘supuesta’, ‘minar la respetabilidad’. Interpretaba que nadie se había atrevido a firmar la convocatoria.

 ¡Sois unos cobardes! Atacáis por la espalda. Yo siempre he ido y voy con la cara descubierta. Os lo digo a todos: No os va a servir de nada. Refundaré la Orden del Temple pese a quien pese.

20.10 Luisa María fue a buscar al responsable de la investigación criminal. Sabía que tenía que darle una explicación convincente por la mentira para despistarle sobre la entrevista con su ex novio. Después de analizar distintas posibilidades, decidió que lo mejor era decirle la verdad. Así, además, le pediría ayuda para descubrirle y culpabilizarle. Le encontró en el comedor del albergue. Aprovechó para contarle, con todo detalle, no solo lo sucedido con Michael Jr. sino también las deducciones que había sacado sobre su participación en el robo del Santo Grial.

 No creo que quieras hacerlo tú sola. -ironizó el policía obeso – Así que tendremos que ponernos a trabajar todos inmediatamente.

 Vamos a pensar. – propuso la joven - Si él no estuvo en Triacastella, ha contratado a otro o a otros para que lo hagan. Ahora venderán la reliquia y les dará una comisión. Debemos

adelantarnos.

— Hay que estudiar todas las posibilidades. También puede ser que te haya mentido y que fue él quien robó la reliquia personalmente. Debemos desconfiar de todo.

— De todas las maneras, ahora tienen que venderla. Ahí es donde los podemos coger. Además, tendrán prisa por desprenderse de una reliquia tan valiosa.

Pablo Allende estuvo tentado, en ese momento, de confiar a Luisa María la operación que estaba llevando el sacerdote. Se resistió a hacerlo. Había prometido mantenerlo en secreto. Además, podía ser ventajoso llevar dos maniobras paralelas.

— ¿Tú qué harías? -preguntó el policía a la joven - Si tú estuvieras en el lugar de tu ex novio, si hubieras robado la reliquia, ¿qué harías?

— ¿Yo? – se extrañó Luisa María - No lo sé. No estoy en su lugar. No lo puedo ni imaginar.

— Yo no me precipitaría. Me llevaría la reliquia a Estados Unidos y dejaría pasar el tiempo.

— ¡Eso sería catastrófico! – se asustó la joven - Si pasa el tiempo, ya no nos serviría para nada. Mi papá está a punto de morirse.

— ¡No te pongas nerviosa! Pensemos con calma. ¿Tu ex novio es inteligente?

— Yo creo que no. Es más bien un bravucón. Un 'echao pá adelante', creo que se dice en España.

— Nuestra única esperanza está en que tu ex novio sea muy impulsivo y poco reflexivo.

— He quedado con él mañana a las ocho y media de la tarde en la hamburguesería del complejo turístico de Monte do Gozo.

20.11 Felipe había observado previamente el restaurante de puertas verdes donde tenía la cita con el vendedor del Santo Grial. Había que decirlo más exactamente en singular. Era una puerta amplia, pero una sola. Desde luego, estaba pintada de verde.

Cinco minutos antes de las ocho, se acercó. Estaba cerrado. Dio una vuelta intentando calmar los nervios. Se había vestido discretamente, aunque con cierta elegancia. No llevaba corbata, pero sí unos zapatos brillantes y una chaqueta de punto.

No abrieron hasta las ocho y siete minutos. Primero, se encendieron las luces interiores del local. Desde dentro, giraron la llave y subieron la protección metálica. Nada más abrir la puerta, el camarero colocó el cartel anunciador con la carta de platos que podían elegirse.

□ Buenas tardes. -dijo el sacerdote al sorprendido camarero.

□ Todavía no estamos preparados. Va a tener que esperar.

□ No me importa. Esperaré.

□ Entonces, pase. ¿Va a cenar Vd. solo?

□ Espero a otra persona.

□ Puede ponerse en aquellas mesas. La de la ventana está reservada.

Apenas le dio tiempo a sentarse. Sonó el teléfono que estaba cerca del mostrador en la otra esquina del restaurante. El camarero, que estaba ofreciéndole la carta de vinos, se disculpó y fue a cogerlo. A esa distancia, no se podía oír lo que decían. Pero Felipe comprendió que la conversación tenía relación con él por las miradas que le dirigía el camarero.

□ ¿Se llama Vd. Felipe? -le preguntó el camarero, que había dejado el teléfono descolgado en espera de respuesta.

□ Sí. Yo me llamo Felipe.

□ Entonces, la llamada es para Vd.

El sacerdote trató de disimular sus nervios. Caminó sin vacilar hasta el mostrador. Tosió para aclarar la voz, antes de coger el auricular.

□ Dígame... Sí. Soy yo... Por supuesto. Estoy solo... ¿No va a venir a la cita?... ¿Cómo me ha dicho el nombre?.. Ahora le he oído. Restaurante Carretas.... Sí. En la calle del mismo nombre... No se preocupe del número. Lo buscaré yo... ¿No es un poco pronto? No sé si me va a dar tiempo a llegar desde aquí... Está bien. Estaré a las nueve en punto. Tomaré un taxi aquí mismo, en Monte do gozo. Muchas gracias.

El sacerdote colgó el teléfono bastante aturdido por el nuevo recado recibido. Ahora tenía que trasladarse precipitadamente a un restaurante de Santiago de Compostela. El camarero se quedó mirándole.

□ Lo siento. Tengo que irme.

□ ¿Ya no se queda a cenar?

□ Mi amigo me ha ... Mi amigo me ha dicho que no puede venir hasta aquí y me ha citado en otro restaurante. Lo siento de verdad. ¿Tengo que darle algo?

□ ¡No! – respondió al camarero con resignación – Es una faena. Pero no me debe nada.

De todos modos, el sacerdote vaticano le dio una propina de cinco euros por las molestias ocasionadas. El camarero se lo agradeció y guardó el billete.

20.12 — Laura, atenta. – advirtió Pablo Allende - Tienes una nueva misión. Deja lo que estés haciendo. Te incorporas a la investigación en el terreno.

— ¡Bien! Ya era hora. – se alegró la responsable de información - Ahora voy a poder demostrar mi capacidad para llegar a subdirectora.

— ¡Deja de auto felicitarte! Tienes que preparar un maletín con papeles que parezca que llevas más de un millón y medio de euros.

— ¿Cómo lo calculo? – preguntó con atención Laura Castro, la joven policía rubia de pelo corto.

— En caso de duda, que abulte más. Tienes que tener preparado también un micrófono inalámbrico fácil de camuflar.

— ¿Algo más?

— Tú, estate preparada para realizar alguna misión fuera de la comandancia. ¿De acuerdo? En cuanto esté todo preparado me avisas. Hay prisa.

— Jefe, gracias por darme una oportunidad fuera de la Comandancia. No te voy a defraudar.

20.13 — Es evidente que me tenéis apartada. No me convocáis para las reuniones, ni me informáis de las novedades.

Teresa Miranda había decidido esperar en la puerta del pabellón principal que servía de albergue para los peregrinos en Monte do Gozo. Deseaba entrevistarse con Pablo Allende o con el sacerdote. Quería protestar ante ellos. Estaba segura de que la estaban marginando. Tenía algún miedo, porque podía ser que hubieran descubierto su doble juego. Pero se convenció de que, incluso en ese caso, debía protestar. Si ellos tenían conocimiento de que era ella la que pasaba información a la banda de ladrones y asesinos, era mejor saberlo. Así podía negarlo.

Se alegró de encontrarse primero con el responsable de la investigación criminal. Era más lógico presentar una queja ante otro policía que ante el sacerdote. Además, tenía más confianza con él.

— Si no me tenéis informada de lo que está pasando, no podré proteger bien a Luisa María.

— La verdad es que no está pasando nada. – mintió el policía – Estamos todavía investigando el ataque que sufrió el peregrino Andrés García de Nanclares.

— ¿Del robo del Santo Grial no hay ninguna pista?

— A no ser que tengas tú algo, no poseemos nada. – reconoció Pablo Allende.

— Otra cuestión. ¿Habéis descubierto quién es el que pasa información a la banda?

Teresa Miranda se atrevió a realizar esa pregunta, pero con cierto temor. A ver si esa era la ocasión para saber que la habían descubierto. Pero el investigador puso, enseguida, cara de desconocimiento. Pareció incluso que era un tema que tenía algo olvidado. Todo eso le dio fuerza para pedir que la tuvieran más en cuenta.

— Estamos ya llegando a Santiago. – aseguró la falsa policía – Tendrán que precipitarse los acontecimientos. Si no me tenéis informada al momento, no podré proteger a Luisa María.

20.14 Luisa María llegó a la puerta de la hamburguesería con antelación a la hora fijada. Estaba convencida de que su ex novio no iba a estar. Se notaba nerviosa y prefería ir con tiempo para calmarse. Echó un vistazo. Comprobó que no estaba y se sentó en un banco frente a la entrada del establecimiento para observar a todos los que llegaban.

— Me podré cómoda. Seguro que me toca esperar bastante.

20.15 — Don Manuel, se acaban de recibir mensajes urgentes de todos los convocados para reinstaurar la Orden del Temple. – indicó la secretaria del presidente de Galicia - Dicen que están desconcertados. Han recibido una anulación de la convocatoria. La firma el presidente del Gobierno de España y presidente del Partido Popular español.

— ¿Los miembros de la familia Bush también?

— ¡Todos! Han mandado mensajes los siete miembros elegidos para dirigir la orden.

— Al 'bigotes', se le han subido los humos. – reaccionó el veterano político con enfado hacia el actual presidente de su partido – ¡Yo se los voy a bajar! Soy el fundador del partido. No me alcanza ni a la suela del zapato en categoría política.

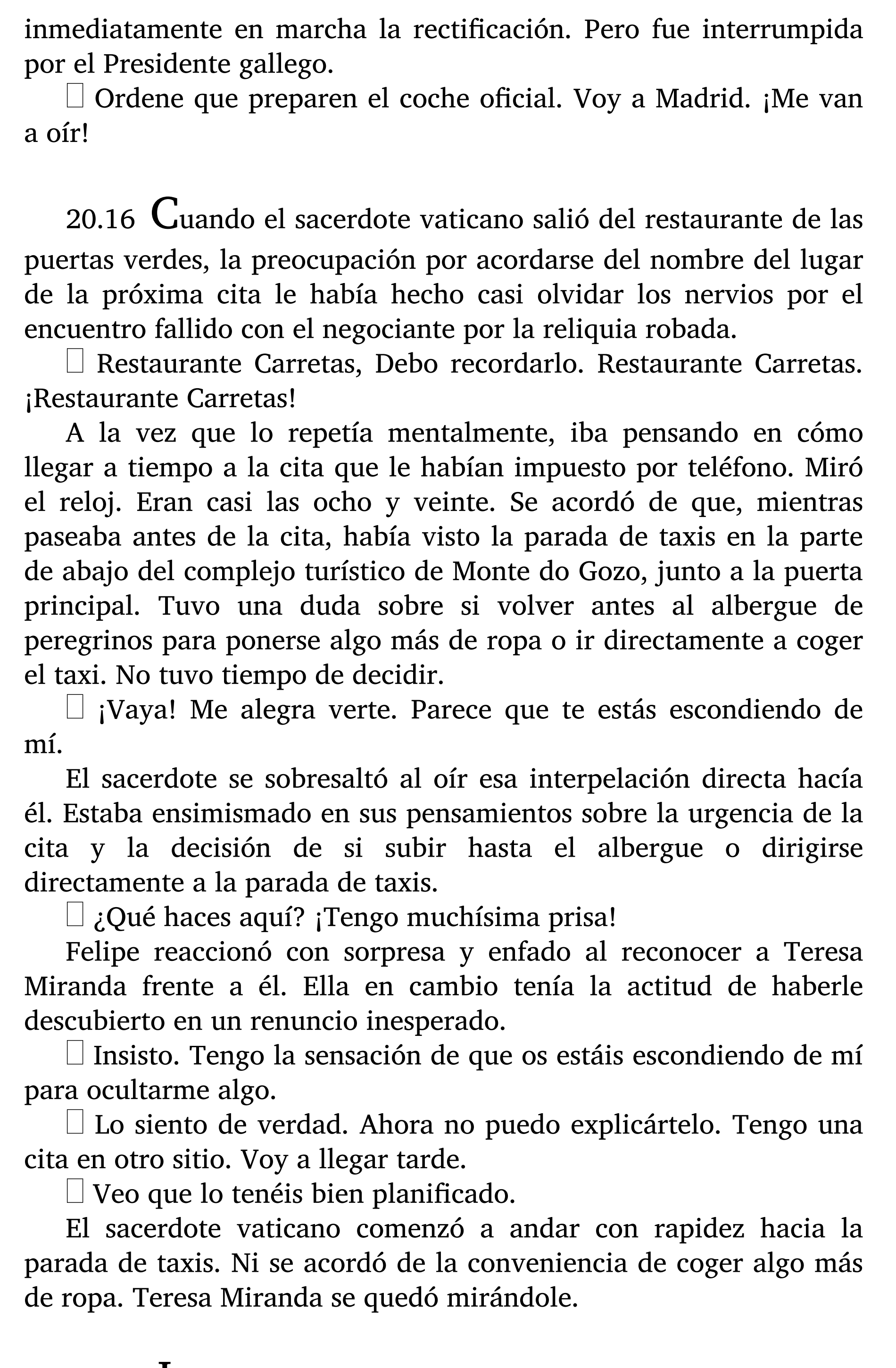
— ¿Qué hago, don Manuel? – exigió entre nervios la secretaria – me piden una respuesta.

— Conteste que se mantienen todos los planes. ¡Reinstauraremos la Orden del Temple! Ellos siete y yo seremos los grandes refundadores. Desautorice al 'bigotes' con contundencia.

— El único que sigue ofreciéndose es Silvio Berlusconi.

— ¡Olvídese de Berlusconi! Confirme a todos los demás.

La secretaria se dirigió con rapidez a la puerta. Deseaba poner



inmediatamente en marcha la rectificación. Pero fue interrumpida por el Presidente gallego.

— Ordene que preparen el coche oficial. Voy a Madrid. ¡Me van a oír!

20.16 Cuando el sacerdote vaticano salió del restaurante de las puertas verdes, la preocupación por acordarse del nombre del lugar de la próxima cita le había hecho casi olvidar los nervios por el encuentro fallido con el negociante por la reliquia robada.

— Restaurante Carretas, Debo recordarlo. Restaurante Carretas. ¡Restaurante Carretas!

A la vez que lo repetía mentalmente, iba pensando en cómo llegar a tiempo a la cita que le habían impuesto por teléfono. Miró el reloj. Eran casi las ocho y veinte. Se acordó de que, mientras paseaba antes de la cita, había visto la parada de taxis en la parte de abajo del complejo turístico de Monte do Gozo, junto a la puerta principal. Tuvo una duda sobre si volver antes al albergue de peregrinos para ponerse algo más de ropa o ir directamente a coger el taxi. No tuvo tiempo de decidir.

— ¡Vaya! Me alegra verte. Parece que te estás escondiendo de mí.

El sacerdote se sobresaltó al oír esa interpelación directa hacía él. Estaba ensimismado en sus pensamientos sobre la urgencia de la cita y la decisión de si subir hasta el albergue o dirigirse directamente a la parada de taxis.

— ¿Qué haces aquí? ¡Tengo muchísima prisa!

Felipe reaccionó con sorpresa y enfado al reconocer a Teresa Miranda frente a él. Ella en cambio tenía la actitud de haberle descubierto en un renuncio inesperado.

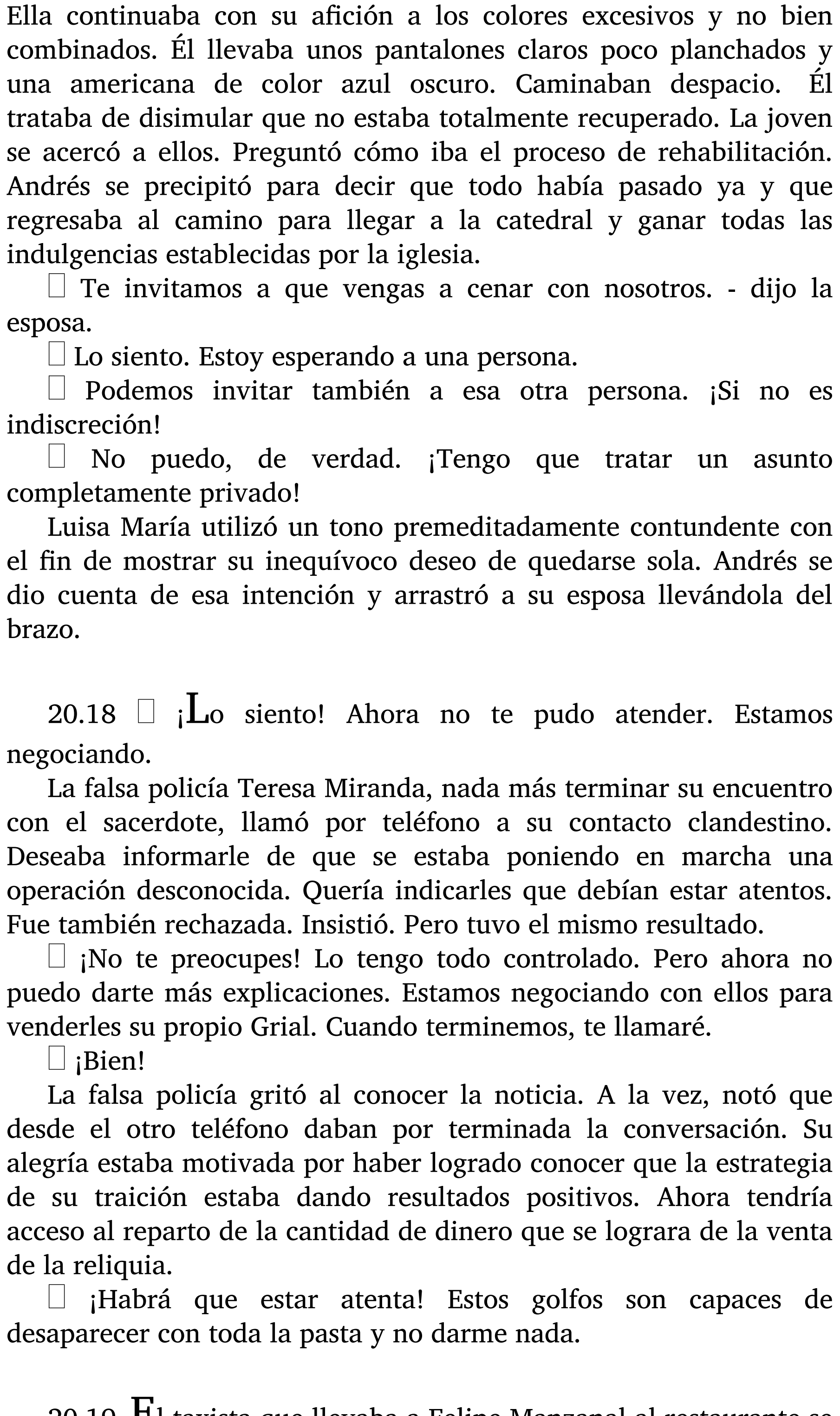
— Insisto. Tengo la sensación de que os estáis escondiendo de mí para ocultarme algo.

— Lo siento de verdad. Ahora no puedo explicártelo. Tengo una cita en otro sitio. Voy a llegar tarde.

— Veo que lo tenéis bien planificado.

El sacerdote vaticano comenzó a andar con rapidez hacia la parada de taxis. Ni se acordó de la conveniencia de coger algo más de ropa. Teresa Miranda se quedó mirándole.

20.17 Luisa María estaba todavía esperando, sentada en el banco frente a la hamburguesería, cuando pasaron por allí, Andrés y su esposa Juana Grijalva. Iban los dos elegantemente vestidos.



Ella continuaba con su afición a los colores excesivos y no bien combinados. Él llevaba unos pantalones claros poco planchados y una americana de color azul oscuro. Caminaban despacio. Él trataba de disimular que no estaba totalmente recuperado. La joven se acercó a ellos. Preguntó cómo iba el proceso de rehabilitación. Andrés se precipitó para decir que todo había pasado ya y que regresaba al camino para llegar a la catedral y ganar todas las indulgencias establecidas por la iglesia.

— Te invitamos a que vengas a cenar con nosotros. - dijo la esposa.

— Lo siento. Estoy esperando a una persona.

— Podemos invitar también a esa otra persona. ¡Si no es indiscreción!

— No puedo, de verdad. ¡Tengo que tratar un asunto completamente privado!

Luisa María utilizó un tono premeditadamente contundente con el fin de mostrar su inequívoco deseo de quedarse sola. Andrés se dio cuenta de esa intención y arrastró a su esposa llevándola del brazo.

20.18 — ¡Lo siento! Ahora no te pudo atender. Estamos negociando.

La falsa policía Teresa Miranda, nada más terminar su encuentro con el sacerdote, llamó por teléfono a su contacto clandestino. Deseaba informarle de que se estaba poniendo en marcha una operación desconocida. Quería indicarles que debían estar atentos. Fue también rechazada. Insistió. Pero tuvo el mismo resultado.

— ¡No te preocupes! Lo tengo todo controlado. Pero ahora no puedo darte más explicaciones. Estamos negociando con ellos para venderles su propio Grial. Cuando terminemos, te llamaré.

— ¡Bien!

La falsa policía gritó al conocer la noticia. A la vez, notó que desde el otro teléfono daban por terminada la conversación. Su alegría estaba motivada por haber logrado conocer que la estrategia de su traición estaba dando resultados positivos. Ahora tendría acceso al reparto de la cantidad de dinero que se lograra de la venta de la reliquia.

— ¡Habrá que estar atenta! Estos golfos son capaces de desaparecer con toda la pasta y no darme nada.

20.19 El taxista que llevaba a Felipe Manzanal al restaurante se

negó a buscar con el coche el número exacto en que se hallaba el local. Le dejó en el comienzo de la calle. El sacerdote, tras comprobar en su reloj que llegaba con el tiempo justo, echó a correr para encontrarlo. No estaba lejos. Nada más entrar en el local, justo al cruzar la puerta, el camarero de la barra se dirigió a él e hizo una señal para que se acercara.

— ¿Se llama Vd. Felipe?

El sacerdote quedó sorprendido. Incluso miró hacia atrás para ver si había entrado otra persona a su lado sin que se hubiera dado cuenta. Pero el camarero insistió.

— ¿Se llama Felipe o no?

— Sí. Me llamo Felipe. ¿De qué me conoce?

— Esa llamada de teléfono es para Vd.

Todavía más sorprendido, se acercó hasta la esquina de la barra donde estaba el teléfono ya descolgado. Lo cogió con precaución.

— ¡Dígame!

— No estés sorprendido. Soy yo, el poseedor del santo Grial. Te he llamado en cuanto te he visto llegar. Ahora también te estoy viendo.

Felipe se volvió instintivamente para comprobar si alguien en la sala estaba hablando desde algún teléfono móvil. Entre los clientes del bar – restaurante, no vio a nadie hablando por teléfono.

— Yo te veo. Pero tú no me puedes ver por mucho que mires. Pon atención. En esta misma acera, hacia arriba, hay otro bar. Ése no es restaurante. No hables con nadie y vete hasta allí inmediatamente. Recuerda que te estoy mirando. No des ningún paso en falso, ni hagas ningún gesto a nadie.

— ¿Cómo se llama el bar? - El sacerdote se quedó sorprendido de que hubiera acertado a formular esa pregunta dado el alto grado de desconcierto y nerviosismo en que se hallaba por el control a que estaba siendo sometido.

— El primer bar que encuentres en esa acera. Vete ahora mismo y sin relacionarte con nadie.

— Felipe colgó el teléfono con cuidado. Inicialmente no se atrevió a dirigir otra mirada a los que estaban junto a la barra y en las mesas. Cuando se decidió, comprobó que nadie estaba guardando ningún teléfono móvil. Caminó hacia la puerta y salió.

— ¡Eh! ¿Qué pasa aquí? Usan el teléfono y no consumen nada. - protestó el camarero de la barra.

20.20 — ¡Exijo respeto! – gritó Fraga Iribarne - Yo soy el fundador de todo esto. No tolero que ningún mequetrefe, aunque

tenga bigotes, se interfiera en mi camino.

□ La llegada del presidente gallego a la sede central de su partido político en Madrid fue apoteósica. Entró con todo su ímpetu, con su vaivén característico. Iba blandiendo el bastón. Preguntaba a gritos donde estaba 'ese', en referencia al actual presidente. Algunos veteranos trataron de calmarlo. No le hizo caso. A los más pesados, les amenazó con el bastón. Fue abriendo puertas y dando portazos. El presidente, que no estaba en el edificio, tuvo que presentarse inmediatamente. Debió formarse toda la junta de gobierno. No dejó hablar a nadie. Él les dirigió una arenga muy airada. Las acusaciones llegaron al nivel de los insultos. Exigió que nadie se metiera en sus asuntos.

□ Este proyecto de la restauración de la Orden del Tempe es el más ambicioso proyecto de este momento político en el mundo. No cuento con vosotros ni para explicároslo. No lo entenderíais. No tenéis altura intelectual ni política. ¡No acepto ni una sola interferencia más! ¿De acuerdo, bigotes? Ya lo sabes. ¡Ni una sola!

La salida fue igual de vehemente e iracunda. Don Manuel realizó otra exhibición de fuerza, con su vaivén corporal, sin parar de blandir el bastón. Los reunidos, incluido el actual presidente tardaron en recuperar el habla. El Presidente de Galicia se metió en su coche oficial y dio la orden de regresar a Santiago.

20.21 Luisa María estaba ya desesperada frente a la puerta de la hamburguesería, cuando llegó su ex novio. Sin decir nada, la besó en los labios sin gran entusiasmo y se sentó a su lado en el banco. Ella ni se movió esperando una explicación por la tardanza.

□ ¡No me puedo quedar contigo! – dijo Michael son mirarla - Me tengo que ir ahora mismo.

□ ¿Cómo me puedes hacer eso? Has quedado conmigo. -protestó la joven americana.

□ Es un asunto muy importante.

□ ¿Más importante que yo? ¿No has venido a verme a mí? -dijo Luisa María con intención de sacar alguna información de provecho en el frustrado encuentro.

□ He venido por ti y por un negocio muy importante relacionado contigo que tengo que terminar de resolver esta noche.

□ Dime, por lo menos, qué negocio es ese.

□ Hasta que no lo resuelva, no te lo puedo decir. ¡Mañana te lo cuento todo! Chiao.

□ ¿No puedo ir yo a esa reunión contigo? Tú dices que soy tu novia.

— Es una reunión sólo de hombres.

— ¡No seas machista!

— Te lo prometo. Mañana te lo digo todo. ¿Dónde nos vemos y a qué hora? Te dejo que lo decidas tú todo.

— No creas que te voy a estar esperando otra vez. - dijo Luisa María haciéndose la enfadada, una vez que conocía el deseo que Michael por verse.

— No te haré esperar ni un minuto. A partir de mañana estaré sólo para ti. Te aseguro que va a ser una gran sorpresa, pero grande, grande.

20.22 Lo primero que buscó Felipe, al entrar en el bar indicado fue el teléfono. Se hallaba también en una esquina del mostrador, pero estaba colgado. Supuso que le llamarían de un momento a otro. Se acercó.

— ¡No te muevas ni mires hacia atrás! – dijo alguien justo detrás de él - Si haces algún gesto raro, te pincho hasta el corazón.

El sacerdote se quedó inmóvil por el susto recibido al oír esa orden. A la vez, notó un objeto punzante empujando en su espalda, a la altura del corazón. Instintivamente, subió las manos y las colocó sobre el mostrador.

— Si viene el camarero, pides dos vinos tintos con tranquilidad. ¿Has traído el dinero de la reliquia?

Felipe se puso todavía más nervioso. No sabía cómo contestar. Su interlocutor estaba detrás y él no podía volverse. Le hizo un gesto negativo con la cabeza. Sintió que el objeto punzante se apretaba sobre la espalda. Notó perfectamente que era muy puntiagudo.

— ¡Eres imbécil! ¿Entonces, para qué has venido? ¡No contestes! Quiero que mañana me entregues la mitad del dinero, y pasado mañana la otra mitad. ¡No te vuelvas! No digas nada. Ten el móvil abierto desde las diez de la mañana. Te doy tiempo para que prepares el dinero. Yo te llamaré. No se te ocurra avisar a la policía o te rajo igual que a los tíos de la chica y al viejo melenudo. Ahora, llama al camarero y pide los dos tintos.

El sacerdote había estado inmóvil todo el tiempo en una profunda tensión. Obedeció. Llamó al camarero con la mano. Cuando éste se acercó, pidió que le sirviera los dos vinos tintos.

— ¿Dos? - Preguntó el camarero con sorpresa.

— Sí, dos, por favor.

Cuando los vinos estaban servidos, Felipe hizo un esfuerzo para pasar una de las copas a su violento invitado, intentando no

volverse ni mirar hacia atrás. Sin embargo, nadie recogía la copa.

— Tome su vino.

Como seguía sin coger nadie el vino, se fue volviendo despacio y con mucho cuidado. Enseguida, vio que ya no había nadie dispuesto a beber con él.

20.23 — Su santidad me dijo que iba a hacer todo lo posible para estar presente en la reinstauración de la Orden del Temple. Debe ser él quien dé el espaldarazo a los honorables miembros iniciadores. Su ausencia en este momento sería una trai … Quiero decir que sería una gran pérdida si el santo padre no pudiera asistir.

Manuel Fraga Iribarne estaba eufórico, mientras regresaba a Galicia, tras su exhibición de fuerza ante los ‘enanos’ de su partido. Tampoco se recreó en lo que consideraba una victoria ya consumada. Su pensamiento estaba en cómo dar brillantez a la solemnísima ceremonia de reinstauración de la Orden del Temple.

— ¡La clave está en la presencia del papa!

En el coche oficial, fue recordando cómo el papa Juan Pablo II se había entusiasmado con el proyecto. Tenía clavadas sus palabras con la promesa de asistir al solemne acto que debería celebrase en el lugar más destacado de la catedral de Santiago de Compostela. Inmediatamente, desde el mismo coche, organizó la estrategia para establecer contacto telefónico con el vaticano. Ordenó que todo el departamento de la Presidencia de Galicia se pusiera a trabajar en ello. Determinó como objetivo hablar con el cardenal secretario del estado vaticano. Tuvo incluso la tentación de pretender hablar directamente con el santo padre. Pensó que había que ser eficaz. Ese cardenal estuvo presente en la audiencia y conocía la promesa papal. No fue fácil la empresa. Pero se consiguió. Antes de llegar a la sede del gobierno gallego, estaba hablando con el ayudante directo de Juan Pablo II. La insistencia y tenacidad del veterano político llegó casi a la impertinencia. Pero logró su propósito.

— Señor Fraga, yo le prometo que esta misma mañana su santidad el papa va a tener conocimiento de su llamada. Yo le garantizo que en un tiempo breve, Juan Pablo II en persona o yo en su nombre le daremos una respuesta.

20.24 — ¡Jefe, Lo tengo todo preparado! – dijo Laura Castro, adoptando un tono de clandestinidad, como si estuviera ya en plena acción – Tengo el maletín y el micrófono inalámbrico.

— ¿Tú estás preparada también? – preguntó Pablo Allende.

—Mejor que en las películas americanas.

—Tampoco te pases. ¡Eh! Vente a Santiago de Compostela. Estate en todo momento dispuesta para intervenir. Te enviaré las instrucciones por mensaje escrito al móvil. Estate atenta.

—Pablo, te doy las gracias de nuevo. Esto es para mí una oportunidad muchas veces soñada.

# 21.- SANTIAGO DE COMPOSTELA

**(Martes, 12 de octubre de 1999)**

21.1 — Don Manuel, todo está preparado para la llegada de las grandes personalidades de la solemne reinstauración de la Orden del Temple. – informó a Fraga Iribarne su secretaria - He dejado todos los otros trabajos para dedicarme a esto. A todos, se les rendirá honores de jefes de estado, como ha indicado. El más solemne será el recibimiento del papa Juan Pablo II. Está todo cronometrado. Habrá dos escenarios principales. Por la mañana, las recepciones en el aeropuerto. Por la tarde, se celebrará la ceremonia en la catedral.

El presidente gallego escuchó con gran satisfacción todos los detalles expuestos por su secretaria. Estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana en este proyecto. Era la culminación de su carrera. Hasta ese momento, parecía un sueño. Ahora ya lo tocaba con la punta de los dedos.

— El protocolo debe estar a la altura de la grandiosidad de este magno acontecimiento. La historia hablará en el futuro de esta reinstauración como el momento en que la civilización cristiana y occidental recuperó todo su protagonismo. Debemos estar a la altura que nos reclama esa historia.

— ¡No se preocupe, don Manuel! Estaremos a esa altura. A no ser que….

— ¿Qué quieres decir? – preguntó Fraga Iribarne con inquietud.

— Me refiero a la incertidumbre que pueda causar Silvio Berlusconi.

— ¡Ni hablar! Ese Berlusconi no puede aparecer.

21.2 El director del lujoso Hostal de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, situado en la plaza del Obradoiro, junto a la catedral, esperó hasta las diez en punto de la mañana. Pensó que era suficiente consideración no adelantarse a esa hora. Debía realizar una muy seria advertencia a uno de los clientes por

organizar un escándalo en las habitaciones con graves molestias para el resto de los hospedados.

Marcó el teléfono interior de una de las habitaciones desde su propio despacho. Tardaron en contestar. El director mantuvo la llamada porque previamente había consultado en recepción y sabía que el cliente se hallaba dentro. Por fin, levantaron el auricular. Contestó una voz ronca e ininteligible.

— ¿Señor Michael López Junior? -preguntó pausadamente el director.

— ¿Quién llama a estas horas?

— Soy el director del Hostal.

— ¿Quién ha dicho?

— El director del Hostal Reyes católicos, donde Vd. está hospedado.

— Hoy no he pedido que me despierten.

— No le llamo para despertarle. Deseo hablar personalmente con Vd. por una falta de disciplina muy grave.

— En otro momento. ¡Ahora déjeme en paz!

— Voy a acudir ahora mismo a su habitación. Prepárese.

— Estoy durmiendo.

— Le ruego que se preparare. Voy ahora mismo.

El director, que había intentado mantener en su conversación un tono severo pero educado, colgó el teléfono. Se puso la chaqueta para dar más solemnidad a su intervención y se dirigió a la habitación con cuyo ocupante había hablado. Michael López Junior le recibió en calzoncillos, bostezando y rascándose la cabeza.

— ¿Puedo pasar? -preguntó el director manteniendo el mismo tono severo y educado.

— Sea breve. Tengo mucho sueño.

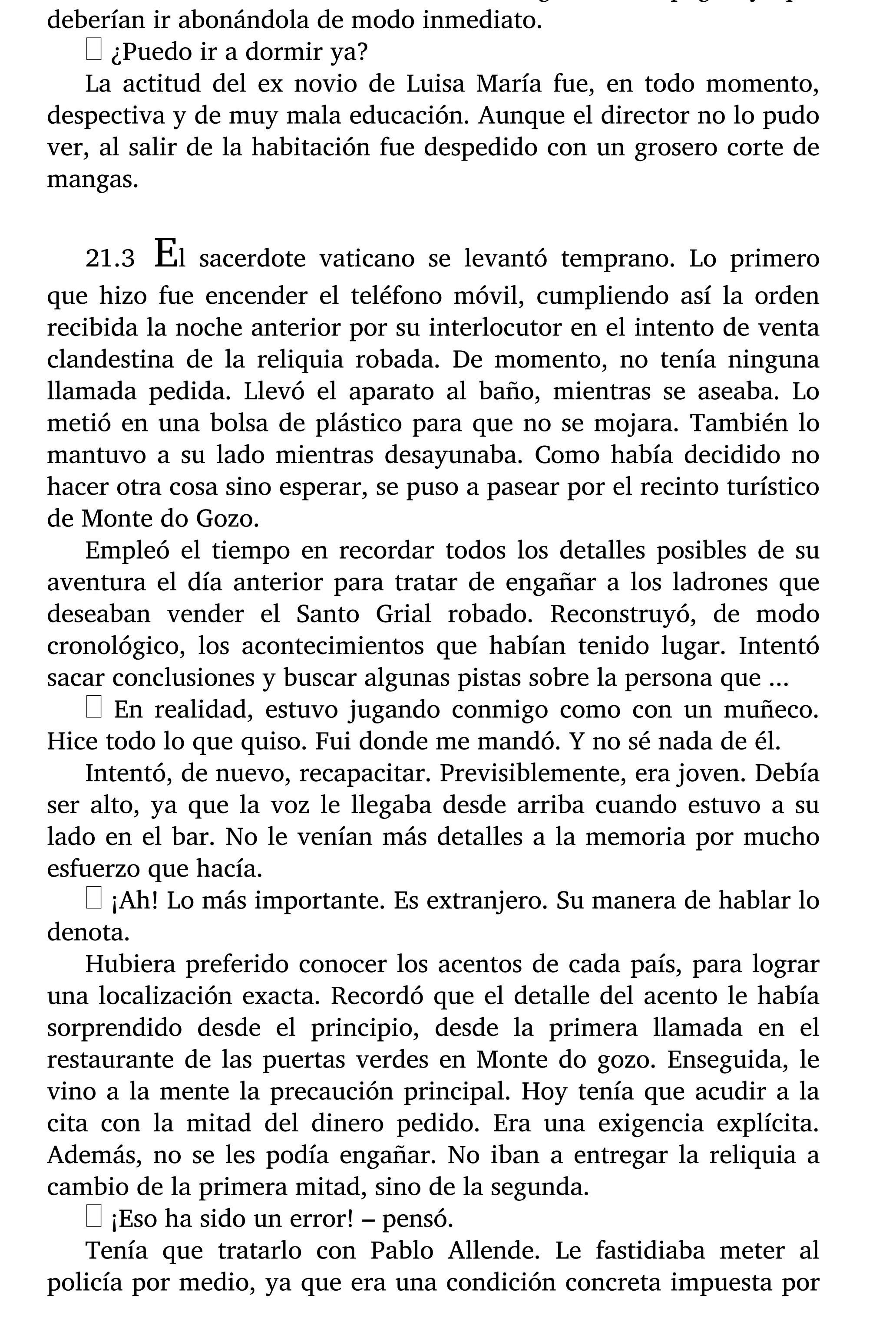
— Seré breve y contundente a la vez. Deseo presentarle una queja oficial por su comportamiento anoche junto con sus compañeros de las habitaciones contiguas.

— En nuestra vida privada, podemos hacer lo que queramos. ¿O no?

— Uds. molestaron gravemente al resto de los clientes del hostal. Dieron gritos y corrieron no sólo en sus habitaciones sino también en los pasillos, con varias señoritas de muy dudosa conducta, que no eran clientes del Hostal.

— Le repito que, con nuestra vida privada, podemos hacer lo que nos dé la gana. ¡Para eso, pagamos!

— Como director, le hago la advertencia oficial de que al próximo escándalo público no sólo serán expulsados, sino que se



avisará a las fuerzas de orden público. Además, le advierto que tienen Uds. una elevadísima cuenta de gastos sin pagar y que deberían ir abonándola de modo inmediato.

— ¿Puedo ir a dormir ya?

La actitud del ex novio de Luisa María fue, en todo momento, despectiva y de muy mala educación. Aunque el director no lo pudo ver, al salir de la habitación fue despedido con un grosero corte de mangas.

21.3 El sacerdote vaticano se levantó temprano. Lo primero que hizo fue encender el teléfono móvil, cumpliendo así la orden recibida la noche anterior por su interlocutor en el intento de venta clandestina de la reliquia robada. De momento, no tenía ninguna llamada pedida. Llevó el aparato al baño, mientras se aseaba. Lo metió en una bolsa de plástico para que no se mojara. También lo mantuvo a su lado mientras desayunaba. Como había decidido no hacer otra cosa sino esperar, se puso a pasear por el recinto turístico de Monte do Gozo.

Empleó el tiempo en recordar todos los detalles posibles de su aventura el día anterior para tratar de engañar a los ladrones que deseaban vender el Santo Grial robado. Reconstruyó, de modo cronológico, los acontecimientos que habían tenido lugar. Intentó sacar conclusiones y buscar algunas pistas sobre la persona que ...

— En realidad, estuvo jugando conmigo como con un muñeco. Hice todo lo que quiso. Fui donde me mandó. Y no sé nada de él.

Intentó, de nuevo, recapacitar. Previsiblemente, era joven. Debía ser alto, ya que la voz le llegaba desde arriba cuando estuvo a su lado en el bar. No le venían más detalles a la memoria por mucho esfuerzo que hacía.

— ¡Ah! Lo más importante. Es extranjero. Su manera de hablar lo denota.

Hubiera preferido conocer los acentos de cada país, para lograr una localización exacta. Recordó que el detalle del acento le había sorprendido desde el principio, desde la primera llamada en el restaurante de las puertas verdes en Monte do gozo. Enseguida, le vino a la mente la precaución principal. Hoy tenía que acudir a la cita con la mitad del dinero pedido. Era una exigencia explícita. Además, no se les podía engañar. No iban a entregar la reliquia a cambio de la primera mitad, sino de la segunda.

— ¡Eso ha sido un error! – pensó.

Tenía que tratarlo con Pablo Allende. Le fastidiaba meter al policía por medio, ya que era una condición concreta impuesta por

el interlocutor. Pero no tenía más remedio. Sólo el responsable de la investigación criminal podía conseguirlo.

21.4 Luisa María estaba esperando la llamada de su ex novio. Nada más levantarse dejó el teléfono abierto por si acaso. No tenía ninguna prisa. Sabía que era un dormilón y no madrugaba. Por eso, se sorprendió cuando sonó la señal indicadora de un nuevo mensaje.

— Este capullo me envía un mensaje en lugar de llamarme y hablar directamente conmigo.

La joven americana protestó para sí misma, mientras se preparaba para leerlo. Se llevó una sorpresa.

— 'Luisi, papá ha vuelto a preguntar por ti. Es lo único q ha dicho en los diez minutos que nos han permitido verle. Ha vuelto a empeorar. Los médicos tienen muy pocas esperanzas. Debes decidir ya si vienes o no. J.J.'

Luisa María se quedó pensativa. Se le nublaron los ojos. Después, se le escaparon las lágrimas. Se limpió para poder leer, de nuevo, el mensaje. Pensó en la posibilidad de dejarlo todo y volver.

— ¡No puedo hacerlo! La única solución está en entregar el Santo Grial en la catedral. ¡Tengo que darme mucha prisa en recuperarlo y llevarlo a la catedral!

21.5 — Te estoy preparando un maletín lleno de papeles de periódico. -dijo Pablo Allende rechazando los argumentos del sacerdote vaticano.

— Hay que entregar dinero auténtico. Después, se podrá recuperar todo. -trató de convencerla Felipe.

— De la religión y de historias sagradas, sabrás mucho. Pero del trato con delincuentes, no tienes ni idea. Hay que cazarlos ya. Tú tienes que hacer de gancho. Es arriesgado. Pero esa es tu misión.

— ¡Me niego! Yo no me juego la vida – se plantó el sacerdote – Estoy muy interesado en esta entrega. Pero no puedo jugarme la vida.

— Venga. No exageres. Yo me encargo de preparar la detención. Lo único que necesito es estar informado de todas las órdenes que te den los ladrones y asesinos. Voy a llamar a un técnico de la policía para que conecte las llamadas de tu móvil al mío. Yo no puedo llamar, pero recibo toda la información.

— Eso no sirve para nada. Me llama a los teléfonos de los bares donde me cita. Lo tienen todo muy bien preparado.

– No te pongas nervioso. Te colocamos en el pecho un micrófono inalámbrico para recibir la información. Lo más importante es que tú parezcas tranquilo. De todo eso, ya se está ocupando mi gente de la comandancia de investigación criminal.

– Te he dicho que no estoy dispuesto a jugarme la vida. Además, no sirve para nada. Ellos pueden ser muchos.

– También nosotros seremos muchos. La policía de Santiago está avisada. De tu seguridad, no tienes que preocuparte. Nos encargamos nosotros.

– ¿Me das garantías, de verdad? – preguntó Felipe Manzanal como síntoma de que se iba ablandando.

– Creía que los sacerdotes no estabais tan apegados a la vida. – ironizó el policía.

– No es momento de bromas.

-Hablo en serio. Nosotros nos encargamos de todo. En cuanto te llame para darte la próxima cita, avísame. El maletín y el micrófono los tendrás en muy poco tiempo. Si no te lo entrego yo. Te lo entregará alguien en mi nombre.

– Date mucha prisa. Esto, cada vez, me parece más peligroso. – se lamentó el sacerdote.

21.6 – Merceditas, ahora debes escucharme con toda la atención. Estamos en el momento decisivo.

Doña Mercedes se puso muy seria para hablar con su hija. Estaban todavía en el albergue de peregrinos de Monte do Gozo. No habían madrugado mucho. Ya estaban cerca de su destino. Sólo faltaban unos cinco kilómetros. La madre intentó que la hija se vistiera con más cuidado para tan esperada ocasión.

– Amá, no hay ninguna esperanza. El apóstol Santiago es un cabón. No va a haced nada pod nosotas. ¡No quiede cudadme la cada!

– Merceditas, no digas esas palabrotas. – corrigió la madre.

– Tú también le llamas cabón y cosas más feas.

– Ahora no debemos enfadarle. – sugirió doña Mercedes – Hay que intentar que, al final, se compadezca de ti.

21.7 Pablo Allende, nada más salir del albergue, se encontró con Luisa María. Continuaba paseando a la espera de recibir la llamada de su ex novio. Trató de convencerla de que no debía seguir es esa actitud pasiva, dependiendo de lo que él hiciera. Era preciso tomar la iniciativa en lugar de ir a remolque.

— Mientras sigamos haciendo lo que él propone, colaboramos con su estrategia. Tenemos que rompérsela. – presionó le responsable de la investigación criminal.

— Yo no puedo tomar la iniciativa. – replicó la joven - No sé dónde está el Santo Grial. Tú, como policía, quieres detener a los culpables. A mí, sólo me interesa recuperar la reliquia y entregarla en la catedral para salvar a mi papá.

— Vamos a conseguir las dos cosas a la vez.

-¡No tienes motivo para asegurar eso! -dijo la joven americana, muy nerviosa por la necesidad de encontrar con urgencia una solución – Ni siquiera estamos seguros de que Michael tenga el Santo Grial. Si nos equivocamos, perdemos las posibilidades de encontrarlo.

— ¡Atiende! Tu ex novio es sospechoso. El principal sospechoso que tenemos. Por lo tanto, debemos actuar sobre él.

— ¡No estamos seguros de que tenga la reliquia!

— Como no estamos seguros, debemos actuar o bien para descubrir dónde tiene la reliquia o para descartarle como sospechoso. Sólo así, podremos empezar a investigar en otra dirección.

— No me has convencido. Pero acepto que tú sabes más que yo. ¿Qué debo hacer?

— El objetivo a conseguir es ir al sitio donde ahora está viviendo tu ex novio. Allí o está la reliquia o existe algún indicio o se descarta todo. Como no conseguimos nada, es citándote en un restaurante o en la puerta de una hamburguesería. Hay que ir a su residencia.

— No creas que es tan fácil. – se quejó la joven.

— No es fácil. ¡Pero hay que conseguirlo!

21.8 — Ahora, en el momento decisivo, me han dejado descolgada. ¡Cabrones!

Teresa Mirada, todavía en Monte do Gozo, estaba intentando sin éxito establecer contacto con sus cómplices clandestinos. No lo lograba. El teléfono de su contacto, el propio Michael López, daba señal. Pero nadie lo cogía.

— ¡Este cabronazo me quiere dejar ahora tirada y llevarse él toda la pasta de la reliquia!

Con esa sensación de fracaso, pensó que era bueno contactar con el responsable de la investigación criminal. Marcó su número. Pablo Allende comprobó, antes de coger la llamada, su procedencia. Al ver que se trataba de Teresa Miranda, decidió no atenderla. No

podía perder tiempo en dar explicaciones. Ya lo haría cuando todo terminara. La falsa policía lo intentó también con el sacerdote. El resultado fue el mismo. Felipe Manzanal estaba muy atareado y nervioso para atenderla. Lo primero que pensó fue que los dos habían descubierto o al menos tenían sospecha de su doble actuación.

□ Algo está pasando aquí. – se dijo la policía – ¡y no bueno para mí!

21.9 Después de mucho esperar, sonó el teléfono móvil de Felipe. Se puso tan nervioso al oír su sonido, que se le cayó. Al agacharse para recogerlo, casi se cae él mismo. Tuvo sólo tiempo para adoptar un tono de seguridad como le había recomendado Pablo Allende.

□ ¡Dígame!

□ ¿Eres el cura del Vaticano?

□ Sí. Soy yo.

□ ¿Tienes la pasta preparada?

□ Me dijiste que preparara la mitad. Eso es lo que tengo preparado. – mintió le sacerdote - Es una muestra de nuestra buena voluntad por negociar.

□ No hables tanto. Sólo contesta a mis preguntas. ¿Está en billetes pequeños?

□ ¡Sí! Está en billetes pequeños, como tú deseas. – afirmó Felipe Allende para seguirle la corriente y darle confianza.

□ Ya no tienes que hablar más. Sólo escucha. Tienes que ir ahora mismo a la Iglesia de Santa María del Camino. Ahora mismo y con el dinero. Para que no pierdas tiempo buscándola, está en la calle de las Casas Reales. Ya te estoy esperando. Te sientas en tercer banco de la derecha enfrente del altar mayor. No hables con nadie. No te veas con nadie. Ya sabes que yo te estoy vigilando.

□ Tienes que darme un poco de tiempo. – pidió el sacerdote, temeroso de que Pablo Allende tardara en entregarle el maletín.

□ ¿Qué pasa? – replicó el comunicante clandestino - ¿Quieres tiempo para prepararme una trampa?

□ ¡No! Sólo tardaré lo que me cueste llegar.

El sacerdote cerró la comunicación con las manos temblorosas. Se acababa de comprometer a entregar el dinero sin tenerlo todavía. El experto en investigación criminal se estaba retrasando más de lo prometido. Volvió a encender el teléfono para reclamárselo. No llegó a marcar su número. Una mujer joven rubia y esbelta con el pelo corto se le acercó.

— ¿Felipe Manzanal? – preguntó ella y no esperó respuesta – Yo me llamo Laura Castro. Vengo de parte de Pablo Allende. Soy también policía. Debo entregarte este maletín y este micrófono.

— Menos mal que has llegado. Debo entregarlo ya. ¿Has dicho que te llamas Laura?

— ¡Sí! Laura Castro. ¡Vamos! Tengo la misión de seguirte a distancia, sin que nadie se dé cuenta. En el camino, te ayudaré a colocarte el micrófono en el pecho.

El sacerdote se quedó sorprendido por la rapidez con que actuaba la policía recién llegada. En principio, la sorpresa fue bien recibida, porque resolvía la preocupación más grave de tener un maletín, aunque falso, que entregar.

— Para mí, esto es una aventura apasionante y una oportunidad que estaba buscando. – confesó Laura con entusiasmo – Hasta ahora he trabajado en las oficinas de la comandancia. Sabes dónde tenemos que ir. ¿No? Pues, adelante. Seguro que lo conseguimos.

21.10 — ¿Quién llama, ahora? ¿Es que no voy a poder dormir? - gritó Michael al contestar a la llamada de su teléfono móvil.

— Michael, soy yo, Luisa María. No te enfades. - dijo la joven con temor al ser rechazada con ese exabrupto.

— ¿Qué quieres? Estoy durmiendo.

— Deseo estar contigo.

— Te he dicho que estoy durmiendo. - contestó el ex novio rechazando la proposición.

Luisa María tuvo los suficientes reflejos para aprovechar la ocasión y hacerle ver su ex novio que podía ser la oportunidad para estar juntos. Para ella, era la mejor manera de llegar hasta su actual residencia. Carraspeó para adoptar un tono sugestivo.

— Bueno. La cama es el mejor sitio para estar juntos. ¿No crees?

— ¿Qué quieres decir? – preguntó Michael, sentándose en la cama.

— ¿Te lo tengo que decir más claro? Quiero estar contigo ahí donde estás.

— ¿En la cama .... ¿Con todas las consecuencias?

-¿No te parece bien? Siempre me has dicho que es lo que más deseas.

Hubo un momento de silencio. Luisa María temió haberse pasado en la propuesta para encontrarse con Michael en su actual residencia. Esperó la respuesta con tensión. Estuvo a punto de intervenir de nuevo. No hizo falta.

— ¡Vente inmediatamente! Vete quitándote las bragas. Yo

comienzo a ponerme cachondo. Ya la tengo dura.

La joven americana no llegó a darse cuenta de la grosería que acababa de decir su ex novio. Simplemente comprendió que aceptaba recibirla en su actual residencia. El objetivo estaba cumplido.

— No sé dónde te hospedas. -preguntó con la tensión de superar la última prueba.

— Hostal Reyes Católicos, habitación ciento veintitrés. Ven muy rápido. Estoy ya a tope.

Al desconectar el teléfono, Luisa María se dejó caer en la silla más cercana, a la vez que expulsaba todos los nervios que había acumulado durante la conversación.

21.11 El sacerdote vaticano iba en el taxi camino de la Iglesia de Santa María del Camino. Le acompañaba Laura Castro. Llevaba el maletín de cuero negro. Lo tenía colocado encima de las piernas y lo acariciaba como si de él dependiera su vida. Ambos estaban nerviosos. Él se sobresaltó cuando sonó su teléfono móvil. Retiró el maletín y se lo entregó a su nueva compañera. Tosió instintivamente para disimular los nervios.

— Dígame.

— No contestes. ¡Sólo escucha! No vagas a la Iglesia de Santa María del Camino. Vete a la iglesia de San Benito. Ponte en el sexto banco del lado izquierdo frente al altar mayor. Ven inmediatamente.

La comunicación se cortó repentinamente. El sacerdote supuso que comenzaba, de nuevo, el juego de la noche anterior con continuos cambios para despistar a los que le pudieran acompañar.

— Señor taxista. Cambio de destino. No vamos a la Iglesia de Santa María del Camino sino a la de San Benito. ¿Sabe dónde está?

— Ningún problema. Giramos y nos vamos a otro sitio. -respondió el taxista, a la vez que volvía a subir el volumen de la música.

— Nos quieren despistar. – valoró Laura Castro haciéndose la experimentada - No debemos ponernos nerviosos.

Al poco tiempo, volvió a sonar el teléfono del sacerdote. Felipe lo conectó preparado ya para cambiar de nuevo de destino.

— Dígame otra vez.

— Soy Pablo Allende. Tranquilo. Supongo que Laura Castro está contigo. Todo está controlado. Ella también está al corriente de todo. Se lo he explicado yo. Cuelgo.

Realmente, la llamada del responsable de la investigación

criminal le produjo tranquilidad. De momento, la estrategia estaba funcionando, aunque era consciente de que estaban todavía en los preámbulos.

□ Era Pablo Allende. – informó a su compañera – Me ha dicho que tú ya sabes lo que hay que hacer.

□ Estoy segura de que todo va a salir bien. Es importante para todos que saquemos adelante esta operación.

21.12 □ ¡Merceditas, te voy a cortar el pelo! – dijo la echadora de cartas de repente.

□ ¡No, amá, pod favod! A mí, me gusta el pelo ladgo con guizos! – se negó la hija.

□ La luna ha entrado ya en su cuarto creciente. Cortarse el pelo trae buena suerte. Lo vamos a necesitar todo para que el apóstol se apiade de ti. Ya te volverá a crecer.

□ Amá, el apóstol no se va a compadeced de mí nunca. Me tiene dabia.

□ Merceditas, hazme ese favor. Déjame que te corte el pelo. Así el apóstol no tendrá ninguna excusa.

□ Bueno. – accedió la joven – Pedo vedás cómo el apóstol no se compadece de mí.

La madre comenzó a cortar los largos rizos del cabello de su hija. Merceditas se quedó quieta. Pero unas gruesas lágrimas silenciosas comenzaron a salir de sus ojos.

21.13 □ ¿Cuánto tiempo quieres que espere para asaltar la habitación de tu ex novio? - preguntó Pablo Allende a Luisa María para terminar de coordinar el plan de actuación.

□ Tienes que intervenir nada más que yo llegue. Tengo mucho miedo.

□ Tienes que vencer el miedo y resistir un poco más. Intervenir nada más que llegues es demasiado precipitado. Debes darle confianza. Debes darle un tiempo para que se relaje, se entregue y pierda todas las dudas.

□ Debes intervenir pronto. ¡No quiero que me ... ¡No quiero acostarme con él!

□ Dale conversación. Hazte de rogar.

-Conociéndole, seguro que me va a vio ....

Luisa María terminó la frase con un gesto expresivo de la tozudez y violencia con las que su ex novio se comportaba en esas ocasiones.

— ¡De acuerdo! Sólo diez minutos. Tendrás que resistirte sólo diez minutos.

— Bueno. Que sea lo que Dios quiera. – pensó mientras se santiguaba - Mi papá vale mucho más.

21.14 Felipe entró en la Iglesia de San Benito con muchísimos nervios. No sabía en qué mano llevar el maletín. Estaba solo. La policía Laura Castro se había separado con anterioridad. Le había dicho que no se preocupara, que ella estaría vigilando. Pero no la veía por ningún sitio. Una vez dentro del templo, para cumplir todos los requisitos, se acercó primero a la pila del agua bendita. Mojó los dedos y se santiguó. Desde allí, miró hacia el altar mayor. No había mucha gente en los bancos. Calculó unas veinte personas. Quizá alguna menos. Intentó no aparentar ninguna duda, ya que se sentía vigilado. Caminó por el pasillo central. En uno de los últimos bancos había un sacerdote, de rodillas, leyendo un libro religioso de pastas negras. Se notaba movimiento alrededor de los confesionarios. Había más mujeres que hombres. Se fue fijando en los bancos de la izquierda. Hacia el medio de la iglesia, en esos bancos, había tres mujeres juntas, vestidas de negro. Rezaban el rosario. Más adelante, un hombre joven con traje y corbata. El sacerdote vaticano se detuvo para contar los bancos. Se colocó en el sexto de la izquierda, más o menos en el centro. Se puso de rodillas y se santiguó. Rezó para pedir que todo saliera bien. A continuación, se sentó en el banco corrido. Colocó el maletín a su derecha, en el lado del pasillo central. No pasaba nada anormal. No había ruidos extraños. Tuvo tentación de mirar hacia los lados, pero prefirió esperar sin hacer ningún movimiento. Al poco tiempo, por el pasillo lateral de la izquierda se acercó el sacerdote que estaba en los últimos bancos. Se arrodilló a su lado. También se santiguó. Al poco tiempo, se sentó en el banco corrido.

— Pon el maletín a este lado. -dijo con sequedad el sacerdote recién llegado.

Felipe obedeció. Colocó el maletín entre los dos sin hacer ningún comentario. Tampoco se atrevió a mirar de frente a su interlocutor. Sólo le observó de reojo. No notó nada especial. Era joven. Quizá sorprendían un poco las patillas. Eran demasiado largas para un sacerdote.

— Vas a obedecer a todo lo que te diga. Tengo una pistola en el bolsillo de la sotana. Ahora, vas a salir de la iglesia sin hacer ningún gesto raro. El maletín lo dejas donde está. Vas a coger un taxi y te vas a marchar donde quieras. Pronto me pondré en contacto contigo

para la próxima entrega. ¡Ya puedes salir!

El sacerdote vaticano, que había escuchado atentamente, decidió comportarse con tranquilidad. Se arrodilló. Aparentó rezar con piedad y volvió a santiguarse.

— ¡Vamos! Vete de una vez.

Salió del banco. En el pasillo central de la iglesia, hizo la genuflexión. Se volvió para mirar hacia la puerta. Aunque tenía la mirada fija en el fondo, vio que una de las mujeres vestidas de negro, de los bancos posteriores se levantaba y caminaba hacia adelante. Antes de salir, Felipe tomó una decisión arriesgada. En lugar de dirigirse a la puerta, se metió en el último confesionario que estaba en una zona menos iluminada. Desde allí, pudo ver que la mujer vestida de negro se acercaba al banco que él había ocupado y donde todavía estaba arrodillado el sacerdote de las patillas largas. Se sentó a su lado. Notó que le hablaba, pero desde donde estaba, no pudo oír nada. A Felipe, le pareció que debajo del velo le apuntaba con un objeto brillante. Inmediatamente, se acercó al grupo el joven vestido con traje y corbata. Lo hizo precipitadamente y tropezando a la salida del banco, mientras sacaba un objeto brillante del bolsillo.

— ¿Qué pasa quí?

El joven vestido elegantemente no pudo decir más que esa frase en italiano. Una segunda mujer vestida de negro se había precipitado sobre él, le había retorcido el brazo donde tenía el arma y le había obligado a tumbarse en el banco con la cara pegada a la madera. Felipe estaba alucinado por la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos. Estuvo a punto de acercarse para ayudar en caso de necesidad. Pero decidió permanecer dentro del confesionario en la zona no iluminada. Tras unos momentos en los que no se produjo ningún movimiento, el sacerdote vaticano pudo ver el rostro de la mujer que se había acercado en segundo lugar. Se fijó bien. Era Laura Castro. En su pensamiento, Felipe reconoció que la operación había estado bien planificada y realizada sin ningún ruido ni espectacularidad. La policía disfrazada lanzó una mirada panorámica por el templo. No había ningún movimiento anormal en la iglesia. Cogió las armas de los hombres. Comprobó que estaban bien esposados. Tomó el maletín e hizo un gesto para que su compañera saliera con los detenidos, mientras las dos los apuntaban son sus pistolas.

21.15 — ¡Tengo un gran dolor en las heridas del vientre!

Andrés García de Nanclares se había colocado ya la mochila.

Estaba a punto de reanudar el camino de Santiago después del ataque sufrido y la posterior rehabilitación. Había elegido el tramo entre Monte do gozo y Santiago de Compostela por ser muy corto. Estaba convencido de que podía realizarlo. En cambio, su esposa, que estaba a su lado, pensaba que las heridas estaban muy recientes y no se había recuperado suficientemente.

Acababan de salir del albergue de los peregrinos en Monte do Gozo. Caminaban lentamente. Juana Grijalva iba observando a su marido. De repente, Andrés se retorció. Se apretó el vientre con fuerza. Se quejó del dolor. La esposa se asustó. Le llevó hasta uno de los bancos de madera.

— ¡Andrés, no seas cabezota! Así no puedes llegar hasta Santiago.

— Quiero completar el camino sea como sea. – prometió el peregrino a pesar de sus muestras de dolor - ¡Voy a llegar hasta el final de la penitencia, para que no tengas ninguna excusa!

— Debemos tomar un taxi. – indicó la esposa – Allí, en Santiago, he reservado una habitación en un hotel. Iremos directamente.

— ¡No! – rectificó Andrés – Tengo que pasar por la catedral y confesarme. Es la única firma que me falta. Deseo completar todo lo que tengo que hacer. No quiero que, después, me lo puedas echar en cara. Iremos en autobús.

— ¡Seguirás siendo cabezota hasta que te mueras! – sentenció Juana Grijalva.

— ¡Juana, te conozco! No me voy a exponer a que, a la hora de la verdad, no cumplas tu parte del trato.

21.16 Cuando Luisa María llamó al timbre de la habitación número ciento veintitrés del Hostal Reyes Católicos, le temblaban las manos. Tuvo que hacer una respiración profunda para calmarse. Abrió Michael en calzoncillos. No bostezaba, pero mantenía sus pelos totalmente revueltos. En el bulto de su entrepierna, se notaba la excitación sexual de su pene ya erecto. En el mismo pasillo, se abrazó a ella, la empujó hacia su cuerpo con fuerza y la palpó libidinosamente, sin que ella pudiera reaccionar ni resistirse.

— ¡Espera a que entremos en la habitación!

Es lo único que la joven americana logró decir. Mientras, trataba de desembarazarse de los brazos de su ex novio, que ya estaba palpando sus partes íntimas. No consiguió separarse de él. Al menos, logró que, con un esfuerzo, los dos entraran en la habitación, a la vez que cerraba la puerta con el pie.

— ¡Déjame respirar, por lo menos! - suplicó Luisa María,

mientras luchaba con manos y codos para separarse.

Michael no cedió en el ataque sexual. Comenzó inmediatamente a desabrochar los botones de la ropa de su ex novia. Ésta se resistía. Trataba de escapar. Pero era siempre alcanzada. Así que decidió adoptar una actitud de resistencia pasiva en lugar de forzar una oposición frontal que estaba resultando perjudicial para ella.

21.17 — ¿Seguro que tu amiga, la que te informa en la Central de la Policía, se llama Laura Castro?

La policía Teresa Miranda llevaba con bastante tensión la falta de noticias sobre el desarrollo de las conversaciones para lo que sus colegas clandestinos habían calificado de ‘venta’ del santo Grial a sus propios dueños. La imposibilidad de contactar con ellos provocaba en ella nervios e incertidumbre. También estaba preocupada porque ni su ‘compañero’ Pablo Allende ni el sacerdote Felipe Manzanal se pusieran en contacto con ella. Tenía dudas incluso sobre si habían descubierto su doble juego. Estuvo durante bastante tiempo buscando una fórmula para romper ese aislamiento. Pensó que debía lograr una confirmación de esas negociaciones por otra vía. Se inclinaba por actuar sobre el sacerdote. El responsable de la investigación criminal manejaba más recursos. Al clérigo vaticano podía decirle que en las oficinas centrales de la policía le habían comentado la existencia de esas negociaciones como rumor y que deseaba confirmarlo. Se detuvo un poco para determinar la pregunta concreta que debía hacer e inmediatamente marcó el número de teléfono.

— Hola, Felipe soy Teresa. Teresa Miranda.

— Lo siento. Ahora estoy muy ocupado. – trató de librarse el sacerdote.

— Sólo es una pregunta. Una amiga mía y compañera de las oficinas centrales de la policía, Laura Castro, me acaba de comentar que ha oído el rumor de que está habiendo conversaciones con los ladrones del santo Grial.

Felipe Manzanal se quedó paralizado. Varias sospechas le llegaron inmediatamente a su cabeza. Teresa Miranda no debía saber nada de las conversaciones secretas que se estaban llevando a cabo. En las oficinas centrales, tampoco debían saber nada. En caso de saberlo, no se lo hubieran dicho a ella. Pero la duda más directa era la alusión a su ‘amiga y compañera’ Laura Castro. No podía haberle dicho nada. Y menos podía haber acabado de decírselo en ese momento. Estaba trabajado con él.

— ¿Seguro que ha sido Laura Castro? – intentó confirmar el

sacerdote.

— ¡Sí! Laura y yo tenemos mucha amistad.

— Yo, en cambio, no te puedo confirmar nada. No tengo ni idea. No he oído nada. – mintió Felipe Manzanal – Si tú te enteras de algo más, cuéntamelo. Me interesa mucho. Quizá sea bueno hacer una reunión pronto.

Al terminar la conversación, el sacerdote volvió a meditar sobre las dudas que le había provocado el anuncio de Teresa Miranda. Tras su reflexión, se volvió a ratificar en que los datos no encajaban y que algo raro había en la policía y su deseo de confirmar esas negociaciones que se mantenían en secreto.

— Esto lo tengo que aclarar. – se prometió el sacerdote – Aquí hay mucha trastienda.

21.18 — Don Manuel, soy el secretario de Su Santidad el Papa Juan Pablo II. Me pide el Santo Padre que le comunique que le va a ser imposible asistir a la reinstauración de la Orden del Temple en Santiago de Compostela. Le puedo asegurar que Su Santidad ha hecho todo lo posible por estar presente. Pero ha sido imposible cambiar la reunión del consejo internacional de las confesiones cristianas que estaba convocada con anterioridad.

— La ausencia de su santidad es una gran pérdida. ¡Es una malísima suerte!

— Le repito que el Papa Juan Pablo II ha hecho todo lo posible. De todos modos, ya ha enviado una comunicación solemne para que sea leída en su nombre por el señor Arzobispo de Santiago durante la ceremonia. Además, Su Santidad le promete que asistirá a la próxima reunión con el fin de bendecir ese proyecto, en el que tiene una gran confianza.

— Dígale a su santidad que …

— Espere, don Manuel. No me interrumpa. Todavía hay más. El papa Juan Pablo II me ha manifestado su disposición a ser nombrado caballero y pertenecer a esa reinstaurada Orden del Temple.

— Le ruego, monseñor, que agradezca al papa esta gran deferencia que tiene hacia nosotros. Por mi parte, me comprometo a preparar, en muy poco tiempo, esa otra reunión solemne en Roma para que el Santo Padre sea proclamado primer caballero de la Orden. Tendrá la misma distinción que yo mismo como reinstaurador mayor.

El Presidente de Galicia quedó muy contento de esta conversación. Hubiera preferido que el papa asistiera a la reunión

de Santiago de Compostela. Pero la propuesta de que Juan Pablo II fuera caballero de la Orden del Temple había colmado sus aspiraciones.

21.19 — ¡Es mentira! Yo no he hablado con Teresa Miranda. No he podido decirle nada de las negociaciones con los ladrones y los asesinos.

En cuanto el sacerdote Felipe Manzanal terminó de hablar por teléfono con la falsa periodista Teresa Miranda, volvió a reunirse con Laura Castro. Ella acababa de ultimar las gestiones para que otros compañeros de investigación criminal trasladaran a los detenidos hasta dependencias policiales. Estaba contenta.

— ¡Todo ha ido bien! – exclamó – La primera parte de la operación ha dado resultados positivos. Incluso muy positivos. ¿Ya se te han pasado los nervios y el miedo?

— Me ha parecido que lo has preparado muy bien. ¡Enhorabuena! – felicitó el sacerdote.

— Yo tengo que ir a la comisaría para realizar el interrogatorio de los detenidos. – informó la policía de pelo corto.

— ¿Cuándo tendremos los resultados?

— No tengas prisa. Esto no ha hecho más que empezar. ¿Dónde está el albergue de los peregrinos en Santiago?

— En el seminario.

— Nos vemos allí esta noche.

— ¡Espera! Antes deseo comentarte una cosa. ¿Cómo interpretas tú lo que te atribuye tu compañera Teresa Miranda sobre estas ‘gestiones’ con los ladrones y asesinos?

— ¡En primer lugar, la sudaca yanqui no es mi compañera! – con el tono, Laura Castro dejó muy claro que sus relaciones con la otra policía destacada en el camino de Santiago no eran especialmente buenas – Trabaja también en la policía. Pero no es mi compañera. No he hablado con ella desde hace días. Por lo tanto, no he podido decirle nada de estas ‘gestiones’.

— Ella me ha insistido en que lo sabía porque tú eres su fuente.

— ¡Eso es mentira! Se va a enterar esa cabro …

— No te enfades. – intervino el sacerdote – A mí también me ha sorprendido.

— A Pablo Allende, se lo he dicho muchas veces. Hay que desconfiar de ella. Algo oscuro se lleva entre manos.

— Ahora no tenemos tiempo para tratar ese asunto. Pero, si no se lo has dicho tú, ni se lo he dicho yo, ni se lo ha dicho Pablo, ¿quién se lo ha dicho? ¿Cómo se ha enterado?

— ¡Tenemos que comentarlo con Pablo! – sugirió Laura Castro.
— Lo hablamos esta noche. Ahora vamos a seguir con lo nuestro.

21.20 Pablo Allende llegó a la puerta de la habitación ciento veintitrés del Hostal Reyes católicos con otros dos policías. Procuraron no hacer ruido en el pasillo. Acercó la oreja a la puerta. Oyó el sonido de los somieres de la cama. Colocó a sus compañeros a sendos lados de la puerta y comenzó a manipular la cerradura cuidadosamente, sin hacer ruido, con una llave maestra.

— ¡Policía!

— Entraron apuntando con la pistola. Michael estaba tan excitado y concentrado en su actividad erótica sobre Luisa María que no notó ningún ruido hasta ese momento. La joven ya estaba deseando que llegaran para que su ex novio no consumara la relación sexual. Trataba de prolongar los contactos antes de la penetración, que él buscaba desesperadamente. El ex novio, tras el susto, levantó automáticamente las manos. La joven americana aprovechó para separarse. Recompuso su ropa y cubrió su desnudez involuntaria.

— Tú, vete al baño con tu ropa. Cuando estés totalmente vestida, sales de la habitación.

Pablo Allende dio la orden a Luisa María como si no la conociera de nada, para que su ex novio no se diera cuenta de que estaba al tanto de la operación. La joven obedeció sin dar tampoco muestra alguna de conocer al policía.

— ¿Yo no puedo vestirme? - preguntó Michael, que trataba de tapar sus partes íntimas con las manos.

— Tú te esperas. Ponte de cara a la pared.

El policía obeso aprovechó para inspeccionar visualmente la habitación, mientras sus compañeros maniataban al joven. Prefirió no tocar nada. En cuanto salió Luisa María, ya vestida, ordenó al ex novio que recogiera su ropa y entrara en el baño para vestirse. También indicó a uno de los policías acompañantes que fuera con él para evitar que escapara por la ventana.

— Aunque se haya vestido, -indicó Pablo Allende - no salgáis del servicio hasta que yo os lo diga. ¡No dejes de apuntarle con la pistola en ningún momento!

El propio Pablo Allende cerró la puerta del baño para quedarse sin la presencia del joven. Inmediatamente, hizo una señal para comenzar a investigar y revisar toda la habitación. El policía acompañante se agachó para comprobar lo que había debajo de la cama. Después, retiró el colchón y las sábanas. Pablo Allende

empezó con las mesas, las sillas y las mesillas. Mientras, Luisa María se ocupaba de mirar en el armario.

□ ¡No hay nada!

Los tres se miraron confirmando que no habían encontrado nada en sus respectivas búsquedas. La más decepcionada era Luisa María. Estaba decepcionada y también preocupada.

□ ¿Cómo vamos a justificar ahora este registro?

□ ¡Calma! - la animó el obeso policía - No te des por vencida a la primera.

□ Es evidente que no tiene el Santo Grial.

□ Vamos a registrar otra vez cambiando de sitio. Tú mira las camas. Tú, las mesillas, y yo reviso el armario.

Tampoco encontraron nada. Hicieron un nuevo cambio para terminar la ronda. Los resultados fueron igualmente negativos. Luisa María manifestaba sus nervios con desesperación. El policía acompañante intentaba buscar algún otro escondrijo en la habitación sin hallarlo.

□ ¡Hemos metido la pata hasta el fondo! -sentenció la joven americana.

□ Yo no me doy por vencido. -aseguró Pablo Allende.

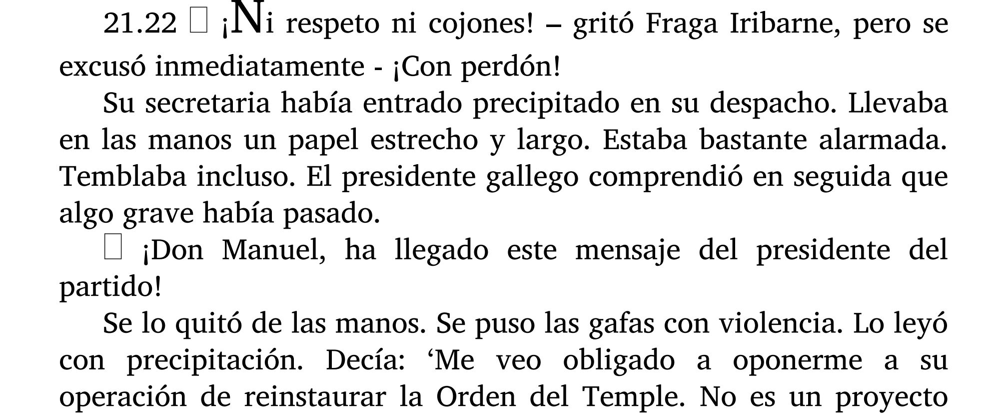
□ No te das por vencido. Pero aquí no está el Santo Grial ni hay nada. – sentenció Luisa María con pesimismo.

21.21 El sacerdote vaticano, al quedarse solo y, después de superar parcialmente la situación de nervios, pensó que era el momento de llamar a Luisa María para darle la buena noticia de la detención de los ladrones del Santo Grial de sus antepasados. Pensó que era también una manera de compensar el daño que podía haberle hecho.

□ Bueno. Esto puede, incluso, ayudar a la reconciliación. – pensó.

Sacó el móvil y buscó el número. Pero se detuvo. Consideró que quizá no era el momento más adecuado. El asunto de su relación amorosa requería más calma. Ahora tenía demasiada tensión. Tampoco sabía lo que estaba haciendo ella. Volvió a animarse. A pesar de todo, podía ser una oportunidad. Buscó de nuevo el número del teléfono móvil de Luisa María. Pero interrumpió otra vez el proceso.

□ ¡Es mejor esperar! Todavía no tenemos ningún resultado. A Luisa María, lo único que le interesa es conseguir el santo Grial. La llamaré, cuando tengamos resultados más definitivos.



21.22 — ¡Ni respeto ni cojones! – gritó Fraga Iribarne, pero se excusó inmediatamente - ¡Con perdón!

Su secretaria había entrado precipitado en su despacho. Llevaba en las manos un papel estrecho y largo. Estaba bastante alarmada. Temblaba incluso. El presidente gallego comprendió en seguida que algo grave había pasado.

— ¡Don Manuel, ha llegado este mensaje del presidente del partido!

Se lo quitó de las manos. Se puso las gafas con violencia. Lo leyó con precipitación. Decía: ‘Me veo obligado a oponerme a su operación de reinstaurar la Orden del Temple. No es un proyecto acorde a los tiempos en que vivimos. Me permito decírselo con respeto y con afecto’. Ése fue el momento en que Manuel Fraga Iribarne soltó el grito de ‘Ni respeto ni cojones’. Pero no se detuvo ahí.

— Puedes meterte los bigotes donde te quepan. Caiga quien caiga, voy a reinstaurar la Orden del Temple.

# 22.- LA CATEDRAL COMPOSTELANA

**(Miércoles, 13 de octubre de 1999)**

22.1 En la habitación ciento veintitrés del Hostal Reyes Católicos, Luisa María se echó a llorar con fuertes sollozos a causa de la tensión. Pablo Allende manifestaba su nerviosismo rascándose la barbilla y sin saber qué hacer. Trataba de consolar a la joven americana, a la vez que buscaba una alternativa al callejón sin salida al que había conducido la investigación. Desde el cuarto de baño, el policía acompañante había preguntado dos veces si podían salir.

— ¿Qué le digo yo ahora a Michael? ¿Eh? ¿Qué le digo? - se preguntaba Luisa María entre sollozos - ¿Cómo justifico haberle tendido una trampa simulando que deseaba acostarme con él? ¡Todo para no descubrir nada!

— Se nos ocurrirá una explicación. El no tiene por qué saber que tú estás compinchada con nosotros.

— ¿Te crees que se chupa el dedo?

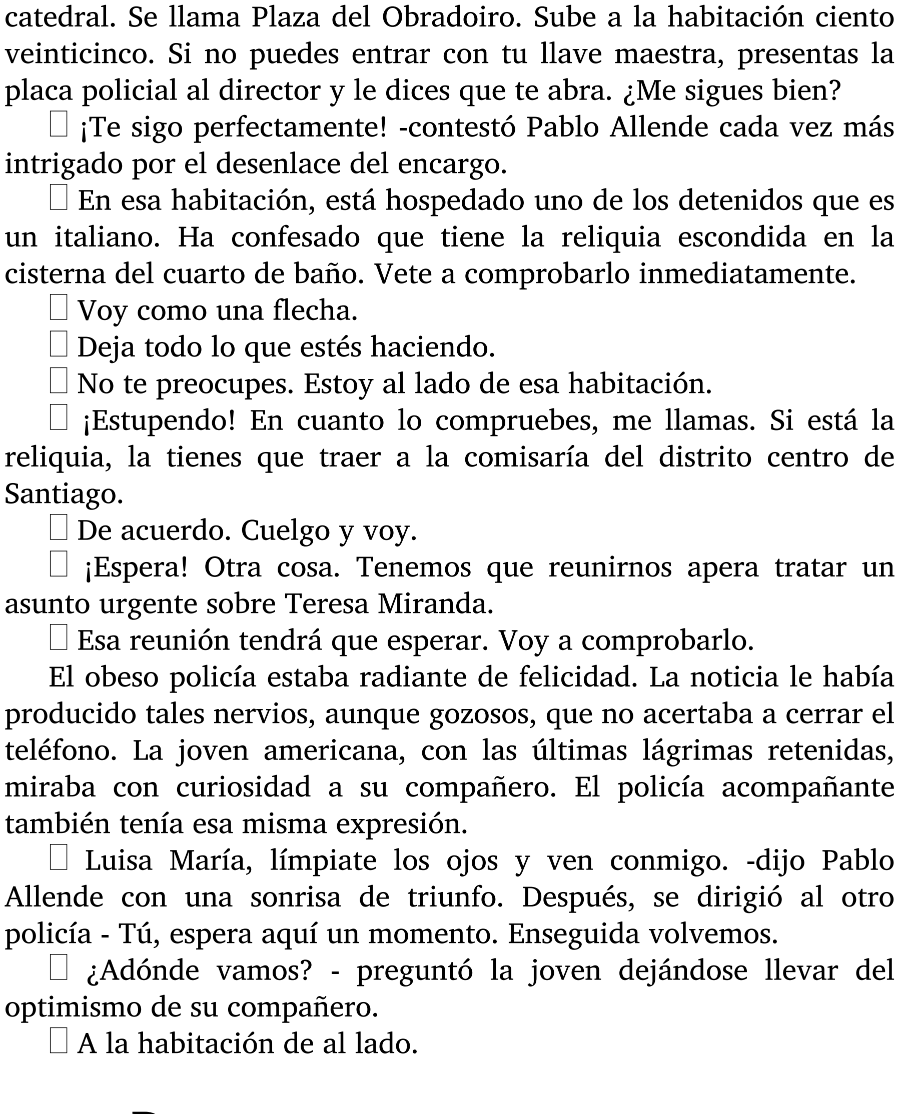
El nuevo golpe de llanto en Luisa María coincidió con el sonido de una llamada en el teléfono de Pablo Allende. El obeso y calvo policía no sabía si consolar a su compungida vigilada o atender la llamada. Pensó que era más urgente lo segundo.

— Pablo Allende al habla.

— Soy Laura Castro. Escúchame bien. Hemos interrogado a los dos sospechosos del robo de la reliquia. Acaban de cantar. Sólo falta comprobar la prueba. Deja todo lo que estés haciendo. Vete al Hostal Reyes Católicos. Es el hotel más...

Pablo Allende estuvo a punto de interrumpir a su compañera para decirle que ya estaba en ese hostal. Un reflejo momentáneo le hizo pensar que, sin decírselo, podría presumir de haber realizado con más rapidez el encargo que le iba a encomendar. Además, era muy complicado explicar por qué se hallaba allí y el fracaso que habían tenido. Así que siguió escuchando.

— ... Es el hotel más lujoso de Santiago. Está en la plaza de la



catedral. Se llama Plaza del Obradoiro. Sube a la habitación ciento veinticinco. Si no puedes entrar con tu llave maestra, presentas la placa policial al director y le dices que te abra. ¿Me sigues bien?

— ¡Te sigo perfectamente! -contestó Pablo Allende cada vez más intrigado por el desenlace del encargo.

— En esa habitación, está hospedado uno de los detenidos que es un italiano. Ha confesado que tiene la reliquia escondida en la cisterna del cuarto de baño. Vete a comprobarlo inmediatamente.

— Voy como una flecha.

— Deja todo lo que estés haciendo.

— No te preocupes. Estoy al lado de esa habitación.

— ¡Estupendo! En cuanto lo compruebes, me llamas. Si está la reliquia, la tienes que traer a la comisaría del distrito centro de Santiago.

— De acuerdo. Cuelgo y voy.

— ¡Espera! Otra cosa. Tenemos que reunirnos apera tratar un asunto urgente sobre Teresa Miranda.

— Esa reunión tendrá que esperar. Voy a comprobarlo.

El obeso policía estaba radiante de felicidad. La noticia le había producido tales nervios, aunque gozosos, que no acertaba a cerrar el teléfono. La joven americana, con las últimas lágrimas retenidas, miraba con curiosidad a su compañero. El policía acompañante también tenía esa misma expresión.

— Luisa María, límpiate los ojos y ven conmigo. -dijo Pablo Allende con una sonrisa de triunfo. Después, se dirigió al otro policía - Tú, espera aquí un momento. Enseguida volvemos.

— ¿Adónde vamos? - preguntó la joven dejándose llevar del optimismo de su compañero.

— A la habitación de al lado.

22.2 Don Manuel Fraga Iribarne se pasó toda la mañana en el aeropuerto de Santiago de Compostela. Incluso tuvo que madrugar. Había establecido un protocolo muy solemne para recibir a los ilustres invitados a la gran ceremonia de reinstitución de la Orden del Temple. Iban a ser todos recibidos con los máximos honores, como si se tratara de jefes de estado. El Presidente de Galicia había decidido que los principales integrantes de la histórica orden de caballeros no merecían menos atención.

El primero en llegar fue el ex canciller alemán Hetmut Kohl. Fraga Iribarne le recibió al pie de la escalerilla del avión. Después se dirigieron a una peana en la que estaba izaba una gran bandera blanca con la cruz roja de la Orden del Temple. La orquesta


nacional de gaiteiros no interpretó los correspondientes himnos de los estados respectivos.

— Este cambio histórico está por encima de los estados – nación del viejo régimen. – había asegurado el anfitrión.

Fraga Iribarne había ordenado la composición de un himno especial de la nueva Orden del temple, tomando como base los sonidos más solemnes de la música medieval. Tras escuchar respetuosamente ese himno y besar con devoción la bandera, el veterano político alemán fue recogido con un lujoso coche y llevado a la residencia oficial que había sido especialmente acondicionada para este acontecimiento.

A continuación, llegó el ex presidente de la República Francesa Jacques Chirac. Se desarrolló el mismo protocolo con idéntica solemnidad. El tercero en llegar fue el ex Primer Ministro italiano Giulio Andreotti. La recepción fue más emotiva por el conocimiento previo que se tenían. Pero los honores rendidos fueron del mismo rango.

El Presidente de Galicia se vio negativamente sorprendido porque a la hora prevista no llegó el resto de los invitados. Primero esperaba la llegada de los tres miembros de la familia Bush. Fraga Iribarne llegó hasta la escalerilla del avión. Pero tuvo que retirarse, ante su ausencia. Allí mismo, pidió explicaciones a los responsables del vuelo. Sólo pudieron decirle que habían esperado más del tiempo establecido. Pero que había resultado inútil. Algo parecido sucedió, después, a la hora fijada para el encuentro con la ex Premier del Reino Unido Margaret Thatcher. Tampoco pudo lograr ningún tipo de explicación. Un tanto nervioso, e incluso enfadado, el veterano político gallego se dirigió a las oficinas centrales del aeropuerto compostelano para enterarse de lo sucedido y tratar de remediar el ridículo que significaría su ausencia.

— ¡La culpa la tiene 'El bigotes'! Está empeñado en que yo fracase en esta operación.

### 22.3 — ¡Voy a tener que escapar a un sitio más seguro!

Por la cabeza de la falsa policía Teresa Miranda pasaron todo tipo de especulaciones. Estaba muy nerviosa por la falta de noticias sobre el desarrollo final de operación. Se veía incapacitada para realizar ninguna gestión por su cuenta. En muchos momentos, estuvo tentada de llamar por teléfono a Michael López, el jefe de los delincuentes. No se decidía porque no sabía en qué circunstancias podía encontrarle. Para compensarlo, miraba cada muy poco tiempo a su teléfono móvil por si había recibido algún mensaje o llamada

perdida.

Lo que decidió fue estar preparada para salir huyendo, en caso de necesidad, con la mayor urgencia posible. Fue al albergue de los peregrinos de Santiago de Compostela, situado en el edificio del antiguo seminario mayor de la diócesis. Se inscribió. Tomó una cama. Pero no deshizo la mochila. Así podía abandonar el local, y la ciudad, con más celeridad.

22.4 —Desde aquí, iremos andando.

Andrés García de Nanclares, y su esposa llegaron en autobús hasta el centro de la ciudad de Santiago de Compostela. Se bajaron en una parada antes de la catedral. Al descender, volvió notar el dolor. Pero mantuvo su decisión. Terminaría el recorrido del camino a pie, como lo había comenzado.

□ ¡Andrés, no seas cabezota! – reiteró se esposa – Yo no voy a poner ninguna excusa para cumplir mi parte del trato. Si vas caminando, pueden empeorar tus heridas. Todavía no están cicatrizadas.

□ He prometido llegar andando. ¡Y llegaré andando!  No quiero arriesgarme a que te eches atrás en todo lo que te queda de vida.

22.5 El responsable de la investigación criminal y Luisa María salieron casi corriendo desde la habitación del Hostal de los Reyes católicos al pasillo. Se dirigieron a la puerta contigua. Deseaban forzar la entrada. Pero un cliente estaba esperando la llegada del ascensor. Otro caminaba en esa misma dirección. Pablo Allende tomó del brazo a Luisa María y caminó despacio para no crear sospechas.

□ ¿Quieren bajar? -les preguntaron, cuando llegó el ascensor.

□ No, muchas gracias. Nos quedamos en este piso. -contestó el policía excediéndose en el gesto de agradecimiento.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Pablo Allende, que ya tenía preparada en la mano su falsa llave maestra, se precipitó hacia la habitación ciento veinticinco. Los nervios y la prisa le hicieron tardar más que en otras ocasiones en la manipulación de la cerradura. Pero consiguió abrir la puerta. Entraron los dos sin hacer ruido y la volvieron a cerrar.

□ ¿Qué hacemos aquí? - preguntó la joven americana cuya curiosidad se había convertido ya en intriga.

□ No preguntes nada y acompáñame.

El policía se dirigió directamente al cuarto de baño. Vio que la

cisterna estaba elevada. Efectivamente, tenía la parte superior ligeramente inclinada. Bajó la tapa del inodoro. Hizo un esfuerzo para subirse solo, pero tuvo dificultades.

□ ¡Ayúdame, por favor!

Se apoyó en el hombro de la joven. Se incorporó. Levantó la parte superior de la tapa de la cisterna. Pudo sacar un paquete envuelto en plástico cerrado herméticamente. Volvió a apoyarse en el hombro de Luisa María y se lo entregó.

□ ¿Qué es esto? -preguntó la joven todavía con más inquietud.

□ Ahora lo veremos. Sigue sujetándome. Hay otro paquete.

Pablo Allende volvió a incorporarse y sacó de la cisterna otro paquete de plástico más pequeño e igualmente impermeabilizado. Se apoyó, de nuevo, en el hombro de la joven y bajó.

Comenzaron a desenvolver el primero de los paquetes. Fue un poco complicado quitar el precinto que cerraba el plástico para que no entrara nada de humedad. Los nervios y la prisa influyeron bastante. Había otros dos envoltorios dentro. Uno de papel y otro de tela. Cuando los quitaron, apareció la lujosa reliquia. Era, realmente, valiosa. Estaba llena de brillantes.

□ ¡El Santo Grial de mi antepasado!

Luisa María tapó con las manos su expresión de sorpresa. Las lágrimas que llegaron a sus ojos no tenían sabor de tristeza. Cogió la reliquia y la besó reiteradamente.

□ ¡La hemos encontrado!

Soltó una de las manos. Abrazó la cabeza de Pablo Allende y le besó. Volvió a mirar el Santo Grial. Se limpió los ojos para verlo mejor. Lo volvió a besar. Lo acarició. El policía dejó que los sentimientos de la joven fluyeran libremente. La miraba con ternura. También llegaron las lágrimas hasta sus ojos, mientras abría el otro paquete. En él, había algunos gráficos, las fotocopias de las cartas y otros documentos.

□ ¡Es como lo describía mi antepasado en sus cartas! -ratificó la joven americana.

Mientras lo miraba, iba acariciando cada una de sus partes. Se detuvo en las tres serpientes que tenían sus cuerpos entrelazados. Pasó el dedo por las largas barbas que adornaban la cabeza de Dios padre. Movió el cáliz para que brillaran las piedras preciosas al recibir la luz artificial de la lámpara. Repasó con el dedo índice las seis letras de la palabra Temple. Lo volvió a besar.

□ Tenemos que envolverla de nuevo. - dijo Pablo Allende con temor de romper el embelesamiento de la joven.

□ ¡Vamos a entregar la reliquia ahora mismo en la catedral!

— Lo siento. Tenemos que llevar los dos paquetes a la comisaría del distrito centro. Vamos a poner las esposas a tu ex novio y le llevaremos también detenido.

— ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

— Laura Castro, otra policía, ha detenido a los dos compinches de Michael y lo han confesado.

— Tengo que dar un beso a esa Laura en agradecimiento. Si tenemos que ir a la comisaría, vamos cuanto antes. Supongo que me la devolverán inmediatamente.

— Habrá que hacer unos papeleos y te la darán enseguida.

Luisa María se encargó de envolver la reliquia, después de besarla de nuevo. Pablo Allende regresó a la habitación ciento veintitrés. Se dirigió directamente al cuarto de baño y puso las esposas a Michael, que pedía explicaciones de lo que consideraba un atropello.

— En la comisaría, te darán todo tipo de explicaciones. ¡Vámonos!

— ¿Puedo llevar yo la reliquia? - pidió Luisa María que cuidaba el paquete como si de una criatura viva se tratara.

— Por supuesto. ¡No perdamos tiempo!

El policía llamó por teléfono a Laura Castro para indicar que iban hacia la comisaría. Informó, con entusiasmo, de que habían encontrado la reliquia y las pruebas de que habían robado las cartas. Añadió que llevaban un nuevo detenido. A preguntas de su compañera, tuvo que explicar una buena parte de lo sucedido, pero quedó en ser más concreto y prolijo cuando llegaran.

— No olvides la reunión sobre Teresa Miranda. Es urgente. Tiene que asistir también Felipe Manzanal.

— En cuanto llegue a comisaría, lo tratamos.

22.6 Doña Mercedes tuvo especial cuidado en asearse antes de llegar a la plaza del Obradorio de Santiago de Compostela. También obligó a Merceditas a acudir limpia y guapa. Se colocaron en el fondo de la plaza enfrente de la catedral. La echadora de cartas atusó el pelo de su hija. Recolocó de nuevo su ropa. Le dio un beso en la frente.

— Aunque no lo sepan ver, tú eres la chica más guapa del mundo.

Ya en la plaza, Merceditas se empeñó en ir a comprar una Coca Cola, porque tenía mucha sed. La madre aprovechó para colocarse en los soportales, frente al Pórtico de la catedral. Se sentó y realizó una sesión del tarot en el suelo. Se la dedicó a su hija. Había

llegado el momento. Era preciso saber si el apóstol iba a realizar el milagro de la curación. Se concentró con más decisión que otras veces. Visualizó la boca de su hija. Intentó recordar sus limitaciones al hablar. Barajó los arcanos mayores. Mantuvo mucho tiempo las manos para transmitir toda su energía. Colocó las cartas sobre las piedras del suelo. Mantuvo los ojos cerrados. A la hora de descubrir el arcano colocado en el centro, se llevó una gran alegría.

— ¡Bien! ¡Por fin!

El grito de la echadora de cartas llamó la atención de las personas que estaban cerca. Ella ni se inmutó. Había salido el arcano número X, la Rueda de la fortuna. Siempre la había interpretado como suerte, como un signo de que iba a suceder lo que se deseaba.

Con esa alegría, llamó a su hija. Se puso a su lado y la cogió de la mano. Comenzaron a andar a la vez, despacio. Le dijo que fuera con la cabeza alta, mirando a la catedral, sin preocuparse de más, dejándose atraer, porque el espíritu del Maestro Mateo infundía paz en todos los peregrinos que se acercaban en disposición de recibirlo.

— Subas por donde subas, hay treinta y tres escalones. - dijo Doña Mercedes a su hija, cuando llegaron a la escalinata, a la vez que apretaba más su mano.

— Yo voy por la dedecha y tú pod ahí. Vedás como llego antes.

Le disgustó a la anciana la propuesta de Merceditas. Deseaba llegar hasta la puerta de la catedral agarrada de su mano. Pero cedió a su deseo. Aunque no se lo hubiera dicho, estaba muy orgullosa del comportamiento de su hija durante todo el recorrido del camino de Santiago. Nunca pensó que llegarían hasta el final, y estaban las dos allí a pocas escaleras del mítico templo.

Sonrió al ver a su hija contenta. Miró cómo subía corriendo. Pensó que el Apóstol no podría resistirse a concederle el milagro que habían venido a pedir. Ya lo había pronosticado el tarot. Hizo un esfuerzo para apresurarse y no hacerla esperar.

Al llegar ante el pórtico, fue Merceditas, sonriente, quien dio la mano a su madre. Las dos miraron con detención sus tres arcos. La hija se detuvo en los instrumentos musicales que llevaban los 24 ancianos del Apocalipsis. Doña Mercedes se arrodilló y puso la mano en la base del parteluz. Introdujo los dedos en las ya profundas huellas que, durante siglos, habían hecho los peregrinos en la piedra. Para Merceditas fue un juego introducir los dedos en aquellos agujeros. Lo intentó de todas las maneras posibles hasta que su madre la arrastró cariñosamente para dar paso al resto de los peregrinos.

22.7 ¡Esto no lo podrá detener ya nadie!

Don Manuel Fraga Iribarne, desde las oficinas centrales del aeropuerto de Santiago de Compostela, montó un gran lío en la sede general de su partido político en Madrid. Revolucionó a toda la administración interna. Obligó a que buscaran al presidente ejecutivo. En todo momento, le designó como ‘El bigotes’ en lugar de utilizar su nombre y su apellido. Le localizaron en la residencia oficial de la Presidencia del gobierno de España. Ante las amenazas de organizar un escándalo internacional, tuvo que abandonar la reunión del consejo de ministros. La bronca que Fraga le echó por teléfono fue descomunal. Utilizó apelativos muy despectivos. Logró que reconociera que había realizado gestiones para que los invitados no acudieran a la constitución solemne de la nueva Orden del Temple. Después, le obligó a hacer unas gestiones contrarias para aconsejar a los miembros de la familia Bush y a la británica Margaret Thatcher que acudieran.

El éxito conseguido frente a su correligionario, pero rival, político hizo que el Presidente de Galicia olvidara su enfado. Volvió a reorganizar todo el protocolo establecido en el aeropuerto. Los ceremoniales de recepción con los tres políticos norteamericanos y con la ‘Dama de hierro’ británica, por separado, estuvieron a la misma altura que los realizados con anterioridad. Todos fueron llevados, entre las atenciones más cuidadas, a la residencia preparada para ese acontecimiento.

Don Manuel Fraga Iribarne se reunió con ellos. Les agradeció muy sinceramente su asistencia. Insistió en que no se arrepentirían porque, para todos, el carácter de caballeros, o dama, de la Gran Orden del Temple iba a ser una distinción que culminaría su brillante carrera política y administrativa que habían desarrollado con anterioridad. También les informó sobre los detalles y formas en que se llevaría a cabo en la catedral la solemne ceremonia de constitución y aceptación como miembros distinguidos de la misma.

22.8 Cuando Luisa María y Pablo Allende salieron del Hostal Reyes Católicos, el perro de ojos brillantes fue corriendo hasta ella. Esta vez, no ladró. Se acercó y olió sus zapatos. En el centro de la plaza, la anciana vestida de negro perfiló una sonrisa, aunque en la distancia no se vio. La joven americana y el investigador llegaron pronto a la comisaría del distrito centro. Laura Castro les estaba esperando en la puerta. Se felicitaron mutuamente por el éxito de la

operación. Los dos policías acompañantes introdujeron al detenido en las dependencias de la comisaría.

— Deseo agradecerte lo que has hecho. Esta reliquia es muy importante para mí y para mi familia. - dijo la joven americana acercándose a Laura Castro y dándole un sonoro beso en la mejilla.

— Sólo hemos cumplido con nuestra obligación.

La joven policía de pelo corto intentó aparentar serenidad y que no se notara que ella también estaba emocionada. Con las mejores palabras explicó a Luisa María que en ese momento debía dejar la reliquia en la comisaría. Tanto ella como Pablo Allende prometieron hacer lo más rápidamente posible todas las diligencias necesarias para que se la pudiera llevar cuanto antes ya que conocían su deseo de entregarla en el museo de la catedral sin perder tiempo.

— ¡Me quedaré aquí esperando!

— Es mejor que te des una vuelta. - aconsejó Laura - Aquí vas tener más nervios. También tenemos que analizar los otros documentos.

— Están también las copias de las cartas. – indicó con satisfacción el obeso responsable de la investigación criminal.

— Espero que esta vez no se nos escapen. – deseó la joven americana.

— ¡Ah! – se acordó Laura Castro – Felipe Manzanal me ha encomendado reiteradamente que te felicitara. Él también está muy contento de que hayas recuperado el santo Grial. Ha tenido una participación muy importante para conseguir este éxito. Ahora, ha ido a la catedral para preparar el protocolo de la entrega. Me ha dicho que, después, te verá y que quiere hablar contigo. Creo que te quiere decir algo importante.

— Luisa María, es mejor que vayas a dar una vuelta o que llegues hasta el albergue. Yo te llamaré por teléfono, en cuanto estén todos los papeles cumplimentados. -prometió Pablo Allende.

22.9 — Tenemos que poner una trampa a Teresa Miranda para descubrir si tiene un doble juego.

Cuando Pablo Allende y Laura Castro se quedaron solos, la policía rubia y esbelta de pelo corto le planteó sus sospechas sobre Teresa Miranda. Le expuso la mentira que había dicho a Felipe Manzanal, asegurando que ella le había hablado de las gestiones clandestinas que estaban llevando a cabo sobre el santo Grial con los ladrones y asesinos.

— Ni tú, ni yo, ni Felipe se lo habíamos dicho. Pero ella lo sabía. Hay que descubrir quién la había informado. – argumentó la policía

joven.

— ¿Quieres insinuar que trabaja para ellos?

— Si hay otra explicación, yo la acepto.

— A mí, me parece una sospecha sin fundamento, mientras no se demuestre. – manifestó Pablo Allende con escepticismo.

— Por eso, Felipe y yo te proponemos tenderle una trampa para despejar las dudas.

— ¿En qué trampa habéis pensado?

— No hemos pensado en ninguna. La tendremos que preparar entre los tres.

22.10 Doña Mercedes y su hija consiguieron buen sitio en el primer banco, al lado del altar mayor de la catedral compostelana para presenciar la misa solemne en honor del apóstol Santiago. Para ello, la echadora de cartas no tuvo inconveniente en empujar y quitar el sitio a otras dos señoras que se habían descuidado. No estaba dispuesta a estar colocada, en tan solemne ceremonia, detrás de una columna después de haber recorrido, sobre todo su hija, más de ochocientos kilómetros a pie.

Una vez colocada, Doña Mercedes encargó a su hija que no se moviera y que no dejara a nadie ocupar su sitio en el banco. Ella se acercó hasta la primera grada del altar mayor. Allí, junto a una de los pilares, para que no la pisaran, colocó la piedra plana en forma de estrella de cinco puntas que le había dado el hospitalero de Manjarín vestido con su traje de caballero templario. Se quedó un momento de pie. Miró a la estatua del apóstol y, antes de regresar a su banco, le dirigió una vez más su plegaria desafiante.

— Santo Apóstol Santiago, ahora ya no tienes excusa ninguna para conceder el milagro que te estamos pidiendo. Lo han dicho los arcanos mayores. Estás obligado a hacerlo. Si no nos lo concedes, demostrarás que eres un falso y ruin embustero.

Estaba tan convencida de que el milagro iba a tener lugar que miró a su hija la cara. Observó su deformidad en la boca. Pensó que era la última vez que la veía así. Para Merceditas, el momento más apoteósico de la ceremonia fue el acrobático volteo del botafumeiro. Su madre le había dicho que no apartara los ojos del incensario gigantesco mientras estuviera en movimiento. Quien así lo hace recibe los dones del Santo Apóstol. Resultó una recomendación innecesaria. Fue, para ella, tan divertido el espectáculo, que la joven lo contempló embelesada.

— Ahora, nos quedaremos aquí sin movernos hasta que el apóstol haga el milagro. Si no lo hace, le tiraremos la docena de

huevos que he comprado.

□ Amá, yo me voy a mead. No puedo aguantad más. – replicó la hija.

□ ¡Tendrás que aguantar! A mí también me duele la pierna y me aguanto.

□ A ved si se da pisa. Si no, me meadé aquí en la catedal.

22.11 Luisa María, en su espera para recuperar el Santo Grial de su antepasado, se había acercado hasta la catedral, en lugar de ir hasta el albergue. Estuvo inspeccionando por donde se entraba al claustro y otras dependencias catedralicias. Estaba precisamente inspeccionando el templo, cuando llegó la esperada notificación del responsable de investigación criminal. Podía ir a recoger la reliquia familiar. Salió apresuradamente y siguió corriendo hasta la comisaría. Allí la estaban esperando los dos policías

□ El comisario deseaba que la reliquia permaneciera en poder de la policía hasta que se resuelva el caso. Pero Laura y yo hemos firmado como garantes. - dijo Pablo Allende haciendo entrega a Luisa María de la reliquia recuperada.

□ En realidad, - añadió Laura Castro -el comisario no hacía más que cumplir la ley. La reliquia debía quedarse aquí, hasta que todo esté concluido. Ha tenido una consideración especial hacia ti. La garantía se cumple con la promesa de que la entregues en el museo de la catedral.

□ ¡Muchas gracias! - agradeció con gran emoción la joven americana, a la vez que abrazaba a los dos policías. - No sabéis lo que esto significa para mí.

□ Lo sabemos. Por eso, hemos acelerado estos trámites excepcionales. - ratificó la policía del pelo corto.

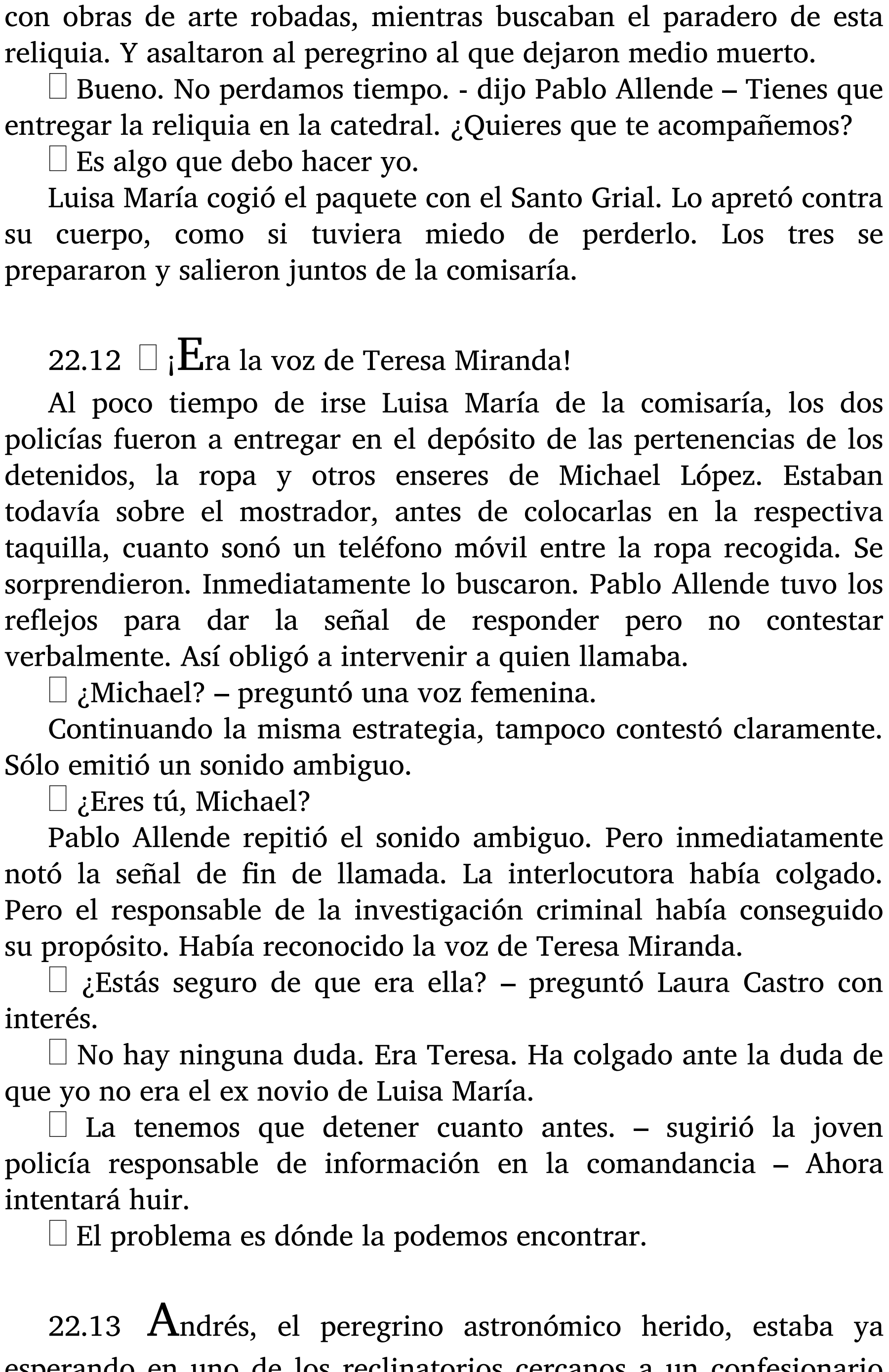
□ Otra cosa queremos decirte. - añadió el policía obeso - Las declaraciones de los testigos deben permanecer en secreto. Pero podemos adelantarte que los tres han reconocido que robaron la reliquia en el cementerio parroquial de Triacastela.

Luisa María se mostró, de nuevo, muy agradecida. Le ofrecieron la oportunidad de ver a su ex novio, pero la rechazó. Dijo con firmeza que no quería saber ya nada más de él.

□ ¡Ah! Los papeles que había en el otro paquete son también muy importantes para la investigación. Son planos. Les implican en las muertes de los dos hermanos Pérez de Lerma.

□ Aunque no los conocía, eran parientes míos. -apostilló la joven.

□ También han reconocido que mataron al anciano que traficaba



con obras de arte robadas, mientras buscaban el paradero de esta reliquia. Y asaltaron al peregrino al que dejaron medio muerto.

— Bueno. No perdamos tiempo. - dijo Pablo Allende – Tienes que entregar la reliquia en la catedral. ¿Quieres que te acompañemos?

— Es algo que debo hacer yo.

Luisa María cogió el paquete con el Santo Grial. Lo apretó contra su cuerpo, como si tuviera miedo de perderlo. Los tres se prepararon y salieron juntos de la comisaría.

22.12 — ¡Era la voz de Teresa Miranda!

Al poco tiempo de irse Luisa María de la comisaría, los dos policías fueron a entregar en el depósito de las pertenencias de los detenidos, la ropa y otros enseres de Michael López. Estaban todavía sobre el mostrador, antes de colocarlas en la respectiva taquilla, cuanto sonó un teléfono móvil entre la ropa recogida. Se sorprendieron. Inmediatamente lo buscaron. Pablo Allende tuvo los reflejos para dar la señal de responder pero no contestar verbalmente. Así obligó a intervenir a quien llamaba.

— ¿Michael? – preguntó una voz femenina.

Continuando la misma estrategia, tampoco contestó claramente. Sólo emitió un sonido ambiguo.

— ¿Eres tú, Michael?

Pablo Allende repitió el sonido ambiguo. Pero inmediatamente notó la señal de fin de llamada. La interlocutora había colgado. Pero el responsable de la investigación criminal había conseguido su propósito. Había reconocido la voz de Teresa Miranda.

— ¿Estás seguro de que era ella? – preguntó Laura Castro con interés.

— No hay ninguna duda. Era Teresa. Ha colgado ante la duda de que yo no era el ex novio de Luisa María.

— La tenemos que detener cuanto antes. – sugirió la joven policía responsable de información en la comandancia – Ahora intentará huir.

— El problema es dónde la podemos encontrar.

22.13 Andrés, el peregrino astronómico herido, estaba ya esperando en uno de los reclinatorios cercanos a un confesionario de la catedral. Tenía dolores. Pero intentaba disimularlos. En el altar mayor, se estaba celebrando la misa solemne el honor a Santiago. Eran muchos los fieles que esperaban, como él, para confesarse.

— Date prisa. A ver si terminas pronto y nos podemos ir ya. Tenemos que ir al despacho de don Manuel Fraga. Le recordaremos su promesa de hacerte Consejero del gobierno de Galicia.

Juana Grijalva, su esposa, estaba paseando por la catedral. Se paraba en las esculturas religiosas, mientras esperaba a que su marido cumpliera con el último trámite impuesto para quedar absuelto de su pecado de infidelidad. Era la condición que ella misma había establecido para reanudar las relaciones íntimas dentro del matrimonio.

— Como puedes imaginar, -respondió Andrés- más ganas de terminar tengo yo. Pero esta cola va muy lenta. La gente tiene muchos pecados.

— A ver si nos vamos a enfriar. -añadió Juana intentando que se notara su doble intención – Sobre todo tú, que estás pachucho.

22.14 Luisa María dio una nueva muestra de su gran decisión. Caminó sin mostrar ninguna duda por los claustros y los pasillos de la catedral de Santiago de Compostela como si conociera perfectamente el camino hasta las oficinas del director del museo catedralicio. Tuvo que atravesar algunas salas dedicadas a los libros antiguos, entre ellos el Codex Calistinus.

Cuando llegó al despacho del director del museo, apareció Felipe Manzanal. La recibió con una sonrisa. La besó en las dos mejillas como saludo. Junto a la mesa, estaba un hombre bajo, regordete, calvo y de mediana edad. Vestía como los sacerdotes modernos, aunque su figura no le favorecía. Dio la mano a la joven americana en señal de saludo. Allí hubo palabras de agradecimiento.

— Me gustaría que me dieran un resguardo de la entrega. -pidió Luisa María en voz baja, mientras se aferraba cada vez con más fuerza a la reliquia que iba a entregar - Es para mi papá. No va a desconfiar. Pero me gustaría que tuviera ese recuerdo. Sobre todo, ahora que está tan enfermo.

— Tendrás un resguardo y toda la acreditación necesaria. -garantizó Felipe Manzanal - Yo me he encargado de que todo esté preparado.

Juntos pasaron al salón central de las oficinas de la catedral, en unión del director del museo catedralicio. Allí esperaba el excelentísimo señor arzobispo. Se había vestido con ornamentos solemnes. La ceremonia también estuvo rodeada de ese mismo ambiente. El máximo dignatario religioso, como saludo, dijo unas palabras de agradeciendo por la entrega, destacando que esa reliquia se convertiría en la joya más preciada de la catedral, unida

al texto original del Codex antes citado. La entrega estuvo llena de emotividad, sobre todo por parte de Luisa María. Una vez más, las lágrimas le inundaron los ojos y le rodaron por las mejillas. En sus palabras de la ofrenda, Luisa María recordó el interés de su antepasado por realizar esta ofrenda a los pies del Santo Apóstol y el deseo de todos los descendientes de conseguir el amparo de Santiago para librarse de la enfermedad que afecta a todos los varones de la familia Lerma. Pidió perdón por haber dicho sus palabras interrumpidas por las lágrimas a causa del recuerdo de su papá, que se hallaba muy enfermo en esos momentos.

El arzobispo dijo que recibía con gran emoción esa reliquia, una de las más valiosas de la cristiandad, y que asumía la responsabilidad de su custodia. Felipe Manzanal, en nombre del Vaticano, ratificó las palabras del arzobispo e insistió en su convencimiento de que esa entrega produciría los efectos beneficiosos que con ella se buscaban.

Luisa María agradeció las palabras de ambos con emoción. Después, procedieron a la firma de los documentos de la donación. Todos los trámites se hicieron por duplicado para que un ejemplar se quedara en el museo y otro fuera propiedad de la familia Lerma.

22.15 Juana Grijalva estaba esperando junto al confesionario desde que vio que su marido, Andrés García de Nanclares, se había arrodillado para exponer sus pecados y recibir la absolución. Se mostró inquieta y nerviosa. Le pareció que había tardado mucho.

— ¿Te ha puesto penitencia? -le preguntó en cuanto se levantó.

— Tengo que rezar tres credos. - respondió Andrés mientras era ayudado por su esposa a caminar hacia la puerta del templo cardenalicio.

— Los vas rezando por el camino. Ya no puedo esperar más.

— No te quejes tú. Yo he padecido más la abstinencia impuesta.

Juana llevaba de la mano a su marido. Iba abriendo camino entre los peregrinos y otros fieles que se agolpaban dentro de la catedral. Andrés la seguía, disimulando el dolor que sentía en sus heridas. Cuando salieron a la plaza del Obradoiro, antes de bajar las escaleras, se dieron ya el primer beso en la boca. La iniciativa fue de ella. Pero él la siguió con gran entusiasmo. Los dos cerraron los ojos y se entregaron, sin pudor, al placer que durante tantos días habían postpuesto. Algunos peregrinos que entraban en el templo dijeron en voz alta reproches por esa actitud provocadora. Ellos, estaban tan encendidos en su pasión, que no se dieron cuenta. Estuvieron a punto de caer por las escaleras. Recibieron un

empujón. Casi son arrastrados por un grupo numeroso de peregrinos italianos que deseaban entrar en el templo cardenalicio con mucha prisa.

— El hotel donde he reservado una habitación está aquí cerca. Hay que recorrer tres calles. No sé si resistirán tus heridas. - informó la esposa, mientras volvía a abrazarse a Andrés, todavía afectada por la excitación erótica.

— Olvídate de mis heridas. ¿Qué hacemos aquí parados? Vamos inmediatamente.

— ¡Espera! Tenemos que pasar antes por el despacho de don Manuel Fraga. – recordó la esposa, a pesar de estar temblando por el deseo.

— ¡Don Manuel Fraga puede esperar!

— Te va a nombrar consejero.

— ¡Esto es prioritario! – dijo él – Ya iremos después al despacho de don Manuel.

— ¿Puedes correr? – preguntó Juana con preocupación.

— Me da alas el deseo de hacer el amor contigo, después de tanto tiempo.

Llegaron al hotel con la respiración entrecortada por la carrera. Pidieron la llave de la habitación precipitadamente. Llamaron al ascensor. En el interior, Juana le dio otro beso, mientras comenzaba ya a desabrocharse la ropa.

— ¿Seguro que no te duelen las heridas?

— He olvidado ya las heridas. Estoy en perfecta forma. – presumió Andrés.

— ¡A ver si ahora vas a fallar, después de desearlo tanto, tras esta larga espera!

— Estoy tan desentrenado, que no sé si me acordaré cómo se hace.

Nada más entrar en la habitación, Juana comenzó a desnudarse tras lanzar los zapatos al aire. Se dio tanta prisa que tuvo que ayudar a Andrés a quitarse los pantalones. Él se dolió un poco. Pero disimuló.

— ¿Está claro que he cumplido toda la penitencia? – preguntó el marido separándose momentáneamente - ¿Te comprometes a no poner disculpas nunca más?

— ¡Vamos! No pierdas tiempo. – replicó Juana.

Sin retirar siquiera la colcha, se lanzaron el uno sobre el otro a disfrutar el placer pospuesto durante tantas jornadas. Ella fue especialmente descontrolada en sus sonoras manifestaciones del placer. Él se concentró en prolongar el momento deseado antes de

la apoteosis final.

### 22.16 □ ¡No me cogerán!

En cuanto Teresa Miranda se dio cuenta de que aquella llamada a Michael había sido un error, tomó la decisión de huir. Pensó que podían haber tendido una trampa para que cayera. Pero no se detuvo en analizarlo. Corrió hacia el albergue de los peregrinos. En el camino, pensó que si desaparecía, perdería la recompensa por su traición. Era impensable que sus compinches la buscaran para entregar su parte del botín, en el caso de tener éxito con la venta de la reliquia. De todos modos, lo más urgente era evitar que la detuvieran. Cogió la mochila. Bajó las escaleras precipitadamente. Estuvo a punto de tropezar y caer. Una vez fuera del edificio, continuó corriendo sin mirar atrás, sin prestar atención a comprobar si alguien la perseguía.

### 22.17 □ ¡Luisa María!

Una vez terminada la ceremonia de entrega del Santo Grial a las autoridades eclesiásticas de la catedral, la joven americana caminaba por el claustro hacia la salida de la catedral. Estaba satisfecha por el deber cumplido. Pensó en su papá. Confiaba en que el esfuerzo realizado le librara de la maldición. Luisa María se dio la vuelta al oír su nombre. La llamaba el sacerdote vaticano. Intentó que no se le notara el disgusto por haber sido interrumpida. Sabía que era ése un asunto que debía afrontar y dejar resuelto. Procuró reflejar en su rostro seriedad. Felipe Manzanal colocó una sonrisa forzada en sus labios.

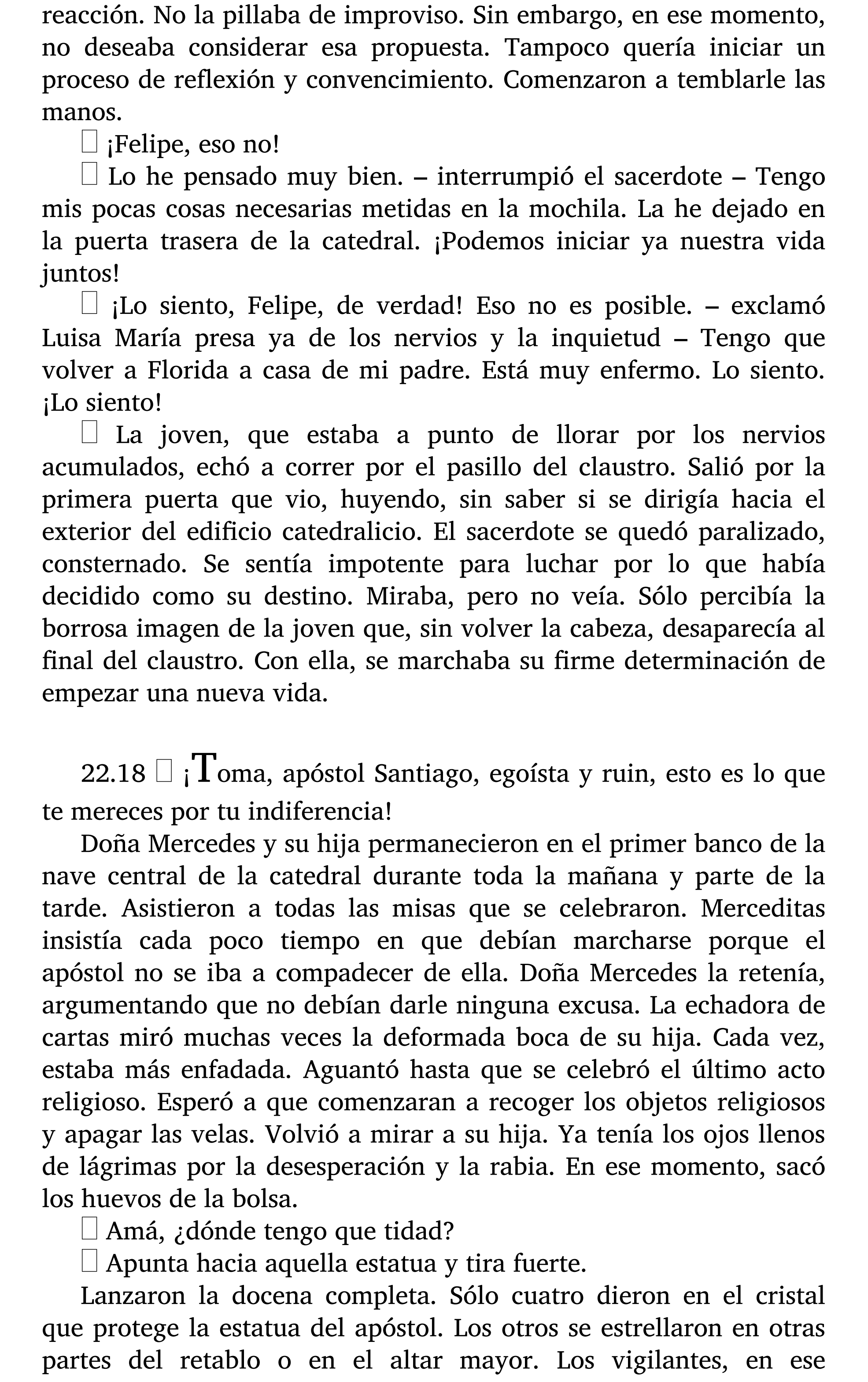
□ Deseo felicitarte personalmente por haberlo conseguido. – afirmó el sacerdote con mucha amabilidad - También quiero agradecerte la donación.

□ Yo tengo que agradecerte tu ayuda extraordinaria para recuperar el Santo Grial. Sin ella, no lo habría conseguido.

La joven americana logró mantener su rostro serio sin manifestar ninguna expresión. El sacerdote se acercó y miró a los ojos de su interlocutora con fuerza para exponer la firme decisión que había adoptado.

□ Luisa María, yo me reafirmo en mi firme decisión. - dijo Felipe en un tono de absoluto compromiso – Lo dejo todo. Abandono mi vida sacerdotal y mi carrera eclesiástica en el Vaticano. ¡Me voy contigo!

□ Ella contuvo la respiración. Temía que el sacerdote tuviera esa



reacción. No la pillaba de improviso. Sin embargo, en ese momento, no deseaba considerar esa propuesta. Tampoco quería iniciar un proceso de reflexión y convencimiento. Comenzaron a temblarle las manos.

— ¡Felipe, eso no!

— Lo he pensado muy bien. – interrumpió el sacerdote – Tengo mis pocas cosas necesarias metidas en la mochila. La he dejado en la puerta trasera de la catedral. ¡Podemos iniciar ya nuestra vida juntos!

— ¡Lo siento, Felipe, de verdad! Eso no es posible. – exclamó Luisa María presa ya de los nervios y la inquietud – Tengo que volver a Florida a casa de mi padre. Está muy enfermo. Lo siento. ¡Lo siento!

— La joven, que estaba a punto de llorar por los nervios acumulados, echó a correr por el pasillo del claustro. Salió por la primera puerta que vio, huyendo, sin saber si se dirigía hacia el exterior del edificio catedralicio. El sacerdote se quedó paralizado, consternado. Se sentía impotente para luchar por lo que había decidido como su destino. Miraba, pero no veía. Sólo percibía la borrosa imagen de la joven que, sin volver la cabeza, desaparecía al final del claustro. Con ella, se marchaba su firme determinación de empezar una nueva vida.

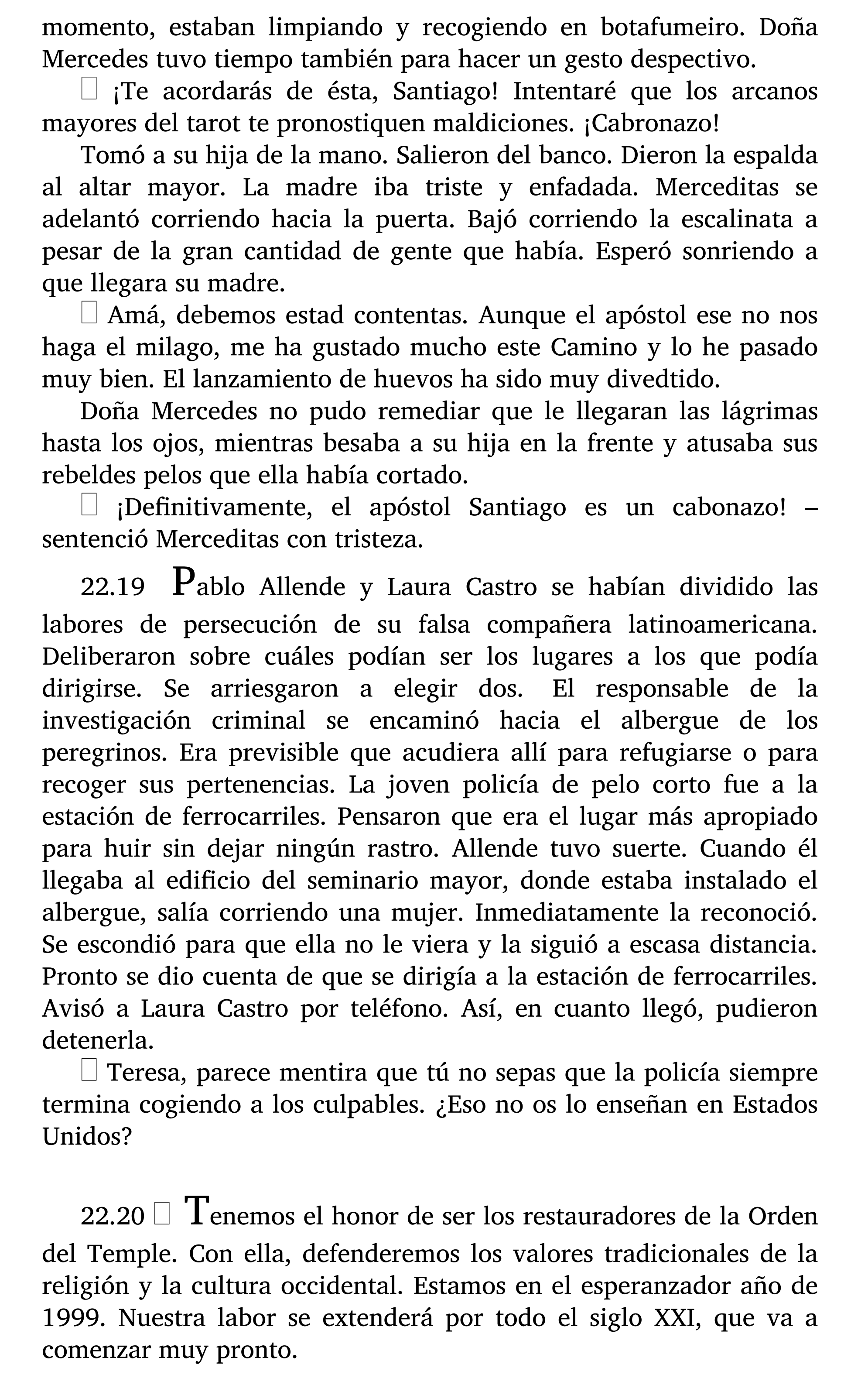
22.18 — ¡Toma, apóstol Santiago, egoísta y ruin, esto es lo que te mereces por tu indiferencia!

Doña Mercedes y su hija permanecieron en el primer banco de la nave central de la catedral durante toda la mañana y parte de la tarde. Asistieron a todas las misas que se celebraron. Merceditas insistía cada poco tiempo en que debían marcharse porque el apóstol no se iba a compadecer de ella. Doña Mercedes la retenía, argumentando que no debían darle ninguna excusa. La echadora de cartas miró muchas veces la deformada boca de su hija. Cada vez, estaba más enfadada. Aguantó hasta que se celebró el último acto religioso. Esperó a que comenzaran a recoger los objetos religiosos y apagar las velas. Volvió a mirar a su hija. Ya tenía los ojos llenos de lágrimas por la desesperación y la rabia. En ese momento, sacó los huevos de la bolsa.

— Amá, ¿dónde tengo que tidad?

— Apunta hacia aquella estatua y tira fuerte.

Lanzaron la docena completa. Sólo cuatro dieron en el cristal que protege la estatua del apóstol. Los otros se estrellaron en otras partes del retablo o en el altar mayor. Los vigilantes, en ese



momento, estaban limpiando y recogiendo en botafumeiro. Doña Mercedes tuvo tiempo también para hacer un gesto despectivo.

— ¡Te acordarás de ésta, Santiago! Intentaré que los arcanos mayores del tarot te pronostiquen maldiciones. ¡Cabronazo!

Tomó a su hija de la mano. Salieron del banco. Dieron la espalda al altar mayor. La madre iba triste y enfadada. Merceditas se adelantó corriendo hacia la puerta. Bajó corriendo la escalinata a pesar de la gran cantidad de gente que había. Esperó sonriendo a que llegara su madre.

— Amá, debemos estad contentas. Aunque el apóstol ese no nos haga el milago, me ha gustado mucho este Camino y lo he pasado muy bien. El lanzamiento de huevos ha sido muy divedtido.

Doña Mercedes no pudo remediar que le llegaran las lágrimas hasta los ojos, mientras besaba a su hija en la frente y atusaba sus rebeldes pelos que ella había cortado.

— ¡Definitivamente, el apóstol Santiago es un cabonazo! –sentenció Merceditas con tristeza.

22.19 Pablo Allende y Laura Castro se habían dividido las labores de persecución de su falsa compañera latinoamericana. Deliberaron sobre cuáles podían ser los lugares a los que podía dirigirse. Se arriesgaron a elegir dos. El responsable de la investigación criminal se encaminó hacia el albergue de los peregrinos. Era previsible que acudiera allí para refugiarse o para recoger sus pertenencias. La joven policía de pelo corto fue a la estación de ferrocarriles. Pensaron que era el lugar más apropiado para huir sin dejar ningún rastro. Allende tuvo suerte. Cuando él llegaba al edificio del seminario mayor, donde estaba instalado el albergue, salía corriendo una mujer. Inmediatamente la reconoció. Se escondió para que ella no le viera y la siguió a escasa distancia. Pronto se dio cuenta de que se dirigía a la estación de ferrocarriles. Avisó a Laura Castro por teléfono. Así, en cuanto llegó, pudieron detenerla.

— Teresa, parece mentira que tú no sepas que la policía siempre termina cogiendo a los culpables. ¿Eso no os lo enseñan en Estados Unidos?

22.20 — Tenemos el honor de ser los restauradores de la Orden del Temple. Con ella, defenderemos los valores tradicionales de la religión y la cultura occidental. Estamos en el esperanzador año de 1999. Nuestra labor se extenderá por todo el siglo XXI, que va a comenzar muy pronto.

La reinstauración de la Orden del Temple estuvo rodeada de una solemnidad extraordinaria. Se cerró la catedral de Santiago de Compostela para que sólo esa ceremonia tuviera lugar. Se encendieron todas las luces. La música del órgano sonaba con todo su esplendor. El botafumeiro curaba el aire, difundiendo el aroma del incienso y otras muchas hierbas sagradas.

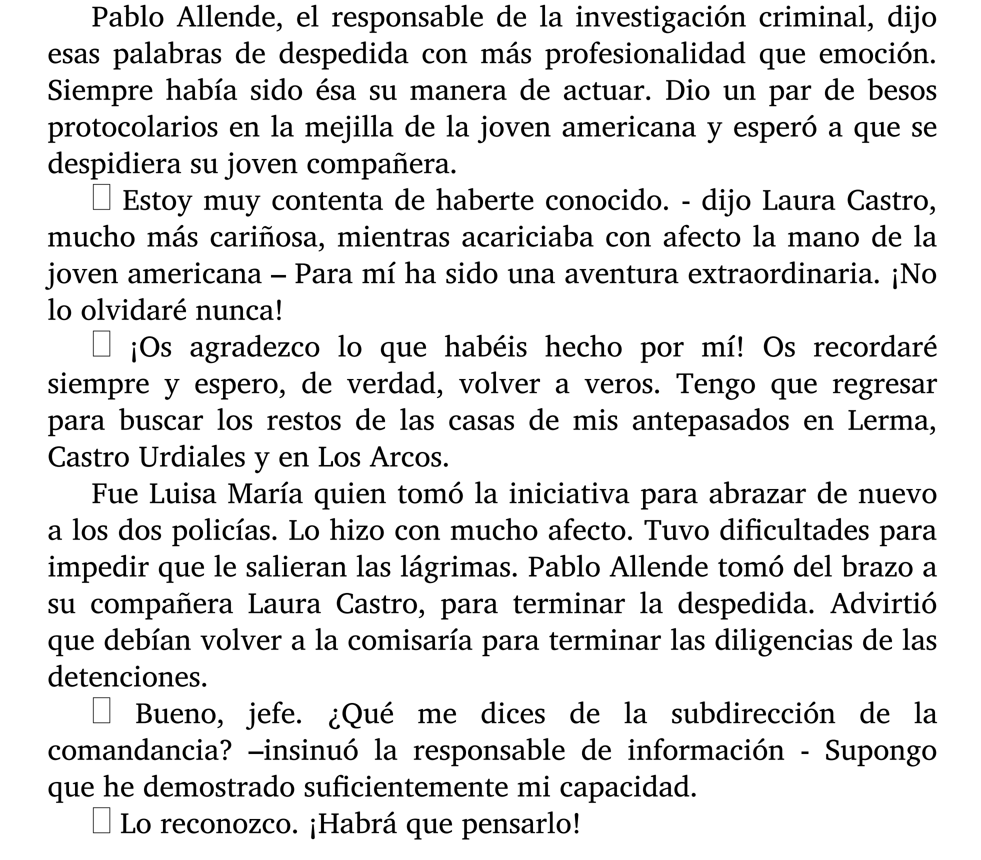
Los ilustres asistentes se habían puesto sus mejores galas. Sobre sus hombros destacaba la capa brillante y blanca con la estampación de cruz roja templaria. El primero en colocarse en el centro, delante del altar mayor, fue Don Manuel Fraga Iribarne. Era el maestre mayor y primer caballero de la Orden. Nadie le discutía ese honor. Caminó por el pasillo de la nave central. Intentó adoptar un porte marcial y digno. Trató de que se notara poco su vaivén corporal. Se tomó juramento a sí mismo y enfundó simbólicamente la espada. Después, se dispuso a recibir el juramento del resto.

El primero en jurar fue el excelentísimo arzobispo de Santiago de Compostela, ya que representaba al papa Juan Pablo II. Se tuvo la deferencia hacia Margaret Thacher, como mujer, para que recibiera a continuación el espaldarazo como primera gran Dama de la Orden del Temple. Los tres miembros de la familia norteamericana Bush desfilaron juntos y pronunciaron el juramento a la vez. Lo mismo sucedió, aunque individualmente con el alemán Helmut Kohl, el francés Jacques Chirac y el italiano Giulio Andreotti. Al final, los nueve levantaron simbólicamente sus espadas y gritaron el emblema de su objetivo.

— ¡El espíritu de los caballeros del temple nos conducirá hasta el triunfo!

La solemne ceremonia estaba a punto de terminar, tras la lectura del mensaje del papa Juan Pablo II y las palabras del ya gran maestre de la orden del Temple, excelentísimo señor don Manuel Fraga Iribarne. En ese momento, se abrieron inesperadamente las puertas. Ante la sorpresa de todos, entró Silvio Berlusconi con un gran despliegue ornamental. Llevaba una capa mucho más brillante. La cruz del temple también era más grande. Avanzó con paso solemne y gestos ampulosos. Se colocó frente a don Manuel Fraga como gran Maestre de la Orden. Se arrodilló con la misma aparatosidad. Tuvo que esperar un momento. Todos se miraron. Al final, el veterano Presidente de Galicia no tuvo más remedio que cumplimentar el rito para su aceptación.

22.21 — Luisa María, aquí termina nuestra misión. Debemos estar contentos de que todo haya salido bien.



Pablo Allende, el responsable de la investigación criminal, dijo esas palabras de despedida con más profesionalidad que emoción. Siempre había sido ésa su manera de actuar. Dio un par de besos protocolarios en la mejilla de la joven americana y esperó a que se despidiera su joven compañera.

— Estoy muy contenta de haberte conocido. - dijo Laura Castro, mucho más cariñosa, mientras acariciaba con afecto la mano de la joven americana – Para mí ha sido una aventura extraordinaria. ¡No lo olvidaré nunca!

— ¡Os agradezco lo que habéis hecho por mí! Os recordaré siempre y espero, de verdad, volver a veros. Tengo que regresar para buscar los restos de las casas de mis antepasados en Lerma, Castro Urdiales y en Los Arcos.

Fue Luisa María quien tomó la iniciativa para abrazar de nuevo a los dos policías. Lo hizo con mucho afecto. Tuvo dificultades para impedir que le salieran las lágrimas. Pablo Allende tomó del brazo a su compañera Laura Castro, para terminar la despedida. Advirtió que debían volver a la comisaría para terminar las diligencias de las detenciones.

— Bueno, jefe. ¿Qué me dices de la subdirección de la comandancia? –insinuó la responsable de información - Supongo que he demostrado suficientemente mi capacidad.

— Lo reconozco. ¡Habrá que pensarlo!

22.22 Luisa María fue caminando hasta la plaza del Obradoiro. Andaba lentamente, mientras comenzaba a recordar las muchas cosas que le habían sucedido en tan poco tiempo. Dirigió una última mirada a la magnífica fachada de la catedral de Santiago de Compostela. Tuvo que limpiarse una lágrima de emoción. Desde allí, acudió a una parada de taxis. Pidió al conductor que la llevara hasta el albergue de los peregrinos. Le hizo esperar un momento, mientras recogía la mochila y otros paquetes. Los había dejado preparados para emprender, sin ninguna dilación, el viaje de regreso a su casa en Estados Unidos.

Cuando colocó los bultos en el maletero e iba a entrar de nuevo en el coche, vio en una esquina de la explanada a la misteriosa anciana vestida de negro. El perro de ojos brillantes, que estaba a su lado, comenzó a acercarse moviendo la cola en señal de afecto. Llegó hasta ella y le lamió un zapato. Ella aprovechó para acariciar su cabeza. Levantó la mirada. Creyó ver otra sonrisa en la enigmática cara de la señora. Le devolvió el saludo y movió la mano para despedirla.

Luisa María entró en el taxi y pidió al conductor que la llevara hasta el aeropuerto. Se sentó en el asiento trasero. No pudo evitar que su mente continuara el recorrido acelerado de las muchas cosas que le habían sucedido a lo largo del Camino. El sonido anunciador de un nuevo mensaje en el teléfono móvil la sacó de su meditación.

‘Papá ha salido del coma. Ha vuelto a preguntar por ti. Aunque se mantiene la gravedad, los médicos están sorprendidos de esta mejoría. Debes regresar cuanto antes. JJ’.

Luisa María sonrió. Decidió leer de nuevo el mensaje de su hermano. Pero no pudo. La emoción había nublado sus ojos. Suspiró de satisfacción. Pensó en su papá y en su antepasado.

— Quizá hayamos llegado a tiempo para cambiar el destino.